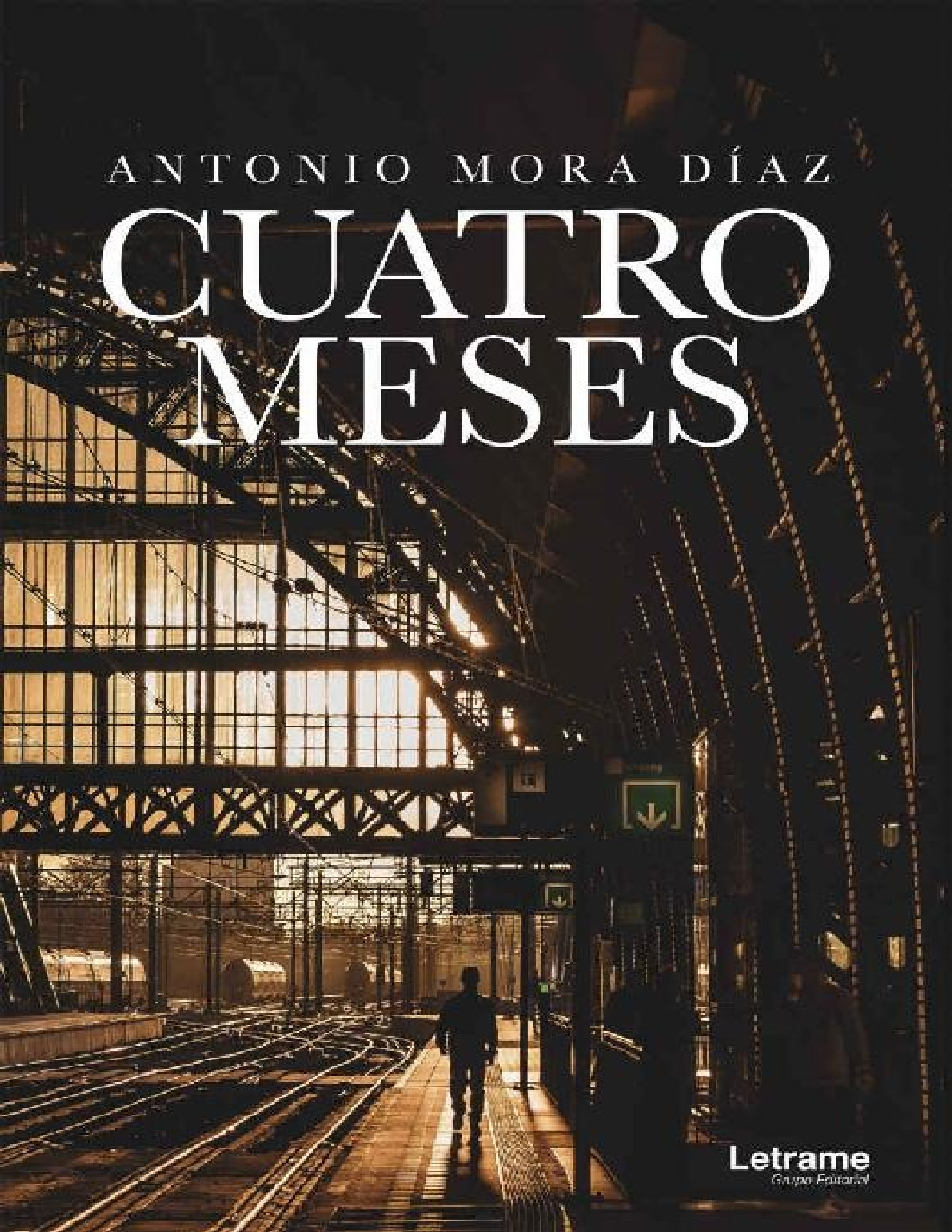


ANTONIO MORA DÍAZ

CUATRO MESES



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

Colección: Novela

© Antonio Mora Díaz

Edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes.

Diseño de portada: Antonio F. López.

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

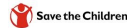
ISBN: 978-84-17285-80-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Este libro colabora con:



Hace tiempo empecé a imaginar *CUATRO MESES* y desde el principio quise explicar una historia especial, diferente a todo lo que había escrito hasta aquel momento.

Decidí las cuatro cosas principales que serían el punto de partida. La época, el lugar y poco más. Había que estudiar.

Por eso pasé mucho tiempo investigando sobre cómo era la vida de la gente durante los diferentes periodos y lugares en los que transcurre el relato. Hizo falta documentarse sobre muchos hechos históricos, leer libros, ver vídeos, viajar, ambientarse...

Tenía ideas sueltas que poco a poco se fueron uniendo y dando forma a un esquema que era el germen de la historia.

Mi amiga Olga trabaja en una residencia en l'Alfou. Una mañana me invitó a visitarla y estuve hablando con gente de cien años. Quería saber cómo eran, cómo hablaban y qué me contaban, aunque debo reconocer que el hombre que me sirvió de inspiración aún no había llegado a esa edad. Era un señor con la mente muy clara y me explicó cosas de su pasado, sobre su infancia y su vida cotidiana en los años veinte. Me ayudó mucho a crear al personaje protagonista cuando ya es un anciano.

Cuando acabé el proceso me di cuenta de que tenía toda la estructura del edificio, pero me faltaba el alma de aquella casa: los muebles, la decoración y, en definitiva, los personajes.

De una cosa estaba seguro. Tenía que ser mi obra más personal, así que, para conseguirlo tuve que hacer un viaje a mi interior, a mi pasado y a mi verdadera esencia como persona. No tengo una gran experiencia escribiendo, aún hay mucho que aprender, pero creo adivinar que todos los que escribimos nos reflejamos en algún personaje. Lo disfrazamos y lo disimulamos, pero siempre hay alguien que en realidad somos nosotros. ¿Por qué lo hacemos? En mi caso por timidez, no me gusta hablar de mí mismo tan abiertamente.

Había viajado hacia afuera para hacer el edificio, viajar hacia adentro me tendría que ayudar a conseguir el contenido.

En mi viaje interior recordé muchas cosas, encontré experiencias y sentimientos que había olvidado. Eran como pequeños apartados, cajas llenas de emociones y recuerdos. Fui abriendo algunas de ellas y muchas aportaron la inspiración que necesitaba para la mayoría de los personajes: Agnès, Ada, la tía Inés, Joan...

Algunas me gustó abrirlas y otras me dieron miedo, ya que encerraban historias y recuerdos que en su momento me habían dolido. Sensaciones

supuestamente olvidadas volvían a ser actuales. A veces, viajar al pasado puede doler y no necesariamente porque se trate de vivencias negativas, puede ser por añoranza u otras muchas razones.

¡Vaya lío que estaba montando con mis emociones pasadas y presentes! Creía que me volvería loco y lo peor, volvería loca a mi familia y a todos los que me rodeaban.

A pesar de todo, faltaba algo importante, no sabía qué era, pero no había encontrado lo que me ayudaría a hacer que mi novela fuese especial.

Entonces la vi.

Entre todas las cajas, había una que había quedado oculta debajo de otras muchas. La reconocí, tan pronto como mis ojos se posaron en ella. Estaba intacta, sorprendentemente en buen estado. El corazón me dio un vuelco. Siempre había estado ahí, pero hacía mucho tiempo que no pensaba en ella.

Tímidamente, con cuidado la tomé entre mis manos. Dentro estaban mis sentimientos hacia mi primer gran amigo, porque imagino que ese es el calificativo que le corresponde, aunque suene extraño. Francamente, dudé qué hacer, pero al final abrí la caja y todo estaba como se había quedado. Me sorprendió la fuerza con que los recuerdos volvieron a mi mente, un torrente de emociones y la gran experiencia de vivir una amistad como aquella. No todo el mundo tiene la suerte de pasar, aunque sea una sola vez en la vida, o aunque sea por poco tiempo, por algo así.

Ya tenía lo que me faltaba y casi al momento me di cuenta de cuánto había echado de menos a aquella persona durante casi toda esta vida...

Y entonces escribí el libro.

A la amistad.

PRIMERA PARTE:
LOS BUENOS TIEMPOS (1915—1936)

CAPÍTULO 1

Sant Julià del Fou

Había salido de Barcelona justo después del almuerzo. Circulaba más rápido de lo permitido, aunque confiado en que si seguía las instrucciones del GPS llegaría sin problemas a su destino, pero pronto descubrió que se había equivocado.

Condujo por la AP-7 en dirección a Girona hasta la salida 12 que era la que indicaba Cardedeu, pero una vez que pagó el peaje empezó a recibir informaciones erróneas de aquel aparato hasta acabar totalmente perdido. Aquella voz femenina e impersonal empezó a confundirle con sus instrucciones.

Se dirigía a Sant Julià del Fou que era un barrio o más bien, una parroquia apartada de Sant Antoni de Vilamajor, como explicaba la Wikipedia y se ubicaba a medio camino de Cardedeu.

Era una lástima porque se le había hecho tarde y eso que desde la noche anterior estaba de camino hacia aquel lugar. Primero, el vuelo desde Boston a Barcelona; al llegar, peleó por conseguir un taxi en la terminal del aeropuerto, después pasó brevemente por el hotel para dejar todas sus cosas y finalmente recogió el coche que había alquilado a su nombre la editorial, para, por fin, salir de la ciudad en dirección norte sin problemas y acabar perdido en mitad de aquellos campos verdes al pie del Montseny. Al final, tanto esmero en llegar puntual y dar una buena imagen quedó en nada, se dijo, no sin fastidio.

Cuando se cansó de dar vueltas, resignado y perdido, decidió que tenía que preguntar a alguien. Como si aquello fuese fácil. No se veía ni un alma por la calle y ya empezaba a oscurecer. Además, hacía frío y las nubes que tapaban el cielo amenazaban lluvia.

Tras conducir sin rumbo esperando encontrar a quién preguntar, vio un coche que finalmente paraba frente a la entrada de una casa y decidió que era la oportunidad para intentar averiguar cómo llegar a donde iba.

La conductora, una mujer de unos cuarenta años que llevaba a todo un equipo de baloncesto infantil en su monovolumen y que tenía expresión de agotamiento crónico, miró desconfiada cómo se acercaba aquel coche para ella desconocido.

Cuando estuvo a su altura bajó la ventanilla, mostró su cara sonrisa conseguida a base de años de dentista en la infancia y juventud y esforzándose en eliminar lo máximo posible su acento, le dijo:

—Buenas tardes, estoy buscando un lugar que se llama Sant Julià del Fou y me he perdido. ¿Sabe cómo puedo llegar?

La mujer lo miró extrañada. Parecía que estaba considerando la posibilidad de ignorarle y seguir a lo suyo, pero de pronto su cara se iluminó con una sonrisa y sus ojos dejaron de mirarle con indiferencia pasando a expresar simpatía.

—Aquí le llamamos l'Alfou directamente.

—No sabía...

—Está aquí mismo. ¿Ve aquella torre de iglesia que sobresale allí al fondo? —dijo, mientras señalaba hacia su izquierda.

—Sí.

—Pues eso es l'Alfou. Si sigue por esta misma calle llegará directamente allí.

—Caramba, pues sí que estaba cerca. Gracias. —Su cara reflejó una sonrisa de alivio.

—No hay de qué. —Y acto seguido salió del coche, abrió la puerta derecha trasera y empezó a salir el pasaje infantil que llevaba y que, enfrascados en sus historias, no se habían percatado de aquella breve conversación.

Al mismo tiempo en que se ponía en marcha vio un relámpago a escasos quinientos metros acompañado poco después de un trueno ensordecedor y casi en el mismo momento empezaron a caer gruesas gotas de lluvia que hicieron que tuviese que poner en marcha el limpiaparabrisas. En unos segundos aquello parecía el diluvio universal.

Tuvo la suerte de que cuando ya estaba cerca de la iglesia románica que le había indicado aquella mujer y que a lo lejos hacía ya rato que veía, pero que no asociaba con l'Alfou, vio el letrero que indicaba la dirección de la residencia para la tercera edad Sant Julià. A pocos metros detuvo el vehículo, lo más cerca que pudo de la entrada.

Paró el motor y quiso dejar pasar unos segundos, vaciar su mente del ligero estrés que le había producido perderse, el cansancio de tantas horas desde la última vez en que se había metido en una cama y el nerviosismo natural por lo que había venido a hacer.

No iba a preocuparse más de la cuenta por llegar tarde. Había hecho todo lo que había podido y hacía días que se comprometió consigo mismo en que aquella experiencia iba a ser su gran oportunidad, así que nada de estrés innecesario.

Le enviaba la Dreams Corporation en la que llevaba trabajando desde que se había licenciado en periodismo hacía tan solo cinco años. Por primera vez le habían asignado una misión como aquella. Nada más y nada menos, se trataba de

entrevistar al famoso escritor centenario Thomas Levi. Era uno de aquellos pocos casos en los que un escritor había desarrollado su obra tanto en inglés como en español y formaba parte de las dos culturas. Su nombre había sonado para el Nobel de literatura al menos en dos ocasiones. En realidad, era prácticamente el único premio que se le había resistido, ya que la mayoría de los que él conocía los había ganado en algún momento.

La razón para su visita era que con motivo de su centenario y antes de que fuese demasiado tarde, la editorial quería publicar una biografía de aquel hombre. Su vida había sido muy interesante, como la de muchos de los nacidos a principio del siglo XX, y él tenía la misión de realizar aquel trabajo. Había dedicado los últimos meses a leer toda su obra y a consultar todo lo que encontró por internet sobre su historia personal. No tenía la menor duda de que el haber aprendido español durante sus estudios en el curso de intercambio con la Universidad de Salamanca lo había situado bien para ser el delegado para aquel trabajo, aunque le gustaba pensar que no era ese el único motivo por el que estaba allí. Había dedicado parte de su tesis universitaria a Levi y a otros escritores internacionales de su generación literaria.

A pesar de todo, notaba un cierto nerviosismo en la boca de su estómago.

Finalmente se decidió a salir del coche y justo cuando abrió la puerta notó en la cara la humedad del ambiente. Estaba a pocos metros de la entrada, pero no tenía con qué protegerse y la cantidad de lluvia que estaba cayendo, lo iba a empapar en cuestión de segundos.

—No importa —dijo en voz alta para él, y salió del vehículo con paso ligero hacia la entrada del centro.

El pequeño hall de entrada era acogedor y tenía un par de enormes macetones con algún tipo de arbusto que no reconoció. El mostrador se situaba a su derecha y detrás había una joven de aproximadamente veinte años y con expresión de aburrimiento.

—Hola —dijo ella sonriendo y mirándolo con curiosidad. Sabía que estaban esperando al joven americano y había curioseado por internet acerca de qué aspecto debía tener. Ahora comprobaba por ella misma que a pesar de tener el cabello castaño y los ojos verdes —y por lo tanto hubiese podido pasar por español perfectamente—, por su altura y su complexión atlética correspondía con el prototipo americano que se había imaginado.

—Buenas tardes —respondió sonriendo—. Soy Kevin Conor de la Dreams Corporation, tenía una cita con el señor Thomas Levi, pero llego tarde. Me he perdido —explicó, a modo de disculpa.

La joven le devolvió la sonrisa e hizo ver que consultaba algo en la pantalla del portátil que tenía justo enfrente. En realidad, no había nada que consultar, pero le pareció que de esta manera se hacía la interesante, y pasados unos segundos le dijo:

—Le espera desde hace un rato y como no llegaba, le hemos llevado a la sala de la televisión. Si quiere voy a buscarlo y lo traigo aquí y así pueden ir a alguno de los despachos vacíos en los que estarán más tranquilos.

—Si me indica cómo llegar hasta allí, ya voy yo mismo. Es lo mínimo que puedo hacer para disculparme por mi retraso —respondió.

—Como quiera, entonces siga recto y al final del pasillo lo verá. No le costará reconocerlo, está sentado en una silla de ruedas, es el único.

—¿Está invalido? —preguntó Kevin sorprendido porque aquella información no la había leído en ningún sitio.

—No —respondió la joven sonriendo por la confusión—, tan solo es porque es mucho más cómodo para llevarlo de un lugar a otro. A estas horas suelen estar ya cansados y por eso les permitimos moverse en sillas de ruedas.

La recepcionista vio cómo se alejaba aquel joven apuesto y con acento extraño.

Kevin Conor avanzó hacia la sala donde le había indicado que se encontraba y enseguida lo vio. Tenía razón la joven, fue muy fácil de identificar. Sintió la necesidad de observarlo con calma desde detrás. Necesitaba obtener una primera impresión captada por él mismo sin interferencias de nadie. Se fiaba mucho de las primeras impresiones, le gustaba creerse un buen observador.

El hombre estaba concentrado mirando la televisión, era el único que parecía interesado. Por lo que pudo observar Kevin, estaba viendo un reportaje sobre los refugiados y parecía que aquel hombre se encontraba totalmente inmerso en aquellas imágenes.

Lo vio frágil. Aunque sabía su edad le pareció mucho mayor de lo que se había imaginado. Sus rasgos se habían suavizado con el tiempo si comparaba con fotos que había visto de cuando era más joven y su pelo blanco le daba un aspecto de anciano respetable.

—Buenas tardes.

Levi se sobresaltó y se giró en un primer momento con expresión de sorpresa, pero acto seguido su cara se iluminó con una sonrisa. El anciano se reía de sí mismo por haberse asustado.

—Buenas tardes —respondió en inglés—. Por fin ha llegado.

—Lamento el retraso, me he perdido y he dado un montón de vueltas por la zona. Ha habido algún momento en que pensaba que estaba en un episodio de la

«dimensión desconocida» y que la voz del GPS me estaba engañando a propósito —bromeó.

—No se preocupe —dijo conciliador Levi—. Es frecuente que la gente se pierda cuando viene por primera vez.

—Disculpe, soy Kevin Conor de la Dreams Corporation —dijo, alargando la mano para estrechársela al darse cuenta de que no se había presentado, aunque parecía que estaba claro quién era.

—Encantado —dijo Thomas respondiendo al saludo con firmeza—. ¿Ha visto ya a la doctora?

—No.

—Creo que una de las condiciones que puso el centro para que podamos trabajar juntos es que tenía que hablar con ella antes de empezar el proyecto. Imagino que tienen miedo de que me agote demasiado. —Volvió a sonreír—. Aunque yo me encuentro perfectamente.

—¿Piensa que me podrá atender ahora?

—Es muy probable. Normalmente está en su despacho, si no está visitando a los ancianos. No creo que tarde mucho en marcharse a su casa. Ya son las siete de la tarde. Mientras usted va a presentarse yo me quedaré a acabar de ver el reportaje, aunque francamente, no sé si quiero verlo. Ya lo he visto muchas veces. —Una sombra oscurecía su mirada.

—¿El problema de los refugiados? —dijo Kevin por las imágenes que veía.

—Exactamente. Lo vi en directo en 1939, pero en esa ocasión eran españoles. También lo vi en los años 40 y entonces eran franceses, alemanes, italianos y gente de prácticamente toda Europa. Estuve en Mostar cuando la guerra de Yugoslavia y lo volví a presenciar. Columnas de bosnios caminando con todas sus pertenencias de un lugar a otro. Y ahora otra vez. En esta ocasión son sirios, iraquíes y afganos. Siempre es lo mismo y parece que no somos capaces de aprender.

Su expresión, hasta aquel momento cordial se mostró triste mientras hablaba. Kevin se percató de aquel detalle y sinceramente no supo qué responder, porque comprendía lo que quería decir y por supuesto estaba de acuerdo.

—Es terrible. —Fue todo lo que acabó diciendo, y pasados unos segundos comentó—: Voy a ver si me puede atender la doctora. Enseguida vuelvo.

—Vaya tranquilo —dijo Thomas, volviendo su mirada a la pantalla.

Kevin se alejó por el pasillo en dirección al mostrador de recepción, pero antes de llegar se abrió una puerta a su derecha y oyó cómo le llamaban.

—El señor Conor, ¿verdad?

Se paró y al girarse se encontró frente a una mujer, unos años mayor que él. Debía andar por los treinta y cinco años. Era alta, un poco más baja que él y llevaba una bata blanca. Bajo la bata blanca asomaba el final de la falda azul marino que debía llevar debajo.

Tenía el pelo muy moreno y resaltaba con el tono pálido de su piel y el verde de sus ojos. A Kevin le pareció una mujer muy atractiva. En su mente se había formado la estúpida idea de que al tratarse de una residencia de ancianos la doctora también sería una anciana.

—Soy la doctora Lluch —dijo, alargando la mano para que se la estrechase.

—Kevin Conor, encantado —respondió a su saludo.

—¿Quiere pasar a mi despacho para poder hablar con un poco de privacidad?

—Como usted prefiera. —Avanzó hacia la puerta que ella sujetaba invitándolo a entrar.

El despacho era mucho más acogedor de lo que cabía esperar en un lugar como aquel. Las paredes estaban pintadas de un cálido color salmón y combinaba con unos muebles de madera blancos que proporcionaban un ambiente alegre. Al no haber ningún instrumental médico, Kevin dedujo que debía atender a los ancianos en otra sala y aquello era exclusivamente su despacho.

Funcional, aunque con toques personales como una fotografía en la que aparecía con un gran mastín negro, una maceta con una flor y algún que otro artículo decorativo que le daba una nota de estilo propio. La luz entraba por un gran ventanal situado a la izquierda de donde estaba la mesa, aunque el día era oscuro y por la hora, la última luz del día, parecía que empezaba a esfumarse. De todas formas, la combinación de los últimos rayos de sol y las nubes que finalmente parecía que empezaban a abrirse, daba una combinación de colores azules oscuros y naranjas bastante espectaculares.

«Aquella tarde tan desapacible había acabado convertida en un bello atardecer», pensó.

—Siéntese, como si estuviese en su casa —invitó la doctora sonriendo—. ¿Le parece que nos tuteemos?

—Por supuesto. Llámame Kevin —dijo.

—Pues yo soy Celia.

—Encantado —respondió Kevin con una sonrisa.

—Verás Kevin, me ha parecido muy importante poder citarte en mi despacho justo antes de que empieces tu trabajo porque quisiera hablarte del estado de salud del señor Levi.

—¿No está bien? —preguntó Kevin con una cierta inquietud.

—Está aceptablemente bien para tener cien años, pero no deja de ser un anciano por mucho que parezca que tiene una mente muy clara. De hecho, él me consultó mi opinión sobre su participación en el proyecto cuando recibió la propuesta de tu editorial ya que quería saber si yo pensaba que podía responder correctamente a lo que vosotros necesitáis y mi respuesta fue favorable, siempre que quede clara alguna cosa.

—Por supuesto —dijo Kevin con convicción—. Bajo ningún concepto quisiera perjudicarlo ni martirizarlo con mi presencia y mis preguntas. Intentaré ser lo más suave que pueda y no cansarlo.

—Ya verás cómo no tendrás problemas, porque él tiene la mente perfecta. A mí lo que me preocupa más es que se implique tanto emocionalmente, que al final se acabe perjudicando su salud. A su edad, el equilibrio es precario. El corazón funciona, pero justo, el hígado lo mismo y así con todos los órganos vitales y no olvidemos que vais a hablar de una vida que ha tenido muchos momentos críticos y eso puede ser delicado. Seguro que volverá a sentir muchas emociones que cree olvidadas.

—Seré cuidadoso —insistió Kevin.

—No lo dudo. Verás cuando lo empieces a tratar, que se trata de una persona encantadora, se hace querer por todo el mundo. De alguna forma, esto confirma mi teoría de que la gente que ha vivido toda una vida tal y como ha hecho él, suelen tener buen carácter —añadió, casi como hablando para ella.

Kevin cambió radicalmente de tema:

—Creo que hoy ya no vamos a hacer nada. Viniendo hasta aquí me he perdido y me ha costado mucho encontrar el camino. Espero que no me vuelva a pasar.

—¿Te alojas en Barcelona? —preguntó la doctora con curiosidad.

—Sí. La editorial me reservó una habitación en un hotel de allí.

—¿No te has planteado trasladarte a Granollers por ejemplo? Es una ciudad mucho más pequeña que Barcelona, por supuesto, pero suficientemente grande como para tener de todo y a veinte minutos en tren del centro de la gran ciudad. Tan solo está a unos seis o siete kilómetros de aquí. Quizás te interesaría, sobre todo al principio o cuando sea que tratéis las historias de su juventud y su infancia. Ya sabes que él se crio aquí.

—No es mala idea —reconoció—. Siempre que tenga que ir a hacer alguna gestión a la ciudad puedo ir en tren o en coche y estando más cerca, imagino que captaré mucho mejor la esencia de aquellos primeros años de su vida.

—Piénsalo —dijo sonriendo.

—Lo haré —afirmó—. Hoy tengo que llamar a la editorial y lo comentaré. Si

me dan su *ok*, mañana o pasado podría buscar un lugar para instalarme en Granollers.

—Quizás yo te pueda recomendar algún hotel. Hay uno que está muy bien y tiene mucho mejor precio que la misma categoría en Barcelona. Yo organizo y participo de vez en cuando en congresos con otros centros similares al mío allí, y siempre ha ido muy bien. No dudes en pedir ayuda en cualquier cosa en la que podamos ofrecértela. Por cierto, ¿cuánto tiempo piensas que durará tu proyecto?

—No tengo ni idea. De momento en la agenda tenemos fijado entre dos y cuatro meses, posiblemente hasta marzo. Dependerá del ritmo de las entrevistas, de cómo se encuentre el señor Levi y de lo que duren las sesiones.

—Poniéndome en mi lugar como médico, ya te imaginas que te aconsejaría que esas sesiones no fuesen muy largas y agotadoras.

—Por supuesto que no. Me hago cargo perfectamente. Será él quien marcará el ritmo y aprovecho para hacerte una pregunta. Si lo consideramos necesario, ¿el señor Levi puede salir del centro para visitar algún lugar próximo que por ejemplo tenga relevancia para la historia?

La doctora se dio unos segundos antes de dar una respuesta:

—Dependerá de cómo se encuentre él y de cómo lo veamos nosotros. No te puedo dar una respuesta de sí o no, y más en los meses que vienen que son los del invierno. Ya verás que aquí el invierno es frío. Bueno, no tanto como en Boston, ni mucho menos, pero es mucho más duro que en Barcelona. Hay años en que ha llegado a nevar un par de veces, aunque últimamente ya no pasa.

La reunión llegaba a su fin.

—Bueno, pues muchas gracias por tu tiempo —dijo Kevin, levantándose—, y por tu hospitalidad. Si te parece bien, iré a despedirme del señor Levi y volveré pasado mañana. Mañana lo dedicaré a instalarme y a hacer algunas gestiones por la ciudad y después miraré también de gestionar el traslado a un hotel de Granollers.

Celia abrió un cajón de su mesa y tras rebuscar un poco sacó una tarjeta que le entregó a Kevin.

—Este es el hotel del que te he hablado. Si quieres, puedes indicar que yo te he dado el contacto y que vienes recomendado del centro. Seguro que harán todo lo posible para que estés cómodo el tiempo que compartas con ellos.

—Gracias de nuevo —dijo Kevin estrechándole la mano con firmeza.

—No te acompaño. Despídete del señor Levi y si quieres, indícale a él mismo a qué hora estarás por aquí pasado mañana para que lo tengamos listo para atenderte.

—Estamos en contacto —dijo Kevin guardándose la tarjeta en el bolsillo del pantalón.

Se alejó del despacho hacia la sala donde se había encontrado antes con Thomas Levi. El hombre seguía allí, aunque ya no prestaba atención a la televisión que había cambiado de programa.

—Disculpe, señor Levi, pero al final le he hecho perder la tarde para nada. Entre el tiempo que he tardado en llegar y la entrevista con la doctora, se me ha hecho tarde y ya tendría que volver a Barcelona.

—No se preocupe —volvió a dirigirse en inglés—, es normal. De todas formas, hoy tan solo nos habíamos citado para conocernos, así que cuando usted diga, empezamos con la historia. Tendrá que tener un poco de paciencia. Nunca me ha gustado ni escribir ni hablar sobre mí mismo. No sé si es por timidez o por qué, pero siempre lo he evitado.

—Trabajaremos a gusto. Me comprometo a ello, además de que estoy dispuesto a adaptarme a lo que usted necesite. Es un gran escritor así que seguro que voy a aprender mucho de usted con todo esto. Va a ser enriquecedor para todos.

—Sobre todo para Dreams —bromeó Thomas Levi.

—Sobre todo —respondió Kevin también sonriendo.

—Bueno señor Conor, conduzca con cuidado. No conoce la zona, así que sea prudente. ¿Cuándo volverá?

—En principio pasado mañana. Mañana tengo que hacer varias gestiones en la ciudad y espero levantarme tarde ya que la última noche la pasé en un avión y no descansé demasiado.

—Pues le espero pasado mañana, ¿a las nueve?

—Perfecto, a esa hora. Descanse usted también. Ha sido un placer conocerle.

—Igualmente.

Kevin Conor abandonó el centro cuando ya había oscurecido totalmente. Por fortuna, sabía que en España los horarios eran mucho más laxos que en los Estados Unidos y que tendría tiempo de llegar al hotel a tiempo de cenar.

Fue muy fácil encontrar el camino de vuelta a Barcelona y en poco más de media hora estaba dejando el coche en el parking del hotel.

Saludó en recepción y pidió su llave. Le entregaron un par de mensajes que le habían dejado desde Dreams.

Estaba cansado, así que subió a su habitación y pidió que le llevaran un sándwich y un refresco en una hora.

Se metió en la ducha y tuvo el tiempo justo de salir a abrir al servicio de

habitaciones, cuando acababa de ducharse envuelto en un albornoz que encontró en el cuarto de baño.

Dio las gracias y cuando la camarera dejó la bandeja y se quedó solo se sentó a leer los mensajes.

El primero era de su editor que le había llamado para preguntarle cómo le había ido el viaje y si ya se había encontrado con Thomas Levi. Le explicaba que le había enviado un email y que cuando tuviese tiempo lo leyese y le contestara.

—Ok, John —dijo para sí mismo en voz alta—. Luego lo miro.

La segunda llamada era de su madre con la que había acordado que se comunicase a través de la editorial que siempre sabría en dónde estaba. Ellos le habían dado el teléfono del hotel. También quería saber si había llegado bien y le explicaba que Rose, una amiga especial que tenía en Boston, pero con la que aún no se habían decidido a dar el paso hacia una seria relación de pareja, había llamado preguntando si sabía algo de él.

«Perfecto», pensó, lanzando la nota a la papelera y acordándose de que la última vez que vio a Rose habían discutido.

Para que no le molestasen mientras estaba trabajando, había acordado con todo el mundo que le llamarían al hotel, en lugar de perseguirle con el móvil. No quería interrupciones mientras hablaba con Levi. A John Brown le había parecido buena idea.

Se puso a cenar y en quince minutos ya había acabado. Sacó los platos al pasillo, tal y como le había indicado la camarera y abrió su ordenador.

Antes de sentarse en la mesa del escritorio, miró detenidamente a su alrededor.

La verdad es que la habitación estaba muy bien, el hotel era céntrico y se encontraba muy cómodo allí, aunque de todas formas pensó que era mejor que hiciese caso a la doctora y estudiase la posibilidad de trasladarse a Granollers.

Cuando por fin el ordenador se encendió y pudo conectar el wifi, procedió a descargar todos los mensajes de correo electrónico a su bandeja de entrada.

Tenía el de John, uno de Rose y un par más que no eran muy importante.

Decidió que tenía que dar una cierta normalidad a su nueva situación que iba a ser estar a no sé cuántos miles de kilómetros de casa durante unos meses, así que empezó a responder.

Cuando acabó, siguió online el canal de noticias 24 horas de la CNN para no desvincularse de lo que pasaba en el mundo y cuando ya no supo qué más hacer y vio que eran las once, pensó que era el momento de irse a dormir.

Se quitó el albornoz, se puso un pantalón de pijama que llevaba y se estiró en la cama.

Esperó pacientemente a que le llegase el sueño. Dejó pasar media hora, pero aún seguía con los ojos abiertos como platos. Se intentó convencer de que era natural después del agotamiento que llevaba acumulado. Media hora más tarde, decidió que se aburría así que se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación sin saber muy bien qué hacer.

Abrió la pequeña nevera que estaba a un lado del escritorio donde había instalado su portátil. Revisó lo que había y finalmente se decidió por abrir un pequeño botellín de whisky. Estaba fresco y en un par de tragos lo acabó.

«¿Y ahora qué?», pensó.

Distraídamente se acercó a la ventana que daba a la calle Pau Clarís y pudo ver que había mucho movimiento comparado con lo que cabía esperar en su ciudad, a aquella hora y en un día laborable.

Conocía España, sabía que sus ciudades eran bastante seguras y hablaba el idioma, así que no se lo pensó dos veces. Se volvió a vestir y se fue a la calle.

Cuando atravesó el hall de recepción, el conserje le saludó y pareció que lo natural era que los huéspedes del hotel saliesen a aquellas horas a pasear por la ciudad ya que no mostró ningún tipo de extrañeza ni curiosidad.

Hacía fresco y la sensación nocturna era de humedad, aunque el cielo ya no estaba tapado. Imaginó que la tormenta había barrido la contaminación, ya que, a pesar de estar en una ciudad grande, pudo observar las estrellas.

No conocía Barcelona y no tenía ni idea de hacia dónde ir, así que, al azar giró a su derecha. Tuvo la suerte de que sus pasos le guiaron hacia la zona de la plaza Catalunya. A pesar de las horas y de las fechas se veía mucha gente del país y también muchos turistas paseando por la calle.

Caminaba lentamente observando el entorno, aunque intentando disimular que no había estado nunca antes allí y que estaba explorando sin saber a dónde ir. Hacer aquello muy evidente le convertiría en una presa fácil de timadores y demás personas de ese tipo.

De pronto, sonó el teléfono y sin mirar quién llamaba, respondió:

—Hola, Kevin Conor al habla.

—Kevin —le respondieron desde el otro lado—. Aquí, John. Te llamo para ver cómo estás y si ya has tenido tu primera entrevista con Levi.

—Hombre, John, no pensaba que me llamarías tan pronto. Creí que al menos me darías un par de días antes de preguntar —bromeó.

—Pues ya ves que no, y, por cierto, ¿qué hora es ahí? Oigo ruido como si estuvieses en la calle.

—Son las once y tienes razón. Estoy paseando por el centro de la ciudad.

Tomando mi primer contacto. Aunque no te lo creas, a estas horas de la noche, hay todavía un montón de gente por la calle.

—Deberías descansar porque tienes bastante trabajo —dijo, ahora serio—. Recuerda que no estás de vacaciones.

—Lo sé perfectamente —respondió—. Y no te preocupes que sabré hacer bien mi trabajo. Tan solo confía y dame un poco de tiempo.

—Si no confiase no estarías ahí.

—Por cierto, estoy muy bien ubicado en la ciudad y el hotel está también muy bien, pero con los problemas que he tenido hoy para llegar y la distancia hasta la residencia donde está el señor Levi, me estoy planteando trasladarme a una ciudad mediana que hay muy cercana a Cardedeu y buscar hotel por allí.

—Haz lo que consideres oportuno, siempre que no superes el presupuesto. Ya sabes el precio de tu habitación en Barcelona, si el precio del hotel en esa ciudad que dices es menor, por nuestra parte no hay problema. ¿Cómo se llama ese sitio?

—Me lo han dicho, pero soy incapaz de acordarme. Es una ciudad a unos veinte kilómetros de Barcelona y tan solo a cinco o seis de Cardedeu.

—Por lo que veo en Google Maps debe ser una que se llama Granollers.

—¡Eso es!, no recordaba el nombre.

—Está bien. Una vez que hayas hablado con el hotel para preguntar precios y hacer la reserva, avisa a Margot para que desde Dreams negocie las condiciones. Ya sabes cómo funciona. Te aseguro que en minutos estará todo arreglado y te apuesto lo que quieras a que habrá conseguido hasta un precio mejor.

—Así lo haré. Tengo un teléfono que me ha pasado la doctora del centro. Mañana a primera hora llamaré y acto seguido aviso a Margot.

—Perfecto. Me alegro de que hayas llegado bien y que estés cómodo. Mantenme informado de cualquier cosa. Puedes llamar tantas veces como quieras y si no, escíbeme, pero recuerda que este es un proyecto crucial para la editorial. Levi es un escritor importante y muy reconocido, tiene cien años y aún no se ha escrito su biografía porque hasta ahora siempre ha sido reacio. Dios no lo quiera, pero si por casualidad fallece cuando esté a punto de salir el libro será un gran éxito.

—Qué duro me suena eso —se quejó Kevin, no quería discutir con John, pero tenían una relación particular en la que podían pasar de entenderse perfectamente a enfadarse sin solución de continuidad, aunque no lo reconociesen ninguno de los dos.

—Es un negocio y si no fallece en poco tiempo tampoco importa, cuando

fallezca, y te repito que tiene cien años, el libro triunfará —zanjó.

—Ok John —dijo Kevin molesto con aquel comentario, aunque se esforzó en que no se le notase—. Estamos en contacto.

—Buenas noches —respondió John y acto seguido cortó la comunicación.

Aquella conversación le disgustó y eso hizo que se despistara y, en lugar de ir hacia donde estaba el hotel, fue hacia el lado contrario. Sin darse cuenta se iba alejando hasta que por casualidad pasó por delante de *The Philharmonic*.

Era un local con música en directo. Se decidió a entrar.

La mayoría de la gente que ocupaba buena parte de la sala había acabado de cenar y en el escenario se veían instrumentos y una pequeña orquesta de cuatro personas que se preparaban para tocar.

—Buenas noches — dijo una voz a su espalda.

Kevin se giró y se encontró cara a cara con una joven.

—Buenas noches —respondió—. He venido a tomar una copa.

—Si no ha cenado aquí, tenemos por costumbre cobrar una pequeña entrada a los clientes que vienen a escuchar música.

—Oh, disculpe, no sé cómo funcionan las cosas aquí. —Sonrió Kevin alargando un billete de 50 euros y recogiendo el cambio que le devolvía la chica.

La joven sonrió y tras invitarle a seguirla le llevó hasta una de las mesas en la que tenía una visión estupenda del escenario. Pidió un whisky con hielo ya que no convenía cambiar de bebida para intentar llegar de una pieza al hotel.

Resultó que se trataba de una pequeña banda local de jazz. Francamente lo hacían muy bien. Él era un aficionado a aquel tipo de música. Fugazmente pasó por su mente lo afortunado que era en aquel momento. Estaba en un lugar agradable, le gustaba lo poco que había visto de la ciudad, tenía una copa entre las manos y le deleitaba una pequeña banda de música. Por supuesto que se podía pedir más —pensó—, pero por el momento aquello era suficiente.

Perdió toda noción del tiempo y cuando finalmente acabó la música y consultó el reloj, vio que ya eran las dos de la madrugada.

Se levantó y antes de salir del local y de pagar lo que había consumido pidió que le indicaran cómo llegar al hotel. Por lo que le explicó la joven que le había atendido cuando entró, estaba a poco más de un cuarto de hora andando.

Las calles ahora estaban más vacías, parecía que finalmente la ciudad empezaba a dormir y eso mismo es lo que iba a hacer él. Al día siguiente tenía alguna cosa prevista, pero no tenía que madrugar así que se lo tomaría con calma.

Llegó al hotel y en esta ocasión cuando se metió en la cama se quedó dormido

enseguida. La siguiente imagen que tuvo fue la del sol entrando por la ventana. No había corrido las cortinas y la luz le despertó.

Ya eran las diez de la mañana, tendría que darse prisa.

Se dio una ducha rápida y se vistió. A las diez y media salía por la puerta del hotel. En esta ocasión, llevaba un mapa del centro de la ciudad y sabía dónde iba. Caminó hacia la Plaza Catalunya para bajar por las Ramblas.

Antes de llegar a la plaza paró en una cafetería y desayunó un cappuccino y un croissant. Pensó que si no iba con cuidado acabaría haciéndose adicto al café europeo que no tenía nada que ver con el americano al que estaba acostumbrado.

Tenía una entrevista con un antiguo compañero de la universidad que estaba colaborando con la *Biblioteca de Catalunya*. Se trataba de un convenio entre aquella entidad y la *Mugar Memorial Library de Boston*. Su amigo colaboraba en la digitalización de algunos ejemplares históricos, en los que se había convertido en especialista a cambio de permitir el acceso y la digitalización de otros ejemplares también históricos de la biblioteca de Boston.

Mark Anderson, cuando supo de la visita de Kevin, hizo una recopilación de algunos documentos relativos a la vida y la obra de Thomas Levi. Se trataba de pequeños retazos de información que normalmente no aparecía entre los datos que se podían consultar en la red. Algunos eran documentos antiguos y entre ellos le reservó con especial atención los que reflejaban opiniones sobre el autor hechas por los censores del régimen franquista. Había conseguido las recomendaciones y las valoraciones de un par de sus obras.

Cuando avisaron a Mark de que preguntaban por él, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la entrada. Allí vio a Kevin Conor. Seguía más o menos como en los tiempos de la universidad. En realidad, tampoco habían pasado muchos años.

Se abrazaron efusivamente.

—Te tratan bien en Barcelona —dijo Kevin sonriendo.

Mark era una de aquellas combinaciones raciales que solo se podían dar en los Estados Unidos. Aunque su apellido, su estatura y su constitución física daban pistas de un origen escandinavo, sus rasgos eran fruto de la mezcla con latinos europeos y en su ADN también figuraban elementos procedentes de las tribus originarias de las Montañas Rocosas.

—No me puedo quejar, aunque tú también tienes buen aspecto y hace solo unas horas que estás aquí.

—Hasta salí ayer noche —dijo sonriendo—. Imagínate qué más puedo pedir... un día entre semana, música jazz...

—Ya veo que no podré corromperte.

—No. Ya estoy bastante corrompido por mí mismo —bromeó.

Mark le preparó una visita por la Biblioteca. Aquel era un centro de estudio y conocimiento muy importante. Se trataba de un edificio medieval, con arcos en la sala central, aunque perfectamente adaptado para los tiempos actuales. Llamaba la atención su ubicación, ya que fuera del edificio, el entorno estaba bastante degenerado y el ambiente era lúgubre.

—Es todo aparente —le explicó Mark cuando le preguntó—, lógicamente en un centro como este diariamente entran miles de estudiantes, gente joven de todo tipo que viene a estudiar y a prepararse. No importa que las calles de alrededor se puedan ver más o menos oscuras o peligrosas, estamos en un barrio que tiene más de quinientos años. Los edificios que lo envuelven son antiguos y hasta cierto punto es normal que te lo mires con un poco de aprehensión, pero tan solo hasta que te acostumbras. ¿Has pensado que cuando construyeron este barrio, Boston no existía?

Mark lo llevó a un pequeño despacho, totalmente acondicionado, que tenía en un semi ático de aquel edificio. Tras ponerse al día de lo que habían sido aquellos últimos tiempos en los que prácticamente no se habían comunicado, le hizo entrega de los documentos y recortes sobre Levi que había recopilado para él.

Kevin lo ojeó con atención y quedó gratamente sorprendido por aquel regalo que le hacía Mark. Observó que había copias de recortes de diarios antiguos con fotos de diferentes lugares y diferentes momentos.

—¡Ostras!, no imaginaba que lograrías encontrar este tipo de documentación.

—La verdad es que aquí se guarda todo tipo de documentos y especialmente se han conservado muchos que hablan del día a día de esta gente durante la dictadura franquista. Barcelona fue un lugar de vanguardia donde la resistencia fue grande. Por eso el centro, y evidentemente por una cuestión ideológica, recopiló todo lo que pudo sobre la vida gris de los españoles durante aquellos años.

—No puedo decirte nada más que gracias...

—Bueno, eso no es cierto, también me puedes invitar a comer. —Rio Mark.

—Cuenta con ello —afirmó.

—Vamos —dijo Mark levantándose y cogiendo su chaqueta—. Te voy a enseñar este barrio. No me has dicho en qué hotel estás.

—¡Ostras! —dijo Kevin acordándose de repente del traslado a Granollers que tenía en mente—. Tengo que hacer una llamada. Necesito unos minutos.

—Tienes en la mesa el teléfono fijo. Si quieres llamar al extranjero marca primero un 0 y a continuación el número con prefijos. Tengo libertad para hacer todas las llamadas que quiera a Estados Unidos. —Le guiñó un ojo—. Te espero en la entrada de la Biblioteca, cierra con un golpe al salir.

Kevin buscó en los bolsillos de su blazer hasta que encontró la tarjeta que le había dado la doctora el día anterior.

—Fonda Europa, buenos días —respondió una voz.

—Buenos días. Mi nombre es Kevin Conor. Trabajo para la Dreams Corporation de los Estados Unidos. Me han destinado a Barcelona durante un periodo de tiempo indefinido, entre dos y cuatro meses y quisiera saber si hay posibilidad de tener una habitación en su establecimiento.

—Por supuesto —respondió la joven voz de mujer—, además, estamos en temporada media y tenemos disponibilidad. ¿Quiere que tome nota de su reserva?

—No, por favor —explicó Kevin—, tengo que llamar a la editorial. En unos minutos ellos contactarán con usted. La persona que le llamará es Margot Sanders.

—Perfecto, yo me llamo Mireia Pons, por favor, que pregunte por mí.

—Muchas gracias. En Boston aún no son las ocho de la mañana, falta media hora. A las ocho de allí la llamo y ella le contactará.

—Espero noticias. Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Kevin salió del despacho dejando la puerta cerrada tal y como le había indicado Mark. Cruzaron las Ramblas y se adentraron por aquel barrio medieval de calles estrechas que se ofrecía a todo aquel que quisiese darse un paseo por la historia.

Mark lo llevó a comer a un lugar donde cocinaban una *Fideuá* que se parecía a una especie de paella, pero hecha con fideos y que últimamente le tenía totalmente absorbido y no podía evitar ir a comer aquel manjar cada vez que tenía una excusa. Todo ello acompañado por un excelente vino blanco helado de la zona.

Cuando Kevin quiso darse cuenta, en Boston ya debían ser las diez de la mañana. Llamó y habló con Margot Sanders que le explicó que hacía rato que esperaba una llamada suya. John le había avisado aquella mañana de lo que planeaba y esperaba instrucciones para proceder con el cambio.

Kevin se disculpó y a continuación le explicó su objetivo y le dio el teléfono y el contacto.

Tan solo media hora después le llamaba Margot indicándole que aquella misma tarde podía trasladarse a la Fonda Europa. Había conseguido un muy buen precio y ya había liquidado la cuenta del hotel de Barcelona. Tenía la noche pagada en los dos sitios así que podía hacer lo que quisiese.

Kevin colgó y se quedó mirando el teléfono con expresión de admiración tras la breve conversación que había tenido con Sanders.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mark extrañado.

—No —respondió Kevin—. Tan solo que me ha sorprendido la efectividad de esta mujer. En media hora ha cancelado mi habitación en el hotel de Barcelona y me ha conseguido el que yo le he pedido en Granollers y, además, según ella, a un muy buen precio. Tanto que esta noche tengo pagada la habitación en los dos hoteles y puedo quedarme donde quiera. Realmente es un portento de eficiencia. Comprendo que la editorial la tenga en un pedestal.

—Perfecto —concluyó Mark—, pues esta noche nos vamos de fiesta por la ciudad.

—Me parece que no, Mark —dijo pensativo Kevin—, no he empezado muy bien. El primer día llegué tarde a la residencia porque me perdí. Luego anoche como no podía dormir salí por la ciudad y ahora entre los dos nos hemos bebido una botella de vino y nos hemos comido como mínimo una ración triple de *Fideuá*. Me temo que más vale que empiece a volver a la normalidad y me centre un poco en lo que esperan que haga. Si no consigo resultados me van a hacer volver antes de tiempo y aún me veo en la calle. La verdad es que tengo un gran proyecto entre manos que puede aclararme mucho el futuro y no me gustaría desperdiciarlo y arrepentirme el resto de mi vida.

—Tienes razón y haces bien en valorar tu encargo. ¿Te piden borradores desde la editorial?

—Semanalmente y un resumen breve cada día. Tengo que enviar las grabaciones de voz que vayamos haciendo y una copia de todas las notas que tome. Además de lo que vaya escribiendo. Teóricamente, ellos lo pulirán y empezarán a redactar la versión definitiva. También si hay documentos que soporten la historia serán bienvenidos. Seguramente buena parte de lo que me has dado acabará en Boston formando parte del libro.

—¡Vaya control! —exclamó Mark.

—Sí, aunque lo entiendo, ya que esto les está costando un dineral y esperan obtener bastantes beneficios. Si lo miras bien la idea es muy buena. Thomas Levi no ha querido nunca escribir una autobiografía y esta es la primera vez que deja que alguien escriba su vida. La verdad es que el negocio editorial no está en

un buen momento, sobre todo, desde que existen los *ebook* y la piratería se ha disparado.

—Levi debe haber accedido a la biografía porque ya tiene cien años y teme que el mundo se olvide de él.

—Posiblemente —dijo Kevin—, aunque ayer cuando lo conocí me cayó muy bien. Es un hombre que aparentemente se muestra amistoso y me pareció muy despierto mentalmente. Por supuesto que Dreams tiene en mente la edad que ha cumplido y la relevancia que tendrá la biografía una vez que fallezca.

—No es más que otro negocio —dijo Mark—. Últimamente todo consiste en ganar dinero. Eso es lo único que importa.

Durante unos segundos, ambos quedaron en silencio, cada uno con sus propios pensamientos. Kevin fue el primero que habló:

—Gracias por todo, por la documentación, por haber estado tan dispuesto a recibirme y por tu visita del barrio gótico. Me tengo que ir a recoger mis cosas y me marcharé hoy mismo a Granollers. Si quieres, nos vamos llamando y vemos cuándo nos podemos encontrar.

—Gracias a ti por la comida —dijo Mark sonriendo—, por supuesto que estaremos en contacto. Me he ido creando un grupo de gente, algunos de aquí y otros extranjeros como nosotros. Organizamos fiestas y excursiones. Cuando quieras apuntarte estaré encantado de presentártelos y si te vas a pasar este tiempo en Granollers, cuando estés en Barcelona te puedes quedar a dormir en mi apartamento. Tengo sitio de sobra.

Se separaron a la salida del restaurante. Mark tenía que volver a la Biblioteca y Kevin fue hacia el hotel donde tenía que prepararse para salir rumbo a Granollers.

Mientras andaba pensó que mejor antes, procuraría despejarse un poco, ya que el vino se le había subido ligeramente a la cabeza. Fue dando un rodeo hasta el hotel.

Al entrar, avisó en recepción de que dejaba su habitación y que le habían explicado que ya se había liquidado su reserva. El conserje se lo confirmó y le preguntó extrañado si es que no se había sentido cómodo allí.

Kevin le dijo que no era esa la razón. Tan solo era una cuestión logística. Tenía que trabajar en Cardedeu y permanecer allí representaba estar bastante apartado.

Subió a la habitación y recogió sus cosas. Afortunadamente no había tenido tiempo de deshacer su equipaje y en pocos minutos lo tenía todo listo para marcharse.

Cuando entró en el coche pensó si debía conectar o no el GPS, pero finalmente

decidió que para perderse se bastaba él solo, así que lo guardó en la guantera y arrancó rumbo al norte.

Escasamente una hora más tarde dejaba el coche en el aparcamiento que le indicaron desde la Fonda Europa y hacía el *check-in* en recepción.

CAPÍTULO 2

Un inicio accidentado

Aquella primera noche en la Fonda Europa durmió tan profundamente que a primera hora de la mañana se sentía tan descansado como hacía días que no lo estaba. No había sido muy consciente de ello, pero el jet lag le había durado todo ese tiempo.

Le había encantado el hotel justo en el centro de Granollers. Como norteamericano que era, le fascinaba el edificio antiguo, pero con todas las comodidades de los tiempos actuales. La suya era una habitación espaciosa, con suelo de madera y espacio suficiente como para pasar allí el tiempo que fuese necesario y acabar su trabajo. Ahora solo le faltaba encontrar algún lugar donde hacer ejercicio regularmente. No era un gran deportista, pero sabía que correr o nadar le ayudaba a concentrarse.

No tenía que estar en la residencia hasta las nueve de la mañana, así que aún le quedaba tiempo para desperezarse un poco e ir despertándose lentamente. Como ya no tenía más sueño, decidió levantarse. Se arregló sin prisas y bajó a desayunar.

En esta ocasión no tuvo ningún problema para llegar a l'Alfou.

Faltaban diez minutos para las nueve, cuando entraba por la puerta de la Residencia Sant Julià. Nada más poner el pie en el centro, vio que Celia Lluch salía de su despacho y al verlo se encaminó hacia la entrada para encontrarse con él.

Se fijó en que llevaba el pelo recogido en un moño y aquello conseguía el efecto de dejar a la vista un largo y atractivo cuello. Le pareció perfecto. Vestía con la bata blanca que ya había visto el día anterior y no pudo adivinar qué llevaba debajo.

—Bienvenido, Kevin —le dijo, alargándole la mano—. ¿Has desayunado? Puedo ofrecerte un desayuno típico del centro —bromeó mostrando una cálida sonrisa.

—Gracias, pero me temo que ya he desayunado antes de salir del hotel. Por cierto, me he trasladado a Granollers siguiendo tu consejo y la verdad es que estoy encantado con el lugar que me recomendaste.

—Es muy buen sitio. Yo lo conozco de toda la vida. El establecimiento no sé si

ya tiene unos doscientos años y ahí sigue, como un referente de toda la comarca. Yo vivo en Granollers y de vez en cuando voy a cenar con amigos. Verás cómo te sentirás bien en el hotel y en la ciudad también.

—Será fácil entonces que nos veamos por allí. Por cierto, estoy mirando si hay algún lugar donde pueda ir a hacer ejercicio de vez en cuando —dijo, seguro de que ella sabría cuál era el mejor gimnasio.

—Ya te dije que en Granollers hay de todo. Te daré la dirección del centro al que yo voy. Está bastante bien.

—Ok, gracias. Creo que debería ir a buscar al señor Levi —dijo, cambiando de tema, no quería parecer pesado y que se diese cuenta de que le gustaba hablar con ella, al menos de momento.

—Por supuesto, te espera en la misma sala donde lo encontraste el primer día.

—Hasta luego —dijo Kevin encaminándose hacia la sala.

—Luego nos vemos —respondió Celia mientras salía de la residencia por la misma puerta por la que él acababa de entrar.

Kevin era totalmente consciente de que aquella mujer le atraía, pero rápidamente pensó que aquel tema ya lo pensaría más tarde. Ahora tenía trabajo.

—Buenos días, señor Levi —dijo, mientras entraba en la sala donde le esperaba.

—Buenos días, señor Conor —dijo Levi, mientras se levantaba y le estrechaba la mano—. Ya que le voy a contar mi vida, pienso que nos podemos tutear sin problemas, ¿no?

—Como quieras, aunque creo que me va a costar, ¿dónde has dejado la silla?

—A esta hora estoy descansado y no la necesito. Ya no puedo correr, pero puedo andar sin problemas. Quiero enseñarte lo que tengo preparado para ti, así que, por favor, acompáñame a mi habitación.

Ambos se dirigieron al pasillo donde estaban las habitaciones. El corredor tenía las habitaciones a la izquierda en el sentido en el que iban y a la derecha había grandes ventanales de cristal muy grueso que dejaba pasar la luz, pero no la temperatura exterior, haciendo que el lugar se mantuviese a una temperatura agradable.

Dedujo que el edificio era enorme. La planta baja, donde se alojaban todos los residentes, tenía una zona central y dos alas. La sala central también era un lugar agradable y luminoso, además, el día era soleado, aunque un poco frío. Había una planta superior, pero Kevin pensó que debía ser donde estaban las consultas, los almacenes o cualquier otro servicio del centro, quizás la cocina también, aunque era extraño que no estuviese en la planta baja o en el sótano. Ese

segundo piso ocupaba el espacio equivalente a la parte central de la planta baja y todo el espacio restante eran amplias terrazas donde, cuando el tiempo lo permitía, los ancianos tomaban el sol.

Durante el lento trayecto de varios minutos, Thomas Levi le habló sobre su día a día en aquel lugar y le confesó que le gustaba haber vuelto a la tierra en la que realmente se crió y posiblemente pasó la mejor parte de su vida.

Llegaron a la habitación y Kevin tomó asiento siguiendo las instrucciones del anfitrión. La habitación tenía un cuarto de baño por lo que pudo ver al entrar, un armario empotrado que ocupaba prácticamente toda una pared, una mesa con un par de sillas, una televisión y una cama. Parecía más que suficiente para una sola persona. La luz entraba por la ventana, que en aquel momento tenía las cortinas descorridas.

Thomas abrió el armario e intentó sacar una caja bastante voluminosa que tenía. Kevin instintivamente se levantó y le ayudó a ponerla sobre la cama. Era más bien un cajón de madera parecido a los que se utilizaban antiguamente para transportar refrescos, antes de que irrumpiera el plástico en el día a día de todos. No sabía de dónde la habría sacado.

—Aquí he recopilado toda la información que pienso que nos puede interesar para trabajar en mi biografía. Como ves —dijo, destapando la caja que había cubierto con papel de diario—, hay diferentes carpetas y en cada una he ido poniendo recuerdos de una época distinta. Hay fotos, escritos, trozos de diario y una infinidad de cosas. Desde que acepté trabajar en tu proyecto he movilizado a mi familia en España, en los Estados Unidos y a mis amigos, para que me envíen copia de todo lo que nos pudiese interesar.

Al ver aquello, Kevin no pudo evitar darse cuenta de la diferencia entre un profesional de la escritura, con años de experiencia y él, que había llegado solo con una libreta, una grabadora y un bolígrafo. Debió reflejarse en su expresión, porque Thomas Levi dudó y le preguntó:

—¿No te parece bien? Si quieres lo volvemos a guardar.

—Ni mucho menos, me parece estupendo y un gran trabajo. Tan solo estaba tomando consciencia de cuánto me falta por aprender para llegar a ser un profesional como tú.

—No exageres, tú aún eres muy joven y tienes tiempo de sobra —dijo sonriendo y dándole una palmada en el hombro a la vez que se sentaba encima de la cama.

Kevin aproximó la silla a la caja y esperó expectante a que Thomas diese alguna explicación.

Extrajo una primera carpeta, sencilla, de cartulina roja y la abrió dejando a la vista algunas fotos, dibujos infantiles, algún documento oficial, un par de postales y una carta.

—Esta carpeta tiene lo que he podido recopilar de mis primeros años.

Le alargó una foto familiar.

—Estos son mis padres. El niño soy yo, con unos cinco años, y estas son mis hermanas, Ada que debía tener tres años y Sara que era recién nacida. Es la última foto que he podido conseguir de antes de que muriese mi padre.

Aquella imagen mostraba una pareja joven, bastante atractiva. Miraban sonriendo a la cámara. Encima de las rodillas del padre había un niño bastante guapo y que también sonreía. De pie, entre los dos, estaba una niña vestida aparentemente con un vestido de color blanco y con el pelo rizado que llevaba una muñeca de trapo en la mano. Se apoyaba en la rodilla de su madre que, a la vez, sostenía en brazos a un bebé gordito que se llevaba algo a la boca, quizás otra muñeca de trapo. No se veía claro. Era una foto muy bonita, aunque el tiempo se había encargado de que la calidad de la imagen degenerase bastante.

—Esto es todo un documento gráfico —dijo Kevin devolviéndole la fotografía—. ¿Crees que podré conseguir copia de algunas de estas fotos y de alguna otra cosa que nos pueda ser útil?

—Claro que sí —respondió Thomas—, en realidad, todo esto son copias de originales. Es para ti, aunque me gustaría tenerlo yo de momento.

—Por supuesto —dijo Kevin, alargando la mano hacia un papel que parecía una carta escrita con una letra de caligrafía casi perfecta y de la que no entendía lo que decía. Miró interrogativamente a Thomas.

—Está en catalán —dijo, tomándosela de las manos y la depositó dentro de la carpeta roja—. Si quieres, podemos empezar la historia.

—¿Te molesta que grabe la conversación?

—No. Imagino que para eso has traído la grabadora —respondió con una sonrisa pícaro y mirando al pequeño aparato que Kevin había dejado sobre la mesa.

Thomas se dio unos segundos de tiempo para poner en orden todo lo que quería empezar a contar a partir de aquel momento, empezaba el relato de su vida y aquello merecía que se esforzase en hacerlo bien. Tan pronto pensó que estaba preparado, empezó a hablar:

»La historia de mi vida empieza en Boston, en los Estados Unidos, pero a veces pienso que en esa ciudad solo nací, ya que mis orígenes no tenían nada que ver con aquel lugar. A pesar de todo, allí viví mis primeros años y fui educado

hasta el punto de que nunca he perdido el nexo con todo lo que de norteamericano hay en mí.

»¿Por qué pienso que esto es así? —se preguntó retóricamente—, pues sencillamente porque mis padres eran gente con procedencias muy lejanas. Algo muy común en aquellas tierras.

»Mi padre se llamaba Tevye Levi. Había nacido en Providence, Rhode Island y era el último descendiente de la familia Levi, que tan solo un par de generaciones antes había llegado a los Estados Unidos provenientes del imperio ruso, si no recuerdo mal eran de Sant Petersburg, ciudadanos de la que había sido la capital rusa. Los Levi eran gente bastante rica, dedicados al comercio y con influencias políticas a nivel local. Siempre fueron muy conservadores. En realidad, a mi padre no le hubiese hecho falta trabajar en toda su vida para mantener su nivel económico.

»Desgraciadamente mis abuelos, que eran muy religiosos, aunque sin llegar a ser extremistas ortodoxos, eran contrarios al tipo de vida que empezó a llevar Tevye en Boston cuando le enviaron a la Universidad de Harvard a estudiar derecho.

»El retoño de los Levi era el primer individuo de la familia que llegaba a una universidad tan prestigiosa, aunque nunca pensaron que enviar a su joven hijo a aquel entorno le apartaría definitivamente del judaísmo tal y como pasó. Tevye había crecido en un ambiente cerrado, dominado por sus padres y cuando vio la puerta abierta a una nueva vida no se lo pensó dos veces en atravesarla.

»Se convirtió en el típico niño rico, un poco consentido, al que le gustaba el alcohol y las fiestas y que, a pesar de todo, era brillante en sus calificaciones. Nadie sabía de dónde sacaba el tiempo para estudiar. Además, como el chico era simpático y bastante atractivo, casi sin querer se convirtió en un mujeriego.

»Eso fue lo que le faltó a mis abuelos para que empezasen a ver que tenían que intervenir para controlar el futuro de su hijo si no querían que toda la fortuna familiar acabase dilapidada.

»En eso, dicen que mi abuelo fue muy sabio.

»Esperó a que Tevye acabase derecho y le ofreció la posibilidad de viajar con la delegación que iba a firmar un nuevo tratado comercial con España. Era el año 1908 y tan solo hacía diez que ambos países se habían enfrentado en la guerra de Cuba. Si Tevye viajaba con la delegación y conseguía centrarse, volver al orden y abandonar definitivamente aquella vida de descontrol, mi abuelo le ayudaría a progresar económicamente entre sus contactos y le montaría un bufete como abogado en la zona más prestigiosa de la ciudad.

»Acabada la carrera universitaria, Tevye no tenía ni idea de lo que quería hacer, así que sencillamente aceptó la oferta.

»Sin saber realmente para qué y con ganas de visitar Europa, Tevye se encaminaba rumbo al puerto de Cádiz, acompañando a un grupo de gente que no le interesaba para nada y con los que no tenía demasiado en común, hacia una tierra totalmente desconocida.

»En Cádiz les esperaba el traslado en tren a Madrid.

»La delegación, compuesta por tan solo diez miembros se instaló en un hotel céntrico de la ciudad. Lamento no haber averiguado cual fue, aunque tampoco me parece importante para esta parte de la historia. Se decidió que era crucial enviar a un par de delegados a Bilbao y otro par a Barcelona. En ambas ciudades se encontraba parte del poder económico del país. La finalidad era establecer contactos con el empresariado de aquellos lugares y crear vínculos comerciales de importancia.

»Tevye fue a Barcelona acompañando a John S. Maxwell que, con los años, acabó siendo uno de los mejores economistas del país. Maxwell vio el interés de mi padre por toda esta cuestión, es decir cero, y decidió que dejaría que el joven fuese a su aire siempre que no molestase y que se comprometiese a prestarle ayuda o servicios cuando lo requiriese. El pacto era entre ellos y nunca debía salir a la luz. Imagino que a estas alturas ya no importa que se sepa.

»Se alojaban en el que entonces era el Hotel España de Barcelona. En aquel momento quizás el mejor hotel de la ciudad. Estaba en el centro y la decoración era modernista, he visto fotos muy interesantes de sus salones.

»A pesar de lo que pensó Maxwell, Tevye sí que participó todo lo que pudo en los trabajos de la delegación. Quizás fue el hecho de tener libertad total de movimientos para hacer lo que quisiese lo que provocó que se interesase por aquel hombre que evidentemente respetaba su libertad, cosa a la que estaba poco acostumbrado.

»Maxwell entró en contacto con la familia Güell. Conocía perfectamente la evolución de la industria textil de aquel grupo con el *Vapor Vell* al principio en Barcelona y su cierre posterior y la creación de la *Colonia Güell*. Los directivos de la empresa habían sido víctimas de atentados y asesinatos y para poder controlar más su seguridad, establecieron una colonia donde los trabajadores y sus familias vivían, estudiaban y trabajaban siendo aquel un entorno mucho más cerrado y, en consecuencia, entendían que más seguro.

»Entre el personal que trabajaba allí estaba mi madre. Ella era familia un poco lejana de los Güell, pero siempre había mantenido el contacto con sus hijas. Eso

facilitó que se trasladase a la colonia y que fuese la encargada de la educación de los niños menores.

»Clara, mi madre, era la menor de las hijas de *Can Tomeu*.

»Era muy joven y muy bonita. Presumida, siempre intentaba dar la mejor imagen posible de sí misma. Por aquel entonces debía ser muy inocente, aunque le gustaba creerse un espíritu bastante libre. Ella pertenece a una de esas primeras generaciones de personas que tímidamente rompían con el peso de la tradición y empezaban a observar la vida desde su propia perspectiva. El ser mujer no le hacía inferior a ningún hombre.

»Can Tomeu era en aquella época una masía muy cercana al lugar donde nos encontramos ahora. Estaba entre Cardedeu y Cánovas, a pie de carretera. Mi abuelo, Tomeu Bosch tenía dos hijas: Inés y Clara. Entre ellas se llevaban unos once años, si la memoria no me falla. Clara llegó cuando ya nadie esperaba aquel embarazo.

»La familia provenía de Barcelona, pero Tomeu, en sus años de juventud y siendo el menor de cinco hermanos de una familia burguesa de la ciudad, pensó que era una buena idea irse a vivir al campo, compró aquella masía y con su mujer se instalaron.

»Trabajaron mucho para sacarla adelante, pero tenían suficientes recursos económicos como para conseguirlo. Tuvieron a sus dos hijas ya en Can Tomeu.

»Tanto Tomeu como su esposa habían muerto cuando las niñas eran aún jóvenes e Inés fue la que se hizo cargo de la masía. Aquí se dice que era la *pubilla*, que es la hija mayor, cuando no hay un hijo y es la que recibe la totalidad de la herencia a cambio de hacerse cargo de los hermanos menores. Durante muchos años, Inés tuvo bastante éxito trabajando y dirigiendo la masía. Era una explotación relativamente grande y en aquel momento tenía tierras de cultivo y animales. La mujer no quiso que su hermana tuviese que trabajar como ella y por eso la envió a estudiar primero a Barcelona, a una escuela para señoritas y después a la Colonia Güell, donde pudo ejercer de profesora.

»Parecía que todo iba bien a pesar de la muerte prematura de los padres.

»Inés, mi tía, había estado siempre enamorada de Guillem. El hombre era del pueblo, pero desde joven había estado metido en el ejército. Con tan solo veinte años ya se estaba preparando para ser teniente de infantería.

»Guillem Soler e Inés se casaron allá por el año 1894; ella era muy joven, pero sí era suficientemente adulta para cuidar de su hermana y llevar la propiedad, también debía serlo para casarse. Él se instaló en Can Tomeu, convirtiéndose en el nuevo hombre de la casa e Inés pudo dedicarse en mayor medida a cultivar las

relaciones sociales en la zona. A pesar de todo, Guillem pasaba temporadas fuera de la masía, como se llaman por aquí estos caserones, por el tipo de trabajo que realizaba, aunque normalmente estaba destinado a algún destacamento en Barcelona por lo que muchos días iba a Cardedeu a dormir.

»La noche de fin de año de 1897, la pareja estaba invitada a la verbena que organizaba la familia Arimany en Granollers. Asistir a aquel tipo de fiesta era como pertenecer a la alta sociedad de la comarca de aquel tiempo. Cuando se estaban arreglando para ir, Guillem le explicó a Inés que le enviaban a Cuba.

»La guerra por la independencia de Cuba había empezado en 1895, pero se temía que los Estados Unidos entrasen en la contienda en breve. Hasta el momento, Guillem había conseguido evitar ser enviado al Caribe, pero esta vez la oferta había sido clara y parecía que no presentarse voluntario significaba perder la posibilidad de subir de rango.

»Inés lo llevó muy mal y entró en un estado de semidepresión, que le hizo abortar espontáneamente poco después de la fiesta. Estaba embarazada de dos meses, ella lo sospechaba, pero aún no se lo había dicho a Guillem cuando pasó.

»Finalmente llegó el día de la despedida y Guillem partió a Cuba en febrero de 1898. Los Estados Unidos entraron en la guerra en abril de ese mismo año y Guillem murió en junio tras ser hecho prisionero por los mambises.

»Inés no lo superó nunca. Clara intentó ayudarla a pesar de ser más joven e inexperta, una niña, pero Inés se empeñó en alejarla de Can Tomeu. Aquella masía se había convertido en una especie de prisión para ella y a toda costa intentaba apartar a su hermana menor de allí.

»Clara visitaba periódicamente a Inés y siempre que podía pasaba algunos días con ella. Poco a poco se fue convirtiendo en una joven. Inés se dedicaba a la masía con la ayuda de «los masoveros», un matrimonio algo mayor que ella, que vivían en la casita adosada y que servían tanto en el campo como en la casa. Ocasionalmente, contrataban a algún trabajador más para el campo y alguna persona para el servicio, aunque Inés trabajaba como cualquiera de ellos cuando hacía falta.

»Los años pasaron, pero el rencor y el odio de Inés por todo lo americano no disminuyeron en ningún momento.

—Llevas casi dos horas hablando —interrumpió Kevin.

—Se me ha pasado el tiempo volando.

—¿Quieres descansar un poco? —ofreció.

—No, pero hace una mañana luminosa. ¿Qué te parece si te sigo contando cómo continúa y cómo se relaciona todo esto, en el jardín?

—Me parece buena idea, aunque no quisiera agotarte.

—No te preocupes. Estoy bien. Pide una silla de ruedas en recepción y salimos un poco para que nos dé el aire.

—Como quieras —dijo Kevin saliendo de la habitación y dirigiéndose a la recepción.

Al cabo de unos minutos, abandonaban la habitación. Thomas, sentado en la silla con la carpeta roja y la grabadora encima de las piernas, una manta ligera sobre los hombros y Kevin, empujando la silla.

El jardín de la residencia estaba bien cuidado y en primavera debía ser muy bonito cargado de flores. Por aquellos días, los árboles empezaban a quedarse sin ninguna hoja. El otoño avanzaba, aunque en aquel momento la temperatura era bastante agradable.

Igualmente, Kevin insistió en cubrir las espaldas de Thomas con la manta.

—Tienes suerte —dijo Thomas—, todavía eres joven y no tienes frío. Con los años, la humedad se va metiendo en los huesos y acabas teniendo esa sensación de estar helado la mayor parte del tiempo. No quiero entretenerme más, voy a seguir con la historia y a desvelarte cómo acaban relacionándose Inés, Clara, Guillem y Tevye, y por qué yo nací en Boston, pero me crie aquí.

»Un día, Maxwell, acompañado por Tevye, visitaron la colonia Güell. Por aquellos tiempos, en España y en los Estados Unidos, era fino aprender francés y se solía enseñar en los colegios. El inglés no tenía ni mucho menos la trascendencia que tiene hoy en día, al menos aquí.

»Clara había estudiado en la escuela el idioma y tenía bastante soltura hablándolo. Maxwell también lo hablaba y Tevye sabía muy poco de francés y de español. El caso es que la dirección de la colonia le pidió a mi madre si podía acompañar a las visitas y asistir a las reuniones con la dirección.

»Así fue. Ella les asistió durante las dos semanas que se instalaron en el edificio principal y los acompañó a las reuniones que tuvo con la dirección y con el resto de empresarios de la zona que acudieron invitados por la familia Güell.

»Todo aquello no impidió que les quedase suficiente tiempo libre como para que Tevye y Clara se pudiesen enamorar. El flechazo fue tan intenso que ninguno de los dos pensó en ningún momento en las consecuencias de todo aquello.

»Tevye se había enamorado por primera vez en su vida y Clara le correspondía hasta el punto de que no se negó a acompañarle de escondidas a su habitación y se dejó amar por él. Al principio, tímidamente, pero poco a poco, con más curiosidad y dejando aflorar toda su sensualidad.

»—Cásate conmigo —le pidió Tevye un día.

»—Tengo que pedir permiso a mi hermana. Es mi único pariente y quiero su aprobación.

»—Pues no se hable más. ¿Cuándo quieres que la vayamos a ver?

»Clara consiguió el permiso para abandonar la colonia y acompañada de Tevye se encaminaron hacia Can Tomeu. La distancia era de aproximadamente setenta kilómetros.

»Cuando Inés la vio llegar acompañada, sin haber avisado antes y sin ninguna justificación especial para aquella visita, sospechó que algo pasaba. No obstante, era tal la alegría de ver a su hermana que no se lo pensó al salir a abrazarle calurosamente y preguntarle quién era aquel hombre que le acompañaba.

»Él estaba de pie, sonriendo, en la entrada de la propiedad. No hablaba porque no entendía nada de lo que decían.

»—Inés, quiero presentarte a Tevye Levi. Es abogado y está aquí como parte de una misión comercial. Nos hemos conocido y me ha pedido que me case con él. Quería hablarlo contigo antes de darle una respuesta definitiva.

»Por lo visto, Inés se quedó tan sorprendida que de momento no supo reaccionar. Esto lo supe con los años porque me lo explicaron los masoveros que también habían acudido a recibir a Clara.

»—Levi —fue la primera cosa que dijo Inés—. ¿De dónde es usted?

»Clara le tradujo la pregunta.

»—Soy de Boston —respondió Tevye en un castellano básico y bastante penoso y extrañado por la reacción y las expresiones que mostraba la que tendría que ser su cuñada.

»—Eso está en los Estados Unidos, ¿no?

»—Sí, señora.

»—Pues entonces sepa que nunca, y quiero decir nunca, mientras yo viva usted podrá entrar en esta casa y le prohíbo que se case con mi hermana. De hecho, no sé si estoy en condiciones de prohibirle a ella que haga alguna cosa, pero —en ese momento dirigió su mirada a Clara—, si te casas no volverás a entrar en esta casa nunca más. No querré volver a saber nada de ti.

»Todos se quedaron helados por aquella reacción tan inesperada y tan poco previsible. Aquellas palabras habían sonado cortantes como cuchillos, cargadas de furia contenida. Tevye no entendió lo que decía, pero comprendió bastante bien el contenido. Parecía una maldición.

»—Pero Inés, ¿por qué reaccionas así? —preguntó Clara.

»Inés se volvió hacia su hermana hecha una furia hasta el punto de que Clara

pensó que le iba a abofetear y le gritó:

»—Esta gente son los que mataron a Guillem. ¿No lo recuerdas? Este joven forma parte del país que se entrometió en mi vida y que acabó con mi felicidad.

»—Pero hermana, él no tiene nada que ver en todo esto. Es muy joven y cuando pasó todo eso ni siquiera estaba en la Universidad —dijo Clara inocentemente.

»—Eso son excusas. Lo que no es una excusa es que hoy en día soy una viuda que tiene que llevar sobre sus hombros el peso de nuestra herencia. Haz lo que quieras, no puedo prohibírtelo, pero que sepas que él no entrará nunca en esta casa y si te casas con él, para mí es como si estuvieses muerta.

»Dicho eso, Inés abandonó la escena volviendo a entrar en la casa dando un portazo.

»Para todos fue un momento terrible.

»Clara empezó a llorar desconsoladamente, mientras que Tevye la abrazaba sin entender prácticamente nada de lo que había pasado. Las hermanas habían hablado enfadadas, muy rápido y en catalán. Le costaba creer que lo que estaba pasando era realidad y no una pesadilla o imaginaciones suyas.

»Poco a poco, Clara fue controlando sus lágrimas, aunque seguía sin moverse del lugar donde estaba.

»Joan y Carme, los masoveros, se acercaron a ella. Carme le abrazó y le dijo:

»—Ha sufrido mucho tu hermana. No se lo tengas en cuenta, aunque me temo que lo que ha dicho está dispuesta a cumplirlo. Ella te quiere hoy en día más que a nadie, igual que quería a Guillem y por desgracia interpreta que ese mismo país que le mató a su marido ahora le arrebató a su hermana.

»—No lo entiendo, Tevye no me arrebató de ningún sitio. Soy yo quien se quiere casar con él y, si es necesario, irme a Boston.

»—Ella lo ve diferente.

»—Si nos necesitas para alguna cosa —dijo Joan intentando que aquella situación no se alargase más de la cuenta por lo dolorosa y por la posición comprometida en que estaban ellos—, intenta contactar con nosotros directamente y si nos haces llegar tu dirección cuando estés definitivamente instalada donde sea que te instales, te prometo que te mantendremos informada de cómo va todo por aquí.

»—Esto no es justo —repetía y se quejaba Clara desconsolada y considerando la posibilidad de entrar a hablar con ella.

»—Vámonos —dijo Tevye abrazándola por los hombros, entrando en el coche de caballos que les había llevado hasta allí y desapareciendo para siempre

dejando tras de sí tan solo el polvo que levantaba el coche en el que iban.

»Me consta que a Clara le costó mucho seguir adelante con su matrimonio sin el consentimiento de su hermana. Para ella, su opinión era importante y estaba segura de que actuaba así por error y por amargura. Lejos de enfadarse con ella sintió lástima por lo mal que lo había estado pasando y porque ella no había sido capaz de apreciar aquel sufrimiento en su verdadera magnitud y haberla ayudado a superarlo y rehacer su vida.

»Tevye habló con Maxwell. El hombre parecía que desde el primer momento se había dado cuenta de su carácter y había sabido tratarle de la mejor manera para obtener la máxima colaboración de él. Sabía perfectamente que a Tevye no se le podía obligar, se le tenía que convencer o hacer que él pensase que estaba haciendo lo que quería para tenerlo a su lado.

»¿Cómo sé todo esto? Gracias a Sally. Ya sé que no la he nombrado antes, pero Sally es alguien muy importante en estos años. Pronto hablaré de ella.

»Volviendo a mis padres, hay que reconocer que, gracias a la colaboración de Maxwell y el uso de sus influencias, consiguieron partir de Londres al cabo de un mes con destino a Nueva York. Iban en un transatlántico de los Estados Unidos y el capitán los casó tan pronto dejaron de ver la costa británica.

»No fue la boda que les hubiese gustado celebrar, aunque no deja de ser original que se casasen civilmente en el océano Atlántico. A pesar de todo, ya sabemos cómo es la juventud, y ellos eran jóvenes, así que disfrutaron de aquel tiempo que duró el trayecto todo lo que pudieron. Por el mero hecho de la boda eran conocidos por buena parte del pasaje y todo el mundo tenía atenciones con ellos.

»El trayecto fue prácticamente lo que duró la luna de miel.

»A la llegada a Nueva York, nadie los esperaba, ya que Tevye no había avisado a sus padres ni de su regreso, ni de su boda. Desde un punto de vista, más bien simplista, para los temas personales y que pareció que le acompañó durante su vida, pensaba que él había cumplido su parte del trato y que ahora su padre le iba a ayudar a abrir su despacho en Boston.

»No estaba preparado para lo que le esperaba.

»Por lo visto, cuando llegaron a casa de mis abuelos en Providence y les presentó a su joven y bella esposa, mi abuela sencillamente perdió el conocimiento abriéndose la cabeza con algún mueble durante la caída. Hizo falta que viniese el médico y por lo que contaba Sally, le quedó una pequeña cicatriz de recuerdo hasta el fin de sus días.

»Mi abuelo, más analítico, tuvo tiempo de hacer una segunda pregunta antes de

reaccionar. Esa pregunta fue:

»—¿Tu esposa es también judía?

»La respuesta negativa de Tevye fue suficiente para que su padre empezase a gritar y a preguntarle cómo había sido tan estúpido de casarse con una desconocida extranjera y gentil, y entiéndeme que gentil no se refería a amable, sino a no ser judía.

»Mis padres enfadados abandonaron la casa.

»En esta ocasión, fue mi madre la que no debió entender nada. Es curioso cómo ambas familias, sin nada en común, habían reaccionado de una forma parecida, aunque por motivos diferentes.

»No sé dónde fueron ni lo que hicieron aquella misma noche, pero sé que mi padre movió sus contactos y antes de una semana estaba trabajando en uno de los despachos de mayor prestigio de Boston. No hay que olvidar que era abogado licenciado en Harvard por méritos propios.

»Mi madre se dedicó a aprender el idioma y al poco tiempo trabajaba dando clases de francés y español a jóvenes de familias bien situadas de la ciudad. Muchos de sus clientes provenían del despacho en el que trabajaba mi padre.

»Mi abuela intentó recuperar la relación con su hijo, pero él se negó en rotundo. Sin embargo, mi madre, que sabía lo que significaba quedarse sin padres a una edad joven, abrió la puerta a relacionarse con ella. Mi abuela tenía mucha vida social y pasaba temporadas en Boston alejada de mi abuelo que seguía en Providence.

»Poco a poco fueron congeniando y Sarah, mi abuela, la fue introduciendo en su círculo. Tevye no opinaba sobre aquella relación y mi abuelo nunca la conoció. Sarah nunca dejó de intentar que mi madre se convirtiese al judaísmo. Clara no se negaba, aunque tampoco le ilusionaba. En realidad, le era bastante indiferente y si gracias a eso se podía mejorar la relación familiar, quizás valía la pena intentarlo.

»Todo esto pasaba entre 1910 y 1911.

»Debe ser cierto eso de que dinero llama a dinero porque para cuando nací yo en 1915, mis padres tenían una situación muy acomodada y sin ayuda de mis abuelos.

»Con mi nacimiento entró Sally en la familia.

»Una jovencísima Sally fue contratada por mi madre para ayudarme conmigo y con el trabajo de la casa. Era poco habitual que, aunque viviésemos en un apartamento grande en una zona acomodada de la ciudad, mi madre se encargase de las tareas del hogar y tras mi nacimiento, mi padre consiguió finalmente que

entrarse a trabajar en casa una «ayudante». Mi madre se negó a que se le tratase como una criada-interna. Era casi una niña.

»La alegre Sally fue la persona que más tiempo me dedicó en mi infancia. Sobre todo, a partir de 1917 cuando nació Ada.

»En 1920, nació Sara.

»En casa hablábamos inglés normalmente, aunque mi madre se dirigía a nosotros a veces en castellano y nosotros le respondíamos en esa lengua. Fue la manera en que aprendimos los dos idiomas. Cuando se enfadaba mucho con nosotros o cuando quería ser muy cariñosa, nos hablaba en catalán, que en realidad era su lengua materna. Sobre todo, conmigo y con Ada. Imagino que eso fue porque éramos los mayores. A nosotros nos encantaba el sonido de ese idioma y además tenía connotaciones agradables para nosotros, ya que lo relacionábamos generalmente con el buen humor. En nuestro mundo, nadie más que nosotros tres lo entendía, era nuestro idioma secreto.

»Los niños aprenden todo lo que les quieras enseñar, así que desde muy pequeños nosotros éramos capaces de hablar en más de una lengua indiscriminadamente y a veces mezclándolo todo.

»Mi madre y Sally se hicieron muy amigas. Le contó su vida y gracias a eso, Sally nos la pudo ir contando a nosotros con los años.

»En 1921 la situación en la ciudad de Boston no era muy buena.

»Había mucha delincuencia organizada y teníamos la *White Hand Gang*, que se podría traducir como la «banda de la mano blanca» que era una mafia irlandesa. Por aquel entonces, estaba en sus últimos años ya que creo que acabó más o menos desapareciendo en 1925.

»El despacho de mi padre fue contratado por el estado de Massachusetts y la asociación de viudas irlandesas para ejercer de abogado acusador, o fiscal privado en el juicio a algunos de sus representantes. Desde 1920 estaba en vigor lo que se llamó *la ley seca* y ellos se habían dedicado a inundar el mercado negro de alcohol.

»No sé exactamente cómo fue, porque yo era muy pequeño y ni Clara supo explicarle muy bien a Sally, ni ninguna de ellas era abogado como para poder saber más del tema.

»El despacho de mi padre envió a Tevye Levi, que por entonces era conocido con el sobrenombre del *terror de los delincuentes* de Boston para ejercer la acusación. Sé, porque recuerdo las discusiones entre mis padres, que mi madre no quería que se metiese en aquella historia porque era muy peligroso y también sé que mi padre decía que no le pasaría nada y que si tenía miedo mejor que se

dedicase a vender elixir con un carromato por los pueblos del oeste.

»El caso es que aceptó el caso.

»Recuerdo a mi abuela Sarah, hablando en casa con mi madre, mientras yo intentaba escuchar con la oreja pegada en la pared, sobre lo peligrosa que era aquella gente y que tenía que intentar que su hijo abandonase esa acusación.

»Las dos estaban muy alteradas.

»Nosotros teníamos suerte de que Sally nos mantenía apartados de todo aquello. Mis hermanas no se enteraron de nada. Eran muy pequeñas y no comprendían qué pasaba. Yo tampoco, pero como siempre había intentado estar cerca de mi padre y ser como él, sí que tenía mucha curiosidad por todo aquel jaleo.

»A pesar de todo parecía que no pasaba nada ya que mi padre ya estaba trabajando en aquel juicio y cada día llegaba a casa con normalidad. Hasta mi madre se fue relajando y parecía que había empezado a preocuparse cada vez menos. Quizás se planteó que había exagerado. Por lo que he sabido después sobre la forma de ser de Tevye, intentar convencerle para que no tomase aquel expediente había sido un error. Hubiese sido mucho mejor hacer como John S. Maxwell y hacerle creer que él mismo decidía no llevar el caso, pero ella era muy joven y no era tan astuta como había sido aquel hombre. Le faltó la experiencia.

»Poco a poco transcurrían los días y nada pasaba hasta que un buen día finalmente ocurrió.

»En las escaleras, a la salida de los juzgados, desde un coche en marcha acribillaron a mi padre. No debió darse cuenta de nada, ya que algunos de los balazos le atravesaron el cerebro tal y como con los años nos explicó Sally.

»Fue terrible para mi madre y para mi abuela. Imagino que para nosotros también, pero no tengo un recuerdo claro de aquellos momentos.

»En el entierro de mi padre conocí a mi abuelo. A pesar de todo, con tan solo seis años, yo hice de hombre de la familia acompañando a mi madre en primera línea durante la ceremonia. Realmente no entendía muy bien lo que estaba pasando. Me parece recordar a alguien decirme que nunca más iba a ver a mi padre y eso era lo que de verdad me entristecía.

»Sally estaba en un segundo plano con mis hermanas que tampoco entendían nada. Quizás Ada sí, algo, francamente no lo sé, pero Sara, nada en absoluto. Eran muy pequeñas y estos temas eran muy difíciles de comprender para todos nosotros.

»A partir de aquel día se despertó el interés de mi abuelo por nosotros: sus

nietos y en especial por mí, el mayor y único varón. Clara estaba hundida, totalmente deprimida. Mi abuelo intentó de mil maneras atraernos hacia su mundo y su religión. Utilizó a mi abuela Sarah como caballo de Troya, pero para mi madre, que en otro momento hubiese sido más condescendiente porque el tema no le importaba demasiado, aquello llegaba tarde.

»Ahora que no estaba Tevye no era el momento de interesarse por sus nietos. Se distanció de Sarah y solo podía confiar en Sally.

»En realidad, no sé si fue la tristeza, o la soledad en aquel país tan lejano del suyo y en el que nunca había dejado de ser una extraña, o la responsabilidad por tener a tres hijos tan pequeños, a los que defender de la presión de su familia política, pero mi madre empezó a sufrir del corazón. Al principio, parecía que no era nada grave, pero poco a poco fue empeorando. Imagino que llegó un momento en que pensaba que no iba a sobrevivir mucho tiempo y entonces fue cuando tomó una serie de decisiones importantes.

»Siendo extranjera, estando enferma y con tres niños pequeños temía que con las influencias del abuelo Levi consiguiesen quitarle la custodia legal de sus hijos. Intuía que aquel hombre era capaz de aquello.

»No quería dejarnos allí. Estaba convencida de que estaríamos mejor en Can Tomeu con su hermana, al fin de cuentas era la única familia que le quedaba. No quería que sus hijos se criasen con un hombre que había dejado de relacionarse con su propio único hijo durante un montón de años sencillamente por orgullo.

»En el despacho de mi padre había muy buenos abogados de todo tipo, incluso fiscalistas y Clara contactó con James Scott que había sido un amigo de Tevye desde los tiempos de la universidad y posteriormente se habían convertido en inseparables.

»Le planteó su idea y lo convenció.

»La familia tenía una pequeña, o no tan pequeña fortuna, y acordaron que James sería el administrador de ese patrimonio una vez que Clara muriese. Debía enviar las rentas obtenidas a la dirección que ella le daría en España y bajo ningún concepto revelaría a nadie dónde se encontraban sus hijos.

»No era necesario que la fortuna creciese mucho, tan solo había que obtener beneficios suficientes como para poder pagar un sueldo a Sally y enviar semestralmente una renta a nombre de su hermana.

»Después habló con Sally. Le explicó su plan y le pidió ayuda. Necesitaba que llevase a los niños a casa de su hermana y que se quedase allí con ellos. Los niños no debían perder el vínculo con los Estados Unidos ya que eran medio americanos y ella tenía que ser la transmisora de esa cultura. Se lo debían a

Tevye.

»Sally, que debía tener unos veinte años en aquel momento, lloró muy afectada por el estado de salud de Clara y por todo lo que estaba organizando. Nada la ataba a Boston así que decidió aceptar y cumplir con su cometido.

»A pesar de todo estaba aterrada. No había salido nunca de la ciudad y ahora sería responsable de tres niños pequeños.

»Nunca se sabe por qué las cosas ocurren tal y como ocurren, pero cuando Clara lo tuvo todo ligado empeoró de salud muy rápidamente. Yo creo que se dejó ir.

»Como ella no estaba en condiciones de seguir los últimos pasos de su plan, fue James Scott quien se encargó de todo. Entendió que era el momento de comprar los pasajes para España y conseguir los pasaportes. Afortunadamente, nosotros teníamos doble nacionalidad y no costó nada en absoluto conseguirnos el permiso de entrada. Costó que el notario permitiese que saliésemos del país con Sally y sin nuestros padres, pero afortunadamente Scott fue bastante eficiente. El visado de Sally costó un poco más, pero al final también lo conseguimos.

»Nos contaron que nos íbamos a ver a la tía Inés que vivía en Cardedeu, en España. Mi madre nos habló de un lugar muy bonito, lleno de bosques y con animales, cerca de la montaña donde ella había nacido y se había criado. Nos dijo que íbamos a ir a visitar a la tía que no nos conocía y que teníamos que aprender a quererla. Cuando ella se curase nos seguiría.

»A veces pensamos que los niños son tontos, pero yo creo que en aquel mismo momento supe que nunca más nos íbamos a ver. Creo que Ada también se dio cuenta, incluso con los años lo comentamos. Hasta Sara lo intuyó porque no se quería separar de ella.

»Tanto Clara como Sally estuvieron muy serenas en la despedida, imagino que fue para evitar que nosotros sufriésemos.

»Subimos al barco en el puerto de Boston una mañana gris de primavera.

»Desde la baranda del barco nosotros saludábamos con la mano alegremente a la multitud que había en el muelle. Estábamos contentos porque no dejaba de ser una gran aventura. Sally lloraba amargamente. Yo no distinguí a mi madre entre la gente del muelle, imagino que desde la distancia era muy difícil verla.

»Salimos de los Estados Unidos un 21 de abril del año 1923 rumbo al puerto de Londres; cuando llegamos, otro barco nos llevó a Calais, en el continente, y desde allí estaba previsto que viajásemos en tren hasta Barcelona y de allí, a Cardedeu iríamos en algún transporte, ya lo veríamos.

»Sally nos explicó que tardaríamos muchos días en llegar así que debíamos portarnos bien y tener paciencia.

»No tengo mucha consciencia del viaje en barco, aunque ya debía estar casi en los ocho años. Tan solo recuerdo que duró muchos días, pero que, a pesar de todo, Ada y yo nos divertimos bastante al estar en un entorno tan diferente al nuestro. Sally nos dejaba hacer, aunque de manera sutil siempre nos tenía controlados y en ningún momento recuerdo verla separada de Sara.

»Yo tardé muchos años en volver a los Estados Unidos y mis hermanas también, aunque Sally cumplió perfectamente con su encargo y fue un transmisor excelente del idioma y de las costumbres americanas de los años 20 a aquellos tres niños que éramos nosotros.

Kevin había permanecido todo el rato en silencio, controlando de vez en cuando que la grabación funcionase perfectamente y tomando notas de ideas y detalles del relato.

—Yo creo que por hoy es bastante —dijo Thomas con aspecto ligeramente cansado.

—Estoy de acuerdo —respondió—. Francamente, con lo que me has contado hoy, ya hay material como para escribir una novela.

—Y eso solo es el principio. ¿Qué hora es?

—Ya es la una y media. Imagino que debes tener que ir a comer.

—Sí. Me extraña que no hayan venido ya a buscarme

Justo en ese momento una cuidadora aparecía por el jardín en dirección a ellos.

—Señor Tomás, tendría que venir a comer. En unos minutos empezamos a servir la sopa y no se la querrá tomar fría. —Sonrió.

—Por supuesto que no.

—Te acompaño al comedor —dijo Kevin mientras recogía sus cosas.

Anduvieron detrás de la cuidadora hacia la gran sala restaurante que tenían.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó Kevin.

—Por supuesto. ¿Te parece bien a la misma hora?

—Aquí estaré —dijo Kevin estrechándole la mano a aquel hombre que no dejaba de sorprenderle y al que cada vez admiraba más. Empezaba a entender que a lo mejor era su calidez humana más que el contenido de sus obras lo que le había hecho destacar como escritor.

Salió del centro esperando encontrarse con Celia. Le hubiese gustado hablar un rato con ella. De nada en concreto, pero le gustaba su compañía y además, quizás ahora sí que era el momento de repensar un poco en lo atractiva que le parecía aquella joven doctora.

Se hizo ligeramente el remolón, pero no tuvo suerte ya que al llegar al mostrador la joven que le había atendido el día anterior le preguntó directamente:

—¿Espera a la doctora Lluch?

—¿Eh? —dijo él distraído—. No.

—Menos mal porque le han llamado y ha tenido que salir a hacer unas gestiones. No creo que vuelva hasta mañana.

—Ok —dijo Kevin haciendo como que no le importase—. Nos vemos mañana. Eran las dos cuando salía del centro y se fue hacia Granollers.

Normalmente era una persona que no solía aburrirse, ya que le gustaba buscarse ocupaciones, pero tenía ganas de hablar con alguien, así que como no conocía a nadie más marcó el teléfono de Mark Anderson en la *Biblioteca de Catalunya*.

—Hola, Mark.

—Eh, Kevin. ¿Todo bien? No esperaba noticias tan pronto. Me alegro de que me llames.

—Oye, ¿tienes algo que hacer esta noche?, ¿cenamos juntos?

—Perfecto. No tengo ningún plan así que por mí sin problemas. ¿Quieres que vaya yo a Granollers, o vienes tú a Barcelona?

—Voy yo. No conozco ningún sitio donde llevarte por aquí.

—Ok. Quedamos a las ocho en la puerta del Corte Inglés.

—¿Dónde está eso?

—Eres un guiri, un turista como los llaman aquí utilizando la palabra turca. —Rio bromeando Mark—. Todo el mundo sabe que son unos grandes almacenes de la ciudad. Si quedas con alguien y no dices el sitio, es uno de los lugares donde con mayor probabilidad te puedes encontrar con esa persona. Está en la Plaza Catalunya.

—Allí estaré —dijo Kevin riendo—. ¿Guiri?, ya me lo explicarás mejor.

Kevin y Mark pasearon por Barcelona hablando de temas sin mayor importancia hasta las once de la noche. Después, Kevin regresó a Granollers, pero con la cabeza mucho más despejada.

Mark siempre había sido una buena compañía, era alegre y caía bien a la gente, aunque no podía abusar de su disponibilidad.

Tendría que encontrar formas para entretenerse sin tener que recurrir siempre a él.

CAPÍTULO 3

Can Tomeu

Un trueno que retumbó pareciendo que iba a derribar el edificio, despertó a Kevin cuando aún eran las seis de la mañana.

Había llegado al filo de la medianoche de su excursión a Barcelona y la cena con Mark. Se había alargado más de lo que esperaba y de lo que tenía previsto para irse a dormir, pero no importaba demasiado. Ya era viernes y la perspectiva del fin de semana le permitía sacrificar alguna hora de sueño.

Se habían reído recordando viejos tiempos en el restaurante y después habían estado en un par de bares de moda en la zona de la Villa Olímpica. En uno de ellos habían entablado conversación con un par de jóvenes que se les acercaron y a las que habían acabado invitando a tomar una copa. Conocer a gente del país le era algo bastante urgente ya que no quería convertirse en una obligación o un conocido molesto y demasiado dependiente para Mark.

Con aquellas chicas acabaron intercambiando teléfonos y prometiéndose que se llamarían para salir algún otro día. A Kevin le había interesado especialmente la que recién se había licenciado en biología. Era una preciosidad de unos veinticinco años que además mostraba gran simpatía. Le pareció que a ella también le gustaba él, o al menos mostró interés cuando explicó lo que había venido a hacer aquí.

Al final, había tenido que marcharse antes de que se hiciese más tarde. Se despidieron de sus nuevas amigas y llevó a Mark con el coche hasta la puerta de su casa antes de salir hacia el norte en dirección a Granollers.

Se encontró con un control de alcoholemia en la avenida Meridiana y con su perfil de hombre joven que conducía un buen coche no pudo evitar que le parasen para realizar la prueba. Afortunadamente no dio el mínimo y pudo esquivar la multa. La suerte fue que desde que había acabado de cenar no había vuelto a probar el alcohol. Hubiese sido muy humillante que en Boston se recibiese una multa por exceso de alcohol y conducción temeraria. Tomó nota de que no se podía ser flexible en España con el tema.

No volvió a dormirse y como aún faltaba un rato para la hora en que el despertador estaba programado para que sonase y ya no tenía más sueño, cogió su tablet y se puso a releer las notas que había tomado y el borrador del capítulo

que había empezado a escribir. A Dreams le interesaba la historia y no el estilo. Ellos ya se encargarían de reescribirlo todo de la mejor manera, como hacían en la mayoría de ocasiones con sus autores. Independientemente, Kevin Conor figuraría como el escritor del libro y los derechos irían repartidos entre la editorial, el 75 % y el autor, el 25 % restante.

Leyó cinco veces el texto y consultó un montón de veces sus borradores y en cada ocasión encontró cosas a modificar. A veces, una expresión que no le acababa de gustar; otras veces, tuvo que buscar palabras diferentes o sinónimos para expresar una idea ya que se repetía en un espacio corto de texto; y en otras ocasiones, no le pareció claro lo que estaba diciendo y también tuvo que matizar o concretar lo que decía más arriba. Llegó un momento en que decidió que tenía que dejar reposar lo que había escrito antes de volverlo a leer.

Encendió la tele para ganar un poco de tiempo, pero no encontró nada interesante así que consultó en su Tablet las noticias de Boston en la CNN. Tampoco encontró nada que le entretuviese y finalmente se decidió por permanecer estirado e intentar dejar la mente en blanco.

¿Por qué se sentía inquieto? Thomas Levi le había parecido una gran persona con una gran predisposición a ayudarlo, Mark era un gran anfitrión y parecía muy contento de tenerle cerca y poder recuperar la relación que les había unido durante sus años de estudiantes, la doctora estaba la mar de bien y parecía que le mostraba una simpatía especial, así que no entendía aquella inquietud. Todo era perfecto.

Bueno, sí que sabía que le preocupaba, pero no quería reconocerlo. Le preocupaba fracasar, no estar a la altura de lo que Dreams esperaba de él. De hacer perder a la editorial el beneficio de ese gran proyecto. Era una obra importante y lo único que había hecho dudar a John Brown, su jefe, de que era la persona ideal para llevar a cabo aquel encargo, era que en algún momento había detectado falta de confianza en sí mismo. Así se lo reconoció, ya que le explicó que desde su punto de vista tenía el talento suficiente y estaba en el momento ideal para llevar a cabo aquel encargo.

Rose, su *amiga especial* en Boston, también le dijo algo relacionado. Habían discutido el último día, ya que ella, viendo que se iba a pasar una temporada lejos, le presionó para que avanzasen en su amistad en el sentido de formalizar una relación de pareja, pero él se había vuelto a resistir. Las últimas palabras de Rose fueron para desearle que aprovechara la experiencia y que madurase de una puñetera vez.

Kevin se lo tomó mal. Aquello le dolió, aunque no lo quiso demostrar.

«Lo vas a hacer bien, chaval», se dijo a sí mismo. Estás más que preparado para este trabajo, aunque se lo creyó a medias. Solo tienes que hacer las cosas tan bien como sabes hacerlas cuando quieres.

Bueno, ahora ya se lo había verbalizado. Eso estaba bien, podía empezar a trabajar en eliminar el problema.

Estaba cansado de estar en la cama y aún quedaba una hora para que sonase el despertador. Llovía a cántaros, pero él llevaba ropa para salir a practicar *running* con lluvia. En Boston era bastante frecuente, así que se vistió y salió a correr.

La lluvia expulsaba de la calle a todo aquel que no estuviese más o menos obligado a salir, así que cuando se cruzaba con alguien que lo veía haciendo ejercicio lo miraba como diciéndole «que donde tenía que estar era en la cama durmiendo y no corriendo por la calle aún de noche y con ese tiempo».

A Kevin le extrañaba la actitud de la gente del país respecto a la lluvia. Ya lo había observado el primer día. Parecía que cuando llovía la gente corría a refugiarse. En su tierra era un poco diferente, llovía a menudo, hacía frío, viento y nevaba, y ellos estaban acostumbrados a no dejar de hacer nada por culpa del tiempo, a no ser que fuese muy extremo.

Corrió sin rumbo y llegó a entrar en el *Poligon Industrial el Ramassar*. Pensó que se había alejado mucho y empezó el regreso.

Finalmente, tuvo el tiempo justo para una ducha, un desayuno ligero y salir rápido hacia l'Alfou. No podía negar que se encontraba más animado, el ejercicio le había sentado bien. Debía ser cosa de las endorfinas.

Eran las nueve en punto cuando entraba por la puerta y volvía a diluviar.

—Señor Conor —le llamó la joven de la recepción—. La doctora me ha dicho que nada más le vea entrar, le diga que le espera en su despacho. Ya sabe dónde es.

—Gracias —respondió Kevin—, dirigiéndose al despacho y tocando en la puerta para pedir permiso para entrar.

—Adelante —respondió Celia desde dentro.

Kevin entró y vio que Thomas estaba con ella sentado y con su carpeta de cartulina roja y otra de color azul encima de su falda. Ambos sonrieron cuando lo vieron entrar.

—Buenos días — saludó Kevin—, veo que estáis aquí los dos.

—Hola, Kevin —respondió Celia—. Como está lloviendo a cántaros y voy a pasar toda la mañana en el consultorio de la planta de arriba atendiendo y revisando a mis pacientes, he pensado que a lo mejor os apetecía más quedaros en mi despacho, que en la habitación del señor Levi.

—Por mí, encantado. Thomas, ¿qué dices tú?

—Aquí estaremos muy bien. El único problema es que no quisiera que molestásemos a la doctora...

—No se preocupe Thomas, ya le he comentado que no voy a estar en toda la mañana, así que no me molestan para nada —dijo Celia, recogiendo alguna cosa de encima de la mesa y preparándose para dejar el despacho—. Ah, que no se me olvide —dijo mirando a Kevin—, antes de irte hoy, quiero comentarte alguna cosa, así que no te vayas sin despedirte. —Sonrió y acto seguido abandonó la sala dejando en el aire un agradable perfume que no dejó indiferente a Kevin.

—Es guapa la doctora, ¿verdad? —dijo Thomas observando su expresión.

—Sí, lo es —respondió Kevin sonriendo y ligeramente turbado—. Bueno, Thomas, si no me equivoco, había una carta escrita en catalán y que me tenías que comentar. Creo que con ello se cerraba el contenido de la carpeta roja, ¿no? —dijo Kevin, para salir de la situación que le pareció un poco embarazosa.

—Sí, señor —dijo Thomas—. Enciende tu grabadora, que empezamos...

»Nos habíamos quedado en la llegada a Can Tomeu. Tal y como había dicho Sally, el viaje fue larguísimo y para una jovencita de poco más de veinte años, arrastrar a tres niños pequeños y todo nuestro equipaje debió resultar agotador, y lo fue hasta tal punto que cuando llegamos a casa de mi tía, Sally tenía fiebre. Estaba extenuada.

»Llevábamos nuestras mejores ropas de viaje y tal como nos había enseñado Sally cuando tocamos la campanilla de la puerta de la entrada a la propiedad, los cuatro pusimos una gran sonrisa de oreja a oreja.

»Salió Carme a abrir la puerta y la pobre Sally, que ya no sabía lo que se hacía y a pesar de que pensó que aquella mujer era muy mayor para ser la hermana de Clara, se abrazó a ella, le dio dos besos y una carta que le había entregado mi madre para Inés.

»La pobre Carme que no entendía nada de lo que estaba pasando y que no tenía ni idea de quiénes éramos, leyó el nombre de Inés en el sobre y le dijo que se había confundido, que esperase un momento.

»Yo le traduje como pude lo que había entendido a Sally, que tampoco comprendió absolutamente nada de lo que estaba pasando.

»Al cabo de unos segundos, apareció tía Inés por la puerta. Llevaba el sobre cerrado en la mano. Aún no lo había leído. Se parecía a mi madre, pero era mayor. Debía estar trabajando porque no iba muy mudada. Me pareció guapa a pesar de todo.

»Thomas alargó una foto a Kevin de Inés, más o menos por aquella época. Se

veía a una mujer bella, con un pelo claro recogido en un moño y con unos rasgos bonitos, aunque tenía una expresión triste.

»Nos miró a los cuatro y algo debió ver en nuestras caras que hizo que de pronto se emocionase y se le demudase la expresión. A pesar de la emoción mi tía supo contenerse.

»—Por favor, Carme, hazlos entrar en la casa y ofréceles un poco de comida, sobre todo a la joven rubia que parece que esté a punto de desmayarse.

»Acompañamos a Carme a la cocina mientras que la tía Inés se iba al salón a leer tranquila el sobre.

»Se sentó y lo abrió con manos temblorosas. Le temblaba tanto el pulso que decidió que para poder leer bien la carta la apoyaría en la mesa. Tenía un gran nudo en el estómago, según me contó años más tarde.

»Como ya sabía desde el primer momento en que había visto la letra del sobre, la carta era de Clara y tal como se temía, no contenía buenas noticias:

»En este punto, Thomas sacó de la carpeta roja la carta y se puso las gafas para leerla:

Querida hermana:

Te preguntarás qué ha sido de mí desde aquel nefasto día en que te fui a presentar a Tevye. La verdad es que no me he perdonado nunca mi falta de sensibilidad y de tacto por no haberte avisado antes de lo que me traía entre manos ni de la nacionalidad de Tevye. Lo lamento, no lo pensé, si tuviese que hacerlo ahora lo haría de forma muy diferente y seguro que no te hubiese dado el disgusto que te llevaste.

Sabes perfectamente que una discusión, por fuerte que pueda llegar a ser, nunca sería suficiente como para acabar con mi cariño y mi adoración hacia ti.

Debo decirte que al final me casé con Tevye y que nos fuimos a vivir a Boston.

La verdad es que no fue fácil. Otro país, otro idioma, y otra manera de hacer las cosas. Para complicarlo aún más, Tevye era judío y su padre nunca aceptó que se casase con una no judía. Nunca le quiso ayudar ni tampoco quiso saber nada de nosotros.

Afortunadamente, mi marido era un abogado de Harvard y poco a poco fue haciéndose un lugar en ese mundillo de los letrados de Boston. La verdad es que en un tiempo récord hicimos una pequeña fortuna.

Tengo que reconocerte que a pesar de todo he sido feliz.

Tuvimos tres hijos que son los que ahora tienes en la puerta de tu casa, o en el salón si los has dejado entrar. Permíteme que bromeo porque mi situación es un poco desesperada y necesito estas pequeñas licencias.

El caso es que a Tevye le encargaron un expediente muy complicado y en el que tenía que acusar a unos delincuentes muy peligrosos.

A mí me dio mucho miedo, intenté convencerle de que no valía la pena, pero él era muy testarudo y no hubo manera de que no aceptase el encargo. Tal y como temía, no tardaron mucho en asesinarlo a la salida del juzgado.

Ha sido terrible y aún sigo sufriendo. No hay día en el que no me despierte llorando, pero eso es otra historia.

La cuestión es que, desaparecido su hijo, mi suegro intentó arrebatarme a los míos por la vía legal. No de una forma muy descarada, pero sí alegando que yo no tenía suficientes ingresos y otras excusas que no eran ciertas.

El caso es que poco después de la muerte de Tevye me detectaron un problema cardíaco bastante serio y me dieron una expectativa muy breve de vida. Por lo visto, siempre había tenido una lesión y nunca lo supimos. Imagino que la tristeza agudizó mi enfermedad.

No sabía qué hacer así que pensé que el único lugar del mundo donde mis hijos estarían a salvo, el único lugar donde había una persona que podría ser como una madre para ellos, era tu casa. No lo he pensado ni un momento y he procedido a organizarlo todo para enviártelos.

Recibirás cada semestre un ingreso que te envía James Scott. Es un abogado íntimo amigo de Tevye que me ha ayudado a organizarlo todo. Él administra los recursos de los niños y como no podíamos sacar todo el dinero del país sin levantar sospechas, pensamos que esta era la mejor opción.

Los niños son Thomas, Ada y Sarah. Se apellidan Levi, y en su pasaporte americano es el nombre que figura. En el pasaporte español figuran como Tomás L. Bosch, Ada L. Bosch y Sara L. Bosch. No quieras saber lo que me costó que me dejaran cambiar el nombre y poner una L sin especificar qué significaba.

Los acompaña Sally. Esta jovencita ha sido mi mejor amiga y mi confidente desde que nació Tomás. Ha estado siempre a mi lado y ha sabido acompañarme en todas mis desgracias. No tiene a nadie y te rogaría que la dejes quedarse con los niños. Ellos la quieren y tiene el encargo de hacer lo posible para que no pierdan todo lo que puedan tener de norteamericanos. Es parte de su origen y es mi pequeño tributo a Tevye.

Hermana, me estoy muriendo y ya no me queda mucho tiempo.

No sufras por mí. Acepta el regalo que te envía la vida en forma de sobrinos. Sé la madre para ellos que yo no he podido ser y que, a través de ellos, América te devuelva parte de lo que te quitó con la muerte de Guillem.

Te quiero ahora y te querré siempre.

Clara.

Los dos hombres se quedaron en silencio. Thomas, a pesar de que sabía lo que ponía la carta y que, seguro que la había leído cientos de veces en su vida, no pudo evitar que se le llenasen los ojos de lágrimas contenidas.

—Ya ves joven, con los años te vas volviendo un sensibilero.

A Kevin también le había afectado el contenido de lo que Thomas le acababa de traducir del catalán. En realidad, no sabía qué decir. No sabía cómo reaccionar ante situaciones como la que acababa de ocurrir.

Empezaba a tomar cariño a aquel anciano y tan solo supo hacerle un breve gesto de consuelo y de ánimo tocándole el hombro.

—Tendríamos que intentar no revivir el pasado con la misma emoción que el presente —dijo Thomas, como hablando para él mismo.

Dejaron pasar un par de minutos en silencio hasta que fue el propio Thomas quien decidió que quería seguir explicando su historia. En definitiva, para eso estaban allí.

Puso la carta dentro de su carpeta roja y abrió una nueva. En esta ocasión era una carpeta idéntica, pero de color azul.

Thomas la vació sobre la mesa. En ella volvieron a aparecer fotos, dibujos, calificaciones escolares y un conjunto de documentos que en sí mismos no tenían ningún sentido especial, pero en la mirada de aquel hombre había una determinación que hizo que Kevin no tuviese ninguna duda de que existía una coherencia y que todo aquello iba a ilustrar la siguiente parte de su vida.

»La tía Inés tardó un rato en ir a la cocina. Allí estábamos nosotros cuatro, y Carme no hacía más que hablar y hablar mientras que, tan solo Ada y yo, éramos capaces de entender una parte de lo que decía. Nuestro español no era muy bueno y nuestro catalán aún era peor. Carmeta, como le llamaba todo el mundo, nos hablaba en una mezcla de los dos idiomas muy difícil de seguir para nosotros en aquel momento.

»Sally empezaba a tener un poco de mejor color, aunque la fiebre aún era alta.

»Teníamos delante una bandeja con huevos fritos en aceite que, por entonces, aún no estábamos acostumbrados, eran un poco fuertes para nuestros estómagos y un plato con embutidos y pan con tomate untado.

»Sally debía parecer tan desvalida que además tenía un tazón con un consomé espeso que le había puesto Carmeta para que se recuperase.

»Estábamos sentados alrededor de una gran mesa de madera en la cocina y Carmeta tenía en sus faldas a Sara que parecía que se encontraba muy a gusto, ya

que en ningún momento se había quejado o había mostrado intención de cambiar de sitio.

»—Pero si eres todavía una cría —le decía Carme a Sally que la miraba con cara de no entender nada.

»—Ella no te entiende —dijo Ada muy seria—. No habla ni una palabra de español.

»—Nosotros tampoco te entendemos muy bien —añadí yo—, hablas muy deprisa y mezclas lo que dices con palabras que no entendemos.

»—Además, gritas como si fuésemos sordos —siguió Ada—, y te oímos bien, aunque no sabemos qué significan tus palabras.

»A pesar de todo, le íbamos contando a Sally lo que comprendíamos y lo que no, lo inventábamos, hasta el punto de que la joven estaba tan confundida que se dio cuenta de que nosotros tampoco entendíamos tanto como parecía.

»—No os preocupéis niños, que pronto sabréis hablar como nosotros —decía Carme—, solo es cuestión de practicar un poquito. Y tú también, preciosidad —le decía directamente a Sally.

»La pobre Sally insistía en poner una gran sonrisa cada vez que la mujer se dirigía a ella directamente, aunque no entendiese nada.

»Yo creo que, aunque Carme no había leído la carta, se había imaginado su contenido y parecía no dudar sobre quiénes éramos nosotros. Unos años más tarde me explicó que cada vez que miraba a Ada, veía a Clara cuando tenía más o menos la misma edad. Sara y yo éramos más estadounidenses, según su idea de cómo eran mis medio compatriotas. Es verdad que los dos éramos un poco más rubios que Ada en aquellos días, pero yo creo que teníamos muchos rasgos latinos y que los genes rusos o judíos de mi padre estaban bastante disueltos.

»Al cabo de un rato apareció la tía en la cocina.

»Instintivamente Sally, e imitándola Ada y yo, nos levantamos. Imagino que era un poco como una señal de respeto. Realmente no sé por qué lo hicimos. Inés, que había entrado con los ojos enrojecidos de haber estado llorando e intentando dominar sus sentimientos, nos indicó que nos sentásemos.

»Se dirigió directamente a Sally y le puso la mano en la frente.

»—Tienes fiebre, pequeña. Te vamos a preparar la habitación y te meterás en la cama. Es posible que tan solo sea cansancio y que una vez que descanses estés mejor. Si mañana no estás bien llamaremos al médico. Debe haber sido muy duro para ti. —La miró con una cálida sonrisa—. Gracias por venir y haberme traído a los hijos de Clara. A partir de ahora, esta será tu casa.

»La pobre Sally no entendía las palabras, pero debió deducir el significado

porque se emocionó e instintivamente se abrazó a Inés y empezó a llorar. Primero, discretamente, pero poco a poco fue subiendo el volumen del llanto. Imagino que le estaba saliendo de dentro toda la tensión y el miedo que había arrastrado todos aquellos días. En aquel momento la pude ver como si fuese una niña más. Un poco mayor que nosotros, pero, en definitiva, una niña.

»Inés respondió al abrazo e intentó consolarla dándole pequeños golpecitos en la espalda para consolarla. Poco a poco se fue calmando.

»Entonces miró a Carme y le dijo:

»—Carmeta, tenemos que preparar habitaciones para los cuatro. Menos mal que la casa es grande y que tenemos espacio de sobra. Creo que podemos poner a Sally en mi habitación de soltera, a Tomás en la de Clara y, de momento, que la pequeña duerma con Sally y que la niña mayor duerma con Tomás. Más adelante, prepararemos una habitación para las dos niñas.

»—¿Van a quedarse mucho tiempo? —preguntó Carme.

»—Ahora están en su casa —respondió Inés—. Estarán hasta que se quieran marchar —dijo sonriendo y mirándome a mí.

»Se me acercó y yo me volví a levantar formalmente de la silla.

»—Tú eres Tomás —me dijo, mientras me miraba con bastante dulzura, mi tía y yo siempre tuvimos una relación muy especial de cariño mutuo.

»—Sí, tía Inés —respondí muy serio y todavía impresionado por las lágrimas de Sally. Se me había olvidado sonreír, tal y como nos había insistido ella, y cuando lo recordé me esforcé en dibujar una sonrisa, aunque quedó muy a destiempo.

»Mi tía se agachó para estar a mi altura y entonces me abrazó.

»Yo no sabía qué hacer, así que me decidí por lo más natural, que era responder a aquel abrazo poniendo mis pequeños brazos alrededor de su cuello. Así permanecemos unos segundos.

»Cuando Inés me dejó de apretar se apartó un poco y me miró con detalle. Esta vez me había acordado y volvía a sonreír.

»—Eres muy guapo, Tomás, te pareces mucho a tu padre.

»—Gracias, tía —respondí.

»—¿Por qué sonríes siempre? —preguntó con curiosidad.

»—Sally nos dijo que sonriéramos. Que a ti te gustaría.

»Mi tía me despeinó con un gesto cariñoso y entonces se dirigió hacia Ada, que imitándome también, se levantó de la silla. Inés la abrazó igual que hizo conmigo. También le dijo que era muy bonita y que parecía una muñeca. Finalmente, cogió en brazos a Sara que se comportó bastante bien y no hizo

ningún gesto para escapar.

»En aquel momento apareció Joan por la cocina y nos miró a todos.

»—Por favor, Joan, ayuda a Sally con las maletas y acompáñala a mi antigua habitación. Luego subiremos y les ayudaremos a instalarse. Lleva a los niños a ver a los animales y a enseñarles la casa.

»—Sí, señora. —Obedeció Joan, cogiendo a Sara de los brazos de Inés y diciéndonos que le siguiéramos.

»Cuando salimos de la cocina y se quedaron las dos solas no pudo evitar derrumbarse y ponerse de nuevo a llorar. Carme no sabía muy bien qué es lo que había pasado, pero hasta aquel momento había deducido una buena parte.

»Inés le explicó entre lágrimas lo que Clara le decía en su carta.

»Poco a poco se fueron calmando, aunque les costó bastante. Las dos mujeres acordaron que delante de los niños intentarían no tener momentos como aquel.

»—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Carme.

»—Pues lo único que puedo hacer. Los niños y la joven se quedan con nosotros. Si esta casa fue buena para criarnos a mi hermana y a mí, también lo será para criarlos a ellos. No les faltará de nada y francamente, además de ser los herederos de mi hermana, también son los míos. Yo no tengo a nadie a quién dejar lo que tenga el día que me muera.

»—Haces bien, hija —le dijo Carmeta—. Clara estaría muy tranquila sabiendo que ellos están contigo. Imagino que por eso decidió que tenían que cruzar medio mundo para venir hasta aquí. Deben haber sufrido bastante estos niños viendo cómo moría primero su padre y después se tenían que apartar de su madre.

»—La pequeña no me preocupa mucho, pero los otros dos, seguro que fueron mucho más conscientes de todo, aunque francamente, creo que a esas edades la vida se enfoca de otra forma y las cosas no son tan dramáticas como nos parecen de mayores.

»A partir de aquel momento Inés se convertía en la responsable de un niño de ocho años, una niña de seis y otra de tres y, además, también acogía en casa a una joven de veintitrés años por aquel entonces.

»Mientras Inés y Carme hablaban de nuestro futuro, nosotros habíamos subido con Joan hasta la que iba a ser la habitación de Sally y dejamos allí las maletas que habíamos traído desde Boston.

»Era poco equipaje el que llevábamos, mi madre había entendido que no nos podía cargar con todas nuestras pertenencias. Bastante trabajo tendría ya Sally con que llegásemos los cuatro sanos y salvos. Eso había representado que,

frecuentemente durante el tiempo que duró el camino, nuestra compañera de viaje tuviese que limpiar nuestras ropas y mantenerlas en buen estado, al menos hasta llegar allí.

»Parecía que una vez que se había asegurado de que estábamos en buenas manos, la pobre Sally dejó ir toda la tensión que había ido acumulando durante esos días y por eso estaba hecha toda una piltrafa.

»Así que vio la cama y Joan le indicó que esa sería su habitación, la pobre se estiró y no se levantó en varios días.

»Mi tía Inés y Carmeta subieron más tarde y la ayudaron a desvestirse y meterse entre las sábanas. Las dos se turnaban para cuidarla mientras que ella deliraba casi a cuarenta de fiebre y decía cosas que ninguna de las dos entendía.

»El médico diagnosticó agotamiento después de reconocerla y recomendó que la dejaran descansar durante unos días y ella sola se pondría bien.

»Ada sufría mucho por ella y acompañaba a Carmeta cada vez que la mujer le subía caldos y otros alimentos que ella pensaba que eran como «mano de santo» para recuperarse.

»Mientras tanto, yo había empezado a perseguir a Joan por la casa, por los campos y por todos los sitios. El masovero era un hombre paciente y respondía de la mejor manera que sabía a mis interminables preguntas. Parecía que por cada respuesta surgían cinco preguntas nuevas y había momentos en que estoy seguro de que el pobre hombre tenía ganas de perderme de vista de lo pesado que me hacía.

»Me encargaba que le ayudase con los animales y yo me prestaba encantado.

»Por su parte, al igual que yo hacía con Joan, Ada hacía con Carmeta. No se separaba de ella y la pequeña Sara pasaba horas con Sally una vez que esta empezó a recuperarse de su agotamiento.

»Mientras tanto, mi tía Inés decidió que estando a finales del mes de mayo no valía la pena enviarnos a la escuela. Pensó que desde aquel momento hasta el mes de septiembre, nuestro trabajo principal sería acostumbrarnos a la nueva situación y al nuevo entorno. Teníamos que tener más soltura hablando catalán, cosa que a nosotros al principio nos costaba un poco, ya que de los tres idiomas era el que menos conocíamos. Durante el verano, ella nos enseñaría a escribir.

»En septiembre yo iría a *Can Serra*.

»La escuela no estaba cerca de casa, pero valía la pena. Para Ada pensó que la mejor opción era llevarla a la *Escola per a nenes de la Companyia de María*. Aquello complicaría un poco las idas y venidas, pero entre ella y Joan, se ocuparían de todo.

»Hizo todos los trámites al mismo tiempo en que nos empadronaba a los cuatro y regularizaba nuestra nueva situación.

»Mi tía era todo un carácter.

—Creo que por hoy ya hemos trabajado bastante —dijo Kevin—. No tardarán en venir a buscarte para ir a comer.

—Espera, quiero que veas otra foto —dijo Thomas, mientras buscaba entre todos los papeles y documentos de la carpeta azul—. Esta era mi tía Inés durante más o menos aquellos años —dijo, alargando una pequeña fotografía de ella.

Kevin la observó. Le pareció más joven y más guapa de lo que se había ido imaginando durante el relato y de lo que había visto en la primera foto de ella que le había enseñado. Se veía una mujer con expresión seria, debía estar próxima a los cuarenta años, adivinó. Su expresión denotaba un carácter fuerte, que le había sido muy útil para salir adelante durante aquella época. En esta foto la mujer estaba arreglada y posaba ante el fotógrafo.

—No se les ve muy bien, pero aquí están Carmeta y Joan.

La foto estaba hecha en la puerta de la casa adjunta donde vivían. Eran unos diez años mayores que Inés. Aparentaban ser gente sencilla. Carme tenía una expresión bastante dulce, mientras que Joan miraba a la cámara con expresión de extrañeza, como si desconfiase de quien quiera que fuese que le iba a fotografiar.

—Ellos acabaron siendo mi familia. Mi tía fue como una madre y Carme y Joan, como unos abuelos tanto para mí como para mis hermanas y diría que incluso para Sally. Realmente era una familia hecha de pedazos de otras historias, pero acabamos siendo una familia como cualquier otra.

Celia llegó acompañada de la cuidadora que venía a recoger a Thomas y llevarlo al comedor.

—¿Nos vemos el lunes? —preguntó Thomas al despedirse.

—Nos vemos el lunes —respondió Kevin estrechándole la mano—. Estaré aquí a la misma hora que cada día. Descansa y ten un buen fin de semana.

Cuando se quedaron solos, Celia y él, ella le preguntó:

—¿Sabes qué vas a hacer durante el fin de semana?

—La verdad es que no mucho. Me tienes que hablar de ese gimnasio al que tú vas y aparte de eso había pensado en trabajar en la biografía para poder enviar algo a Dreams. Para el resto del tiempo no tengo nada pensado. Quizás hacer alguna visita turística... no sé.

—Te propongo lo siguiente: Esta tarde y mañana por la mañana te dedicas a la biografía y a poner en orden tu trabajo. Por la tarde, paso a buscarte, a eso de las cinco y nos vamos al gimnasio. Ves las instalaciones, hacemos un poco de

ejercicio, nos vamos a la piscina y después te llevo a cenar a algún sitio. El domingo, si ya has acabado con tu trabajo nos vamos de excursión y a pasar el día fuera, y si no has acabado, te dejo que te dediques a cerrar los temas que tengas pendiente.

—Caramba, no quisiera que dejases de hacer nada por mí. Tú debes tener tus propios planes.

—No te creas. Si no te apetece yo haré otras cosas, pero a mí sí que me va bien acompañarte esas horas y así nos conocemos un poco. En definitiva, tú estás trabajando sobre la vida de Thomas Levi y para mí es un paciente muy querido.

—Pues por mí, encantado. Te espero a las cinco en la puerta del hotel, pero con el compromiso de que me vas a dejar que te invite yo a cenar. Eso es innegociable.

—Está bien —dijo ella sonriendo—. De momento, a las cinco en el hotel y con ganas de hacer ejercicio en el gimnasio.

Kevin abandonó l'Alfou en dirección a Granollers. Mientras conducía recibió una llamada. Era John y pensó que no podía evitar contestar, aunque la última vez que había hablado con él no le había gustado la conversación. Descolgó el teléfono y la voz de su jefe se oyó gracias a la conexión bluetooth del coche.

—Hola, John —dijo Kevin aparentando por el tono de que se alegraba de la llamada.

—Hola, Kevin. ¿Cómo está mi niño prodigio de la literatura? —De tanto en tanto, John utilizaba expresiones como aquella cuando hablaba con él.

—Bien —rio Kevin—, aquí ya son las dos de la tarde y empieza el fin de semana. Acabo de salir de la residencia después de pasar con Thomas Levi toda la mañana. Tengo bastante material y he empezado a trabajar con él.

—¿Habéis llegado muy lejos? —preguntó John.

—De momento, hemos tratado lo que podríamos llamar los orígenes y sus primeros años en Boston. Hoy hemos hablado de su llegada aquí. Para haber sido tan reacio a que se escribiese una biografía suya, hasta el momento me lo está poniendo muy fácil. Es una persona encantadora.

—Me alegro —dijo John—, espero que eso se refleje en el resultado.

—Seguro que sí —respondió Kevin, consciente de que no iba a dejar que aquella conversación afectase a su renovada autoconfianza—. Además, me está facilitando bastante material que nos puede ir muy bien para añadir al libro. Tiene fotos y documentos bastante interesantes. Él mismo se ha encargado de hacerse con copias de alta calidad de todo. De momento, me ha dicho que prefiere tenerlas él, pero que son para mí.

—A ver si consigues que te las pase y me las puedes enviar. Ya sabes que aquí vamos a darle forma a todo lo que nos envíes, aunque de momento con una copia de las grabaciones y tu texto ya tenemos para empezar.

—No quiero presionarlo.

—Y no lo hagas, está bien que mantengas intacta la buena relación que me comentas que tienes con él.

—Así lo haré, no te preocupes por eso.

—Tú caes bien a todo el mundo —respondió John entre risas y a continuación, añadió—: ¿Cuándo me vas a enviar algo para empezar a trabajar?

—Espero trabajar en el tema el fin de semana. Tengo que maquetar las grabaciones y escribir los dos primeros capítulos. El lunes, cuando entres a trabajar tendrás en tu email el material recogido durante estos dos días.

—¿Qué método de trabajo vas a utilizar?, recuerda que semanalmente me están exigiendo la información. Independientemente, yo quiero un pequeño resumen diario.

—No me presiones. Llevo aquí solo desde el martes y tan solo estamos a viernes. Esta semana tendrás lo prometido. A partir del lunes, intentaré combinar las reuniones con Levi, y la elaboración del material.

—No te enfades, tan solo te estoy presionando un poquito, tal y como están haciendo conmigo —se defendió John.

—Ya lo sé y no me enfado. Yo solo te respondo. Acabo de pensar que, ya que voy a enviarte todo a través de internet, es posible que Levi esté de acuerdo en dejarme todos los documentos de la carpeta roja para que los escanee y se los devuelva al día siguiente.

—¿No se lo has propuesto ya?

—No se me había ocurrido.

—Pues es una buena idea. Compra un escáner que te permita digitalizar los documentos y con que te los deje tener durante un día tenemos suficiente para procesarlos.

—Así lo haré. Si a él le parece bien, el mismo lunes por la tarde compraré el escáner y te enviaré los documentos. Con la diferencia horaria recibirás todo casi a la vez.

—Y si no le parece bien, convéncele. No será tan difícil.

—No presiones más. —Rio Kevin.

—Que tengas un buen fin de semana. Ya sabes que si necesitas alguna cosa puedes llamarme al móvil privado si la editorial está cerrada.

—Gracias John, recibirás noticias mías.

La comunicación se cortó y Kevin ya estaba entrando con el coche en el *parking* del hotel. Antes de subir a la habitación pasó por el restaurante y tomó un sándwich y un refresco, mientras repasaba las notas que había tomado en su libreta y con los auriculares escuchaba la grabación del día.

Comió lenta y distraídamente ya que estaba más centrado en lo que estaba oyendo que en la comida.

Luego se fue para la habitación. Quería avanzar, pero le costaba. Tenía la cabeza en la conversación y en los planes con Celia y también en la llamada de John. A pesar de todo, intentó escribir un rato. No conseguía que le saliese bien, o al menos tan bien como él sabía hacerlo, así que pensó que tenía que aprovechar el tiempo de otra forma.

Llamó a la residencia y preguntó si le podían pasar con Thomas Levi. Le hicieron esperar unos minutos hasta que oyó su voz al otro lado.

—Hola, Kevin. ¿Va todo bien?

—Hola, Thomas, perdona que te moleste. Espero que no te importe que te llame. A lo mejor estabas haciendo algo.

—No te preocupes. Me alegro de tu llamada. Aquí no tenemos muchas cosas que hacer. Estaba leyendo un libro, así que no me has interrumpido de nada que no pueda seguir haciendo luego.

—Quiero hacerte una propuesta, pero me gustaría que tu respuesta fuese sincera.

—Adelante, te prometo que te responderé sinceramente.

—Estoy intentando escribir mis notas para enviarlas con las grabaciones a Dreams, tal y como acordamos que haríamos y figura en el contrato, y he pensado en el material de la carpeta roja que me enseñaste.

—Sí.

—¿Qué te parece si paso a buscarlo, lo escaneo y el lunes te lo devuelvo?

Hubo unos segundos de silencio.

—No había pensado en esa posibilidad. Te comenté que era para ti, pero que de momento lo quería tener yo, tan solo porque no quería deshacerme de los documentos tan rápidamente, quería tenerlos un poco de tiempo, pero con lo que me propones los voy a seguir teniendo yo, así que no veo por qué no podemos hacerlo así.

—A mí no se me había ocurrido.

—A mí tampoco.

—Pues si estás de acuerdo, voy a preguntar en el hotel dónde puedo comprar un escáner que pueda conectar a mi ordenador y paso a recoger los documentos

esta misma tarde. Si quieres, una vez escaneados te los devuelvo hoy mismo.

—No es necesario, pasa a recogerlos cuando quieras y el lunes me los devuelves.

—Gracias, Thomas.

—Nos vemos luego.

Kevin bajó a recepción y no tan solo le indicaron dónde podía comprar el escáner, sino que le pidieron las características de su ordenador y los datos fiscales a nombre de quién debía ir la factura y enviaron a una persona a comprarlo. En poco más de una hora lo tenía en la habitación. Ese rato fue el que aprovechó para ir a la residencia a buscar los documentos.

Thomas se los entregó y Kevin le prometió que los custodiaría con mucho cariño y se los devolvería en perfecto estado.

Cuando volvió a estar en el hotel, tuvo que pelear un buen rato con el ordenador y el escáner para que funcionase correctamente. La informática nunca había sido su fuerte, pero al final lo consiguió.

Escaneó todos los documentos y los archivó en su dossier de trabajo en el ordenador. A partir de aquel momento empezó a escribir mientras oía la grabación y podía ir revisando las fotos, la carta —que Thomas había traducido al inglés para que él la pudiese leer—, y toda la documentación.

Trabajó incansablemente hasta las cuatro de la madrugada. Tan solo hizo una parada para ir a cenar. Aprovechó para pedir en el restaurante si le podían subir una botella de whisky y una bolsa de hielo a la habitación. Había visto que tenía un mini congelador en la pequeña nevera de debajo de la tele.

Aquella noche bebió una cuarta parte de la botella mientras trabajaba.

Avanzó mucho más rápido de lo que esperaba.

Pensó que tenía todo el material listo para enviar a Boston, pero decidió que les haría esperar hasta el lunes por la mañana, no iba a ceder ante la presión de John.

Se fue a dormir pensando que al día siguiente podía levantarse tarde y que el fin de semana había quedado totalmente liberado para poder pasar con Celia las horas que ella le dejase pasar.

Se durmió pensando en ella.

CAPÍTULO 4

Timeout

El fin de semana se presentaba a sus ojos como a lo que en baloncesto llaman un *tiempo muerto o timeout*. La semana no había significado para él un estrés al estilo que provoca un montón de trabajo encima de la mesa e interminables horas de lectura o escritura de textos, tal y como era su rutina en Dreams, pero sí que había sido agotadora, en otros términos. El propio hecho de abandonar durante un periodo más o menos largo su entorno habitual para desplazarse a varios miles de kilómetros con el encargo de hacer un trabajo especialmente bueno, no había dejado de presionarle durante aquellos pocos días.

Ahora que había conseguido preparar un principio para lo que entendía que tenía que ser su primera gran misión profesional, podía relajarse un poco. En efecto, estaba muy satisfecho con el texto que había logrado estructurar a partir de las entrevistas y grabaciones realizadas y además, había conseguido incorporar documentos y fotos al conjunto, dándole más fuerza al relato. Estaba seguro de que eso sabrían valorarlo en la editorial, o al menos, eso esperaba.

Con la sensación del trabajo bien hecho podía afrontar aquellos dos días de fin de semana con una energía diferente a la que había estado arrastrando hasta entonces. No sabía cuánto tiempo iba a durar su estancia en aquellas tierras, así que tenía que organizarse de alguna manera que le permitiese conocer lo máximo posible. No iba a ser tanto tiempo como el que había tenido cuando estudió un curso entero en Salamanca, que le permitió visitar buena parte de la zona central y oeste de la península ibérica y que le dio para llegar a visitar Madrid o Lisboa, pero esperaba llegar a conocer bien Barcelona e incluso tenía intención de si era posible hacer una pequeña escapada a París. Quizás en Navidades. No había estado nunca antes y no podía dejar pasar aquella ocasión.

Descansado, vestido con ropa cómoda y cargado con una bolsa de deporte esperaba pacientemente en la recepción a que Celia apareciese por allí. Aquella mujer había sido mucho más expeditiva que él y se las había apañado para organizarle, al menos una parte, de su primer fin de semana en Granollers.

Pensaba en ella sentado en la recepción cuando la vio aparecer puntualmente.

—Hola, Kevin, ¿hace mucho que esperas? —dijo con una amplia sonrisa.

—No —mintió—. Acabo de bajar. —Mientras se levantaba y se acercaba a

saludarla. Ella le dio dos besos tal y como era costumbre por allí. Hasta aquel momento siempre se habían estrechado la mano.

Vestía un bonito conjunto rojo que remarcaba su figura y que podía servir tanto para ir al gimnasio como para ir a cenar a un buen restaurante. Encima llevaba, abierto, un ligero abrigo oscuro y cargaba con una pequeña y elegante bolsa de deporte. Su melena negra flotaba libremente en torno a ella.

—Déjame saludar un momento —dijo, pasando junto a él y dirigiéndose a la recepción.

Le pareció, por el ritmo de la conversación, que francamente no entendió ya que era en catalán, que la joven que estaba detrás del mostrador y ella, se conocían bastante bien, ya que el tono sonaba muy familiar. Hablaron durante unos minutos, mientras Kevin esperaba de pie a unos metros y aparentemente sin saber muy bien qué hacer.

Finalmente se despidieron y Celia volvió a donde estaba Kevin esperándola.

—Perdona, pero es que tenía que saludar —explicó—. Ella es conocida mía de toda la vida y además, ha sido mi contacto con la Fonda desde el principio. Aquí en Granollers es fácil encontrarte con gente que te conoce desde la infancia.

—Todo el mundo me está tratando muy bien en la Fonda —dijo Kevin—. Te estoy muy agradecido por tu recomendación. Me siento muy cómodo aquí y me parece que fue un buen consejo lo de trasladarme. De todas formas, para lo que quiera, tengo Barcelona muy cerca.

—Me alegro —comentó Celia.

—¿Vamos en mi coche? —preguntó Kevin mientras le aguantaba la puerta para que pasase.

—No —Sonrió ella—. Vamos andando. En un cuarto de hora estamos allí. No vale la pena coger el coche para moverte por la ciudad a no ser que te vayas a algún lugar muy apartado.

El trayecto, en efecto, fue corto y cuando quiso darse cuenta estaban ante la puerta del gimnasio. Habían hablado sobre temas sin importancia. De hecho, Celia le había comentado cosas curiosas sobre la ciudad y su entorno.

Entraron, y Celia, mostrando un control absoluto de la situación, se dirigió al mostrador e intercambió unas palabras con la persona de la recepción. También dio la impresión de que se conocían por el trato familiar en que hablaron. Le hizo señales de que se acercase.

—Kevin, te presento a Iván, es amigo de mi hermana.

—Encantado —respondió Kevin, estrechándole la mano.

—Bienvenido a nuestras instalaciones —respondió el joven—. Puedes venir

siempre que quieras o bien acompañado por un socio, como con Celia en esta ocasión, y haciendo reserva previa y solo los fines de semana, o bien haciéndote socio tú mismo. En ese caso, sin ninguna restricción.

Le alargó un folleto promocional del gimnasio, las tarifas y la hoja de inscripción.

—Estamos abiertos las 24 horas del día y todo el tiempo están disponibles todas las instalaciones. También puedes alquilar una taquilla y tener aquí tus cosas y de esta manera no tendrás que arrastrar la bolsa de deporte de aquí para allá. Puedes ir a tu aire y utilizar las instalaciones o apuntarte a alguna actividad concreta con monitor. Verás que también hay una piscina que está cubierta en este momento, pero que en verano pasa a estar descubierta y una pequeña sauna que preferiblemente debes reservar si no quieres encontrarte con que está ocupada.

—Gracias, lo miraré —fue lo que se le ocurrió responder a Kevin que a pesar de que consideraba que hablaba bien el español no había llegado a entenderlo todo, ya que aquel joven hablaba muy rápido.

—Bueno, guapo —dijo Celia mirando a Iván—. Nos vamos para adentro. Ya le indico yo donde está el vestuario y cómo quedar en la sala de *fitness*. ¿Verdad que me vas a dejar una llave de armario de esas que tienes libres para que pueda dejar sus cosas mi amigo?

—Ten, pero devuélvemela al salir.

—Gracias —dijo Kevin y siguió a Celia.

Quedaron en la sala de máquinas donde estaban las cintas, las bicicletas estáticas y el resto de aparatos.

Kevin llegó enseguida y al no verla pensó que lo mejor era empezar él mismo por su cuenta. Se puso en una de las cintas para correr. La verdad es que el gimnasio estaba bastante vacío.

Al poco rato, apareció Celia. Iba con una camiseta de tirantes que se ajustaba perfectamente a su cuerpo y que remarcaba todas sus curvas, mostrando su contorno perfecto. También llevaba unos pantalones muy cortos, ajustados, y el pelo recogido en una coleta.

Kevin intentó, aunque nunca iba a saber si lo consiguió, que no se le notase mucho la atracción que empezaba a ejercer aquella mujer en él. Ella perfectamente consciente del efecto que había conseguido, se puso a correr en otra cinta a su lado.

También le miraba de reojo. Calibraba si sus percepciones sobre aquel joven habían sido acertadas o no, ahora que lo veía con pantalones cortos y con una

camiseta de deporte. Vio que no se había equivocado.

Practicaron un rato alternando entre la cinta y la bicicleta estática. Kevin hasta tuvo la idea de jugar un poco haciendo el payaso con las pesas para impresionarla, aunque a ella le hizo mucha gracia lo básicos que podían ser los hombres en algunas situaciones.

—¿Llevas el bañador debajo? —preguntó, cuando pensó que ya llevaban mucho tiempo en aquella sala.

—No —respondió Kevin—. Lo tengo en la taquilla.

—Yo sí lo llevo. Me voy a dar un baño. Te espero en la piscina.

—En unos minutos estoy allí.

Celia estaba en el agua cuando lo vio aparecer. «No están nada mal esos abdominales», pensó, cuando lo vio sin camisa.

Él sonrió de lejos antes de tirarse al agua y nadar con potentes brazadas hasta donde estaba ella.

—¿Te reto a una carrera? —le dijo sonriendo.

—Ni de broma —respondió—. Tus brazos son más largos y tus piernas también. No tengo ninguna posibilidad. Competimos en categorías distintas.

Pasaron un buen rato cruzando la piscina de un lado para otro tranquilamente. Cuando acabaron su sesión deportiva y salían por la puerta del establecimiento, ya eran las ocho de la noche.

Celia propuso acercarse a la Fonda y dejar allí las bolsas de deporte para no tener que arrastrarlas durante toda la velada. También le sugirió a Kevin que debía cambiar sus zapatillas por un zapato más formal. No le iba a llevar a un sitio especialmente elegante ni estricto con la ropa de los clientes, pero sí que tenían que ir mínimamente arreglados. El conjunto que llevaba ella era suficiente.

Mientras que él subió a la habitación a cambiarse el calzado, ella aprovechó para retocar su maquillaje y su pelo en el lavabo de recepción.

Un cuarto de hora más tarde, volvían a estar en la calle. Paseaban tranquilamente a pesar de que había refrescado y la humedad de la noche empezaba a ser alta.

—Imagino que, tratándose de la vida de Thomas Levi, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra mundial tendrán un papel importante en tu trabajo —comentó Celia.

—Supongo que sí, aunque aún no hemos llegado tan lejos, solo estamos empezando.

—No sé si lo sabías, pero Granollers fue una de las ciudades más castigadas

del área alrededor de Barcelona. Bombardearon y destruyeron buena parte del centro. Mucho de lo que estás viendo ahora, es reconstruido.

—No lo sabía —reconoció Kevin.

—De todas formas, no sabría decirte si Levi estaba aquí en aquella época. Yo casi aseguraría que no, que estaba estudiando fuera, así que es posible que ni siquiera aparezca en tu libro.

—Puede que no, pero por lo que sé, su tía y sus hermanas sí que estaban aquí, así que a lo mejor me lo nombra en algún momento. No sé si hubo alguien próximo a él que estuviese en la ciudad en aquel preciso instante.

Celia lo llevó a un símbolo en el suelo de la plaza de la *Porxada*, en el centro de la ciudad.

—Este es el recordatorio del bombardeo. Fue un final de mayo de 1938. Lo bombardearon aviones italianos que habían salido de las Baleares. Fue bastante sanguinario y murió mucha gente. Si puedes investigar en internet, verás cómo quedó este lugar. Realmente es una pena lo que pasó, aunque nunca fue tan conocido como otros bombardeos. La verdad es que no sé por qué castigaron tanto a esta ciudad. Mucha de la gente salió camino de otros pueblos de alrededor, principalmente a Cardedeu, aunque también había sido bombardeado, pero los que huían de Granollers no lo sabían hasta que llegaron allí. La mayoría después del pueblo siguieron hacia las masías en los campos vecinos donde encontraron refugio. Mi familia vivía aquí, pero tuvieron mucha suerte y sobrevivieron a la guerra y a la posguerra, aunque siempre escuché decir que había sido muy duro para todos. Bueno, imagino que siempre es muy difícil para la población.

—Imagino que sí —dijo Kevin. Por suerte para mi país, la única ciudad bombardeada desde el aire por el enemigo que yo sepa ha sido *Pearl Harbor* hasta el momento.

—Es una suerte para vosotros, nosotros en España tenemos el trágico honor de ser la primera vez que se bombardeaba a la población civil desde el aire en toda la historia, o al menos así me lo han contado. Años más tarde, fueron el resto de Europa las víctimas.

—Sí. En España hicieron el ensayo general de lo que estaba por venir.

Siguieron caminando hacia el restaurante a donde le llevaba Celia. Durante unos metros se instaló el silencio en el espacio entre los dos, aunque enseguida llegaron al lugar donde Celia había hecho una reserva.

—Espero que te guste el pescado.

—Me encanta. En Boston también tenemos puerto y hay bastante variedad y

calidad de producto marino.

—Hoy vamos a comer tapas, aunque de diseño.

—¡Tapas! —dijo Kevin—. Me acuerdo de mi época en Salamanca. Son pequeñas raciones de platos elaborados, ¿verdad?

—Bueno, más o menos. Las que vamos a comer aquí no son tan pequeñas.

Entraron en el restaurante y los sentaron en una de las mesas laterales. La decoración era muy original y combinaba elementos antiguos con otros totalmente funcionales. A Kevin le gustó el lugar y el ambiente. El restaurante empezaba a estar un poco lleno de gente y el ruido era elevado.

—¿Te gusta? —preguntó Celia satisfecha por ver el efecto de la decoración en la expresión de Kevin.

—Me encanta —respondió él—. Ahora veamos si la comida está a la altura del decorado —bromeó.

—Ya verás como sí. Si no te importa déjame que pida yo por los dos. Estoy pensando en encargarme unas cuantas tapas y nos las partimos. Me has dicho que te gusta el pescado, así que eso me lo pone más fácil, aunque también voy a pedir alguna otra cosa para ir contrastando. Si después de esta primera tanda tenemos más hambre, pedimos una segunda o nos vamos a los postres.

—Como tú digas.

—El vino, ¿tinto o blanco?

—Si pedimos pescado quizás mejor el blanco, ¿no?

—Sí, además de que a mí me gusta más.

—Ok, pues no se hable más.

Celia encargó la cena al *maître* y un rato más tarde tenían la mesa llena de manjares que Kevin dudó que fuesen capaces de acabar tan solo entre ellos dos. En algún momento, bromeó preguntando si tenía que venir alguien más a cenar con ellos.

El vino era excelente y después de la primera copa se soltó un poco más la lengua entre ambos. Celia fue muy directa:

—Bueno, ¿por qué no nos conocemos un poquito? Cuéntame quién eres y qué has hecho hasta ahora. Prácticamente no sé nada de ti, aparte de lo poco que me han contado desde tu editorial y el señor Levi.

—*Buff*, no me gusta mucho hablar de mí mismo —reconoció Kevin—, además, no tengo tampoco mucha práctica.

—No me lo puedo creer. Siendo periodista, seguro que sabes explicarte muy bien.

—Es cierto, pero fíjate que los periodistas normalmente hablamos de cosas que

son externas a nosotros. Informamos de algún hecho que ha ocurrido en algún sitio, o hacemos reportajes sobre otras personas, o temas que generalmente no trata de nosotros mismos. Es posible que en el fondo muchos seamos realmente muy tímidos.

—Bueno, pues te voy a ayudar —resolvió Celia—. Te iré haciendo preguntas yo directamente. Para empezar, dime si naciste en Boston, si tienes más hermanos, si tu relación con tus padres es buena... en fin, ya sabes, lo típico para romper el hielo.

Kevin rio porque se dio cuenta de que aquella mujer no le iba a dejar escaparse de responder a aquel interrogatorio, sobre todo si como él pretendía, quería profundizar un poco en la relación entre ellos, así que no tuvo más remedio que resignarse y pasarse unos segundos pensando en cómo exponer sus orígenes. Tras una sonrisa encantadora que dirigió hacia sus adentros, empezó a explicarle:

—Como ya sabes, me llamo Kevin Conor, aunque debería avisarte de que mucha gente escribe *Connor*, que es como sería correcto en la mayoría de los casos, pero en el mío en particular es con solo una n. No tengo ni idea de por qué mi familia lo escribe así, pero tanto mis hermanos como yo nos hemos pasado la vida indicando que somos Conor con una sola n y no con dos.

—Bueno, tomo nota. La verdad es que lo sabía porque había visto tu nombre escrito en los emails que intercambié con Dreams.

—¿Hablas Inglés? —preguntó Kevin.

—Casi perfectamente —respondió Celia—, aunque mi inglés es el verdadero y no esa mezcla extraña de giros y vocablos raros que os empeñáis en hablar como si tuvieseis la boca llena y, en muchas ocasiones, tan solo sugiriendo las sílabas —bromeó.

—¡Bah! —Siguió la broma Kevin—. Son los ingleses los que no saben hablar bien, sobre todo cuando se empeñan en hablar «el inglés de la reina» —dijo, imitándolos.

Celia apenas podía evitar la carcajada por la cómica imitación de Kevin.

—No nací en Boston —explicó Kevin—. Nací en Queens, en Nueva York. Soy el mayor de tres hermanos. Tengo un hermano un par de años menor que yo, y una hermana que tiene cinco años menos. Los dos están casados y tengo tres sobrinos, dos de mi hermana y uno de mi hermano.

—¿Cómo es que tú no estás casado?

—Supongo que no he encontrado de momento a la persona idónea. También tengo que reconocerte que el único que estudió en la universidad fui yo y eso es muy caro. Hay que endeudarse y devolver el dinero posteriormente. Claro que si

tu familia es rica eso no es necesario, pero lamentablemente no es mi caso. Gracias a mi trabajo he devuelto buena parte del préstamo y espero no tardar mucho en liquidar el resto.

—Bueno, entiendo entonces que no te hayas casado, aunque eso no impide tener novia y mi pregunta es ahora, ¿tienes novia?

—No —dijo Kevin—, al menos, no en este momento. He tenido alguna novia y con la que más lejos llegué fue con Rose, pero yo creo que hoy en día la relación está acabada. Ella quiere un compromiso que yo no me veo en situación de contraer actualmente.

—Es raro —dijo Celia mirándolo fijamente—. Eres un hombre guapo e inteligente. Deberían haberte cazado ya.

Kevin rio por el comentario y aprovechó para contraatacar:

—Tú también eres guapa e inteligente. Si aplico tu lógica debería pensar en que tienes marido o, como mínimo, novio.

—Ni una cosa ni la otra —dijo Celia—. Me casé nada más acabar la carrera y al cabo de dos años ya me había divorciado. No funcionó, aunque si me paro a pensar, ya era previsible desde el primer momento. Desde entonces he tenido relaciones esporádicas y nada más. Tengo muchos amigos de todo tipo y no me siento sola. De momento, me gusta que las cosas sean así.

—En eso creo que nos parecemos bastante. A mí también me gusta estar como estoy, aunque me parece que vosotros, los latinos, estáis más acostumbrados a muchas relaciones. Nosotros no tanto, lo que implica que de vez en cuando pasas temporadas más solo, pero a mí la soledad en el fondo y siempre que sea buscada me gusta. Suelo estar rodeado de gente en el trabajo y en mi vida en general, pero normalmente no muchos entran en mi intimidad.

—Y, ¿a qué dedicas tus momentos de soledad?

—Creo que tengo una vida interior amplia. Por supuesto que hago deporte, y de esta forma me veo obligado a salir a la calle, aunque el tiempo no acompañe, también escribo alguna cosa sin importancia y toco el saxo.

—¿Sabes tocar el saxo? —preguntó Celia con curiosidad.

—Sí, desde los diez años. Mis padres me apuntaron después de que me pasé semanas reclamándoselo y desde entonces nunca lo he dejado. No soy un virtuoso, ni mucho menos, pero me gusta.

—A mí me gustan los hombres que saben tocar un instrumento. Me parecen más sensibles.

—No sé qué decirte...

—¿Te lo has traído?

—Por supuesto, ¿cómo iba a estar tanto tiempo sin tocarlo? Hubiese acabado por comprarme o alquilarme uno aquí.

—Espero que un día me dejes oírte.

—Claro, aunque aún no he encontrado el sitio donde pueda tocar. Es un instrumento que hace mucho ruido y es fácil que moleste a la gente de alrededor. En mi apartamento de Boston no puedo tocarlo, siempre tengo que ir a un estudio en el barrio donde alquilan salas insonorizadas.

—Miraré si en el centro hay algún lugar donde se pueda tocar sin molestar a nadie. Incluso podría organizar que algún día tocases para los residentes a los que les pueda interesar. Suelen ser gente de nivel económico alto y muchos de ellos en sus vidas han desarrollado alguna sensibilidad hacia la escritura o la música. No sé, tengo que pensarlo. Por cierto, ¿me has dicho que tienes un apartamento en Boston, pero naciste en Nueva York? —dijo ella volviendo al interrogatorio.

—Así es. Nací en Nueva York, pero desde que me fui a estudiar a Boston no he vuelto a vivir allí. Ahora vivo en un apartamento en el centro de la ciudad, en el Downtown. Está muy bien situado y aunque es pequeño es muy acogedor. Cuando quieras visitarme eres bienvenida.

—Bueno —rio Celia—, muchas gracias, aunque de momento me parece que te voy a tener un tiempo por aquí.

—Claro, me refiero a cuando haya vuelto a los Estados Unidos.

Ambos rieron.

—Ahora, cuéntame cosas sobre ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Has vivido siempre aquí?

—Sí. Nací en Granollers y he vivido siempre aquí. Mi familia paterna es de las antiguas de la ciudad. Por eso la conozco tan bien y parece que todo el mundo me conozca. Yo tengo solo una hermana y mi padre murió hace unos años. Mi madre está bien y aunque sigue sola, que yo sepa, ha rehecho su vida y tiene un montón de relaciones que la tienen siempre ocupada.

—Debía ser joven tu padre —dijo Kevin—. Lo siento.

—Pasó hace unos años. Tenía setenta. Él era mayor que mi madre, más o menos unos diez años. Fue una enfermedad rápida. Cuando le descubrieron el cáncer, como médico, supe que sería cuestión de muy poco tiempo, y en efecto, así fue. Pero la vida sigue, ¿no?

—Sí —dijo Kevin y a continuación dio un trago de la copa de vino.

—Me casé cuando tenía treinta años. Justo había acabado la carrera y un

máster en *Economía aplicada a la Medicina*, así que ya no tenía más excusas. Mi marido, César, había estudiado conmigo toda la carrera y en realidad es un médico bastante bueno. No tardaremos mucho en oír hablar de él por algún descubrimiento importante. Dedicar mucho tiempo a la investigación. Durante un par de años vivimos bastante bien.

—¿Qué pasó?

—Pues lo que ocurrió es que un día descubrí que tenía una relación con una enfermera del hospital en el que trabajaba. La verdad es que me importó, pero hubiese sido capaz de superarlo si hubiese querido continuar con mi matrimonio, aunque la realidad es que ya no le quería. No era lo que pensaba y poco a poco me estaba convirtiendo en una sombra a su lado. Además, empezábamos a tener presiones «sociales y familiares» para que tuviésemos hijos y no lo veía claro.

—Vaya —dijo Kevin.

—Fue la excusa perfecta para pedirle el divorcio. Todo fue muy fácil y él no me puso ningún impedimento, imagino que se sentía culpable. Finalmente me sentí liberada y de paso, él también se liberó. Hoy en día vive con la enfermera y están esperando su segundo hijo. Me lo encuentro de vez en cuando. Vive también en Granollers. Nos saludamos como si fuésemos viejos amigos.

—Eso está bien, sobre todo si los dos vivís en una ciudad como esta. ¿No has pensado nunca en ir a vivir a Barcelona?

—Jamás. Aquí se vive muy bien y si quiero ir a Barcelona, la tengo a un tiro de piedra. En nada de tiempo estoy en el centro. Muchas veces la gente que vive en la ciudad tarda más en llegar a los sitios que yo. La ciudad está bien cuando buscas anonimato o quieres alejarte un poco, pero esto es mucho más cómodo para vivir. Todos te conocen y es mucho más difícil que te encuentres sola. A veces basta con salir a la calle a pasear para encontrarte con amigos o conocidos.

—Yo siempre he vivido en ciudades grandes. En Queens viven casi dos millones de personas, imagínate quizás tantos como en Barcelona y fuera de mi barrio siempre he sido una persona anónima. Luego en Boston viene a ser lo mismo, aunque es una ciudad más pequeña y más agradable para vivir, sigue siendo lo suficientemente grande como para pasar el día en la calle y no encontrar a nadie que te conozca. Según como lo mires, el anonimato te da libertad.

—Imagino que de alguna manera es así —reconoció Celia—, aunque también me da la impresión de que la soledad es mucho mayor.

Cuando acabaron de cenar ya era casi medianoche. Kevin consiguió invitar a Celia, aunque ella se resistió.

Salieron a la calle y pasearon.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Kevin.

—¿Te gusta la cerveza?

—Claro que sí.

—Pues vamos a un pub donde hay todo tipo de cervezas de todo el mundo y además tocan música en directo. Espero que no esté muy lleno.

La verdad es que sí estaba bastante lleno, pero Celia se las apañó para conseguir que le montasen una pequeña mesa en un rincón de la sala.

La música había empezado hacía ya un rato y el ambiente era el típico del inicio del fin de semana. En aquel entorno no podían hablar por el ruido ambiental, pero pudieron disfrutar de la música y de un par de buenas cervezas.

En algún momento impreciso, Kevin notó que Celia le tomaba la mano y jugaba con sus dedos. Le gustó aquella sensación, aunque le molestó de sí mismo no haber tomado él la iniciativa. Hasta entonces siempre la había llevado ella.

A Kevin siempre le había costado dar el primer paso y en esta ocasión no estaba siendo diferente a lo que solía pasar.

Al salir del pub andaban cogidos de la mano.

—¿A dónde vamos? —preguntó él.

—Tengo que pasar por la Fonda a recoger mi bolsa de deporte —respondió ella.

—¿Quieres quedarte? —se aventuró a proponer.

—¿Por qué te crees que no he dejado la bolsa de deporte en el gimnasio? —respondió ella con expresión inocente.

Ambos rieron mientras él le pasó el brazo por encima del hombro.

Cuando llegaron a la habitación hicieron el amor una primera vez con prisas y apasionadamente. Los dos deseaban que llegase ese momento. La ropa acabó tirada por toda la habitación y ellos acabaron sin aliento, enredados entre las sábanas y los nórdicos de la cama.

A lo largo de la noche hubo una segunda vez mucho más relajada y calmada en la que exploraron juntos, sus cuerpos y se arrancaron nuevas sensaciones mutuamente.

Eran las nueve de la mañana cuando Celia recibió una llamada del centro. La doctora descolgó en cuestión de segundos. Había un residente que había pasado muy mala noche. Se trataba de una persona de salud bastante delicada así que le pedían que fuese a visitarlo y aconsejar cómo debían proceder en el centro con el enfermo. Reconocieron que habían estado tentados de llamarla durante la noche,

pero al final decidieron esperar a la mañana.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Pasa algo grave? —preguntó, aun medio dormido, Kevin.

—Tenemos un residente que está pasando con nosotros su última temporada. Hoy se ha puesto peor y quiero ir a ver cómo evoluciona. Quizás tenga que avisar a la familia y esperar a que vengan para decidir si lo ingresamos en el hospital o no.

—¿Te espero para comer?

—No. Haz lo que tengas que hacer. Si quedo libre te llamo y miramos de encontrarnos —dijo ella, mientras se vestía y se retocaba el pelo dispuesta a salir rápidamente hacia el centro.

Kevin se levantó desnudo y le acompañó a la puerta con la sábana liada a la cintura.

—Me ha gustado mucho lo que ha pasado esta noche —dijo él.

—A mí también —respondió—, pero quería pedirte que seamos muy discretos de momento. No quiero que en el centro piensen que me he liado con el joven escritor alegremente y que soy una fresca. En realidad, debo cuidar mi imagen.

—Ok, lo entiendo y me parece bien.

Celia salió corriendo hacia la residencia, mientras Kevin volvía a meterse en la cama. Aún era temprano, sobre todo porque no tenía nada que hacer, así que se estuvo desperezando y dando vueltas, hasta que finalmente decidió que se iba a levantar.

El día estaba soleado y aunque hacía frío, la luz en las calles invitaba a salir a pasear por Granollers.

Cuando salió había gente desayunando en las terrazas. Se sentó en una de ellas y desayunó tranquilamente. Después, como no sabía qué hacer cogió el coche y pensó que conduciría un rato sin rumbo fijo.

Eran las doce aproximadamente cuando veía el mar a la altura de Arenys.

Dejó el coche en la riera y paseó por el pueblo.

Estaba encantado con aquel rincón del mundo y con su luminosidad. A pesar de ser noviembre, unos de los meses más oscuros del año, las horas de luz tenían un magnetismo especial. El mismo mar mostraba un color casi imposible de ver en la costa norteamericana del Atlántico en aquellas mismas fechas.

Observaba a la gente, relajada, sentada en terrazas tomando cerveza y tapas alegremente y pasando la mañana de aquel domingo.

El día fue transcurriendo pausadamente y no tenía nada que hacer. Esperaba que Celia le llamase, pero de momento no había recibido noticias suyas. Debía

haberse complicado todo el asunto. Imaginó que debía estar acostumbrada a aquel tipo de cosas, ya que en definitiva ella era la responsable médica de una residencia de ancianos donde la muerte seguramente hacía acto de presencia con bastante frecuencia.

Comió alguna cosa y se fue a sentar frente a la playa con la vista perdida en el horizonte. El ruido hipnótico del mar le mecía e inconscientemente le alejaba del mundo. Tenía la sensación de que flotaba entre las olas. Los ojos cerrados hacían que la sensación fuese más intensa.

De alguna manera, en su cabeza empezó a tomar consciencia de que, en realidad, él había venido aquí a buscar alguna cosa personal. Algo que le haría evolucionar como persona y como profesional. No tenía ni idea de cuál era el reto ni el objetivo, pero estaba seguro de que el día en que se montase en el avión de vuelta a Boston, quien viajaría de regreso sería alguien diferente. ¿Quién sabe si más maduro o más inteligente? No tenía ni idea. Había viajado a Barcelona para acompañar a Thomas Levi en un viaje al pasado, pero a su vez él también iba a hacer un viaje, en su caso al futuro, que le permitiría escalar varios peldaños en su proceso de madurez. Quizás por eso tenía inseguridades.

Hubo un momento en que decidió conscientemente que iba a detener esos pensamientos. Se rio de sí mismo y de sus alucinaciones. Viviría aquella experiencia a la que le habían invitado y todo lo demás ya se iría viendo con el tiempo.

La tarde avanzaba y decidió que era hora de volver al hotel.

Se equivocó de camino. A la ida fue por una autovía que le llevó directo a Mataró y de allí bordeando la costa hacia Arenys. En algún lugar se confundió y se vio subiendo por una carretera que indicaba dirección a *Sant Celoni* y que atravesaba un parque llamado el *Montnegre*, o monte negro, según dedujo.

De pronto se le pasó por la cabeza una cosa.

Paró el coche en un lugar amplio donde no corría peligro, en el arcén sin que representase ninguna amenaza para el poco tráfico que a aquella hora circulaba, y miró en el maletero. Allí, dentro de un estuche llevaba su saxo. Lo había puesto allí cuando salió de la Fonda. Hablar de él la noche anterior debió influir.

Lo sacó y se alejó de la carretera andando unos cuantos metros. Allí seguro que no podía molestar a nadie. No había casas cerca.

Se sentó con la montaña a su espalda y el mar a sus pies y sacó el instrumento. Se lo llevó a la boca. Pensó unos segundos y entonces empezó a tocar «Unchained Melody». Aquel fue un momento mágico. Estaba solo consigo mismo y lejos de todo. Aquel instrumento le ayudó aún más a alejarse y a poder

escucharse a sí mismo. Desde siempre le había pasado que con el saxo conseguía contactar con su interior.

Siguieron otras piezas y tocó durante casi una hora sin que apareciese nadie. Oscurecía y pronto sería más complicado conducir por aquella carretera de curvas que no conocía, así que decidió volver al coche y regresar al hotel.

No tuvo mayores problemas en llegar. Estaba bien indicado. Era curioso, pero él no solía perderse y desde que había llegado a Barcelona ya se había perdido en dos ocasiones. Tendría que estar más alerta o aprenderse un poco mejor la zona.

No había tenido noticias de Celia en todo el día, pero no quería molestarla. Si no había dado señales de vida seguro que era porque sencillamente no había podido.

Cuando llegó a la habitación consultó su correo electrónico por aburrimiento y casualmente vio un mensaje de John. Eso ya le puso un poco nervioso incluso antes de abrirlo. Aquel hombre no descansaba ni durante el fin de semana.

Imaginó que por eso había llegado a ocupar el puesto dentro de la editorial que tenía, con pocos años más que él. Era el editor jefe de su área.

Lo leyó. Le explicaba que no tenía nada que hacer y ya que iba a pasarse el día en casa aburrido, le pedía que si tenía preparado el material se lo enviase para ir avanzando. Se lo podía enviar al correo de Dreams, ya que él lo podía consultar desde cualquier lugar.

—Menos mal que lo tenía listo —dijo en voz alta y para sí mismo.

Lo envió sin más. No quiso añadir ningún comentario ya que posiblemente se le hubiese colado alguna cosa que a lo peor más tarde tendría que lamentar o justificar, así que sencillamente dio a la tecla de «enviar».

No había nada más. Parecía que el mundo se había olvidado de él.

Pensó en llamar a Mark, pero finalmente decidió que no tenía nada especial que explicarle, ya que de momento no iba a hablar con nadie de la aventura con Celia y, por otro lado, no quería molestarle.

Aproximadamente a las nueve de la noche, cuando ya se preparaba para volver a salir a pasear y a buscar un lugar donde cenar, le llamaron desde recepción. Celia estaba en el bar del hotel y le estaba esperando.

Se sorprendió de que no hubiese subido directamente a la habitación. Cogió su chaqueta y bajó al bar.

Celia estaba sentada en una mesa de espalda a la entrada y no lo vio acercarse. Tenía una copa delante.

La asustó con un beso en el cuello desde detrás. Ella se giró y le sonrió, aunque

sus ojos estaban tristes.

—¿Cómo estás?, ¿qué ha pasado? —preguntó Kevin.

—En realidad lo que ya esperaba —dijo ella—. Ha tenido un empeoramiento serio y lo he trasladado al hospital. Su familia ha llegado al mismo tiempo que nosotros. Viven muy cerca de aquí. Resulta que él tenía un testamento vital y pedía que no se le hiciesen tratamientos largos y que tan solo le dejásemos morir sin dolor... bueno, ya sabes lo que es, porque vosotros también debéis tener cosas de este estilo.

—Vaya, lo siento —dijo Kevin.

—Ha sido muy triste porque la verdad es que yo le tenía bastante aprecio. Llevaba mucho tiempo con nosotros. No he conseguido distanciarme emocionalmente de mis pacientes. Debo ser un mal médico. El caso es que, siguiendo sus instrucciones, no se le ha aplicado más que morfina y en poco rato, ha acabado muriendo.

Kevin le tomó la mano entre las suyas. Realmente no sabía qué decir y tampoco estaba seguro de que hubiese algo que decir más allá de intentar acompañar a la persona que está viviendo una situación como aquella.

—Me estoy tomando un *Gin Tonic*, ¿quieres uno?

—Sí. Voy a pedirlo. ¿Quieres alguna cosa para comer? Imagino que no has tomado casi nada en todo el día.

—Solo he picoteado, así que si me pides un bocadillo me lo comeré. Pídelo de lo que quieras.

Parecía que una vez que se había desahogado con él, estaba más tranquila. A Kevin le gustó que le diese esa confianza.

—Quisiera comentarte algo —dijo Celia—, pero no estoy segura de cómo hacerlo para que no suene a lo que no es.

—Sencillamente dilo —comentó él serio, y sin saber de qué le quería hablar.

—Verás Kevin, a mí me gustas mucho y me pasa desde que te vi la primera vez. Me agrada cómo me siento cuando estoy contigo, además, nos entendemos bien en todos los aspectos que hasta ahora hemos compartido.

—Yo siento lo mismo.

—Pero el caso es que yo, en este momento, no sé si quiero empezar una relación seria con una persona que en el mejor de los casos en un periodo de unos meses se va a ir a su país y de la que posiblemente no volveré a saber nada. Me da miedo enamorarme, aunque ni siquiera sé si ya me está empezando a pasar. Tampoco es normal que yo actúe de esta manera tan impulsiva, acosándote y tomando la iniciativa hasta que consigo llevarte a la cama. No es

mi manera habitual de actuar. No sé qué me pasa contigo.

—Yo también estoy un poco obsesionado desde que te conozco y si quieres que te sea franco, también me da un poco de miedo, aunque me parece que quizás lo mejor sería no poner ninguna etiqueta a nada de lo que hay entre nosotros. Sencillamente, vayamos pasando día a día y ya veremos a dónde llegamos. En el mejor, o peor de los casos, me tendré que venir a vivir a Granollers o tú a Boston —dijo Kevin con una sonrisa pícaro.

—¿Y cómo gestiono esa atracción, obsesiva, que has dicho, y que comparto?

—Francamente no lo sé. A lo mejor con el paso del tiempo se va relajando. Imagino que normalmente ocurre así. Lo que no tiene sentido es que por miedo rechacemos los dos esta relación, cuando se trata de algo bueno. Vivamos día a día.

—No sé, quisiera pensarlo un poquito, pero hoy no es el día ideal para eso. Estoy muy alterada por el día que he llevado. Déjame unos días para que vuelva a centrarme y ser yo misma y entonces veremos qué hacemos.

—Como tú quieras. No te preocupes. Tómate tu tiempo.

Salieron y pasearon en dirección a casa de Celia. Cuando llegaron, Kevin se despidió de ella y volvió a la Fonda. Estaba bastante confundido, aunque le parecía que lo mejor era dejar pasar el tiempo sin obsesionarse y ya verían a dónde iba a parar todo aquello.

Los dos tenían dudas, aunque los dos se sentían muy atraídos por el otro. Aquel era un dilema difícil que solo con el tiempo podrían solucionar en un sentido o en otro.

CAPÍTULO 5

Y de repente Álex

Thomas le miró y sin decir nada sacó una foto de su carpeta azul y se la dio. La cogió y la observó. Se veían dos niños cogidos por los hombros. Era una foto antigua y simpática, ambos tenían cara de felicidad, o al menos, eso le pareció.

—Te presento a Álex —dijo Thomas.

—Y, ¿quién es Álex? —preguntó Kevin divertido.

—Álex... —aclaró— fue mi amigo de la infancia y de la juventud. Realmente ha sido mi mejor amigo durante prácticamente toda la vida.

—¿Qué pasó?

—Pues ocurrió... que falleció. Parece que te olvidas a menudo de que tengo cien años, Kevin, todos están muertos. Ningún otro de todos ellos ha vivido tanto tiempo como yo.

Lejos de todo dramatismo, Thomas le miraba con la sonrisa del que revela un enigma a otra persona que no ha sido capaz de entender por sí mismo, y era verdad. Aunque lo tenía presente en general, cuando entrábamos en nuestras conversaciones se me olvidaba que todas las personas que pertenecían a la infancia de Thomas debían estar muertas hacía años.

—Perdona —dijo tímidamente por lo estúpido que le debía parecer. «Hasta este momento no estoy teniendo un día muy inspirado», pensó para sí mismo.

—No hay nada que perdonar, hijo, en realidad mientras yo esté vivo, todos ellos están vivos y en parte, por eso accedí a esta biografía. Era una manera de que una vez que yo me vaya no se pierda todo. Es parecido a una pócima para la eternidad. —Río Thomas con ganas.

De la risa pasó a la tos y tuvo que tomar un poco de agua para poder seguir hablando tranquilamente. Afortunadamente, Celia les había vuelto a dejar el despacho y allí tenían de todo. A pesar de que estaban ocupando su espacio no se habían cruzado cuando llegó y al preguntar por ella le comentaron que estaría fuera todo el día, así que descartó cualquier perspectiva de encontrársela.

Se volvió hacia Thomas y se dio cuenta de que el hombre esperaba la señal. Debía llevar unos segundos esperando.

—Está bien —dijo Kevin—, vamos a seguir. Enciendo la grabadora y tú me cuentas quien es Álex. Adelante —invitó.

Como hacía siempre, Thomas se tomó unos segundos para pensar cómo iba a continuar con el relato de su vida y una vez que estuvo listo, empezó:

—Álex entró en mi vida de forma inesperada. Totalmente de repente. No sé si te acordarás de que estábamos a final de mayo y mi tía me había inscrito para empezar el curso en septiembre en Can Serra.

—Lo recuerdo.

—Pasaron varios días y tal y como habíamos hecho desde que salimos de casa en Boston, Sally nos había ido dando clases a Ada y a mí. En realidad, yo fui al colegio en los Estados Unidos poco tiempo. Una vez que mi padre aceptó el caso de la «mano blanca», decidieron que lo mejor era que estudiásemos en casa. No eran extraños los secuestros y tanto Tevye como Clara, creyeron que era mucho más seguro. Las clases nos las daban Sally y mi madre. No te diré que fuese habitual que los niños se educasen así, pero tampoco era extraño. Cada final de curso se nos hacía una prueba y si la pasábamos, el nivel estaba superado.

—Sabía que en el *Far West* se hacía, e incluso hoy en día creo que también se puede hacer. No sabía que en las ciudades también se podía.

—En nuestro caso, tanto mi hermana como yo éramos muy pequeños y estábamos en cursos muy elementales, así que tampoco era un gran trastorno. La verdad es que por causa de esa situación casi no habíamos tenido trato con otros niños durante aquellos años. Una vez que partimos de Boston aún nos relacionamos menos, si es que es posible, ya que al principio, Sally tenía miedo de que nos hubiesen seguido, cosa bastante absurda ya que mi padre ya estaba muerto y ya no éramos interesantes para ninguna banda de delincuentes.

—Quizás temía por la familia de tu padre.

—Puede, aunque mi madre lo organizó todo tan bien que les fue imposible detenernos. Una vez que estábamos en Can Tomeu supieron que estábamos aquí, pero entonces ya no pudieron hacer nada.

—Bueno, ¿me vas a contar quien es Álex o me quieres tener con la curiosidad?
—preguntó Kevin bromeando.

—Ahí voy...

»Era un día de principio de verano, seguro que estábamos ya a final de junio.

»La vida en Can Tomeu no era en absoluto aburrida. Por las mañanas, Sally nos daba clase hasta la hora de comer y después de almorzar, mi tía nos hacía dormir la siesta hasta las cuatro aproximadamente. Era la mejor manera de pasar las horas de calor.

»Cuando nos levantábamos, corríamos a donde estuviesen Joan y Carmeta. Normalmente yo me iba con Joan a ayudarle a hacer cosas con los animales.

Teníamos vacas, cerdos y gallinas y daban bastante trabajo.

»Antes de las clases ordeñábamos las vacas entre Ada y yo, luego recogíamos los huevos de las gallinas y, por las tardes, me entretenía durante horas cepillando y montando los caballos de la casa. Hoy en día, los niños aprenden a montar a caballo y hacen casi una licenciatura en monta. En mi época aprendíamos instintivamente.

»Mi tía sufría, se mostraba muy protectora y siempre insistía en que tenía que tener cuidado. Ada era más de jugar con los perros y los gatos de la casa. Cuando la veían, la seguían a todos los sitios y ella disimuladamente les daba un trozo de pan o cualquier otra cosa que hubiese cogido de la cocina.

»Así iban pasando los días hasta que una tarde oí que Joan hablaba con alguien.

»—Hombre, mi amigo Álex ha llegado —exclamó Joan.

»—Hola —respondió una voz de niño—. Vengo a ver si me dejas ayudarte a hacer alguna cosa con los animales. He acabado el colegio y me aburro en casa, además, no me dejan hacer nada, dicen que les estorbo y les pongo nerviosos. Todo lo hacen mis hermanos.

»—Pues amiguito, me parece que aquí te ha salido competencia —dijo Joan, señalando con la cabeza hacia la cuadra donde estaba yo cepillando el caballo. Yo observaba la escena desde dentro por una rendija entre dos tablones.

»—¿Tienes un niño? —preguntó Álex con la cara iluminada por la sorpresa.

»—Ve a verlo —dijo Joan, mientras Álex ya corría hacia donde yo estaba.

»Tuve el tiempo justo para volver al caballo y seguir disimulando haciendo ver que estaba entretenido y que no había seguido aquella conversación. De pronto, Álex se paró en la puerta.

»—Hola, soy Álex. —Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Debía ser de mi edad. Vestía con una camisa de manga corta bastante gastada y unos pantalones cortos atados con una especie de cinturón. Seguro que la ropa era heredada de sus hermanos mayores.

»—Hola —respondí tímidamente—. Yo me llamo Tomás.

»Álex se acercó hacia mí. Nos observábamos de arriba a abajo con descaro infantil.

»—¿Cuántos años tienes?

»—Voy a cumplir ocho al final del verano.

»—Qué casualidad, yo los cumplo a final de octubre —respondió Álex.

»—¿Dónde vives? —pregunté, como si su respuesta me aportase información, ya que en realidad yo no tenía ni idea en aquel momento de cuáles eran las

masías vecinas y tenía una idea muy vaga de dónde estaba mi nuevo hogar.

»—Vivo en *Can Volart*.

»—Y, ¿dónde es eso?

»—¿No lo sabes? —dijo Álex—. Pues ven, que te lo enseño.

»Y así empezó nuestra amistad. Sin pensármelo dos veces, dejé de hacer lo que estaba haciendo y Álex me llevó a su casa. Antes de salir, Joan nos paró.

»—¿Dónde vais?

»—A mi casa —respondió Álex con desparpajo—, voy a enseñarle dónde vivo.

»—Bueno, pero después volved aquí. No quiero que la tía Inés se enfade conmigo si le digo que os habéis marchado.

»—No te preocupes —respondió con desparpajo—, en un rato venimos aquí a jugar.

»Los dos salimos por la puerta alegremente y como si nos conociésemos de toda la vida. Años más tarde supe que todo había sido parte de un plan entre Joan y la tía Inés. Pensaron que tratar con niños de mi edad me iría bien. Conocían y apreciaban a Álex, así que tan solo tuvieron que esperar a que nos encontrásemos.

»La casa de Álex, era vecina de la nuestra. Nuestras tierras limitaban con las de ellos y desde siempre las dos familias se habían ayudado. Álex era el quinto de siete hermanos. El mayor era un chico de quince años por aquel entonces, seguían tres chicas, luego venía él y, finalmente, dos hermanas gemelas de tres años. Entre Álex y su hermana inmediatamente mayor, había casi cuatro años, así que quedaba un poco descolgado en cuanto a edad.

»Estoy convencido de que Álex también necesitaba un amigo, tanto como yo. A partir de aquel momento nos volvimos inseparables. Por las mañanas, cuando me levantaba, ya lo tenía allí. Desayunábamos juntos y nos íbamos con Ada a buscar huevos y ordeñar las vacas.

»Luego, mientras Sally nos daba clases, él enseñaba a la joven a hablar catalán y castellano y, de paso, ella le ponía también sumas y restas, igual que a mí. Comía con nosotros y luego éramos libres toda la tarde para pasarla jugando.

»Nunca había jugado tanto como lo hice aquel verano.

»A veces, Ada se apuntaba con nosotros, pero casi siempre intentábamos escaparnos sin ella. Nos veíamos mucho mayores y nos frenaba en nuestras aventuras. A veces, la tía o Carmeta nos obligaban a llevarla. En esos casos, los dos la protegíamos galantemente de riesgos imaginarios.

»Diría que en aquellos días Ada ya se empezó a enamorar infantilmente de Álex.

»Joan, que en realidad nos había adoptado como si fuésemos sus nietos, propuso a Inés recuperar las bicicletas que tenían abandonadas en el almacén y que habían sido de Clara y suya y ayudarnos a ponerlas al día y a enseñarnos a montar.

»No había muchas por aquellos días porque eran caras, así que lo habitual era reutilizarlas y pasarlas de unos a otros. Al principio, a Inés no le gustó la idea porque era peligroso y nosotros aún éramos muy pequeños, pero Joan con paciencia la convenció y finalmente accedió.

»Una tarde nos llevó al establo, nos condujo a un rincón donde había un bulto tapado con una lona y nos dijo:

»—Vamos a ver, niños, me ha costado mucho trabajo convencer a la tía Inés para que me dejase, pero al final lo he conseguido, así que ahora no lo estropeemos.

»Tiró de una lona y ante nuestros ojos aparecieron dos bicicletas. Un poco estropeadas, pero que se podían arreglar.

»Álex se llevó las manos a la cabeza de la ilusión que le hizo y raro en él, se quedó sin palabras. Yo también me quedé sin saber qué decir y muerto de alegría por el regalo inesperado.

»En ese momento, apareció tía Inés por la puerta del establo para ver la reacción y mi amigo no pudo contenerse y le abrazó con todas sus fuerzas. Como si fuese un viejo, le dijo:

»—Qué feliz me haces, tía. —Él también le había empezado a llamar tía.

»Álex era así de espontáneo.

»Inés se sorprendió por aquella reacción y se emocionó. Mucho más comedido y controlando mis sentimientos, como buen norteamericano de la época, también fui hacia ella y le di dos besos y las gracias. Noté el gran cariño que me estaba cogiendo mi tía en su abrazo. Se estaba creando una conexión especial entre nosotros.

»Las dos semanas siguientes pasamos las tardes poniendo a punto las bicicletas. Las desmontamos del todo y las volvimos a montar. Joan tuvo que ir al pueblo en más de una ocasión a comprar alguna pieza. No fue fácil, o al menos, a mí no me lo pareció. Bajaba al pueblo con el carro y nosotros le acompañábamos.

»Al final, las pintamos y la espera para que se secasen se hizo interminable.

»Cuando estuvieron listas, Joan, con mucha paciencia, nos enseñó a montar a los dos. Aprendimos rápido, pero tardamos un poco más en tener la seguridad suficiente como para que nos dejasen salir de Can Tomeu.

»La carretera entre Cánovas y Cardedeu casi no tenía tráfico de ningún tipo. De vez en cuando algún carro u otra bicicleta, pero poco más. Enseguida llegábamos hasta Cardedeu y volvíamos.

»¿Te imaginas qué sensación de libertad para dos niños de ocho años poder ir solos de un lugar a otro?

»Otra cosa que hizo Joan por nosotros fue enseñarnos a nadar en el estanque que teníamos. Algunas tardes, cuando habían pasado las dos horas que nos hacían esperar después de comer, nos íbamos con él, nos desnudábamos Álex y yo, y nos metíamos en el agua aprendiendo y jugando. Ada también venía a veces y también aprendió a nadar.

»Joan siempre estaba en el borde del estanque con un palo largo que había conseguido en algún sitio y no se metía en el agua. Luego supe que él no sabía nadar. Menos mal que nosotros aprendimos bastante rápido y de forma casi instintiva.

»Al final del verano los dos éramos maestros encima de la bicicleta y nadábamos más o menos a la perfección. Yo creo que aquella debió ser una de las épocas más felices de mi vida, a pesar de haber perdido a mis padres y de haber tenido que huir cruzando medio mundo. Había encontrado un sitio perfecto para crecer, tal y como había planeado mi madre poco antes de morir.

»¿Qué más hacíamos?, pues Álex me enseñó a jugar a canicas, nos batíamos con espadas imaginarias que eran dos palos o nos inventábamos aventuras. Algunas veces acompañábamos a Joan al pueblo para hacer algún encargo o íbamos con la tía o Carmeta a comprar cosas que hacían falta para la casa. Normalmente comíamos lo que producíamos, pero de vez en cuando teníamos que ir a comprar cosas que no se hacían en la masía, tales como sal, aceite y otros alimentos.

»No siempre nos salían bien las aventuras. Un día, a escondidas, nos zampamos todos los higos de una higuera que había en casa de Álex y nos pasamos toda la noche revolcándonos con un cólico que a mí me pareció terrible.

»Cuando íbamos a las tiendas nos encontrábamos con la gente de la colonia.

»La gente de la colonia, eran veraneantes, que ya por aquel entonces llegaban desde Barcelona después de Sant Joan, que era a finales de junio y pasaban el verano allí. Muchos habían construido mansiones de estilo modernista. La mayoría se conservan en perfecto estado y algunas se pueden visitar hoy en día.

»Sus mansiones estaban mezcladas con las de la gente del pueblo, pero vivían relacionándose lo menos posible. Muchas veces parecía que porque venían de la ciudad se consideraban superiores. Sobre todo, las sirvientas que normalmente se

colaban en las tiendas y no las hacían esperar. Un día, una se intentó colar estando mi tía y se lio tal jaleo que, finalmente, la joven criada se tuvo que disculpar.

»Mi tía era así.

»Si venía Álex, quedábamos con tía Inés o con Carmeta a una hora en algún sitio y nos entreteníamos escondiéndonos y tirando piedras a los de la colonia con un tirachinas que nos había hecho Joan a cada uno, o escupiendo perdigones con unas cañas que nos habíamos hecho nosotros.

»Normalmente no nos pillaban, pero en alguna ocasión habíamos tenido que correr de lo lindo para que no nos cogiesen.

»Álex explicaba a todos los niños del pueblo que yo era su amigo y que si alguien se metía conmigo se iba a enterar. Dejaba bien claro que había venido a vivir allí y que no era de la colonia. Para que no hubiese ninguna duda. —Rio.

»Una vez, sí nos pillaron.

»Disparamos un perdigón con la caña a un niño más o menos de nuestra edad que iba con su padre y le dimos en toda la frente. El niño empezó a llorar y asustados, salimos corriendo. En un primer momento yo pensaba que le habíamos dado en el ojo. El hombre salió detrás de nosotros y nos atrapó enseguida. Estaba muy enfadado y nos llevaba casi a rastras hacia donde le dijimos que estaba nuestro abuelo. Mentimos para evitar dar más explicaciones.

»Por suerte, era Joan la persona con la que habíamos bajado al pueblo y no la tía o Carmeta. Hubiese sido mucho peor para nosotros.

»El pobre se disculpó en nombre nuestro, aunque le tocó aguantar el chaparrón de la bronca de aquel hombre tan indignado. Joan intentaba explicar que éramos niños, que eso eran cosas de niños y que no era tan grave. Finalmente se comprometió a que nos tendría castigados durante unos días y a que no lo volveríamos a hacer.

»Evidentemente, Álex y yo habíamos llorado todo lo que pudimos para intentar calmar a aquel hombre y nos disculpamos siguiendo las instrucciones de Joan.

»Ni nos dirigió la palabra cuando subimos al carro para volver a casa. Estaba serio y parecía muy enfadado con nosotros.

»Justo cuando pasamos la última casa de Cardedeu, nos miró y de pronto soltó la mayor carcajada que le oí en todos los años que pasamos juntos.

»—Con que vuestro abuelo, ¿eh?, ¿qué os habéis pensado vosotros dos, puñeteros mocosos? —dijo bromeando.

»Álex, que era más rápido que yo en sus reacciones, enseguida se unió a la

broma.

»—Es que no sabíamos qué decir. —Y empezó a reír.

»Parecía que los dos se habían olvidado de todo el incidente, pero yo no.

»—¿No le dirás nada a la tía verdad? —pregunté, aún preocupado.

»—Tu tía tiene cosas más importantes en la cabeza y no le vamos a preocupar con una tontería como esta —dijo Joan.

»Así era Joan. Habíamos dicho que era nuestro abuelo, pero en realidad era lo más parecido que tuvimos ninguno de los dos a un abuelo, ya que Álex no había llegado a conocer a los suyos y yo nunca traté a los míos.

»No todo era tan movido. Álex me convenció para que alguna tarde la pasásemos con Ada e hiciésemos alguna cosa con ella. Le enseñó con mucha paciencia a fabricar cometas utilizando las cañas que Joan le daba y el papel de envolver los racimos de plátanos que le daban a Carmeta o a la tía en la tienda.

»Cuando se rompían, se las reparaba con mucha paciencia y se las dejaba perfectas mientras ella no dejaba de mirarlo embelesada.

»Para Ada, Álex era casi tan importante como yo. Estoy seguro de que, en aquella época, le hubiese gustado ser un niño y poder seguirnos en nuestras aventuras.

»El tiempo voló aquel verano, aunque en realidad los días eran eternos y estaban cargados de aventuras y actividades.

»Para mi cumpleaños mi tía organizó una fiesta especial.

»Los padres de Álex le dejaron quedarse a dormir en casa aquella noche y yo estaba muy contento. En realidad, durante el día éramos inseparables, pero que se quedase no dejaba de ser algo especial.

»Carmeta preparó una gran cena de cumpleaños.

»Hicimos un fuego fuera de la casa, en una especie de «chimenea», por decirlo de alguna manera, que durante el verano no había visto utilizar y asamos chorizos, tocino y morcillas. Al final, Sally fue a buscar la tarta que había preparado con Carmeta y me hicieron soplar las ocho velas que había.

»Nos dejaron beber un poco de vino. En aquella época eran más permisivos con los niños en este tipo de cosas.

»La manera en que celebramos aquel día, guardando las distancias, me recordó a mi madre. Imagino que ella hacía con nosotros en Boston una adaptación de lo que ella había vivido en Can Tomeu.

»El colegio estaba a punto de empezar, faltaba una semana y con tanto ejercicio habíamos crecido más de lo previsto, tanto Álex como yo, así que Carmeta se pasó los días anteriores haciéndome alguna prenda de vestir que me

regaló aquel día y también había preparado alguna para Álex. Cosía muy bien y siempre estaba preparando alguna cosa para uno u otro.

»Le había hecho un montón de conjuntos a Sara y Sally intentaba aprender con mucha más paciencia que traza.

»Aquel verano nos convertimos en una verdadera familia. Mi tía, Carmeta y Joan, que hacían la función típica de los abuelos, Sally y nosotros. Para Inés todos éramos sus sobrinos, incluida Sally que poco a poco fue aprendiendo a expresarse mejor en catalán y en castellano, aunque a nosotros nos hablaba siempre en inglés respetando el compromiso que había contraído con mi madre.

»También Álex formaba parte de la familia, aunque él tenía la suya propia, pasaba mucho tiempo en nuestra casa.

—¿No se preocupaban por él sus padres? —preguntó Kevin haciendo volver a Thomas a la actualidad.

—Claro que sí. Lo que pasaba es que, en aquella época, los niños éramos mucho más libres que en la actualidad. Sus padres sabían perfectamente que, si iba a mi casa a jugar conmigo, estaba controlado. A menudo también íbamos a jugar allí. De hecho, tanto estábamos en un sitio como en otro y, si no era así, nos encontrábamos los dos por cualquier lugar con las bicicletas.

Los niños ayudábamos con las faenas de casa y si tocaba hacer alguna cosa, tanto en Can Volart como en Can Tomeu, allí íbamos todos a echar una mano. Las cosas funcionaban de otra manera.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, en casa, aunque Joan y Carme eran los masoveros, desde siempre habían sido parte de nuestra familia. Mi tía, al quedarse sola, se había apoyado mucho en ellos y a su vez la pareja le había ayudado en todo lo que pudieron. Como no tenían hijos adoptaron a mi tía como tal, y ella los adoptó a ellos. Igual pasó con Sally. Llegó siendo poco más que una niña y a mi tía no se le ocurrió nunca tratarla de manera diferente a nosotros, tan solo la consideraba mayor que yo. En todos los sitios la presentaba como su sobrina y la gente le preguntaba por la sobrina americana.

—Bueno, me estabas hablando del final del verano y del principio del colegio. ¿Cómo fueron aquellos días? —Kevin no entendió la explicación a la pregunta que había hecho, pero decidió que no era importante.

Thomas volvió al pasado mentalmente intentando revivir aquellos días de principio de curso.

»Álex vino a buscarme a primera hora de la mañana. Estaba todo acordado. Durante los días en que aún no hiciese frío, bajaríamos al pueblo los dos solos

con las bicicletas. Las dejaríamos en casa de la señora Rosa, que era una sobrina de Carmeta, y llegaríamos andando al colegio que estaba muy cerca.

»Teníamos que salir de casa con tiempo ya que, aunque los dos le dábamos velocidad a la bajada, había que recorrer varios kilómetros. Al mediodía, la señora Rosa nos daba de comer y por la tarde volvíamos al colegio hasta las seis. A partir de ese momento recuperábamos la libertad. A veces subíamos a casa y nos íbamos a jugar o a bañarnos al estanque si aún hacía calor, o si no, nos quedábamos en el pueblo jugando con otros niños, generalmente a fútbol con algún balón hecho de tela o a policías y ladrones, por ejemplo.

»Los servicios de la señora Rosa los pagábamos tanto mi familia como la de Álex y más adelante hubo algún niño más que también venía a comer con nosotros. Para Rosa eran unos ingresos extras que le iban muy bien.

»Joan llevaba a Ada a la Compañía de María y como aún era pequeña al mediodía la iba a buscar. Más tarde, cuando Ada se empezó a quedar por las tardes, íbamos nosotros a buscarla al mediodía y después los tres comíamos con la señora Rosa. Luego la dejábamos en el colegio otra vez.

»La mujer hacía unas croquetas que eran de lo mejor que recuerdo de mi infancia. Parece mentira, pero aún hoy en día solo mencionarlas se me despierta el apetito. El lunes era el día en que nos las hacía, tanto en verano como en invierno y alguna vez que había intentado hacernos otra cosa solo conseguía que nos enfadásemos.

»Cuando el tiempo empezó a empeorar, Joan nos bajaba en el carro a los tres al colegio. Primero dejábamos a Ada y después a nosotros, pero si se hacía tarde cuando llegábamos a la Compañía de María, salíamos corriendo los dos para llegar antes de que cerrasen la puerta. Nunca nos quedamos fuera, pero alguna vez faltó muy poco.

»Mi adaptación a Can Serra fue fácil.

»A muchos de los niños ya los conocía, me los había ido presentando Álex cuando bajábamos al pueblo durante los días de verano. Como mi amigo era muy popular en el grupo, esa misma popularidad se me fue reconociendo a mí también.

»Al principio tuve que adaptarme a las formas de hacer y al idioma ya que una cosa era hablarlo y otro bien diferente escribirlo. Con el castellano no tuve muchos problemas, pero con el catalán me costó mucho más. Por suerte, don Ernest, mi maestro, me tomó bajo su tutela y se dedicó a introducirme en los misterios de aquellas dos lenguas latinas que yo empezaba a hablar casi perfectamente, pero que no conseguía escribir bien. A él le debo mi afición a las

letras. Álex era mucho más bueno que yo en este tema, sin embargo, en todo lo referente a números y matemáticas, en general, yo era el mejor de la clase. Eso fue cambiando con los años.

»En el aula éramos aproximadamente setenta niños. Una barbaridad si lo comparamos con lo que hay hoy en día. Estábamos mezclados los niños de diferentes cursos, aunque dentro de la clase nos situaban por zonas.

»Aquello solo podía funcionar porque se respetaba la autoridad del maestro ya que, si no, hubiese sido imposible controlarnos a todos.

»Me llamaba mucho la atención cuando repasábamos las tablas de multiplicar. Si hacía buen tiempo salíamos todos al patio y andando en círculo las íbamos cantando. Si llovía, nevaba o hacía mucho frío, hacíamos lo mismo dentro de la clase.

»Allí conocí a Agnès.

»La vi el primer día, pero ni ella se acercó a nosotros, ni yo tuve valor de acercarme a ella. Era el tercer día de clase cuando el profesor nos resituó a todos en el aula y casualmente fui a parar justo detrás de ella.

»Álex y ella habían estudiado siempre juntos, así que se conocían. Fue mi amigo, que se sentaba a mi lado, el que hizo que empezásemos a hablar.

»Era una niña de nuestra misma edad. A mí me parecía muy guapa. Rubia, con el pelo rizado recogido en dos coletas, siempre bien vestida, su piel desprendía buen olor y siempre parecía dispuesta a reír de las cosas que le decía Álex y las mías. A pesar de todo, era mejor estudiante que nosotros, o al menos más completa, ya que era buena en todas las materias sin destacar especialmente en ninguna.

»Poco a poco, le fuimos dejando que se añadiese a nuestro grupo que hasta entonces estaba formado exclusivamente por Álex y por mí, ah, y a veces por Ada.

»Yo creo que me enamoré infantilmente y ella lo sabía. Imagino que el sentimiento era mutuo. Fue ella la que me rebautizó y me empezó a llamar sencillamente Tom, diría que por *Las Aventuras de Tom Sawyer*. Durante el invierno se fue generando una complicidad especial entre los dos.

»A Álex no le gustó demasiado que alguien se metiese entre nosotros y un día lo hablamos. Nos juramos que seríamos inseparables y que no permitiríamos que nadie se interpusiese en nuestra amistad. Aquello era auténtico romanticismo infantil —dijo Thomas, reviviendo aquel momento con una sonrisa.

»Cuando llegó de nuevo el buen tiempo empezamos a organizar alguna excursión al campo a merendar. Yo llevaba a Agnès en mi bicicleta y Álex

llevaba a Ada. Yo también percibí que empezaba a haber una relación muy especial entre ellos y francamente tampoco me gustó, pero como era más reservado, administré interiormente toda la cuestión. Además, Ada era mi hermana, lo cual lo hacía todo un poco más complicado.

»Siempre que Agnès se sentaba detrás de mi bicicleta y rodeaba mi estómago con sus manos para evitar caerse, yo sentía un vértigo difícil de explicar. Me fallaban las fuerzas y tenía que hacer un esfuerzo especial para poner en marcha el triciclo. Ella sí que se dio cuenta de mis celos.

»—Tom, ¿de quién tienes celos de Álex o de Ada? —me preguntó un buen día cuando no nos podían oír.

»—¿Qué tonterías estás diciendo? —respondí haciéndome el despistado.

»—Me he dado cuenta —dijo ella—. Cuando Álex y Ada están juntos se nota que se gustan y a ti no te hace ninguna gracia. Por eso te pregunto si es por Álex o por Ada.

»—Álex es mi amigo y Ada es mi hermana —respondí, dando por zanjada la conversación.

»El curso estaba lleno de fiestas. Primero fueron las vacaciones de Navidad, después la Pascua, las fiestas de San Isidro que era la fiesta mayor de Cardedeu y, al cabo de un tiempo, San Joan y el verano.

»El tiempo y los años iban pasando lentamente a nuestros ojos.

»Recuerdo un verano en que volvimos a nuestras actividades y nuestros juegos Álex y yo, pero de vez en cuando, siempre que teníamos que ir a Cardedeu, intentaba encontrarme con Agnès y entonces la invitaba a venir con nosotros algún día o a hacer alguna actividad juntos. Ada cada vez era más insistente y siempre que podía se nos pegaba.

»Un día vi cómo Ada le daba un beso en la mejilla a Álex. Por entonces ya teníamos nosotros once años y ella nueve. No me gustó nada, pero en aquel momento me callé. No pude evitar estar distante de mi amigo durante toda la tarde. En realidad, no entendía por qué estaba tan enfadado.

»Al día siguiente estaba en las cuadras cepillando a mi caballo favorito. Hacía tiempo que no montaba y de pronto apareció Álex.

»—Oye Tom, ¿qué te pasa?, ¿por qué estás enfadado conmigo?

»Yo me giré hacia él y le dije con rabia:

»—Te vi dándole un beso a mi hermana.

»Álex, se quedó sin palabras, como si le hubiese descubierto haciendo algo malo. Bajó la cabeza y murmuró:

»—El beso me lo dio ella y yo también he visto que Agnès siempre que puede

te da la mano...

»—Lo que haga Agnès a ti no te importa —contesté furioso, estaba dando rienda suelta a mi enfado.

»—Lo que haga Ada, a ti tampoco —respondió sin levantar la voz.

»Entonces no pude evitar dirigirme a él y empujarle con rabia. Álex cayó al suelo, pero en la caída me arrastró con él. Fue la primera vez, y la única, que nos peleamos en serio, a puñetazos. Por suerte, apareció Joan al oír el ruido.

»Avanzó hacia nosotros y nos cogió a cada uno con una mano por el cuello de la camisa, levantándonos del suelo.

»—¿Estáis locos? —gritó, realmente enfadado.

»Los dos permanecemos callados con la cabeza baja.

»—¿Qué mosca os ha picado? Pensaba que erais amigos, mejor dicho, pensaba que erais los mejores amigos del mundo. ¿Por qué os peleáis?

»—Son cosas nuestras —murmuré.

»—¿Qué cosas son esas?

»—Nada —dijo Álex.

»—Está bien, por cosas vuestras que no son nada os encuentro a mamporro limpio en las cuadras. Muy bonito. Esta vez no voy a decir nada, pero como os vuelva a ver así os juro que se lo digo a la tía y os va a caer un castigo para todo el verano. Ahora os voy a soltar y quiero que os deis la mano y os pidáis perdón.

»Joan nos soltó y de momento nos quedamos los dos frente a frente. Yo estaba muy arrepentido, triste por todo lo que había provocado porque estaba seguro de que era culpa mía. Aun así, era incapaz de dar el primer paso.

»—Va. ¡Pedíos perdón! —insistió Joan.

»Álex, siempre más espontáneo dio un paso hacia mí y me abrazó. Yo, mucho más comedido, no quise evitar responder a aquel abrazo con otro abrazo y así nos pasamos unos minutos los dos abrazados y pidiéndonos perdón uno al otro llorando.

»Me di cuenta del gran cariño que nos teníamos y de lo estúpido que había sido provocando aquella pelea por unos celos ridículos.

»Joan nos miraba.

»—Así me gusta chicos y no os olvidéis que un amigo es algo muy especial. No quiero que os volváis a pelear, las cosas se hablan y mejor que sea desde el principio para evitar que luego se compliquen. —Y se marchó de allí murmurando: ¡vaya par!

»Cuando nos quedamos solos renovamos nuestro compromiso de amistad eterna. Juramos que, aunque tuviésemos novias no dejaríamos que nos

separasen.

»Todos los amigos se pelean y nosotros también nos enfadábamos de vez en cuando, o nos molestábamos uno al otro, pero nunca más llegamos a una situación como aquella. Quizás sirvió como una vacuna para enfados posteriores.

»Aprendimos, y a partir de entonces, siempre que hubo alguna cosa la comentábamos. Yo tuve que aprender a vivir con la relación especial que poco a poco se iba desarrollando entre mi hermana y Álex, y él tuvo que hacerlo con el noviazgo más o menos latente que se iba afianzando entre Agnès y yo. A pesar de todo, fuimos lo suficientemente listos como para conservar nuestros espacios.

»Aprendí también a que mi orgullo no se interpusiese entre Álex y yo.

»Con tal que fui asumiendo las cosas, mi relación con mi hermana también fue mejorando. Álex pasó de separarnos a unirnos. De pequeños nos habíamos entendido muy bien, pero luego pasamos a vivir en mundos paralelos hasta que gracias a él nos volvimos a encontrar. Poco a poco fuimos tendiendo de nuevo los puentes entre nosotros. Otra cosa era Sara, a la que los dos veíamos como mucho más pequeña y, en consecuencia, en un mundo diferente al nuestro. Ella era la muñeca con la que jugaban constantemente Sally y Carmeta que le consentían todo lo que mi tía les dejaba.

»La verdad es que no cambiaría mi infancia por ninguna otra.

»Mientras nosotros vivíamos en nuestro pequeño mundo, los gobiernos del país iban cambiando. De pronto, había una monarquía, luego una monarquía que apoyaba la dictadura de Primo de Rivera y al final de aquella época, llegó la República.

»La verdad es que todo el trajín político nos afectaba muy poco. Imagino que al vivir en un pueblo como Cardedeu las cosas llegaban mucho más suaves que en Barcelona o en cualquier capital de provincia.

»Por lo que respecta al dinero, Can Tomeu daba ingresos más que suficientes para mantener el ritmo de vida relativamente austero que llevábamos. Creo que ya te comenté que mi tía también tenía su pequeña fortuna que había heredado en parte de sus padres y en parte de su marido. Además, estaban los ingresos que puntualmente enviaba James Scott y que mi tía depositaba en una cuenta de ahorros para cuando nos hiciese falta.

»Todo eso aún mejoró.

»Cuando yo debía tener unos catorce años aproximadamente recibimos una carta a nombre de los tres hermanos y que provenía del Consulado de los Estados Unidos de América en Barcelona. Iba con nuestros nombres americanos, es decir con el apellido Levi. Un notario del Paseo de Gracia tenía una

documentación importante y nos citaba a los tres juntamente con nuestra tutora legal para un día determinado, a una hora concreta.

»En realidad, no sabíamos de qué se trataba, pero mi tía no dudó ni un momento en que teníamos que asistir con ella a aquella reunión. Así fue. El día que estábamos citados y puntualmente, aparecíamos en el despacho del notario en Paseo de Gracia esquina con la calle Valencia. Sally también venía con nosotros ya que pensamos que estaría bien que nos acompañase por si había algún documento en inglés. Tanto Ada como yo podíamos hablarlo perfectamente, pero podría ser que tuviésemos problemas con alguna expresión de tipo legal así que no estaba de más su compañía.

»Habíamos bajado en tren. Mi tía estaba muy tranquila. Tenía curiosidad por saber de qué se trataba, pero nada más.

»Esperamos unos diez minutos en la salita de aquel despacho hasta que nos hicieron pasar.

»Entramos en una sala que a mí me pareció oscura y llena de polvo. Detrás de una gran mesa estaba el notario.

»—¿La señora Inés Bosch? —preguntó estrechando la mano a mi tía—. Soy Alberto Nogales, notario bilingüe y colaborador del Consulado General de los Estados Unidos en Barcelona.

»—Bilingüe, ¿quiere decir que tiene dos lenguas? —preguntó Sara inocentemente provocando que Ada y yo tuviésemos que hacer serios esfuerzos para no reírnos.

»—Encantada —respondió formalmente mi tía como si no hubiese oído la pregunta de la niña—. Estos son mis sobrinos, Thomas B. Levi, Ada B. Levi y Sarah B. Levi.

»—Por favor, sean tan amables de tomar asiento.

»Pasaron unos segundos hasta que el notario dispuso de toda la documentación encima de la mesa.

»—Disculpe, pero ¿ha traído los pasaportes de los niños, tal y como le indicábamos en la carta que le enviamos?

»—Por supuesto —dijo mi tía mirando dentro del bolso—. Aquí los tiene.

»El notario los estuvo mirando atentamente comprobando que realmente éramos nosotros. No hacía mucho que habíamos ido a Barcelona a renovarlos en el consulado. Después se los devolvió a la tía.

»—Bien, pues la razón por la que les he citado aquí es para comunicarle que hace aproximadamente un mes, los abuelos Levi tuvieron un desgraciado accidente y murieron. De hecho, su casa en Providence se quemó por razones

que realmente desconozco en este momento y ambos fallecieron. Era una pareja bastante mayor así que seguramente tuvieron algún despiste o dejaron alguna cosa encendida que desafortunadamente debió prender y ya sabe usted, las casas en los Estados Unidos suelen ser de madera y arden con suma facilidad.

»El notario nos miró uno por uno. La verdad es que yo recordaba vagamente a mi abuela, pero tampoco había tenido una gran relación con ella. A mi abuelo apenas lo recordaba del día del entierro de mi padre. Mi tía puso su cara de circunstancias que yo le había visto poner en otras situaciones de este tipo. Era una expresión que realmente no transmitía ningún sentimiento.

»El pobre hombre si esperaba alguna muestra de emoción se llevó un buen chasco así que imagino que por eso decidió seguir:

»—Aunque parezca difícil de creer dada la gran fortuna que tenían no habían hecho testamento de ningún tipo y según la legislación de los Estados Unidos y en concreto del estado de Rhode Island, Thomas B. Levi, Ada B. Levi y Sarah B. Levi, se convierten automáticamente en los herederos legales y universales de sus abuelos. Aun descontando todos los impuestos que se deben liquidar, sus sobrinos —dijo, mirando a mi tía directamente— acaban de convertirse en unos jóvenes con muchos recursos.

»—Bueno —dijo mi tía— y eso, ¿cómo nos afecta a nosotros?, ¿tenemos que hacer alguna cosa?

»El notario no salía de su asombro.

»—Mis sobrinos —siguió mi tía— ya tenían una pequeña fortuna que nos administra James Scott en Boston y que regularmente nos da unos dividendos que recibimos puntualmente en una cuenta a nombre de los niños.

»—Fue James Scott quien nos facilitó su dirección y quien dio las instrucciones pertinentes para que contactásemos con los niños y le informásemos a usted de esta nueva situación.

»—Entiendo que no es necesario que nadie viaje a los Estados Unidos a tomar posesión de esa herencia ni a realizar ningún trámite. Si es posible me gustaría que el señor Scott siguiese administrándolo todo tal y como ha hecho hasta ahora. No quiero que nada altere el *statu quo* que decidió mi hermana.

»—¿Sabe usted que esa herencia multiplica más o menos por diez los recursos económicos de sus sobrinos?

»—No me importa lo más mínimo. Mis sobrinos hoy en día viven de lo que genera mi granja y de mis ahorros. Todo lo que reciben se divide exactamente en tres partes y será dedicado a los estudios de Tomás y de las niñas si es que quieren estudiar y si no, su porcentaje pasará a ser parte de la dote que reciban el

día que se casen. No queremos que nada cambie.

»—Está bien —dijo el notario—. Vamos a redactar un documento que será necesario que me firme y yo lo enviaré al señor Scott para que liquide los impuestos necesarios y pase a administrarlos conjuntamente con el resto de los recursos de la familia.

»—Le estoy muy agradecida —dijo mi tía levantándose— y ahora, ¿será tan amable de disculparme? Tengo que gobernar una granja y educar a tres niños y la verdad es que cuento con muy poca ayuda y no tengo mucho tiempo que perder. Avísame cuando tenga listos los documentos y si quiere, ya volveré a firmarlos.

»El notario se levantó y nos acompañó a la puerta. Estrechó la mano de mi tía y salimos de allí como si hubiésemos perdido inútilmente la tarde.

»Ahora éramos ricos, pero no parecía importante.

»Eso pasaba más o menos en mayo de 1929, cuando la bolsa en Nueva York se había desplomado y la crisis económica que nos llevó a la segunda guerra mundial empezaba a fraguarse. No nos imaginábamos lo que nos deparaba el futuro en no muchos años.

»Por suerte, James Scott era un inversor extraordinario y nuestra fortuna fue una de las pocas que no se vio muy afectada por la situación económica internacional.

»Por aquellos días yo estaba muy preocupado por otra cosa.

»El curso siguiente iba a seguir con mi bachillerato en Granollers. Mi tía no contemplaba ninguna opción de que no fuese así. Eso representaba que si no conseguíamos que Álex también se apuntase a estudiar bachillerato en Granollers nos separarían.

»Álex había hablado con su padre, pero el hombre no tenía muy claro qué finalidad tenía que su hijo se pusiese a estudiar un bachiller. Estábamos desesperados porque el tiempo para matricularnos se estaba acabando y no había manera de que aquello evolucionase.

»Un buen día decidí ir a hablar con mi tía y le expliqué el problema que nos atormentaba a los dos

»—¿Tú estás seguro de que Álex quiere estudiar?

»—Sí, tía, él dice que quiere estudiar comercio y que por eso quiere hacer el bachiller.

»—Espero que no sea una excusa para seguir los dos juntos —dijo y a continuación dio un suspiro y añadió—: Mañana iré a hablar con su padre a ver qué puedo hacer.

»Tal y como me había prometido al día siguiente mi tía fue a ver a su amigo Ramon Martí, padre de Álex. No sé si lo hizo porque apreciaba a Álex casi como si fuese uno de nosotros, o porque era mi amigo, o quizás fue porque se había dado cuenta perfectamente de la relación que el niño tenía con Ada. El caso es que allí estaba.

»—Querido Ramon —dijo, sin demasiados rodeos—, vengo a hablarte de Álex.

»—¿Sabes una cosa Inés?, hace días que te esperaba.

»—Entiendo que ya sabes que el niño insiste en que quiere estudiar bachiller y se quiere ir con mi sobrino a Granollers.

»—Sí. Lo sé. La cuestión es que no sé qué provecho va a obtener yéndose a estudiar cuando aquí hace falta.

»—Álex es un chico listo. Tienes a Ramon, tu hijo mayor, tu heredero. Él recibirá tu propiedad y será quien ayude a todas sus hermanas a situarse, generalmente casándose. Es muy posible que cuando esto ocurra, me refiero, a que herede, la mayoría ya no estarán viviendo en casa. Queda Álex. ¿Qué quieres que sea de él? Yo no lo veo viviendo a expensas de su hermano.

»—No sé, Inés. La verdad es que no te falta razón y el futuro de Álex es el que más me preocupa. Las niñas vivirán con las familias de sus maridos y Ramon tendrá una buena herencia, pero Álex es el que queda más desatendido.

»—Piénsalo, amigo mío. Además, la relación entre Tomás y Álex ha sido muy provechosa para los dos niños. No estaría nada mal que pudiesen seguir juntos unos años.

»—A mí no me engañas —dijo Ramon con una sonrisa—. Todo esto también es por la relación que hay entre mi hijo y tu sobrina.

»—A lo mejor —respondió Inés, mientras Ramon acababa dando una carcajada.

»—Está bien, lo pensaré; de momento no te prometo nada. En un par de días sabrás qué he decidido. Eso sí, que quede bien claro que sí que podemos asumir los estudios del niño en Granollers, pero lamentablemente mi economía no me permitirá pagar una carrera universitaria, cosa que tú sí que podrás hacer con Tomás.

»—Ya veremos cómo van las cosas —dijo Inés cuando empezaba a marcharse.

»Mi tía no me dijo absolutamente nada y yo estaba enfadado porque me parecía que al final me tendría que ir solo a Granollers.

»Álex no sabía nada y estaba aún más preocupado que yo.

»Dos días más tarde, apareció a primera hora de la mañana por casa. Saltó de

la bicicleta en marcha y de buenas a primeras me dio un buen abrazo.

»—Me voy contigo a Granollers —gritó.

»No te puedes imaginar qué gran noticia. Pasamos lo que quedaba del verano planeando lo que haríamos en la ciudad, porque para nosotros Granollers era una ciudad. Estábamos tan eufóricos que Agnès y Ada se habían enfadado con nosotros. Parecía que no nos importaba la separación.

»La verdad es que cambiaba nuestra vida cotidiana, pero poco más.

»Cada día bajaríamos en bicicleta —las mismas bicicletas de toda la vida reparadas y recompuestas una y cien veces— a la estación. Iríamos en tren a Granollers y al terminar las clases volveríamos a casa. Agnès y yo no nos veríamos en clase, pero por lo demás todo seguiría más o menos igual. Aquel primer curso, Ada seguiría yendo a la Compañía de María igual que hasta entonces, ya que al ser un par de años menor aún, no había acabado. Agnès dejaría el colegio. Ya había acabado la formación que se consideraba habitual en aquella época, pero su familia de momento no planeaba ponerla a trabajar. Habían contratado a una profesora particular que vendría todas las mañanas a casa y le enseñaría francés, a tocar el piano y una serie de cosas más básicas de cultura general.

»Igual que mi tía se había dado cuenta de la relación entre Álex y Ada, los padres de Agnès se habían dado cuenta desde hacía mucho tiempo de la relación entre su hija y yo. Aún éramos muy jóvenes para formalizar un compromiso, pero estaban encantados de lo que había entre nosotros. Yo era un buen partido. Cuando iba a su casa me trataban de manera excelente.

»Por su parte, Ada y Agnès se habían hecho también muy amigas y pasaban muchas horas juntas, así que el contacto entre las dos familias cada vez era más fuerte.

—Llevamos un montón de horas hablando —dijo Thomas.

—Tienes razón, además, ya vuelve a ser la hora de ir a comer. Siempre nos pasa lo mismo, pero antes de irme quiero pedirte una cosa. Tengo curiosidad.

—Tú dirás.

—¿Tienes alguna foto de vosotros cuatro en aquella época?

Thomas buscó dentro de su carpeta azul y sacó dos fotos. En una estaba él con Agnès. Dos niños de catorce años. Guapos, con cara de buenos niños... se había hecho la foto para llevarla encima durante aquel tiempo en que se iban a ver menos.

En la otra, con el mismo decorado de fondo, estaban Álex y Ada. También guapos y con cara de buenos. Quizás menos cándidos que los otros. Álex con

aquella sonrisa satisfecha de oreja a oreja que le caracterizaba.

—Gracias —dijo Kevin, devolviéndosela.

—Pensaba enseñártela mañana. Son dos fotos que nos hicimos el mismo día, antes de acabar el verano. Había dos copias de cada. Una para cada uno. Con eso pretendíamos tener un recuerdo para llevar siempre encima.

—Es un detalle muy bonito —respondió Kevin.

—Era otra época. En aquellos días éramos mucho más románticos y además aún éramos niños. Solo teníamos catorce años. Yo cumplí los quince cuando empecé el curso en Granollers y Álex y Agnès, los cumplieron un poco más tarde. Ada solo tenía trece.

—¿Puedo llevármelas?

—Sí, pero mañana devuélvemelas, aunque yo aún tengo mi copia y además tengo la de Ada, pero me gusta tener aquí todo este material.

—No te preocupes. Haré como el fin de semana. Lo escanearé y te lo devuelvo.

Tocaron a la puerta y apareció la misma cuidadora que le venía a buscar cada día.

—¿Cómo ha ido la mañana? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Muy bien —respondió Thomas.

—¿Me lo puedo llevar? —preguntó la mujer mirando a Kevin.

—Por supuesto —respondió apartando del medio la silla donde había estado sentado para que pudiesen pasar cómodamente.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó Kevin.

—Mañana, como siempre —respondió.

Se quedó mirando cómo aquel anciano se alejaba andando lentamente con aquella mujer que le hablaba con cariño y lo acompañaba con delicadeza. Aunque su cuerpo ya no tuviese nada que ver con el del niño protagonista del relato de las últimas horas, dentro de él seguía estando. Lo sabía y lo había podido comprobar por cómo le estaba contando su vida. El anciano había revivido durante toda la mañana aquellos momentos.

¿Cómo había podido sobrevivir a la muerte de Álex, de Ada o de Agnès? Bueno, pensó, aún no hemos llegado a ese momento, así que veremos cómo lo hizo cuando lleguemos a ese día.

Salía del despacho apagando la luz y cerrando la puerta cuando de pronto vio que Celia se acercaba por el pasillo. Iba directo hacia donde estaba él.

—Hola, Kevin. ¿Cómo estás? Pensaba que no llegaba, de hecho, había dejado dicho que no estaría en todo el día, pero al final me he podido arreglar. Tenía

ganas de verte.

—Celia, me alegro de encontrarte. Un poco más y ya no me ves. —Kevin, inconscientemente, le dio un beso en los labios.

Discretamente, Celia miró para comprobar que nadie los había visto.

—Ha sido una mañana complicada. He tenido que seguir con la tramitación de la defunción de ayer y en realidad no he parado. Además, mi trabajo corriente ha quedado aplazado porque no le he podido dedicar ni un minuto.

—Vaya, te iba a proponer que comieses conmigo.

—Ahora no me puedo ir, pero ¿por qué no comemos juntos aquí y después te vas?, ¿tienes algún compromiso? —La idea se le acababa de ocurrir.

—Pues, la verdad es que no...

—Hecho, pues. Vamos para el comedor y nos sentamos en una de las mesas más apartadas y así podremos hablar tranquilamente.

Cuando entraron en la sala los ancianos estaban empezando a comer y de pronto el sonido de los cubiertos chocando con los platos se vio interrumpido mientras todos se giraban para verlos entrar.

Comieron lo mismo que comían los abuelos.

Rieron un rato porque se daban cuenta de cómo se giraban hacia ellos y comentaban. Muchos no sabían quién era Kevin, pero lo habían empezado a ver aparecer cada día por allí, así que murmuraban y cada uno daba su propia teoría.

Comer en la sala sirvió para que la conversación entre ellos fuese un poco intrascendente y evitó caricias y gestos más comprometidos. Celia había sido muy hábil. Se le veía alegre y como si no hubiese pasado nada durante el fin de semana.

Kevin no sabía qué pensar y finalmente decidió no darle más vueltas. Dejaría que el tiempo situase cada cosa en su sitio.

Acabada la comida, Kevin se despidió, ya casi no quedaba nadie en el comedor y se marchó a trabajar con el material recopilado mientras que Celia se encerró en su despacho para intentar ponerse un poco al día con todo el trabajo que no había podido realizar durante la mañana.

CAPÍTULO 6

Los años de la República

La forma errática de actuar de Celia le tenía francamente desorientado. No acababa de entender aquellos cambios bruscos. Tras darle vueltas al tema, llegó a la conclusión de que, a fin de cuentas, él era de otro país y hacía muy poco tiempo que estaba aquí, así que con un poco de paciencia ya conseguiría entender qué es lo que estaba pasando. Quizás todo se reducía a una cuestión cultural.

Tampoco tenía ninguna otra opción más que esperar y ver qué pasaba.

Se había matriculado en el gimnasio y pasó una parte de la tarde allí, pero, aunque empezaba a oscurecer y enseguida sería noche negra, le parecía que era muy temprano como para encerrarse en el hotel, así que cogió el coche y se fue a Cardedeu.

Fue una decisión espontánea, sin una planificación previa.

La ciudad podía considerarse el escenario principal del relato de aquel día y le apetecía darse un paseo sin ningún objetivo en concreto por los lugares que Tomás y Álex habían recorrido de niños.

Dejó el coche en el aparcamiento de la estación y caminó en dirección a la plaza del ayuntamiento. La pequeña plaza Sant Joan. Justo allí también vio que había un museo, era el *Museu Arxiu Tomás Balvey*. Como ya era un poco tarde, no pensó que fuese el momento de visitarlo porque a poco que se entretuviese se encontraría con que tendrían que cerrar. No obstante, entró y pidió algún folleto informativo y algún mapa de la ciudad.

Fueron muy amables y le informaron de las visitas modernistas, de la exposición que podía encontrar en el museo y de cómo llegar fácilmente a la plaza de la iglesia que en realidad estaba allí mismo.

Kevin se prometió que volvería. Explicó a la persona que le atendió y que resultó ser un historiador conocedor en profundidad del pasado de Cardedeu, el motivo de su estancia en el país y el hombre se ofreció a ayudarle en cualquier cosa que pudiese necesitar. Intercambiaron los números de teléfono móvil.

Salió de allí y en cuatro pasos estaba sentado en un murete de la plaza Anselm Clavé. Imaginó que aquel punto debía ser el lugar donde transcurría el centro de la vida de la ciudad. Por su aspecto dedujo que no debía haber cambiado mucho

en lo esencial, de lo que debió ser a principio de los años treinta.

Tan solo quería percibir el ambiente de aquel espacio, así que cerró los ojos e intentó viajar al pasado mentalmente. De esa manera pasó un rato.

La luz marchó rápido y con ella el poco calor del día. Aquel mes de noviembre, según le había contado Celia, estaba siendo bastante fresco para lo que era habitual en los últimos años; además, el cielo volvía a estar encapotado amenazando lluvia.

La iluminación artificial de la calle daba un sentido de irrealidad curioso, parecía que con poca luz era más fácil hacerse una idea de cómo eran las cosas hacía ochenta años.

Antes de volver a Granollers pensó que, ya que estaba allí, podría intentar encontrar Can Serra. Sabía que seguía existiendo, aunque no estaba seguro de si con otro uso, lo había visto en internet. Preguntó a un par de personas hasta que dio con el edificio. Estaba al otro lado de la carretera. Curiosamente en el trayecto, mientras se perdía y se reorientaba, también pasó por delante de la Compañía de María, así que se pudo hacer una idea del esprint que debían realizar los dos niños cuando llegaban tarde.

No pudo evitar imaginárselos corriendo por aquellas calles y en su rostro inconscientemente se dibujó una sonrisa.

Hizo unas cuantas fotos y regresó a coger el coche para volver a Granollers. Otro día repetiría, pero con luz, y también visitaría Can Tomeu. Tanto Celia como Thomas le habían dicho que seguía existiendo y que hoy en día era una casa rural. Seguro que sus propietarios actuales no tendrían problemas en enseñarle aquel espacio.

Después de cenar trabajó un rato. Tenía mucha información que había ido recopilando antes de viajar y que debía procesar e intercalar con todos los datos que estaba obteniendo actualmente, además de las obras publicadas por Levi.

Había leído todo lo que había publicado como escritor y ahora que lo conocía personalmente podía identificar trazas de su personalidad en muchos de sus personajes. Durante esos días se había acostumbrado a releer y subrayar partes concretas de los libros. Su memoria no era tan buena como para recordar toda su obra sin confusión, pero por suerte había ido tomando notas y haciendo sinopsis y comentarios cuando las leyó, algunas por enésima vez, para prepararse para el trabajo que estaba realizando. Su sistema de fichas le estaba demostrando durante esos días que funcionaba perfectamente.

Era bastante tarde cuando finalmente apagó la luz de su habitación. Se quedó dormido al instante.

Aquella mañana tenía la sensación de que Thomas estaba más distraído que de costumbre. Al principio pensó que era normal debido a su edad y a pesar de que estaba admirado por su claridad mental y verbal no quiso forzarlo, así que finalmente, le preguntó:

—Thomas, te veo cansado, ¿estás bien? Si quieres hoy podemos descansar y seguimos mañana. No quisiera agotarte más de la cuenta.

—No te preocupes. Estoy bien. Tan solo es que he pasado mala noche. Ayer, hablando de mi infancia se removieron muchas cosas dentro de mí. Fue como revivirlo todo de nuevo. Me di cuenta de cómo añoraba aquellos días, mi casa, mi familia, a Agnès y a Álex. A veces, la vejez es muy triste.

—Lo siento mucho. No debe ser fácil.

—No lo es. Aunque hayan pasado más de ochenta años de todo aquello, cuando vuelves a pensar en esos días parece que son tan reales que cuesta regresar a la actualidad, a este cuerpo viejo y la incapacidad para hacer todo lo que hacía entonces.

—Por lo menos tuviste una buena infancia...

Thomas lo miró con tristeza a pesar de que sus labios dibujaban una sonrisa.

—Buen intento, pero es un mal consuelo. En realidad, el Thomas que hay dentro de mí sigue siendo el mismo Tom o Tomás de mi infancia. Mi mente, el que me habla o el que organiza las ideas que te voy contando es también el niño que iba en la bicicleta como loco por la carretera de Cánovas.

Thomas no sabía si conseguía explicar exactamente lo que quería decir. Seguro que aquel joven también sentía dentro de él que, a pesar de los años, el periodista que le estaba entrevistando era la misma persona que había sido durante su infancia.

Se dio cuenta de que sabía muy poco de él, así que ya que le estaba contando su vida algún derecho debía tener en preguntar por la suya.

—¿Cómo fue tu infancia, Kevin?

Esto descolocó totalmente al joven. Pasaron unos segundos antes de que empezase a hablar. Thomas llegó a pensar que le había molestado la pregunta, aunque por la respuesta dedujo que no era así.

—Diría que fue muy diferente a la tuya. En mi caso yo me crié con mis padres, mis hermanos y rodeados de una familia amplia compuesta de abuelos, tíos y primos. A pesar de todo, juraría que tuve menos calor humano que tú. Mi familia es bastante fría de carácter. Por otro lado, crecí en Queens en los años ochenta en un entorno totalmente urbano, muy diferente al tuyo. Iba al colegio y al salir tenía clases de refuerzo, clases de saxo, clases de español y además estaba en el

equipo de baloncesto con lo que tenía que ir a entrenar tres veces por semana.

—Te tenían muy ocupado.

—La verdad es que sí. Cada día era una nueva maratón. Por eso, cuando me hablas de libertad, de que con tan solo ocho años ibas en bicicleta con tu amigo de aquí para allá, me estás contando cosas que realmente yo no conozco. Tuve amigos, por supuesto, pero ningún gran amigo. No hubo alguien que me acompañase tantos años y me conociese tan bien, y tuviésemos tanta complicidad como tú y Álex. Imagino que ya por entonces estaba estresado.

—Cada vida tiene sus pros y sus contras.

—Sí, pero ¿qué quieres que te diga?, me hubiese encantado vivir una infancia como la tuya. Creo que tuviste mucha suerte.

—Te reconozco que no la cambiaría por lo que tú me estás contando. De todas formas, irás viendo con tal que avancemos, que esa fue una de las mejores épocas que he vivido, pero luego hubo épocas muy malas. No le deseo a nadie lo que pasamos la gente de mi generación durante la guerra. Hambre, muerte, destrucción, miedo a morir en cualquier momento... fue terrible y además duró muchos años. Al final, casi nadie recordaba cómo eran las cosas antes de que empezase aquella locura.

—Lamentablemente estamos de acuerdo.

—¿Me permites que te haga otra pregunta muy personal?

—¿Cómo voy a negarme? —Sonrió Kevin—. Tú me estás explicando tu vida. Creo que tienes derecho a saber a quién se la cuentas.

—Siendo niño, ¿te enamoraste alguna vez?, ¿conoces esa clase de amor puro, infantil? Quiero decir, el que no entiendes cuando te está pasando porque aún eres muy joven y a pesar de toda la inquietud que te ocasiona, la persona de la que te enamoras te parece la persona más bella y admirable del mundo. Por supuesto, sin ningún contenido sexual, tan solo es amor a su belleza y a su personalidad. Absolutamente platónico.

—Creo que no. A mí, francamente me cuesta enamorarme y si no recuerdo mal la primera vez que me pasó debía tener unos dieciséis años, así que estoy seguro de que había algún componente sexual. No creo que fuese tan puro como se deduce de lo que me explicas.

Kevin añadió, bromeando:

—¡No tuve tiempo con la agenda tan apretada que tenía cada día!

—Mi enamoramiento por Agnès, al principio fue totalmente como te he descrito. Luego, tal cual nos fuimos haciendo mayores, pasamos a sentimientos de adultos, pero no al principio. En realidad, yo no sabía qué me estaba pasando

e imagino que ella tampoco, aunque como ya creo que te he dicho en algún momento, era mucho más lista que nosotros dos.

—¿Cómo fueron vuestros años de instituto?

»El final de los años veinte y el principio de los años treinta en España y en Barcelona en particular, fueron bastante movidos, aunque a nosotros que empezamos a ir a Granollers a diario con catorce años recién cumplidos y hasta los diecisiete, tampoco nos afectaba mucho. Cuando llegamos a Granollers ya habíamos hecho aquí algún curso de preparatoria, como se llamaban entonces.

»La relación entre Álex y yo fue evolucionando pasando de ser una amistad entre niños a ser una amistad entre jóvenes. A pesar de todo, supimos mantener el vínculo. Solíamos ir juntos a los sitios. Compartíamos amistades y actividades.

»Nos habíamos criado en el campo comiendo bien y haciendo ejercicio todo el tiempo, así que nos convertimos en dos jóvenes fuertes y atractivos, como les pasa a la mayoría. No faltaron ocasiones de tener relaciones con jovencitas del sexo opuesto, pero tengo que reconocer que tanto Álex como yo, nos mantuvimos fieles a nuestras parejas.

»La exigencia a nivel de estudios era alta. Yo hacía un bachiller humanístico. Al final, de tanto esforzarme en aprender a escribir correctamente acabé decidiéndome por ir más allá con los idiomas y la cultura. Álex, tal y como había propuesto a su padre, estudió un bachiller con contenido económico y con mayor incidencia de las matemáticas. La mayoría de las clases eran comunes de todas formas. Su bachiller se enfocaba a ocupar puestos en el área de administración de las empresas. La verdad es que parecía prometedor.

»Seguíamos siendo inseparables.

»Se daba una situación extraña y era que nos costaba hablar de mujeres. Normalmente los jóvenes lo hacían, pero a nosotros con una relación tan estrecha nos costaba. Las relaciones extramatrimoniales eran algo casi impensable para la mayoría de los jóvenes y todo se limitaba a intentar conseguir avances con la pareja. Yo creo que como Ada era mi hermana a Álex le incomodaba hablarme del tema y francamente a mí también me hubiese costado oírlo, así que optamos por omitir estos asuntos.

»Hacia mitad del bachillerato se instauró la Segunda República. Era el año 1931 y debo reconocerte que sí que hubo cambios significativos y en Granollers se vivían con más intensidad que en el pueblo, pero yo estaba muy centrado en mis estudios y no participé mucho en todo aquello. Álex se implicó más.

»Cuando estábamos en Cardedeu, iba de vez en cuando a reuniones con

sindicalistas de la UGT. Siempre a escondidas de todo el mundo. Al principio, yo era el único que lo sabía y de vez en cuando le acompañaba, pero aquello me aburría bastante. Si su padre se hubiese enterado de que precisamente él, estudiando comercio asistía a reuniones de aquel tipo, seguramente hubiese acabado sus estudios.

»Yo imagino que si mi tía se llega a enterar también se hubiese enfadado, pero me preocupaba mucho más que se enterase Agnès o su familia. No sé cómo se lo hubiesen tomado sus padres.

»Éramos dos críos y cuando íbamos a las reuniones no nos tomaban muy en serio, aunque nos dejasen estar presente. En Cardedeu todos nos conocíamos, pero la discreción era absoluta.

»Debo admitir que, con el tiempo, Álex consiguió despertar un poco mi faceta más revolucionaria. Eso lo fuimos viendo con los años, aunque en aquellos días yo no era muy consciente de nada que estuviese relacionado con la política.

»Recuerdo haberte explicado que cuando nosotros nos fuimos a Granollers a estudiar, Agnès también acabó sus estudios y dejó el colegio.

»A sus catorce años se había convertido en una preciosa joven. Mantenía su pelo rubio, ondulado, y que solía llevar cortado justo por encima del hombro. Sus ojos azules y su piel blanca le hacían parecerse a una de aquellas actrices norteamericanas que aparecían en las revistas y en las películas. Estaba quizás un poco delgada para la moda de la época, pero eso no le hacía perder atractivo. Tenía una buena estatura, más o menos me llegaba a la altura de los ojos. Confiaba en que yo seguiría creciendo más tiempo que ella y esperaba ampliar un poco la distancia entre los dos.

»Ella pertenecía a una familia antigua de Cardedeu. Los Forns era una gente «*de toda la vida*», como solían decir. Su padre era un sastre muy apreciado y tenía un establecimiento en Granollers. Empleaba a unas cinco personas y su fama llegaba hasta la misma Barcelona. Su madre era una señora que se dedicaba a cuidar de su única hija y de su marido, y que solía figurar en todos los actos importantes de la clase media y alta de todo el Valles Oriental.

»La niña, desde pequeña, había tenido una profesora de piano. Recuerdo algunas ocasiones en las que con nueve o diez años íbamos a buscarla para salir a jugar y su madre nos hacía pasar al salón donde nos hacía estar sentados y en silencio mientras que ella con su profesora repetían una y otra vez la misma pieza de música.

»Yo me quedaba extasiado admirándola, mientras que Álex se comía las galletas que nos ponían a los dos. Llamaba la atención la relación entre ella y su

profesora. La mujer la trataba con mucha dulzura y la niña seguía obediente y con total solvencia sus instrucciones.

»Cuando Agnès dejó Can Serra empezó a pasar más horas tocando el piano. A ella le gustaba mucho y nunca se cansaba de jugar con las teclas. Se sentía cómoda en aquel mundo especial que se creaba entre ella y la música. Yo creo que la música siempre fue su refugio y le servía tanto para expresar sentimientos como para esconderse de realidades incómodas.

»Un buen día, cuando nosotros llevábamos más o menos la mitad del primer curso en Granollers, su profesora habló con la señora Forns y le explicó que ella ya no podía enseñarle más cosas a su hija, que la niña sabía tanto como ella misma y que pensaba que era una pena que un talento tan grande se dejase perder.

»La madre de Agnès no supo qué decir, así que la invitó a comer con ellos el domingo siguiente para exponer el tema a su marido y a su propia hija.

»Así fue. Durante la comida de aquel domingo la profesora repitió ante Agnès y a su padre todo lo que ya le había explicado a la madre.

»—¿Tú quieres seguir tocando el piano? —preguntó el padre a la niña cuando la profesora acabó de hacer su exposición.

»—Yo sí —respondió—. A mí me gusta mucho y, además, creo que aprendo fácilmente. Se me da bien y francamente me relaja bastante.

»—¿Qué propone usted? —preguntó el padre de Agnès a la profesora.

»—¿Ha oído hablar de la *Escola de Música de Barcelona*?

»—No. —Tuvo que admitir su padre.

»—Es la escuela de música más importante de la ciudad. Hace unos cuarenta años se creó para enseñar a los músicos de la banda municipal. Con el tiempo, ha ido cogiendo cada vez más prestigio y hoy en día es, sin duda, la mejor escuela de música de toda Cataluña. Hace poco se trasladaron al Ensanche y hoy están en la esquina entre Bruc y Valencia. Desde aquí es muy fácil llegar. Hay que bajar del tren en la estación de la calle Aragón y caminar solo cinco minutos.

»—Cariño —intervino su madre—, yo creo que si la niña quiere ir, es una buena oportunidad para hacer una carrera musical.

»—¿Tú, qué dices? —preguntó el padre a la joven.

»—Si es posible y tú me dejas, creo que es una gran ocasión para avanzar con la música. No me importa tener que ir a Barcelona varias veces en semana y la verdad es que salir un poco de este mundo reducido me apetece mucho.

»—Bueno, pues no se hable más. ¿Qué hay que hacer para matricular a la niña?

»—Eso es un poco más complicado —dijo la profesora—. El curso está empezado y habría que conseguir primero que le dejaran matricular y en segundo lugar que hiciera un examen de nivel. Tengo algún contacto que quizás nos pueda ayudar.

»—Le estaré muy agradecido de que lo utilice —añadió el padre de Agnès.

»La profesora consiguió que el siguiente sábado por la mañana, Agnès pudiese ir a hacer la prueba de nivel. Yo insistí en acompañarla y cogimos el tren temprano para llegar puntualmente. Curiosamente, el trayecto duraba más o menos lo mismo que en la actualidad. La profesora nos esperaba a la salida de la estación.

»Enseguida llegamos a la escuela. Estaba casi vacía porque los sábados no había clases. De todas formas, abría para que los estudiantes que quisiesen ir a practicar pudiesen hacerlo. Era muy pronto y casi no había llegado nadie.

»La profesora presentó a Agnès a la persona que le iba a examinar. Era un hombre de unos cincuenta años, muy serio, y que trató a la que yo ya consideraba abiertamente como mi novia, como si fuese una adulta. Debo reconocer que Agnès estuvo perfecta. Ella solía estarlo.

»Entraron los tres en un aula y a mí me dejaron fuera sentado en un banco, esperando a que hiciera la prueba.

»Fueron tres horas de examen. Por lo que me explicó más tarde, le hicieron tocar varias piezas, le hicieron leer y cantar partituras y hasta le preguntaron sobre cultura musical. Autores, composiciones y cincuenta mil cosas más. Esto último es lo que le había tenido más preocupada y estudiando durante los días anteriores.

»La escuela se fue llenando de gente que venía a practicar libremente. Todos pasaban por mi alrededor centrados en sus propios asuntos. Muchos, al pasar por delante de mí, me saludaban. Imagino que pensaban que era un alumno más.

»La espera se me hizo eterna. Tenía hambre y ganas de ir al baño. Recuerdo que me parecía que la vejiga estaba a punto de estallar. Cuando ya no podía más y aun a riesgo de que ella saliese antes de que me diese tiempo a volver, pregunté a un joven más o menos de mi edad dónde podía ir al baño. Por suerte, estaba cerca y creo que fue la vez en mi vida que he ido más rápido en realizar aquella operación. Tenía tanta prisa que me dejé en el banco el bolso que me había dado la profesora de Agnès para que lo vigilase. Por suerte volví, y aún seguían dentro; y el bolso donde yo lo había dejado.

»Finalmente, y cuando empezaba a pensar que debían haber salido por otro sitio y que se habían olvidado de mí, se abrió la puerta junto a la que yo estaba

esperando. Agnès salió radiante y me dio un abrazo, besándome en los labios al mismo tiempo.

»La profesora, que nos miró sin mostrar sorpresa, se despidió del examinador que citó al padre de Agnès el lunes siguiente a las nueve de la mañana para poder formalizar la matrícula.

»—Tiene usted un gran talento y una buena formación. Estoy seguro de que su presencia entre nosotros será buena, tanto para la escuela, como para usted.

»—Muchas gracias —respondió Agnès que estaba en una nube en aquel momento.

»Salimos los tres mucho más relajados que cuando entramos y con la euforia típica de haber superado una prueba importante. Para celebrarlo, la profesora de Agnès había traído, sin que nosotros lo supiésemos, bocadillos para comer. Los llevaba en la bolsa que me había dejado en custodia mientras entraban en la prueba.

»—¿Qué os parece si compramos alguna bebida en la primera bodega que encontremos y nos comemos los bocadillos que llevo para los tres en el Parque de la Ciutadella? Después, ya volveremos a Cardedeu.

»Así lo hicimos. Andamos hasta el parque y después nos sentamos en el césped para comer. Fue muy divertido. De alguna manera, era una despedida de la profesora, ya que a partir de entonces dejaría de darle clases. A pesar de todo, sé que ellas dos nunca perdieron el contacto y se veían cuando era posible, o se escribían si estaban lejos.

»A primera hora de la tarde volvimos a casa.

»A partir del lunes siguiente, Agnès bajaba tres días a la semana a Barcelona. Nuestros horarios no coincidían demasiado, ya que mientras yo acababa las clases a las cinco y a las seis ya podía estar en Cardedeu, ella se iba a las tres de la tarde y hasta las ocho no llegaba la mayoría de los días.

»A veces, en lugar de volver a Cardedeu yo me quedaba estudiando en Granollers y cuando veía que se acercaba la hora, me iba a Barcelona a buscarla y subíamos juntos. En las épocas de exámenes, que era cuando nos veíamos menos, siempre intentábamos encontrar algún rato durante el fin de semana en el que nos pudiésemos ver y estar juntos.

»Nuestro grupo estaba formado por Álex, Agnès, Ada y yo, y la verdad es que hasta ahora casi no te he contado nada de Ada. Si quieres que te diga la verdad, a pesar de ser mi hermana, fue durante nuestra infancia, sobre todo y nuestra juventud, la persona que más me costó conocer.

»Como ya te he explicado, de pequeños, Ada y yo vivíamos mundos más o

menos paralelos, a pesar de que compartimos la orfandad y nuestra huida de los Estados Unidos. A pesar de todo siempre tuvimos una relación cordial entre nosotros. Cuando apareció Álex en nuestras vidas nos distanciamos, ya que los dos nos sentimos fascinados por su forma de ser y por su espontaneidad. A pesar de todo, en nuestra juventud, fue gracias a Álex que nos redescubrimos y conseguimos sentar las bases de una nueva fraternidad que hasta entonces no había sido muy evidente.

»Fíjate si es importante, que yo decidí ingresar en esta residencia, solo una vez que Ada murió hace cinco años a la edad de noventa y tres años.

»En la foto has podido ver cómo era. Ella era un caso curioso. Físicamente no tenía mucho que ver con Sara y conmigo. Diría que nosotros dos teníamos más mezcla de razas. Éramos más blancos de piel, aunque a mí con tanta vida exterior se me fue curtiendo, con ojos verdes y pelo castaño, un poco claro. Ada, por el contrario, debía tener más influencia semítica ya que era más morena que nosotros, su gran melena era casi negra, sus ojos eran marrones y su piel no era tan blanca como la nuestra, y eso que de pequeña era rubia. Por alguna foto que he visto quizás podría encontrar algún parecido con mi abuela Sarah, aunque eso es más que discutible.

»Ada era más bien alta y un poco delgada. Tenía una gran vida interior. No era muy expresiva de entrada, pero una vez que la conocías te dabas cuenta de que no era indiferente a nada que pasase en su entorno. Con su capacidad de observación y de análisis incorporaba más conocimientos que cualquiera del resto del grupo.

»Con el tiempo y analizando el pasado he llegado a entender que Álex y ella se atrajeron tanto porque eran totalmente opuestos. Si una era mesurada en sus formas, racional y equilibrada, el otro era efusivo, un poco loco y totalmente espontáneo. Aquella fue una relación entre contrarios. Nada que ver con la relación que tuvimos Agnès y yo, mucho más parecidos en nuestros caracteres.

»Al ser dos años más joven que nosotros tres, a ella le tocó continuar yendo al colegio durante un tiempo. Siempre fue brillante en sus calificaciones y cuando llegó a los catorce años, las monjas le ofrecieron que se quedase a trabajar en la escuela como auxiliar en las clases. Al principio ella aceptó, pero cuando las hermanas pidieron permiso a las autoridades religiosas a las que estuviesen sometidas, que francamente en este momento no me acuerdo cuáles eran, tuvimos problemas serios a causa de nuestro apellido Levi.

»Mi tía tuvo que tomar cartas en el asunto y demostrar que nosotros, a pesar de tener parcialmente orígenes judíos, habíamos sido educados como católicos.

Fuimos bautizados al poco tiempo de llegar a España —más que nada para evitar problemas— y seguimos todas las tradiciones católicas pertinentes.

»Entre las cuatro paredes de casa, quedaba que Sally, al mismo tiempo que nos había mantenido en contacto con la cultura y el idioma de los Estados Unidos, nos había explicado todo lo que ella sabía del judaísmo. Ella también era judía, aunque no había sido nunca practicante, ni siquiera cuando vivía en Boston, así que sus conocimientos eran muy limitados. Durante un tiempo y de acuerdo con mi tía, habíamos celebrado la cena del *Sabbath* siguiendo las instrucciones de Sally, pero eso solo duró unos meses ya que a todos nos gustaba mucho la carne de cerdo y los embutidos y no tenía ningún sentido o casi se podía considerar ofensivo hacer una cena de *Sabbath* a base de embutidos y panceta. Fue mi propia tía quien consideró que aquello era irreverente y que teníamos que, o bien dejar de comer cerdo noches como aquella, o bien dejar de celebrar esa ceremonia. Como consecuencia de eso, dejamos de celebrar la ceremonia.

»El caso es que al final Ada pudo empezar a trabajar con las monjas.

»Durante los años de nuestro bachiller, Álex y yo pasábamos la semana juntos y durante el fin de semana también compartíamos ratos, pero, sobre todo a partir de los dieciséis años, ambos buscábamos espacios para estar solos con nuestras respectivas parejas. Evidentemente también organizábamos excursiones los cuatro e incluso a veces nos empezábamos a llevar a la pequeña Sara que, al igual que había hecho Ada cuando era una cría, se nos pegaba siempre que podía.

»Sara iba al colegio donde había estudiado toda la vida Ada. Cada mañana, las bajaba a las dos Joan y después por la tarde las iba a recoger. Ellas también comían en casa de la señora Rosa que a aquellas alturas ya era considerada por todos como parte de la familia. Durante muchos años nos dio de comer a todos los niños de casa y a Álex también. Nos consoló cuando llegábamos al mediodía enfadados porque había pasado alguna cosa en el colegio, nos cuidó cuando llegábamos con algún dolor de estómago preparándonos arroz hervido o con algún constipado preparándonos sopas calientes. Cuando era nuestro santo o nuestro cumpleaños nos preparaba una comida especial. ¿Cómo no íbamos a quererla?

»Cuando ya nos fuimos a Granollers a estudiar y no comíamos en su casa, Álex y yo cogimos la costumbre de ir a visitarla de vez en cuando. Alguna tarde, al volver del instituto la íbamos a ver y pasábamos un rato agradable explicándole cosas de nuestra vida fuera del pueblo. La pobre mujer que estaba encantada siempre que íbamos, procuraba que no faltasen galletas caseras o

alguna cosa que nos gustase para ofrecernos.

»No sé cuál fue realmente el origen, pero el caso es que Ada siempre tuvo una sensibilidad social muy aguda. Es posible que en eso se pareciese bastante a mi padre. Siempre se preocupó por los más desafortunados. Eso sí que lo recuerdo bien claro. Desde que llegamos a Can Tomeu, siempre estuvo rodeada de perros y gatos. Si había algún animal enfermo, ella, incansable, se pasaba horas y horas cuidándolo o alimentándolo. No importaba tener que pasar una noche sin dormir, ella la pasaba. A veces tenía éxito y el animal se curaba, pero a veces no era así. Cuando la cosa acababa mal, ella lo pasaba fatal.

»Estoy convencido de que ese mismo sentimiento de ayuda a los demás fue el que evolucionó hacia la preocupación por el resto de los seres humanos. Eso le hizo simpatizar con los partidos más hacia la izquierda y de alguna manera con los años la puso en contacto con organizaciones socialistas principalmente. Eso lo tenía en común con Álex. Ahora que lo cuento no sabría decir si en aquello se potenciaban mutuamente.

»Yo conocía esa actividad de Ada, pero era el único de casa que al menos de manera consciente y comentada sabía de esas reuniones. Me preocupaba un poco, debo admitirlo. Mi tía y los demás lo podían suponer o no, pero yo lo sabía. Incluso en alguna ocasión los había acompañado.

»No eran muy bien aceptados por el grupo ya que tanto uno como la otra provenían de familias más o menos bien situadas y en su vida no habían pasado hambre o ningún apuro realmente grave un solo día de su existencia. Además, eran poco más que niños, pero independientemente y siempre que les dejaban, ellos acudían y participaban activamente.

—Más o menos esa fue mi época de adolescencia, Kevin.

—Veo que fue una época de transición hacia edades más adultas. Creo que eso exactamente es la adolescencia.

—Así fue. Aquella época sirvió para que entrásemos siendo unos niños y acabásemos siendo ya jóvenes de dieciocho años. A partir de ese momento se abrieron retos nuevos para todos nosotros. Entre ellos, el de separarnos.

—¿Tienes ganas de hablarme del final de esos días?

—Por supuesto, porque además fue importante.

»El final de la adolescencia empezó con un drama familiar. No lo esperábamos ninguno de nosotros y creo que nos traumatizó a todos. Estábamos en los últimos meses del último curso y era un momento en que nos hacía falta pasar muchas horas estudiando para poder aprobar todos los exámenes y finalmente conseguir el título de bachiller. Cuando llegaba a casa, Álex y yo nos encerrábamos en mi

habitación a estudiar, a no ser que tuviésemos examen de las materias específicas de cada uno. En ese caso, Álex se iba a su casa y yo me quedaba en la mía.

»A pesar de la cantidad de trabajo que teníamos, no había día en que al llegar del instituto no pasásemos a saludar a Joan. A mí personalmente me relajaba mucho. Él nos preguntaba por los estudios y nos contaba cosas de su vida cotidiana. Hablaba de que aquel día había nacido una piara, o si parecía que la higuera estaba a reventar de frutos y pronto nos íbamos a hartar de comer higos.

»Esas conversaciones nos refrescaban la mente. Nos desconectaba durante un rato del estrés de los estudios y hasta creo que nos devolvía a los años dorados de la infancia ya perdida.

»Luego cenábamos todos juntos y podíamos seguir hablando, pero ya no estábamos solos y generalmente era Carmeta y Sara quienes intentaban llevar el peso de las conversaciones.

»Hacía días que lo veía raro. Como si estuviese de mal humor. Eso me extrañaba, porque si Joan se enfadaba era porque realmente había una razón. No conozco a nadie que odiase más estar enfadado con alguien o con algo que él.

»Le pregunté un día que estábamos los dos solos, pero me respondió que tan solo estaba cansado. Que últimamente estaba más fatigado y le costaba más levantarse, pero que eso también podía ser porque la primavera ya tenía esos efectos en la gente mayor y él ya había cumplido sesenta y ocho años. Le quitó importancia.

»No me quedé tranquilo, pero desde pequeño estaba acostumbrado a que las cosas entre Joan y yo quedaban exclusivamente entre nosotros. Tan solo Álex podía formar parte de nuestro mundo particular porque en realidad también era el suyo.

»No sé si la tía Inés o Ada que eran más observadoras se habían dado también cuenta. En aquel momento no lo comentamos entre nosotros. Quizás ellas no me dijeron nada porque estaba muy ocupado y no querían preocuparme. Conocían perfectamente el apego que yo tenía con Joan.

»Ya no me acuerdo cuánto tiempo pasó desde aquella conversación. Quizás fue una semana o diez días. No fue más.

»Un martes, recuerdo bien el día, llegábamos del instituto y nos íbamos a encerrar a estudiar. Teníamos un examen de francés que era importante. Álex estaba muy preocupado porque era la única materia que se le daba mal. En todas las otras, tenía mejores notas que yo. A mí se me daba muy bien, como todas las lenguas después de tantos años. Yo tenía una línea más o menos estable de notas intermedias en todas las materias.

»Llegamos y dejamos en la cocina los libros y todo lo que llevábamos.

»—¿Dónde está Joan? —pregunté, mientras mordía una manzana que cogí del frutero—. Vamos a decirle hola.

»—Creo que está en los campos —dijo Carmeta—. Hoy parecía que estaba de muy mal humor. Últimamente no hay quien lo aguante.

»—Está cansado —dije yo—. Ya es mayor y además le tenemos bastante abandonado. Antes, nosotros le ayudábamos más.

»Diciendo esto salimos tranquilamente hacia donde estaban los campos. La distancia era muy corta, porque nuestra finca era relativamente pequeña.

»Tuve un mal presentimiento. No me preguntes por qué, pero lo tuve y aceleré un poco el paso. Álex se dio cuenta de que algo me pasaba y no preguntó. Se limitó a seguirme.

»No sé si alguna vez has tenido ese tipo de sensaciones, pero si las has percibido, sabrás a lo que me refiero. Es una certeza extraña. Sabes perfectamente que algo ha pasado, aunque racionalmente intentas resistirte a ello. Eso es lo que sentí.

»A lo lejos lo vimos estirado en el suelo. Sin decir una palabra empezamos a correr los dos hacia él. En realidad, no hacía falta correr. Joan estaba muerto.

»Supimos que estaba muerto porque tenía los ojos abiertos. No había ninguna duda. Álex se arrodilló, puso su cabeza encima de su pecho y empezó a llorar en silencio abrazado a él. Yo, en un primer momento me quedé paralizado, arrodillado a su lado y llamándole: «Joan, Joan...» en voz baja, como si quisiese despertarle. Pero Joan ya no estaba.

»No tengo ni idea de cuánto tiempo pasó.

»A Álex le seguían cayendo lagrimones silenciosos y continuaba abrazado al cadáver. Yo me levanté. Le puse la mano en el hombro y le dije:

»—Voy a la casa para avisar.

»Álex se giró y me miró haciendo un leve gesto con la cabeza para indicarme que fuese a avisar, que él se quedaba allí como si fuese importante que Joan no estuviese solo ni un momento.

»Empecé a andar lentamente pensando en cómo iba a explicarle a Carmeta lo que había pasado, pero no hizo falta. Aún estaba a unos metros cuando Carmeta al verme se dio cuenta de todo. No sé si fue mi manera de moverme, si era que Álex no venía conmigo o sencillamente que estaba temiendo que algo así iba a pasar. No lo sé, pero de pronto pegó un grito y salió corriendo en dirección hacia el huerto. Cuando pasó por mi lado intenté detenerla, pero no lo conseguí.

»Mi tía iba un poco detrás y al llegar a mi altura me miró y no dijo nada. Solo

me abrazó. En ese momento, imagino que sintiéndome protegido empecé a temblar y a llorar. En silencio, pero sin control. Parecía que no podría parar nunca.

»No supe muy bien en aquel momento cómo se desarrollaron las cosas, pero posteriormente supe que Sally fue a casa de Álex y volvió con su padre y su hermano que trasladaron el cuerpo de Joan a la casa de los masoveros.

»Alguien avisó al médico para que certificase la defunción y al cura para organizar todo el ritual de la muerte.

»El cuerpo de Joan estuvo expuesto durante dos días en la mejor habitación de la Masía que era la habitación de la tía. Ella pasó esas dos noches con Carmeta que, sorprendentemente, parecía mucho más entera de lo que habíamos esperado ninguno de nosotros.

»El padre de Álex avisó en el instituto y nos dejaron hacer el examen quince días más tarde. Fue una suerte, porque no hubiésemos podido hacerlo cuando tocaba.

»Ada estuvo muy entera todo el tiempo, pero yo esperaba que en un momento u otro se viniera abajo. Aguantó. Ada era muy fuerte. Sally estaba muy afectada y la pobre Sara también. No se separaron una de la otra en los días que pasaron hasta que lo enterraron.

»Álex y yo estábamos todo el rato que podíamos dentro, con el cadáver de Joan. Las mujeres nos obligaban a salir de vez en cuando, pero casi sin darnos cuenta enseguida volvíamos a entrar. Estábamos los dos destrozados.

»Recuerdo mi mente dando vueltas febrilmente intentando entender y racionalizar por qué estaba pasando aquello, como si la muerte necesitase de justificación.

»Agnès pasó un montón de horas en la casa. Aquellos días dejó de ir a clase y a primera hora de la mañana su padre la subía y la dejaba en la entrada de Can Tomeu antes de irse a trabajar. Álex dormía en mi habitación. Queríamos estar juntos y cuando todo el mundo se iba a la cama, nosotros hablábamos y llorábamos hasta que caíamos rendidos.

»Agnès nos preparaba el desayuno y cuando nos levantábamos desayunábamos los tres con Ada, Sara y Sally.

»Mi tía se encargaba de Carmeta y no se separaba de ella.

»La señora Rosa también pasó muchas horas con nosotros.

»Dirás que, ¿cómo es posible que habiendo perdido anteriormente a mis padres, estaba tan afectado? Pues porque cuando pasó lo de mis padres yo era muy pequeño y no era muy consciente de lo que pasaba, pero ahora sí que lo era.

Además de que sabía que se habían acabado para siempre las conversaciones con Joan. Eso, y no poderlo ver para explicarle lo que me preocupaba o pedirle consejo, me tenía totalmente hundido.

»Finalmente llegó el momento de decirle adiós.

»Hubo una misa a la que asistió muchísima gente. No se cuánta, pero no se cabía dentro de la iglesia. Agnès tuvo un gesto muy bonito y pidió permiso al mosén para tocar con el órgano de la sala central el Ave María de Schubert. Aquella era su despedida personal.

»Al final sacamos a hombros el ataúd. Álex y yo íbamos en la primera fila. Nadie tuvo valor de discutirnos aquello. Detrás nuestro estaban el padre y el hermano de Álex y en la tercera fila iban dos personas que francamente ahora no recuerdo quiénes eran. Quizás el padre de Agnès era uno de ellos, pero no estoy seguro.

»Al salir de la iglesia me sorprendió mucho que la gente hiciera un pasillo y empezaran a aplaudir. Yo no me lo esperaba y me costó mucho contenerme. Álex no pudo y por mucho que se esforzaba le caían unos lagrimones que no le dejaban ver. ¡Vaya par! Así no seríamos capaces de guiar a nuestro Joan hasta donde teníamos que llevarlo.

»Algunas mujeres colocaban claveles blancos sobre el ataúd a nuestro paso y otras se acercaban y le entregaban un beso que depositaban de sus labios en la mano y de allí sobre la madera. Había sido una persona muy querida.

»Una vez enterrado volvimos a casa. Yo creo que ese día se acabó mi adolescencia. No fue un cumpleaños ni el final de una época escolar. Despedirme de Joan y quedarme sin la persona que había sabido comprenderme y guiarme me hizo mayor. Joan era el «padrino» de la amistad entre Álex y yo. Los dos lo sabíamos y tras su muerte y en su recuerdo, yo creo que los dos nos esforzamos que, pasara de lo que pasase en el futuro, debíamos mantenerla.

»La tía Inés dejó pasar tres días.

»Durante esos días nos permitió a todos, incluida ella misma, que pasásemos el duelo más inmediato. Que nos desahogáramos, lloráramos e hiciésemos lo que hiciese falta. Agnès y Álex estaban todo el día en casa. Ya eran parte de la familia y ellos se sentían así.

»Pasado ese tiempo nos reunió a todos menos a Carmeta y nos explicó que a partir de entonces debíamos recuperar nuestras vidas. Nada de lo que hiciésemos nos iba a devolver a Joan. Él, en el tiempo que pasó con cada uno de nosotros nos dejó su cariño, sus ideas y sus consejos. Todo estaba dicho y todo estaba hecho. Teníamos que intentar que el dolor que nos provocaba pensar en él en

esos días se acabase convirtiendo en cariño hasta que consiguiésemos sonreír al pensar en alguna cosa que nos había dicho o alguna anécdota vivida con él.

»En aquel momento me pareció un discurso muy pragmático, pero con el tiempo entendí que tenía toda la razón. A sus poco más de cincuenta años, mi tía había sufrido todo tipo de pérdidas familiares y sabía de qué hablaba.

»Carmeta se vino a vivir a la casa con nosotros. La tía hizo todo lo necesario y le preparó una habitación para ella. Ya te había comentado que la casa era grande. La mujer seguiría encargándose de los temas de la cocina como hasta ahora, pero el mantenimiento de la masía lo harían entre todas. Ellas eran al menos tres todo el día en la casa y no necesitaban a nadie. Para trabajar en los campos tuvieron que buscar a alguien.

»Mi tía contrató a Manuel.

»Manuel tenía veinticinco años y estaba recién llegado de la provincia de Jaén. Llegó a Cardedeu solo. Buscando trabajo. Cuando se enteró que había una masía que buscaba un masovero se presentó en casa.

»La tía le entrevistó y lo tuvo a prueba una semana. Desde el primer momento le gustó. Le inspiró confianza.

»Era un trabajador serio, joven y fuerte que no tenía ningún impedimento en cargarse él solo con el trabajo de dos hombres. Sabía hacer de todo y era muy educado y servicial en el trato. Sus padres se habían quedado en su pueblo, en la Sierra de Cazorla, y por lo que contaba, no tenía a nadie más, ni hermanos ni mucha más familia.

»Cuando los estudios me dejaban tiempo y había trabajo, yo le ayudaba. Me caía bien y era fácil que te hiciese reír con alguna cosa que te contase.

»Años más tarde, Ada me explicó que Sally no le podía quitar los ojos de encima cuando lo veía trabajar los campos. Él debía pensar que nadie le miraba y trabajaba sin camisa. Con el tiempo nació el amor entre ellos, pero eso es otra historia.

»Tanto Sally como Manuel estaban solos y tenían más o menos la misma edad. Era fácil prever que se atrajesen, o al menos, eso nos pareció a todos los de la casa.

»Acabé mi bachillerato y había que planear un futuro, aunque mi tía ya tenía hecha su hoja de ruta. Era el año 1933 y teníamos el país un poco revuelto.

»De golpe, Thomas se quedó callado, parecía que estaba literalmente viendo cómo era su mundo en aquellos días.

—Kevin, estoy cansado. Si no te importa seguimos mañana. Hemos acabado con la carpeta azul. —Sonrió—. Pero no te preocupes, mañana abriremos la

siguiente.

—Por supuesto —respondió Kevin—. Falta más o menos una hora para que te vengan a buscar, ¿por qué no te abrigo un poco y salimos a dar una vuelta por el jardín?, el día está fresco, pero hace sol.

—Quizás me vendrá bien notar un poco de frescor en la cara. Vamos.

Kevin abrigó a Thomas y le ayudó a sentarse en la silla de ruedas. Cuando estuvieron preparados salieron al jardín y dieron una vuelta por aquel espacio bajo un agradable sol. Las horas de oscuridad en aquellas fechas eran muchas y se agradecía la luz del día.

Aquello animó a Thomas y cuando finalmente regresaron para la hora de la comida estaba bastante más alegre.

—Gracias, joven, me ha sentado muy bien este paseo —le dijo, casi bromeando.

—Cuando quieras que lo volvamos a hacer, tan solo tienes que pedírmelo.

—¿Te gusta el fútbol? —preguntó Thomas.

—Sí —respondió con poco convencimiento Kevin—. Aunque la verdad es que no sé mucho sobre ese deporte. Tú ya sabes que en los Estados Unidos no tiene la misma aceptación que en Europa. Vagamente sé las normas y cómo se juega, pero no mucho más.

—He recibido una invitación para asistir al parco de autoridades del Fútbol Club Barcelona. Iba a decir que no, porque no sé quién me podía acompañar. He pensado que podía aceptar la invitación e ir los dos. Incluso podemos preguntarle a la doctora si se quiere venir con nosotros. Es toda una experiencia. Estaremos cómodos y nos invitarán a comer alguna cosa y beber cava. Vale la pena. La invitación es para este domingo, así que debería responder pronto.

—Estaría encantado —respondió Kevin—, aunque es importante que Celia nos autorice y si además quiere venir, por mí, perfecto. Yo os puedo pasar a recoger y vamos con mi coche al estadio.

—Soy un socio muy antiguo, quizás el más antiguo. Ni durante la guerra ni cuando estuve en Estados Unidos dejé de serlo. Como hace poco que cumplí los cien años imagino que quieren tener un detalle conmigo. Si encima añades que para todos soy una especie de «celebrity», estoy seguro de que estarán encantados.

—Ya te digo, por mí ningún problema, pero es imprescindible que Celia nos autorice ya que ella es la que sabe cuál es tu estado de salud y qué cosas puedes hacer o no.

Thomas ya no le escuchaba.

—Juega con el Atlético de Madrid, uno de los mejores equipos de la liga y de Europa en los últimos años, seguro que será un buen partido.

Cuando Kevin se marchó de la residencia dejó a Thomas entusiasmado como si fuese un niño con el partido. Estando aún él allí, había llamado para confirmar su asistencia y la de una o dos personas más.

Kevin insistió que si la doctora no daba su consentimiento tendrían que cancelarlo, pero él ya no oía nada de lo que decía.

Celia no había aparecido en todo el día y tampoco se le esperaba. Como médico colaboraba con otras residencias. La residencia Sant Julià era una más de un conjunto de siete residencias en la zona del Valles Oriental y el Maresme. Normalmente ella solo atendía la Sant Julià, pero de vez en cuando debía suplir a algún compañero médico de algún otro centro. No era la propietaria, pero sí que era accionista y la primera autoridad del centro.

Kevin se fue pensando en que tenía curiosidad en ver cómo reaccionaría la doctora a eso de ir al fútbol los tres, pero ya lo vería. De momento, tenía todavía mucho trabajo antes del próximo domingo.

CAPÍTULO 7

El último verano

A su cerebro llegaba el sonido, pero su mente se negaba a reaccionar. Insistentemente el teléfono de la habitación sonaba. De entrada, no lo identificó correctamente ya que pensó que debía ser la primera vez que lo oía, pero poco a poco y a la vez que se iba despertando fue tomando consciencia de que le estaban llamando.

Descolgó aún medio dormido. El sonido que surgió de su garganta al responder sonaba más a un gruñido que a una palabra.

—Siento despertarte, pero he pensado que debía llamarte.

—¿Celia? ¿Pasa algo? —Hizo un esfuerzo para volver a la realidad rápidamente.

—Nada grave, no te preocupes. Tan solo que Tomás Levi ha pasado mala noche. Estaba cansado y le costaba dormir. Por suerte, yo estaba de guardia aquí esta noche y lo he podido visitar. No tiene nada. Un poco de constipado y nada más, pero a su edad estas cosas son delicadas. Te llamo porque le he dado un calmante flojo para dormir y no creo que a las nueve esté listo para vuestras conversaciones. Si no te importa, ven un poco más tarde, mejor sobre las diez y si quieres comes aquí y seguís un poco más después. Está bien que en la medida en que tenga fuerzas haga vida lo más normal posible.

—Gracias por avisarme. Así lo haré. ¿Podríamos comer juntos?

—No te aseguro nada, lo intento, pero si ves que a las dos no estoy por aquí no me esperes. Come tranquilamente y ya nos veremos después. Por cierto, me ha hablado de lo de ir el domingo al Camp Nou. Si él está recuperado y bien, por mí no hay problema. No sé si podré acompañaros, pero por poco que pueda me apunto. Soy una *culé* de pura cepa.

—¿Qué quiere decir *culé*? —Kevin no había oído esa expresión nunca antes.

—Fan del Barça —respondió riendo Celia—. Nos vemos luego.

Kevin miró el reloj del móvil. Eran las seis de la mañana así que aún podía dormir un poco más, sobre todo, teniendo en cuenta que hasta las diez no tenía que estar en la residencia. A pesar de todo le costó volver a coger el sueño. Casi lo consiguió cuando esta vez, empezó a sonar el teléfono móvil.

Se giró y descolgó. Vio que era John Brown. Le extraño bastante porque en

Boston debían ser más de las doce de la noche. No le apetecía responder a aquella llamada, John siempre le alteraba su equilibrio interno, pero no tenía más remedio que contestar.

—Hola John, ¿no deberías estar durmiendo?

—¿Cómo está el nuevo talento de Dreams? —contestó efusivo—. Debería estar durmiendo, pero acabo de repasar todo lo que me has enviado últimamente y te llamo para felicitarte. Tenía ganas de hablar contigo. Estás haciendo un buen trabajo.

A Kevin, francamente le extrañaba aquella llamada. John no era una persona que fácilmente te felicitase por nada o te reconociese el trabajo bien hecho.

—Gracias —fue lo único que supo responder en aquel momento.

—Sigue así, muchacho. La verdad es que lo que tengo hasta ahora tiene gancho. Creo que hemos acertado enviándote a ti. Debo reconocer que fui yo quien te propuso y quien tuvo que pelear con todo el mundo para que me dejaran enviarte.

—Bueno, me alegro de que tú al menos confiases en mí.

—No te creas, no lo tenía claro, pero pensé que tenía que darte una oportunidad.

Era curiosa aquella manera que tenía John Brown de empezar una conversación felicitándote para acabar haciéndote sentir el peor periodista o escritor de la editorial. Menos mal que lo conocía bien y estaba seguro de que no todo el mundo debía estar en contra de que fuese él quien tomara el proyecto, ni tampoco debía tener tantas dudas cuando corrió el riesgo de proponerlo a él. Tan solo pretendía darle una de cal y otra de arena. Por un lado, le felicitaba asegurándose de que iba a seguir por esa línea, y por otro lado, le explicaba que le había costado que le seleccionase para evitar que se le subiesen los humos a la cabeza. Empezaba a conocer aquel juego a la perfección y eso desactivaba los intentos de John por desequilibrar su autoconfianza.

—Gracias por tu llamada, jefe —dijo Kevin como si no hubiese oído sus palabras respecto a su selección—. Si no quieres nada más, aquí son las seis de la mañana y aún puedo dormir media hora más antes de que suene el despertador.

—¿Te he despertado? —dijo, aparentemente sorprendido—. Perdóname. Estaba tan contento, que no he mirado la hora. Por cierto, tengo una pregunta. ¿Por qué a veces hablas de Thomas y a veces de Tomás?

—Se me ocurrió llamarle Tomás cuando relataba un hecho que ocurre en castellano o catalán, y Thomas cuando es una conversación en inglés. Me

pareció original y una manera de mantener los dos vínculos lingüísticos.

—¡Qué buena idea! Descansa y no tardes en enviar más material.

—Descansa tú también —respondió Kevin colgando el teléfono.

Se planteó la posibilidad de apagar el móvil por las noches. No le apetecía a esa hora tan temprana una dosis de cinismo como la que acababa de recibir. Si había algo urgente su familia ya sabía el teléfono de la Fonda y también sabían que él prefería que le llamasen allí para evitar interrumpir alguna entrevista con Thomas.

Ahora ya sí que no sería capaz de volverse a relajar lo suficiente como para dormirse. Dio unas cuantas vueltas en la cama y al final se rindió. Alargó el brazo y encendió la tablet.

Igual que todo el resto de Europa, estaba muy impresionado por los atentados de París el sábado de la noche anterior. La información todavía era muy confusa, pero no había duda de que era una operación yihadista en la ciudad más emblemática de la Unión Europea. Él mismo tuvo que calmar por teléfono a su madre explicándole que estaba a casi mil kilómetros del lugar donde se habían producido los atentados y además vivía en una ciudad mediana, lejos de la posibilidad de sufrir un atentado.

La mujer le insistía en que lo dejase todo y volviese a los Estados Unidos. Europa nunca había sido un lugar tan seguro como pretendía todo el mundo.

A pesar de que estaba seguro de que su madre exageraba y no tenía razón, era consciente del gran problema que tenía occidente con este tipo de atentados y no veía qué tipo de solución podía encontrarse al conflicto. La mayoría de los terroristas eran ciudadanos europeos. La enfermedad estaba dentro de sus fronteras.

Fugazmente pasó por su mente hacer una escapada relámpago a la ciudad aprovechando que era periodista. Solo lo llegó a comentar con su amigo Mark que se lo quitó de la cabeza.

Estaban los dos sentados en una terraza en Barcelona, al igual que muchas de las víctimas de los atentados, cuando él le habló de su idea:

—Es una tontería —respondió Mark Anderson—. Necesitas que algún diario o agencia te nombre corresponsal o te delegue para cubrir esa noticia y que yo sepa, no hay ninguna que lo haya hecho.

—Es cierto.

—Estoy seguro de que si lo que buscas es información, estarás más informado si te quedas aquí mirando la tele o si buscas por internet. Es una mala idea, lo que no está mal es hacer una escapada a París. Yo estuve hace unos meses y no

me importaría volver si es que esa doctora amiga tuya no te acompaña.

—Me gustaría poder ir antes de tener que volver. Respecto a Celia, no estoy seguro de que ella quiera venir así que tampoco sé si la invitaría.

—Ah, l'amour! —bromeó Mark.

—No te rías de mí —respondió riendo Kevin.

El caso es que Mark tenía razón, mirando su tablet a esas horas de la mañana tuvo que reconocer que tenía mucha más información. Dentro de la propia página web de Dreams había un espacio para los empleados donde encontró muchos datos que no se habían utilizado en los artículos que sus compañeros que colaboraban con medios de prensa escrita habían enviado a diarios de todos los Estados Unidos.

También había un foro interno en el que podían *chatear*. A aquella hora no encontró nadie de la central de Boston. Vio gente conectada en otras partes del mundo. La gente utilizaba aquel *chat* para todo, desde decir tonterías hasta para pedir información o ayuda con algún artículo.

A él no le gustaba participar en este tipo de sitios, pero como estaba aburrido, tras dudar un rato, se decidió a lanzar un mensaje.

—Buenos días, desde Granollers, España. Soy Kevin Conor.

No pasó mucho rato antes de que recibiera un mensaje.

—Buenos días, Kevin, no sé si me recordarás, soy Natsuki Konoé. Yo estoy en Tokio. Nos conocimos en el seminario que organizó Dreams sobre periodismo histórico.

Kevin recordaba a la joven japonesa. Era una mujer muy simpática y habían hablado bastante a la hora de los desayunos de aquel seminario que duró toda una semana. Le hizo bastante ilusión contactar.

—Natsuki, estoy muy contento de verte. No sabía que estabas trabajando en Dreams.

—Sí. Conseguí una plaza poco después del seminario. La verdad es que estoy muy contenta. Trabajamos muy duro para introducir los productos de Dreams en Japón, pero tenemos mucho éxito. Además, la editorial cada vez tiene más variedad de productos de autores diversos, pero dime, ¿qué haces tú en España? Creía que vivías en Boston.

—Y así es. Todavía vivo en Boston, pero estoy aquí durante unas semanas trabajando en la biografía de Thomas Levi. Él y Dreams nacieron en la misma ciudad y aprovechando que tiene cien años y que nunca hasta ahora ha querido contarle su vida a nadie, me han enviado a hacerlo a mí.

—Me alegro mucho por ti. Eso es que confían en tu trabajo.

—Gracias. Espero que estén satisfechos con el resultado.

—Estoy muy feliz de haber hablado contigo. No perdamos la comunicación y ya sabes que si alguna vez vienes a Tokio me encantará verte.

—Igualmente. Aquí ya son más de las ocho de la mañana, tengo que dejarte. Un saludo.

Y acto seguido desconectó la comunicación. Tenía tiempo suficiente para ir con calma. Se levantó de la cama y se fue a la ducha.

Pasaban cinco minutos de las diez cuando Kevin tocaba a la puerta de Thomas. No esperó respuesta y suavemente la abrió.

—¿Se puede pasar? —preguntó, al verlo despierto.

—Hola, Kevin, pensaba que hoy no vendrías. Como es tan tarde creí que había pasado alguna cosa.

—Esta mañana me ha llamado Celia y me ha pedido que venga a esta hora. Por lo visto ayer no podías dormir y te dieron un calmante. Pensaba que te habían avisado.

—Es verdad, pero hace un rato que estoy totalmente despierto y fresco como una rosa. Esperándote para seguir con nuestra historia.

Kevin sonrió al ver que estaba de buen humor, a pesar de que permanecía sentado en la cama y tapado hasta la cintura.

—Si no te encuentras bien, seguimos mañana.

—Estoy perfectamente, solo un poco constipado, pero eso es normal a estas alturas del año. Prefiero seguir con la historia. Explicarte todo esto me lo recuerda con una fuerza que no esperaba sentir. De algún modo me hace volver a sentirme joven.

Kevin observó que encima de la mesilla de noche había una carpeta. En esta ocasión el color era el amarillo.

—Veo que tenemos carpeta nueva y que en esta ocasión es amarilla —dijo.

Thomas sonrió.

—Buen observador, aunque los colores no quieren decir nada en concreto, o al menos no soy consciente de haberlos escogido bajo ningún criterio. Si eres capaz de relacionar alguno con lo que te cuento es por pura casualidad.

—De acuerdo. Pues vamos a seguir con tu historia. Ayer nos quedamos en las puertas del final de tu bachillerato y reviviste la muerte de Joan. Pongo en marcha la grabadora y me explicas qué pasó después.

»Estamos en los últimos días de junio de 1933. Los dos acabamos el bachillerato. Álex obtuvo mejores notas que yo. A pesar de eso, para él se había acabado el estudiar. Sus padres ya le habían advertido hacía muchos años de que

no podían asumir el coste de una carrera universitaria. Era una pena, pero la situación era esa; así que tuvo que empezar a buscar trabajo.

»No le costó nada encontrarlo. En septiembre empezaba a trabajar de funcionario en el ayuntamiento. Realmente no sé si influyeron sus contactos políticos o no, aunque recuerdo que le hicieron un examen. El salario era bastante bueno para la época y a punto de cumplir dieciocho años le encargaron tareas de control del presupuesto. Era un puesto de responsabilidad.

»Yo me alegré mucho por él y de paso eso me ayudó a no sentirme culpable, ya que en mi caso sí que iba a ir a la universidad.

»Al día siguiente de acabar los estudios y tras haberle entregado las calificaciones a la tía Inés, me citó en el despacho de Can Tomeu. En la planta baja había una habitación que ya la había utilizado su padre y en la que se llevaba todo el papeleo de la explotación. Era un trabajo bastante aburrido y agobiante para ella y Ada le había sugerido que quizás Álex le podía ayudar cuando saliese del trabajo. Por supuesto, deberían pagarle un pequeño salario que complementase sus ingresos. La idea le pareció bien ya que era como de la familia y estaba segura de que no tardaría mucho en serlo realmente.

»Las cuentas de Can Tomeu siempre las había llevado alguien de casa.

»En verano, cuando todo el mundo se echaba la siesta, ella se encerraba en el despacho y con la casa en silencio y sin que nadie la molestase, se ponía a ordenar cosas, apartar dinero para pagar a los proveedores, revisar los impuestos y los saldos en el banco y todo el trabajo administrativo que le gustaba poco, pero que hacía a la perfección.

»Aproveché para ir a verla.

»—Hola, tía. ¿Puedo pasar?, ¿te va bien que hablemos ahora o prefieres otro rato?

»—Pasa Tomás. Este es muy buen momento. Todos duermen la siesta y nadie nos molestará mientras hablamos.

»—¿Vamos a hablar de la universidad? —pregunté. Tengo que ir a Barcelona a informarme del tema de la matrícula y todo lo demás.

»—Voy a ser muy franca contigo. Pienso que ya eres todo un hombre y no es necesario ir con rodeos. Desde hace años que vienes diciendo que quieres estudiar periodismo. La verdad es que yo me informé hace tiempo sobre la oferta que hay sobre esa profesión en Barcelona y si te digo la verdad, también miré lo que había en Madrid. Francamente en ambas universidades me aconsejaron que hicieses alguna carrera humanística y que después ya derivaras profesionalmente hacia el periodismo propiamente dicho.

»«Mi tía ya había hecho un montón de pasos antes de que yo me plantease empezar a andar», pensé para mí mismo.

»—No me convenció —siguió mi tía—. Además de que el ambiente aquí está un poco revuelto y sé que hay bastantes huelgas y jaleos y cuando uno va a estudiar no debe estar por otras cosas.

»—Entonces, ¿qué me aconsejas? —pregunté.

»—¿Has oído hablar de *L'Ecole Supérieure de Journalisme*?

»—No —tuve que admitir.

»—Es una escuela que depende de la Sorbona y que está en París. Allí hacen estudios específicos de periodismo. Es una escuela muy prestigiosa, la mejor de Europa y seguramente la mejor del mundo. El único problema es que está en París, aunque francamente creo que enviarte a estudiar allí para ti no tendrá más que ventajas.

»—Pero, tía —dije, superado por la situación—. Imagino que eso debe ser carísimo. Además de los estudios hay que pagar la estancia tan lejos...

»—Sí es caro, pero mi pregunta es: ¿tú quieres ir?

»Me lo tuve que pensar unos segundos. Enseguida Agnès y Álex pasaron por mi mente, pero francamente me atraía tanto la historia que no dudé al contestar que sí que me iría.

»—Es lo que quería oír —dijo mi tía—. Ya sé que eres novio de Agnès, y que la verás mucho menos, pero no te estoy desterrando. Podrás venir de vez en cuando y, ¿quién sabe? A lo mejor podemos también visitarte nosotros.

»—Lo que me preocupa es que debe ser muy cara esa escuela —insistí preocupado.

»—Ya te he dicho que sí que es cara, pero el tema está solucionado. Hace unos meses y con la colaboración de Sally contacté por carta con James Scott. El hombre enseguida se puso en comunicación con nosotras. Le planteé tu voluntad de estudiar y la situación del periodismo en España. Él insistió en que fueses a los Estados Unidos a estudiar, pero yo me negué porque eso era un poco como perderte durante un montón de años. Desde allí es mucho más difícil poder venir, así que insistí en que quería que estudiases en París. Yo ya me había informado sobre la escuela parisina. Nos costó un poco convencerle, pero al final entendió mi postura y admitió que estudiases en Francia.

»—No entiendo por qué hablaste con él.

»—Porque él administra tu patrimonio. No te olvides de que tienes una buena herencia en los Estados Unidos que él te gestiona. Digamos que vosotros tres no tenéis por qué tener problemas económicos en toda vuestra vida.

»—Lo había olvidado. Nunca hemos usado nada de eso.

»—El caso es que todo el gasto universitario más tu estancia en París la pagarás tú mismo con tus recursos. De hecho, James Scott ya ha tramitado tu matrícula y te ha encontrado una residencia de estudiantes en el *Quartier Latin*, muy cerca de la escuela. Si estás de acuerdo, te incorporas a las clases el primero de septiembre, pero deberías marchar como mínimo una semana antes para habituarte un poquito.

»—No me lo puedo creer —admití eufórico y poniéndome las manos en la cabeza, y tal como lo decía me levanté y espontáneamente le di un abrazo a mi tía. Aquel tipo de reacciones no eran muy habituales en mí.

»—Me alegro mucho —dijo mi tía con alguna lágrima retenida en sus ojos y amenazando con rodar mejilla abajo—. Llevo días esforzándome en pensar que no te voy a perder, aunque te vayas a París, pero tengo la sensación de que te estás haciendo mayor muy rápido. El tiempo ha pasado tan deprisa desde el día que llegasteis que estoy enfadada con la nueva situación. Me parece injusto.

»—Claro que no me vas a perder. Vendré siempre que pueda —dije y espontáneamente le di un beso en la frente, ya que ella seguía sentada y yo ya estaba de pie.

»—Hay otra cosa, y es que Scott te matriculó como Thomas B. Levi, es decir, con tu nombre americano y también con tu pasaporte de los Estados Unidos, así que no estudiarás como español por lo que tu título de bachiller ya está entregado en el Consulado General de los Estados Unidos de Barcelona para validarlo.

»De pronto pensé que tenía que pedirle un favor a mi tía

»—Tía, ¿se lo has dicho ya a alguien?

»—De momento, no. Solo lo sabe Sally porque me ha ayudado traduciendo para Scott, pero le pedí que no dijese nada y estoy segura de que lo ha cumplido.

»—Dame unos días, quiero que Agnès y Álex se enteren por mí.

»—No diremos nada hasta que tú no me digas que puedo decirlo.

»Salí del despacho hecho un manojo de nervios y totalmente eufórico.

—¿No te daba miedo esa aventura con tan solo dieciocho años? —preguntó Kevin con curiosidad.

—Estaba aterrado, pero supe ver que aquello era una gran oportunidad y que no podía dejarla escapar. Mi tía había hecho cincuenta mil gestiones con la ayuda de Sally para organizar mis próximos años cuando yo ni siquiera era consciente de lo que tenía que hacer a una semana vista. Siempre la admiré y ahora me doy cuenta de que nunca se lo dije, aunque imagino que ella se debió

dar cuenta.

—¿Cómo se lo tomaron los demás?

—Fue un poco difícil, aunque en realidad todos se alegraron por mí.

»Aquella misma tarde cogí la bicicleta y sin esperar a que Álex me viniese a buscar, fui yo a su casa. Me dijeron que estaba echándose la siesta. Aquellos días hacía tanto calor que, o pasabas las primeras horas de la tarde en remojo, o las pasabas durmiendo.

»Entré en su habitación y lo desperté sin miramientos.

»—Va, dormilón —le dije—. Vístete que nos vamos. Súbete en tu bici.

»Álex me hizo caso y me miró divertido por la cara de buen humor que yo tenía. Se vistió de cualquier manera y salió detrás de mí.

»Pedaleamos tranquilamente en dirección a Vilamajor. No teníamos ningún objetivo concreto, al menos que él supiese. Hablábamos de cosas intrascendentes. Hicimos una buena tirada. Yo quería llegar hasta Sant Elies, pero preferí no decirle nada a mi amigo porque se hubiese negado, pero era temprano y por aquellas fechas se hacía de noche muy tarde, así que iba tirando.

»Fue algo más de una hora de pedalada. Cuando llegamos y Álex recuperó el aliento lo primero que me dijo fue:

»—Si lo llego a saber me niego a seguirte.

»Yo no pude evitar soltar una carcajada.

»—Por eso no te lo he dicho, pero para compensarte he traído cosas que sé que te gustan.

»Y entonces empecé a sacar la merienda que llevaba. La había escogido pensando principalmente en los gustos de mi amigo. Saqué un *fuet* blando, pan, tomates que acababa de coger de la despensa, jamón y, finalmente, la bota de vino con el mejor vino que teníamos en Can Tomeu. Todo eso había estado guardado en un zurrón que llevaba atado a la parte de atrás del triciclo.

»—Me lo estoy pensando —bromeó Álex—. A lo mejor ha valido la pena el esfuerzo.

»—Llevamos meses encerrados estudiando y hacer un poco de ejercicio seguro que nos ha sentado bien. Ahora vamos a comer.

»Nos estiramos en el suelo y empezamos a repartirnos lo que había llevado. La verdad es que no tardamos mucho en liquidar toda la comida. Con el vino fuimos un poco más despacio, ya que había que volver a casa y se suponía que debíamos estar en buen estado mental para bajar con las bicicletas. El camino era en pendiente y de bajada. A pesar de todo, llevábamos encima un leve grado de alcohol.

»En aquel rincón, en la cima de la montaña y con el Valles lleno de bosques a nuestros pies, la paz se podía sentir plenamente.

»Reímos y bromeamos como cuando éramos pequeños. La verdad es que pasamos un buen rato. Nos hacía falta tener unas horas para hablar. No sabía si tendríamos ocasión de pasar muchas más tardes así, pero me gustó que aquella fuese una de las últimas que pasamos juntos y poder recordarla.

»—Oye, Tom, gracias por la excursión y la merienda. Estoy muy contento de que hayas organizado todo esto. Deberíamos hacerlo mucho más a menudo, sobre todo, ahora que tenemos vacaciones.

»—He organizado esto porque tengo algo que contarte.

»—Me lo imagino y hace rato que espero que lo sueltes, pero la verdad es que en este momento no tengo ni idea de lo que me vas a contar.

»—Mi tía me ha matriculado en la Escuela Superior de Periodismo.

»—Me alegro mucho. —Álex realmente se alegraba por mí. Desde pequeño había sido siempre muy generoso en este tipo de cosas—. Bueno, tendrás que bajar a Barcelona cada día, pero nos seguiremos viendo.

»—No te lo he dicho todo aún. Esa escuela está en París.

»—¿París? —Silbó Álex—. Eso está un poco más lejos. ¿Cómo lo vamos a hacer para seguir en contacto? Yo no quiero que desaparezcas y vuelvas solo por Navidad con un poco de suerte.

»—Tendremos que escribirnos. Para mí será fácil, quiero ser escritor o periodista, así que estaré escribiendo casi todo el tiempo —bromeó Tomás para quitar dramatismo.

»—Adoptaré el hábito —afirmó convencido Álex—, hasta miraré si me puedo escapar alguna vez a visitarte. Ya sabes que empezaré a trabajar en el ayuntamiento y tendré algo de dinero. Bueno, en realidad tendré que entregarlo en casa, pero seguro que mi padre me lo pondrá fácil para poder ir a verte.

»—¡Ostras!, hemos pasado los diez últimos años sin separarnos ni un solo día, esto nos va a costar un poco —admití francamente afectado.

»—Un poco, no, yo creo que nos va a costar un montón, pero hace tiempo que los dos sabemos que este momento se nos venía encima, así que lo único que podemos hacer es aceptarlo. ¡La leche — exclamó— se fue Joan y ahora tú!

»Rápido se dio cuenta que no quería decir aquello.

»—Lo siento, no he debido decir eso.

»Entonces tuvo un gesto muy característico suyo y que a mí siempre me había transmitido fuerza. Me pasó el brazo por el hombro. Lo había hecho desde pequeño. Era como una forma de darme ánimos o de protección, algo así como

decir «estoy contigo».

»A continuación, me miró y me hizo la pregunta que yo ya esperaba:

»—¿Se lo has dicho a Agnès?

»—No —respondí con un monosílabo y pasados unos segundos añadí—: Tampoco lo sabe Ada. Tú eres el primero. He pensado que debía empezar contigo.

»—Hombre, pues muchas gracias, pero ahora te toca decírselo a ella. La verdad es que no sé cómo se lo puede tomar. ¿Te imaginas que decide irse a París contigo? —La sonrisa pícaro de mi amigo me hizo reír.

»—No me lo puedo imaginar. Además, ella está ahora en la escuela de música. A pesar de que empezó a mitad de curso, acabó el primer año que hizo con notas brillantes y el segundo aún ha sido mejor. Estoy muy contento. Creo que no debe dejarlo. Cualquiera día será una pianista famosa.

»—¿No hay escuelas de música aún mejores en París?, estoy seguro de que sí las hay, y no creo que sus padres pongan impedimento en pagársela, siempre que acabe casándose contigo. Hace tiempo que te tienen echado el lazo.

»—Por cierto, hablando del tema, por favor trátame bien a Ada. Ahora que ella y yo tenemos una relación más estrecha no quisiera que sufriese por nada. Ya sabes cómo es. Reservada, pero muy sensible.

»—Sabes que conmigo está en las mejores manos —dijo con aplomo.

»—Además, ahora te vas a quedar como el hombre de Can Tomeu —le devolví la pulla de antes—. Mi tía te tiene también el lazo echado.

»—Sí, es muy probable que acabemos siendo cuñados —añadió, divertido.

»—Es más importante la relación que tenemos ahora —dije, convencido de que mi afirmación era cierta.

»—Estamos de acuerdo.

»Nos quedamos un rato en silencio. Juntos y sin decir nada, sencillamente mirando el horizonte. Yo creo que intentábamos retener en nuestras mentes aquella tarde.

»—Deberíamos ir volviendo antes de que empiece a oscurecer —dije—. El sábado buscaré la forma de explicárselo a Agnès. La verdad es que me pongo nervioso solo con pensarlo.

»—Ánimo —me dijo Álex poniendo voz de gánster—. Si puedo hacer algo, no dudes en decírmelo.

»A pesar de todo y aunque en aquel momento yo no lo supiese de la misma manera en que puedo expresarlo ahora, tenía la adrenalina por las nubes. Sentía algo parecido a que mi vida estaba despegando y no era capaz de renunciar a

ello, pero tampoco quería renunciar a todo lo bueno que había tenido todos estos años desde que llegué a Can Tomeu. Estaba dispuesto a luchar por conservarlo todo, costase lo que costase. Hasta aquel momento estaba seguro de que Álex y yo conseguiríamos salvar nuestra amistad. Me parecía un poco más difícil conservar una relación sentimental en la distancia.

»Pedí permiso al padre de Agnès para que nos dejase pasar el sábado en Barcelona. Mi plan era irnos los dos solos y pasar el día por la ciudad. Aprovecharía para hablar con ella y contarle todas las novedades sobre mi futuro. A Agnès no le quise explicar mi plan para aquel día, me gustaba intrigarla con un poco de misterio. Lo único que ella sabía era que iríamos a la playa.

»No nos pusieron ningún impedimento.

»Como no era una cosa que hiciésemos habitualmente, imagino que a Agnès le extrañaba todo aquello. Habíamos decidido ir a pasar un rato a los baños de Sant Sebastià en la Barceloneta. No lo dijimos en su casa ya que posiblemente no nos hubiesen dejado ir. Disimuladamente, ella me había pasado su bañador unos días antes y yo lo tenía todo preparado.

»Estábamos en los primeros días de julio y hacía mucho calor, así que bajábamos en el tren, impacientes por llegar. Agnès amenizó el trayecto explicándome anécdotas de la escuela, de los profesores, y en general de su día a día. Yo estaba bastante callado, aunque me esforzaba en que no se notase mucho que estaba preocupado.

»Había planificado el día con la intención de que fuese una jornada inolvidable para los dos. Mi tía, que estaba al corriente de mi plan, accedió a financiármelo así que pude reservar mesa en un buen restaurante, el Royal que estaba en las Ramblas y me esforcé en que todo fuese lo más romántico posible.

»Cuando finalmente llegamos a la playa, nos cambiamos de ropa en los vestuarios. Yo me cambié más rápido y la esperé a que ella saliese. Mi bañador era un sencillo calzón de color azul marino y además llevaba dos toallas grandes que había cogido en casa y que pensé que nos irían bien. La llave del armario donde lo había dejado todo la tenía atada con una cuerda a la muñeca.

»De pronto la vi salir, y debo reconocer que me dejó sin aliento. Agnès llevaba un bañador que era como un minivestido. La pieza le tapaba los pechos dejando un escote vertiginoso y se ajustaba a su cintura con una pequeña faldita que llegaba justo por debajo de donde estaban sus partes íntimas. Evidentemente debajo de la faldita el bañador estaba diseñado de forma que había unas braguitas que evitaban que se viese nada. Aunque yo había guardado durante

días aquella pieza de ropa, la verdad es que no la había mirado.

»Era de color rojo y en los bordes estaba decorado con unos topos blancos. Se había recogido el pelo en una coleta con lo que sus bellos rasgos estaban más a la vista.

»Mi cara debió ser tan evidente que ella no pudo evitar sonrojarse y ponerse a reír.

»—¿Te quedas aquí embobado o nos vamos al agua? —bromeó.

»Sin responder, le cogí de la mano y empezamos a caminar hacia la playa. Me di perfectamente cuenta de que más de un hombre se giraba a mirarla cuando pasamos y aquello no me hizo sentir muy cómodo.

»Había bastante gente, pero no tuvimos ningún problema para encontrar un sitio donde estirar nuestras toallas. La playa de Sant Sebastià era muy familiar, así que después de un rato en la arena decidimos pedir a una señora que estaba a pocos metros de nosotros con tres niños, que nos vigilasen las toallas mientras nos bañábamos.

»La sensación al entrar en el agua era de frío y empezamos a entrar poco a poco, pero Agnès decidió jugármela y antes de que yo pudiese hacer nada se agachó y con las dos manos me tiró agua desde los hombros hacia abajo. En un primer momento me quedé sin respiración, pero tan pronto reaccioné intenté devolverle la jugada. Ella, para librarse de mí, salió corriendo hacia delante ya que en aquel momento yo me había quedado situado a su espalda.

»No tuvo suerte porque cuando quiso reaccionar yo ya la llevaba cargada al hombro y había saltado hacia delante provocando que nos sumergiésemos totalmente.

»Reímos.

»Éramos buenos nadadores así que nos alejamos un poco de la costa.

»Justo tocaba el fondo con los pies cuando ella se colgó de mis hombros y me besó. Lo hizo de una manera que no había hecho hasta entonces. Me dejó que le acariciase en lugares que hasta aquel momento habían estado prohibidos. Ella tampoco estuvo inactiva.

»Pasamos así unos minutos y al final decidimos parar, porque por un lado podríamos acabar en el calabozo y por otro, había que dejar pasar un rato para que al menos yo pudiese salir del agua sin provocar un escándalo. Estábamos en los años de la República y el ambiente era bastante liberal en estos aspectos, pero seguía habiendo límites.

»Cuando salimos, descansamos estirados en las toallas. Estábamos puestos de lado de forma que nos mirábamos a la cara mientras hablábamos.

»—Qué buena idea has tenido —dijo Agnès—. Me encanta que nos hayamos escapado, además me da sensación de aventura eso de que mis padres no sepan dónde estoy.

»—Yo también estoy contento de que nos hayamos decidido a venir. No sé cómo no se nos ha ocurrido antes.

»—A pesar de todo yo te veo un poquito serio, ¿o no?, más bien te diría que estás un poco distraído. Tengo la sensación de que pasa algo que no me cuentas.

»—Agnès, estoy locamente enamorado de ti —se lo dije así directamente, aunque alguna vez anteriormente ya se lo había dicho. Aquello me fue bien para cambiar de tema.

»—Yo también, Tom, casi desde el primer día en que te conocí con tan solo ocho años.

»Distraídamente, le cogí la mano y empecé a jugar con sus dedos, mirándolos atentamente, como si no los hubiese visto nunca antes. En realidad, todo en ella me fascinaba.

»No sabía cómo iba a poder vivir sin ella en París. Ella me observaba, yo creo que había adivinado que lo que le contaría a lo largo del día no le iba a gustar, pero me dejó hacer, permitió que yo siguiese con mi plan y que por mí mismo diese con el momento en que le explicase lo que me tenía preocupado.

»—¿Qué te parece si nos vamos? —le pregunté—. Tengo la reserva hecha de aquí a no mucho y ya vamos a llegar un poco justos.

»—¿Qué reserva? ¿A dónde me llevas? —preguntó riendo.

»—Ya lo verás —le dije con una sonrisa pícara, mientras me levantaba y le tendía la mano para ayudarla a incorporarse.

»Recogimos las toallas y volvimos a las casetas a ponernos nuestras ropas y quitarnos la arena que se había metido por todos los rincones. Había duchas dentro de los vestuarios, así que yo me duché e intenté salir de allí sin un grano de arena desde la cabeza a los pies. Agnès no se mojó el pelo. Tampoco se lo había mojado del todo en la playa quitando el momento en que la sumergí, así sería más difícil que nadie se diese cuenta de dónde había estado.

»Otra vez tuve que esperarla, pero no me importaba.

»Desde la Barceloneta cogimos un tranvía que nos acercó a la Plaza de Colón y una vez allí, caminamos Ramblas arriba hasta el Royal. En ningún momento le dije a dónde la llevaba. Cuando nos paramos en la puerta, ella no se lo podía creer.

»—Este sitio es muy caro.

»—No te preocupes —le dije, aparentando seguridad.

»Entramos y el portero del restaurante nos preguntó si teníamos reserva. Le contesté con aplomo:

»—Tenemos una reserva a nombre de Tomás Bosch.

»Sonrió, supongo que le enterneció verme, poco más que un crío, intentando impresionar a su acompañante e imagino que siguió el juego.

»—Por favor, señor Bosch, acompáñeme. Señorita pase usted delante.

»Estábamos los dos abrumados mientras seguíamos al hombre.

»Nos llevó a una mesa muy bien situada y retiró la silla gentilmente para que Agnès se sentase. Ella, un poco cohibida, se acomodó mientras que yo también me sentaba una vez que me aseguraba de que ella ya estaba colocada. Al menos, aquella norma de galantería la conocía.

»—Enseguida les atenderán —dijo nuestro acompañante dejándonos solos.

»Cuando pensó que nadie nos podía oír, Agnès me miró y me dijo:

»—¿Te has vuelto loco?, este sitio es solo para gente rica. No hacía falta que me trajeses a un sitio así.

»—Tú estás hecha para estar en sitios como este. —Es todo lo que supe decir en mi defensa—. Y quería ser el primero en traerte.

»—¡Qué tonto eres! —Rio.

»Casi no me acuerdo qué comimos. Lo que sí que recuerdo es el postre. El restaurante también era una tienda de repostería y tenía especial fama por ello.

»Cuando nos habían traído el postre, apareció el maître con una bandeja con dos vasos y dos botellas. Puso un vaso frente a Agnès y vertió anís.

»—¿La señorita querrá hielo?

»Agnès no tenía ni idea de qué era aquello ni de cómo se tomaba y me miró con un punto de angustia al no saber qué responder.

»—No, gracias —dije yo, que tampoco tenía ni idea—. Así está bien.

»A continuación, se dirigió a mí y depositó una copa de coñac y me llenó una tercera parte.

»—Muchas gracias —respondí—, pero no habíamos pedido nada.

»—Oh, no se preocupe, es un detalle de la casa, en particular de mi compañero el portero que me ha dicho que les invitaba.

»—Bueno... pues muchísimas gracias —dije—. Al salir se lo agradeceré.

»—Lo lamento, pero ya se ha ido. No se preocupe, yo le transmitiré su agradecimiento.

»Cuando nos quedamos solos, yo intenté no reírme por la situación que acabábamos de pasar, pero Agnès no pudo evitar empezar a reír disimuladamente y contagiándome la risa a mí también.

»Cuando acabamos y con un sencillo gesto que me había indicado mi tía que debía hacer, pedí la cuenta y disimuladamente para que Agnès no supiese cuánto me costaba pagué y dejé una propina. La comida había acabado y eran más o menos las tres y media de la tarde.

»Cuando salimos a la calle, Agnès me dio un beso y me cogió del brazo.

»—Bueno, mi galante caballero y ahora, ¿qué nuevas aventuras nos esperan para el resto del día?

»Yo reí por su broma y le propuse caminar un rato hacia la Plaza Catalunya y el Paseo de Gracia.

»Ya había pasado la playa y la comida, así que tenía que decidirme a contarle cuál era mi futuro más inmediato. No podía seguir dejando pasar el tiempo.

»—Agnès, le he estado dando vueltas porque lo que tengo que contarte creo que no te va a gustar mucho. A mí tampoco me gusta, pero pienso que es una gran oportunidad.

»Agnès, que seguía cogida de mi brazo, me interrumpió:

»—Llevas sufriendo mucho rato. Me he dado cuenta de que tienes que contarme algo y no sabes cómo hacerlo. No sufras más, sencillamente dímelo y vemos entre los dos qué se puede hacer.

»—Gracias —le dije mirándola con dulzura—. Quería explicarte que estoy matriculado en la escuela de periodismo, tal y como era mi propósito, pero mi tía, de común acuerdo con el albacea de la herencia de los Estados Unidos, han pensado que la mejor escuela a la que me pueden apuntar es la de París. El curso que viene empiezo allí.

»Se hizo el silencio mientras andábamos unos pasos más. Agnès, imagino que después de recapacitar, me dijo sería:

»—Es lo que debes hacer. Tom, me alegro mucho por ti. Sé que esto implica que va a ser mucho más difícil que nos veamos, pero yo estoy dispuesta a pasar por la separación temporal y esperar que los dos acabemos con nuestros proyectos académicos para que volvamos a estar juntos.

»—¿Tú me esperarías? —pregunté con un hilo de voz, no sabía si tenía derecho a ponerla en aquel compromiso.

»—Por supuesto que sí.

»Me giré hacia ella y la abracé con toda la ternura de que fui capaz. Ella me besó en los labios y me pasó la mano por la mejilla.

»—Te quiero, Tom, y no te vas a librar de mí tan fácilmente.

»—Yo también te quiero y la verdad es que tenía mucho miedo a que me dijese que no querías esperarme y te decidieses por romper la relación entre

nosotros.

»—Eso no lo haré nunca, tonto.

»—¿Cómo lo haremos a partir de ahora? —pregunté.

»—Pues no lo sé. Imagino que tú irás viniendo de vez en cuando.

»—Con mi tía hablábamos de que en las vacaciones de navidad, pascua y verano, seguro.

»—Eso te va a costar un montón de dinero.

»—Ya sabes que tengo la herencia de mis padres y que mi tía no ha tocado ni un dólar de los que nos envían. Creo que soy un poco rico.

»Los dos rieron tontamente por lo raro que había sonado aquel comentario.

»—Yo creo que, si sigo tan bien en la escuela de música, quizás no sea tan difícil poder conseguir que me envíen en algún intercambio a París. Sé que hay contactos entre mi escuela y el equivalente allí. Además, mis padres me dejarán ir una o dos veces al año. Yo soy más pobre que tú —bromeó—, pero a mis padres les encantas.

»Pasamos el resto de la tarde bromeando y haciendo comentarios sobre lo que haríamos cuando nos casásemos, porque le juré que, si me esperaba, nos casaríamos. No tenía claro dónde viviríamos, si en Cardedeu, en Barcelona, o en París, pero seguro que estaríamos juntos.

»Acabamos la tarde dando un paseo romántico en una Golondrina del puerto y después fuimos a la estación a coger el tren.

»El día había sido el mejor de mi vida.

»Cuando llegamos a Cardedeu, acompañé a Agnès a su casa.

»—Voy a entrar a saludar a tus padres.

»—No, Tom. Estoy un poco cansada y ellos empezarán a preguntar qué hemos hecho y no quisiera que se nos escapase nada.

»—Está bien. Buenas noches —le dije—. Que descanses. Te quiero. Mañana vendré a buscarte.

»—Hasta mañana —dijo Agnès dándome un beso en la mejilla, porque estaba segura de que nos debían estar mirando y entró en la casa.

»No lo supe en ese momento. Me lo contó ella años más tarde. Cuando cerró la puerta detrás suyo, no pudo evitar explotar en llanto. Corrió a su habitación y se encerró. Su madre alarmada se pasó un rato en la puerta hasta que la dejó entrar.

»Poco a poco, y entre lágrimas, le fue explicando que Tomás se iba a Paris. Las dos entendían que era lo mejor que podía hacer, pero también reconocían que a la relación entre ellos dos les vendrían a partir de ahora unos tiempos difíciles.

»Cuando llegó su padre, Agnès se lo contó.

»—Deberías estar contenta —le dijo—. Este muchacho está haciendo lo que debe hacer y no creo que para él sea fácil separarse de todo lo que tiene aquí e irse solo a mil kilómetros de distancia a pasar unos años estudiando.

»—Tienes razón —le dijo Agnès resignada.

»—No te preocupes. París tampoco está tan lejos, él irá viniendo y nosotros iremos yendo de vez en cuando.

»Agnès no me dejó ver su disgusto por la separación para evitar que me lo volviese a pensar y me decidiese a dejar escapar aquella gran oportunidad que tenía ante mis narices.

»Aún quedaban cosas para hacer.

»Se lo expliqué a Ada, a Sara y también a Carmeta.

»La pobre Carmeta no hacía más que llorar. Parecía que me iba a la guerra.

»—*El nen s'ha fet un home.* (El niño se ha hecho un hombre). —Iba repitiendo para ella misma.

»A mis hermanas no les gustó que nos separásemos. Sara protestaba sin demasiados argumentos, a fin de cuentas, era menor que nosotros, pero Ada entendía que era bueno para mí, aunque me planteaba si valía la pena irme tan lejos para estudiar una carrera si ya tenía dinero para vivir toda la vida sin problemas.

»No le faltaba razón, debo reconocerlo. Yo intentaba explicarle que las cosas no eran tan fáciles, que yo quería hacerme con una profesión por mí mismo y no tener que vivir de lo que me dejaron.

»No creo que la convenciese, ella era de ideas firmes pero un buen día de buenas a primeras, me dijo:

»—Te irá bien. Te adaptarás. Toda la vida has sido un camaleón. —Y me besó en la mejilla. A su manera estoy seguro de que se había enfadado conmigo por marcharme y dejarla allí, pero con aquel gesto daba a entender que me había perdonado.

»Otro día y de forma inesperada, Sally que había sido la aliada de mi tía en toda la historia y que conocía el contenido desde el principio, se paró delante de mí y mirándome con cariño, me dijo:

»—*Your mother would be very proud of you.* (Tu Madre estaría muy contenta de ti).

»—*I'm scared.* (Estoy asustado).

»—*I know, just believe in yourself.* (Lo sé, tan solo confía en ti mismo).

»Entonces me di cuenta de que ella sabía perfectamente de qué hablaba y de cómo se debió sentir cuando cruzó medio mundo ella sola con tres niños

pequeños.

»El tiempo pasaba rápido. Creo que aquel fue el verano más breve de mi vida.

»Álex no se separaba de mí salvo cuando aparecía Agnès. En esas ocasiones intentaba dejarnos solos sin que se notase mucho que se apartaba. Mis hermanas y hasta mi tía, también estaban nerviosas por mí.

»El propio Manuel estuvo una tarde hablando conmigo preocupado porque no me faltase de nada. Él también sabía lo que era irse solo a mil kilómetros de casa. Su mensaje era parecido al de Sally: Confía en que las cosas saldrán bien y ten fe en ti mismo.

»Estaba un poco abrumado por tanto cariño.

»Faltaban dos semanas para que partiese mi tren y una tarde fui a casa de Agnès. Ella me pidió que fuese, porque aquella tarde no le iba bien subir. No me pareció nada extraño, siempre habíamos quedado en un lugar u otro sin demasiadas complicaciones, aunque generalmente todos girábamos en torno a Can Tomeu.

»Ella me esperaba. Estaba sola. Eran las cinco de la tarde y sus padres estaban en una entrega de premios en Barcelona del gremio de los sastres. Tardarían en volver.

»Al principio habían insistido en que los acompañase, pero ella les explicó que no se encontraba bien, que aquel día estaba especialmente triste. Imagino que dadas las circunstancias fueron condescendientes con ella.

»Me pidió que no fuese con la bicicleta. Era peligroso que la gente la viese y luego preguntase, así que bajé andando.

»Me besó nada más entrar y me cogió de la mano suavemente. Me llevó hasta su habitación y allí nos entregamos el uno al otro. Para los dos fue la primera vez. La verdad es que lo recuerdo como algo muy tierno, muy bonito.

»Ella lo había organizado todo.

»—Quería que fueses el primero.

»—Para mí también ha sido la primera vez —reconocí, aunque ella ya lo debía saber.

»—Ahora estamos unidos para siempre —me dijo, acariciándome suavemente una mejilla.

»Aquello no era muy habitual entre gente de nuestra edad, aunque estoy seguro de que no fuimos los únicos, ni mucho menos. Si nos hubiesen descubierto sus padres hubiese sido un drama de dimensión colosal.

»Pasamos el resto de la tarde juntos. Borrarnos todas las evidencias de lo que habíamos hecho y cuando ya empezaba a oscurecer, ella me dijo:

»—Deberías marcharte. Mis padres ya no tardarán mucho y les he dicho que iba a estar toda la tarde en casa sola tocando el piano.

»Yo le hice caso. Le repetí que la quería y la besé. Ella me acompañó a la puerta.

»—Hasta mañana —me dijo.

»—Hasta mañana.

»Pensaba que me tocaría andar hasta casa, pero a unos metros vi a Álex con su bicicleta. Estaba en un lugar un poco oscuro y me sorprendió ver su sombra.

»—¿Qué haces aquí? —le pregunté extrañado.

»—Caballero andante, necesitas a tu escudero. —Sonrió—. Vamos, sube.

»Me llevó a casa.

»Creo que no me dejo nada importante por explicar.

»Finalmente llegó el día tan esperado y tan temido. Bajamos en tren mi tía, mis hermanas, Sally y, por supuesto, Álex y Agnès. Todos estábamos tristes, pero hacíamos el papel contrario.

»No creo que pueda olvidar la estación de Francia y todos nosotros en el andén.

»Llevaba poco equipaje, tan solo una maleta. Hacía ya unos días que mi tía había enviado a la residencia de estudiantes el grueso de mis cosas y teníamos la confirmación de que ya habían sido entregadas.

»No recuerdo cuántas horas duraba el viaje, creo que con trasbordo en la frontera y todo era más de un día y medio, pero no me hagas mucho caso. Carmeta me había preparado comida para cinco días.

»Mi tía había conseguido que le instalasen la línea telefónica en Can Tomeu y había insistido en apuntarme en dos o tres sitios el número para conseguir poder hablar. Ella ya tenía el de la residencia de estudiantes. Ya hacía tiempo que había teléfonos en Cardedeu, pero hacía muy poco que habían tendido las líneas también a las granjas.

»Ya era la hora. Me despedí de todos, especialmente de Agnès. Vi que llegaba el momento de subirse al tren, cuando empecé a ver que Álex estaba a punto de venirse abajo, tenía los ojos rojos y no abría la boca, cosa extraña en él.

»No lo dudé y subí.

»Al cabo de un rato, cuando el tren ya estaba saliendo de Barcelona no pude evitar ponerme a llorar como si fuese un niño.

—Thomas, vamos a dejarlo aquí. Hoy hemos avanzado mucho y eso que la doctora me dijo que habías pasado mala noche. Seguiremos el lunes.

—Gracias —dijo Thomas—. Estoy cansado y este resfriado me tiene un poco

atontado, ¿quieres llevarte la carpeta amarilla y la ojeas en tu habitación? El lunes me la devuelves. Verás fotos, mis calificaciones escolares y algunas cosas que aún no te he explicado.

—No. Me la llevaré si te parece cuando sepa todo lo que voy a encontrar en ella y pueda identificarlo.

—Como quieras.

Kevin se despidió de Thomas y salió de la habitación. Fue al comedor a ver si veía a Celia, pero no la vio. Cuando preguntó en recepción le dijeron que otra vez había avisado de que no llegaría a tiempo y que por favor no la esperase.

Se marchó hacia Granollers.

CAPÍTULO 8

El momento de hacer turismo

Kevin se despertó temprano ya que se había preparado una agenda un poco apretada para aquel día. Quizás no era el mejor orden, pero era la única manera en la que, según sus cálculos, podía llegar a tiempo a todos los sitios. Así que cuando estuvo listo, bajó a desayunar y cogió el coche rumbo a Barcelona.

Le costó encontrar un sitio donde aparcar. Buscó un parking porque no se aclaraba mucho con las zonas de aparcamiento pintadas de colores azules y en alguna ocasión, verde, por la ciudad, así que le parecía más fácil escoger la otra opción.

Caminó unos minutos hasta la plaza Cataluña y después bajó por las Ramblas en dirección a la calle del Carme. Entró en la biblioteca que ya conocía por su amigo Mark, aunque sabía que él los sábados no trabajaba y no lo iba a encontrar.

Buscó documentación sobre Cardedeu, Granollers y, en general, todo el Valles Oriental en los primeros años treinta, y también intentó averiguar cómo eran Barcelona y París en esos años. Intentaba poder imaginar el paisaje de todos los relatos que iba recibiendo. La verdad es que no era muy fácil, ya que por mucho que Thomas le explicase a la perfección cualquier cosa que él preguntase, quería más detalles de la vida cotidiana de sus ciudadanos.

Ese trabajo de investigación le gustaba y no le importaba lo más mínimo pasar horas consultando libros o, en su caso, vídeos en las plataformas clásicas de internet.

La biblioteca estaba llena de estudiantes, la mayoría universitarios. Imaginó que antes de las fiestas de Navidad debían tener alguna convocatoria general de exámenes y por eso había tanta gente. Aquel ambiente le recordó sus años de estudiante no sin cierta añoranza de aquellos tiempos llenos de promesas de futuro. Después, pensó en los maratones de exámenes y se dio cuenta de que no todo había sido tan «bonito» como ahora pretendía recordar.

Todo el mundo estaba dedicado a lo suyo y a pesar de que la sala central parecía abarrotada de gente no se oía ni un respiro.

Él llevaba su tablet, ya que era mucho más ligera que el ordenador y la noche anterior había traspasado todos los datos que creía que iba a necesitar. De todas

formas, también tenía conexión a internet y había organizado un sistema, por el que desde aquel instrumento podía acceder a su propio ordenador, si es que todo funcionaba correctamente, ya que no siempre era así y en ocasiones las conexiones telemáticas fallaban o el ordenador no respondía como él quería.

Consiguió bastante documentación y pudo encontrar artículos y algún que otro libro que le dio una imagen gráfica en formato fotográfico sobre lo que buscaba. En alguna ocasión, los propios libros le remitían a vídeos que podía encontrar en la red. Con la tablet y unos auriculares pudo ir consultando todo lo que quiso.

Salió de allí cerca de las dos de la tarde. A esa hora en España, la mayoría de la gente comía. Mark le había insistido en que aprovecharse cada ocasión que tuviese para comer en cualquier sitio que no fuese un Fast Food. Mientras que en los Estados Unidos los precios de los restaurantes eran tan caros que hacía fácil aceptar una hamburguesa o un perrito caliente en cualquier sitio para alimentarse, en España los precios eran menores y la calidad mucho más alta, así que valía la pena arriesgarse en cualquier restaurante y la verdad es que tenía razón.

Encontró un pequeño restaurante cerca de las Ramblas y se conformó con un plato combinado que le pareció más que suficiente.

Con el estómago lleno y poco antes de salir del restaurante desplegó su mapa sobre la mesa y buscó dónde se encontraba él en aquel momento y dónde estaba la estación de Francia. Intentó memorizar la ruta y salió camino del lugar de donde había partido Thomas rumbo a París.

Fue un paseo agradable ya que el día estaba claro y la temperatura era buena. No hacía frío. Se estaba bien en la calle y la tarde era luminosa.

No estaba demasiado lejos y le fue fácil llegar.

Era un edificio perfectamente conservado y que en la actualidad aún estaba en uso y como entonces, seguía siendo un edificio impresionante. Todavía salía algún tren hacia París, pero en la actualidad había más trenes hacia el sur que hacia el norte desde allí. La mayoría de los viajes de largo recorrido hoy en día salían de la estación de Sants, en el sur de la ciudad.

No le costó imaginarse cómo debió ser aquel momento en el que Thomas emprendía su viaje en solitario hacia una nueva vida. También pensó en cómo se debió sentir su tía, por ejemplo, en el momento de dejarlo marchar. Estaba claro que en aquella época una persona de dieciocho años ya era prácticamente un adulto en muchos aspectos, posiblemente en muchos más que actualmente. A los veinte años mucha gente ya se casaba y a los veintidós ya eran padres, así que las referencias respecto a la edad eran diferentes. A pesar de todo, no dejaban de

ser muy jóvenes.

Paseó e hizo fotos para adjuntarlas al expediente que iba a enviar a Boston con los últimos capítulos y relatos.

Miró el reloj y decidió que tenía que darse un poco de prisa porque si no se le haría tarde para hacer todo lo que tenía previsto.

Fue hacia Cardedeu.

La tarde anterior había llamado a Can Tomeu.

La masía había sido vendida en los primeros años ochenta. La familia que la había comprado había tenido la visión de adaptarla como casa de colonias que acogía a niños y jóvenes de la ciudad para estancias más o menos cortas. Aquello había funcionado bastante bien.

La segunda generación por lo visto había tenido una visión más comercial que acompañaba a los nuevos tiempos y habían adaptado la casa como centro de turismo rural y también como restaurante principalmente para la celebración de eventos de cualquier tipo.

Kevin había estado mirando en internet y francamente el lugar tenía bastante encanto y parecía muy agradable. Cuando llamó habló con Jaume Font que era el propietario actual y el que gestionaba la masía. Kevin se presentó y le explicó por encima el trabajo que estaba realizando y Font le invitó a visitarles aquella tarde y él le enseñaría la casa. Hasta le prometió que quizás conseguiría tenerle alguna sorpresa.

Cuando se acercaba con el coche por una carretera local en perfecto estado y que se veía reformada recientemente porque estaba llena de rotondas y amplios arcones, notó el nerviosismo típico de cuando vas a visitar un lugar importante.

Le costó un poco encontrar cómo entrar en el camino que llevaba a la casa, pero afortunadamente y gracias a las rotondas no fue difícil rectificar. Can Tomeu estaba perfectamente indicado desde la carretera.

Dejó el coche en la entrada y llamó al timbre.

Miró a través de la gran cancela de hierro forjado que daba la entrada al gran jardín que rodeaba la parcela. De pronto vio que se abría la puerta principal de la casa y un hombre de más o menos su edad se acercaba a abrirle.

—¿Kevin Conor? —preguntó sonriendo mientras se acercaba.

—Sí, ¿es usted Jaume Font?

—El mismo, pero mejor nos llamamos de tú, ¿no te parece? —respondió, mientras le estrechaba la mano tras abrir la puerta—. Pasa, por favor, estás en tu casa. Vamos a mi despacho y hablamos un poco.

Entraron en el edificio principal. La primera impresión que recibió Kevin no

era muy diferente de la que hubiese recibido al entrar en una casa de aquel tipo en su país. Se veía todo reformado y cuidado en su más mínimo detalle.

El recibidor era relativamente pequeño. Las paredes estaban estucadas y pintadas de un color crema pastel que le daba una sensación de calidez agradable, sobre todo en invierno, pensó. Había un mueble con un gran espejo y un arcón a sus pies de los que solía haber en los Estados Unidos y cerrando aquel espacio, al fondo, una puerta enorme totalmente acristalada con figuras de tipo campestre, sobre todo flores de varios colores, que cuando el sol las atravesaba llenaban el salón de un gran colorido.

—Todo esto —le comentó Jaume— está restaurado, pero se corresponde más o menos a como era originalmente.

Tras pasada la gran cristalera, a la derecha, entraron en una pequeña habitación donde estaba el despacho actual.

—¿Era este el despacho antiguamente?

—No lo puedo asegurar. Cuando mis padres compraron esta casa yo era muy pequeño y la verdad es que no recuerdo mucho. A pesar de eso, imagino que es posible por cómo está situado. Puedo decirte que se respetó la estructura de la masía y que no se hicieron habitaciones nuevas ni se tiraron paredes para ampliar espacios, ya estaba todo muy bien distribuido. En consecuencia, esta habitación ya estaba y era tal cual la ves. La pena es que como te he comentado, no sé qué función tenía.

El despacho era una habitación de unos veinte metros cuadrados. Ni grande ni pequeño y Jaume lo tenía decorado con muebles antiguos de oficina. Había una gran mesa de madera, un buró y estanterías y archivos. El ordenador portátil que tenía encima de la mesa le daba un toque extraño de modernidad al conjunto.

—Los muebles son originales y ya estaban en la casa. Son antiguos, así que es muy posible que fuesen los que utilizaban cuando esto funcionaba como una masía. Quiero decir que no son muebles de los años ochenta, cuando nosotros la compramos.

—Imagino que los habéis restaurado porque están perfectamente conservados.

—Somos muy cuidadosos. —Rio Jaume—. La verdad es que mi hermana tiene un don especial para conservar muebles y los deja hasta mejor de lo que estaban. Cuando ella pasa por un sitio lo pone todo patas arriba para al final crear lo que estás viendo.

—Pues felicítala de mi parte porque ha hecho un gran trabajo.

—Cuando me llamaste ayer y me explicaste lo que estabas haciendo, se encendió una bombilla en mi cabeza. Yo me crie jugando por esta casa cuando

nos vinimos a vivir a Cardedeu y recordaba de pequeño haber visto unas fotos antiguas en la buhardilla, así que subí y estuve trasteando hasta que finalmente las encontré. No estaban donde yo pensaba, porque había pasado el ciclón de mi hermana reformándolo todo, pero aquí las tienes.

Kevin desató los lazos de una gran carpeta de cartón grueso hecha más para llevar planos o dibujos que fotos, y ante sus ojos se desparramaron fotos de la casa en los años veinte y treinta, y retratos de personas, en general mucho más antiguos. Posiblemente se trataba de los antepasados de la familia Bosch.

Estaba muy gratamente sorprendido por aquellas fotos inesperadas y finalmente se atrevió a preguntar:

—¿Me las puedo llevar?

Jaume sonrió.

—Lamentablemente no te las puedo dar porque forman parte del patrimonio de Can Tomeu, pero lo que sí que he podido hacer es escanearlas y ponértelas en este pendrive —le dijo mientras se lo alargaba—. Están todas. Trabajo tuyo será ver qué provecho le puedes sacar.

—¿Sabes quiénes son?, no reconozco a nadie.

—No tengo ni idea, parecen bastante antiguas, quizás de antes del escritor.

—Muchas gracias —dijo Kevin pensando que le preguntaría a Thomas—. No esperaba encontrar fotos antiguas, imaginaba que se las habrían llevado.

—Entiendo que cuando desmontaron la casa debieron llevarse muchas cosas, pero la casa es grande y ya sabes que con los años vas acumulando un montón de trastos y no siempre te lo llevas todo. Sé que mi padre compró también los muebles, así que los dejaron y dentro de los muebles quedaron cosas.

—¿Habéis tenido relación después con ellos?

—Durante un tiempo sí que hubo relación. Mi padre me habló de Sara Bosch. Ella era la que vivía por aquí, creo que, en el pueblo, y durante años tenían una relación cordial, pero hoy en día debe estar muerta o ser muy anciana.

—Murió, no hace mucho, pero falleció.

—Francamente, yo no la recuerdo. Soy un maleducado —dijo de pronto—. No te he ofrecido si quieres tomar alguna cosa. ¿Qué tal un café?

—Perfecto —dijo Kevin, guardándose el pendrive en el bolsillo del pantalón.

—Vamos a la cocina y de paso empezamos la visita turística.

Salieron del despacho y a pocos metros, en el lado este de la casa, por decirlo de alguna manera, estaba la entrada a la cocina. Era una cocina grande, aunque no inmensa. Tenía en las paredes lo que parecía la cerámica original y si no lo era, sí que debía tener bastantes años. Era de un estilo rústico combinando el

color amarillo en el fondo y verde en las cenefas. Alcanzaban hasta la altura de poco menos de un metro y medio y después estaba la pared desnuda. Actualmente pintada de blanco.

La cocina estaba totalmente adaptada a los tiempos modernos, así que parecía muy poco probable que tuviese mucho en común con el espacio en el que Carmeta había pasado su vida cocinando para la familia Bosch.

—Imagino lo que debes estar pensando, y la respuesta es que está prácticamente reformada. Ahora, que la cerámica de la pared yo creo que debe ser la original, porque eso sí que no se tocó. El resto está todo cambiado. Hoy la casa está vacía, pero además es que aquí celebramos banquetes y la cocina tiene que estar en condiciones para ser operativa y poder superar todos los controles sanitarios obligatorios. Somos muy escrupulosos con este tema, como es lógico.

—Por supuesto —comentó Kevin, mientras observaba curioso el efecto que hacía que el café saliese de una de esas máquinas modernas de cápsulas en un entorno que aparentemente era tan antiguo.

Tomaron el café y entonces Jaume le invitó a seguir con la visita.

Salieron al salón. Era amplio, muy espacioso y presidido por dos elementos prácticamente imprescindibles en una casa antigua. Por un lado, una gran chimenea decorada en mármol, y por otro, una escalera que se dirigía a los pisos superiores.

En una de las zonas del salón, la más próxima a la cocina se situaba una gran mesa de madera antigua rodeada de sillas. Allí podían sentarse una decena de personas sin ningún problema. En el lado opuesto había una zona que hacía funciones más propias de salón y que tenía varios sofás puestos de manera bastante chic y que rodeaban a un gran aparato de televisión y a la chimenea.

Sobre las paredes reposaban algún bufete y alguna alacena que daban el toque de antigüedad. También había cuadros. La verdad es que de muy buen gusto, ya que no sobrecargaban el entorno. El que presidía el espacio principal era uno de estilo impresionista, parecía que francés.

—Este cuadro, ¿ya estaba? —preguntó a Jaume.

—No lo sé, pero te puedo asegurar que es auténtico, quiero decir que viene de Francia y que se lo compraron al pintor que lo firma. Lamentablemente nunca se hizo famoso, porque si no, hubiese valido una fortuna.

—Pues a mí me parece francamente impresionante.

—A mí también me ha gustado siempre.

—¿Qué nombre es Tomeu? —preguntó Kevin. Le había venido la pregunta de manera natural ya que se parecía a Tomás, pero no estaba seguro de que

significase lo mismo.

—Tomeu es una abreviación de Bartomeu, o Bartholomew para vosotros. En Catalunya lo abreviamos así.

—Entonces, ¿no tiene nada que ver con Tomás?

—Yo creo que son nombres distintos.

—Por cómo suenan, había pensado que tenía alguna relación con Tomás.

—Pues ya ves que no. Eso sí, por lo que he podido saber le pusieron el nombre de Can Tomeu a la casa, por el abuelo del escritor. Cuando compró la casa le cambió el nombre.

—Aprovecho para preguntarte cosas. —Sonrió Kevin—. ¿Existe Can Volart actualmente?

—No. Can Volart hoy en día es una urbanización. No sé si lo sabes, pero aquella familia acabó bastante mal durante la Guerra Civil. Por lo que sé, tiraron al suelo la casa y luego hicieron una urbanización; eso, a lo largo de los años.

—Aún no me han contado qué pasó —dijo Kevin.

—La verdad es que yo solo sé historias que me han explicado, evidentemente no había nacido, ni siquiera mis padres habían nacido. En consecuencia, mejor ya te explicará Tomás Bosch o Thomas Levi, como sea que le llames.

—Bueno, cuando publica en inglés es Thomas Levi y si publica en español es Tomás Bosch. Él utiliza los dos nombres indistintamente. Diría que los asocia al idioma que está hablando en cada momento.

—Es curioso.

Siguieron mirando el salón. Llegaron a las tres puertas que había al fondo. Dos de ellas correspondían a dos habitaciones. Estaban reservadas para los propietarios de la vivienda. No se alquilaban. Eran bastante grandes y estaban decoradas rústicamente y con piezas de gran calidad. Se notaba que intentaban mantener una unidad de estilo en toda la masía. La otra puerta correspondía a un gran cuarto de baño al que también se podía acceder desde las dos habitaciones. Aquellos tres espacios habían sido reformados hacía ya bastante tiempo y posiblemente no tenían nada que ver con cómo eran en épocas anteriores.

Subieron a la planta de arriba. La amplia escalera daba a un pasillo que se extendía a derecha y a izquierda hasta que se acababa juntando en el lado opuesto. Hacia la izquierda había cuatro puertas, y hacia la derecha, otras cuatro.

Jaume explicó que actualmente eran las habitaciones que ocupaban los clientes cuando estaban reservadas. Entraron en alguna al azar. Todas habían sido reformadas y decoradas siguiendo el estilo de las habitaciones de la planta baja. Como eran muy grandes, habían tenido espacio suficiente para que en cada una

hubiese un cuarto de baño completo. Era lógico pensar que aquellas suites eran muy diferentes de las habitaciones originales.

—Los baños son todos nuevos y las habitaciones han sido reformadas —aclaró Jaime—, aunque la estructura que ves de pasillos sigue intacta. Antes no había ningún cuarto de baño en esta planta. Solo había el de la planta de abajo. La gente solía ir a la cuadra a hacer sus necesidades y se bañaban en barreños, así que el hecho de que aquí ya tuviesen uno era un síntoma de sofisticación.

—Antes me has hablado de una buhardilla, ¿aún la conserváis?

—Por supuesto —dijo Jaime sonriendo y tirando de una pequeña cuerda que quedaba bastante escondida detrás de un mueble decorativo.

Acto seguido se abrió una trampilla en el techo y bajó de aquel agujero una escalera de madera. Jaime tiró de ella hasta hacer que llegase al suelo.

—Acompáñame —dijo, mientras empezaba a trepar.

Kevin le siguió.

Entraron en una sala enorme. El techo era relativamente alto en el centro, pero caía a dos aguas así que, a los pocos metros hacia cualquiera de los dos lados, los dos hombres tenían que agacharse para avanzar.

—Aquí encontré las fotos. La verdad es que busqué a ver si encontraba documentos, como por ejemplo un libro de contabilidad o un diario personal que alguien hubiese llevado, pero no había nada. No sé si es porque mi hermana lo debió cambiar de sitio o lo tiró cuando se puso a organizar todo esto, o porque ellos se lo llevaron si es que existió.

Kevin estaba maravillado con aquel espacio. Tenía suficiente luz ya que había una pequeña ventana en cada una de las cuatro paredes principales. Eso le daba la sensación de ser algo parecido a una torre de castillo.

Estuvieron mirando entre todos los muebles. Jaime le dio libertad para que abriese cajones y mirase por todos los rincones. En ningún momento esperaban encontrar nada más, pero a Kevin le maravillaban los objetos antiguos que estaban colocados en las estanterías. Platos de antiguas vajillas, lámparas de gas, libros escolares de principio de siglo XX, plumas estilográficas y una buena colección de artículos variados.

—¿Conserváis todo esto con alguna finalidad?

—Por puro romanticismo. Ya te he dicho que mi hermana es una fanática de estas cosas. Es como si hoy todas le perteneciesen.

Dieron por acabada la visita a la casa principal y descendieron de nuevo a la cocina. Allí había otra puerta de salida. La abrieron y justo enfrente, a pocos metros, estaba el edificio adjunto que era la casa de los masoveros.

—Mírala por fuera porque es lo único que está conservado como era. Dentro no hay nada de la casa antigua.

Kevin había estado haciendo fotos todo el tiempo. Jaume le había invitado expresamente a hacerlo y si veía que había algo que se le pasaba por alto, se lo señalaba.

Abrieron la puerta principal que era de madera y vidrio y aparecieron dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda. Por la de la derecha se accedía a un gran salón en el que se celebraban las bodas y fiestas durante el invierno. En verano se intentaba siempre que fuese posible hacerlas afuera. Era un gran salón lleno de mesas y sillas que en aquel momento estaban cubiertos por sábanas, ya que no había ninguna reserva en los días inmediatos.

La otra puerta daba a una sala aún más grande en la que se extendían a derecha e izquierda literas. Al fondo, había un gran cuarto de baño moderno al estilo de los albergues.

—Esta es la sala de los grupos.

—¿Tenéis mucha gente? —preguntó Kevin.

—La verdad es que no nos podemos quejar. Hoy en día hay mucha competencia en casas rurales y casas de colonias, pero nosotros tenemos una clientela bastante estable. Por lo que se refiere al catering, nos cuesta un trabajo inmenso de promoción, pero también estamos teniendo una buena acogida. Esta es la última actividad que hemos incorporado. Nos planteamos también abrir como restaurante para grupos pequeños, pero eso ya es parte del proyecto del año que viene.

—Es enorme la masía y la casa de los masoveros.

—Aún no está todo —dijo Jaume—. Acompáñame, te falta por ver la antigua cuadra.

Salieron de la casa de los masoveros y a pocos metros vieron el edificio que debería corresponder a la antigua cuadra a la que se refería Jaume. Era una estructura aún mayor que la casa anexa que acababan de dejar atrás.

Jaume abrió la puerta y ante sus ojos aparecieron dos salas de literas separadas por puertas correderas. Al fondo, había también un cuarto de baño al estilo del anterior.

—¿Alguna vez lo habéis llenado todo? —preguntó sorprendido.

—En primavera y verano siempre está lleno. Primero, por los colegios y los finales de curso y después, con los casales de julio. En esa época contratamos personal para la cocina y el mantenimiento.

Al fondo, a la derecha, Kevin se fijó en que había una piscina bastante grande.

Estaba vallada.

—Es por seguridad, la normativa nos exige que no se pueda entrar libremente. Para evitar que ningún niño se ahogue. De todo lo que has visto es posiblemente lo que nos da más trabajo, mantener la puñetera piscina, pero también es un buen señuelo. Mucha gente que viene a celebrar sus bodas o sus festejos aquí nos pide poder utilizarla.

Anduvieron por los alrededores del conjunto de edificios, que formaban los antiguos campos de la familia Bosch y que hoy en día se repartían entre un parking para coches, un pequeño bosque y un gran jardín con una glorieta en medio y un pozo en uno de los lados.

La visita había durado un par de horas y la cámara digital que llevaba iba cargada de más de un centenar de nuevas fotos, tanto de la casa principal como de los edificios anexos y el jardín. Kevin estaba muy agradecido.

Jaume lo acompañó a la salida.

—¿La obra se publicará en inglés o en español?

—La idea actual es hacer un lanzamiento simultáneo en los dos idiomas, bueno, es lo que especifica el contrato firmado entre Levi y Dreams. Eso significa que se publicará a la vez en todos los países en los que estamos y en los que se habla cualquiera de las dos lenguas. Imagino que en otros idiomas no tardará mucho en salir, siempre dependiendo de la aceptación que tenga.

—Pues si quieres agradecerme esta visita ya sabes lo que tienes que hacer, cuando salga publicado en español, envíame una copia dedicada y firmada por ti y me daré por satisfecho.

Estrecharon las manos y Jaume indicó a Kevin la mejor manera de salir dirección a Granollers.

El día se había esfumado prácticamente. Cuando llegó a Granollers pensó que tenía que descargar todas las fotos que había hecho y las fotos del pendrive en su ordenador y clasificarlas para enviarlas a Boston de manera ordenada.

Entre las grabaciones, las fotos del día de hoy y todas las explicaciones que le habían dado, tenía trabajo para unas cuantas horas. Intentaba aclararse. Afortunadamente, era una persona muy organizada y su sistema de carpetas virtuales le funcionaba a la perfección.

Eran las ocho de la noche cuando sonó el teléfono de la habitación.

—Hola —respondió.

—Hola Kevin, soy Celia. Quería saber si ya has cenado y si no lo has hecho, si quieres hacerlo conmigo.

—¡Celia —exclamó— qué sorpresa! No he cenado, y si me das unos minutos,

bajo.

—Te espero en recepción.

Pasó por el baño para ver si tenía barba, se lavó los dientes y se colocó bien la ropa. En muy poco más que esos cinco minutos estaba en la recepción saludándola con un discreto beso en los labios.

—Me alegro de tu visita —dijo sinceramente—. No te esperaba. Es una grata sorpresa.

—Esta tarde he estado en el gimnasio. Confiaba en encontrarte, pero no te he visto así que me he decidido finalmente a venir a buscarte. No me he portado muy bien contigo durante estos días. Te debo una explicación.

—No me debes nada. Imagino que has estado muy liada con tu trabajo y además, de momento no tenemos ningún compromiso serio, ¿no?

—Es cierto, pero los dos sabemos que entre nosotros hay una atracción y la última vez que estuve en tu habitación salí corriendo y poco más hemos vuelto a hablar.

—Bah, no te preocupes. No pasa nada en absoluto, disfrutemos de cada momento que tengamos y ya iremos hablando. Por cierto, hoy no me has encontrado porque he estado haciendo turismo.

—¿Dónde has ido? —preguntó ella con curiosidad.

—Esta mañana he estado en Barcelona, primero en la biblioteca de Catalunya investigando un poco y después de comer he andado hasta la estación de Francia para ver alguno de los decorados del relato de Levi. Luego me he ido a Can Tomeu. El propietario actual, Jaume Font, me ha hecho una visita turística completísima de la casa y los edificios auxiliares.

—¿Qué te ha parecido?

—Impresionante. En su tiempo debería ser una gran mansión por mucho que vosotros lo describáis como una simple masía.

—Muchas masías eran así. Imagino que como lo has visto todo arreglado y modernizado te ha dado una sensación que posiblemente no era la que había antiguamente.

—Puede, aunque el espacio no deja de ser impresionante.

Iban andando sin un rumbo fijo por el centro de Granollers. Finalmente se decidieron a entrar en el *Portalet*. Cuando Kevin empezó a ojear la carta se dio cuenta de que había comido muy poco en lo que llevaba de día y que estaba muerto de hambre. A pesar de todo, dejó que Celia escogiese el menú.

Hablaron de cosas intrascendentes, de cómo había ido la semana y de lo que había avanzado el trabajo de Kevin en aquellos días. Empezaba a pensar que

podría pasar las Navidades en Boston, aunque no le hacía una gracia especial.

Celia le explicó que sentía mucho su comportamiento durante los últimos días. Reconoció que sentía una atracción importante por él y que su sistema de alarma interior le había hecho alejarse. Lo lamentaba, no era justo.

Una vez más, Kevin insistió en que no tenía que dar ninguna explicación y que aquella relación de momento era una relación libre entre dos adultos y que no tenían necesidad de hacer nada que ninguno de los dos no quisiese.

—Mañana vienes con nosotros al Camp Nou —afirmó.

—Sí. ¿No te lo comenté?, me he podido organizar.

—Me lo habías dicho. Tan solo lo estaba confirmando. ¿Cómo lo organizamos? Podemos ir en mi coche.

—Como quieras. La única cosa es que tenemos que salir con tiempo suficiente. El partido es a las siete de la tarde, pero debemos estar allí a las cinco. Tomás Bosch no lo sabe, pero le harán una pequeña recepción, un pequeño homenaje y le darán una placa conmemorativa. Para estar a esa hora tendríamos que salir de aquí no más tarde de las tres y media, ya que es un partido importante y siendo domingo por la tarde, el tráfico empeora.

—Pues salimos a eso de las tres y media. Por mí, ningún problema y si quieres que vayamos más tranquilos hasta podemos salir un poco antes.

Durante la cena se habían bebido una botella de vino y al final con el postre tomaron un par de vasitos de licor, así que iban los dos un poco cargados.

—¿Te acompaño a tu casa? —le dijo Kevin.

—No. Si tú quieres, vamos a tu habitación —dijo Celia.

Ambos no pudieron evitar reír tontamente.

El domingo amaneció tranquilo. El cielo estaba despejado y la temperatura era agradable. No hacía mucho frío. Celia se levantó y le dijo que le esperase en la cama. Hoy, ella se iba a encargar del desayuno.

Se vistió y se recogió el pelo de cualquier manera y salió a la calle.

Al cabo de unos minutos volvió con dos tazas de cartón llenas de chocolate caliente y un paquete de churros.

—Te presento el mejor desayuno de domingo posible: chocolate con churros.

—Conozco los churros —dijo riendo Kevin—, de cuando estuve en Salamanca. No sabía que por aquí también lo hacían.

—Es una de las pocas cosas que nos gusta en todo el país con independencia de en qué zona vivamos —bromeó.

Dieron buena cuenta del desayuno entre risas tontas y bromas.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo ella.

—¿Tienes algún compromiso antes de las tres de la tarde?

—Debería estar en la residencia a eso de las dos como mucho, para poder preparar a Tomás para la excursión a Barcelona.

—No hay problema. Te invito a comer. Si comemos a la una del mediodía te daría tiempo, ¿no?

—Justo, pero sí.

—Vámonos a la costa —propuso—. Podemos ir a Arenys de Mar o a Mataró, a donde tú quieras.

— Conozco un sitio en el puerto de Mataró que está muy bien.

—Pues llévame —le dijo él—. Vamos con mi coche y después te llevo a la residencia, así no hace falta que conduzcas. Cuando volvamos de Barcelona te dejo en casa.

—Me parece perfecto, podré beber sin preocuparme —bromeó.

Se desperezaron y tras un rato de entretenerse en la cama decidieron que era el momento de salir rumbo a la costa.

Llegaron a Mataró alrededor de las doce del mediodía y pasearon abrazados por el Paseo Marítimo. No se veía mucha gente, aparte de los *runners* que pasaban en una y otra dirección.

Finalmente, cuando eran ya casi la una de la tarde entraron en el restaurante que le propuso Celia.

La comida fue excelente y si no hubiese sido porque tenían cosas que hacer, hubiesen podido alargar la sobremesa un buen rato más, pero tenían que empezar a moverse para llegar con tiempo a todos los sitios que les esperaban aquella tarde.

Kevin llevó a Celia hasta la residencia y se quedó en su despacho esperando que preparase a Thomas. Aquella noche no habían dormido mucho, así que no pudo evitar quedarse traspuesto en aquel cómodo sofá que tenía y que ya conocía.

Debían ser ya más de las tres cuando Celia lo despertó.

Ella se había arreglado y Thomas estaba con expresión radiante, de pie y cogido de su brazo, ya preparado para salir rumbo a Barcelona.

—Thomas —dijo él con una franca sonrisa—, te veo totalmente recuperado.

—Estoy mucho mejor, pero por si acaso voy bastante abrigado. Si no te importa, ¿me puedes ayudar llevando la silla hasta el maletero de tu coche?

—Encantado de llevarte a ti y a tu silla a donde me digas. —Rio Kevin.

Thomas iba andando cogido del brazo de Celia. Kevin observó que a pesar de sus cien años, aún era más alto que ella y eso que ella no iba con zapatos planos.

Lo que también observó fue que estaba delgado, quizás era la ropa, pero diría que muy delgado.

Acomodaron a Thomas en el asiento del copiloto y Celia se sentó detrás.

—Nos vamos —anunció Kevin arrancando el coche y observando la cara de ilusión de su compañero de aventura. Solo por ver aquella expresión había valido ya la pena toda la excursión.

Durante el trayecto, Celia no pudo evitar quedarse dormida. Iba cómodamente sentada detrás y el movimiento del coche siempre había sido un buen somnífero para ella cuando no conducía, evidentemente.

Thomas se pasó el trayecto hablándole de fútbol. Kevin, al principio le preguntaba más que nada para mantener una conversación, pero poco a poco se fue metiendo en el tema e intentaba enterarse bien para poder seguir el partido. Siempre le habían gustado los deportes de equipo, aunque de este en concreto no sabía casi nada.

Cuando salieron de la Ronda de Dalt por la salida de Les Corts, Celia le indicó por dónde tenía que ir para entrar en el parking del estadio. La invitación incluía el privilegio de poder aparcar dentro.

En la entrada les pararon y les hicieron identificarse.

Celia llevaba la invitación y se la enseñó al encargado de seguridad.

El vigilante miró dentro del vehículo y lo rodeó yendo hacia la ventanilla de Tomás, haciendo el gesto de que la bajase.

—Señor Bosch, soy Alberto Espasa, estoy encantado de conocerle en persona. —Y sacando de dentro de su blazer de uniforme un ejemplar de su última novela se lo alargó con un bolígrafo y le dijo—: ¿Sería tan amable de dedicármelo?

Tomás estaba como un niño en la noche de Reyes. Eufórico y contento por aquel reconocimiento, le dedicó el libro a aquel hombre que también parecía feliz.

Les habían indicado dónde tenían que dejar el coche. No les costó mucho encontrar el sitio, a pesar de que aquel aparcamiento era enorme. Eran casi las cinco, faltaban escasamente diez minutos y el portero había avisado por su walkie que ya habían llegado.

Subieron en ascensor hasta la sala donde les habían indicado que les esperaban. Era en la zona VIP. Tomás iba sentado en la silla. Nervioso y excitado por toda la experiencia.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor se encontraron de frente con un grupo de gente que empezaron a aplaudirle. El pobre Tomás no pudo contener las lágrimas. Se había emocionado. Siempre había sido muy culé y para él todo

aquello tenía un significado muy especial.

Le llevaron ante un pequeño escenario donde el presidente del club dio un pequeño discurso tras el que le invitó a subir.

Tomás miró a Celia y ella le ayudó a levantarse de la silla. Los dos con pasos lentos llegaron a donde les esperaba el presidente que le hizo entrega de la placa conmemorativa.

Rápidamente, los fotógrafos deportivos les rodearon y desde detrás, Kevin solo veía los fogonazos de las cámaras. Todos estaban muy emocionados.

Entre los asistentes estaban una parte de los jugadores más famosos de la plantilla. Uno, al que Kevin sí que conocía se fue hacia Tomás, que ya había regresado a la silla de ruedas y le saludó.

—En Argentina es usted muy famoso. Cuando les cuente a mis papás que le he conocido en persona no se lo van a creer. He leído muchos de sus libros. No me puedo creer que ahora estemos aquí hablando.

—Usted sí que es una figura —le respondió Tomás con un hilillo de voz.

Detrás de ellos, otro futbolista famoso le dijo:

—*Che*, viejo, en Montevideo tiene usted hasta una calle en su honor. No creo que en ningún país haya vendido más libros por habitantes que en mi tierra. Hasta en el colegio le tenemos de lectura obligatoria.

Había que ver a aquel hombre que había sobrevivido a un montón de historias, emocionado como un niño estrechando la mano de los que eran sus ídolos. Al poco rato, los jugadores marcharon a prepararse para el partido.

Aún faltaba una hora y la pasaron saludando a todo el que se acercaba.

Kevin llevaba la silla de Thomas hacia donde él le indicaba. Cada uno de los dos tenía una copa de cava de la que iban bebiendo. Cuando acabó la primera y Kevin le entregó la segunda, Celia se acercó y le llamó la atención.

—Kevin, él no puede beber. Toma medicación. Una cosa es que dadas las circunstancias le haya dejado tomarse una copa, pero ya basta.

—Perdona —respondió sonrojándose—. No lo he pensado.

Poco a poco se fue aproximando la hora del partido y cuando faltaban unos diez minutos, una azafata del club se acercó a ellos y les invitó a acompañarla. Ella les iba a guiar a la «llotja d'autoritats».

En un momento estaban allí situados.

El partido fue muy emocionante. Primero marcó el Atlético de Madrid. Parecía que el Barça no iba a tener la fuerza suficiente como para reponerse a aquel gol temprano. Los minutos pasaban y aquel joven argentino que le había saludado, intentaba una y otra vez llegar a la portería contraria.

El Atlético era muy bueno y habiendo marcado el primer gol su trabajo principal era cerrarse atrás y evitar que les marcaran un tanto para empatar.

Tomás y Celia sufrían y estaban nerviosos. Gritaban cada vez que el joven argentino se acercaba y se enfadaban cuando no conseguía marcar.

Así llegaron al descanso.

La azafata se acercó a ellos y les preguntó si necesitaban alguna cosa. Ofreció a Tomás retirarse al interior a esperar que empezase la segunda parte, ya que había oscurecido y el ambiente había refrescado. Tomás, ni de broma quiso moverse de donde estaba. Llevaba su manta en las piernas y afirmó que no tenía ninguna sensación de frío.

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó Celia.

—No, he ido un poco antes de que nos trajeran aquí.

—Cualquier cosa que necesites, dímela —dijo Kevin.

—Estoy bien, no os preocupéis.

Los minutos pasaron rápidos y de nuevo empezó el partido.

Parecía que los jugadores del Barça estaban más acertados. El entrenador debía haberlos provocado de alguna manera, porque salieron al campo de juego con más ganas de gol.

Hubo un primer intento del argentino que acabó como los anteriores.

El tiempo fue pasando y el desánimo se notaba en el ambiente del estadio.

—Ya te dije que era muy buen equipo —le explicó Thomas a Kevin.

—Aún queda media hora —dijo Celia nerviosa.

Kevin los miraba divertidos. Para él, a fin de cuentas, no era más que un deporte, no había que tomárselo tan en serio.

De pronto, el argentino volvió a intentarlo, pero en esa ocasión por la banda contraria corría el uruguayo. Justo cuando iban a interceptar al primero, este dio un pase que increíblemente fue a parar a los pies del de Montevideo que, sin dudar, chutó a puerta y marcó el primer gol del Barça de aquella noche.

Un clamor enorme sacudió el estadio. Cien mil personas gritaron a la vez para celebrar aquel gol. Kevin se dejó arrastrar por la emoción colectiva de aquel momento. Aquello había tomado un nuevo color.

La gente gritaba todo el tiempo y los jugadores intentaban una y otra vez llegar a puerta. El Atlético de Madrid cambió de estrategia y tuvo que abrirse para desempatar el partido.

Marcar el segundo gol fue más fácil ya que no había tanta presión de defensa en la portería contraria. En esta ocasión, el pequeño argentino sí que consiguió llegar a la puerta contraria y marcar su gol. Cuando había tomado carrerilla,

ningún otro jugador fue capaz de alcanzarle y el portero se vio solo ante él.

De nuevo pareció que el Camp Nou se iba a caer sobre sus cimientos.

A partir de ahí, fue una locura. Hubo muchos intentos, tanto de una parte como de la otra, pero tras dos minutos añadidos al final por el árbitro, este pitó el final del partido. La gente estaba loca de contenta y festejaba en las gradas el resultado. Ellos también estaban eufóricos y contagiados de todo el ambiente.

La azafata regresó una vez más para acompañarlos hasta la salida.

Kevin miró disimuladamente a Thomas que iba sentado en su silla, tapado con su manta y con su placa en las rodillas. La felicidad tenía muchas caras, pero la de aquel hombre, seguro que era una de ellas.

Cuando llegaron al coche la joven se despidió de ellos.

Ayudaron a Thomas a entrar en el asiento del copiloto y plegaron la silla de ruedas que metieron en el maletero.

Kevin intentó concentrarse en cómo salir de allí. Era muy difícil porque había un montón de gente por la calle, invadiendo la calzada, y un montón de coches moviéndose hacia todos los puntos, por los que se podía salir de la zona del estadio.

Celia y Thomas hablaban eufóricos. Los dos a la vez, comentando una y otra vez, una jugada u otra.

—Qué pena que no me he hecho una foto con los jugadores.

—¿Cómo que no? —dijo Celia con una sonrisa pícara.

—¿La has hecho? —preguntó Tomás, ilusionado.

—No una, unas cuantas. —Rio Celia—. Las he hecho con el móvil, pero me han quedado perfectas.

Finalmente consiguieron salir de la zona y volver a la ronda de Dalt. Celia guio a Kevin y enseguida estaban en la autopista que, a aquellas horas y en dirección norte, iba casi vacía.

Al cabo de poco más de media hora llegaban a la residencia. Prácticamente todo el mundo ya estaba durmiendo y entraron a oscuras y guardando silencio. Cuando se despidió, Thomas agradeció una y otra vez a Kevin que le hubiese acompañado al estadio.

—Solo por ver lo bien que lo has pasado valía la pena llevarte.

—¿Mañana a las nueve? —preguntó Thomas.

—Si no te importa nos vemos pasado mañana. Tengo bastante trabajo atrasado para enviar a la editorial. Si cuando llegue mi jefe mañana a su despacho no tiene lo que espera que le envíe esta semana me cortará el cuello, así que prefiero pasarme la noche trabajando. Hasta las doce del mediodía de aquí no estaré en

zona peligrosa, pero a partir de esa hora debo haber alimentado a la fiera.

—De acuerdo, pues nos vemos pasado mañana.

Celia lo acompañó a la habitación y lo metió en la cama. Cuando salía le comentó a la enfermera que al día siguiente lo dejase dormir y que le diese dentro de media hora un calmante leve que le ayudase a descansar porque habían tenido una tarde muy emocionante.

Salieron los dos hacia Granollers.

—¿Te llevo a tu casa o te quedas conmigo?

—Me encantaría quedarme —admitió Celia—, pero yo mañana tengo que estar a las ocho en la residencia, tengo una visita de una familia que quiere ingresar a una persona, además, tú tienes trabajo esta noche y no quisiera molestarte.

—Estoy dispuesto a jugármela con mi jefe si te quedas conmigo.

—Eres muy valiente —bromeó Celia—, pero me voy a mi casa.

Kevin le acompañó hasta la misma puerta. En el momento de la despedida cuando se besaban, él pensó que ella rectificaría y finalmente se irían al hotel o le invitaría a subir a su piso, pero eso no pasó.

Ella salió y entró en su portal.

Volvió con el coche hacia la Fonda.

Lo bueno es que tenía la adrenalina por las nubes después del partido y de los besos de Celia, así que no le costaría mucho ponerse a trabajar.

Subió a su habitación y sacó hielo de la pequeña nevera que había y la botella de whisky que se había comprado el primer día, y se sirvió un buen vaso.

Se puso cómodo, encendió el ordenador y empezó a trabajar. Se notaba inspirado y consiguió tener listo un texto y una selección de fotos que le satisfizo plenamente cuando eran las cuatro de la mañana.

Preparó el email para John Brown y apretó la tecla de envío.

Se desnudó y se metió en la cama. Estaba a punto de coger el sueño cuando se acordó de una cosa. Se giró y descolgó el teléfono fijo y apagó el teléfono móvil. Si alguien quería localizarle tendría que esperar a que se despertase.

Ahora sí que pudo quedarse dormido. Durmió de un tirón hasta las doce del mediodía y tenía el resto del día libre para dedicarlo a lo que quisiese.

CAPÍTULO 9

La joie de vivre

Cuando Kevin llegó el martes a la residencia se llevó la sorpresa de que Celia le estaba esperando. No habían hablado desde que se despidieron el domingo por la noche y no se había creado ninguna expectativa de encontrarla.

—Buenos días —saludó ella con semblante serio cuando lo vio entrar por la puerta.

—Hola, no contaba con verte esta mañana —respondió sorprendido por verla allí.

—Pues aquí me tienes. Si me puedes dedicar un minuto pasa a mi despacho, tengo cosas urgentes que hacer, pero quiero comentarte algo antes.

Entraron los dos. Cuando Celia cerró la puerta, él se acercó y la besó sin disimular la atracción que sentía. Ella respondió al beso y pasados unos segundos, se separó. La encontró distante, con la mente en otro lugar. Quizás se había precipitado besándola, pensó.

—Te he hecho pasar porque tengo que contarte que Tomás no está muy fino desde el domingo. Está cansado y tiene décimas de fiebre, sobre todo, por la tarde. Estoy un poco preocupada.

—¿Quieres que vuelva otro día?, voy muy bien de tiempo y no quisiera agotarlo con mis interrogatorios.

—Yo te diría que sí, que te fueses y volvieses de aquí a una semana si es posible, pero él se niega en redondo. Dice que tenéis un trabajo importante por hacer y que justo eso es lo que le mantiene con ganas de levantarse de la cama y hacer cosas.

—¿Qué hacemos entonces?

—Le haremos caso, aunque tendrás que tener cuidado.

—Haces bien en avisarme, intentaré ser suave y no alargará mucho la sesión.

—Mientras que él esté cómodo, caliente en su habitación y no salgáis fuera a tomar el aire, podéis ir trabajando, pero si en algún momento ves que empeora, por favor, con cualquier excusa déjalo que descanse y ya continuareis mañana. Estoy segura de que no es nada serio, posiblemente es solo un resfriado, pero como ya te dije, esas cosas con cien años son muy delicadas y deben curarse bien para evitar recaídas y empeoramientos.

—No te preocupes, a la primera señal de agotamiento lo dejaremos.

—Gracias, y ahora ve. Te está esperando en su habitación y yo tengo bastantes cosas que hacer.

—¿Comemos juntos?

—Ya veremos. En este momento no me puedo comprometer —dijo Celia abriendo la puerta para que Kevin saliese.

La doctora había estado especialmente seria y casi se atrevió a pensar que demasiado distante. Apartó aquel encuentro de su mente para que no afectase a su trabajo.

Caminó hacia la habitación de Thomas y llegó justo en el momento en que la cuidadora salía. Kevin entró tras saludarse brevemente.

—Buenos días. ¿Cómo está el socio más antiguo del Barça? —dijo sonriendo.

Thomas no pudo evitar sonreír también al recordar lo bien que lo habían pasado el domingo en el Camp Nou.

—El socio está un poco constipado, o al menos eso me han dicho, pero no creo que sea nada importante y que nos impida trabajar en lo nuestro. —Afortunadamente Thomas parecía tener el buen humor de siempre.

—Me han advertido de que no debo agotarte y estoy dispuesto a cumplirlo, así que, por favor, al menor síntoma de cansancio dímelo y paramos. Vamos muy bien de tiempo, en la editorial están muy contentos y nos podemos permitir el lujo de descansar tantas veces como sea necesario.

—Está bien, pero por favor, no me trates como a un inválido. Esto es una actividad intelectual y mi mente está perfecta, así que no te preocupes. Yo no me levantaré de la cama para nada, y así, en situación de reposo te seguiré contando mi vida.

—Pues arrancamos. Te recuerdo que te quedaste en un tren con destino a París.

Kevin encendió la grabadora y sacó su libreta de notas para empezar a apuntar los temas y curiosidades a investigar posteriormente.

»El tren que salió de la estación de Francia, en su trayecto, casualmente pasaba por Granollers aunque no hacía parada y por lo que hasta entonces había sido mi hogar. Me entristeció ver el Montseny, al pie del cual estaba Cardedeu.

»Aquello aún me dejó más deprimido, pero poco a poco, me fui calmando.

»Me sentía fatal por haberme separado de todas las personas a las que quería en este mundo y además, estaba muy asustado porque empezaba lo que entendía que era la primera gran aventura de mi vida. De pronto, me iba a ver solo en una gran ciudad en la que se ubicaba la escuela donde iba a estudiar los próximos años.

»Me preocupaba especialmente mi nivel de francés. No era tan bueno como para hacer unos estudios superiores en esa lengua. Scott y mi tía me habían buscado un profesor particular que me ayudase a reforzar el idioma en los primeros meses, así que a partir de que entrase en el país vecino, iba a sufrir una inmersión lingüística severa y urgente en un idioma lleno de trampas gramaticales y sonidos guturales imposibles de imitar a no ser que seas francés.

»A pesar de todo eso también estaba muy contento por poder ir a estudiar allí. El título que otorgaba la escuela era quizás el más prestigioso en esa profesión a nivel mundial. En París estaba «*le Fígaro*» que era uno de los diarios más influyentes del continente.

»Dejé de llorar cuando perdí de vista el Montseny, menos mal que iba solo en el compartimento. La verdad es que ya me había parecido en Barcelona que el tren iba muy vacío.

»Al cabo de un rato anunciaron la estación de Cerbere. Era el fin del trayecto. La estación estaba en territorio francés y había que pasar la aduana.

»Con mi maleta bien cogida en una mano y mi billete de tren a París y el pasaporte en la otra, hice la cola y esperé a que me tocase pasar el control.

»—Buenas tardes —me dijo el gendarme en francés.

»—Buenas tardes —respondí dejando la maleta encima del mostrador donde me indicaba un letrero que tenía que dejarla.

»—Ah, español —dijo el gendarme en catalán.

»—Sí —respondí, descansado al ver que hablaba una lengua en la que yo podía comunicarme sin ningún problema.

»—Veo que vas a París —comentó mirando mi billete de tren—. ¿Qué vas a hacer allí?

»—Voy a estudiar.

»—¿Y solo llevas esa maleta?

»—El resto lo enviamos con un transporte —respondí cohibido.

»—Está bien, imagino que no llevas nada prohibido ni peligroso, así que adelante —me dijo mientras ponía el sello de entrada en el pasaporte y me devolvía los documentos—. Debes salir del edificio de la aduana e ir al tren estacionado en la vía 3, que es el que va a París. Sale aproximadamente en una hora.

»—Gracias, señor —dije, cogiendo mis cosas y siguiendo sus instrucciones.

»No me quise despistar y subí al tren tan pronto como hice el recorrido. Otros viajeros se entretuvieron entrando en la cantina de la estación, imagino que con intención de comer o beber alguna cosa.

»Yo encontré mi compartimento y me senté en el sitio que me correspondía. Antes de guardar la maleta debajo del asiento, saqué uno de los bocadillos que me había preparado Carmeta y la cantimplora, y empecé a cenar sin prisas.

»Aquel bocadillo tenía gusto a mi casa. Hacía poco rato que había salido de Barcelona y ya estaba vencido por la nostalgia. Aquello debía cambiar.

»Me dio tiempo a comérmelo entero y también a tomar como postre una pera

que llevaba guardada y el tren seguía estacionado en la vía.

»Poco a poco había ido entrando gente en el vagón que claramente también iba hacia el norte, ya que en toda la estación no había ningún otro tren, aparte del que nos había llevado hasta allí.

»Me fui quedando adormilado. Me desperté al notar un movimiento brusco. Parecía que el tren se ponía en marcha. Ya había oscurecido y miré la hora en el reloj que me había regalado mi tía antes de marchar y vi que eran las nueve y media de la noche. Según mis cálculos llevábamos ya tres horas de retraso y eso que no nos habíamos movido de Cerbere.

»Poco a poco empezamos a coger velocidad. Entre el agotamiento por las emociones vividas en aquellos últimos días, la opípara cena que me había metido entre pecho y espalda y el traqueteo, me volví a quedar dormido.

»Aquel tren tenía un trayecto que daba un poco de rodeo, ya que desde la frontera seguía hasta Perpignan y desde allí a Toulouse, para a continuación, atravesar Francia por el centro en dirección a Orleans y finalmente acabar en París.

»De madrugada, en Toulouse subió una mujer de unos treinta años con sus dos hijos pequeños, un niño y una niña. Me explicó que su marido hacía un tiempo que se había ido a París a trabajar y que ahora ellos se trasladaban a vivir con él en la capital.

»Yo tuve que explicarle, por cortesía, la razón de mi viaje, aunque en realidad tenía ganas de seguir durmiendo.

»Aunque éramos cuatro en el compartimento íbamos bastante cómodos ya que los niños no ocupaban demasiado espacio e iban medio estirados en sus asientos. Fue una suerte porque hice otros viajes posteriormente con el compartimento lleno y era mucho más incómodo.

»Me desperté cuando estaba amaneciendo y pensé que era un buen momento para ir al baño a asearme así que salí del compartimento sigilosamente con mi toalla y mi bolsa de tela con una pastilla de jabón. El cuarto estaba vacío y bastante limpio. Pensé que unas horas más tarde ya sería otra cosa.

»Me aisé tranquilamente y volví a mi sitio, justo cuando mis compañeros de viaje se empezaban a despertar.

»La mujer empezó a peinar a la niña y a sacar el desayuno que llevaba. Yo aproveché para sacar también lo que me habían preparado. Intercambiamos un poco de fuet por un trozo de queso.

»El resto del día lo pasamos cada uno en sus cosas. Yo leía un libro que había metido en la maleta. Era un libro sobre todo lo que debía saber de Francia. Me lo

había regalado Agnès antes de salir. Lo había comprado en una librería importante de Barcelona.

»Cuando lo tuve en mis manos no pude evitar pensar en ella y sentir una punzada de tristeza por no tenerla cerca, pero me repuse y empecé a leerlo con interés.

»La mujer intentaba entretener a los niños y de tanto en tanto salían al pasillo a caminar arriba y abajo del vagón.

»A ratos yo dejaba la mirada perdida en los paisajes y los pueblos que íbamos atravesando. Sobre todo, los del sur, que en realidad, no me parecieron tan diferentes a los de mi tierra. Mientras nos adentrábamos en el país, la principal diferencia que encontraba era en el paisaje cada vez de un verde más intenso y con bosques más grandes y los tejados de las casas que estaban más inclinados, pero no muchas más cosas.

»Para ayudar a mi compañera de viaje me llevé a pasear a los niños en un par de ocasiones. A mí también me iba bien para estirar las piernas y de paso empezaba a practicar un poco. Los niños eran muy simpáticos y solo hacían que preguntarme cosas sobre mi casa. Por lo visto tenían mucha curiosidad por saber la razón por la que hablaba con aquel acento. De tanto en tanto, se reían inocentemente de mí si no me salía una palabra o la decía muy mal.

»Mi francés no era malo. Sobre todo, era funcional. Conocía las palabras y sabía utilizarlas, pero tenía un acento terrible y cuando escribía cometía faltas de ortografía. Solucionar aquello iba a ser mi principal tarea y debía solucionarlo rápido.

»El día fue pasando de forma monótona y si no te esforzabas no te dabas cuenta de si estabas en la mañana o si ya era la tarde. Empezaba a estar un poco harto de aquel viaje y me preguntaba si no me iba a cansar aún más cuando tuviese que repetirlo dos o tres veces al año. Mi compañera de aburrimiento me indicó que llegaríamos a París a primera hora de la mañana. Aproximadamente a las ocho.

»Pasamos por alguna zona de montaña, pero la mayor parte del viaje fue atravesando llanuras. Los ríos que cruzamos eran enormes comparados con lo que yo estaba acostumbrado a ver. Poco a poco la tarde fue cayendo y llegó la segunda noche.

»Nos preparamos para dormir otra vez.

»Dormí de un tirón y me desperté cuando ya eran las siete y media de la mañana. Los niños me llamaron para que mirase por la ventana que estábamos empezando a circular por calles.

»Cada vez se veía más densidad de casas y empecé a ver coches y gente que estaba empezando su jornada laboral.

»—Estamos en la «*banlieue*» —me explicó la mujer—, son las ciudades que bordean París —aclaró ante mi expresión de no entender nada.

»Puntualmente, a las ocho de la mañana el tren entraba en la *Gare de Austerlitz*, la estación en la que yo tenía que bajarme. Creo que el tren seguía hasta la de Orsay, pero yo tenía instrucciones de bajarme en esa.

»Salí de la estación rodeado de un montón de gente que se movía en todas las direcciones, hacia dentro de la estación, hacia afuera... todos andaban rápido, parecía que llegaban tarde a algún sitio.

»Me sentí pequeño y perdido en aquella marea de personas. Quizás en los primeros cinco minutos se movió ante mí tanta gente como en los diez años anteriores.

»Las instrucciones eran que tenía que ir a la salida y encontrar a un hombre con un letrero que pusiese mi nombre, así que al llegar a la gran puerta empecé a buscar con la mirada a ver si lo encontraba, aunque era muy difícil ya que siempre había alguien que me tapaba la visión.

»Llevaba bien cogida mi maleta, más por darme seguridad que por miedo a que me robasen.

»Debía tener una pinta particular, porque de pronto alguien me tocó en el hombro y al girarme me encontré frente a un individuo de edad en la cuarentena avanzada que me preguntó en francés:

»—¿Es usted el señor Leví?

»—¿Perdón?

»—Que si es usted el señor Leví.

»En ese momento me di cuenta de que me estaba llamando por mi nombre americano, afrancesándolo, haciendo la palabra aguda y acentuándola en la *i*. Tendría que acostumbrarme a ese apellido ya que hasta entonces siempre había sido Tomás Bosch.

»—Oh, perdón, sí, soy yo.

»—Ah, ya lo imaginé —Sonrió—. Todos los estudiantes llegan con la misma expresión de estar perdidos. Acompañeme al coche, está aparcado a unos metros de aquí. La residencia está muy cerca.

»Anduvimos unos pocos metros. En realidad, fueron suficientes como para colapsar todos mis sentidos. París tenía un olor particular al que no estaba acostumbrado. No sabría decir si era el del combustible de los coches mezclado con el del pan recién hecho, o si sencillamente era olor a algún tipo de queso,

quizás con ajo. No tengo ni idea. No era desagradable en absoluto y al cabo de un día en la ciudad, ya no lo noté más porque me había acostumbrado.

»El día era claro y creo que entre los edificios y la ropa de la gente con la que me iba cruzando cubrían toda la gama de colores que uno podía imaginarse. Hombres trajeados, mujeres elegantemente arregladas, vendedores ambulantes, gente vestida de forma mucho más humilde, compartían el espacio sin molestarse unos a otros.

»Finalmente, el ruido. Todo eran voces y gritos de los que intentaban vender alguna cosa y de los que pitaban desde sus vehículos para que les dejaran pasar.

»—Vamos —me apremió el buen hombre que me había venido a buscar.

»Aceleré el paso hasta el vehículo. Me senté a su lado y dejé la maleta en el asiento de detrás. Arrancó el coche y nos incorporamos al caótico tráfico urbano.

»Ya por entonces la ciudad era la más grande y la más icónica del continente. En el municipio vivían más de dos millones y medio de personas y en los pueblos próximos vivía otro tanto, así que en total eran cinco millones de habitantes moviéndose en un espacio relativamente pequeño. Para alguien que venía de un entorno rural con grandes espacios como yo, aquello era algo totalmente nuevo.

»—Me llamo Philippe.

»Philippe parecía simpático, aunque los parisinos no lo eran mucho. Delgado, más o menos de mi altura y con una boina encasquetada que tapaba su pelo más o menos rubio por lo que pude ver.

»—Encantado —dije sin saber bien qué más añadir—. Yo soy Tom.

»Me decidí a utilizar la abreviación que utilizaban mis amigos ya que valía para Thomas y para Tomás. Así sería más fácil.

»Philippe dejó el coche en el Boulevard de Saint-Michel y andamos por la Rue de Saint-Severin. Yo sabía que la residencia estaba en esa calle. Eran calles estrechas atiborradas de gente. Estábamos muy cerca del Sena y del centro de la ciudad. La Sorbona también estaba muy próxima. En definitiva, me iba a instalar en toda el alma de París.

»Entramos en un edificio de cuatro plantas y coronado con una semi planta con ventanas abuhardilladas. En la planta baja, lo que ellos llamaban «rez de chaussee» había una tienda. Una especie de panadería o pastelería que desprendía un olor que me despertó el apetito. Con el tiempo me acostumbré a abrir la ventana por la mañana, cuando no hacía demasiado frío y dejar que aquel aroma invadiese mi habitación.

»Subimos hasta el cuarto piso y allí Philippe llamó al timbre.

»Una mujer más o menos de su misma edad salió a recibirnos. Iba vestida como si fuese más joven, al menos según los parámetros que hasta el momento me habían sido habituales. Llevaba el pelo rubio, media melena e iba pintada como si estuviese a punto para salir a la calle. A pesar de que a mí me chocó su aspecto, me pareció atractiva o al menos lo debía haber sido de joven, ya que aún conservaba parte de su encanto.

»—El señor Levi —dijo con una gran sonrisa y me dio tres besos alternando las mejillas.

»Yo no sabía qué hacer y ella debió notarlo porque se puso a reír y a continuación me explicó que en París saludaban así. Se llamaba Sophie y era la propietaria de la residencia. También era la que controlaba y hacía de «madre» de todos los estudiantes que estábamos allí. Ella había llegado a la ciudad veinte años atrás. Era armenia y había tenido que huir de las matanzas turcas de armenios de principios de siglo.

»Trabajó muy duro y tuvo que hacer de todo para sobrevivir hasta que conoció a su querido Marcel. Un hombre veinte años mayor que ella, propietario del edificio en el que estábamos. Él se enamoró locamente de ella y ella encontró en él la figura del padre que le había faltado en su infancia. Fueron un matrimonio bien avenido durante los cinco años que duró hasta que él enfermó de un tifus que acabó con su vida.

»La joven viuda decidió que no quería saber nada más de los hombres y que le bastaba con vivir de las rentas que le proporcionase el edificio que heredó de su marido. Alquiló la tienda y las viviendas de las tres primeras plantas y se reservó la cuarta para ella.

»Montó la residencia Saint-Severin para estudiantes extranjeros y alquiló los ocho pequeños cuartos abuhardillados. El aseo y la cocina eran los de la vivienda y por lo demás, los huéspedes podían disfrutar de un espacio privado donde vivir cómodamente en el centro de la gran ciudad y, por supuesto, estudiar, que para eso estaban allí.

»La mujer cocinaba para ellos y procuraba darles algo de ambiente familiar. Siempre se acordaba de felicitarlos por sus cumpleaños, les preguntaba por los estudios y, en general, por cómo iban sus vidas.

»La verdad es que debo reconocer que el tiempo que pasé en Saint-Severin me sentí como en casa.

»A pesar de que Sophie no quería saber nada de los hombres, no era de piedra y para eso estaba Philippe. Él le ayudaba en la gestión de la residencia, hacía las reparaciones y todos los trabajos que requiriesen fuerza. A cambio, ella le había

instalado en una habitación y de tanto en tanto le invitaba a compartir su gran cama. Sin ningún compromiso.

»París estaba lleno de gente de otros países. Aparte de los armenios, había muchos rusos que habían huido de la revolución comunista, había italianos y españoles que habían llegado allí buscando una vida mejor, también alemanes e ingleses que estaban generalmente de paso o estudiando. Finalmente, había gente de las colonias, magrebís, senegaleses y africanos en general, indochinos y caribeños. Se oían todos los idiomas y todos los acentos en francés.

»Entre mis compañeros se contaba gente de un montón de sitios. Teníamos una joven de Saigón que se llamaba Anne y que venía de una familia vietnamita dedicada al comercio de algodón y que era parte de la alta sociedad de su ciudad. Estaba Giovanni, que igual que yo había llegado para estudiar. Él era napolitano y había quien rumoreaba que su familia había hecho dinero en la Camorra, aunque con los años vi que aquello carecía de fundamentos. Con ellos dos y Hugo, que acababa de llegar de Buenos Aires, hicimos con el tiempo una especie de pandilla. Para los cuatro era el primer año de estudios.

»El resto de los estudiantes estaban en cursos más avanzados que nosotros y ya llevaban tiempo en la ciudad. Eran corteses, pero ya tenían sus relaciones y sus contactos y la verdad es que no se interesaron por nosotros.

»De todos los grupos, el nuestro era el más numeroso.

»Mi habitación, estaba bastante bien. Tenía el techo inclinado y sobre todo al principio debía vigilar para no golpearme la cabeza. Medía unos cuarenta metros cuadrados y había espacio más que suficiente para tener una cama de matrimonio, una mesa de estudio, estanterías, un armario con mis cosas y un bufete donde podía guardar comida que no se estropease. Cuando llegué encontré todo lo que mi tía había enviado desde Cardedeu.

»La residencia tenía un teléfono que estaba en el salón de Sophie y para llamar había que pedir permiso y pagar la llamada aparte.

»Cuando ya me había instalado, pedí permiso para llamar.

»Sophie estuvo conmigo enseñándome cómo debía hacer para contactar con España. Cuáles eran los prefijos y cómo debía pedirse la llamada. No fue fácil pero tras un par de intentos, oí la voz de mi tía:

»—Tomás, ¿cómo estás? —Noté su agitación al oír mi voz, ella que era tan serena generalmente.

»—Tía, ya he llegado. Ha ido todo muy bien, yo estoy perfectamente. Muy contento, de verdad, os echo mucho de menos, eso es lo peor, pero todo lo demás es perfecto. Estoy muy nervioso porque tengo muchas cosas que hacer, pero

estate tranquila por mí.

»—Mi niño —dijo mi tía—, qué alegría que hayas llegado bien. Ojalá pudiese verte por un agujero. Nosotros también estamos todos bien. Te echamos de menos. Agnès lloró un poco cuando te fuiste, pero al final se quedó tranquila.

»—Ya... —dije, sin querer reconocer que yo también había llorado.

»—Si necesitas alguna cosa, por favor, llámame. Si quieres ahora que ya sé que estás allí, te iré llamando yo y así no gastas el dinero que llevas. No te olvides de escribirnos y piensa que esto pasa rápido, por Navidades volveremos a estar todos juntos.

»—Gracias, tía —dije con la voz a punto de romperse por la emoción.

»—De nada, cariño, te mereces lo mejor.

»Acabamos la conversación y pensé que por la noche escribiría a Agnès y a Álex explicando la aventura del viaje. Es curioso que al final me encontrara escribiendo la primera de las cartas a mi hermana Ada en lugar de ellos dos.

»La semana que faltaba para que empezasen las clases yo la utilicé yendo casi cada mañana a L'Ecole Superieure de Journalisme para acabar de formalizar la matrícula, llevar la documentación que faltaba e intentar visitarla en profundidad. También empecé a asistir a mis clases de francés que las hacía a un par de calles de la residencia.

»Me llamaba la atención desde que había llegado a París, que para todo el mundo era un estudiante americano, cuando en realidad yo no tenía ningún recuerdo del país en el que había nacido, ni ningún vínculo especial.

»Por las tardes el *cuarteto de los novatos*, como nos llamábamos nosotros mismos, nos dedicamos a visitar la ciudad y a conocernos un poco más en profundidad. De lunes a viernes, Sophie cerraba la puerta de la residencia a las ocho de la tarde. En todos los años que estuve allí nunca supe de nadie que se quedase en la calle. Los fines de semana se esperaban hasta las doce de la noche. Siempre había la posibilidad de pasar la noche fuera, pero en ese caso ella pedía que se le informase para no enviar a los gendarmes en nuestra búsqueda. Yo creo que hubiese sido muy capaz.

»Finalmente, llegó el primer día de curso. A pesar de que ya había visitado durante los días anteriores el espacio donde iba a pasar tanto tiempo y de que empezaba a estar familiarizado con la ciudad realmente me sentí muy abrumado.

»Me perdía por los pasillos buscando la clase y solía llegar justo antes de que cerrasen las puertas del aula a donde iba a asistir a mi primera conferencia.

»Las clases eran muy numerosas y estábamos muy apretados, a pesar de eso no se sentía ni una palabra, ningún ruido que no proviniese del profesor. Todos

estábamos concentrados en cada una de las palabras que decía aquel hombre. Con el tiempo, pude comprobar que si alguien hacía ruido o no estaba por la clase eran los propios estudiantes quienes le llamaban la atención.

»Había unas clases comunes, más o menos la mitad, pero la otra mitad eran optativas y éramos nosotros los que corríamos por los pasillos para llegar a tiempo al inicio de la clase. Si un profesor se alargaba cinco minutos, algo que ocurría de vez en cuando, el problema después era tuyo para llegar a tiempo a la siguiente aula. Yo intentaba no desplegar muchos papeles e ir con el mínimo material posible para poder recogerlo rápido y salir pitando para la siguiente, e intentar tener un buen sitio ya que, si no, me era más difícil entender al profesor.

»Entre algunos de nosotros intentábamos guardarnos el asiento, pero eso era bastante difícil ya que si alguien se sentaba en un lugar reservado no te quedaba más remedio que aguantarte. La escuela no permitía ese tipo de prácticas.

»Los nervios y las carreras hicieron que durante aquellos primeros días perdiese peso y Sophie insistía en que comiese más. A pesar de todo, yo estaba viviendo en un sueño.

»Poco a poco la rutina empezó a dominarlo todo. Las jornadas de lunes a viernes eran bastante estresantes. Por la mañana, las clases que duraban hasta las cinco de la tarde con un breve descanso para comer a las doce. Después, las clases de francés para intentar escribir sin faltas y mejorar mi pronunciación y, finalmente, había que buscar tiempo para estudiar.

»Tener que estudiar textos escritos en francés, al principio me costó mucho. Leía una y otra vez las mismas palabras, pero tal y como las leía las olvidaba. Empecé haciendo resúmenes en catalán para intentar fijar en mi mente los conceptos y poco a poco, aquello me ayudó. Con el tiempo mis resúmenes eran en una mezcla de catalán, castellano y francés, que nadie que no fuese yo era capaz de entender.

»El clima fue enfriándose en la ciudad, pero la vida nocturna los fines de semana parecía no verse afectada por la temperatura. En París, en invierno realmente hacía frío y humedad. Se había convertido en una tradición que Anne, Giovanni, Hugo y yo saliésemos los sábados a cenar a algún sitio económico y después pasásemos horas sentados en algún café del barrio latino discutiendo y hablando de temas que nos pudiesen afectar. En realidad, cada uno estudiaba algo distinto. Anne había venido a estudiar ingeniería aplicada al textil, era una de las pocas mujeres de su facultad, Giovanni estudiaba física y Hugo estudiaba historia, así que nuestros estudios no tenían nada que ver.

»El resto de la semana cada uno se instalaba en su rutina o en su buhardilla

estudiando. Como mucho, nos encontrábamos a la hora de cenar con Philippe, Sophie y el resto de inquilinos. El ritmo de estudio requerido era bastante intenso.

»Llegaron los exámenes de trimestre y milagrosamente los aprobé todos. Las notas no eran para tirar cohetes, pero ni en mis mejores sueños había pensado aprobar todas las asignaturas, no por el contenido en sí, que también, sino por los problemas con el idioma, aunque yo mismo notaba que poco a poco iba mejorando y ya empezaba a pensar en francés.

»En plena vorágine de exámenes, una tarde me avisó Sophie de que bajase un momento al teléfono. Me llamaba un tal James Scott.

»Sorprendido, bajé y me puse al aparato.

»—Hola —dije en inglés—. Soy Thomas Levi.

»—Thomas, soy James Scott. Espero no molestarte.

»—No me molesta, tan solo me sorprende su llamada. Nunca hemos hablado y siempre ha contactado con mi tía. Estoy contento de poder conocerle, aunque sea por teléfono finalmente.

»—Bueno, con ella acordamos que cuando fuese posible tuviésemos una conversación y te pusiese al corriente del estado de tu patrimonio y básicamente te informase de las inversiones que solemos realizar y otros temas que puedan ser de tu interés.

»—Muchas gracias por su atención, mi tía no me ha comentado nada, pero no quisiera hacerle perder el tiempo. No tengo conocimientos financieros y por lo que sé, usted ha realizado inversiones excelentes hasta el momento así que no sé si es necesario que le haga perder el tiempo.

»—No es una pérdida de tiempo. Quería comentarte que estoy en Londres hasta el viernes y que si te parece conveniente puedo desplazarme a París el fin de semana. Así nos conocemos y te puedo explicar en persona lo que te comentaba. Quisiera que además entiendas que eres el hijo mayor de un gran amigo mío y que con tu madre también tuve una buena relación, así que tengo mucha curiosidad por conocerte en persona, quiero decir en tu versión adulto, porque de pequeño ya te conocí.

»—Por mí no hay problema —dije con una sonrisa en los labios—, estaré encantado de que nos veamos.

»—Pasaré el sábado a las siete a buscarte a tu residencia, si te parece cenamos juntos, hablamos un rato y después te dejo que sigas estudiando. Sé que estás en plenos exámenes y no quiero robarte mucho tiempo.

»—Hasta el sábado.

»Me sorprendió aquella llamada y en un primer momento pensé en telefonar a mi tía para comentárselo, pero ya habíamos hablado hacía un par de días y no pensé que fuese tan importante. El próximo día se lo comentaría.

»Puntualmente, el sábado Scott estaba allí.

»Era un hombre de alrededor de cuarenta y cinco años. Elegante y de trato cordial. Al verme, pareció examinarme atentamente para identificar en mi rostro los rasgos que debieron pertenecer a mis padres.

»Nos saludamos y me pidió que le acompañase. Él ya conocía la ciudad y teníamos una reserva en un restaurante.

»El restaurante era nada más y nada menos que Maxim's. Aquella fue la única vez que fui a cenar allí. Era el lugar más elegante y caro de la ciudad. Realmente Scott sabía agasajar a sus clientes.

»Evidentemente nos trataron con la exquisitez que se espera de un lugar como aquel y me llamó la atención de que parecía que todo el mundo le conocía. Me sentía un poco incómodo, ya que no iba vestido suficientemente bien para estar allí, pero al ir con quien iba, a nadie se le ocurrió objetar nada. Por suerte, llevaba corbata y un blazer. Sophie me había aconsejado que me vistiese así para aquella visita.

»La cena era deliciosa y el champagne de Moët Chandon fresco, aún más, y cuando me quise dar cuenta se me estaba empezando a subir. Scott trató temas intrascendentes al principio y después pasó a hablarme de mis padres. Me contó la amistad entre ambos que había nacido en los tiempos de estudiantes en Harvard, también me explicó que cuando llegó casado con mi madre y mis abuelos le hicieron el boicot, él le ayudó a entrar en el bufete donde seguía trabajando en la actualidad, bueno, más que trabajar, la realidad era que lo había adquirido y en estos momentos era el accionista mayoritario. Me contó muchas de las cosas que hasta entonces no sabía y que han servido para poder explicarte los primeros años de mi vida.

»Se le ensombreció la mirada cuando me contó lo del asesinato de mi padre y la posterior enfermedad de mi madre.

»Yo no lo recordaba de nada, pero él sí que nos recordaba a nosotros de cuando éramos pequeños. Principalmente, se acordaba de mí, ya que cuando nos visitaba no me separaba de mi padre y los seguía por la casa.

»—Bueno Thomas, además de los temas personales he venido a comentarte cuál es el estado de tus propiedades.

»—Ya le comenté que no entiendo mucho de estos temas.

»—No es necesario, tan solo quiero explicarte que, en los Estados Unidos, tus

hermanas y tú tenéis un patrimonio en inmuebles bastante amplio. Son inmuebles que en la actualidad están alquilados y proporcionan unas buenas rentas. Además, tenéis participación en varios fondos de inversiones. La mayoría de las acciones corresponden a empresas que se dedican a las explotaciones de petróleo y a la producción de armamento.

»—Vaya —exclamé—, no sé si me gusta participar en un negocio cuya función es crear utensilios para matar gente.

»—Es solo dinero, además, la situación actual es bastante delicada. Imagino que te has enterado de que, desde marzo, en Alemania gobierna Adolf Hitler y aunque todo el mundo le tome por loco es un individuo muy peligroso.

»—Sí, lo sé. En la escuela hemos hablado bastante sobre el tema y también sobre la inquietud que genera en Francia. Últimamente se habla mucho de los *Boches* despectivamente, en lugar de los alemanes.

»—Ese riesgo era una de las razones principales por la que intenté convencer a tu tía de que te enviase a Harvard, pero al final no tuve suerte.

»—Mi tía es muy dura para negociar, pero además yo no quería alejarme tanto de casa. Al final, yo nunca me había planteado estudiar fuera de la Universidad de Barcelona.

»Tenía razón Scott, desde que el partido NSDAP (partido Nacionalsocialista) había llegado al poder en Alemania, los franceses estaban más preocupados que antes ya que temían la posibilidad de una nueva guerra con su vecino del este. Curiosamente, con tal que la locura política en Berlín iba subiendo el tono, los franceses se agarraban más a la *joie de vivre* y se entregaban con más desenfreno a las fiestas y al lujo. Parecía que sabían que era algo que en poco tiempo perderían.

»Scott me advirtió del peligro que corría por mis orígenes parcialmente judíos si se me ocurría visitar Alemania. Como ciudadano de los Estados Unidos estaba seguro, nadie se iba a meter conmigo, pero mi apellido Levi era claramente hebreo y eso hacía mi situación delicada.

»Le prometí que no se me ocurriría poner un pie en el país vecino y que, si en algún momento veía que la situación se ponía mal, volvería a España.

»Días más tarde le comenté a mi tía la visita y ella confirmó lo que él ya me había dicho respecto a que estaban de acuerdo en que debía ser consciente de mi patrimonio y el de mis hermanas.

»Por fin llegó el veinte de diciembre y Philippe me dejó en la misma estación en la que me había recogido hacía casi cuatro meses. La Gare de Austerlitz estaba aún más llena de gente de lo que yo recordaba cuando había llegado, pero

ahora ya estaba habituado a moverme entre multitudes con naturalidad.

»El viaje de regreso se me hizo más pesado que el de ida. Estaba impaciente por llegar a casa, tenía miles de cosas para explicar y mucha curiosidad por saber cómo habían sido aquellos meses en los que yo no había estado allí.

»Llegué a la estación de Francia después de día y medio, a las dos de la madrugada. No tenía ni idea de si alguien habría venido a buscarme o cómo tenía que hacer para llegar hasta Cardedeu. Pensé que si no había nadie me iría a la estación de la calle Aragón y esperaría a que pasase el primer tren hacia casa por la mañana.

»¿Cómo no?, estaba equivocado.

»En el andén a aquella hora tan intempestiva estaba Álex.

»Cuando llegó el tren empezó a mirar buscándome entre toda la gente que se apeaba cargada de maletas y regalos. Muchos de ellos eran trabajadores españoles que estaban en Francia y que volvían a casa a pasar las fiestas.

»—Álex —grité cuando lo vi.

»Él se acercó corriendo y cuando nos encontramos nos fundimos en un abrazo.

»—¿Cómo estás querido amigo? —me preguntó—. Te veo mayor que cuando te fuiste —dijo bromeando—. ¿Te tratan bien en París?

»—Me tratan muy bien —bromeé yo, también contento de verle—. Tú también estás mayor, aunque solo han pasado tres meses desde que me fui. —Hablábamos medio en broma para facilitar el control de la emoción de reencontrarnos.

»—Vamos, nos espera Manuel en la puerta.

»Manuel me esperaba en un Hispano Suiza T49. No me lo podía creer, resulta que mi tía había comprado uno porque pensó que empezaba a ser necesario. Cada vez tenían que ir más a menudo a Granollers y a Barcelona. Necesitaban un automóvil, así que lo compró de segunda mano, aunque estaba prácticamente nuevo, y Manuel y Álex aprendieron a conducirlo.

»A las horas en que llegaba mi tren no había otra manera de volver a Cardedeu sin tener que esperar al día siguiente.

»Una vez pasada la emoción del regreso y la sorpresa del coche, pregunté a Álex:

»—¿Cómo está Agnès?

»Me miró con expresión traviesa.

»—No te preocupes, está perfectamente, pero no ha venido a recogerte porque su padre no se fiaba de la seguridad del coche, bueno, más que de la seguridad del vehículo, de la habilidad de Manuel y mía para hacer el recorrido sin tener

ningún accidente. Ella insistió hasta que le amenazaron con castigarla.

»Hacía frío en Barcelona, aunque menos del que normalmente había estado pasando en París durante esos días. Tanto Manuel como Álex preguntaron sobre todo lo que se les pasó por la cabeza. Yo les contaba cómo era la ciudad y cómo había pasado aquellos meses. Reconocí que había sufrido mucho con el idioma y que, por supuesto, les había echado a faltar un montón.

»Llegamos a la casa cuando eran ya las cuatro de la mañana.

»La tía y Ada nos esperaban despiertas y al oír el ruido del vehículo salieron a recibirnos. Todo aquello despertó a Sally y al resto de las mujeres de la casa que también acudieron.

»Mi tía, siempre tan mesurada en la muestra de sus sentimientos y tan parca en sus palabras, se abrazó a mí y me estrechó muy cálidamente. Imagino que me había añorado mucho, quizás tanto como yo a ella.

»Hablábamos todos a la vez y parecía que nos queríamos poner al día de nuestras novedades, todos al mismo tiempo. Al final, mi tía detuvo aquello:

»—Son las cinco de la mañana, así que todo el mundo a la cama. Tomás estará aquí hasta el día uno de enero así que tenemos días para hablar.

»Álex, cómo no, se quedó en mi habitación. Cuando se quedaba, tirábamos los dos colchones sobre los que dormía al suelo y así teníamos el doble de espacio. Era habitual que la gente acumulase colchón sobre colchón en la cama.

»Seguimos hablando, pero al cabo de media hora estábamos los dos dormidos.

»A mí me pareció que era al segundo siguiente, pero en realidad habíamos dormido unas cinco horas cuando alguien picó a la puerta de la habitación y casi sin tener tiempo de acabar de despertarme, me encontré con que Agnès saltaba sobre mí.

»Ada le seguía y entró también en la habitación.

»Agnès y yo nos abrazamos. Me explicó que me quería y que me había añorado todo el tiempo, que había querido ir a la estación, pero que no le habían dejado. Incluso la tía había intentado hablar con su padre, pero él se había mantenido firme en su negativa. Álex nos observaba con el brazo sobre el hombro de Ada.

»Durante aquellos diez días, pasamos muchos ratos juntos. Hubo tiempo para todo, hasta para hacer excursiones en bicicleta, aunque francamente el tiempo no acompañaba.

»Celebramos las Navidades como solíamos hacerlo siempre. La casa se llenaba de alegría y de olor a comida. Álex y su familia pasaban casi cada día de fiesta, algunos ratos con mi familia y más desde que Ada y Álex eran novios

formalmente.

»Los padres de Agnès también vinieron a pasar algún festejo con nosotros.

»Los días volaron y mi tía para dar la bienvenida a 1934, organizó una gran fiesta de fin de año a la que se invitó a la familia en pleno de Álex, y eso era mucha gente, a doña Rosa y cómo no, a los padres de Agnès.

»El señor Forns me comentó, aparte de su hija, que intentaría encontrar unos días durante el próximo año para poder visitarme con su mujer y «la niña», como la llamaba cariñosamente. El hombre me hizo saber que estaba muy orgulloso de mí y que tan solo esperaba que tratase bien a Agnès.

»Era un hombre muy correcto, serio, pero amable, y yo estaba seguro de que cuando me contaba eso lo hacía muy en serio. La simpatía era mutua y no es de extrañar ya que nos conocíamos desde que yo tenía ocho o nueve años.

»Lamentablemente, el tiempo había volado y al día siguiente por la tarde ya estaba de regreso camino de París.

»Durante aquellos años esa fue mi rutina. Siempre volvía a casa en Navidad y en verano y según como fuesen las clases y como cayesen los días de fiesta, también volvía en Pascua. Al final, la familia de Agnès no vino a visitarme aquel año.

»Su madre había estado delicada. Cogió una pulmonía poco después de que yo me marchase y el médico desaconsejó cualquier viaje sobre todo a lugares más fríos, como era el caso de París. Agnès hizo algún intento para que le dejaran ir sola, pero fue totalmente en vano. De todas formas, el tiempo volaba y a pesar de mis miedos originales, mi relación con mi gente en Cardedeu no se alteró mucho durante aquellos años.

—¿Cuántos años duró la carrera? —preguntó Kevin.

—Fueron cuatro cursos y dos cursos más de especialización. De hecho, estos dos añadidos eran voluntarios. Si haces la cuenta, verás que acabé los estudios en junio de 1939, el mismo año en que acabó la Guerra Civil española y empezó la Segunda Guerra Mundial.

—He leído en más de un sitio que pasaste la guerra mundial en Francia.

—Es verdad, pero no nos precipitemos, antes de que el ejército alemán desfilara bajo el Arco del Triunfo pasaron muchas cosas, sobre todo a mi familia y a mis amigos. Nos quedan muchas historias que contar.

Thomas abrió su carpeta amarilla y de allí sacó algunos documentos.

Había un boletín de notas del primer curso de la Escuela de Periodismo, también había billetes de metro gastados de aquella época, fotos con sus amigos parisinos y una foto casi tan grande como la carpeta que había sido tomada en la

fiesta de fin de año de 1933.

Salían todos en la foto y se entretuvo enseñándome quién era quién.

Todos tenían expresión de alegría e iban vestidos con sus mejores ropas. Qué poco imaginaban todos ellos lo que se les venía encima en poco tiempo y no todos superarían las inclemencias de la guerra.

—Es una suerte —dijo Thomas.

—Perdón —respondió extrañado y sin saber a qué se refería—. ¿El qué, Thomas?

—No conocer el futuro.

Se hizo un silencio entre ambos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kevin.

—Sí, perfectamente. Ya va siendo hora de que me traigan el almuerzo. Hoy me lo van a servir en la habitación, la doctora se ha puesto muy seria y no quiere que empeore, así que toca cumplir sus órdenes.

—Bueno, Thomas, pues yo me voy a marchar. ¿Nos vemos mañana?, ¿o prefieres descansar y reponerte?

—Ven mañana, no me falles. Explicarte todo esto me hace revivirlo y eso es agradable. Cada día pienso en ellos, pero hacía mucho tiempo que no pensaba de esta manera. Tenía mucho más presente a las mismas personas, pero más mayores, más hacia sus últimos días. Nos solemos quedar en la mente con las imágenes de las últimas temporadas y a menudo nos olvidamos de que antes de ser ancianos, fueron jóvenes cargados de energía y con un montón de proyectos.

—Es cierto.

—Gracias a ti, yo los estoy recordando.

—Pues entonces hasta mañana —se despidió Kevin.

Salió al pasillo y vio a lo lejos que se acercaba la cuidadora que ya conocía, con una bandeja que supuso que contenía la comida de Thomas de aquel día.

Cuando llegó al comedor, vio que Celia le estaba esperando. Había ocupado una mesa y tenía dos bandejas, una para cada uno.

—Estaba a punto de ir a buscarte —le riñó medio en broma.

—Disculpa, no me he dado cuenta de la hora —se excusó poniendo cara de inocente.

—Te advertí de que no lo cansases, así que, como lo vea cansado luego cuando vaya a verlo te regañaré —dijo medio en broma y medio en serio.

—¿Sabes una cosa?

—No, ¿qué?

—En realidad es él quien dirige todo esto. Es él quien controla a qué hora

empezamos y a qué hora acabamos y qué historias me cuenta, en fin, que en realidad no me necesita para lo que estamos haciendo. Lo podría haber hecho él solo.

—No estoy de acuerdo. Él también necesita de tu conocimiento técnico y de la objetividad que tú debes aportar al proyecto. Estoy segura de que tu aportación es mucho más importante de lo que tú crees.

Comieron hablando de cosas sin demasiada trascendencia y cuando acabaron, cada uno regresó a su trabajo. Celia se fue a visitar a Thomas y al resto de ancianos que tenía en su agenda, y Kevin se fue a hacer un poco de ejercicio al gimnasio en Granollers y después, a continuar con su procesamiento de la información.

CAPÍTULO 10

El fin de la inocencia

Una vez más, sonaba el teléfono antes que el despertador. Totalmente dormido, respondió. Reaccionó automáticamente y ni siquiera miró quién le estaba llamando.

—Hola —su voz sonó más como un sonido gutural que como una palabra.

—Kevin, por favor, despierta. Soy Celia.

De golpe despertó y se incorporó en la cama movido por una especie de resorte.

—¿Va todo bien? —preguntó alerta. Ahora ya estaba totalmente despierto.

—No. Tomás ha pasado muy mala noche. Está muy inquieto y francamente, me preocupa. He estado hablando con él para convencerle de que no se encuentra en condiciones de seguir hoy con vuestro trabajo, pero él me insiste en que es muy importante continuar. No sé qué hacer. Empiezo a considerar que no hice bien accediendo a todo esto.

—Puedo inventarme una excusa y no ir. Si quieres, lo llamo un poco más tarde y se lo explico yo mismo.

—No Kevin, es viejo, pero no tonto. Me temo que se daría cuenta y el resultado aún puede ser peor.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—He pensado que lo mejor es que hoy vengas, pero que estés muy pendiente de él, que no le hagas esforzarse lo más mínimo y que al primer síntoma de agotamiento, dejéis la sesión. Creo que tan solo tiene que descansar, nada más, y seguramente en breve podréis seguir con el ritmo normal. Ya te comenté que estaba resfriado y que eso, para alguien de su edad, si no se cuida puede ser muy grave.

—Tranquila Celia, soy consciente. No te preocupes. Iré con mucho cuidado y a la mínima lo dejamos con cualquier excusa. No te preocupes.

—A primera hora no puedo estar en la residencia, pero a partir de las once aproximadamente calculo que habré vuelto. Me fastidia tener que ausentarme ese rato porque estaré pensando en él todo el tiempo, pero no puedo evitar tener que salir.

—No te preocupes. Imagino que ante cualquier incidencia enseguida te

llamarán desde el centro, pero si no, yo también tengo forma de localizarte.

—Esperemos que todo salga bien —dijo con resignación y colgó el teléfono.

Se alegraba de no haber desconectado el móvil tal y como se había prometido hacer cada noche. En esa ocasión, sencillamente se había olvidado. Aún era temprano, acababa de sonar las cinco en algún campanario, así que no tenía que levantarse todavía. Pensó en que Celia debía dormir muy pocas horas, ya que no era la primera vez que le oía comentar que había pasado la noche en el centro.

No volvió a dormir profundamente y tan solo fue quedándose adormilado de vez en cuando. Le preocupaba el estado de salud de Thomas, era un hombre mayor y no sabía hasta qué punto él era responsable de su empeoramiento. El proyecto en el que estaba trabajando era muy importante para él, pero además le había cogido cariño a aquel anciano de mirada despierta y que estaba en perfecto estado mental.

A las nueve entraba en la residencia.

—Buenos días —le saludó una joven en la recepción que él no había visto antes.

—Buenos días, soy Kevin...

—Sí, sí, ya lo sé —sonrió la chica—, tan solo es para comentarle que la doctora nos ha avisado que le recordemos de que, si por cualquier razón necesita ayuda urgente, en el cabezal de la cama del señor Bosch hay un botón de alarma. Solo tiene que apretarlo y enseguida nosotras estaremos allí. Se lo digo por su tranquilidad.

—¿Tan mal está?

—No, no se alarme —dijo, sonriendo e intentando calmarle—, si estuviese muy mal lo hubiésemos ingresado en el hospital, tan solo es por si acaso. De todas maneras, le comento que ante cualquier emergencia lo mejor es conservar la calma y actuar con sangre fría.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Ahora ya no sabía si debía quedarse o marcharse. Avanzó enredado en sus miedos hasta la habitación e incluso dudó unos segundos antes de llamar a la puerta.

—Buenos días, parece que has tenido mala noche.

—Esta doctora es una exagerada —dijo Thomas—. Se ha pasado conmigo un montón de horas y no debe haber dormido nada. Luego va con el coche para arriba y abajo y la gente tiene accidentes. Aún pasan pocas cosas.

—Oye Thomas, con toda confianza, no tenemos ninguna prisa, vamos muy bien y si quieres podemos darnos una semana de vacaciones y ya seguiremos. En

Dreams todo el mundo está muy contento con el trabajo y estoy seguro de que nadie quiere que te pase nada por culpa de todo esto.

—Al menos hasta que el trabajo esté acabado —dijo Thomas riendo.

—Bah, no digas eso. No es cierto.

—No te olvides que yo he publicado toda mi obra en Dreams y los conozco bien. Al principio de empezar a publicar también viví en Boston y sé cómo trabajan.

Kevin no supo qué decir, no quería seguir mintiendo.

—Por cierto —comentó Thomas—, no me dijiste nada cuando te expliqué que estudié hasta 1939, haciendo incluso dos especialidades que no eran obligatorias para mi título.

—Es verdad, me llamó la atención porque entendía que lo normal es que al acabar te hubieses vuelto a España con Agnès. Leí que fue tu esposa.

—La única razón para no volver era que a partir de 1936, estalló la Guerra Civil en España y aunque en principio los bachilleres teníamos derecho a una reducción a un mes de servicio y siempre se podía pagar una penalización para librarse, el gobierno de la República canceló esa posibilidad, así que volver a España representaba ir de cabeza al frente.

—Es comprensible entonces que no volvieses.

—Tuvo un coste y ese fue que me obligaron a renunciar a mi nacionalidad española. Tomás Bosch dejaba de existir y tan solo quedaba Thomas Levi. Solo después del franquismo, en 1988, el gobierno socialista de Felipe González y Jorge Semprún de Ministro de Cultura, me devolvieron la nacionalidad permitiéndome no renunciar a la americana. Era una operación más que nada honorífica. Jorge y yo nos conocimos en París y aunque no éramos de la misma edad, colaboramos en alguna ocasión. Ya te había comentado que allí había muchos españoles, de los que una buena parte, luego fueron famosos.

—¿Qué más recuerdas de esos años?

—Te puedo hablar de Agnès...

Thomas se trasladó mentalmente ochenta años en el tiempo, hasta los años 1934 y 1935.

»Agnès continuó estudiando en la Escola de Música de Barcelona y se graduó en un tiempo récord. Era una pianista cada vez más conocida en el mundo en que se movía y aún no había cumplido los veinte años.

»Tenía un don para la música y ella era plenamente consciente de ello.

»Le empezaron a salir conciertos en Barcelona y cada vez en lugares más prestigiosos. Por aquella época participó en una serie de conciertos para

«jóvenes valores» en el Palau de la Música; asistió Can Tomeu en pleno y yo me tuve que fastidiar, ya que no me daba tiempo de ir y volver sin perder días de estudio.

»Yo seguía yendo y viniendo de París a Cardedeu cada vez que tenía ocasión. Aprovechaba los trayectos para estudiar y así conseguía de vez en cuando arrancar un día más de estancia en mi casa. Agnès quería ir a París y en más de una ocasión había intentado convencer a su padre, pero él no la había dejado. Temía por «*el qué dirían*» de la gente del pueblo si dejaba ir a la niña sola a casa del novio.

»Nuestra relación seguía adelante. Yo diría que al principio sí que nos afectó un poco la distancia, pero poco a poco fuimos adaptándonos. Nos llamábamos una vez en semana. Una semana llamaba ella y otra llamaba yo, aquello era un dineral para la época y nos escribíamos casi cada día.

»En verano pasábamos los días juntos y ya empezábamos a hablar de casarnos cuando acabásemos los estudios. Tanto mi tía como sus padres lo sabían y a todos les parecía bien. Llegaba un momento en aquellos días estivales en que nos olvidábamos de que tenía que volver a Francia. Mis vacaciones duraban dos meses, desde el uno de julio al uno de septiembre, así que eran sesenta y dos días para nosotros.

»Con eso no quiero decir que me aislara del mundo. Como siempre, Álex tenía una presencia importante en mi vida. Además, ellos dos también eran amigos desde la infancia y eso facilitaba poder distribuir el tiempo mejor.

»Siempre que yo volvía a París pasaba una semana de mal humor. Mis amigos de la residencia ya lo sabían y no me hacían mucho caso. Anne y Hugo no se iban casi nunca y permanecían en la ciudad ya que los dos vivían muy lejos. Giovanni hacía más o menos como yo, y cada vez que tenía vacaciones salía hacia Italia. Muchas veces íbamos juntos a comprar los billetes, aunque nuestros trenes salían de estaciones diferentes; él salía de la Gare de Lyon.

»Como Anne y Hugo se quedaban solos, cada vez fueron profundizando más en su relación, hasta que finalmente se hicieron novios. Imagínate la futura ingeniera textil y el futuro historiador iban a acabar juntos.

»A pesar de todo, nosotros manteníamos nuestras rutinas y los sábados nos íbamos los cuatro a cenar y a ponernos al día de la semana. Nos sentábamos en algún bar bohemio de moda y nos íbamos empapando de la vida de la ciudad. Solo una vez organizamos una salida al *Moulin Rouge* porque era muy caro. Si íbamos a algún *cabaret*, solía ser alguno más humilde.

»Giovanni triunfaba entre las parisinas y debo reconocer que yo también tenía

mis oportunidades de conquista, pero a pesar de la distancia, me mantuve fiel a mi compromiso, aunque eso no me impedía flirtear hasta cierto punto. La sociedad parisina era mucho más liberal que la de Cardedeu y el hecho de mantenerme al margen de noviazgos furtivos, me convertía en un reto de conquista para algunas jóvenes de las que nos rodeaban.

»Recuerdo especialmente a Marie. Era de Lille y también estudiaba en mi escuela. Íbamos al mismo curso y normalmente intercambiábamos apuntes y nos sentábamos juntos. Siempre hubo una gran «atracción contenida» entre nosotros, aunque nunca llegó a pasar nada, pero debo reconocerte que fue casi por casualidad porque muchas veces me sentí flaquear.

»Solo le había hablado de ella a Álex y él se dio cuenta enseguida. No juzgaba, solo me escuchaba cuando le hablaba de Marie. Tan solo en alguna ocasión intentó opinar, aunque siempre desde la discreción y la comprensión a mi situación.

»Respecto a los estudios, en mi escuela yo también tenía asignaturas de historia y Hugo me ayudó bastante con la materia y con algún que otro trabajo. A cambio, cuando ya empecé a dominar la lengua francesa escrita, yo le devolvía el favor corrigiendo expresiones y faltas de ortografía.

»Siempre me había pasado igual, las materias que más me costaban al final eran las que mejor dominaba.

»Solíamos hablar de política, sobre todo cuando las cosas se iban poniendo cada vez más feas en Alemania. En Francia, había muchos simpatizantes del partido nazi, aunque seguían siendo minoría.

»En 1935 por Pascua se nos acumularon ocho días de vacaciones. No valía la pena ir a Cardedeu aquella vez, ya que Agnès estaba con sus padres en Madrid y Álex estaba liado con no sé qué historia política. Mi amigo había ido en las listas de ACR en las elecciones municipales de 1934 y había entrado como regidor en el ayuntamiento, así que acepté la invitación de Giovanni para visitar Nápoles.

»Aquello coincidió con el momento peor de mi relación con Agnès y el mejor con Marie. Estaba tan confundido que Giovanni salió a mi rescate con su invitación.

»Fue un verdadero palizón de tren. Se tardaba más en llegar que a Barcelona. De los ocho días nos pasamos dos de ida y dos de vuelta. A pesar de todo, la ciudad valió la pena. A orillas del Mediterráneo y con el Vesubio justo detrás, amenazando de erupción en cualquier momento.

»Giovanni pertenecía a una familia bien situada de Salerno. Allí tenían una casa bastante grande y además eran propietarios de un apartamento en el barrio

de Lungomare en Nápoles. Fueron todos muy amables conmigo y me trataron muy bien. Yo no creo que tuviesen ninguna relación con la Camorra, aunque francamente tampoco puedo decir lo contrario.

»Su madre nos dio de comer lo que ella llamaba la mejor comida de toda Italia, y la verdad, es que con los años y cuando he vuelto al país, he podido comprobar que era cierto que en Nápoles se comen algunos de los mejores platos de la gastronomía del país.

»En aquel momento en Italia mandaba Benito Mussolini. Llevaba ya varios años gobernando y tenía mucha gente de su parte. Era una dictadura fascista disfrazada de democracia. Los italianos habían ampliado sus colonias, sobre todo, en Eritrea y Somalia, y eso le daba bastante popularidad.

»En Italia no había un antisemitismo como en Alemania, pero a pesar de eso, mi amigo me recomendó que viajase con mi pasaporte español —aún no había renunciado a la nacionalidad—, ya que, si bien no se perseguía a los judíos, no estaban bien vistos, mientras que los españoles se consideraban amigos.

»A pesar de todo se percibía en el ambiente la presión de la dictadura. No sabría decirte en qué se notaba exactamente, pero sí que había carteles propagandísticos por todos los lados y era muy fácil oír en las conversaciones de la gente corriente el *Duce* esto o el *Duce* aquello otro.

»La familia de Giovanni eran conservadores, pero no fascistas. Consideraban el fascismo como una aberración y temían las consecuencias que podría tener en la vida de la ciudad. Tenían miedo de Alemania, igual que en el resto de Europa, aunque se consolaban pensando que al haber una buena relación entre los gobiernos de los dos países, ellos no se iban a ver castigados por las tropas de Hitler.

»En parte fue así.

»A mi regreso a París, no pude evitar escribir una larga carta a Álex explicándole las percepciones que había recibido en mi viaje. Sabía que él estaba comprometido con las izquierdas y comprendería mi inquietud. No tardó en responderme y en su carta, aparte de explicarme muchas cosas, me advertía del peligro que corría en París si estallaba la guerra. Hitler era descaradamente antisemita y yo tenía orígenes medio judíos y un apellido que me delataba.

» «*A la primera situación de peligro que veas, corre para España*».

»Me decía, ignorante de lo que se les venía encima a ellos.

»En aquella carta ni una vez mencioné a Marie y él no me preguntó.

»En el verano de 1935 cuando viajé a España, celebramos la boda entre Sally y Manuel. Hacía tiempo que se veía venir y que la relación entre ellos se había

consolidado.

»Mi tía fue la que un buen día los juntó a los dos.

»—Sally, ya tienes treinta y dos años. Deberías saber qué quieres hacer con tu vida.

»—¿A qué te refieres, Inés? —Se ve que le dijo, haciéndose la tonta.

»—Sé que estás en relaciones con Manuel, bueno, lo sabe todo el mundo y en realidad vosotros no lo habéis escondido nunca, así que, teniendo en cuenta que empezáis a ser mayorcitos, creo que lo ideal es que os casaseis de una vez.

»Sally bajó la mirada mientras que Manuel miraba a mi tía y le decía:

»—Yo le he pedido matrimonio en más de una ocasión, pero ella siempre me ha dicho que se había comprometido a cuidar de los hijos de Clara y que estaba en deuda con usted. Por eso no se ha atrevido nunca a dar el paso.

»—Todo esto es un poco absurdo —dijo mi tía con rotundidad—. Los niños de Clara ya son mayores y no necesitan que estés encima de ellos y tú no me debes nada. Siempre te he considerado como una sobrina más, como alguien de la casa. Vosotros dos estáis enamorados desde hace tiempo, pues lo normal es que os caséis. Te puedes mudar a la casa de los masoveros con él y seguir al lado nuestro. Lo único que cambiaría es que por las noches te irías a dormir allí, el resto del tiempo todo puede seguir exactamente igual.

»El quince de julio de 1935 se casaron. Esperaron a que yo estuviese allí y fui el orgulloso padrino de boda de mi querida Sally. Fui yo como el hombre de la familia quien se la entregó a Manuel en el altar.

»Los padres del joven eran muy mayores y no pudieron venir a la boda, a pesar de que mi tía se ofreció a pagar todos los gastos. Para compensar, ellos fueron a Jaén de viaje de novios y Sally pudo conocer a su nueva familia y el lugar de donde venía su flamante marido. En la boda estábamos todos nosotros, con nuestras mejores ropas y con ganas de pasarlo bien. Carmeta y la tía prepararon un gran banquete y pusimos las mesas en el jardín.

»Yo sabía que a Sally le gustaba mucho bailar y mi regalo fue un gramófono que acarreé desde París con cuidado de que no recibiese ningún golpe. Agnès se encargó de conseguir en Barcelona los discos que sabía que le gustaban tanto a ella como a él.

»Se marcharon en tren al día siguiente. La tía le ofreció a Manuel llevarse el Hispano Suiza, mientras que Álex y yo cruzábamos los dedos para que dijese que no, porque eso nos dejaba sin nuestro medio de transporte favorito durante unos días, y afortunadamente Manuel dijo que no, que las carreteras no eran tan buenas por allí y que no quería tener una avería o causarle algún daño al

vehículo.

»Cuando nos tuvo a los dos cerca y sin que nadie nos oyese, nos avisó de que «le debíamos una», bromeando. De alguna manera, si Sally era casi como una hermana para nosotros, Manuel se había convertido en nuestro cuñado.

»Gracias a que teníamos el Hispano Suiza, Ada, Agnès, Sara, Álex y yo, nos pudimos escapar más de un día a la playa. Solíamos ir a Arenys de Mar que era la que más nos gustaba y nos pasábamos el día allí. Fue un poco difícil conseguir que el padre de Agnès la dejase venir por miedo a que sufriésemos un accidente, y Álex y yo le tuvimos que dar una vuelta con el coche para que viese que los dos sabíamos conducir bien y que no era de esperar que su hija sufriese ningún accidente.

»Nos llevábamos nuestra cesta cargada de bocadillos, algún refresco hecho por nosotros con naranja o limones, un poco de vino y agua, y salíamos temprano. Cuando llegábamos, montábamos nuestros toldos para protegernos del sol y no achicharrarnos, y allí pasábamos el día jugando, bañándonos en el mar o simplemente descansando en la arena.

»Álex y yo nos turnábamos para conducir y generalmente uno subía el coche y el otro lo bajaba. Debo reconocer que mi amigo conducía mucho mejor que yo. Tenía mucha más experiencia porque siempre estaba dispuesto a llevar a la tía a Barcelona o a Granollers, mientras que yo me tenía que conformar con los días de vacaciones.

»Aunque ya teníamos veinte años, o los íbamos a cumplir en breve, a veces jugábamos como niños. Parecía que el tiempo no había pasado, pero eso no era más que una ficción, el tiempo sí que pasaba.

»Cuando estaba aquí, Marie y mis amigos de París, se esfumaban de mi mente.

Kevin observó cómo Thomas sacaba unas fotos pequeñas de la carpeta amarilla. Eran fotos de aquel verano en la playa. Ada le había regalado una cámara a Álex y gracias a lo pesado que se puso con las fotos, ahora tenía encima de su cama un recuerdo gráfico de aquellos días.

Salían los cinco, en unas ocasiones eran fotos de varios de ellos, en otras de alguno en particular, y había un par de fotos en las que salían todos. Supuestamente alguien había accedido a hacerla.

Álex las revelaba. Se había aficionado tanto que había aprendido todo el proceso para hacerlo. Tenía un pequeño cuarto oscuro en Can Tomeu y hacía copias para toda la pandilla. Algunas quedaban mejor que otras, pero eso no importaba, él hacía la copia igual.

Me las envió por correo a París —dijo Thomas—, recuerdo que era invierno y

los días de sol estaban lejos. Cada noche antes de irme a dormir las miraba e intentaba recordar las sensaciones de aquellos momentos.

En realidad, nosotros éramos un caso extraño. No dejábamos de ser un grupo de privilegiados. En Can Tomeu teníamos un nivel elevado de vida, en parte, por la herencia que había recibido la tía Inés y, por otro lado, estaba lo que nos había caído a nosotros de mis padres. La explotación daba para cubrir gastos y al final todo quedaba a cero.

El padre de Agnès era un profesional con un pequeño negocio muy valorado, y ellos también tenían recursos suficientes para vivir desahogadamente. En el caso de Álex, puedo decirte que su familia era muy trabajadora y en aquella casa todo el mundo arrimaba el hombro y cuando hacía falta hasta Ada, Manuel, Sally y yo aparecíamos por allí a ayudar. Can Volart quizás era más rentable que Can Tomeu, pero en su caso ellos eran una familia muy amplia y era más difícil mantenerlos a todos. Por aquella época, Álex ya trabajaba en el ayuntamiento y llevaba las cuentas de mi tía, así que había dejado de ser una carga para pasar a ayudar. Las hermanas mayores también se habían casado y se habían marchado y en Can Volart se vivía una situación económica un poco mejor.

En Cardedeu el nivel de vida era bastante bueno y si lo miramos con perspectiva, en Granollers también. En Barcelona ya era diferente. Había barrios obreros en los que la gente pasaba muchas dificultades para llegar a final de mes. Muchos habían llegado de otros lugares de España huyendo de la pobreza y se metían en barrios por entonces periféricos en condiciones bastante malas.

Te mentiría si te dijese que en París no pasaba algo similar. En ambas ciudades, los ayuntamientos dedicaban recursos y esfuerzos para reducir el problema, pero era algo parecido a barrer el desierto, por más que hiciesen, llegaba gente nueva cada día.

En el caso de Barcelona, esa gente era la que una vez que se situaban, pasaban a formar parte de los sindicatos y de los partidos de izquierda. Eran personas que tenían muy pocas cosas que perder, y por eso estaban más dispuestos a manifestarse o a encabezar una revolución. Esa situación afectó en muchos aspectos a la República y ya sabemos lo que pasó después.

Thomas se quedó en silencio.

Kevin lo miró y le pareció que la expresión de cansancio era aún peor que por la mañana.

—¿Te encuentras bien? —preguntó alarmado.

—No —dijo Thomas con un hilo de voz—. Por favor, avisa a la enfermera.

Kevin se dio cuenta de que Thomas dedicaba toda la energía que le quedaba en

respirar. No le estaba llegando suficiente aire a los pulmones.

En un instante, Kevin apretó la alarma y empezó a sonar un zumbido en la puerta de la habitación. Thomas tenía cogida con fuerza la mano de Kevin.

Pasaron unos segundos, aunque a Kevin le parecieron minutos, cuando la enfermera entró en la habitación. Echó a Kevin al pasillo y pudo ver cómo enseguida llegaba una camilla con oxígeno. La llevaban dos camilleros que no había visto nunca antes en el centro.

Llamó a Celia.

—Ya sé lo que está pasando —le dijo nada más descolgar—. Una ambulancia se lo va a llevar a Granollers. Yo estoy en Barcelona y voy para el hospital.

—¿Puedo acompañarlo?

—Si te ves con valor, acompáñalo. Él lo agradecerá, pero tienes que animarlo y no debe notar que estás asustado.

—De acuerdo.

Celia ya había colgado el teléfono.

Unos segundos más tarde, Kevin pudo oír el sonido de la sirena de la ambulancia. En aquel justo momento salieron de la habitación los camilleros con la enfermera y Thomas estirado. Corrían por el pasillo a toda velocidad. Kevin iba al lado de la camilla.

Thomas parecía dormido, como si le hubiesen dado un calmante.

Cuando llegaron a la ambulancia, le dijo a la enfermera:

—Me voy con él, tengo permiso de la doctora.

—Si no quiere no es necesario, puedo ir yo.

—Por favor, decídanse ya y que venga solo una persona —dijo el conductor de la ambulancia.

—Voy yo —dijo Kevin, subiéndose en la parte de atrás al lado de la camilla.

Cogió la mano de Thomas, que respondió apretándola.

—Tranquilo, vamos al hospital y allí seguro que te pones bien —iba diciendo Kevin con un tono de voz que fingía optimismo y de tono suave, pero suficiente para que le oyese.

La ambulancia voló y en pocos minutos llegaban al Hospital General de Granollers. Entraron por urgencias y se llevaron la camilla con Thomas. Kevin se quedó parado en la entrada, no le dejaron seguirlos.

Una enfermera se dirigió a él:

—¿Usted le acompaña?

—Sí —dijo Kevin que notaba que ahora que se había quedado solo le salía todo el miedo que había pasado en aquellos minutos.

—Venga conmigo, por favor. No se preocupe, en este momento está en muy buenas manos y van a hacer por él todo lo posible.

Caminaron hasta la sala de espera del hospital y entraron en un pequeño despacho anexo a la sala.

—Siéntese aquí. ¿Quiere que le traigamos un vaso de agua o un café o alguna cosa? Tiene cara de haber pasado un mal rato.

—No, gracias —respondió.

—¿Es usted familiar?

—No. Soy un amigo de la familia. —Es lo primero que se le pasó por la cabeza para no tener que dar muchas explicaciones.

—¿Estaba presente cuando se ha producido la crisis?

—Sí. Él está ingresado en la residencia Sant Julià. Le atiende la doctora Celia Lluch.

—Estamos informados, no se preocupe. Ella nos ha llamado y nos ha explicado las cosas más importantes a tener en cuenta. De todas formas, tenemos aquí su historial. Le aconsejo que pase a la sala de espera y tan pronto como sepa alguna cosa se lo diremos, además, creo que ha llegado ya un familiar suyo, así que podrán hacerse compañía.

Salió a la sala en la que curiosamente solo había otra persona. No podía ser otro el familiar que le habían comentado. Kevin fue hacia allí.

Era una mujer de entre sesenta y sesenta y cinco años. Se conservaba bastante bien. Iba vestida con ropa cara y parecía un poco alterada.

—Buenos días —dijo Kevin—. ¿Es usted familiar de Thomas Levi?

La mujer le miró extrañada, pero entonces recordó algo que le habían comentado hacía unos días.

—Hola —dijo—. Sí, soy su sobrina. Imagino que es el periodista americano que le está entrevistando para su biografía.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Marta —dijo la mujer estrechándole la mano—. Soy sobrina de Tomás. Nosotros siempre nos referimos a él con el nombre de aquí.

—¿Es usted hija de Ada o de Sara?

—Sara era mi madre. Era la hermana menor del tío Tomás.

—Me ha hablado de ella —dijo Kevin a la vez que sonreía—. Era cinco años menor.

—Sí. Era la más pequeña de los tres. —Cambiando de tema, pasó a comentar sobre Tomás—: La verdad es que ya está muy mayor, nadie pensaba que iba a vivir tanto, aunque a pesar de lo mal que lo pasó en la guerra se recuperó bien.

—Todavía no hemos hablado de esa época. De momento, hemos llegado a cuando era estudiante en París.

—Pero imagino que sí que le ha hablado de mis tíos, ¿no?

—Sí, de Ada, de Agnès, y de Álex.

—Veo que sí. ¿Sabe una cosa? Mi tía Agnès era tan guapa y tan fina que cuando yo era pequeña quería ser como ella. El problema es que solo nos veíamos muy de vez en cuando. Ellos vivían lejos y no podían venir siempre que querían. Aparte de los problemas políticos, aunque eso último después de los primeros años de Franco, ya se fue suavizando y en realidad ellos no tenían ningún delito grave.

La mujer estaba nerviosa y hablaba saltando de un tema a otro de forma un poco inconexa.

Pasaron aproximadamente una hora en aquella sala. Kevin fue a buscar café para los dos y Marta le estuvo hablando de sus recuerdos de infancia relacionados con su tío. Tuvo la sensación de que para ella era como hablarle casi de gente de ficción, en parte por la distancia, y por el tiempo transcurrido desde que había dejado de verlos.

Inesperadamente, se abrió la puerta del despacho y salió la enfermera que se dirigió directamente a ellos:

—Enseguida vendrá su doctora de la residencia a hablar con ustedes, pero me han dado permiso para comentarles que se pondrá bien. Que tan solo ha sido un susto. La doctora les dará los detalles. En cualquier caso, el señor Bosch deberá cuidarse, pero con un poco de suerte podrá tener una vida más o menos como la que llevaba.

Kevin le dio la mano como agradecimiento. Fue un gesto espontáneo que sorprendió a las dos mujeres.

—Gracias, doctora —dijo, descansado.

—Soy enfermera —rio la mujer—, de todas formas, de nada. La doctora no tardará mucho en venir y seguramente en un par de días se lo podrán llevar a la residencia.

Se volvieron a sentar mucho más relajados.

Al cabo de media hora, entró Celia en la sala.

Marta se levantó y se fue directa a ella abrazándola y poniéndose a llorar. Imaginó Kevin que por fin la mujer dejaba salir las emociones reprimidas.

—Va, mamá —dijo Celia al cabo de un poco— ya está. De esta se pondrá bien.

¿Mamá? Pensó Kevin, entonces Celia es familia de Thomas, ¿por qué no se lo habían dicho antes?

Celia se acercó a Kevin.

—¿Cómo estás? Te has llevado un buen susto —afirmó ella con una sonrisa.

—Ahora, mejor. La verdad es que me he asustado mucho. Menos mal que esta mañana me has explicado lo que tenía que hacer.

—Lo has hecho muy bien —le reconoció.

—¿Thomas es tu tío?

—Bueno, en realidad sería mi tío abuelo, creo que se dice así. Es tío de mi madre. Sara era mi abuela.

—¿Cómo no me has dicho nada?

—Porque no es importante. En Dreams lo saben, pero pensamos que no era necesario darle publicidad al tema. De hecho, cuando murieron Ada y Sara con muy poco tiempo de diferencia, él pensó que tampoco tardaría demasiado y decidió que, ya que había nacido en Boston, escogía Cardedeu —su otro lugar— para morir. En parte, su decisión influyó en el hecho de que yo trabajo en la residencia y que de esta forma estaría siempre cerca de uno de nosotros. Podría haber ido a casa de mi madre, pero allí no hubiese estado tan bien atendido, sobre todo en caso de emergencia como hoy.

—¿Qué le ha pasado al tío, nena? —preguntó Marta que había estado observando cómo se miraban su hija y el periodista. La mujer no tuvo ninguna dificultad en identificar el tipo de relación que tenían. Sometería a su hija a interrogatorio tan pronto como le fuese posible. Aquel joven no estaba mal.

—Pues resulta que ha tenido un pequeño infarto.

Marta se llevó la mano a la boca.

—Tranquila, no ha sido importante. Generalmente las personas de su edad sufren de temas cardíacos porque sus corazones, agotados, empiezan a tener problemas de funcionamiento. En su caso, no sabría decirte si ha influido el leve constipado que tenía o el que ha sido, pero ha acabado provocando ese pequeño infarto.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Kevin.

—Estoy segura de que sí. Estará ingresado un par de días y después me lo llevaré a la residencia. Podréis seguir con lo vuestro si él quiere, pero te pediría que me dieras unos días. Quizás de aquí a una semana si todo va bien os podéis volver a encontrar para vuestras conversaciones.

—El tiempo que haga falta. Llamaré a la editorial y lo comentaré con ellos para que estén informados.

—¿Podemos verlo? —preguntó Marta.

—Podéis, pero debe ser separados por el cristal. Él está sedado en la UCI y no

va a saber que estáis ahí, pero si así os quedáis más tranquilos, os acompaño.

Caminaron hasta allí y pudieron comprobar que estaba tal y como les había explicado Celia. A Marta le cayó alguna lágrima discreta que disimuladamente retiró de su rostro antes de que hiciese estragos en su maquillaje y Kevin lo miró pensativo. Todos los personajes de su relato le habían acompañado en los primeros años de su vida. Por casualidades de la vida, él iba a ser un compañero en los de los últimos tiempos, porque viéndole, le pareció que a Thomas no le quedaba mucho.

—Vámonos —dijo Celia—. Que descanse y en cuatro días estará como siempre.

Salieron a la calle. Era la hora de comer.

—Me voy a casa —dijo Marta—. Esta tarde he quedado y tengo que comer alguna cosa. Si hay cualquier complicación, llámame.

—¿Quieres comer con nosotros? —preguntó Celia.

—No, comed tranquilos y esta noche hablamos —dijo, mirando a su hija, haciéndole saber con la mirada que se había dado perfecta cuenta de todo.

—Como quieras —respondió.

Se dirigieron hacia uno de los bares que estaban alrededor del hospital. Se sentaron y pidieron. Ninguno de los dos tenía mucha hambre.

—Cuando acabemos, te llevo a la residencia. Imagino que tu coche se ha quedado allí.

—Es verdad —dijo Kevin—, hasta ahora no lo había pensado.

—¿Estás bien? —preguntó Celia.

—Hombre, pues la verdad es que me he asustado mucho. Nunca me había visto envuelto en una emergencia de este tipo. Realmente eso me da más argumentos para admirar a la gente que os dedicáis a este tipo de negocio.

—Son trabajos vocacionales. Además, a todos nos enseñan cómo debemos reaccionar y qué cosas tenemos que hacer en cada caso. Para nosotros, no es igual que para los que sois de otros sectores. Por otro lado, siéndote franca, debo reconocer que con los años te endureces y cada vez duele menos la pérdida de un paciente.

—Pero en este caso es diferente. Se trata de un familiar tuyo.

—En este caso, sí que es diferente porque es mi tío y además mi familia lo ha dejado bajo mi responsabilidad, porque confían en que soy una buena profesional y sabré qué hacer en cada caso para que no sufra.

—¿Sois muchos de familia?

—¿Todavía no te ha hablado? —preguntó con una sonrisa.

—No hemos llegado tan lejos.

—Mi tío tiene dos hijos, Ada tuvo tres y Sara solo a mi madre. Luego ellos tuvieron más hijos, entre ellos yo, así que puedes hacerte a la idea de que somos unos cuantos. La cuestión es que la mayoría de ellos están en los Estados Unidos y es muy complicado reunirnos. Alguna vez hemos organizado alguna fiesta, por la boda de alguno, y mi madre, mi hermana y yo, hemos ido allí. Hoy en día hay aún más generaciones. Hasta biznietos.

—¿Thomas tiene biznietos?

—Eso no lo he dicho yo, y además no te lo voy a decir. Ya te contará él mismo lo que considere más oportuno. —Rio, dejando el tema allí.

—Me has sorprendido con que Thomas sea tu tío. —Kevin volvió al tema, en realidad se sentía un poco traicionado.

—Lo siento, espero que no te sepa mal. Cuando planeamos todo esto, pensamos que era más interesante que yo no interviniese para nada y por eso decidimos entre todos que no explicaríamos nuestro parentesco. Si no hubieses coincidido con mi madre no te habrías enterado. Tampoco estaba en mis planes la relación que tenemos en este momento.

—La vida tiene todo tipo de sorpresas —dijo Kevin con una sonrisa y apuró la jarra de cerveza que había acompañado a la comida.

Acabaron de comer cuando ya eran más de las tres. Celia llevó a Kevin hasta la residencia y él pudo recuperar su coche. Ella explicó al personal que se encontraba cuando el incidente lo que había pasado y qué pronóstico tenía.

Se despidieron y Kevin le pidió permiso para ir llamándola para saber cómo seguía. Ella le dijo que estaría encantada, pero que además de llamarla, también podían verse algún día por Granollers.

Kevin se marchó a la Fonda.

No tenía ganas de hacer nada, así que cuando llegó se estiró en la cama con la mente en blanco y dejó pasar el rato.

Tenía que llamar a la editorial, pero le daba tanta pereza que pasaron dos horas antes de que se decidiese a marcar el teléfono de John.

—Kevin, ¿cómo estás? Estoy en una reunión, sé breve.

—Te llamo para comentarte que hemos tenido un pequeño problema. A Levi le ha dado un pequeño infarto.

—¡La leche! —exclamó—. ¿Sobrevivirá?

—Sí. Ha sido suave. En una semana calculamos que estará más o menos bien, como para poder seguir con el trabajo.

—Perfecto. Te dejo porque me están reclamando. Ya hablaremos. —Y colgó el

teléfono.

Kevin se quedó con un palmo de narices. «Vaya impresentable», pensó.

SEGUNDA PARTE:
TIEMPOS DE GUERRA (1936-1945)

CAPÍTULO 11

Verano del 36

Tomás tardó diez días en estar suficientemente bien como para que Celia autorizase a Kevin a volver a recuperar su actividad para Dreams. Durante ese tiempo, John Brown le había encargado una serie de cosas que nada tenían que ver con Levi y que sirvieron para rentabilizar el tiempo de su delegado en España.

Era la una de la madrugada del día siguiente al infarto, cuando Kevin recibió una llamada al teléfono del hotel. Aquellos días prefirió no dejarlo descolgado durante la noche, por si Celia le llamaba con alguna novedad.

De hecho, el sonido del aparato le hizo saltar en la cama temiendo que a él mismo le diese también un ataque cardíaco.

—¿Sí?

—Hola, Kevin, ¿cómo estás? Espero no haberte despertado.

—Hola, John. Estaba durmiendo, aquí es la una de la madrugada —dijo, mirando el reloj.

—Ah, bueno... oye, quiero proponerte algo. Como entiendo que durante estos días vas a estar totalmente inactivo, he pensado que podría ocuparte de alguna forma.

—Tú dirás.

—No sé si estás al corriente de que la serie de televisión *Juego de Tronos* ha filmado algún episodio en España y de entre ellos, en la ciudad de Girona a escasamente sesenta kilómetros de donde tú estás.

—No estoy al corriente.

—Pero ¿conoces la serie?

—¿Quién no ha oído hablar?, he visto algún capítulo suelto, pero no la he seguido.

—No importa. Lo que quiero es un reportaje sobre la ciudad de Girona. Lo publicaremos en prensa y veremos qué ocurre. En los Estados Unidos, y en el mundo entero, hay mucha gente enganchada a ese programa y se sabe que se ha rodado en estos lugares, así que mostrarán interés y es posible que nos ayude con las ventas. Quiero un reportaje y, además, fotos. Te he pasado un email con los detalles del tipo de texto y con los lugares emblemáticos a conocer. También te

he pasado un contacto de la HBO, que es la cadena que lo emite y que están interesados, y teléfonos y nombres en la ciudad de gente conocedora para que te ayuden. Por cierto, que quiero que incluyas *Canet de Mar* y en concreto el *Castell de Santa Florentina*, que también han utilizado como decorado. La *Diputació de Girona*, la *Generalitat de Catalunya* y el propio *Ministerio de Turismo Español* están al corriente y a nuestra disposición para este trabajo. Te aconsejo que no pierdas el tiempo con la Generalitat y el Ministerio, ve directo a la Diputación. Son los que más saben, ya que es un órgano local.

—Mañana a primera hora me pongo en el tema.

—Así me gusta, ese es mi chico. Por cierto, ¿cómo sigue Levi?

—Por lo que sé, bien. Está estable y va mejorando poco a poco, aunque aún ha pasado muy poco tiempo y hasta dentro de un par de días no creo que le dejen salir del hospital. Intento visitarlo cada día unos minutos.

—Está bien. Espero que te emplees a fondo en lo que te he encargado. Estoy haciéndote una gran promoción aquí y espero que no me dejes en ridículo. Posiblemente cuando vuelvas, y si todo sale bien, tu estatus en la compañía habrá mejorado mucho, así que no me falles. Tenemos un montón de ojos observando.

—No te preocupes. Lo haré bien.

—Eso espero. Buenas noches.

Y sencillamente colgó el teléfono. Kevin aún se quedó unos segundos aguantando el auricular hasta que decidió colgar lentamente.

Sabía que no iba a dormir, así que se fue directo a la nevera y se llenó medio vaso de whisky, que se tomó mientras navegaba por internet buscando información sobre Juego de Tronos y la ciudad de Girona. Había mucho material y pasó un par de horas leyendo. Al final, cansado, se volvió a dormir.

Dedicó toda la semana siguiente a contactar con todas las entidades y organizaciones de la agenda que John le había enviado y finalmente consiguió un contacto a través de la *Oficina de Turismo* de la ciudad, que fue la que puso a su disposición un guía que, por ende, era un aficionado a la serie y que prácticamente fue el que le hizo el trabajo.

Le guio por los escenarios donde habían grabado y le explicó lo que pasaba en cada momento y quién era quién. Xevi, que era como se llamaba, le ayudó a desconectar de la biografía de Levi durante aquellos días y además dio la casualidad de que era un gran conocedor de los lugares donde se comía mejor de la ciudad y de los mejores sitios de diversión.

Kevin pasó tres días y dos noches realizando el trabajo de campo y

posteriormente otros tres en Granollers dándole formato a todo.

Menos las dos noches que pasó en Girona, todos los demás días buscó siempre un momento para visitar brevemente a Levi e intentó también sacar tiempo para despejarse en el gimnasio. Vio muy poco a Celia y solo pudieron pasar juntos una noche, en la que cenaron y luego fueron a la Fonda hasta la mañana siguiente.

El reportaje que envió a Boston entusiasmó a John y amenazó con enviarlo a Sevilla y a Toledo a conseguir otro tanto, pero Kevin le hizo ver que tenía que recuperar el tema Levi. No podían olvidarse de la auténtica razón por la que estaba allí.

En lo personal, Kevin consiguió de aquellos días el contacto de Xevi, que mantuvieron mientras duró su estancia y el conocimiento de una bella ciudad poco conocida en los Estados Unidos hasta el momento.

Eran ya los primeros días de diciembre y parte del reportaje de Girona se había hecho con una luz que a él le parecía que acentuaba su aspecto medieval. En sus fotos, se percibía la humedad del ambiente, y la oscuridad de aquella parte del año. Había rincones que no debían haber cambiado mucho en los últimos siglos.

Era prácticamente imposible acabar el trabajo de Levi antes de Navidades, por lo que estaba convencido de que tendría que pasarlas allí. La perspectiva le gustaba y seguía teniendo en mente hacer una escapada a París. Tenía que encontrar el momento de proponérselo a Celia, aunque no estaba seguro de que sus compromisos familiares durante esas fechas le permitiesen la escapada que pretendía hacer.

Por suerte, cuando ya estaba acabado el encargo de *Juego de Tronos* y ya no tenía nada pendiente en qué ocupar su tiempo, Celia le interceptó en su breve visita a Thomas.

—Hola, Kevin. ¿Tienes un momento?

—Claro que sí. Ayer envié la documentación que me pedían a Dreams y he quedado liberado de momento de trabajo. No sé qué haré hasta que Thomas esté bien.

Habían entrado en su despacho mientras hablaban.

—Pues, si te gusta trabajar, tengo una buena noticia para ti. He pensado que a partir de mañana podemos reemprender la actividad. Primero, con mucho cuidado y mucha calma. No quisiera que tuviese una recaída, pero yo creo que ya está bastante recuperado y su mejoría está consolidada.

—No me ha dicho nada, vengo de verlo.

—Es que aún no lo he comentado con él, pero tanto tú como yo, sabemos

perfectamente que estará encantado. De hecho, ya hace un par de días que me preguntó cuándo pensaba que podríamos volver, porque él se encontraba perfectamente.

—Ostras, no sabes cómo me alegro. Echaba de menos nuestras conversaciones, además de que me tiene enganchado a su historia.

—Me alegro de que te guste trabajar aquí.

—Por cierto —aproveché Kevin aquella conversación en privado—. Veo que las Navidades las pasaré aquí porque es imposible que acabemos el trabajo antes. Es más, casi apostaría que buena parte de enero también me tocará seguir en Granollers y había planeado hacer una escapada a París por las fiestas. ¿Te apetece acompañarme?

—Humm... ¿me estás proponiendo un viaje romántico?

—Bueno, pues sí y también, turístico. No he estado nunca y pienso que es una pena estar aquí y no acercarme. Había pensado salir de Barcelona el día 24 o 25, que no debe haber mucha gente viajando y volver al cabo de una semana.

—Déjame que lo piense y que lo hable con mi madre y con mi hermana. Desde que murió mi padre ya no celebramos la Navidad como antes, pero a pesar de todo, algún día nos reunimos. Si salimos el 25 por la tarde puedo pasar la comida de ese día con ellas y luego ya nos volveremos a ver en la fiesta de Reyes.

—¿Qué fiesta es esa?

—Se celebra aquí. Es una fiesta en la que se hacen regalos a los niños. Es muy bonita, si estás por aquí te gustará porque se organizan cabalgatas y un montón de cosas para los más pequeños de cada casa.

—Bueno, tan pronto como puedas, dime algo porque debería encargarme los billetes de avión y el hotel en la ciudad.

—En un par de días te confirmo.

Salió de la residencia contento. Le apetecía mucho que Celia le acompañase, no solo porque era la ciudad de *l'Amour*, sino que tampoco le apetecía tanto viajar solo. Además, que podrían profundizar un poco en su relación y ver hacia dónde iba todo aquello.

Estaba contento de recuperar la rutina de hacía unos días y envió un mensaje de email a John avisándole de que al día siguiente reemprendían el proyecto.

Aquella noche volvió a desconectar los teléfonos para estar fresco por la mañana.

Se despertó temprano y partió para la residencia. Iba contento y llegó unos minutos antes de lo previsto.

Antes de irse a dormir había estado repasando todas las notas y todo lo escrito

hasta el fatídico día del infarto. Evidentemente no releyó todo el material ni oyó todas las grabaciones. Eran muchas horas registradas y un montón de fotos, pero cuando se fue a dormir, volvía a tener en mente todo lo tratado hasta entonces.

Sonrió al pensar que era como si Ada, la tía Inés, Álex, Agnès y todos los otros volvieran para saludarle y recordarle sus historias. Kevin los tenía a todos en su mente bien frescos y como si se hubiesen despedido el día anterior.

Cuando entró en la residencia, la primera persona que se encontró fue la mujer que solía ir a recoger a Thomas para llevarlo a comer la mayoría de los días y se saludaron. Él aprovechó para preguntar dónde estaba Levi y ella le indicó que le esperaba en la habitación, que había pasado muy buena noche y que estaba impaciente por verle.

—Ya verá, lo encontrará como nuevo —dijo, mientras se alejaba hacia donde le debían reclamar sus obligaciones.

—Buenos días —saludó Kevin, mientras entraba en la habitación.

—Hola, Kevin —dijo Thomas con una gran sonrisa—. No quieras saber cuánto he estado esperando este momento de seguir con nuestra historia.

Kevin se acercó y le dio la mano y no pudo contener darle un tímido y afectuoso abrazo.

—Me alegro mucho de verte también. Me diste un buen susto y durante los primeros días me hiciste sufrir.

—No te preocupes. No me voy a ir hasta que hayamos acabado como mínimo el trabajo.

—Bueno, espero que sea bastante más tarde.

—Tengo cien años —sonrió—, no sé si quiero estar mucho más tiempo por aquí.

—¡Va!, no digas esas cosas.

—Bueno, ya me dirás qué hago aquí. Todos están ya en el otro lado, así que me he quedado más solo que la una. A veces pienso que me están esperando.

—Pero me han dicho que tienes familia en los Estados Unidos y aquí también sé que tienes a tu sobrina y a tus sobrinas nietas, o como se diga.

—Oye, ya hablaremos de todo eso. De momento, vamos a lo nuestro. ¿Recuerdas en qué punto estábamos?

—Sí. Estábamos en las puertas de la Guerra Civil.

Thomas abrió su carpeta verde. Era nueva, el material de la amarilla ya se había tratado, así que aquella noche se la podría llevar para escanearla.

—Enciende tu grabadora y empezamos.

»Como me decías, estamos en el año 1936.

»Aquel año fue muy importante ya que de alguna manera redibujó nuestras vidas y como resultado de los hechos de aquellos días todo evolucionó en un sentido o en otro.

»En el año 1935, había tenido una discusión importante con mi tía. Fue durante el verano. Una tarde me avisó de que quería que hablásemos en privado.

»Entré en su despacho y la verdad es que la vi preocupada.

»—Siéntate Tomás, tenemos que hablar de cosas serias y es importante que hoy mismo tomemos una decisión.

»Cuando me senté, mi tía fue directa al tema que le preocupaba.

»—Hasta ahora hemos estado en el limbo de tu nacionalidad. Hemos utilizado un poco a nuestro antojo la española mientras has estado aquí y la norteamericana a instancias de Scott cuando te has ido a Francia.

»—Es verdad. Ha sido un poco una locura, ya que hubo momentos en que me olvidaba de qué nombre estaba usando en cada momento.

»—Verás, hijo, la situación aquí no está nada clara y antes de cumplir los veinte años, es decir en menos de un par de meses, tienes que ir al ayuntamiento a inscribirte como quinto para el servicio militar. Eso implica que el año que viene tendrás que venir a España dejándolo todo colgado en Francia y pasar al menos seis meses, ya que hoy en día podrías ir como soldado de cuota, aunque por mucho que paguemos, los seis primeros meses no te los quita nadie.

»—Ya tengo planeado preparar las asignaturas de esos meses por libre, además, ya lo he hablado con algunos profesores y no creo que vaya a tener ningún problema. Hay otros alumnos de países diversos que se encuentran en la misma situación y suelen buscarse soluciones, además, en este curso hacemos prácticas, con lo que se pierden menos clases.

»—Tienes razón, el tema hasta ese punto no parece tan importante, pero lo que a mí me preocupa es que aquí las cosas no están nada claras y hay muchos rumores de que los militares pueden estar planeando alguna cosa.

»—Pero solo son rumores.

»—Mira, voy a ir directa al grano, quiero que renuncies a tu nacionalidad española y te quedes con la americana.

»—Ostras tía, no había pensado en eso... yo no tengo nada que ver con los Estados Unidos. No sé qué pensar.

»—En toda mi vida, la única vez en que fui nacionalista y actué como tal, fue cuando perdí a mi marido y eso me costó el distanciamiento con mi hermana. Fuera de aquel momento, nunca me he sentido muy patriota de ninguna nación. Dime, mirándome a los ojos que tú, con una madre catalana, un padre judío de

origen ruso, nacido en los Estados Unidos y criado en España, te sientes muy nacionalista de algún sitio.

»—Francamente, no —dije serio.

»—Pues entonces, hijo, lo inteligente es que, por tanto, te evites problemas, renuncia a la nacionalidad española y quédate como norteamericano. En Francia ya estás como tal y respecto a España no tendrás ningún problema por serlo.

»—Me siento como si estuviese traicionando a todo el mundo.

»—¿Por qué?

»—Porque digamos lo que digamos, los dos sabemos que yo me he criado aquí y soy de aquí, ¿por qué voy a tener una posibilidad de librarme que, por ejemplo, Álex no va a tener?, porque con independencia del país en que nací, yo quiero a este pueblo, a estos bosques y a estas montañas... no sé, tía.

»—Bueno, piénsatelo y mentalízate, pero estoy segura de que tu madre te hubiese aconsejado exactamente lo mismo.

»—No lo sabemos y tampoco importa, ella no está aquí. Estás tú, que para mí has sido como otra madre, así que lo que importa es lo que tú piensas. Lo meditaré y te diré algo. —En aquel momento estaba enfadado, aunque sabía que mi tía tenía razón.

»—No tardes —dijo Inés impaciente, e íntimamente emocionada por el significado de las últimas palabras de Tomás, que le habían llegado al corazón a pesar de que en aquel momento estaban discutiendo.

»—Un par de días —insistí.

»Y acto seguido salí del despacho.

»Mientras salía, oí que ella replicaba:

»—Quiero la respuesta mañana.

»No entendía por qué, ya que era cierto que no me sentía nacionalista de ningún tipo, por suerte para mí, tenía unos orígenes muy diversos y actualmente hablaba correctamente cuatro idiomas, pero sentía que renunciar era traicionar a una parte de mí mismo. ¿Cómo iba a poder mirar a los ojos a Álex, por ejemplo, que no tendría más remedio que ir al servicio militar?

»Cogí mi bicicleta y salí disparado en dirección a Cánovas. Necesitaba desahogarme de alguna manera. Estaba furioso y no sabía si con mi tía o con las circunstancias. No me fijé y el Hispano Suiza que en ese momento entraba en casa, casi me atropella. No miré hacia atrás y seguí pedaleando.

»Lo conducía Álex. Aquella mañana se lo había llevado al pueblo.

»La tía estaba en la puerta con expresión de preocupación.

»—¿Qué ha pasado? —preguntó Álex.

»—He hablado con él del tema de la renuncia, tal y como ya te había explicado.

»—Y veo que no le ha gustado.

»—Evidentemente.

»—No te preocupes, me voy a buscarlo. —Y tras ir a buscar su bicicleta que también estaba en la cuadra junto a la mía, salió detrás de mí.

»Le costó alcanzarme, ya que la ropa y el calzado eran los que llevaba normalmente al trabajo y no eran muy prácticos para atraparme en plena carrera. Además, él no estaba enfadado y no pedaleaba con la misma furia que yo.

»Francamente no me fijé en que me estaban siguiendo y cuando pasé el pueblo de Cánovas y seguí subiendo por la montaña, ya muy cerca de Samalús, vi un lugar que me pareció bien, me bajé de la bicicleta y me senté en el suelo a recapacitar.

»Al cabo de poco, llegaba Álex sudando la gota gorda y agotado de aquella carrera a la que, sin saberlo, le había sometido.

»—Ostras, si quieres que te mate un coche procura que no sea el nuestro —fue lo primero que me dijo cuando pudo empezar a respirar con normalidad.

»—¿De qué me hablas? —le pregunté un poco seco.

»—Has salido de Can Tomeu, que parecía que huías de un incendio.

»—Perdona —dije, reconociendo en mi fuero interno que el pobre tenía razón—. ¿Qué haces tú aquí?

»—He venido a buscarte.

»—Pues sí que tiene mérito, vestido así y con esos zapatos, más te hubiese valido seguirme con el coche.

»—Tienes toda la razón y ahora que lo dices no sé por qué no lo he hecho. Bueno, ahora ya no importa. Se lo que te está pasando.

»—¿Te lo ha contado mi tía?

»—Hace un tiempo que sé que lo está planeando. La verdad es que te conozco como nadie y ya le avisé que no te gustaría, aunque ella insistía en que era lo mejor.

»—Veo que estáis todos al corriente.

»—No, amigo, está al corriente tu tía y estoy yo. ¡Eh, que soy yo, Álex! —dijo con expresión simpática.

»Como siempre hacía, consiguió que se me pasase el enfado. A fin de cuentas, en realidad el asunto casi era conmigo mismo. Mi tía intentaba lo que ella creía que era lo mejor para mí, y Álex también lo veía así, aunque él temía mi reacción.

»—¿Qué piensas tú de todo esto? —pregunté.

»—Mira, Tom, yo en tus circunstancias no tendría ninguna duda en hacer lo que te ha dicho tu tía. La situación aquí no es buena y en realidad, en Europa tampoco. En cualquier momento se lía y vamos a acabar fatal. La nacionalidad norteamericana puede ser muy práctica para ti. En principio, el país va a estar al margen de todo el embrollo y ninguna de las posibles partes va a querer problemas con ellos. No deberías renunciar a la posibilidad de ser solo ciudadano americano. Francamente, me gustaría que Ada hiciese lo mismo.

»—Para mí es como traicionar todo esto y en particular es como traicionarte a ti.

»—No digas tonterías, además, ¿no te estoy aconsejando yo que lo hagas? Tom, deberías ser un poco más práctico para estas cosas.

»Nos quedamos unos minutos en silencio. Álex se había sentado a mi lado en el suelo y sacó el paquete de tabaco y liamos un par de cigarrillos. Ninguno de los dos fumaba más que de vez en cuando y generalmente a escondidas, aunque por aquellos días no estaba mal visto. No sé por qué lo hacíamos así.

»—Está bien —dije.

»—Me alegro, esa es la decisión inteligente, la única que yo esperaba de ti —dijo eso, pasándome la mano por el hombro en aquel gesto tan característico suyo.

»Francamente, no sabía qué gestiones se tenían que hacer para renunciar, pero Álex, de común acuerdo con mi tía, ya había averiguado todos los trámites y cuando volví por Navidad, ya era efectiva la renuncia.

»Álex se había inscrito en el ayuntamiento y a principios del año siguiente lo sortearían para hacer el servicio militar. También iba como soldado de cuota y teóricamente no iba a durar más que seis meses, ya que su padre había reservado la cantidad de dinero necesaria para liberarlo del resto. El ayuntamiento finalmente también había colaborado y hasta mi tía ofreció ayuda, aunque no fue necesario.

»El año en París pasó como todos los anteriores. Ya no necesitaba las clases de francés y era capaz de escribirlo correctamente. Eso fue una suerte porque el nivel de exigencia era muy elevado y la competencia entre los alumnos también era dura. Con el transcurso de los años yo había ido mejorando mis notas y actualmente tenía alguna que otra calificación bastante alta.

»Con mis amigos de Saint-Severin, todo siguió igual. Salíamos los sábados por la noche a cenar y a beber y nos íbamos encontrando en las cenas de Sophie la mayoría de noches durante la semana. Éramos una familia por interés, pero entre

nosotros las cosas funcionaban bastante bien.

»En la escuela, Marie y yo seguíamos en el mismo punto, aunque creo que en lo que respecta a los estudios su ayuda me fue muy bien.

»Agnès también estaba muy concentrada en sus conciertos y en sus exámenes, y en los primeros meses del año no llevábamos uno de nuestros mejores momentos. No pasó nada, pero en realidad cada uno estaba tan centrado en sus proyectos que el tráfico de correspondencia entre nosotros disminuyó. A pesar de todo, yo seguía igual de enamorado de ella que siempre, e imagino que ella también. Diría que los dos estábamos un poco cansados de estar tan lejos durante tanto tiempo y empezábamos a notar el desgaste que aquello causaba.

»En Pascua me quedé estudiando. Eso nos costó una pequeña discusión porque ella pensaba que iría, aunque fuese a pasar una semana en Cardedeu, pero realmente me era imposible. Si no conseguía concentrarme en los estudios, al año siguiente tendría serios problemas.

»El último curso era muy importante. La escuela te enviaba a un periódico a hacer prácticas. Te podía tocar un diario en cualquier rincón de Francia y los que se publicaban en París eran evidentemente los más buscados. La escuela presentaba nuestros expedientes a todos ellos y sencillamente escogían a los mejores. Al final, todos acabábamos encontrando un lugar, pero evidentemente no era lo mismo ir a *Le Fígaro* que a un diario de un pueblo pequeño en el *Massis Central*, aunque me hubiese acertado los trayectos a casa.

»Finalmente, mis notas fueron tan buenas que conseguí plaza en París, en el diario vespertino *Paris-Soir*. Era un buen rotativo, con periodistas de cierta fama y de gran tirada. Empezaba el primero de septiembre, a la vuelta de mis vacaciones.

»Marie encontró plaza en un diario de Lille, era el que ella solicitó, así que posiblemente a partir del curso siguiente nos veríamos en muy pocas ocasiones.

»En mi casa estaban al corriente del intríngulis de la asignación del diario y de la importancia de las calificaciones. En Navidad lo había explicado. No me preguntaban para no añadir presión, pero estaban pendientes. Decidí no explicarles el resultado hasta que no llegase y lo pudiésemos celebrar.

»Llegué justo a tiempo de celebrar la verbena de Sant Joan. Álex me vino a buscar a la estación del Norte con el coche y fue la primera persona a la que se lo conté.

»—Ostras, ¡Felicidades!, me alegro muchísimo. Se van a poner muy contentos cuando se enteren.

»—Francamente, me he quedado muy descansado. Ahora tendré un nuevo reto

cuando vuelva, pero esto empieza a acabarse. Si todo va bien solo te queda una vez más de venir a buscarme en verano a la estación.

»—¿Qué harás cuando acabes?

»—Vuelvo a casa.

»—¿Estás seguro?

»—Por supuesto. En Barcelona hay una oferta suficiente como para intentar encontrar algún trabajo en La Vanguardia o en algún otro diario. De hecho, ya he tenido algún contacto. No sé cómo, pero saben que soy de aquí y que estoy acabando mi carrera en París. Creo que vamos un poco buscados.

»—Más o menos por esas fechas espero también estar de vuelta. Lo celebraremos.

»—Claro que sí.

»Mi reencuentro con Agnès fue aquella misma tarde. Subió a Can Tomeu con sus padres para celebrar la verbena.

»Poco a poco el verano fue tomando el ritmo habitual. Aquel año seguimos con nuestras escapadas a la playa siempre que el trabajo se lo permitía a Álex y a Ada, que aún seguía colaborando con las monjas. En otras ocasiones hacíamos excursiones a la montaña y así el tiempo iba pasando.

»Aquella tranquilidad quedó interrumpida de golpe.

»La verdad es que en Can Tomeu no nos enterábamos mucho de lo que pasaba en el mundo. Teníamos una radio que la tía había instalado en el salón. Durante el invierno, ella dedicaba un rato cada noche a ponerse al día de lo que pasaba fuera de nuestras cuatro paredes, pero en verano lo que apetecía era estar al aire libre y el calor nos hacía más indolentes, hasta el punto de perder el interés por todo lo que pasaba.

»Hasta agosto, Álex iba a trabajar cada día. Generalmente acababa al mediodía y por la tarde nos íbamos todos a la playa. Era el único que seguía llevando una rutina más o menos normal.

»Era el diecinueve de julio y llegó a casa blanco como el papel. Estábamos todos medio adormilados en nuestras habitaciones. La tía era la única que estaba en su despacho preparándole las facturas para que él las tramitase tal y como solía hacer.

»—Hola, Álex, aún no he acabado... ¿Qué te pasa? —dijo, mirándolo y dándose cuenta de que estaba demacrado.

»—¿Podemos poner la radio?

»—Claro que sí. Ya sabes dónde está. No la pongas muy alto porque todos están durmiendo, pero no es necesario que me pidas permiso.

»—Por favor, ven conmigo.

»Mi tía se levantó y le acompañó al salón. Álex encendió el aparato y no tuvo que buscar mucho para dar con Radio Barcelona. La voz del locutor sonaba clara, en catalán, emitiendo desde la ciudad para toda Catalunya y dando la noticia del levantamiento militar.

»Básicamente explicaba lo que ya sabemos. La madrugada del día 18 de julio se había alzado el ejército español en Melilla, Ceuta, las posesiones africanas y las Islas Canarias. Prácticamente no habían encontrado ninguna resistencia por parte del gobierno de la República y todos esos territorios estaban bajo el mando militar en aquel momento.

»Durante el día 18 habían tomado una parte importante de Andalucía, incluidas Sevilla y Cádiz y buena parte de Castilla la Vieja y León. Si contábamos los territorios africanos, más o menos media España había caído en manos del ejército. El resto del país permanecía fiel a la República.

»Mientras duraba la locución, poco a poco nos fuimos acercando Ada y yo al aparato de radio. Sally, que en aquel momento estaba en la cocina con Carmeta, también se acercó para oír mejor lo que estaba pasando.

»Se hizo el silencio.

»Ada se acercó y abrazó a Álex.

»—Vámonos a Francia con Tom. En París estaremos a salvo.

»—Yo no me puedo ir, así como así —dijo Álex—, tengo también a mi familia y además, primero hay que ver cómo evoluciona todo esto.

»—Álex —le dijo mi tía mirándolo fijamente—. Ada tiene razón. Vete a Francia con Tomás. Allí estarás a salvo. No te faltará de nada, pero no quiero que mi sobrina pase por algo parecido a lo que pasé yo en mi juventud.

»—¿Qué quieres decir, tía? —preguntó.

»—No quiero que Ada se quede viuda.

»—Vamos a calmarnos todos un poco —dijo él—. En este momento, los militares tan solo han conseguido una parte del país. Aunque sea la mitad del territorio, la mayor parte de la población está en la zona republicana. Bilbao, Málaga, Valencia, Madrid y toda Catalunya está de este lado, así que tengamos fe. De las ciudades mayores solo se ha perdido Sevilla y Zaragoza. Tenemos que ver qué pasará antes de precipitarnos.

»Hasta aquel momento había estado callado, pero tenía algo que decirle.

»—¿Te acuerdas del verano pasado en la carretera camino de Samalús?

»—Sí, y ya sé por dónde vas.

»—Me aconsejaste que renunciara a ser español. Justo los mismos argumentos

que tú utilizaste en aquella ocasión valen para que te los apliques tú ahora.

»—No es exactamente lo mismo, Tom. Yo no tengo una nacionalidad alternativa, sería un apátrida y además también está mi familia. Ahora mismo no puedo abandonarlos sin más.

»—Me juego lo que quieras a que tu padre no pondría ningún impedimento a que vinieses conmigo a París.

»—Vale, dejemos el tema. No voy a hacer nada. Hay que ver cómo evoluciona todo esto antes de tomar decisiones.

»Álex no tenía que partir al servicio militar hasta finales de octubre o primeros días de noviembre. Siempre era alrededor del cumpleaños, pero dadas las circunstancias especiales lo reclutaron al día siguiente.

»Lo vinieron a buscar al ayuntamiento a las once de la mañana. Un gran camión militar estaba aparcado en la puerta y en la caja trasera iban sentados unos cuantos jóvenes del pueblo, de nuestra edad.

»Aquella mañana yo estaba en casa de Agnès.

»Ella estaba muy alterada y sus padres también estaban muy preocupados. No lo esperábamos, pero sonó el teléfono. Era Álex preguntando por mí.

»—Tom, han venido a buscarme al ayuntamiento. No me va a dar tiempo a avisar a nadie en casa, por favor avísales tú. Me pondré en contacto con vosotros tan pronto como pueda. Hazme un favor, llévate a Ada a Francia.

»Estaba muy sereno, pero en aquel momento a mí me entraron todos los males. Salí disparado hacia el ayuntamiento y llegué justo cuando él salía del edificio.

»Sin decir una palabra nos abrazamos con fuerza.

»Nos dejaron unos segundos, pero enseguida me apartaron de malas maneras y le hicieron subir al camión.

»—Ya están todos los de la lista —dijo el militar.

»Mientras subía tuve la sensación de que se me escapaba de las manos y no lo podía retener.

»—Escribe cuando puedas —le grité con los ojos llenos de lágrimas.

»—No te preocupes por mí. Cuida de tu hermana.

»En ese momento, llegaba Agnès. Ella había salido corriendo detrás de mí, pero llegó unos minutos más tarde. Cuando lo vio subido en el camión se puso a llorar.

»Me acerqué a ella y la abracé. Álex le tiró un beso con la mano con una expresión como si no pasase nada, mientras que el camión empezaba a alejarse camino de Barcelona.

»Nos costó un poco serenarnos. Los trabajadores del ayuntamiento y gente de

la plaza habían salido a ver qué pasaba. Aquello había afectado a unas diez familias del pueblo. De momento, estaban reclutando a todos los que tenían que empezar el servicio militar en lo que quedaba de año. Si yo no hubiese tramitado la renuncia a la nacionalidad, en ese momento hubiese estado en el camión con él. Tenía sentimientos enfrentados; por un lado, me culpaba de no estar a su lado. Hubiésemos sido mucho más fuertes juntos, pero por otro, me alegraba de no verme en aquella situación.

»Me sentí ruin.

»La gente estaba muy nerviosa y la preocupación era evidente.

»Volvimos a casa de Agnès y explicamos a sus padres lo que había pasado. Su madre se puso a llorar; era normal, nos conocía desde que éramos niños. Su padre se mantuvo más firme, aunque su cara reflejaba la preocupación que sentía.

»Me despedí un poco precipitadamente y salí rumbo a Can Volart.

»Esquivé pasar por delante de Can Tomeu. Primero avisaría al padre de Álex y después ya me ocuparía de Ada.

»Llegué en un tiempo récord. Corrí todo lo que pude como si al dar la noticia rápido pudiese cambiar algo. El padre de Álex estaba trabajando en los campos y lo vi desde lejos. Me acerqué con la bicicleta y salté de ella casi en marcha.

»El hombre se me quedó mirando.

»—Ramon, Ramon —le grite.

»—Cálmate, hombre, que te va a dar algo.

»—Ramon, se acaban de llevar a Álex. Ha pasado un camión del ejército llevándose a todos los que tenían que empezar el servicio antes de fin de año.

»El hombre no dijo nada. Se limitó a quedarse blanco —en eso se parecía a Álex y en los rasgos también—, y se sentó encima de una piedra. Yo no pude evitar abrazarme a él.

»—Va, Tomás —me dijo— no te pongas nervioso tú ahora. Es lógico, imagino que se los llevarán a prepararlos por lo que pueda pasar.

»Me intentaba calmar a mí cuando tenía que ser al revés. Me senté a su lado y le expliqué detalladamente cómo había ido todo.

»—Hablaré con el ayuntamiento para intentar conseguir alguna información de a dónde los han llevado. No te preocupes, tan pronto como pueda se pondrá en contacto con nosotros, ya sabes cómo es mi hijo y si él dice que lo hará, seguro que lo hace.

»—Me he sentido impotente y culpable. Ayer le intentábamos convencer en casa de que se viniese conmigo a Francia, pero él no quería.

»—Tranquilo, no puedes hacer nada, solo podemos esperar. ¿Se lo has dicho ya a tu hermana?

»—No. He pensado que primero tenía que decírtelo a ti.

»—Yo avisaré al resto de la familia y tú ve a decírselo a Ada. Ella también se va a llevar un buen disgusto.

»Cuando llegué a casa, Ada ya lo sabía. El padre de Agnès la había subido en el coche. Habían recogido la bicicleta de Álex del ayuntamiento y nos la traían. Mientras que yo hablaba con Ramon, ella se lo había contado. Fue accidental que no se enterase por mí. Agnès había creído que primero informaría a mi hermana.

»La pobre Ada no había reaccionado. Estaba en estado de shock. La que se subía por las paredes era mi tía. Inconscientemente hacía un paralelismo entre Ada y Álex, y ella misma y Guillem. De ninguna manera quería que su sobrina pasase por lo que ella había pasado.

»Como siempre, fue la más efectiva.

»Me miró fijamente y sin que los demás se enterasen muy bien de qué pasaba, me dijo:

»—Espérame en diez minutos en el coche, nos vamos a Barcelona.

»Puntualmente arrancaba el vehículo con mi tía sentada a mi lado. Yo había avisado a Sally para que se lo dijese al resto nada más salir por la puerta.

»—¿A dónde vamos, tía?

»—Al Gobierno Militar en Barcelona. Está enfrente del monumento de Colón.

»No pregunté nada más y arranqué el coche. Yo no iba muy seguro porque normalmente no lo llevaba a Barcelona, pero llegamos sin problemas. Aparcamos el coche y entramos en el edificio.

»—Buenas tardes —dijo al militar que nos salió al paso.

»—¿Qué desea, señora? Ya se puede imaginar que en estos momentos no podemos estar por cuestiones de civiles.

»—Quiero ver al coronel Gómez. Fernando Gómez.

»—¿Quién le busca?

»—La viuda del teniente Guillem Soler.

»—¿Él le espera?

»—No he pedido audiencia. ¿Verdad que usted no me ha visto por aquí antes?

»—No, señora.

»—Pues eso quiere decir que si estoy aquí es por un tema urgente. De todas formas, no se preocupe. Tan solo anúnciame y le apuesto lo que quiera a que me recibe.

»—Espere.

»Aquel hombre se alejó y desapareció por los pasillos del edificio. Al cabo de más o menos un cuarto de hora regresó.

»—Acompáñenme, por favor. Está ocupado, pero me ha pedido que les haga pasar.

»Seguimos a aquel soldado a lo largo de pasillos y escaleras hasta que llegaron a la puerta de un despacho. El soldado picó y a continuación abrió la puerta para que pasásemos.

»Entramos en una sala pequeña, llena de papeles y con un hombre que debía ser algo mayor que mi tía, sentado detrás de la mesa. Lógicamente iba vestido de militar, se levantó y se acercó a nosotros.

»Cogió con dulzura la mano que mi tía le extendía y se la acercó a la boca.

»—Mi querida Inés, cuánto tiempo hace que no nos vemos, aunque debo reconocer que tú estás igual de espléndida que siempre. A menudo pienso en ti y en Guillem y Anita. —Que era su esposa, por lo que luego me explicó mi tía—. Me insiste en que intenté contactar contigo para saber cómo estás.

»—Fernando, querido —dijo ella de forma afectada— yo te veo tan bien como siempre. Has ganado como persona, eres mucho más interesante ahora que cuando eras jovencito —bromeó mi tía actuando melifluamente.

»—¿Quién es este joven? —preguntó mirándome distraídamente y sin sacar los ojos de mi tía.

»—Es mi sobrino, Tomás. Hijo de Clara, no sé si recuerdas a mi hermana. No es por él que he venido, Tomás es extranjero nació en los Estados Unidos, tan solo me ha traído hasta aquí. Hoy se han llevado a mi contable. —Pensó que era la mejor manera de explicar la relación sin entrar en demasiados detalles—. Es una persona clave en mi organización y sin él, temo arruinar mi granja. Quisiera saber si me podrías ayudar. No sabemos a dónde se lo han llevado.

»Gómez nos miró muy serio a los dos. A mí me pareció que el afecto que mi tía mostraba era puro teatro, pero creo que él sí que había sentido algo por ella. Vete a saber qué.

»—La verdad es que como puedes imaginar estamos totalmente desbordados y yo no tengo mucha autoridad para hacer nada, pero lo que sí que puedo intentar es averiguar a dónde lo han llevado y si tú quieres, puedo intentar recomendarlo como protegido mío. Sabes que estas cosas siempre han funcionado.

»—Te estaría muy agradecida —dijo mi tía.

»—Por ti, lo que sea —respondió él galantemente y acto seguido cogió papel y lápiz—. ¿Cómo se llama?

»—Alejandro Martí y lo han venido a buscar esta mañana a Cardedeu.

»—Déjame indagar un poco —dijo el hombre, mientras salía del despacho y cerraba la puerta tras de sí.

»Nos quedamos unos segundos en silencio.

»—¿Crees que nos ayudará? —pregunté.

»—Estoy segura —respondió mi tía recuperando su tono de voz y su actitud habitual—. Era íntimo amigo de Guillem y siempre estuvo enamorado de mí. No sé qué me vio, pero es cierto.

»No pude evitar que se me escapase la risa por aquella situación que acababa de presenciar. Mi tía había sido guapa como para enamorar a cualquiera cuando era joven y hoy en día aún estaba muy bien. Nunca dejaría de sorprenderme aquel carácter suyo, capaz de salir adelante frente a cualquier problema.

»Pasó casi media hora y empezamos a pensar que se habían olvidado de nosotros, cuando de pronto se volvió a abrir la puerta. Nos levantamos los dos casi instintivamente.

»—Por favor, sentaos —dijo Gómez.

»—Perdona todos los problemas que te estamos causando —dijo mi tía como si le preocupase mucho la molestia. Había retomado su actuación.

»—Alejandro Martí de Cardedeu, esta mañana lo han ido a buscar al ayuntamiento que es su lugar de trabajo y junto con buena parte de los jóvenes que han entrado desde el día de ayer se los llevan a Caspe. Imagino que estás al corriente de que medio Aragón está en manos de los rebeldes, y entre ese medio Aragón están las tres capitales de provincia. Supongo que en algún momento intentarán recuperarlas, ya que lo contrario podría provocar dejar a Catalunya aislada del resto del territorio republicano.

»—Fernando, te estoy muy agradecida. De verdad.

»—He enviado mi recomendación por telegrama. Llegará antes que él mismo y en un par de días volveré a hacer seguimiento.

»—¿Cómo te lo voy a poder agradecer?

»—La próxima vez que vengas a Barcelona avísame y comemos juntos.

»—Me haría mucha ilusión ver a Anita, por favor, envíale un beso de mi parte y dile que cualquier día iré a visitarla.

»—Lo haré. Ten, este es mi número de teléfono del despacho. Si necesitas alguna cosa, avísame.

»Tía Inés le dio dos besos y yo le estreché la mano.

»Salimos con dirección a Cardedeu. Algo habíamos conseguido, al menos ahora sabíamos a dónde enviaban a Álex y también habíamos conseguido una

recomendación para él.

»Íbamos callados en el coche y finalmente tuve que reconocer:

»—Hoy me has dado una lección.

»—¿Quién, yo? No sé de qué me hablas.

»—De la importancia que tienen los contactos y de cómo sabes salirte con la tuya siempre que quieres. Tía, eres todo un carácter.

»—Estas situaciones agudizan el ingenio. No sirve de mucho ponerse nervioso, ni tampoco sirven de mucho las lágrimas. Es mucho más efectivo conservar la calma y mirar la mejor opción. Siempre, o casi siempre, hay alguna.

»—¿Mi madre también era así?

»—Se parecía bastante. Ella era mucho más expresiva y alegre que yo, pero te diría que también era capaz de actuar de esta forma. Solo tienes que pensar en cómo organizó todo cuando se quedó viuda y vio que se iba a morir.

»—Tienes razón —reconocí— no me había dado cuenta. Yo creo que ese coronel Gómez quería algo contigo. Ha sido muy fino, pero me da la impresión de que has estado andando por el borde del precipicio. Creo que si vas a comer con él intentará que tú seas el postre —bromeé.

»—No lo dudes. Pero ya has visto que sé guardar el equilibrio.

»Reímos los dos con ganas. A pesar de toda la tensión que habíamos acumulado durante lo que llevábamos de día, era la segunda vez que explotábamos con aquella risa histérica.

»Tardamos un rato en llegar a Can Tomeu. Cuando llegamos, Agnès aún estaba allí. No se había separado de Ada en todo el rato.

»—¿Dónde habéis ido? —me preguntó al verme entrar.

»—No te preocupes, ahora os lo explica todo la tía —le dije, mientras que entrábamos en el salón.

»Mi tía se fue directa a Ada y le dio un beso. Se sentó en el gran sillón que teníamos al lado de la chimenea y los demás nos fuimos situando en los diferentes sillones orejeros que había.

»—Bueno, he ido a Capitanía General en Barcelona. Aún conservo algún contacto de cuando mi marido estaba en activo. Hemos ido a ver a un coronel, el coronel Gómez. Nos ha explicado que a todos los que han reclutado hoy por aquí, los llevan a Caspe. Eso está en la provincia de Zaragoza. Nos ha confirmado que Álex es uno de los que envían a ese pueblo. La intención es hacer que sean una fuerza de retención de los rebeldes para que no sigan avanzando hacia aquí. Además, me ha prometido que lo ha recomendado.

»—La verdad es que la tía ha estado extraordinaria —añadí.

»—¿Y cuándo le dejarán volver? —preguntó Sara que estaba junto a Ada.

»—No lo sabemos. La verdad es que eso ha sido todo lo que se puede conseguir en este momento. Todos conocemos a Álex y podemos estar muy tranquilos porque es una persona muy válida. De aquí a cuatro días tendrá la situación controlada —dijo la tía.

»—Ada —dije yo—. Álex me ha insistido en que te lleve conmigo a Francia. Creo que deberíamos considerar la posibilidad y como mínimo hablarlo, ahora que estamos todos aquí juntos.

»—Ni de broma —dijo Ada—, no tengo ningún problema en marcharme a Francia e incluso, y a diferencia de ti, tampoco tengo ningún problema en convertirme en ciudadana americana, pero siempre que Álex venga conmigo. No me voy a ir mientras él esté aquí.

»—¿No quieres pensarlo un poco? —preguntó Agnès.

»—No. Lo tengo muy claro.

»—Te entiendo —respondió.

»Al cabo de unos minutos fui con mi tía a casa de Álex y estuvimos hablando con sus padres. Su pobre madre estaba destrozada y obsesionada con que no había podido despedirse de su hijo antes de que se lo llevaran a la guerra.

»Entre todos, intentamos calmarla y convencerla de que de momento él no iba a entrar en combate ya que era un recluta y primero tenían que prepararlo. ¿Quién sabe cómo iban a ir las cosas? Era posible que todo aquello acabase en nada.

»En realidad, ninguno lo creía.

»Cuando volvimos a casa ya era tarde y cogí el coche para acompañar a Agnès a su casa. Su madre ya había llamado para enterarse de qué habíamos averiguado sobre Álex.

»Íbamos en silencio.

»Los dos estábamos tristes y preocupados. A fin de cuentas, éramos los únicos que habíamos podido despedirnos de Álex y lo conocíamos bastante como para leer en sus ojos que estaba muerto de miedo, por mucho de que él intentase disimularlo.

»Paré el coche en un lado de la carretera.

»—¿Qué pasa, Tom?

»—Agnès, ¿tú me quieres?

»—¿A qué viene eso? Sabes de sobra que sí.

»—Ven conmigo a París. Ya has conseguido tu titulación y a partir de ahora tu tarea principal va a ser promocionarte. Hazlo en París, seguro que cuando te

oigan, triunfarás, los parisinos son amantes de la música.

»—Ya sabes que mis padres no me dejarán marcharme. Les preocupa mucho lo que dirá la gente.

»—¿Si nos casamos eso quedaría solucionado?

»Agnès se quedó pensativa unos minutos y mirándome a los ojos me dijo:

»—Imagino que sí, pero yo no quiero casarme de esta manera.

»—Míralo fríamente. Nos casaremos igual cuando yo acabe la carrera y vuelva a Barcelona, así que no importa mucho que lo adelantemos un poco. Además de que si nos casamos, tienes la posibilidad de adoptar la nacionalidad americana.

»—Deja que lo piense, tengo que hablarlo con mis padres.

»Me dijo que sí y el domingo siguiente, acompañado de mi tía, me presenté a pedir formalmente la mano de Agnès. Entre las cosas que habíamos traído de América cuando éramos pequeños estaba el anillo de compromiso que Tevye le había comprado a Clara. Mi tía lo había guardado para aquella ocasión. Nos casaríamos cuando yo volviese por Navidades y Agnès vendría a vivir conmigo a París. Mientras nos situábamos profesionalmente, compartiríamos la buhardilla en Saint-Severin.

»Agnès empezaría en el Conservatorio Nacional de Música e iba recomendada por su escuela en Barcelona. Hay que reconocer que los franceses abrieron los brazos a todos los artistas españoles que huyeron durante la guerra.

—Vaya cambio en vuestras vidas—dijo Kevin.

—Sí que fue un cambio. La verdad es que recordando el momento en el que vi que se llevaban a Alex, he vuelto a sentir el desespero que sentí en aquel momento, sentí que me arrancaban de las manos a mi gran amigo y yo no podía hacer nada.

—Debe de ser una sensación de impotencia terrible.

—Sí que lo es y francamente esto solo es el principio. La Guerra Civil Española que empezó en 1.936 y que luego empalmó con la Segunda Guerra Mundial, que acabó en 1.945, cubre casi diez años de nuestras vidas. Desde los veintiuno a los treinta y fíjate que lo que hemos hablado hoy ocurrió tan solo un par de días después del alzamiento de Franco, así que puedes hacerte a la idea de lo largo que fue.

—Tu tía debió de ser todo un personaje—dijo Kevin cambiando de tema.

—Sí que lo fue, pero a pesar de ese pragmatismo suyo y de esa forma de hacer tan poco dada a la sensiblería, debo decirte que era una mujer muy cariñosa a su manera. Nosotros tres y Sally también acabamos queriéndola como a una madre, que en definitiva es lo que fue.

— Me gustaría que me comentases algo.

—Tú dirás.

—Cuando llegué aquí para escribir tu biografía, pensaba que íbamos a trabajar en ti, en tu figura y persona, pero después he visto que tu vida no se entiende sin el resto del grupo: Agnès, tu tía, tus hermanas y en particular Álex. Por eso juntos hemos ido haciendo de este trabajo un relato de un colectivo y la fotografía de una época.

—Por entonces las personas no vivíamos de una manera tan individualista como actualmente. No se puede entender quien soy sin tenerlos a ellos en cuenta.

—Creo que por lo que me has explicado hasta el momento, quien más ha influido en ti es Álex.

—Así es.

—Por eso creo que es muy importante que su personaje quede muy bien descrito en nuestra obra y aquí tengo una serie de lagunas. Igual que veo que Agnès o Ada han seguido en su forma de ser y de hacer una línea, creo que Álex ha cambiado mucho. Me explico. De pequeño era un niño espontáneo, simpático y muy alegre, pero el joven Álex me parece un hombre muy serio y muy formal. ¿Qué pasó entre los dos?

Thomas comprendió enseguida a qué se refería Kevin.

—Bueno, la verdad es que no te falta razón y en parte la culpa de esa impresión es mía. No he sabido explicar bien cómo era. En realidad, Álex siguió siendo siempre un hombre bromista, divertido y espontáneo. Además era muy listo, lo que pasa es que yo te estoy hablando del Álex que se veía desde mi perspectiva, desde dentro, y no de cómo era de cara al exterior.

—Quizás sea eso.

—Mi amigo era un hombre de trato agradable, te diría que tenía una personalidad muy seductora. Siempre le había dicho que si no hubiese sido por Ada, hubiese podido conquistar a buena parte de nuestras vecinas del pueblo. Seguía siendo simpático y sobre todo alegre de cara al exterior, aunque no dejaba de ser un hombre mucho más racional y analítico de lo que parecía.

—Entiendo entonces que seguía correspondiendo parcialmente a la evolución de aquel niño.

—Sí. La verdad es que hasta el momento no lo he explicado mucho, pero en realidad hacíamos bastantes «travesuras» por decirlo de alguna manera, hasta de mayores. Si lo tengo que imaginar, lo imaginaría riendo. Reíamos mucho, aunque me doy cuenta de que te hablo más de cuando teníamos algún problema

o alguna conversación seria. Como te comenté en alguna ocasión también discutíamos de tanto en tanto. Los dos teníamos nuestro carácter, aunque lo bueno era que siempre uno de los dos «bajaba del burro». Al principio, Álex era el que acababa cediendo porque no era orgulloso. Con los años yo me fui acostumbrando a hacerlo más a menudo porque yo lo era mucho más que él.

—Imagino que es lógico el «intercambio» de personalidades.

—También debo decirte que al crecer juntos y vivir como si fuésemos hermanos durante tantos años estoy seguro de que uno debió contagiar al otro cosas de su personalidad y al final los dos teníamos trazas en nuestro carácter del otro. Quizás el resto de la gente lo veía diferente.

—Creo que ahora entiendo un poco mejor el cambio que te comentaba al principio en la personalidad de tu amigo. Al final, es en gran parte una cuestión relativa.

—Así es.

—¿Nos vemos mañana?

—Sin falta a las nueve —dijo Thomas.

Celia no estaba disponible me dijeron, pero había dejado un sobre para mí. No lo abrí hasta que llegué al coche. Una sencilla nota decía:

Ve haciendo las reservas para Paris, el día 25 por la tarde. He tenido que comprometerme a que comerás con nosotras el día de Navidad para que me dejasen marchar.

La vuelta el día uno. No puedo hacer más vacaciones.

Aquella misma tarde haría la reserva.

CAPÍTULO 12

El tiempo de la esperanza

Otro nuevo día empezaba y estaban preparados para seguir con el relato en el punto donde lo habían dejado el día anterior. Seguían en la habitación de Thomas, ya que Celia insistía en que no convenía que se levantase, solo para activar la circulación.

Sobre la cama se encontraba la carpeta verde abierta, y un conjunto de documentos y fotografías escampados por la colcha. Al lado, la grabadora de Kevin encendida y él tomando notas.

»En aquellos primeros tiempos de guerra aún había cierta esperanza de que la República ganase a los rebeldes relativamente rápido, aunque cada vez era menos creíble. Enseguida, Italia y Alemania se pusieron del lado de Franco, mientras que Francia y el Reino Unido se declararon neutrales aunque enviaron grandes contingentes de voluntarios. Tuvimos suerte de que la Unión Soviética se pusiera de nuestra parte. Fueron los únicos con coraje.

»Cuando volví a París, hablé con Sophie para pedirle permiso y que Agnès pudiese instalarse en mi buhardilla. Ella se negó.

»—Cher Tomás, ¿te parece bien traer aquí a tu flamante esposa y meterla en una buhardilla?

»—Es solo algo provisional. Tan pronto como acabe de estudiar, buscaremos un lugar para instalarnos.

»—No —dijo Sophie—, tengo una propuesta para ti. En la segunda planta, en este momento, tengo un apartamento vacío. Alquílamelo. Si te parece caro, te mantengo un año el precio que pagas actualmente, pero no estoy dispuesta a que una joven como la muchacha de la foto que me enseñaste venga a vivir a una buhardilla y menos en mi casa, ¿qué pensará de mí?

»—Imagino que un precio razonable no sería muy problemático para nosotros...

»—Dime qué estás dispuesto a pagar y pasado el primer año hablamos.

»Llegamos a un acuerdo y el quince de septiembre trasladé todas mis cosas a mi nueva residencia. Mis amigos me ayudaron y entre todos pusimos al día el apartamento. Tuvimos suerte de tener a Anne, que era la única que tenía un gusto suficientemente refinado como para escoger los colores de las paredes y la

decoración que podría gustarle a Agnès.

»Lo arreglamos rápido, ya que el quince de octubre recibí la oferta de París-Soir para ir de ayudante del corresponsal que tenían en España. Era Louis Delaprée. Habían considerado que en calidad de persona educada en España podía ayudar al Sr. Delaprée en la recogida de información.

»No dudé ni un segundo en aceptar el encargo, ya que por un lado no estaba en condiciones de negarme, pero por el otro era un lujo trabajar con un reportero y corresponsal como él. Aquel viaje me permitió conocer en persona a gente como Ernest Hemingway, Paul Preston o Robert Capa; la mayoría de ellos estaban instalados en el Hotel Florida.

»Mi llegada a Madrid no fue en el mejor momento, ya que la ciudad tenía al ejército de Franco a las puertas y los ataques por ambos lados eran constantes. En noviembre habían empezado los bombardeos, casi al mismo tiempo de mi llegada.

»Respecto a Delaprée fue un maestro durante el poco tiempo que compartimos. Planeaba volver a Francia en diciembre, así que yo había llegado principalmente para ayudarle en aquellos últimos días.

»El lema «No pasarán» estaba por todas partes. Personalmente, aquella actitud de los madrileños me pareció de las cosas más valientes que he visto en mi vida. Nada que ver con la falta de resistencia que opusieron Barcelona o París cuando les tocó el turno. Parecía que luchar contra el fascismo les provocaba más alegría que miedo.

»En agosto, antes de mi llegada, ya habían bombardeado la ciudad los alemanes, pero fue en noviembre cuando empezaron a ser más habituales los ataques y dirigidos principalmente contra la población civil. El ejército republicano había detenido el avance franquista en la zona universitaria y el objetivo de aquellas bombas era desanimar a la población y hacer que se rindiesen. El efecto fue el contrario porque Madrid no se rindió hasta el final de la guerra casi tres años después. Por entonces, cayeron bombas sobre el Museo del Prado y la Biblioteca Nacional destruyendo patrimonio histórico y artístico de valor incalculable.

»Cada dos por tres la gente tenía que correr al metro para refugiarse de los ataques. La Cruz Roja y los corresponsales de prensa extranjera empezaron a protestar porque las bombas iban destinadas principalmente a la población civil y no a objetivos militares.

»Delaprée escribió más de un artículo en ese sentido. Recuerdo verlo escribir uno que llamó «J'accuse» tomando el título de Zola, en el que se quejaba de la

matanza indiscriminada de civiles, principalmente mujeres y niños porque los hombres estaban en el frente.

»Sorprendentemente, París-Soir se negó a publicarlo, y aquello indignó al corresponsal y a todos los que le rodeábamos. La actitud cobarde del diario era difícil de explicar a las personas que cada día se jugaban la vida entre las bombas para narrar a los parisinos lo que realmente estaba pasando.

»Francia se sabía amenazada por Hitler y no querían provocarle.

»Debo admitir que oculté a mi familia que me desplazaba a Madrid. A mi tía, tan preocupada por alejarme de todo, no podía explicarle que yo solo me había metido en la boca del lobo. Fueron solo dos meses en los que les mentí explicando que me enviaban a diferentes lugares de Francia y que por eso iba a ser difícil localizarme. Sophie, al principio, se negó a participar de la mentira, pero finalmente y con mucho esfuerzo conseguí convencerla. Era inútil causar un sufrimiento innecesario a mi familia, que ya estaba bastante liada organizando nuestra boda.

»El 8 de diciembre volvíamos a Francia. Salimos de Madrid en un *Potez 54* de la embajada francesa en España. Nos dirigíamos a Toulouse. Aquel aparato era un trasto, pero no dejaba de ser muchísimo más rápido que el tren; viajábamos diez personas contando al piloto y el copiloto.

»Cuando estábamos cerca de Guadalajara, a pocos kilómetros de donde habíamos salido, sorprendentemente un caza nos atacó. Fue un ataque inesperado, ya que no atravesábamos ninguna zona de peligro. El caso es que Delaprée, que iba sentado a mi lado, recibió un balazo en la ingle y otro en el vientre. El pobre hombre murió en mis brazos.

»El avión fue derribado. El resto no recibimos más que algún que otro golpe, pero nada realmente grave gracias a la pericia del piloto que pudo controlar nuestra caída evitando males mayores. Fue una desgracia.

»Nos llevaron a Guadalajara y allí nos asistieron. Yo tenía un bonito golpe en la cabeza, pero nada serio. Se me puso morado el lado izquierdo de la frente y el ojo, pero no me podía quejar.

»De regreso a Madrid fui a la embajada, que ya estaba al tanto de todo, y me facilitaron hablar con el diario. Me dijeron que me quedase en Madrid a la espera de que en enero me enviaran un nuevo corresponsal, pero me negué. Tenía que estar en casa para mi boda.

»Finalmente, acordamos que por mis medios volviese a casa y después regresase a París. En enero o febrero viajaría de nuevo a Madrid para acompañar unos días al nuevo corresponsal y después podría volver. Se me planteaba un

bonito panorama: cuando llegase a casa, tendría que explicar la verdad y posiblemente me llevaría más de una bronca.

»Me negué a viajar en avión, ya que después de la última experiencia no quería tentar a la suerte, al menos en tan pocos días. Tardé mucho más tiempo del necesario en llegar a Can Tomeu, ya que no había una combinación fácil de trenes.

»Me planté en Cardedeu cuando nadie me esperaba. Fui a casa de Agnès, pero la vecina me contó que estaban de compras en Granollers, así que decidí subir andando hasta Can Tomeu. No me oyeron llegar, ya que estaban todos comiendo en la cocina. De pronto, aparecí en la puerta y todos se quedaron parados.

»—Hola, familia —fue lo primero que se me pasó por la cabeza—. ¿Es que nadie se alegra de verme?

»Todos se levantaron y me rodearon haciendo mil preguntas a la vez. Manuel acercó una silla, mientras que Ada ponía un plato y cubiertos para mí en la mesa. Llegó el momento de la verdad.

»—¿Qué te ha pasado?—preguntó mi tía— ¿Y por qué tienes ese ojo morado?

»—Os vais a enfadar, ya lo sé, pero pienso que tomé la decisión acertada al no avisaros. Era innecesario haceros sufrir.

»—¿Qué decisión?—preguntó Ada.

»—El diario me envió a Madrid y he estado allí dos meses —dije como si fuese lo más natural.

»—¿A Madrid?—dijo mi tía—. ¿Al lugar más peligroso de toda la guerra?

»—Sí, tía. Soy periodista y a nosotros nos pueden enviar a sitios como ese. La verdad es que realmente ha sido peligroso, pero es mi oficio.

»—¿Por qué no nos has dicho nada *fill meu*?—preguntó Carmeta.

»—No quería que sufrieseis inútilmente.

»—¿Y qué te ha pasado en el ojo?—preguntó mi tía seria hasta el punto de asustarme.

»—Bueno, íbamos de regreso a Toulouse en avión y nos atacaron. Derribaron el avión, pero no me hice más que este golpe. Eso sí, un poco fuerte, pero nada. Solo murió una persona.

»Mi tía se levantó y se acercó a mi silla. Sin decir ni una palabra, me abrazó y acto seguido, comentó:

»—Entiendo que es tu profesión y no puedo decir nada, pero tienes mucha suerte porque una como esta me la haces tan solo hace un par de años y te juro que te cruzo la cara al instante.

»Yo no supe qué decir.

»A primera hora de la tarde aparecía Agnès por Can Tomeu. Le habían avisado en el pueblo de que me habían visto e hizo que la trajesen tan rápido como fue posible. Nada más llegar, se lanzó a mis brazos. Nos besamos y nos abrazamos con la necesidad de calmar la añoranza de aquellos meses. Por fin íbamos a estar de nuevo juntos para siempre, aunque en París.

»—¿Qué te ha pasado?—fue lo primero que me dijo tocándome el ojo.

»—He tenido un accidente —le contesté quitando importancia al asunto.

»—Pero, ¿qué tipo de accidente?

»—Agnès, estos días he estado en Madrid. El diario me ha enviado y no quise decir nada para evitar que os preocupaseis. Ha sido bastante duro, ya que es una situación terrible. Nosotros vemos la guerra de lejos, pero ellos la tienen a la puerta de casa.

»—Tom, ya sé que lo has hecho con buena intención, pero no puede ser que estés metido en una historia como esa y que nosotros no sepamos nada. ¿Qué hubiese pasado si te hubiesen herido? ¿Cómo hubiésemos sabido dónde buscarte si no vienes? No me vuelvas a hacer algo así.

»—De acuerdo, quizás me equivoqué... no sé.

»—¿Y lo del ojo?

»—Volvíamos a Toulouse, y el avión fue atacado y nos derribaron.

»Agnès ya no supo qué más decir. Estaba enfadada aunque, al igual que mi tía, sabía que mi decisión había sido comprensible.

»Como había estado ilocalizable durante los últimos dos meses, no sabía que finalmente Álex escribió desde Calpe. Estaba bien, aunque tenían el frente cerca y no descartaba entrar en combate en cualquier momento. Había llegado la recomendación del Coronel Gómez, que realmente no sabía quién era y que como era de los pocos bachilleres que había por allí, le estaban preparando para el grado de Sargento. Era un procedimiento del todo irregular, pero entendía que cuanto más graduación conseguía, más difícil era que recibiese un tiro en combate.

»Nos saludaba a todos y la carta la había enviado a nombre de Ada, que estaba mucho más relajada que cuando me fui en verano.

»Hablé con mi tía y con Agnès de mi acuerdo con Sophie: o nos iríamos a vivir a la buhardilla, sino que estaríamos en un piso. El alquiler no era el mismo, pero me lo podía permitir. Durante las prácticas de aquel curso el diario me pagaba un salario, así que no tendríamos ningún problema.

»También les expliqué que mis amigos parisinos me habían ayudado a pintar el piso y decorarlo, y que si no había problemas de retrasos, llegaban a Barcelona

dos días antes de la boda. Al final venían los tres y había que prepararles habitación para aquellos días. Sophie y Philippe también estaban invitados, pero ellos no podían abandonar la residencia. Sophie, por su parte, estaba pendiente de la llegada de todo el equipaje de Agnès, una parte del cual ya había sido enviado.

»Todos seguían con los preparativos de la boda que iba a ser el día 23 de diciembre, un miércoles. Nos teníamos que conformar con ese día, ya que con las Navidades el mosén estaba poco dispuesto a darnos otra fecha. Además, habíamos tenido nuestros pequeños conflictos a causa de la religión de mi familia paterna, pero finalmente accedió a hacernos el favor de casarnos aquel miércoles. A mí me hubiese bastado una celebración en el ayuntamiento, pero los padres de Agnès eran más religiosos.

»Las mujeres de la casa estaban como locas. El padre de Agnès me hizo ir un par de veces a Granollers a probarme el traje que me había hecho. La verdad es que era una maravilla, en mi vida había tenido algo así. Era un traje negro y que debía llevar con una camisa blanca, y un chaleco y una pajarita de color plateado un poco oscuro. A Agnès le habían hecho el vestido en Barcelona. La tienda de encajes El Suizo se había ofrecido a su colega para vestir a su hija.

»Sally, Ada y Sara no se separaban de ella en ningún momento y la acompañaban a todas las pruebas.

»Al margen de todo aquello, yo necesitaba a mi amigo cerca. Me sentía solo, ya que me hubiese gustado compartir todo aquello con él, pero me tenía que conformar con pasar ratos con Ramon, su padre, hablando de cosas a veces sin importancia y a veces con mucha. Sobre todo, comentábamos temas de política y de la situación en la que nos encontrábamos. De vez en cuando, también hablábamos de las cosas de Álex y de cómo lo añorábamos.

»Aunque habíamos intentado que el número de invitados no se nos fuese de las manos, no lo conseguimos, la amplia familia de Álex estaba invitada en pleno. Del pueblo también venía mucha gente, la familia de Agnès era muy conocida.

»La celebración la íbamos a hacer en el salón de casa. Mi tía había revolucionado la masía poniendo grandes tablones y caballetes para dar cabida a todos. Nos los había dejado en la carpintería y al día siguiente, los recogerían.

»Entre los Martí, los Forns y nosotros hicimos acopio de sillas para todo el mundo. Platos, vasos, cubiertos... aquello era una movida monumental. El día antes, cuando finalmente lo tuvo todo montado, mi tía cerró el salón a todo aquel que no tuviese que dormir en la casa aquella noche. A Agnès no la vería ya hasta que no entrase con su padre por el pasillo de la iglesia.

»Mis amigos ya habían llegado. Les presenté a todo el mundo, pero ellos tan solo participaban en lo que podían, ya que estaban totalmente admirados por la actividad que se estaba desarrollando en la casa. Manuel y Sally estuvieron muy encima de ellos y no los dejaron ni a sol ni a sombra. Se notaba que lo estaban pasando muy bien con las rarezas de aquella familia de locos. Hugo, al hablar español, enseguida estuvo metido en todo el meollo de los preparativos de la fiesta. Anne y Agnès se entendieron muy bien, parecía que de allí iba a salir una gran amistad.

»Me despertaron temprano. Mi tía me había preparado el baño y me lo tomé con calma. Luego me afeité con cuidado. Por suerte, el morado en el ojo ya no se notaba. Me empecé a vestir sin prisas, aún faltaba un rato.

»El Hispano Suiza con Manuel al volante empezó a hacer viajes con mis amigos del Saint-Severin, Sally, Carmeta y mis hermanas hacia el pueblo. Antes de partir, en el penúltimo viaje, mi tía entró a verme. Yo ya estaba listo.

»La pobre se puso la mano en la boca y sacó su pañuelo del bolso para intentar contener las lágrimas que le brotaban. No quería llegar con el maquillaje hecho un desastre. Iba muy elegante con su traje azul. No me dijo nada más. Solo me dio uno de aquellos abrazos que me daba de tanto en tanto. Quizás un poco más largo. Cuando salía dijo:

»—Espera a que vuelvan a por ti.

»Me había quedado totalmente solo, así que salí al jardín a esperar a que viniesen a buscarme. La verdad es que no me conocía el protocolo. Volvió el Hispano Suiza y tocó el claxon para que me diese un poco de prisa. Sin fijarme, cerré la puerta de la casa y cuando me giré vi de qué se trataba. Al lado del coche, apoyado en el capó, estaba Álex vestido de militar con el traje de gala que le había dejado un superior especialmente para aquel día. Me acerqué sin decir ni una palabra y nos abrazamos; creo que los dos nos emocionamos un poco.

»—¿Te pensabas que me lo iba a perder?—dijo con una sonrisa.

»—No sé cómo lo has hecho, pero hace días que solo pienso que cómo me iba a casar si tú no eras mi padrino—fue lo único que supe decirle.

»—Pues ahora ya te puedes casar. Ya tienes padrino. Soy un regalo de tu tía. Ella ha removido cielo y tierra para que me dejasen venir. He llegado esta madrugada. Absolutamente nadie, aparte de los de mi casa, sabe que estoy aquí, así que Ada y Agnès se van a llevar una buena sorpresa.

»Ahora sí que me podía casar. Teníamos mucho que contarnos, pero en aquel momento había una ceremonia que celebrar, así que no pudimos alargarnos demasiado. Teníamos que llegar antes que Agnès a la iglesia.

»La llegada provocó tal revuelo entre la gente que le estábamos poniendo muy difícil a Agnès superarlo. El alboroto principalmente era por Álex, ya que muchos de los que estaban allí no sabían que había llegado. Solo lo sabía su familia y mi tía, y en el último momento también Manuel, que le entregó el coche a tres manzanas del centro del pueblo, donde mi tía le indicó.

»Ada soltó un grito y corrió hacia él. Se abrazaron y se besaron. Disimuladamente Manuel les avisó de que mejor se controlaran un poquito ante las risas de todos nosotros.

»Mi tía estaba más orgullosa que un pavo. Ella había sido la artífice de ese golpe de efecto. Álex traía cartas de todos los jóvenes del pueblo y fotos para las familias. Algunas de ellas estaban por allí, ya que era habitual que además de los invitados, la gente del pueblo se asomase a ver qué tal iba vestida la novia.

»La iglesia no era muy grande. Alguien avisó de que Agnès ya venía de camino, así que todos fueron entrando. Con la llegada de Álex ya tenía padrino y por supuesto, la madrina era Ada, así que ellos se situaron a ambos lados del altar. Encajaron la puerta para preparar la entrada.

»Agnès estaba dentro de su coche. No me dejaron ni girarme para verla. De pronto empezó a sonar la marcha nupcial, abrieron las puertas, y mi tía y yo empezamos a andar por el pasillo. Evidentemente, ella iba colgada de mi brazo.

»—Gracias, tía —le dije en un susurro—. Veo que has vuelto a ver a Gómez.

»—Sí, pero sigue esperando el postre.

»De pronto, empezamos a aguantarnos la risa los dos. Solo nosotros sabíamos a qué se refería aquel comentario. Me acompañó al altar y luego se fue a su sitio en la primera fila con el resto de la familia. Se la veía muy contenta, eufórica y satisfecha.

»Al cabo de unos segundos, aparecieron en la puerta Agnès y su padre.

»Dios mío, estaba espectacular. Vestida con aquel traje de novia tan elegante, de seda y hecho a medida parecía un ángel. Debía de estar muy nerviosa porque desde el primer momento solo me miraba a mí y tardó hasta llegar a mitad del trayecto en darse cuenta de que Álex estaba allí. Cuando lo vio, se tapó la boca para reprimir un grito de alegría, aunque profesionalmente siguió hasta que llegó a nuestra altura. Su padre me entregó su mano y se retiró a la primera fila, justo al otro lado del pasillo de donde estaba mi tía.

»—¿Me disculpas un segundo, mosén?—preguntó.

»—Por supuesto, hija.

»Entonces Agnès se giró hacia Álex y le dio un abrazo cargado de espontaneidad y cariño. Le costó mucho controlar que las lágrimas no le

arruinaran todo el trabajo que había tenido para maquillarse. El abrazo duró unos segundos.

»—¿Podemos seguir? —dijo el mosén medio en broma—Creo que el novio la espera.

»—Sí—respondió ella—.Perdóneme, padre.

»Todos los que estábamos allí reímos en parte por los nervios y en parte por la emoción.

»La ceremonia pasó muy rápido o al menos a mí me lo pareció. Cuando acabó, ya estábamos felizmente casados. Era una situación nueva y la verdad es que impresionaba un poco.

»Entre el Hispano-Suiza que llevaba Manuel, el coche del padre de Agnès y alguno más de los invitados nos fueron subiendo poco a poco hasta Can Tomeu. Fue una gran fiesta. Todos estábamos felices, pero creo que en los últimos tiempos habíamos visto y sufrido cómo de terribles pueden ser las cosas e inconscientemente nos agarrábamos a aquellos momentos con todas nuestras fuerzas.

»Álex y yo encontramos un momento para apartarnos del resto. Líamos un cigarro y fue cuando le expliqué lo que había visto en Madrid y que no estaba muy seguro de que aquello lo ganase la República.

»—Pues al final si gana Franco ya veo que tendré que hacer caso y huir a Francia —reconoció.

»—Por cierto, Ada se ha negado en rotundo a cualquier salida del país si tú no vas con ella. Ya sabes cómo es.

»—Había que intentarlo.

»—¿Has visto muchos horrores?—le pregunté.

»—La verdad es que no. En Caspe no ha pasado nada y a mí me tienen bastante protegido. Aún no he entrado en combate, pero no tardaré. Están preparando algo.

»—Cuídate —le dije.

»—Lo haré. ¿Sabes una cosa?

»—¿Qué?

»—Durante todos estos años tú y yo nos hemos influido mucho mutuamente. Estoy seguro de que hoy en día hay cosas en tu carácter que has aprendido de mí. Igualmente pasa al contrario. Ada siempre dice que tú eres un camaleón y te adaptas a todo con bastante habilidad. En mí día a día pienso a menudo: ¿qué haría Tom?

»Como confirmación a lo que había dicho, en esta ocasión fui yo quien pasó el

brazo por encima de su hombro en aquel gesto, en realidad, tan suyo.

»—Aquí estáis—dijo Ada— los dos hombres de mi vida —rió—. Vamos para dentro que van a traer el pastel y tienes que empezar el baile, ¿recuerdas? Un dos tres, un dos tres... —bromeó.

»—Ada me ha enseñado a bailar el vals estos días— aclaré sonriendo resignado.

»—Eso no me lo pierdo —rió Álex mientras que Ada se colgaba de su brazo y entrábamos.

»La fiesta duró hasta altas horas de la noche. Agnès era una anfitriona excelente y tuvo un momento para cada uno de los invitados; no creo que nadie se sintiese fuera de lugar. El baile quedó aceptable, pero después de mí y de Álex, mi amigo Hugo tomó cartas en el asunto y mostró a Agnès lo que era un auténtico bailarín. Él venía del mundo del tango, pero no había pieza que no supiese bailar. Las jóvenes impresionadas por aquel joven argentino empezaron a hacer cola para que las sacase. Anne lo miraba divertida y se entretenía hablando con Giovanni, que tampoco era muy hábil en aquellas funciones.

»Para la noche de bodas nos reservaron una habitación en la misma Fonda Europa donde te hospedas tú actualmente —dijo Thomas mirando a Kevin—.Era el mejor lugar de los alrededores y no nos pareció bien tener que ir a Barcelona. Los días que faltaban hasta nuestro viaje a París los pasamos en mi casa.

»Con Álex, con Ada y mis amigos de Saint-Severin hicimos un poco de turismo por Barcelona. Todos éramos conscientes de que estábamos en guerra, pero allí aún no habían empezado a bombardear. La situación no tenía nada que ver con lo que yo había visto en Madrid tan solo unos días atrás. Las fiestas de Navidad ayudaban a dar una imagen de normalidad que no correspondía con la realidad.

»Un par de días más tarde, Álex tuvo que regresar a Caspe. Fue una despedida triste, pero todos deseamos creer en un reencuentro próximo. Un día más tarde marcharon mis amigos de París. Finalmente, el día dos de enero partíamos nosotros en tren hacia nuestro nuevo hogar. En esta ocasión fue el padre de Agnès quien nos acompañó a la estación. Su madre no vino porque ya se había pasado las últimas veinticuatro horas llorando y era innecesario hacerla pasar por la despedida en la estación.

»—Cuídamela, hijo, es todo lo que tengo —me dijo su padre.

»—No se preocupe. Estará bien conmigo.

»Me abrazó.

»Agnès lloró un poco cuando el tren partió. Empezaba su aventura parisina. En

realidad le hacía mucha ilusión, imagino que parecido a cuando yo me fui. Si además le quitamos la incertidumbre inicial y que estábamos los dos juntos, parecía imposible que nada fallase. La llegada a la Gare d 'Austerlitz le pareció tan caótica como a mí me había parecido unos años antes. Yo la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

»—Ya te acostumbrarás —le comentaba.

»De pronto vi a Philippe.

»—Philippe, Philippe —grité saludando con la mano.

»El hombre se acercó y saludó ceremoniosamente a Agnès.

»—*Madame, je suis enchanté*—le dijo.

»—Gracias, Philippe —le contestó—.Estoy muy contenta de conocerle, Tom me ha hablado mucho de usted.

»—Espero que bien —dijo.

»—¿Cómo si no?—contestó ella.

»Me quedé sorprendido: hablaba un francés casi tan bueno como el mío y eso que ella era la primera vez que pisaba Francia. Mi mujer nunca dejó de sorprenderme. Sophie también le esperaba con curiosidad. Había oído hablar muy bien a mis amigos, así que la esperaba vestida con sus mejores ropas. La conversación entre ellas fue muy agradable. Francamente, Agnès se sabía desenvolver como nadie en cualquier ambiente. Sophie insistió en enseñarle ella misma el apartamento y Agnès quedó encantada. Era mucho mejor de las expectativas que se había hecho. Francamente la pintura de mi grupo y la decoración de Anne le daban un punto de exquisitez urbana a la que no estábamos acostumbrados.

»Cuando nos quedamos solos me reconoció:

»—Creo que aquí podré ser feliz.

»Pasamos los dos días siguientes descansando del viaje y amándonos todas las veces que pudimos. Profundizamos en el conocimiento de nuestros cuerpos y exploramos nuevas sensaciones, algunas de las cuales ni siquiera sospechábamos. Ya no cenábamos con Sophie, aunque ella de tanto en tanto nos invitaba.

»Pasada la primera semana de estancia en París, empezó en el Conservatorio Nacional de Música donde una vez que comprobaron su nivel la seleccionaron para ir a dar pequeños conciertos en varias salas importantes de la ciudad donde, poco a poco, fue ganando un cierto prestigio. Algunos estaban muy bien pagados.

»Por mi parte yo volví a Paris-Soir donde aquellos primeros días colaboraba en

la edición y en la maquetación del diario. A principios de febrero me llamaron a dirección. Jean Prouvost en persona había preguntado por mí.

»—Buenos días, señor Prouvost—dije entrando en su despacho—.Me han dicho que me ha llamado.

»—Sí, joven, pase y siéntese.

»Me senté en el lado de la mesa que me correspondía, mientras que él recogía algunos documentos que tenía a la vista y que imaginó quería proteger de mi mirada.

»—Bueno, le he hecho llamar porque usted fue la última persona que colaboró con Delaprée y estuvo con él hasta el último momento de su vida. Nadie mejor que usted sabe en este momento cuál es la situación real de sus asuntos en Madrid. Con todo lo que está pasando en España, no podemos estar sin un corresponsal allí. Como usted fue el último, conoce la situación. Creo que indiscutiblemente es la persona más indicada para acompañar al nuevo corresponsal, al menos los primeros días. Quizás un mes.

»—Cuando lo del accidente de Delaprée ya quedamos así —contesté—, no tengo ningún problema en acompañar al nuevo corresponsal y estarme allí un mes. Luego debo regresar para acabar mis estudios.

»—Ese es el segundo tema que quiero tratar con usted. Me parece una irresponsabilidad por nuestra parte volverle a enviar como estudiante. Si le pasase alguna cosa durante su estancia, nuestro nombre quedaría en entredicho. Por eso le queremos ofrecer un contrato de trabajo, evidentemente remunerado según nuestros baremos. Eso no es incompatible con sus estudios y le contará como prácticas. Lo he consultado con L'Ecole.

»No sabía qué decir. En realidad, en aquellos momentos, Agnès con tan solo un mes había conseguido situarse muy bien en su medio laboral y a pesar de que siempre había querido volver a casa nada más acabar, entre la guerra y con la buena oferta que tenía, ¿por qué no aceptar?

»Cuando lo hablé con Agnès a ella le pareció bien. No sabía si quería quedarse toda la vida en París, pero sí que había venido para al menos pasar un tiempo.

»Volví a Madrid en febrero de 1.937.El nuevo corresponsal era Antoine de Saint-Exupery unos años antes de escribir *Le petit Prince*. Por entonces aún no tenía cuarenta años. Me invitaba a que le tutease, así que yo le llamaba Antoine. Le ayudé con la acreditación en la Secretaría de Propaganda de la Junta Delegada de Defensa en el gobierno municipal.

»Nuestra llegada a la ciudad coincidió en el tiempo con la batalla de Jarama. Los rebeldes intentaron aislar Madrid de la salida hacia Valencia y el

Mediterráneo. Durante aquellos días bombardeaban la Gran Vía día sí y día también. Por suerte, Franco no consiguió su objetivo.

»En marzo, Antoine consideró que la faena para la que me habían enviado había acabado. Él quería que me quedase como su asistente y la verdad es que si no hubiese sido porque quería estar con mi esposa, me lo hubiese planteado. El tres de marzo de 1.937 volvía a París.

»Con el paso del tiempo, nos fuimos transformando en dos parisinos más. Agnès dedicada a su música y yo trabajando en el diario y estudiando para conseguir mi título de periodista. Estábamos informados de la evolución de la guerra en España. De hecho, yo en el diario tenía muy buena información, pero aunque me duela reconocerlo, cada vez nos parecía algo más lejano. Para acabar de complicar más la situación, empezaron a llegar noticias de que en Austria empezaba a haber serios enfrentamientos entre los nazis partidarios de la unificación con Alemania y el gobierno legal del país. Hitler amenazó con «crear otra España en Austria».

»En ese entorno, el Conservatorio Nacional de Música seleccionó a cinco intérpretes para enviarlos a hacer una serie de conciertos en Berlín. Entre ellos estaba Agnès. Las noticias que llegaban de Alemania no invitaban a aceptar, pero en realidad también se había hablado bastante mal antes de las olimpiadas y estas se pudieron celebrar sin problemas. Hablamos horas y horas sobre el tema. Tenía que ir con su nombre español, Agnès Forns. De ninguna manera podía utilizar su apellido de casada, Levi. Estábamos tramitando la nacionalidad de los Estados Unidos para ella, aunque en su caso no le exigían renunciar a la española de momento.

»Agnès partió en abril de 1.937. Los conciertos eran en el teatro de la ciudad. Ellos le llamaban la *Schauspielhaus Berlín*. Los alemanes siempre han tenido una gran sensibilidad musical y la verdad es que Agnès triunfó y algún diario hablaba de ella como *la española aria* por sus rasgos tan rubios.

»Fue una gran fuente de información aquel viaje ya que ella, que era muy buena observadora, percibió detalles en la gente y en el ambiente que no eran sencillos de identificar si no tenías buen olfato. Por otro lado, trajo diarios y folletos de todo lo que encontró. Desgraciadamente ninguno de los dos teníamos ni idea de alemán, aunque en el *Paris-Soir* sí que supieron sacarle jugo a toda la información, sobre todo, en las columnas de opinión que se publicaban en cada número.

»No le permitieron moverse a su aire por la ciudad. Durante los días del viaje los llevaron a todos juntos a ver la isla de los museos, donde pasaron horas

visitando cada museo, la puerta de Brandemburgo y el resto de lugares turísticos siempre acompañados por un guía. La verdad es que me pasé la semana que duró aquello sufriendo. Por suerte tuvimos la prudencia de no decir nada en Cardedeu al menos hasta que ella no estuviese de vuelta.

»En el verano de 1.937 la situación aún era tranquila en Catalunya, así que nos arriesgamos a volver a casa. Agnès quería ver a sus padres y yo quería ver a mi familia.

»Aparentemente todo seguía igual, pero eso no era más que una ficción. La situación no mejoraba, y el desánimo y el miedo iban calando en la gente. Además, la situación de guerra hacía que económicamente las cosas fuesen más duras de lo habitual.

»Hablamos con todos: con mi tía y Carmeta, con Sally y Manuel, con Ada y con Sara. Agnès habló con sus padres y a todos les ofrecimos nuestra casa, donde estarían a salvo. Siempre podrían volver cuando todo aquello se acabase, pero se negaron. Sally fue la única que dudó porque Manuel podía ser reclutado en cualquier momento, como así fue. Aparte de toda la situación, ella tenía su propio drama personal. Tenía ya treinta y cuatro años y no conseguía quedarse embarazada. Eso me hizo sentir un poco culpable. Agnès y yo habíamos decidido no tener hijos de momento. En París era muy fácil y estaba muy aceptado el uso del diafragma entre las mujeres y el preservativo entre los hombres. No parecía un mundo ideal para tener hijos de momento.

»Ya estábamos a punto de volver cuando empezó la batalla de Belchite. En el frente de Aragón, donde estaba Álex, se emprendió la iniciativa que tenía como finalidad definitiva la conquista de la ciudad de Zaragoza. Para ello atacaron la franja de cien kilómetros entre Belchite y Zuera. Álex me contó posteriormente en una carta que recibí vía Ada la dureza de aquella batalla. El pueblo, más o menos del tamaño de Cardedeu, se resistió al avance de las tropas republicanas. El ejército republicano envió a 80.000 hombres a la conquista de aquel territorio, además de la 45 división internacional.

»La lucha fue feroz. Casa por casa. Se destruyó la iglesia, el hospital, la escuela, la fábrica de aceite y así uno a uno la práctica totalidad de los edificios del pueblo. Álex perdió a buena parte de los hombres que llevaba, la mayoría jóvenes como él que venían de los pueblos vecinos a Cardedeu. Me reconoció que hacía días que no podía dormir. Recordaba el sonido de las balas silbando alrededor de su cabeza. También recordaba a un joven de Mollet que murió en sus brazos sin dar tiempo a que los encargados de retirar a los heridos se lo llevasen. A él mismo le rozó una bala el hombro, aunque no fue nada grave.

Tuvo mucha suerte porque si no se hubiese movido por casualidad, le hubiese atravesado el cuello.

»Lo peor de todo era que había tenido que matar a otros hombres por primera vez en la vida. En el momento en el que tenías que tomar la decisión, no había tiempo para pensar y sencillamente disparabas para salvarte, pero era después cuando veías que habías acertado y que la otra persona se retorció en el suelo, era en ese momento cuando reaccionabas. Aquello había sido lo peor para él.

»Creo que me pude hacer cargo de lo que me explicaba. Yo había visto también la muerte de cerca en Madrid. Cuando sonaban las sirenas, corrías hacia el metro o el refugio más próximo. El mal rato te lo llevabas al salir y encontrarte con cadáveres de gente de todo tipo y de todas las edades.

»Yo no tuve que matar a nadie durante aquellos días, pero te aseguro que si hubiese podido disparar al piloto que tiraba las bombas, no hubiese dudado ni un segundo en hacerlo, imagino que igual que Álex.

»Aquella batalla acabó con la conquista republicana de los dos pueblos, pero en realidad fue un fracaso, ya que no se consiguió la reconquista de Zaragoza. Kleber y su división internacional llegaron a estar a solo seis kilómetros del objetivo. Belchite quedó totalmente destruido al igual que la vida de aproximadamente cinco mil personas.

»Parecía que uno de los puntos en los que se iba a decidir la guerra era en el Frente de Aragón. Allí se decidiría si los republicanos empezaban la reconquista de los territorios perdidos o si por el contrario los rebeldes de Franco rompían y avanzaban hacia el Levante y Catalunya.

—Creo que hoy hemos avanzado mucho —dijo Thomas.

—La verdad es que sí. ¿Qué tienes en la carpeta verde?

Thomas sonrió y me mostró orgulloso un folleto en alemán que mostraba a Agnès sentada ante un piano. Habían utilizado aquella imagen para promocionar la minigira de 1.937. También me enseñó recortes de diario con algunas de las noticias que habíamos comentado. Para el final dejó la foto de su boda en la que aparecían buena parte de los invitados. Era una foto de tamaño folio y que había sido tomada en la entrada de Can Tomeu. Aunque la guerra ya había empezado, parecían muy felices.

—¿Cómo lo recuerdas ahora que ha pasado tanto tiempo?

—En realidad con el tiempo te vas convenciendo de que todo aquello es como una historia que realmente no te afecta, aunque sabes que en su momento sí que te afectó. Eso pasa si piensas solo en los hechos ocurridos. Si profundizas, tal y como estamos haciendo nosotros, y pones a las personas queridas en esas

historias, entonces te afecta mucho más.

—Entiendo lo que quieres decir. Una cosa es hablar de un hecho histórico en abstracto y otra es ponerle nombres y apellidos.

—En efecto. Además, hay otra cosa que insisto que no debemos olvidar: la batalla de Belchite fue en 1.937, tan solo un año y un mes después del golpe de estado. Las dos guerras juntas duraron nueve años. ¿Te imaginas lo largo que fue?

—No me lo puedo imaginar.

—Hubo un momento en el que estabas convencido de que no ibas a sobrevivir a todo aquello y esperabas que un buen día llegase la maldita bala o la bomba que te acabaría matando. Lo único que deseabas era que te matase a ti antes que a tus seres queridos. En consecuencia, cuando ya habías asumido tu propia muerte, empezabas a adoptar posturas más arriesgadas y perdías el miedo. Yo creo que ese fue un factor determinante para que los aliados ganasen la guerra. Los atacantes, durante los primeros años, no tuvieron que aprender a vivir como nosotros, sus vidas siguieron en buena parte como antes. Las batallas eran lejos de casa, fuimos los atacados los que nos tuvimos que adaptar. Cuando finalmente se volvieron del revés las tornas para ellos ya era tarde. Afortunadamente.

—Pero debe de ser muy difícil aceptar la propia muerte.

—De golpe sí, pero cuando es parte de un proceso, no cuesta tanto. Se convierte en algo cotidiano.

—No sé, Thomas, me lo tendrás que explicar un poco mejor porque no acabo de entenderte.

—No te preocupes. En realidad, me alegro mucho de que no tengas la necesidad de entenderlo y que afortunadamente nunca te hayas visto implicado en historias tan terribles como esta.

—Lo dejamos aquí —dijo Kevin levantándose—. ¿Te van a traer la comida o prefieres que te lleve al comedor?

—Cuando salgas me traerán la comida. No nos quieren interrumpir y siempre nos dan un poco de margen, esperan a ver si te vas para traer la bandeja.

Ambos rieron.

—Pues no vamos a hacerles esperar más. Nos vemos mañana igual que cada día. Creo que tendremos otra sesión de guerra civil.

—Me parece que es inevitable, pero no te preocupes, nosotros vamos a arreglar este asunto en tres o cuatro sesiones y no en tres años.

—Hasta mañana.

Kevin avanzaba por el pasillo cuando se cruzó con la cuidadora que le saludó

mientras llevaba la bandeja a la habitación de Thomas. No pudo evitar una sonrisa. Cuando pasó por delante del despacho de Celia, llamó a la puerta.

—Adelante.

—Hola, doctora, ¿cómo estás?

—Pasa, Kevin.

Él entró en el despacho y se dirigió hacia ella tras cerrar la puerta. Ella se levantó y se dieron un beso apasionado.

—Me tienes un poco abandonado —se quejó.

—No digas tonterías. Además, ya sabes que estoy muy ocupada.

—¿Y no tendrás un rato para ir conmigo al gimnasio, por ejemplo, esta tarde?

Celia rió un poco.

—No lo sé. Si quieres, ve y si puedo ya pasaré por allí.

—Yo también tengo que ir avanzando, pero si me aseguras que vas a ir, me la juego con mi jefe y con toda la editorial.

—Estás muy tonto. ¿De qué habéis hablado hoy?

—De la Guerra Civil.

—Pues sí que te motiva el tema.

—Al menos come conmigo hoy.

—Imposible, ya he comido.

—Ves cómo me tienes abandonado.

Celia se quedó pensativa y con expresión traviesa lo miró y le dijo:

—Quién sabe, tengo una idea que te puede gustar.

Se fue hacia la puerta y la cerró pasando el seguro para que nadie pudiese entrar sin que ella abriese. Después se fue hacia el ventanal y corrió las cortinas que normalmente tenía descorridas.

—Si quieres, podemos jugar un ratito—dijo ella.

Kevin no pudo evitar reírse de la situación tan cómica.

—¿Un ratito?

—Sí, un ratito porque luego tengo bastante trabajo.

—¿Un adelanto de París?

—Eso es.

Cuando Kevin pudo sentarse ante una mesa para comer, ya era media tarde y tuvo que conformarse con tomar cualquier cosa antes de poder cenar.

CAPÍTULO 13

La Derrota

El ruido del cepillo de dientes eléctrico no le dejó oír el sonido que producía su teléfono móvil encima de la mesilla de noche. Ni siquiera el que se hubiese iluminado la pantalla y que el aparato no dejara de vibrar captó su interés.

Kevin había desayunado y estaba con los últimos preparativos para salir camino de l'Alfou. Normalmente salía diez minutos antes de las nueve y aún eran las ocho y media, así que se lo estaba tomando con calma. Se sentó frente al ordenador y consultó su e-mail para comprobar si había algún mensaje de última hora de Dreams o de su familia, pero lo único que vio fue un mensaje de Mark que le pedía que le llamase. Pensó que era algo rutinario y para saber cómo le iban las cosas, así que en un primer momento decidió que ya le llamaría por la tarde. Quizás quería que quedasen, hacía varios días que no se veían y seguro que tenían cosas nuevas para comentarse.

Aburrido, cogió el móvil y se dio cuenta de que también tenía una llamada perdida de su amigo. No le pareció muy normal porque era de hacía tan solo unos minutos, así que después de pensarlo un poco, optó por llamar.

—Hola Mark, ¿cómo estás? He visto tu llamada y tu mensaje.

—*Ey, man*— le respondió Mark en aquella forma coloquial en la que solían hablar—. Me has dejado de piedra.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Que callado te lo tenías.

—Ostras, no sé de qué me hablas.

—¿Seguro? Esta mañana he recibido la prensa que me llega habitualmente de los Estados Unidos y ya sabes que algunos llevan dentro como complemento la revista *Parade*.

—Sí, lo sé. La publica Dreams y la vende a un buen número de diarios.

—Página 15. Nombre del Artículo: «Dreaming Girona: Game of Thrones». ¿Te suena?

—¡No me digas que ha salido en Parade! No me lo puedo creer—Kevin no pudo evitar una carcajada.

—Pues sí, señor, te lo puedes ir creyendo. Además, el artículo sale firmado por un tal Kevin Conor y por si tienes alguna duda hay un rectángulo a un lado

donde han puesto una foto tuya y cuatro líneas de tu historia profesional. Mencionan tu proyecto actual y te nombran «delegado de Dreams en Catalunya».

—Estoy alucinado. Al final John Brown ha conseguido lo que se proponía.

—Durante el día te escanearé el artículo entero y te lo envío por e-mail. Tengo como mínimo dos copias, ya que *Parade* me ha llegado en dos diarios, así que te guardo una y yo me quedo con la otra. Cuando nos veamos, te la doy.

—¿Estás muy liado estos días?

—No especialmente. El fin de semana tengo una excursión para esquiar con una nueva amiga. Nos vamos a Andorra, pero entre semana estoy libre.

—Miro a ver si puedo organizarme para ir a Barcelona a cenar contigo uno de estos días. Te aviso.

—Cuando quieras.

Kevin estaba eufórico. Era la primera vez que publicaba algo que tenía tanta tirada. En efecto, era una publicación, un dominical que se entregaba con muchos diarios a todo lo largo y ancho de los Estados Unidos. Sabía que Dreams enviaba artículos para la revista de vez en cuando y que después se encargaba de su publicación, pero John no le había explicado nada de lo que se proponía o de que había seleccionado su reportaje.

Tendría que darle las gracias, pero no lo iba a llamar expresamente para eso. Si había presentado su trabajo para la revista era porque no tenía ninguna duda de la calidad del mismo y de que iba a ser aceptado. Mejor aún: no diría nada y esperaría a que John se lo dijese. Tenía curiosidad de cómo sería la de «arena» en el sentido de que estaba claro que la de «cal» era la felicitación, pero acto seguido utilizaría la de «arena» para devolverle al nivel del suelo. Seguro que no podría evitar aquella combinación entre felicitación y castigo tan común en su forma de hacer.

Aquella llamada le había proporcionado el suficiente buen humor como para enfocar el día de la mejor manera posible. Miraría de ir a Barcelona al día siguiente para cenar con Mark y poder conseguir la copia de la revista. Llegó a Sant Julià y aún no se le había borrado de la cara aquella semisonrisa absurda que llevaba.

—Vaya, veo que estamos de buen humor —le dijo Celia nada más verlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la cara que pones. ¿No será por lo de ayer? —refiriéndose al encuentro amoroso que habían tenido en su despacho.

—No, bueno sí... no sé —sonrió.

—Cuando te aclares, me lo dices y ya veremos si algún otro día podemos repetir—dijo Celia alejándose por el pasillo.

»Desde que cumplí los ocho años en 1.923, el año 1.938 fue el primero que no celebré fin de año en Cardedeu. Hasta entonces había recibido todos los años con mi familia.

»Si fuese supersticioso podría creer que aquello a la larga iba a ser un síntoma de mala suerte. Hubo varias razones para no viajar a casa. La primera era que Agnès había sido seleccionada por el Conservatorio para un ciclo de actuaciones de varios músicos en Londres. Era desde el día 23 al día 26 de diciembre, por lo que no quedaba tiempo para ir a Cardedeu. En aquella ocasión yo iba a acompañarla. Me apetecía visitar la ciudad en la que había puesto el pie por primera vez en Europa en nuestra huida de los Estados Unidos, aunque francamente no recordaba prácticamente nada. La otra razón fue la insistencia de ambas familias. La situación cada vez era peor. Se estaban llevando a todos los hombres a la guerra. Manuel había sido reclutado y estaba cerca de Teruel a menos de quince grados bajo cero por lo que sabían. Ya había entrado en combate, pero por lo que había podido averiguar mi tía no estaba entre las bajas. Sally lo estaba pasando muy mal, en realidad todos sufrían por Manuel y por Álex, del que no sabíamos absolutamente nada.

»Aquel año fue el definitivo. Fue el momento en el que se rompió el frente y uno de los bandos le conquistó el terreno al otro. En Cardedeu hasta el momento no habían sufrido mucho por la guerra, estaba lejos, pero ahora se les estaba acercando poco a poco. Los dos bandos se preparaban y el gobierno de la república requisó unos terrenos entre Cardedeu, Llinars i Vilamajor muy cerca de donde estamos nosotros y construyeron un pequeño aeródromo. Eso era en enero. Se hicieron varios en el Valles y su función era la defensa de Barcelona.

»Mientras en nuestra casa todos estaban sufriendo, nosotros vivíamos una especie de amnesia y disfrutábamos de nuestra vida en París y de la visita a Londres. No sabría decirte si era pura inconsciencia o puro egoísmo o si por el contrario era que nos habíamos contaminado del miedo de los parisinos. Yo creo que debía ser eso porque por mucho que hubiese empeorado como persona, estoy seguro de que nunca hubiese sido capaz de olvidar a los míos.

»En París-Soir publicábamos todo lo que Saint-Exupery nos enviaba desde Madrid; en alguna ocasión pudimos hablar por teléfono. Recuerdo una de las veces en que me preguntó:

»—¿Tienes aún familia en España?

»—Ya sabes que sí, toda mi familia está en un pueblo cerca de Barcelona.

»—Chico, diles que se vayan. Esto no va a durar mucho y por lo que estoy viendo, va a ser duro para los civiles.

»En aquel momento sentí una gran impotencia porque sabía que no se iban a mover ni un paso de donde estaban, sobre todo ahora que tenían a dos hombres en el ejército. Por su parte, Agnès insistía a sus padres para que viajasen a París. Teníamos espacio suficiente y si no, ya lo buscaríamos, pero ellos se negaban cada vez que se nombraba la posibilidad.

»En marzo empezó el desastre. Al mismo tiempo que Hitler invadía Austria cumpliendo con las amenazas que llevaba tiempo lanzando para quien quisiese oírlas, Mussolini bombardeó intensivamente Barcelona. Ya la había bombardeado otras veces y la última en enero, pero aquella vez fue mucho peor.

»Es muy curiosa la suerte de las personas. Si ha llegado tu hora no importa donde estés, no te salvarás, pero si no te ha llegado, ya puedes estar en medio del infierno que sobrevivirás.

»Sally había ido a la ciudad el día 15 de marzo. Quería tener noticias de Manuel, no podía soportar más no saber nada. Ada le quiso acompañar. Bajaron en tren y alquilaron una habitación en una pensión en el barrio de Sants. Tenían planeado pasar el tiempo necesario para conseguir algún tipo de información y tan solo volverían cuando se rindieran de su objetivo o lo consiguiesen. La tía Inés se había empeñado en que era inútil y que lo único que iban a conseguir era ponerse en situación de riesgo y pasar hambre, ya que en Barcelona empezaba a haber problemas de suministros.

»Llegaron a la ciudad y empezaron su peregrinaje el mismo día 16 con más voluntad que éxito. Fueron a las dependencias militares de la ciudad, donde encontraron montones de personas buscando información. El Gobierno Civil también estaba colapsado, la Generalitat, la Diputación... todo estaba igual. A las siete de la tarde volvieron cansadas y deprimidas a la pensión.

»La pensión estaba en la antigua carretera de Sants y la gobernaba una mujer encantadora. Roser se había quedado viuda al principio de la guerra y para sobrevivir alquilaba las habitaciones de su casa exclusivamente a mujeres. La idea de hacer de su hogar una pensión se la había dado una hermana que tenía en Tarragona y de momento le funcionaba bien. No sabía qué pasaría cuando todo aquello acabase, pero al menos iba viviendo y no estaba tan sola. Aquel día había conseguido legumbres en el mercado negro. No había sido fácil y hacía falta tener buenos contactos, pero en aquel barrio la mayoría se conocían. Había preparado un potaje de garbanzos para ella y sus huéspedes.

»En aquel momento estaban las tres solas, ya que las otras dos habitaciones

estaban vacías.

»—Va, chicas, veréis que potaje más rebueno he preparado. Hoy he conseguido garbanzos y tenía un poco de tocino, así que a las nueve todos a la mesa que las penas con el estómago lleno son menos penas.

»El olor de lo que se estaba cocinando fue ocupando toda la vivienda. Sally había traído chorizos y fuet por si acaso. Sabía que empezaban a tener problemas de abastecimiento y pensó que era bueno ser prevenido. Decidieron darle parte de lo que traían a la pobre Roser, que no había dudado ni un momento en compartir con ellas lo que tenía y de esta manera, colaboraban con alguna cosa para la cena.

»A las nueve en punto estaban sentadas en la mesa.

»—Cuidado, que ardo —bromeó Roser llevando la olla directamente al comedor.

»—Qué buen olor—dijo Ada asomándose a la olla.

»Las tres mujeres se dieron un banquete que además estaba regado por un vino tinto peleón que Roser había conseguido en una bodega, pero que se negó a mencionar el estado del lugar. No importaba conseguía el efecto buscado y les dio un cierto grado de alegría que tanta falta les hacía. También miraron entre la antigua reserva del difunto marido y encontraron un poquito de anís que mezclaron con agua y también se lo tomaron. Estaban acabando de cenar cuando de pronto empezaron a sonar las sirenas que se habían instalado por todo el barrio. Ada y Sally no estaban acostumbradas y no sabían qué hacer. Roser reaccionó al momento levantándose de la mesa.

»—Deprisa, vámonos—y salió hacia la puerta seguida por las dos mujeres despistadas.

»Empezó a bajar la escalera a toda la velocidad que le permitían sus años, mientras que de los pisos iba saliendo gente que también corría escaleras abajo. La gente iba rápido, aunque sin precipitarse. El destino era la boca de metro de Hostafrancs, que estaba a pocos metros de la puerta del edificio donde vivían. La gente bajaba rápido las escaleras del metro y llegaban hasta el andén donde se sentaban. Con toda la paciencia que podían acumular, esperaban a que pasase aquella pesadilla.

»Sally y Ada estaban abrazadas. Temblaban. Para ellas era algo totalmente nuevo. Roser estaba un poco más tranquila, no era su primer bombardeo e intentaba calmarlas de la mejor manera posible. A lo lejos se oían explosiones, pero parecía que no estaban cayendo cerca del lugar donde se encontraban. A pesar de todo en Sants había fábricas y era un lugar en el que no era impensable

que cayese alguna bomba.

»—Son los italianos de Mussolini—les explicaba Roser—.Salen de Mallorca y dicen que nadie les controla, ni Franco ni Mussolini.

»—Son unos terroristas —añadió un hombre que estaba en pijama a pocos metros de ellas—, buscan que tengamos miedo y que nos rindamos.

»De pronto, la luz marchó y se quedaron a oscuras.

»—¿Ahora qué pasa? —preguntó Sally nerviosa.

»—Tranquila, nena —dijo otra mujer—.En un rato volverá la luz.

»Aquel horror duró varias horas y aproximadamente a las doce de la noche volvieron a oírse las sirenas indicando que se había acabado el ataque. Podían volver a casa, al menos hasta el próximo. Salieron a la calle y pudieron observar que en el entorno inmediato no había aparentemente ningún destrozo. Cerca de allí, en la plaza España, se podían ver columnas humeantes. Parecía que habían atacado otros barrios, quizás la Barceloneta o el Poble Sec, que eran lugares que atacaban habitualmente. Posiblemente en l’Hospitalet también habían caído.

»Volvieron a casa con miedo y sin saber qué hacer.

»—Vamos a dormir—dijo Roser—, si es que podemos.

»—¿Y qué hacemos si vuelven?—preguntó Ada asustada con un hilo de voz.

»—Lo mismo que hemos hecho esta noche, cariño —dijo Roser.

»—¿Y si no oímos la sirena?—preguntó Sally.

»—Por supuesto que la oiremos —dijo Roser—.No os preocupéis por eso, pero lo que no podemos hacer es pasar la noche en vela sin dormir esperando que vuelvan. Hay que aprovechar el tiempo para descansar.

»—¿Y mañana?—dijo Ada.

»—Mañana nos levantaremos y seguiremos con la máxima normalidad posible. Ya sabéis: cada vez que suene la sirena hay que correr al primer refugio que encontréis a esperar que pase el ataque.

»Se dispusieron a pasar la noche con toda la tranquilidad que pudieron acumular. Sally y Ada decidieron que se turnarían para estar despiertas, ya que el miedo principal que tenían era no despertarse. Ada se estiró vestida, mientras que Sally se quedaba despierta.

»Aquello duró muy poco, enseguida empezaron a sonar las alarmas de nuevo y volvieron al refugio.

»—Vamos a quedarnos aquí a pasar la noche—dijo Roser—.Esto parece que no va a parar, así que intentemos dormir aquí.

»Los dos andenes estaban abarrotados de gente que se acomodaba lo mejor que podía; la mayoría eran mujeres y niños. Las horas pasaron muy lentamente y en

más de una ocasión se oyeron las explosiones de las bombas que caían. Ahora más cerca, ahora más lejos. Cada vez que se oía una explosión, Sally se estremecía y al final Ada la tomó por el hombro y la apoyó en su falda acariciándole la cabeza y, de esta manera, calmándola.

»Hubo un ataque entre las 7 y las 8 de la mañana, que era la hora en la que muchos empezaban a atreverse a salir, pero tuvieron que volver a toda velocidad a refugiarse. Un poco más tarde, muchas personas hicieron un nuevo intento. Alguien volvió para avisar de que la zona no parecía muy afectada, así que lentamente la gente se fue envalentonando y el andén se fue vaciando de personas.

»—Vamos a intentar volver a casa —propuso Roser.

»Subieron las tres las escaleras. Todo parecía en orden.

»—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Sally a Ada.

»—Intentar volver a casa. No tiene ningún sentido que os quedéis aquí. Ya habéis visto lo peligroso que es esto. Tendríais que averiguar si los trenes siguen funcionando y cuando estén en marcha, coger el primero que podáis rumbo a Cardedeu. Seguro que allí no deben de estar bombardeando.

»Roser encendió el aparato de radio que tenía en el comedor y pudo sintonizar Radio Barcelona que daba parte de lo que había pasado. Estaban bombardeando continuamente la ciudad, nadie debía confiarse, ya que cada pocas horas había un ataque. La Barceloneta principalmente, pero también el Ensanche y l’Hospitalet habían recibido un montón de bombas y las comunicaciones estaban cortadas. Creían que en un par de horas los trenes volverían a circular en dirección norte. Más difícil sería en dirección sur, ya que las vías de aquella zona estaban mucho más afectadas.

»—Hay que salir de aquí—dijo Ada—. ¿Cómo llegamos a la estación?—preguntó Ada a Roser.

»—Si quieres mi consejo, yo iría en metro o andando. Si hay otro ataque, dependerás de la pericia del conductor a la hora de abrir las puertas, sobre todo en el tranvía, para que puedas salir corriendo. Sin embargo, si vas andando, tienes más movilidad y si vas en metro, por supuesto, que estás a salvo.

»—Pues nos vamos en metro—dijo.

»Se despidieron y bajaron a la misma estación en la que habían pasado la noche. Una mujer les explicó que era mejor que fuesen directamente al Clot porque en la estación de la calle Aragón no paraban los trenes porque habían recibido de lo lindo, aunque los trenes parecía que podían circular.

»De pronto, el servicio de metro quedó interrumpido. Un nuevo ataque aéreo

había afectado al suministro eléctrico y los trenes dejaron de circular. Ya eran casi las dos de la tarde y estaban agotadas. Salieron por las vías a la estación de la calle Urgell.

»—¿Qué hacemos ahora?—preguntó Sally.

»—Vamos andando—respondió Ada.

»Otra vez se volvió a oír el ruido de las sirenas que avisaban del ataque. Ada empezó a correr, pero de pronto se dio cuenta de que Sally no le seguía. Estaba paralizada en mitad de la Gran Vía. A varios metros de altura se acercaba un avión a toda velocidad, parecía que iba a pasar justo en la vertical de ella. No daba tiempo a nada, así que Ada corrió con todas sus fuerzas y la tumbó en el suelo protegiéndola con su cuerpo. Fue un acto reflejo y no se le ocurrió nada más que aquello que acababa de hacer.

»De pronto, oyeron el ruido de una explosión diferente a todo lo que habían sentido hasta aquel momento. En cuestión de segundos una onda expansiva las lanzó unos metros atrás y quedaron sordas, solo oían un pitido intenso y estaban cubiertas de polvo.

»Se hizo el silencio. Un silencio que parecía envolverlo todo. Parecía que todo se movía a cámara lenta. Estaba oscuro, el polvo que se había levantado lo había cubierto todo y le dolían los ojos. Su primera reacción fue taparse los oídos, le molestaba aquel pitido y cuando empezó a calmarse, tan solo unos segundos más tarde miró a Sally. Estaba sentada en el suelo, no parecía herida.

»—¿Estás bien?—dijo mientras la revisaba con la vista y tocándole para asegurarse.

»—No te oigo —respondió.

»—¿Estás bien?—gritó esta vez.

»—Creo que si... —dijo dudando.

»—¿Qué te ha pasado? ¿Quieres que nos maten?

»—No sé —dijo Sally—. Mis piernas no respondían y veía que aquel avión se me venía encima, en realidad no he sentido miedo.

»Ada miró hacia delante y vio que había desaparecido una buena parte de la Gran Vía. Más allá de la Universidad, más o menos donde la calle Balmes. Fue un hecho causal totalmente, pero una bomba acertó un camión cargado de explosivos que en aquel momento circulaba por la Gran Vía causando un destrozo enorme. Varios edificios se vinieron abajo y de la explosión se desintegraron todos los que estaban en el camión y cerca de él en aquel momento.

»—Voy a ver qué puedo hacer—dijo Ada.

»—No, vámonos—suplicó Sally—, no resisto esto ni un minuto más. No puedes hacer nada. Mira, ya está acudiendo gente, y enseguida estarán los camiones y los bomberos para ayudar a todos los supervivientes.

»—Pero quizás podemos hacer algo.

»—Por favor, Ada, no lo aguanto más.

»—Está bien—dijo con el corazón encogido—.Vayamos por la calle Aragón.

»Tardaron un rato en llegar a la estación del Clot y aún tuvieron que ocultarse de las bombas en algún momento. Lograron coger el tren a las siete de la tarde rumbo a Cardedeu. Era casi un milagro que hubiesen sobrevivido y que encima hubiesen podido regresar en tren.

»La tía Inés estaba desesperada. Se había informado de todo a través de la radio. No quería que Carmeta y Sara se enterasen demasiado de lo que estaba pasando porque igualmente no podían hacer nada, pero poco le faltó para irse a Barcelona a buscarlas. Lástima que no había nadie que condujese para llevarla.

»A las diez de la noche aparecieron las dos por la puerta. Habían recuperado el oído, pero por lo demás tenían un aspecto desastroso. Cuando llegaron a Cardedeu, un buen hombre que iba hacia Cánovas en carro las dejó en la misma puerta de casa.

»—Dios mío, Dios mío —era todo lo que era capaz de decir la tía mientras las abrazaba.

»Las tres lloraron abrazadas. Cuando se calmaron y después de un baño caliente pudieron explicar todo lo que habían vivido en Barcelona y en definitiva para nada porque no habían averiguado nada ni de Manuel ni de Álex.

»Ya tenían la guerra a las puertas de casa. Aquel experimento de castigo a la población civil fue enérgicamente protestado ante la Sociedad de Naciones por los Estados Unidos y el mismo Vaticano. Cuando llegó la noticia a París-Soir me preocupé bastante. Sabía que Cardedeu estaba lejos de Barcelona, pero quién sabe si también había caído alguna bomba por allí.

»Me pasé casi todo el día intentando comunicar telefónicamente con Can Tomeu. En aquellos días no era fácil conseguirlo, las líneas en España estaban muy dañadas. En el intento número cincuenta mil lo conseguí. Contestó mí tía.

»—Tía, soy Tomás, ¿estáis todos bien? Nos ha llegado la noticia del bombardeo terrible sobre Barcelona.

»—Tomás —dijo mí tía—, estamos todas bien, hijo. Pero me he llevado un susto que no te puedes imaginar.

»—¿Qué ha pasado?

»—Sally y Ada estaban en Barcelona cuando empezó el bombardeo y hasta

ayer por la noche no consiguieron regresar. Estaban a doscientos metros de la calle Balmes cuando explotó la gran bomba que ha dejado un montón de muertos —y entonces se puso a llorar.

»—¿Pero están bien?—insistí.

»—Sí, hijo, están bien, pero hasta que no las he visto aparecer, pensaba que las había perdido.

»—Tía, tenéis que venir, no podéis quedaros ahí.

»—Ni tu hermana ni Sally se van a mover de aquí mientras no vuelvan Álex y Manuel, y si ellas no se van, yo no las puedo dejar solas.

»—Pásame a Ada, por favor, intentaré convencerla.

»Ada estaba de pie al lado de mi tía y por sus respuestas y el tono de mi voz, podía saber perfectamente de qué estábamos hablando. No se quiso poner.

»—Me dice que no se va a poner, Tomás. Que te quiere y que te envía un beso muy fuerte. Dice que no sufras por nosotras.

»—Esta mujer es una cabezota —exclamé fuera de control. Aquel grito hizo que en la redacción se hiciese el silencio y todos me mirasen.

»—Cálmate, hijo, yo la entiendo.

»—Perdona, tía —le roge—, no podría soportar que os pase alguna cosa. No quería gritar. Yo también os quiero. Por favor, pensad en mi oferta.

»Me quedé realmente preocupado. No había manera de conseguir moverlas de allí. En Francia todo el mundo empezaba a dar por perdida la Guerra en España y el gobierno de la Gran Bretaña ya estaba dejando de enviar cualquier tipo de ayuda. Tan solo los soviéticos seguían dando un soporte activo.

»En mayo bombardearon Granollers e hicieron un buen destrozo. Era el día 31 y la gente salió huyendo hacia los pueblos de los alrededores, principalmente Cardedeu. Cardedeu también había sido bombardeada, sobre todo la zona de la estación. Hubo varios muertos y algunos edificios quedaron destruidos. Por lo visto, buscaban el aeródromo, pero afortunadamente no lo encontraron, aunque a aquellas alturas de poco servía ya.

»Durante unos días, mi tía acogió gente en Can Tomeu. Los tuvo refugiados hasta que al cabo de una semana y cuando vieron que ya no había peligro empezaron a regresar a sus casas. Yo me iba informando de todos aquellos desastres, pero no podía hacer nada más que sufrir por ellas. Carmeta hacía un tiempo que vivía en un mundo que no tenía nada que ver con el real. No quería oír hablar de la guerra y hablaba de Álex, de Manuel o de mí mismo como si estuviésemos a punto de entrar por la puerta en cualquier momento. Había perdido el contacto con su entorno y se había creado uno para ella misma que

estaba anclado en los buenos tiempos pasados.

»Parecía que le daba un cierto respeto hablar de Joan, aunque ella insistía en que le venía a visitar de vez en cuando, sobre todo por las noches. Explicaba que al principio se había enfadado mucho porque iba a la casa de los masoveros, su casa, y allí se encontraba a otro hombre que no era él y se ponía celoso. Poco a poco, parecía que su marido había entendido que ella ya no vivía allí y un buen día la encontró en la cocina. A partir de entonces, cada noche estaba con ella, la protegía, le contaba cuentos inventados y le cantaba canciones al oído como cuando eran jóvenes, acurrucándola hasta que se quedaba dormida. Esa era la historia que les explicaba a todas.

»Un día en el que estaban solas ella y Ada en la cocina, Carmeta se quedó fija en ella, con una mirada inteligente como hacía tiempo que no mostraba.

»—No sufras—le dijo sin venir a cuento.

»—¿Por qué me dices eso?—respondió Ada sorprendida por aquel comentario inesperado.

»—Por Álex. Me ha dicho Joan que él le está protegiendo y que no le va a pasar nada. Me ha explicado que pronto vendrá a buscarte y que ya no os volveréis a separar. Tú ya sabes que Álex y tu hermano eran sus niños. Les tiene puesto un ojo a cada uno. Está muy orgulloso de los dos. Justo anoche me lo contaba.

»Ada no pudo evitar ponerse a llorar. Aquello ya era demasiado para ella. Se sentó en una silla de la cocina y poniéndose las manos en la cara, empezó a dejar salir el llanto que llevaba mucho tiempo reprimiendo.

»—No llores, cariño —le decía la mujer sorprendida por aquella reacción y mientras le acariciaba la cabeza suavemente—. Todo va a ir bien, todo va a ir bien...

»Fue la última conversación que mantuvieron a solas. La noche siguiente Carmeta murió dulcemente en su cama sin hacer ruido y en paz. Tenía una expresión de tranquilidad y de reposo. A sus setenta años había decidido que no valía la pena seguir y menos con aquella situación, así que sencillamente se fue con Joan durante la noche.

»Todas, pero en especial la tía lloraron. Inés parecía más triste que lo que pudiese recordar ninguno de ellos. Estaba cansada de perder. Había perdido a Joan, después se fue Tomás, luego Álex, Agnès, Manuel y ahora Carmeta. Solo quedaban ellas cuatro. Cuatro mujeres solas. Siempre había tenido miedo a la soledad. Gracias a Joan y Carmeta no se había quedado sola en el mundo. Sus padres, su marido, su hermana... Cuando llegaron los niños y Sally pensó que

nunca más iba a quedarse sin nadie, pero ahora empezaba a tener miedo de que las niñas acabasen marchándose. Otra vez la casa empezaba a estar llena de habitaciones vacías. Valía la pena luchar por todo aquello cuando la casa estaba llena de gente que entraba y salía. Llena de vida. Cuando se quedaba vacía todo perdía sentido.

»Enterraron a Carmeta y se repartieron el trabajo. El de la casa y el de fuera. No podían dejar las tierras sin trabajarlas, eso las mataría de hambre. Había que seguir con los pocos animales que les quedaban y cultivando todo el campo al que diesen abasto. Les faltaban hombres para trabajar y no había ninguno que pudiesen contratar. Ramon les iba a ayudar siempre que podía, pero además de a Álex, también se habían llevado ya a su hijo mayor y él con sesenta años estaba solo para sus tierras. Debían intentar ser autosuficientes tanto en Can Tomeu como en Can Volart.

»Hubo una gran batalla. Europa tenía un ojo puesto en España y otro en los Sudetes. La tensión era enorme y parecía que la Guerra Civil Española iba a extenderse a todo el continente.

»En julio de 1.938 y hasta noviembre del mismo año en el espacio entre la Terra Alta en Tarragona y Mequinenza en Zaragoza tuvo lugar la batalla del Ebro. De alguna manera fue la batalla definitiva. En un primer momento parecía que los republicanos iban a ganar, ya que lograron cruzar el Ebro, pero por diferentes razones acabaron perdiendo. En aquel enfrentamiento murieron diecisiete mil hombres.

»Álex vivió aquella batalla en primera persona. Era uno de los 100.000 soldados que componían el bando republicano. Intentó aguantar todo lo que pudo la muerte de sus compañeros, el hambre, el calor horrible y la sed, las órdenes absurdas y la depresión de la derrota. Anduvo incontables kilómetros casi sin comer ni beber. Mató para que no le matasen a él y dejó de dormir por las noches muerto de miedo y acosado por las pesadillas. Empezaba a estar al límite de sus fuerzas. Él había sido valiente, decidido y había intentado transmitir ánimo a sus compañeros, pero ahora ya no le quedaba ni una gota para él mismo.

»Conducía un vehículo militar por las cercanías de Gandesa. Acompañaba al teniente de su división a Mora para intentar conseguir averiguar qué estaba pasando con los víveres que estaban retenidos a unos kilómetros. De pronto, les alcanzó un misil. No tenía ni idea de dónde procedía, pero acertó de pleno el vehículo que saltó por los aires haciendo volar a todos los ocupantes. Él salió disparado unos metros y acto seguido, el vehículo explotó. Fue una gran

explosión. A pesar de todo, estaba físicamente ileso, aunque en aquel momento se encontraba en estado de shock. Se dio cuenta de que se había hecho pipi encima y se sintió miserable.

»No supo lo que pasaba por su cabeza, pero en aquel preciso instante decidió que la guerra se había acabado para él. Empezó a andar en dirección norte. En aquel primer momento no le importaba que le arrestasen ni que le pegasen un tiro. Tan solo quería volver a casa y esa casa estaba en dondequiera que se encontrase Ada.

»Nadie lo vio alejarse, tan solo una hora más tarde pasó por allí otro vehículo que se limitó a avisar de que los ocupantes del transporte anterior habían muerto. Nadie se preocupó en enterrar los restos que por otro lado estaban esparcidos a lo largo de varios metros a la redonda. Tan solo empujaron el coche accidentado a un lado de la carretera para que no molestase.

»Álex anduvo y anduvo durante horas hasta que se hizo de noche. Intentaba ir por caminos secundarios y en la medida de lo posible ocultándose en bosques y campos para que no lo encontrasen. Llevaba su arma, pero no le pareció oportuno utilizarla para matar algún animal y poder comer alguna cosa. Se limitó a robar almendras y uva en las fincas por donde pasaba y que estaban totalmente descuidadas.

»Era el mes de septiembre y aún faltaban dos meses para que acabase la batalla y el ejército de Franco empezase a avanzar sin nadie que le parase hacia Barcelona. Tenía que intentar que no le cogiesen, así que debía andar más rápido que ellos. No pensaba, sencillamente andaba y andaba hasta el límite de sus fuerzas. Esto fue literal, ya que un día, en un momento determinado, le fallaron los reflejos y cayó al suelo. Se encontraba en un campo, cerca del camino, pero no podía moverse y poco a poco fue durmiéndose y perdiendo el mundo de vista. Cuando volvió a abrir los ojos estaba en un lugar desconocido. Despertó lentamente. Yacía en una cama. Se notaba limpio y estaba desnudo, tan solo tapado por una manta. Se incorporó lentamente.

»—Con cuidado —le dijo alguien.

»—¿Dónde estoy? —susurró. La voz le salió muy débil.

»—A salvo—le respondieron. Si en lugar de ser yo te encuentra cualquiera de los dos ejércitos, ahora mismo estarías muerto.

»Se giró y se encontró cara a cara con una mujer. Tenía unos cincuenta años y se le veía envejecida por las circunstancias. Hablaba catalán con acento del sur.

»—¿Cómo he llegado hasta aquí?

»—Te encontré. Habías perdido el conocimiento y no podía dejarte allí. Me vi

negra para subirte al carro. Pareces flaco, pero pesas un montón para mí.

»—¿Dónde está mi ropa? —preguntó tímidamente.

»—La he quemado, pero no te preocupes, aún conservo ropa de mi hijo. Debe de ser de tu talla cálculo a ojo de buen cubero.

»—Muchas gracias por tu ayuda, pero no tengo ni una céntimo. No creo que te pueda pagar...

»—No quiero nada. Sencillamente te he visto, me has recordado a mi hijo y he hecho lo que me hubiese gustado que hiciesen con él si hubiese estado en tu lugar.

»—¿Dónde está tu hijo?

»—Murió el año pasado en Belchite.

»—Yo estuve allí, fue una salvajada y total, no sirvió para nada—dijo mientras inconscientemente le venían a la cabeza imágenes de aquellos momentos terribles.

»—Llevas dos días durmiendo. Debías estar exhausto. Yo te he ido alimentando con caldos, pero deberías probar a levantarte—la mujer quiso cambiar de tema.

»Álex pensó en su desnudez y le dio vergüenza salir de la cama.

»—No tengo con que taparme.

»—Ya te he visto y no tienes nada que no haya visto antes, pero no te preocupes. Te traeré ropa y cuando estés listo, me avisas y vemos qué tal llevas eso de andar.

»La mujer salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos con una camisa sin cuello, unos calzones, un pantalón de algodón, unos tirantes y unas espardeñas.

»—Ponte todo esto y cuando estés listo, me avisas.

»—Gracias.

»Cuando la mujer salió de la habitación, Álex se sentó en la cama y como pudo se fue vistiendo. Se acababa de atar la última cuerda de la espardeña cuando intentó ponerse de pie. Las rodillas se le doblaron y tuvo que cogerse a la cama para no acabar en el suelo. Se notaba débil, pero con paciencia consiguió mantenerse en vertical.

»La mujer entró y comprobó que estaba de pie.

»—¡Muy bien!—dijo—.Hubiese apostado que eras un tipo duro y veo que hubiese ganado la apuesta.

»Álex sonrió.

»—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Es más que nada para saber el nombre de

la persona a la que le debo la vida.

»—Me llamo Nuria e imagino que tu siguiente pregunta es: ¿Dónde estoy? Pues te contesto. Estás en una pequeña casa en el bosque, que es mi hogar, y que está a solo dos kilómetros de Marçà, en el Priorat. Y ahora dime tú quién eres.

»Alex pensó un segundo, que fue el tiempo que tardó en evitar que le saliese automáticamente El sargento Martí, que era como le había estado llamando todo el mundo durante el último año.

»—Me llamo Álex Martí. De Cardedeu y es importante que sepas que estás dando cobijo a un prófugo. Me acabo de marchar del ejército.

»—Eso último ya lo sabía y si te sirve de consuelo, ya han huido muchos. No eres el primero.

»—No soy ningún cobarde —quiso aclarar—. No me da miedo la guerra, al menos ya no, pero no quiero seguir matando para nada. Esto está perdido.

»—Se ha de ser valiente para escaparse uno de esa locura.

»—Debo marcharme porque mi presencia aquí te pone en peligro.

»—No puedes ir a ninguna parte. No tienes fuerzas. Si te dejo marchar, en menos de veinticuatro horas volverás a estar como cuando te encontré. Te vas a quedar aquí hasta que te recuperes, quizás una semana, y después te dejaré marchar.

»—No quiero causarte problemas.

»—Ya te he dicho que voy a hacer por ti lo que hubiese querido que hiciesen por mi hijo.

»Álex pasó una semana entera en Marçà, en casa de Nuria. Intentó compensarle de alguna manera. Arregló todas las cosas que pudo. Le limpió el pequeño campo de detrás de la casa de malas hierbas y se lo dejó preparado para que pudiese plantar alguna cosa.

»La mujer lo cuidó y le alimentó como hacía tiempo que no lo hacía nadie y Álex, poco a poco, recuperó peso. Los rasgos de su cara se fueron suavizando hasta que empezó a parecerse al joven que había marchado de Cardedeu. Había algo que ya no sería nunca igual, su mirada. La mirada seguía siendo noble, amistosa, entrañable, pero ya no era inocente. La inocencia había desaparecido de su ser para siempre.

»A finales de septiembre, Nuria y Álex se despidieron y nunca más se volvieron a ver. Nunca más supo uno del otro. Aquella mujer le había cuidado altruistamente a cambio de nada. Había salvado su vida. Le había vestido y alimentado, y él marchaba de allí con un zurrón con comida, un mantón por si llovía y alguna muda por si se mojaba la ropa.

—Debió de ser muy duro—dijo Kevin.

—Todo esto me lo contó él mucho más tarde. En aquellos días no teníamos forma de comunicarnos. Lo que sí que puedo decirte es que durante aquella época sufrió mucho, pero no solo él. Miles de soldados pasaron por aquella circunstancia o incluso peores. A fin de cuentas, Álex era ya un hombre a punto de cumplir los veintitrés años, pero a esa batalla llevaron a lo que después llamaron la «quinta del biberón», que eran jóvenes con tan solo diecisiete años. Imagínate cuántos de ellos debieron morir ya el primer día.

—Debió de ser terrible.

—Claro que fue terrible y si quieres saber una cosa, aún no se ha hecho justicia. Sigue habiendo en el país miles de tumbas comunes no identificadas, tanto de un bando como del otro. Actualmente, con pruebas de ADN, se podrían identificar miles de cadáveres de personas que nunca se encontraron, pero el gobierno español se niega a gastar un euro en esa operación.

—Te veo exaltado, Thomas, no quiero que te de otro infarto.

—Ya me calmo. Perdona, pero es un tema que me pone muy nervioso.

—Lo entiendo. ¿Qué te parece si por hoy lo dejamos?

—Me parece bien.

—¿Mañana a la misma hora?

—Sí, claro. Te estaré esperando.

Cuando Kevin salía de la residencia y pasaba por delante del despacho de Celia, la joven del mostrador le dijo:

—No está, ha salido.

—Gracias —dijo Kevin y pasó por delante de ella—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Tenía material suficiente para dedicar un buen rato a trabajar y también quería investigar un poco sobre todas aquellas batallas y los bombardeos de Barcelona y Granollers. Thomas le había explicado que había documentos gráficos, vídeos que se podían ver por YouTube. Además, recientemente había sido el setenta y cinco aniversario y estaba todo muy fácil de encontrar.

Pensó que pasaría por la Fonda Europa y recogería su tablet. Se iría a la Biblioteca de Catalunya para investigar un poco. Aprovecharía para invitar a cenar a Mark y hacerse con una copia de su revista. La curiosidad por comprobar cómo había quedado su reportaje de Girona le estaba matando. Marcó el número de Mark.

—Hola, Mark, ¿estás disponible esta noche?

—Jajá, ya sabía que no esperarías ni siquiera hasta mañana.

—Veo que me conoces.

—Te he reservado la cena en mi agenda para ti. Esta mañana ya lo he hecho.

—Nos vemos en un par de horas. Voy a la Biblioteca porque hay varias cosas que quiero consultar. Tengo documentos por internet, pero quizás me irá bien también encontrar algún libro.

—¿Qué tema?

—La Guerra Civil Española, sobre todo lo referente a 1.938.

—Te vas a hartar de leer.

CAPÍTULO 14

La Huida

Parade había hecho un gran trabajo. Lo pudo comprobar cuando se encontró con Mark, que al verlo llegar puso la revista delante de su cara bromeando. La presentación era fantástica y el texto también. Además, John no había escatimado a la hora de incluir una breve reseña biográfica del autor y una foto.

Lo celebraron con una cena regada con champán en el Tenorio, en el Paseo de Gracia, y después tomaron unas copas en The Philharmonic, que era el lugar que había visitado Kevin aquella primera noche en Barcelona.

Kevin llegaba a la Fonda Europa alrededor de la una de la madrugada. Se planteó llamar a John para darle las gracias, pero tras algunas vueltas, pensó que se iba a mantener firme en sus trece y no lo llamaría. Ya le diría él que había salido publicado el artículo. Kevin en Barcelona y lejos de los lugares donde se distribuía la revista no tenía por qué haberse enterado de la publicación de su artículo.

Aunque no había bebido demasiado y se sintió seguro conduciendo, estaba cansado y tan pronto como su cabeza se apoyó en la almohada se quedó dormido hasta el día siguiente. Por la mañana, cuando ya estaba listo para volver al trabajo, dudó si llevar la revista a la residencia. Tenía muchas ganas de enseñársela a Celia y a Thomas, pero le daba vergüenza que pensasen que estaba presumiendo, aunque bien mirado era cierto que se moría de ganas de presumir. En aquellos momentos no tenía a nadie más con quien compartirlo.

Después de recapacitar, decidió que no la iba a llevar. Se la enseñaría a Celia la próxima vez que subiese a la habitación y a Thomas se lo comentaría cuando encontrasen un buen momento.

Thomas estaba sentado en su cama, harto de no poderse mover por indicación de su sobrina y con todo el contenido de la carpeta verde desparramado por encima de la misma.

—De esta época no puedo enseñarte muchas cosas privadas. Verás alguna foto con mis amigos de Saint-Severin y sobre todo recortes de diario.

Kevin cogió distraídamente una foto. Cinco personas estaban sentadas alrededor de una mesa redonda en un bar del Barrio Latino de París. Eran Thomas, Agnès y sus amigos. Todos sonreían alegremente. Kevin entendió a lo

que se refería Thomas cuando el día anterior le había dicho que durante aquel tiempo había vivido un poco de espaldas a lo que pasaba en Cardedeu.

—Thomas, ¿Giovanni era italiano?

—Sí. ¿Recuerdas que comenté que una vez le acompañé a Nápoles?

—¿No surgió nunca ningún conflicto con el resto del grupo? Él pertenecía a un país fascista que por ende era el responsable de los bombardeos de la zona del Mediterráneo español.

»A Giovanni no le gustaba hablar de la guerra. Su país llevaba años sufriendo el fascismo y su familia, como mucha gente del sur de Italia, era poco partidaria de aquel régimen. En particular él no podía soportar a Mussolini. Italia, como todos los países, tiene sus tópicos y sus cosas entre regiones. Il Duce era de la Emilia y él era de Campania, del sur y no era muy bueno el concepto que los sureños tenían de la gente del norte, aunque evidentemente el disgusto que le producía era por razones políticas y no folclóricas.

»Por el contrario, Hugo estaba muy preocupado por el tema. Para él la cuestión del fascismo era muy grave y la persecución de los judíos peor. Recuerdo cuando pasó lo de Von Rath. Era un 7 de noviembre, en París. Ernst Von Rath era secretario de la embajada de Alemania en la ciudad y Herschel Grynszpan, que era un judío polaco, aunque nacido en Alemania, le metió cinco tiros. Recuerdo el revuelo que se montó en la zona donde estaba la embajada con los gendarmes arriba y abajo. Sencillamente entró en el edificio, pidió ver a un funcionario y Von Rath, que estaba de guardia, le atendió. Grynszpan le metió los cinco disparos allí mismo y ni siquiera intentó huir. Evidentemente lo arrestaron al momento. Von Rath aún tardó dos días en morir.

»Como consecuencia de aquello, o al menos eso dijeron las autoridades, la noche entre el 9 y el 10 de noviembre tuvo lugar lo que se llamó La noche de los cristales rotos. Decían que había sido una reacción espontánea de la población, pero no es verdad. Lo ordenó Hitler y lo organizó Goebbels. Fue un pogromo en toda regla y a gran escala. Atacaron y destruyeron las sinagogas, los establecimientos de los judíos y todo tipo de propiedades, incluidas las viviendas. Como mínimo mataron a un centenar de personas, algunos linchados y unos 30.000 fueron enviados a campos de concentración, entre ellos Dachau. Aquello fue un aperitivo de lo que más adelante sería el Holocausto.

»El mundo se indignó y los Estados Unidos llamaron a su embajador, aunque no lo retiraron. Solo Franco lo aplaudió e imagino que Mussolini también, aunque no lo recuerdo con exactitud.

»Volviendo a Hugo, él vivía con intensidad todos aquellos hechos. En Buenos

Aires habitaban muchos judíos y había crecido rodeado de ellos. No entendía aquella furia desatada contra aquel colectivo y de paso tampoco entendía mi pasividad en el tema. Alguna vez le había intentado explicar que yo no me sentía judío, pero recuerdo una vez que me dijo:

»—Cuando vengan los nazis —porque él no tenía dudas de que invadirían Francia—, ¿qué les vas a decir? «Verá, señor, ya sé que me llamo Levi, pero en realidad nunca me he sentido judío». Eso no te salvará.

»—Eres un exagerado —le replicaba.

»—Tomás, parece mentira que seas de todos nosotros el único que ha visto la guerra tan de cerca cuando estuviste en Madrid —me contestaba—. Te lo dijo una vez tu amigo de Cardedeu: a la primera de cambio sal corriendo.

»—Tiene razón, Hugo —intervino Giovanni—, deberías ser prudente. Por suerte, tienes un pasaporte de los Estados Unidos, pero no estaría de más que intentases averiguar qué proponen ellos para los judíos de su país que están en Francia. Seguro que tienen directivas y una política al respecto.

»—No sé... Si os quedáis más tranquilos, intentaré acercarme un día de estos a la embajada y ver qué me cuentan.

»—Deberías hacerlo —dijo Agnès, que había detenido de momento su cambio de nacionalidad, ya que como española conservaba su propio apellido y evitaba el riesgo de llamarse Levi—. El problema es muy serio.

»—Sabes que nosotros estamos tomando medidas —dijo Anne—. Aparte de ti como judío, la otra que corre peligro soy yo, que soy oriental. No os lo habíamos dicho todavía, pero cuando en junio acabemos los dos los estudios me iré con Hugo a Argentina. Nos vamos a casar allí. Hace unas semanas escribí a mi familia avisándoles y están muy contentos. Viajarán todos a Buenos Aires para la boda.

»—¿No te has planteado casarte en Indochina? —preguntó Agnès.

»—Lo pensé, pero siendo una colonia francesa es posible que los problemas de aquí acaben repercutiendo de alguna manera allí. Además, aquí tenemos a los alemanes, pero por mi tierra tenemos un problema similar con los japoneses. Prefiero irme a la Argentina, quizás sea una cobarde, no lo sé, pero sé que quiero vivir una vida larga con mi marido y tener un montón de hijos que pueda cuidar.

»—No creo que podamos viajar tan lejos para la boda —añadí.

»—No te preocupes, Tomás —dijo Hugo—. Ya habíamos contado con ello y antes de irnos, lo celebraremos aquí.

»—Yo me estoy planteando seriamente irme a Nueva York —dijo Giovanni sorprendiéndonos a todos.

»—¿No volverás a casa?— pregunté.

»—No, Tomás. Ya está hablado con mi familia. Tengo a mis tíos en Little Italy y hace mucho que insisten para que mis padres se muden. Ellos dicen que ya son mayores y que si entramos en guerra, no les afectará, pero prefieren que yo me vaya de Europa. Quizás como licenciado en Física tenga muchas más posibilidades allí.

»—Nos vamos a quedar solos —dije mirando a Agnès.

»—Bueno, en principio nuestra idea era volver a casa, aunque yo cada vez tengo más compromisos por aquí, pero creo que si tuviese la posibilidad decidiría volver. Aunque estoy muy a gusto en París, esta no es mi casa —dijo ella.

»—El problema es que eso dependerá de cómo acabe la guerra— dije—. De momento no tiene muy buena pinta, es más yo creo que todo está perdido. Si no fuese así, yo también preferiría volver a casa.

»Todos sabíamos que pronto aquellas reuniones no serían posibles porque el grupo se iba a separar. Mis amigos estaban estudiando cursos complementarios y de especialización, igual que yo, pero en realidad eran estudios no obligatorios que servían para justificar que nos mantuviésemos en París. Pronto eso iba a dejar de interesarnos, sobre todo si nos declaraban la guerra.

»Aquella noche, estirados en la cama, mi mujer me preguntó:

»—¿No añoras Cardedeu, Tomás?

»—Claro que lo añoro. Supongo que mi manera de sentirlo es diferente a la tuya porque yo llevo aquí ya muchos años, pero por supuesto que añoro Can Tomeu, a mi familia, a Álex y también a todo lo que tenía antes de irme.

»—Yo añoro a mis padres y a todo lo que rodea a Can Tomeu. No es mi casa, pero también he pasado muchas horas allí.

»—Claro que es tu casa, eres mi esposa y todo lo que yo tengo es tuyo.

»Agnès sonrió y se incorporó para darme un beso.

»—Ya sabes lo que quiero decir y hablando de Álex, pienso que estás muy tranquilo aún sabiendo que hace mucho que no tenemos noticias tuyas.

»—Álex está bien.

»—¿Cómo lo sabes?— preguntó con cara extraña.

»—Porque si le hubiese pasado algo yo lo hubiese intuido, lo sabría. Hemos tenido un vínculo muy fuerte durante muchos años y eso no se rompe así como así. Además, mi amigo es un superviviente. Si alguien puede sobrevivir a toda aquella mierda es él.

»—Ojalá estuviese tan convencida como tú. A veces tengo pesadillas.

»—Confía en mí —le dije aparentando una seguridad que en realidad tampoco sentía del todo, mientras que enredaba mis dedos entre sus cabellos.

»—¿Desde cuándo no hablas con Can Tomeu?

»—Hace días. Cada vez me cuesta más. Me da miedo que en París Soir me digan algo un día de estos. Las comunicaciones son cada vez peores y me temo que en cualquier momento se interrumpirán del todo.

»Ella lo escuchaba en silencio. Quizás estaba pensando en sus padres.

»—Pero no quiero seguir hablando de todo eso— dije y empecé a besarle intentando conseguir cambiar el ambiente de tristeza que se había creado aquella noche.

»Álex había aprendido a orientarse observando el lugar por el que salía el sol y por el que se ponía, y por la ubicación de las estrellas. En casa de Nuria había dejado el mosquetón. Lo habían envuelto de forma que quedase bien protegido y lo habían enterrado. De esta manera, ella evitaba problemas si alguien inspeccionaba su casa.

»Durante su estancia en aquella casa disimulada dentro del bosque, había fabricado un tirachinas y lo utilizaba para cazar conejos, palomas o cualquier tipo de animal comestible. Solo de noche hacía pequeños fuegos en lugares resguardados en los que los cocinaba. Durante todo el día iba comiendo de lo que había podido cazar el día anterior. Si encontraba algún riachuelo con peces, también intentaba pescarlos.

»Se apartaba de las carreteras y los caminos e intentaba ir campo a través. Eso hacía que su avance fuese lento, quizás veinte-veinticinco kilómetros diarios, pero aquella era una prueba de resistencia. No podía precipitarse.

»Él no lo sabía, pero otros desertores habían encontrado refugio en la Serra del Montsant o en la Serra de la Mussara, y precisamente en aquellos lugares era donde los habían ido a buscar los grupos de milicianos y donde los habían cazado y ejecutado en muchos casos.

»Había llegado a Almofter, cerca de Reus. Le dolían los pies, pero cada vez menos. Su cuerpo iba habituándose a aquel ejercicio diario. Sus piernas había momentos que le parecían de hierro de lo tensas que estaban. A pesar de todo, iba resistiendo bien.

»Se acurrucó contra una ladera y se tapó con la manta que le había dado su salvadora. Pasó la noche dormitando en un duerme vela necesario para su seguridad. Las noches empezaban a ser frías y buscaba para dormir lugares en los que no le azotara el aire o mínimamente resguardados si llovía durante la noche. En ese caso procuraba llenar de agua de lluvia las dos cantimploras que

llevaba encima. Tan pronto amanecía, dedicaba un rato a asearse. Si tenía algún riachuelo cerca, se obligaba a desnudarse y meterse en el agua. Nuria también le había dado jabón. El frío le cortaba la respiración, pero era importante poder conservar una cierta dignidad humana. Intentaba lavar la ropa lo mejor que podía y con su cuchillo se afeitaba cada dos o tres días. Siempre intentaba dedicar el mínimo tiempo posible a esas operaciones, ya que era quizás el momento del día en el que más se exponía a que pasara alguien por allí y lo descubriese.

»Buena parte del tiempo lo empleaba subiendo y bajando todo tipo de montañas, colinas, puertos o pequeñas sierras. Nunca antes había sido tan consciente de lo montañoso que era el territorio catalán. Eso hacía su camino más lento y aunque había rutas mucho más llanas y fáciles, eran más arriesgadas.

»Aquel día le deparaba una sorpresa agradable, a lo lejos le pareció ver una perdiz. No se veían muchas por allí y posiblemente aquel pobre animal se había despistado o se había escapado de alguna granja cercana. Lo que sí era cierto es que su carne era mucho más buena que la de las palomas. Tenía que hacerse con ella y debía acertar al primer disparo. Estuvo calibrando hasta qué punto se podía aproximar sin espantarla y cuando en un cálculo mental rápido analizó todas las variables, se agachó sigilosamente. Cogió el tirachinas y apuntó. Tensó el brazo todo lo que daban de sí sus fuerzas y lanzó la piedra que, a una velocidad enorme, fue a frenar en la cabeza del pobre animal derribándolo. Con toda la agilidad que le permitían sus condiciones, corrió a cogerla, pero no era necesario correr, el animal estaba muerto. Lo ató a la parte de abajo del tirante y siguió andando contento con su presa.

»Procuraba descansar cada dos horas más o menos. Eran descansos breves, como mucho de un cuarto de hora, a no ser que tuviese que hacer algo como por ejemplo asearse al no haberlo hecho a primera hora por falta de una corriente de agua.

»El día iba pasando y a pesar del cansancio durante aquellas caminatas para sobrevivir, pudo procesar todo el dolor y el horror vivido durante el tiempo que estuvo en el frente. Intentó recuperar todo lo que quedaba de su antigua personalidad y realmente era una pena no tener a mano papel y lápiz porque hubiese intentado reflejar todas sus sensaciones.

»Casi todo el tiempo pensaba en Ada. ¿Qué estaría haciendo en ese preciso instante?, ¿pensaría en él? Estaba loco de ganas por volver a hacer el amor con ella, abrazarla, cuidarla y no volverse a separar de su lado. Otros ratos pensaba en su familia. No sabía qué había sido de sus padres y de sus hermanos. Su hermano había sido llamado a filas, pero no tenía ni idea de cómo le había ido ni

a sus cuñados. Finalmente, también pensaba en su amigo. Se alegraba de no tener que preocuparse por él porque estaba a salvo, aunque fuese a mil kilómetros. Durante muchos de los ratos de aquellas caminatas solitarias reproducía mentalmente lo que figuradamente le explicaría e improvisaba las respuestas de Tom.

»Lo que le contaba a Tom en su mente era lo que realmente se decía a sí mismo y de esta manera se iba reequilibrando. Necesitaba urgentemente una conversación de varios días seguidos con él.

»Poco a poco, fue cayendo la tarde y llegó la hora de volver a buscar refugio para pasar la noche, pero antes tocaba cocinar aquella perdiz. Solo de pensarlo se le hacía la boca agua. Había parado cerca del río Gaia a tocar de Vespella. Ya había superado la ciudad de Tarragona y empezó a pensar que lo conseguiría. Debía de haber andado una cuarta parte del camino. No se podía arriesgar a encontrarse con nadie porque su edad le delataba. Estaba claro que si no era un soldado, era un prófugo. Además, temía la reacción de la gente que hubiese pagado su cuota a aquella barbaridad entregando a sus familiares y perdiéndolos. Era comprensible.

»Aquella noche se comió la perdiz entera y de postre tenía unos palosantos que había robado de un árbol unos kilómetros atrás. No estaban tan maduros como a él le gustaban, pero le supieron como si fuesen un manjar. Se abrigó otra vez para pasar la noche.

»Me había tomado el día de fiesta. París-Soir me lo debía, así que aproveché aquel martes ocioso para ir a la Embajada de los Estados Unidos en París. Había llegado para inscribirme en el registro de residentes al poco de llegar a la ciudad, pero no había vuelto en todo aquel tiempo. Estaba seguro que de no practicarle mi inglés había empeorado bastante.

»En la entrada me indicaron dónde estaba la recepción.

»—Buenos días, ¿qué puedo hacer por usted? —le saludó una bella joven de apenas veinte años que estaba detrás de una gran mesa.

»—Hola. Verá, me llamo Thomas Levi y soy ciudadano americano, lo que pasa es que desde los ocho años vivo fuera del país y tengo una serie de dudas sobre mi situación como estadounidense, sobre todo si hubiese algún conflicto con Alemania.

»—Le entiendo, no es la primera persona que nos visita. Avisaré a alguien de asuntos personales para que hable con usted. Por favor, siéntese en aquel sillón y en unos minutos le atenderán.

»—Muchas gracias.

»No tenía muy claro qué narices estaba haciendo allí, pero Agnès había insistido mucho, así que opté por tomarlo con paciencia.

»Pasaron unos quince minutos cuando vi que se acercaba a mí un hombre, unos diez años mayor que yo. Vestía correctamente, aunque en mi opinión un poco clásico, ya que encima de su camisa blanca llevaba un chaleco y en el cuello, una pajarita. Para rematar el efecto llevaba unas gafas redondas con lo que parecía recién salido de la biblioteca.

»—Encantado, señor Levi —me dijo extendiéndome la mano—. Soy Paul London.

»—Thomas Levi— le dije correspondiendo a su saludo.

»—Me han comentado que tiene una serie de dudas y consultas, acompáñeme a mi despacho y veamos cómo le puedo ayudar.

»Acompañé a London hasta su despacho y una vez que tomamos asiento, London comentó:

»—Estoy a su disposición, usted dirá.

»—Verá, yo nací en los Estados Unidos, en Boston, y a los ocho años me trasladé a un pueblo cercano a Barcelona. Durante muchos años mantuve mi doble nacionalidad, pero en el momento en el que tenía que entrar en el ejército y con la guerra que empezaba por aquellos días, me aconsejaron que renunciara a mi nacionalidad española.

»—Entiendo.

»—Así que hoy tan solo soy ciudadano americano. Mi problema está en el hecho de que como habrá observado, mi apellido es Levi y ese es un apellido claramente judío. En realidad, mi padre lo era, pero mi madre era católica. Al morir los dos e instalarnos en Barcelona, mi tía, que fue mi tutora, decidió que era más cómodo convertirnos en católicos, aunque en realidad no he practicado ninguna religión en serio.

»—Es decir, que aunque usted tenga un apellido judío, le han educado como católico. ¿Es así?

»—Exacto. El problema que se me plantea es el siguiente. Supongamos que desgraciadamente Francia entra en guerra con el régimen nazi alemán y supongamos también que por la razón que sea, que caiga París o por ejemplo yo sea apresado por ellos, no quisiera tener ningún tipo de problemas por mi apellido.

»—Comprendo su preocupación. De momento y mientras nuestro país no entrase en guerra como ciudadano norteamericano, con independencia de su raza o religión, usted estaría a salvo de cualquier ataque o represión nazi por decirlo

de alguna manera. El problema sería que por la circunstancia que sea usted no pueda hacer valer esa condición.

»—¿Y qué puedo hacer si quiero asegurarme de no tener problemas?

»—Francamente, el tema se está estudiando. Hay una colonia más o menos amplia de ciudadanos americanos que viven en Francia y que son judíos o tienen apellidos sospechosos. No es el primero que se preocupa por ello. En este momento no puedo darle una respuesta concluyente, pero si usted está de acuerdo y me facilita sus datos de contacto, yo le aseguro que contactaré con usted y continuaremos esta conversación. En cualquier caso, nos queda la opción de repatriarle.

»—Pero, al menos de momento, esta opción no la contemplo. Mi esposa y yo mismo tenemos carreras profesionales y trabajos que no podemos perder ni abandonar ahora.

»—Es una cuestión de opciones, nada más. Sea como sea, yo contactaré con usted si tuviera alguna cosa para ofrecerle y evidentemente si en algún momento teme por su vida, ya sabe que aquí le protegeremos.

»Me levanté y London también.

»—Muchas gracias por su tiempo y quedo a la espera de recibir noticias tuyas.

»—Un placer.

»Y con una sonrisa, Paul London respondió:

»—Aunque mejor será si no tengo que contactar con usted.

»—Por supuesto.

»London me acompañó hasta la salida y después regreso a su oficina. Paul London en realidad estaba delegado por el Secretario de Estado de los Estados Unidos para recopilar datos de aquellas personas que estaban en Francia y que tenían una situación personal que pudiese requerir los servicios consulares. La finalidad era crear una red de información en el caso de que se produjese una invasión. Esta gente era especialmente valiosa, ya que conocían el país, el idioma y estaban integrados en la sociedad francesa.

»En pocas horas tuvo un informe completo sobre quién era yo, a qué me dedicaba y qué recursos económicos poseía. Guardó mis datos cuidadosamente. Yo le había parecido un buen elemento a tener en cuenta en aquella selección.

»Por aquel entonces, Agnès combinaba sus conciertos con clases en la escuela. Llegaría para comer alrededor de las doce, así que como todavía tenía un rato, pensé que compraría alguna cosa especial y le prepararía algo que supiese que le gustaba.

»Como ninguna de ellas tenía intención de aprender a conducir, las mujeres de

Can Tomeu habían decidido dejar el coche en las cuadras hasta que volviese alguno de los hombres y lo volviese a poner en circulación. Para Ada era mucho más cómodo coger una de las «bicicletas de los chicos», como las llamaban, y hacer los trayectos a Cardedeu. No bajaba todos los días y no siempre era ella la que iba.

»Normalmente, visitaba a Doña Rosa que ya estaba muy mayor. Inés había insistido en que se fuese a vivir con ellas, al menos estaría acompañada y comería mejor porque ellas comida tenían, pero la mujer insistía en que no quería abandonar su casa. También pasaba de tanto en tanto por casa de los padres de Agnès. En ambos casos siempre solía llevar algo de comida. Luego, volvía a las monjas, a lo que había sido su hogar durante toda su infancia y con las que había dejado de trabajar cuando las cosas ya se pusieron muy mal. Ada tenía mucha amistad con la hermana Marta, así que preguntó por ella cuando entró en el edificio.

»—Está en la cocina —dijo la hermana Lucía—, aunque realmente no sé qué hace allí tan temprano porque lo que tenemos para comer se cocina en poco rato. Cada día vamos más justas y eso que aprovechamos cada rincón del jardín para plantar cualquier cosa comestible.

»—No se preocupe, hermana. El próximo día que pase por aquí miraré si le puedo traer alguna cosilla de casa. A nosotras no nos sobra tampoco, pero siempre podemos hacer raciones más pequeñas.

»—Pues mira, hija, como nosotras —bromeó.

»—Paso a ver a la hermana Marta.

»—Ya sabes que estás en tu casa.

»Ada entró en la cocina y vio a su amiga sentada de espaldas a la entrada, pelando patatas y con la mente en cualquier otro lugar o cualquier otra época.

»—Hola, Marteta— dijo Ada, que era la única persona que le llamaba así cuando estaban solas.

»Mientras, sacaba de debajo de su abrigo media docena de huevos envueltos en papel de diario y los dejaba en la despensa.

»La pobre mujer se llevó tal susto que por poco se clava el cuchillo. Todas las pieles que tenía en la falda del delantal cayeron al suelo.

»—Un día de estos me voy a clavar el cuchillo —dijo sonriendo.

»Ada cogió otra silla, un cuchillo y se puso a su lado con la intención de ayudarle.

»—Gracias por tu regalo —le dijo dando a entender que había visto que dejaba un paquete con comida —. Hace horas que no me saco a tus vecinos de la

cabeza.

»—¿Mis vecinos?— preguntó Ada sorprendida.

»—Sí, los padres de tu novio.

»—¿Por qué?— preguntó Ada extrañada.

»—Ostras, veo que no lo sabes.

»—Que no se ¿qué? – respondió Ada, que se ponía cada vez más nerviosa.

»—Han matado al hijo mayor. A Ramon. Ayer nos llegó la noticia. Toda su compañía fue liquidada. En Mequinenza. Pensaba que lo sabías.

»—No sabía nada— dijo Ada—. ¿Alguien les ha avisado?

»—Imagino que sí, que lo saben, aunque la noticia llegó ayer por la noche y a lo mejor por eso tú no lo sabías.

»—Me voy a Can Volart— dijo Ada levantándose—. Procuraré volver lo más pronto que pueda a verte, pero hoy creo que debo estar con mis suegros.

»—Dales un abrazo de mi parte— dijo Marta—. Yo no los conozco mucho, pero las pocas veces que los he visto me han parecido buena gente.

»Ada pedaleó con rapidez para llegar lo antes posible. Decidió primero pasar por Can Tomeu y comentarlo con la tía, con Sally y con Sara, y después ir a Can Volart.

»Dejó la bicicleta en la entrada y subió los pocos escalones de la entrada yendo directamente hacia la sala. Allí se encontró a las mujeres de la casa y a Ramon, el padre en medio del salón. Ramon lloraba abrazado a mi tía que también lloraba, aunque intentaba consolarlo.

»—Ramon— dijo Ada—, me acabo de enterar en el pueblo.

»—Hija, han matado a mi hijo...

»Ada se abrazó al pobre hombre y lloraron juntos un buen rato.

»—Espero que Álex tenga más suerte —decía.

»—Ya verás como sí— contestaba Ada—. Álex tiene que sobrevivir a todo esto.

»Solo hubo la confirmación, pero no hubo cadáver. De momento lo enterraron en Mequinenza y más adelante ya se vería sí podrían recuperar el cuerpo y llevarlo al cementerio de Cardedeu. Muchas familias estaban perdiendo a sus hijos y sus maridos en el Ebro. Aquello fue un golpe definitivo para la moral de todo el mundo.

»La madre de Álex entró en un estado de depresión del que ya no salió nunca más y la viuda de Ramon tuvo que hacerse cargo en solitario de sus tres hijos, sus suegros y la hermana, que seguía viviendo en casa. Montserrat era una mujer fuerte que a sus treinta años no había previsto nunca verse en esa situación. Ada

iba algunos ratos a ayudarle y ella se desahogaba con su joven cuñada, le contaba sus sentimientos, su tristeza y las ganas que tenía de que aquello fuese una pesadilla de la que pudiese despertarse en algún momento.

»En Can Tomeu, Sally también sufría. Desde que Manuel se había ido, se había trasladado otra vez a la casa para no estar sola y tener la compañía del resto de la familia. A pesar de todo, cada vez se iba hundiendo más anímicamente. No tener noticias era terrible. Ni siquiera sabían en qué frente estaba. Confiaban en que si le pasaba algo, ellas lo sabrían, pero era preferible mantenerse en la ignorancia porque lo contrario siempre eran malas noticias.

»A pesar de todo, a veces ocurrían cosas buenas. Un buen día apareció Manuel. Un vecino lo había recogido de camino a Cánovas. Manuel se acercaba a la casa. De momento, nadie lo conoció. Llevaba un vendaje en la cabeza y el brazo en cabestrillo. Con el otro brazo sostenía una muleta y cojeaba. Sara y Ada estaban afuera barriendo el jardín, o lo que quedaba de él, y se le quedaron mirando sin entender. Entonces Sara fue la que se dio cuenta. Pegó un grito y empezó a correr hacia él.

»—Manuel ha vuelto, Manuel ha vuelto.

»Ada también corrió hacia él y cada una se puso a un lado intentando ayudarlo a caminar. A Manuel le caían lágrimas silenciosas. Por fin estaba a salvo. Sally bajó como un rayo, por suerte no rodó escaleras abajo, atravesó la puerta a toda velocidad y corrió hacia ellas. Sara y Ada se apartaron para observar aquella escena tan bonita.

»Sally le hablaba en inglés, le decía todas aquellas palabras cariñosas que les había dicho a ellos tres cuando eran pequeños. Manuel repetía:

»—Ya estoy en casa, ya estoy en casa.

»Mi tía lo observaba todo emocionada desde la puerta. Finalmente consiguieron llegar al comedor y lo hicieron sentar cómodamente en el sofá. Manuel les explicó que había estado en las proximidades de Gandesa, que aquello había sido una matanza. A él le había herido una explosión. Le rompió el brazo y la pierna, y le hirió en la cabeza, pero estaba bien. Se curaría del todo con un poco de tiempo, solo necesitaba reposo y el cariño de Sally.

»Mi tía dispuso que se quedaran en la casa y que ya se fueran a la casa de los masoveros cuando todo aquello se acabase. Con la presencia de un hombre, aunque estuviese malherido, se volvía a sentir un poco más segura.

»Álex había dejado atrás el Corró d'Amunt y descendía por aquella tierra perfectamente conocida, estaba a pocos kilómetros de casa. Seguía extremando las precauciones. No quería correr ningún riesgo y menos ahora que casi lo había

conseguido. Habían sido doce días de andar por caminos incómodos, dormir en el suelo y bañarse en agua helada. No entendía cómo no había cogido una pulmonía. La alimentación tampoco había sido la mejor y hacía unos días había sufrido un cólico que lo tuvo con fiebre y vómitos toda una noche. Aquel día pensó que se moriría, aunque afortunadamente una vez que su estómago quedó vacío empezó a mejorar.

»Iba a ir directo a Can Tomeu, pero no quería precipitarse, tenía que entrar en la casa sin ser visto, así que prefirió pasar una última noche oculto en el bosque y por la mañana ya miraría cómo introducirse en la masía. Pasó la noche impaciente y con la presión del objetivo al alcance de la mano.

»Cuando llegó la mañana, se acercó a la casa atravesando los campos que la rodeaban. Vio que las mujeres ya se habían despertado y tuvo que utilizar todos los recursos que había aprendido en su vida militar para no ser visto. Cuando llegó a la parte de atrás del edificio, decidió que escalaría por la fachada hasta la habitación donde había dormido Ada desde hacía tiempo. Le costó porque no había muchos sitios donde agarrarse, pero finalmente lo consiguió. Miró dentro y comprobó que no había nadie en la habitación. Dio un golpe seco en la madera de la ventana y esta se abrió. De esa manera, pudo colarse dentro.

»Cerró cuidadosamente la ventana y dejó las pocas cosas que llevaba en el suelo. Tuvo que esforzarse para no meterse en la cama, pero no podía hacerlo. Primero tenía que avisar a Ada de que estaba allí. Pasó más o menos una hora y poco le faltó para salir de la habitación y mostrarse a todos ellos, pero no era conveniente. Era un fugitivo y esconderse allí las ponía en peligro, así que cuanto menos supiesen mejor. Oyó pasos que se acercaban y corrió a esconderse detrás de la puerta.

»La puerta se abrió y entró Ada cargada con mantas que habían estado preparando para el invierno y que habían ventilado. Álex, diestramente, se situó detrás de ella sujetándola con el brazo derecho, mientras que con la otra mano le tapaba la boca mientras cerraba la puerta con el pie.

»Ada se quedó helada por el susto que se acababa de llevar y no podía ver quién la estaba sujetando. Temió que la matasen allí mismo, pero de pronto a su cerebro, a través de sus orejas, llegó el mejor mensaje que le podían dar en aquel momento.

»—Ada, soy yo, Álex. Te voy a soltar. Por favor, no grites.

»Y la soltó.

»Ada se dio la vuelta y se abrazaron. Se besaron, pero tenían dificultades para saciar toda la sed que habían pasado aquel tiempo uno del otro. Se palparon con

incredulidad temiendo despertarse de aquel sueño maravilloso que estaban viviendo. Álex llevó a Ada hacia la cama y allí dieron rienda suelta a su deseo reprimido tanto tiempo. Al principio, con la furia de la pasión más desbocada y poco a poco sustituyéndola por cariño y dulzura. Ninguno de los dos dijo ni una palabra en aquellas horas que pasaron recuperando el tiempo perdido.

»Ada tenía que conseguir serenarse un poco y recomponerse después de todas aquellas emociones. Habían pasado horas allí y posiblemente el resto se preguntaba dónde se había metido. Por fin habló.

»—Tengo que salir. Me deben estar buscando.

»—Me he fugado. Si me descubren, me matarán y si me encuentran aquí, posiblemente a vosotras también.

»—No va a venir nadie a buscarte, al menos hoy, así que tranquilo. De momento no diremos nada a nadie hasta que pensemos qué tenemos que hacer. Yo voy a volver abajo y actuaré como si no hubiese pasado nada. Te subiré comida de aquí a un rato y si quieres descansa, duerme que te debe hacer falta.

»—Llevo doce días andando, estoy reventado.

»—Ya estás a salvo. Te quiero y no voy a consentir que nos vuelvan a separar.

»—Yo también te quiero, Ada, llevo un montón de tiempo soñando con este momento.

»Con muchas dificultades, Ada abandonó aquella habitación. Aquel día no dijo nada a nadie, pero su estado anímico estaba alterado. Soñaba despierta y se le notaba distraída. Muy lejos de la realidad. Subió varias veces a verlo, pero Álex dormía profundamente. No quiso despertarlo, aunque en algún momento se acercó para tocarlo y comprobar que era real. Cada vez le remetía más las mantas para que no pasase frío. Era una forma de acariciarle y a continuación se quedaba embelesada mirándolo unos segundos casi sosteniendo la respiración para evitar despertarlo, aunque Álex dormía profundamente. ¿Se estaría volviendo loca y aquello era una imaginación suya?

»Por la noche, cuando volvió a la habitación, comprobó que había dado cuenta de toda la comida que ella había dejado durante el día. Estaba despierto y le esperaba vestido y sentado en el suelo.

»—Veo que ya estás despierto y que has comido —rio Ada abrazándolo.

»—He dormido todo el día, pero creo que podría seguir durmiendo.

»Ada cerró la puerta con la llave de la habitación y le dijo:

»—Ahora ya nadie me espera. He dicho que estaba cansada y que me iba a la cama. No nos molestarán.

»—Ha sido horrible, Ada— dijo Álex susurrando para no ser oído y le estuvo

contando sus últimos días en el ejército, su decisión de desertar y todo lo que le había pasado hasta llegar a sus brazos.

»Ada se emocionó y tuvo miedo por lo fácil que hubiese sido perderlo para siempre, cualquier problema hubiese podido ser el fin de sus días y lo peor es que posiblemente nunca lo hubiesen sabido. Por suerte, ahora ya estaban juntos.

»Se metieron en la cama y volvieron a hacer el amor. Se estaban redescubriendo uno al otro y aquella sed que sentían parecía que nunca se saciaría.

»—¿Cómo está mi familia? —preguntó Álex al cabo de un poco.

»Ada temía esa pregunta desde hacía rato, pero no podía ocultarle la verdad, así que de la mejor manera que pudo se preparó para informarle de la muerte de su hermano.

»—Álex, lo siento mucho, pero tu hermano Ramon murió, lo supimos hace unos días. Fue en el Ebro, imagino que allí estabais casi todos. Tus padres están muy afectados, pero Montserrat ha tomado una actitud fuerte y está dispuesta a sacar a los niños adelante, aunque sea sin él. Es una mujer muy valiente.

»Álex se había quedado paralizado. Su hermano Ramon muerto. No se lo podía creer. Ellos dos no habían tenido una gran relación porque entre otras cosas se llevaban siete años, pero evidentemente le dolía aquella muerte. Pensaba en sus padres y en cómo debían estar en aquel momento. Tenía que encontrar una manera segura de ir a verlos y que supiesen que al menos, de momento, él se había salvado.

»Durmieron toda la noche abrazados, sin despegarse uno del otro. Ada oyó cómo Alex lloraba en sueños. Se giró y le abrazó sin despertarlo, y empezó a susurrarle una nana al oído. Aquello pareció relajarle. Lo observó con detenimiento. Aún no se podía creer que lo tuviese allí con ella. No sabía si existía Dios, ni tampoco sabía si ese Dios pertenecía a una religión u otra, pero en todo caso no hacía más que agradecerle que el amor de su vida estuviese justo ahí a su lado.

»Ahora tendrían que pensar dónde esconderle y cómo convencerle de que debían compartir con el resto de la familia que él estaba allí.

—Imagino que debía tratarse de un riesgo real, el hecho de esconder a un fugitivo del ejército —preguntó Kevin.

—Era muy peligroso. Por supuesto que el fugitivo podía darse por muerto si le pescaban, pero generalmente en la misma operación se cargaban a la gente que le había ocultado. Estamos hablando de un momento en el que eran pequeños comités los que entraban en las casas, generalmente armados, y no se lo

pensaban mucho a la hora de pegar un tiro a alguien. Estaban embrutecidos por las circunstancias y muchos de ellos en los tiempos de paz habían vivido en condiciones bastante malas.

—¿Había muchos por Cardedeu?

—No recuerdo que me comentasen nada así, que imagino que no. Otra cosa fue cuando los rebeldes ganaron la guerra. Esos sí que se dejaron ver por allí.

—¿Qué pasaba cuando los rebeldes conquistaban una zona y se encontraban con gente como Manuel, que había estado en el ejército contrario?

—Eran situaciones muy diversas. Dependía de muchas cosas. Te puedo contar que en el caso de Manuel se lo llevaron y lo estuvieron interrogando durante cuatro o cinco días. Lo tuvieron en Granollers. Como nunca había estado afiliado a ningún partido ni a ningún sindicato, consideraron que no debía ser peligroso y lo dejaron marchar. No tuvo ningún problema más. Eso sí, durante aquellos días se llevó más de una paliza y el brazo que se le había recompuesto se lo volvieron a romper.

—Qué bestias.

—Era la guerra y lo que fue aún peor, los primeros tiempos de la postguerra. Por suerte, al permitir a Manuel volver a casa y curarse físicamente en poco tiempo, enseguida volvió a su trabajo y los campos empezaron a recuperarse. Los animales también empezaron a multiplicarse y poco a poco, Can Tomeu fue volviendo a ser algo parecido a lo que había sido antes.

—¿Qué fue de todos ellos?

—Hay muchas cosas que aún no te he contado, pero de momento quédate con que Manuel y Sally volvieron a la casa de los masoveros y tuvieron una gran sorpresa. Y es que Sally a sus treinta y seis años se quedó embarazada. Fue un embarazo difícil, pero en enero de 1.940 finalmente llegaba una nueva vida a Can Tomeu. Parecía que eso iba a cambiar por fin la tendencia de los últimos tiempos.

—¿Y dónde está?

Thomas rio.

—No la conoces, pero es fácil que cualquier día la conozcas. Es mi sobrina Clara.

—¿Como tu madre?

—Sally supo desde el primer momento que si era una niña se llamaría Clara. Inés fue su madrina.

—Imagino que así Sally le devolvía a Clara el favor de su nueva familia.

—Imagino que sí, aunque no estoy muy seguro de lo que has querido decir.

—Clara, cuando os envió con ella a España, condicionó su vida para siempre porque Sally decidió quedarse aquí. Si hubiese habido algún vínculo fuerte en Boston, posiblemente hubiese regresado, pero no lo hizo.

—Ahora te entiendo. Bueno, ella tenía sus padres y un montón de hermanos, pero no mantenía una gran relación con ellos en sus tiempos de Boston. Sally provenía de una zona un poco marginal y siendo así no tenía muchos motivos para volver. Prefirió quedarse con nosotros. Por otro lado, mi tía la adoptó desde el primer momento, así que fue una más de casa desde que llegó. Escribía a su familia en Boston de vez en cuando y de tanto en tanto alguien le ponía al día de cómo estaban y qué hacían. A veces, le pedían dinero y ella les enviaba lo que podía, más que nada para no tener conflictos de conciencia por haber abandonado a sus padres.

—¿Cómo es que no he visto a Clara estos días que has estado ingresado?

—Ella me visitaba al mediodía. Vive en Barcelona y cuida a sus nietos. Cuando los dejaba en el colegio, venía a verme.

Se hizo un breve silencio.

—Kevin, ¿seguimos mañana?

—De acuerdo, espero no haberte agotado mucho.

—No —sonrió Thomas—. Intentaré que mañana me dejen salir de esta cárcel en la que se ha convertido mi habitación.

Kevin sabía que Celia estaba en sus gestiones y con una visita en el despacho. La saludó con la mano al pasar por delante de la puerta que estaba semiabierta y salió de la Residencia. Tenía trabajo pendiente.

CAPÍTULO 15

Argelès—sur—Mer

Celia le había llamado un poco más tarde. Él estaba concentrado en su trabajo, redactando la ficha correspondiente a todo el tema tratado durante aquel día. Llevaba los auriculares puestos para ir oyendo una y otra vez la grabación, pero tenía colocado el móvil delante, de forma que vio la llamada entrante.

—Hola, Celia, ¿todo bien?

—Bueno— respondió— te he visto pasar y me ha sabido mal no poder comer contigo. Hoy te quería proponer un restaurante que no está muy lejos, pero al final ya has visto, me ha sido imposible.

—No te preocupes, el trabajo es el trabajo. La semana que viene ya encontraremos algún rato para comer juntos, además ya no falta mucho para Navidad y nuestro viaje a París.

—Uf, tengo muchas ganas. En los momentos de agobio pienso en cuántos días faltan para poder despegar.

—Lo tendremos aquí antes de lo que pensamos.

—Mañana es viernes, ¿quieres que pasemos juntos el fin de semana?

—Ostras, pues tendré que consultar mi agenda —bromeó. Por supuesto que quiero. ¿Qué propones?

—Pues te propongo que esta noche avances todo lo que puedas en tu trabajo y que mañana por la tarde también. Después, yo vendré a cenar contigo y para entonces tienes que tener todo hecho y estar libre para mí. Podríamos ir a algún sitio.

—No es un mal plan.

—Cómo sé que ya conoces Girona porque estuviste haciendo un reportaje por allí, ya pensaré algún lugar al que podamos ir a pasar dos días tranquilos tú y yo. Dejaremos los fantasmas de mi familia en Cardedeu, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto. Contaré las horas que faltan para mañana a la hora de cenar.

Ambos rieron y colgaron.

Al cabo de un rato, volvió a sonar el teléfono.

Kevin vio que se iluminaba la pantalla, pero como estaba muy concentrado en lo que estaba haciendo, contestó sin mirar quién era. Supuso que era Celia.

—Celia, estoy trabajando. Necesito concentrarme— bromeó.

—John Brown al habla, ¿quién es Celia?

—John, perdóname, pensaba que era la directora de la residencia Sant Julià. Tengo los auriculares puestos para ir oyendo la grabación de hoy y he contestado pensando que era ella. En realidad casi nadie me llama estando aquí.

—Ya entiendo —dijo y sin prestar mucha atención—. La verdad es que te llamaba para comentarte que tu artículo ha salido publicado. Quiero decir el de Girona y Game of Thrones.

—Ah, ¿sí? ¿En qué medio?

—Ha salido en *Parade*. Francamente debo decirte que todo el mundo está muy contento y que hemos recibido miles de comentarios favorables en la revista online.

—Me alegro mucho. Creo que puedo sentirme orgulloso.

—Por supuesto, además aquí hemos hecho un gran trabajo de maquetación y presentación para que todo quedase perfecto.

—¡Bah, John!, ¿no me vas a reconocer un cierto mérito?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que te reconozco el mérito— rio— si no, no lo hubiésemos publicado. ¿No me dirás que necesitas una palmadita en la espalda como si fueses un joven con poca experiencia?

—No es eso, pero tu opinión me importa y tu reconocimiento también.

—Pues mi opinión es óptima y mi reconocimiento creo que se constata en el pago de los salarios cada mes y en el hecho de que seas mi hombre en el tema Levi. Ya me conoces, eso para mí es más que reconocimiento.

—Ok, John. Gracias —sabía que nunca llegarían a entenderse en este tipo de cuestión.

—Oye, te llamaba para otra cosa. Al final lo que parecía una broma ha acabado haciendo fortuna. Me han pedido que vayas a Sevilla a hacer otro reportaje de la misma serie. Nos gustaría que aprovecharas los días de Navidad para ello.

Kevin se quedó en silencio unos segundos, pero finalmente se decidió a contestar.

—El día 25 me voy a París y estaré hasta el día 1 más o menos.

—Tendrás que cambiar los planes.

—No va a poder ser. Tengo un asunto personal serio allí y no puedo cancelarlo. Había pensado en aprovechar la estancia para conocer el decorado de los años que Levi pasó allí, aunque imagino que todo debe estar muy cambiado.

—Bueno, si no puede ser, no puede ser. De todas formas, haré una cosa. Hablaré con *Parade* para que intenten conseguir algo parecido a lo que tú hiciste

con Dubrovnick, que es otro de los escenarios e intentaremos encajar Sevilla un poco más tarde para que puedas ser tú quien vaya a hacerlo. Quiero que te encargues personalmente.

—Te lo agradeceré. Si me consigues el aplazamiento, imagino que Levi no tendrá ningún problema en dejarme que unos tres o cuatro días me ausente, y más aún si le explico la razón. Cambiando de tema y volviendo al artículo de Girona, ¿podrás enviarme alguna copia de la revista? No sé si aquí la podré encontrar.

—Salieron esta mañana en un servicio exprés de UPS. Como muy tarde mañana las tendrás en el hotel.

—Gracias – John, a pesar de todo, tenía ese tipo de detalles.

—Te confirmo lo de Sevilla tan pronto como lo sepa. Buenas noches.

Kevin no tuvo tiempo de contestar cuando él ya había colgado. Esperaba que no se hubiese molestado por su comentario y en todo caso, ya no podía hacer nada por cambiarlo, así que no iba a dedicar ni un segundo a pensar en ello. No había dicho nada inconveniente o que no pensase.

Volvió al trabajo y con la nueva perspectiva del fin de semana que le había propuesto Celia parecía que su estado anímico le permitía avanzar con mayor frescura y obteniendo un mejor resultado. Sentía curiosidad por saber qué lugar le proponía visitar.

Hasta las dos de la mañana estuvo trabajando. La complejidad radicaba principalmente en reducir el contenido de las conversaciones a tan solo la parte importante y poder intercalarlo todo con los materiales que Levi le había proporcionado, aunque lo que más tiempo le ocupaba era buscar en su bibliografía los fragmentos de su obra en los que se podían identificar tal o cual historia o si un personaje en concreto identificaba a alguien de su pasado. Esa era la parte más laboriosa y parecía que también era la que más estaban valorando en Dreams.

En la habitación estaba puesta la calefacción. En la calle, a aquella hora, ya debían estar rozando los cero grados, pero era agradable poderse pasear en calzoncillos sin sentir frío. Dentro estaba a veinticinco grados. De vez en cuando, se había ido levantando a mirar pasar la gente por la calle abrigada y con prisa. Bajó el termostato y apagó la calefacción. Se metió en la cama y se tapó. Se dio cuenta de que se había olvidado de devolver la botella de whisky a la nevera, así que se levantó a hacerlo y volvió otra vez a la cama. La temperatura en la habitación descendía rápido.

La mañana estaba despejada, ni una nube y esto implicaba frío. Por aquellas

latitudes que el cielo estuviese encapotado ayudaba a que la temperatura no descendiese tanto. Seguían muy próximos a los cero grados, así que se abrigó para salir camino del trabajo.

—Buenos días –saludó a la entrada.

—Hoy le esperan en el despacho de la doctora— le comentó la recepcionista del primer día—, parece que ha habido algún tipo de movida— agregó con una sonrisa mal disimulada.

—Gracias –respondió extrañado.

Se acercó a la puerta y oyó que Thomas hablaba, llamó y a continuación abrió.

—Buenos días, ¿va todo bien?

—No mucho –dijo Celia—, mi tío se ha declarado en rebeldía.

—¿Cómo es eso, Thomas?

—Estoy harto de estar en la habitación encerrado. Hace no sé cuántos días que no salgo y hoy ya no aguantaba más.

—Mira, tío, os dejo mi despacho. Ya me buscaré la vida y si lo necesitase, me espabilaré buscando una alternativa, pero de lo de salir al jardín vete olvidando, ni con manta ni con abrigo polar. Hace mucho frío y tú estás delicado. Mi ventanal es enorme y la vista magnífica. De momento, confórmate con eso.

Parecía que la discusión había sido un poco más fuerte de lo que imaginaba. Kevin pensó que lo mejor era no abrir la boca.

—De acuerdo—dijo Thomas finalmente— Hoy trabajaremos aquí, pero piensa que tarde o temprano tendremos que salir fuera. Necesito que me toque el aire.

Celia miró hacia el techo como expresando que ya estaba cansada de aquel lío. Cogió sus cosas y al salir le dio un beso en la frente a Thomas.

—Eres un tozudo, tío. Que te sea leve, Kevin.

Y los dejó solos. Pasaron unos segundos y entonces Thomas empezó a reír. Kevin, que se imaginaba todo el lío que había montado, no pudo evitar acompañarle.

—Es muy buena chica y solo quiere lo mejor para mí, pero yo ya estoy harto de estar encerrado. Eso sí, tiene peor carácter que su abuela. Mi hermana era de buen llevar.

—Yo creo que en parte tiene razón. Hace mucho frío y tú aún estás convaleciente del infarto. Sencillamente es prudente y no quiere que te arriesgues.

—Y, ¿qué me va a pasar? ¿Que me constipe? De algo me tengo que morir, ¿no? Soy un ser humano y no una planta de invernadero.

—Hombre, aunque para llegar a los cien años imagino que se tiene que ser

muy fuerte y tener una buena salud, a estas alturas un poco de invernadero sí que eres.

—Lamento haberle hecho enfadar y me disculparé con ella, pero no me arrepiento de que por fin me haya dejado salir de la habitación. Y cambiando de tema, creo que lo último que te conté fue el regreso a Can Tomeu de Alex, así que enciende tu grabadora y empezamos.

Kevin no pudo evitar una sonrisa, aquel hombre seguía siendo un carácter.

»Durante los primeros días de su escondite en Can Tomeu, Álex estuvo encerrado en la habitación de Ada. Por las casas pasaban grupos de milicianos buscando prófugos. Por lo visto, era un goteo constante de jóvenes que desertaban. Cuando pillaban a alguien, a veces lo mataban allí mismo y a veces lo reenganchaban. No se sabía que era peor. Él debió llegar a mediados de octubre porque Ada alguna vez me había contado que al cabo de diez días habían celebrado su cumpleaños y Álex había nacido un 26 de octubre.

»Los cuidados de Ada fueron como una cura milagrosa para su cuerpo y su alma, y al poco tiempo, estaba totalmente recuperado, aunque fueron un poco torpes al pensar que mi tía no se iba a dar cuenta de que algo pasaba. Empezó a notar que la comida desaparecía. Ahora un trozo de jamón, luego una yesca de pan o en lo que había sobrado del potaje del medio día y que guardaban para el día siguiente porque ellas no tiraban nada, estaba por la mitad de lo que pensaba... El caso es que aquello no le cuadraba.

»Enseguida se dio cuenta de que Ada había experimentado un cambio de humor considerable y una noche se acercó a su habitación y tras poner atención, oyó lo que le pareció que eran los sonidos del amor, muy amortiguados, pero no cabía duda. No podía ser nadie más que Álex, ya que conocía los sentimientos de su sobrina.

»Durante toda la noche le estuvo dando vueltas sobre cuál era la mejor manera de actuar. Ella ya tenía una edad y que la niña hubiese perdido la virginidad no le hacía gracia, aunque entendía perfectamente que eran otros tiempos y unas circunstancias muy particulares, así que por aquello no se iba a preocupar siempre que no se quedase embarazada.

»Por otro lado, ella quería al joven casi tanto como a sus sobrinos. Toda la vida había estado en la casa entrando y saliendo, y si no estaba equivocada, el cariño de su sobrina era correspondido. No había duda de que tenían que protegerlo, pero para eso debían esconderlo mejor. No quería imaginarse los problemas que tendrían si lo pillaban, a parte del riesgo a que lo matasen allí mismo. Finalmente, dio con la solución. Cerraría parte de la buhardilla, es decir, crearían

una falsa pared que con cuatro maderas no sería difícil de hacer y en ese espacio le haría un lugar para estar. Si no se fijaban desde la entrada, la buhardilla pasaba desapercibida y si la encontraban, quizás nunca pensasen en que había una pared falsa. Era muy difícil percibir que el espacio era menor de lo que parecía.

»Por la mañana fue la primera en levantarse y estaba sentada en la cocina ante una infusión de achicoria. No tenía ni punto de comparación con el café, pero al final y con la escasez se había habituado a aquello. Lo mezclaba con un poco de leche de la vaca que tenían escondida en el establo y entonces era bebible.

»Por casualidad, Ada entró en la cocina, también mucho más temprano de lo que era habitual. Sara seguía durmiendo y Sally, que había regresado a su casa ya hacía días con Manuel, llegaría un poco más tarde.

»Inés le sirvió otra taza de lo mismo y le ofreció una yesca de pan un poco duro, pero que tostado en el fuego no estaba tan mal y le acercó el aceite para que lo bañara a su gusto.

»—No tiene mala pinta —bromeó Ada.

»—Te veo de buen humor y la verdad es que me alegro mucho. Hasta hace unos días me tenías preocupada. Parecías un alma en pena.

»—Bueno, ya sabes cómo va eso. Hay días que estoy bien sin saber por qué y otros días estoy deprimida y lo veo todo negro.

»—Ya —dijo dando un sorbo y mirándola—, aunque puede que el hecho de que Álex esté en tu habitación desde hace unos días lo haya cambiado todo.

»A Ada se le cayó la taza encima de la mesa. Se derramó todo el brebaje sobre la madera, pero por suerte la taza no se rompió.

»La tía se levantó y con un trapo lo secó todo. Ada se había llevado las manos a la cara y en aquel momento la tenía oculta.

»—Ada, no te preocupes. Estoy contenta de que Álex esté a salvo. Me molesta un poco que no me lo hayas dicho, pero lo importante es que está bien.

»—Tía, lo siento mucho. Debía habértelo explicado, pero cuando me lo encontré dentro de mi cuarto, me sentí tan feliz que desde entonces he estado viviendo en un sueño. Hace diez días que es solo para mí. Lo he recuperado.

»Inés se levantó y cogió a su sobrina por los hombros. Acercó su nariz al pelo de la joven, que tenía un olor que desde siempre le había gustado, y le dio un beso en la mejilla.

»—Lo entiendo, Ada. Nunca quise para ti mi desgracia y creo que sabes perfectamente que he sufrido mucho por vosotros dos.

»—Lo sé, tía, pero ahora ya está aquí.

»—No podemos correr el riesgo de que esté en un lugar tan fácil de encontrar.

Los milicianos andan por aquí y en cualquier momento pueden entrar buscando a alguien. No quiero ni pensar lo que pasaría si lo encontrasen. Voy a subir a verlo.

»—Espera, por favor. Déjalo dormir, ha llegado exhausto del frente. Vino caminando desde el Ebro. Dame permiso para avisarle de que estás al corriente, por favor, tía.

»Inés acarició la cara de su sobrina. ¿Cómo podía no ayudarla? Siempre había sido una niña dulce y cariñosa, aunque de ideas fijas.

»—Está bien. Déjalo dormir un rato y luego le avisas que a la hora de comer entraré a verle.

»Ada estuvo toda la mañana ocupada en sus tareas habituales y cuando se acercaba el mediodía, decidió subir a ver a Álex.

»—Álex, cariño, despierta— le dijo mientras le besaba en la frente.

»Álex abrió los ojos y sonrió al verla. Seguía teniendo pesadillas durante la noche, pero cuando se despertaba y se encontraba con la mirada de Ada todo el horror se esfumaba en un instante.

»Estaba bastante recuperado y por las noches, mientras todos dormían, aprovechaba para salir por la ventana e irse al campo a hacer sus necesidades y a lavarse en el estanque que teníamos y donde habíamos aprendido a nadar de pequeños.

»—Tenemos que hablar —le dijo ella—, mi tía se ha dado cuenta de que estás aquí. Ha observado mi cambio de humor, que faltaba comida y ayer encima nos oyó.

»Álex se sentó en la cama con expresión agobiada.

»—Tranquilo, no te preocupes. Ella nos va a ayudar, pero quiere venir a hablar contigo. Subirá con la comida del mediodía, así que en cualquier momento la tenemos aquí.

»—Tendré que irme —dijo Álex—, no quiero que tengáis problemas por mi culpa.

»—Espérate un poco a ver qué propone. Ella no nos va a dejar en la calle, ya sabes que te quiere como si fueses uno de nosotros.

»No tuvieron que esperar demasiado. Al cabo de unos minutos, se abrió la puerta con bastante sigilo. Álex se había vestido con la ropa que había llevado durante su trayecto y la vio entrar expectante.

»Inés había dejado la bandeja en el suelo y tan pronto se cruzaron sus miradas, se llevó las manos a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. Avanzó lentamente y le abrazó con toda la ternura de la que fue capaz. Álex le devolvió el abrazo. Se sentaron en la cama mientras que Ada introducía la bandeja de

comida y cerraba la puerta. Inés acariciaba la cara de Álex.

»—¿Qué ha sido de aquel niño simpático y divertido que rondaba por esta casa desde que empezó a andar? —le decía con cariño.

»—Ya ves, tía, las cosas han sido un poco diferentes a lo que esperábamos.

»—Ahora ya estás en casa, hijo. Ya no estás solo. Tenemos que buscar la manera de ocultarte para que no corras ningún peligro.

»—Tía, no conviene que se sepa que estoy aquí. Eso sería ponerlos a todos en peligro. Antes prefiero irme.

»—De momento no vas a ir a ninguna parte, pero no estoy de acuerdo contigo. No puedo tenerte aquí sin decírselo a tus padres. Imagino que Ada te ha contado lo de tu hermano, así que ya puedes imaginarte cómo están. Les ayudará verte y saber que estás bien.

»—Sí, Ada me contó lo de Ramon —dijo sin añadir nada más.

»—Manuel ha regresado, así que él nos puede ayudar a esconderte. Había pensado hacer una falsa habitación en la buhardilla, pero él nos tiene que echar una mano. Yo no puedo hacerlo ni ninguna de nosotras.

»Álex estuvo pensativo unos minutos. No era lo que prefería, pero en realidad no tenía ningún plan concreto. Les estaba haciendo correr un riesgo que no les correspondía, quizás lo mejor sería seguir hacia Francia y allí intentar encontrarse con Tom y Agnès. Finalmente, decidió que no era nadie para contradecir a Inés, así que le dijo:

»—Está bien, tía. Lo que tú decidas me parece bien.

»En poco rato, Manuel, Sally y Sara estaban al corriente y todos pasaron por allí a saludarle. En aquel momento, Sally lucía su embarazo, Clara no tardaría muchos meses en nacer.

»Manuel propuso aprovechar el sótano de las cuadras para hacer el refugio; era mucho más seguro y mucho más fácil de ocultar. Se podía habilitar de manera que fuese amplio y cómodo, aunque sin luz. Disimularlo era la cosa más fácil del mundo, ya que con poner el heno encima daba totalmente el pego, además era fácil de crear una ventilación que permitiese que entrase aire fresco. Parecía una buena idea y los dos dedicaron un par de días en habilitar aquel espacio que al final quedó bastante confortable. Álex se trasladó allí y a partir de aquel día, Ada pasaba las noches en el refugio.

»Manuel le había entregado una pistola a Álex. Al principio, se negó, pero el marido de Sally insistió.

»—Ojalá que no tengas que utilizarla nunca, pero es importante que la conserves. No solo para defenderte tú, sino también por si viene algún grupo de

milicianos y nos ponen en riesgo a los demás.

»Tenía razón. Cuando llegaban aquellos hombres, normalmente grupos de entre tres y cinco, pocas veces se sabía cómo iba a acabar todo. Corrían muchos comentarios por el pueblo y los relatos de barbaridades en algunas masías de Palautordera y Sant Celoni eran suficientes como para tenerlos asustados.

»Álex llevaba un par de días instalado en el refugio cuando se abrió la trampa. Ada siempre daba un par de toques para avisar de que era ella y que todo iba bien. Oyó los dos toques y entonces vio bajar a su padre. Álex se puso de pie, casi tocaba el techo con la cabeza y el hombre dejó el candil que llevaba en el suelo. Sin decir ni una palabra se abrazó a él. Estuvieron así durante un par de minutos.

»—¿Cómo estás, hijo? —fue lo primero que fue capaz de decir Ramon.

»—Bien, ahora bien. Ha sido bastante horrible. Lamento mucho lo de mi hermano, aún no sé hacerme a la idea. Aunque haya visto morir a mucha gente, no imagino a alguien de casa pasando por eso.

»—Estamos destrozados, tu madre está hundida en la depresión. Suerte tenemos de que Montserrat ha sabido reaccionar y ha tomado el control de la situación. Ada habla mucho con ella. Creo que le es de gran ayuda porque así puede desahogarse.

»Los dos estuvieron varias horas hablando. Quizás durante aquellos días llegaron a hablar mucho más de lo que lo habían hecho durante todos los años anteriores. La madre de Álex estaba bastante mal y decidieron que, de momento, no le dirían nada, ya que temían que sin querer y dada su depresión pudiese caer en alguna indiscreción que acabase terriblemente.

»En noviembre se acabó la batalla del Ebro y los rebeldes empezaron a avanzar sin encontrar demasiada resistencia rumbo a Barcelona. Había que tomar decisiones importantes.

»Ramon pasaba un par de horas cada tarde conversando con su hijo. Álex le dijo:

»—Papa, tendré que marcharme antes de que lleguen los nacionales.

»—¿Por qué? Seguramente podremos utilizar tu huida del ejército en nuestro favor.

»—Olvídate. Aunque nunca te lo conté, siempre he estado en el ámbito de los sindicatos y he estado inscrito en la C.N.T. Ellos lo saben. Además, en Cardedeu hay más de una persona que lo podría denunciar.

»—Hijo, siempre te había avisado de lo peligrosas que eran estas cosas, pero hoy en día solo puedo decirte que me siento orgulloso de que no me hicieras

caso —le dijo poniéndole la mano en el hombro—. ¿Cuándo te irás?

»—He pensado en pasar la frontera en unos quince días, a final de año, así que en cinco días me tendría que ir.

»—¿Se lo has dicho a Ada?

»—Todavía no porque ella querrá venir conmigo y no estoy muy seguro de que sea lo mejor, aunque ella también ha estado cercana a los sindicatos y los partidos políticos.

»Aquella noche Álex pensó que era el momento para explicar sus planes a Ada.

»—Estoy pensando en marcharme. Quiero estar en Francia antes de que acabe el año.

»—Por favor, no me dejes aquí. Yo me voy contigo.

»—¿Estás segura? Es duro andar hasta allí en pleno invierno y las condiciones que nos encontraremos una vez que lo consigamos no sé cuáles serán.

»—Está mi hermano.

»—Sí, pero ¿cómo le vamos a avisar? Hoy en día no funcionan las comunicaciones.

»—Cuando pasemos la frontera, espero que le podamos llamar. Además, hay otra cosa que no te he contado.

»—¿Qué cosa?

»—Estoy embarazada —Ada no lo había comentado con nadie, pero no tenía ninguna duda, tenía todos los síntomas—. Creo que últimamente hemos hecho muchos méritos para que esto pasase.

»Álex, una vez transcurrido el primer momento de duda, la abrazó protectoramente.

»—Esto lo cambia todo —añadió.

»—No, cariño, no cambia nada. La única cosa que te pido es que esperemos un poco antes de irnos. Ahora estoy de dos faltas, así que el bebe ya empieza a ser algo con posibilidades de salir adelante. De aquí a un mes ya será más fácil que no tenga un aborto espontáneo.

»—Esperaremos hasta que Franco esté cerca de Barcelona. Cuando se aproximen, será el momento de salir lo más rápido posible.

»Después de aquella conversación y durante los días siguientes, todo Can Tomeu supo del embarazo de Ada, Ramon incluido. Todos estaban contentos por ellos, pero a ninguno se le escapaba la dificultad añadida que suponía aquello para la huida hacia Francia de los dos jóvenes.

»El 16 de enero llegó la noticia de la caída de Tarragona y Reus. Era el

momento de ponerse en marcha. Se habían roto todas las líneas de defensa y en seguida llegarían a Barcelona. Ada ya estaba de tres meses.

»Los dos días siguientes lo prepararon todo. Hacía mucho frío y tenía que llevar ropa de abrigo para soportar bien las largas caminatas. Después de darle muchas vueltas decidieron que se llevarían una de las bicicletas. La cargaron con todo lo que consideraron necesario para la partida y cuando estuvo lista, se prepararon para salir hacia el norte.

»Ramon llegó con su esposa. La mujer que empezaba un largo camino de demencia aún reconoció a su hijo y ambos se abrazaron emocionados. La despedida fue muy triste. La tía Inés veía partir a otro de sus sobrinos. Estaba muy preocupada por el embarazo, aunque sabía que Ada era muy fuerte. Le estuvo dando consejos hasta el último momento. Sara y Sally prometieron a Ada que ellas se harían cargo de la tía y de Can Tomeu.

»—Por favor, escribe tan pronto puedas —insistía Inés.

»Yo seguía preocupado por el avance de la situación desde París-Soir. Trabajar en un diario me daba información de primera mano. Insistía una y otra vez en llamar a casa, pero no había manera. Probé a enviar un telegrama, pero tampoco tuve suerte y entonces, como último recurso, envié una carta, aunque nunca supe si la recibieron o no. Agnès también estaba preocupada por sus padres. Igual que yo, no había conseguido hablar ni comunicarse de ninguna manera. Las noticias eran alarmantes para todos y el final de la guerra en Cataluña parecía inmediato.

»Álex y Ada avanzaban por la carretera. Pronto se dieron cuenta de que eran miles de personas las que huían. Gente de todo tipo y de toda condición. Algunos en coches, otros en carros, otros en bicicletas y la mayoría sencillamente andando.

»Álex pedaleaba administrando sus fuerzas, ya que iban bastante cargados. Llevaban todo lo que habían cogido en la parte de atrás y Ada iba sentada. Se encontraba bien y a pesar de la dureza de las condiciones, resistía sin problemas. A ratos caminaban los dos. Por la noche buscaban algún lugar protegido, estiraban sus mantas y dormían acurrucados para no tener frío. Encendían, siempre que podían, un pequeño fuego para calentarse y también para cocinar alguna cosa. No tenían nada más que lo que llevaban, vivían en condiciones severas y el futuro era muy incierto, pero a pesar de todo, solo por el hecho de estar juntos se sentían felices. Aquella huida no tenía nada que ver para Álex con la que había hecho en solitario.

»Después de diez días de viaje, el 28 de enero Ada y Álex llegaban al puesto fronterizo de Port Bou. Justo aquel día, 28 de enero, cuatro días después de la

caída de Barcelona y una semana antes de la caída de Girona, Francia abrió la frontera a los refugiados españoles. Les dejaron entrar y los retuvieron en Cerbere.

»Entre el 24 y el 29 de enero, anticipando la llegada del ejército de Franco, la aviación bombardeó Granollers y muchas localidades del Vallès próximas a la ciudad. Ninguna de aquellas bombas explotó cerca de Can Tomeu o Cerca de Can Volart, pero una de ellas derrumbó el edificio donde estaba la sastrería del Sr. Forns.

»No había trabajo durante aquellos meses, la gente no necesitaba ir a la sastrería para nada en aquellos momentos en los que sobrevivir era el único objetivo. A pesar de eso, el padre de Agnès no dejó de ir ni un día a trabajar. Abría su tienda y allí esperaba. Ocupaba todo el tiempo que podía en actividades secundarias. Limpiaba el local, ordenaba el material, diseñaba nuevos trajes y en definitiva, estaba decidido a esperar que todo aquello acabase para poder reiniciar su actividad. Acababa de cumplir cincuenta años y se sentía aún joven como para dejar su negocio, aunque tenía dinero suficiente como para poder sobrevivir, eso sí sin lujos, el resto de su vida.

»No tuvo mucho tiempo para reaccionar. Se oyeron las sirenas y se levantó sin prisas, aún concentrado, dejando lo que estaba diseñando en aquel momento. Empezó a andar hacia la puerta para ver por dónde venía el ataque, pero entonces resonó una explosión enorme y en cuestión de segundos vio cómo todo el edificio caía sobre él. Murió al instante. El gran caos que se produjo durante las siguientes horas y el bombardeo que se iba repitiendo cada rato hizo que nadie supiese lo que había pasado con exactitud durante los días siguientes.

»Inés conocía a la madre de Agnès lo suficiente como para preocuparse por ella. El día veinticinco, al día siguiente de que empezase todo aquello, se decidió a pedirle a Manuel que le bajase con el Hispano Suiza. Tenían poco combustible, pero más que suficiente como para ir y volver al pueblo.

»Cuando Inés llegó, encontró a la pobre mujer desencajada. Su marido no había regresado la noche anterior y le habían contado que el edificio donde estaba la sastrería estaba destruido. Estaba segura de que algo malo había sucedido. Inés preparó una maleta con las cosas de la mujer que consideró de más valor y de más utilidad, y las metió en el coche. Ella se resistía, pero mi tía no transigió y de esa manera se la llevó a Can Tomeu. Allí estaría mucho más segura. Al día siguiente confirmaron la mala noticia y el día 29 de enero Cardedeu caía en manos del ejército de Franco.

»La llegada de Álex y Ada a Francia fue muy diferente de lo que habían

esperado. Una parte de la opinión pública del país era contraria a la recepción de la gran cantidad de refugiados que se les venía encima. Retuvieron a la gente en la frontera, mientras que otros que llevaban más días esperando construían a toda prisa un campo de unas cien hectáreas en la playa de Argelès.

»El frío, el viento y la arena, que era todo lo que estaba dispuesta a ofrecer la gran patria francesa a sus vecinos, les esperaban para cobrarse tantas vidas como fuesen posibles. Al principio no había nada más. Daladier estableció que los campos debían ser vigilados por los tiradores senegaleses y soldados provenientes de Marruecos. Por supuesto que no desconocía el miedo que la guardia mora marroquí de Franco ejercía en buena parte de los fugitivos españoles. Tanto unos como otros pudieron libremente dejar salir sus rencores contra aquellos desgraciados que tanto se parecían a sus opresores franceses. Eso era todo lo que Francia tenía preparado para ellos.

»En la frontera les separaron: los hombres iban a un sitio y las mujeres a otro. Aquello lo llevaron muy mal, aunque intentaron tener paciencia; aún no eran muy conscientes de dónde se habían metido. En febrero los empezaron a repartir por los campos de concentración. En un principio, 80.000 del casi medio millón que iba a llegar fueron a parar a Argelès, Álex y Ada entre ellos. Afortunadamente pudieron reencontrarse.

»Aquello era horrible. Había un campo para civiles y otro para militares. Tardaron cinco días en empezar a repartir comida y bebida. Al principio, los camiones llegaban con el pan y la gente se abalanzaba sobre ellos, pero intentaron organizarse de manera que pudiesen salvaguardar su dignidad y entre todos acordaron que no abordarían los camiones y que las personas delegadas recogerían el cargamento y lo repartirían. Ese fue el inicio de alguna de las lecciones que dieron a aquel gobierno miserable.

»La gente se organizó en centurias y empezaron montando una enfermería. Poco a poco, con lo que iban encontrando y con los coches y camiones abandonados que tenían alrededor, embarrancados en la arena, encontraban refugio para protegerse. No había letrinas ni ningún otro lugar donde asearse y cada mañana un camión recogía los cadáveres. Los médicos y enfermeros que atendían las urgencias en la enfermería eran seleccionados entre los propios refugiados.

»La avalancha de gente que llegó a aquella zona doblaba a la población del departamento de los Pirineos Orientales, pero aquello no justificaba el trato inhumano que recibían aquellos fugitivos. La mayor parte de la humillación era totalmente innecesaria. Los propios habitantes del municipio intentaron en algún

momento organizarse para ayudar a la gente del campo, pero las autoridades lo prohibieron. Era fácil recibir golpes de los senegaleses y por supuesto, se dirigían a ellos como «españoles de mierda» en un perfecto castellano aprendido y compuesto de tan solo tres palabras. Especialmente duro fue para la mayoría de ellos cuando el 27 de febrero la República Francesa reconoció al gobierno de Franco.

»Álex andaba todo el tiempo buscando una ocupación. Finalmente, un mes más tarde, llegó material para empezar a construir barracones de madera. Con un grupo de la zona de donde venían ellos se dedicaron durante varios días a construir uno que después habitaron.

»La gente se organizaba por afinidades y generalmente se creaban grupos de personas que venían de una misma zona. Álex y Ada estaban con gente que en su mayor parte venía de Granollers y de los alrededores. Dormían abrazados en un camastro que compartían durante la noche oyendo el ruido del mar y el viento que no cesaba. El resto del día Álex lo ocupaba ayudando a construir más barracones para otra gente, intentando conseguir comida para Ada porque temían por el desarrollo del feto y buscando cosas para intercambiar en una especie de avenida comercial que se había formado espontáneamente en una zona del campo. La falta de higiene y las condiciones en las que vivían bebiendo agua poco salubre hacían que la disentería y la sarna hiciese estragos en aquella prisión improvisada.

»—Álex, no me veo capaz de dar a luz aquí. La mayoría de los niños que nacen se mueren de hambre y de frío —le dijo un día llorando Ada.

»—No te preocupes, cariño, a nuestro bebé le toca nacer en julio y no hará este frío, pero de todas formas confía en mí. No permitiré que nuestro hijo nazca en una prisión.

»Muchas mujeres eran acosadas por los vigilantes senegaleses y marroquíes, y también por los propios hombres del campo. Se pusieron en circulación unos silbatos que, poco a poco, empezaron a llevar todas encima y que tenían la finalidad de servir de ayuda para avisar cuando eran atacadas.

»En la enfermería visitaban a las embarazadas de semana en semana. Las condiciones eran tan extremas que no podían dejar pasar mucho más tiempo. Allí les daban a escondidas algunos productos alimenticios que completasen su dieta, y les vigilaban el peso y su estado en general. Gina, que era la enfermera que trataba con Ada y que también venía de la misma zona que ellos, era de Sant Celoni, un día le comentó:

»—¿Conoces el proyecto de Elisabeth Eidenbenz?

»—No he oído hablar —respondió ella.

»—Es una enfermera suiza que ha montado una especie de maternidad para las mujeres que como tú están a punto de dar a luz en Argelès y en otros campos. Está en el pueblo de Elna, bastante cerca de aquí. Las madres suelen marchar un mes antes de que los bebés vayan a nacer para tener tiempo de rehacerse un poco antes del parto. Te he apuntado en la lista.

»—Yo no tengo dinero, ¿cómo puedo pagar todo eso?

»—No hace falta. Se mantiene de colaboraciones que entregan principalmente los suizos y no es necesario que nadie pague nada.

»—¿Y mi marido? —ella se refería a Álex como si estuviesen casados.

»—Ya veremos. Él tendrá que seguir aquí, pero tenemos formas de hacer que para alguna reparación o alguna obra salgan del campo los padres para poder visitar a los bebés. Lo hacemos a escondidas y la verdad es que hasta ahora no nos han pillado nunca. Ada se lo explicó a Álex aquella misma noche.

»—La verdad es que yo estaré más tranquilo si sé que estás bien tratada en un sitio diferente a este infierno, aunque eso implique no estar contigo.

»—Quizás allí encuentre alguna forma de poder comunicarme con Tomás.

»—Ojalá, imagino que las comunicaciones entre España y Francia deben de seguir cortadas, aunque tampoco en España sabrían decirle dónde estamos.

»A partir de final del mes de abril la guerra acabó y las autoridades francesas facilitaron el regreso de todas aquellas personas que quisiesen regresar. Entre los huidos había muchos que no tenían ningún tipo de delito y tan solo habían huido de las bombas y de la guerra. El régimen franquista estaba dispuesto a aceptarlos de vuelta. Aquello facilitó un poco las condiciones de vida de los que quedaron en el campo.

»Era ocho de junio de 1.939 cuando Gina avisó a Ada de que al día siguiente la trasladarían a Elna. Tenía que prepararse y despedirse durante un tiempo de su marido.

»—No me quiero ir —decía ella dispuesta a aguantar un poco más cuando su delgadez se veía alterada con su vientre dilatado creando un contraste bastante impresionante.

»—Debes ir —insistía Álex—, ya sabes que encontraré la manera de salir de esta cárcel e ir a verte. Nada más que salgas de aquí, intenta hablar con Tom. Él nos ayudará.

»Al día siguiente, Ada se marchó llorando en un vehículo que la llevó hasta Elna. Álex no lloraba, pero no le faltaban ganas. Se separaban otra vez cuando se habían jurado que aquello no pasaría nunca más. Él empezó a ocupar su mente

en la huida de aquel infierno.

»La Maternidad era un palacete de unas tres plantas que había sido adaptado para aquella finalidad. Estaba rodeado por jardines cuidados y en aquel día de final de primavera pudo observar a otras mujeres que debían provenir de los campos de refugiados con sus bebés tomando el sol, tranquilas, relajadas y con cara de estar repuestas. La propia Elisabeth fue a recibirla.

»—¿Eres Ada Bosch? Bienvenida, pequeña —le dijo, aunque la mujer no parecía mucho mayor que ella.

»—Gracias por darme la oportunidad de tener a mi bebé aquí.

»—Esa es nuestra función —rio quitándole importancia—. Vamos a llevarte a una sala donde te van a hacer un reconocimiento y después te prepararemos para el parto. Seguirás una dieta, harás un poco de ejercicio y miraremos si conseguimos que estés un poco menos delgada y un poquito más fuerte. Elisabeth la cogió por la cintura y la llevó hacia adentro.

»—¿Estás sola o tienes a alguien en el campo?

»—Mi marido está allí —pensó unos segundos y creyó oportuno rectificar—. Bueno, en realidad no estamos casados. Es el único hombre del que he estado enamorada desde que era una niña, pero las circunstancias han hecho imposible que nos podamos casar.

»—Eso no tiene importancia —dijo Elisabeth con una sonrisa—. Él es el padre del bebé y listo. Dame su nombre y veré si puedo hacer alguna cosa para que pueda venir a visitarte de tanto en tanto. O bien con un permiso o bien viniendo a hacer trabajos de reparación. Ya veremos qué se me ocurre.

»—Hay alguien más.

»—Explícame quién más.

»—Mi hermano vive en París. Cuando salimos de Cardedeu, que es mi pueblo, no pudimos contactar con él, habían cortado las comunicaciones. Tampoco he podido hablar con mi casa para avisar de dónde estábamos, así que posiblemente él no sabe que estamos aquí. Me gustaría poder contactar con él.

»—¿Tienes un número de teléfono?

»—No —respondió Ada—, pero sé que trabaja en París-Soir.

»—De acuerdo. No te preocupes, ahora vamos a hacer lo que te he dicho y mañana intentaremos contactar con él.

»Tras el reconocimiento, Ada pudo darse un buen baño con agua dulce y jabón. Le dieron una crema para el pelo que con el viento, la sal y la arena, estaba reseco y dañado. Salió de allí como nueva. Otra mujer que estaba ingresada se ofreció a arreglarle su larga cabellera y se la cortó justo por encima

del hombro. En tan solo veinticuatro horas y tras una buena cena y una noche durmiendo en una cama confortable, había recuperado el aspecto que correspondía a sus veintidós años.

»Ada no se atrevió a insistir sobre el tema de su hermano a Elisabeth, pero ella fue a buscarla al jardín a las doce del mediodía y le hizo entrar en su despacho.

»—He conseguido el teléfono de París Soir. ¿Cómo se llama tu hermano?

»—Thomas Levi.

»—¿No te llamas Bosch?— dijo extrañada.

»—Tenemos dos nacionalidades, la española y en ese caso, nos llamamos Bosch como la familia de mi madre, y la norteamericana y en ese caso, nos llamamos Levi como mi padre. Mi hermano renunció a la española para no ir a la guerra, pero la española es la que hemos utilizado normalmente.

»—Veamos si lo encontramos.

»Elisabeth marcó el número y por lo poco que pudo entender Ada, habló con una centralita y después con una secretaria. Menos mal que ella estaba haciendo aquella gestión. Ada había estudiado francés, pero no se veía capaz de controlar la situación con el mismo desparpajo que Elisabeth. De pronto ella dijo:

»—*Monsieur Levi?*

»—*Oui, c'est moi.*

»—*Un moment s'il vous plait*

»—¿Tomás?— fue todo lo que pudo decir antes de empezar a sollozar.

»—¡Ada! ¿Eres tú, niña?— gritó él desde el otro lado del teléfono—. ¿Cómo estáis?

»—Estoy en Francia —dijo entre lágrimas y de forma entrecortada—. Álex y yo nos hemos escapado. Cuando nos fuimos, en casa estaban todos bien. No he podido hablar contigo antes. Esto ha sido horrible y tampoco he podido hablar con Can Tomeu. No sé cómo están.

»—¿Estás en Francia?, ¿dónde?

»—En un pueblo que se llama Elna, en los Pirineos Orientales. He estado desde principios de febrero en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer. Estoy en la maternidad, voy a tener un bebé en unos días. Álex sigue en el campo.

»—Viajé para hacer un reportaje a Argelès en marzo. No pensé que estabais allí, si no hubiese removido cielo y tierra para traeros conmigo. ¿Álex está bien?

»—Sí, ayer cuando me sacaron estaba bien.

»—No te muevas de ahí, voy a hablar con el periódico y miro la manera más rápida de llegar hasta allí. Por favor, pásame a la señora de antes para que me dé

la dirección y me indique cómo llegar.

»—Gracias— fue lo único que supo decir y le pasó el teléfono a Elisabeth, que le estuvo explicando cómo llegar.

»Ahora sí que se sentía a salvo.

»El diario lo facilitó todo y me dio permiso para tomarme tantos días como fuesen necesarios. A través de nuestros contactos conseguí del ministerio un permiso para sacar a Alejandro Martí y a Ada Bosch del campo de concentración haciéndome yo responsable de ellos. París-Soir me invitó a investigar sobre la situación en la zona y la verdad sobre los campos de concentración del gobierno francés. Sophie y Philippe me ofrecieron el coche para poder llegar allí lo más rápido posible; podían pasar perfectamente un mes o el tiempo que hiciese falta.

»Agnès se emocionó y lloró cuando le conté la conversación y la situación de Ada. En poco rato salíamos de Saint-Severin los dos rumbo a Argelès-sur-Mer. Le bastaron un par de llamadas para que le dejasen tomarse unos días de vacaciones.

»Eran unos novecientos kilómetros y tardamos casi dos días en hacerlos por aquellas carreteras pequeñas y tortuosas. Llegábamos a Elna a primera hora de la tarde. Dejé el coche en la puerta de la maternidad y nos dirigimos al edificio a paso ligero. Para llegar había que atravesar un espacio, que era un jardín en el que se veían sábanas tendidas y muchas mujeres con bebés.

»La verdad es que yo iba dando grandes zancadas para entrar en el edificio y preguntar por Ada, pero Agnès, que iba un poco más retrasada porque sus pasos eran más cortos, de pronto la identificó a lo lejos. Pegó un grito y corrió hacia ella. Cuando me giré, pude ver el encuentro entre las dos. Me volví y finalmente pude abrazar a mi hermana. Nos mantuvimos así unos segundos.

»Elisabeth nos vino a saludar. Entramos los cuatro en el edificio y nos acomodamos en una sala donde el ambiente era bastante fresco y agradable, ya que afuera empezaba a hacer calor. Ada nos contó todas las peripecias desde que Álex salió del ejército hasta aquel mismo día. Ella tampoco había podido hablar con Can Tomeu aquella mañana en la que lo había intentado y no sabía cómo estaban. El bebé de Sally ya debía de haber nacido. Cuando acabaron el relato, Elisabeth les comentó:

»—A su hermana no le falta mucho, quizás en una semana puede nacer la criatura. Personalmente no les aconsejo que emprendan el viaje a París hasta que no haya nacido y como mínimo haya pasado otra semana, aunque ustedes decidirán lo que quieren hacer.

»—Seguiremos su consejo —dijo Agnès—. Buscaremos alojamiento en alguna

pensión del pueblo y si a usted le parece bien, a partir de mañana puedo ayudarles. No soy enfermera ni tengo conocimientos médicos, pero sé coser, planchar, puedo limpiar y cambiar pañales.

»—Toda ayuda es bienvenida —dijo Elisabeth con una sonrisa.

»—Tengo un permiso del ministerio para justificar que no vuelvas al campo y también otro para sacar a Álex de allí. Deberíamos ir a intentar sacarlo hoy mismo.

»Si tenían éxito en su operación y rescataban a Álex antes de que fuese muy tarde, volverían esa misma noche. Si no, se verían por la mañana.

»Conduje hacia Argelès-sur-Mer. Estaba muy cerca. Tan pronto llegué, fuimos directamente al director de la vigilancia del campo. Me presenté y me acredité como periodista del París-Soir. A continuación, saqué la carta en la que se pedía desde el ministerio la liberación de Alejandro Martí. La verdad es que una vez que vieron la carta, el trato fue mucho mejor. Hasta aquel momento, imagino que por mi leve acento español, me trataron con un poco de soberbia y altivez, pero la verdad es que no le di ninguna importancia. Yo tenía un objetivo y estaba dispuesto a no moverme de allí si no me llevaba conmigo a mi amigo. Había tanta gente que tardaron un buen rato en localizarlo.

»Agnès y yo esperábamos al lado de aquel individuo en la entrada. El sol empezaba a bajar, aunque el día era muy largo en aquella época del año. A lo lejos vi que venía con pasos lentos detrás de un soldado senegalés que era el que le había ido a buscar. Cuando levantó la vista y nos vio a lo lejos, pareció que su cara se iluminaba. Yo empecé a andar lentamente hacia él, pero Agnès no pudo evitarlo y comenzó a correr hasta que se fundieron en un abrazo. Cuando yo llegué a su altura, los dos teníamos algunas lágrimas en los ojos. Sin una palabra nos abrazamos. Entonces fui yo quien lo cogió del hombro, tal y como él hacía conmigo y sencillamente me dijo:

»—Has venido...

»—Vámonos de este infierno.

»Y me lo llevé sin girarnos ni una sola vez para comprobar todo lo que dejábamos atrás. De pronto, no pude evitar mirarlo y bromeando le dije:

»—¡Chaval, has dejado preñada a mi hermana!

»Él no supo qué decir y entonces, agarrándole de la barbilla, le di un sonoro beso en la mejilla y le abracé. Los tres nos pusimos a reír.

»Pasamos un momento por la Maternidad para que Ada lo pudiese ver y quedarse tranquila porque lo habíamos sacado de allí. Enseguida nos fuimos, ya no eran horas y no queríamos alterar el orden en aquel lugar. Encontramos una

pequeña pensión donde instalarnos en el mismo pueblo de Elna. Alquilamos dos habitaciones, pero una vez que Álex se había podido bañar y arreglar mínimamente sacándose de encima toda la miseria de aquel tiempo en el campo, salimos a buscar algún lugar para cenar. Nos estuvo contando toda la aventura que ya nos había explicado antes Ada. Francamente, lo veía bien para todo lo que había pasado. Con un poco de paz, buenos alimentos y un buen lugar para dormir mi amigo se pondría bien. Aquella noche, cuando regresamos, se estiró en el sofá de nuestra habitación y estuvimos hablando hasta altas horas de la madrugada.

»—Imagino que estas eran las noches de conversación que pasabais cuando erais jóvenes, ¿no?

»Nos miramos y reímos; tuvimos que admitir que al final Agnès se había colado en una de nuestras sesiones de conversación sin fin. Ella siempre había querido meterse.

»—Siempre te he dicho que era mucho más lista que nosotros —bromeó Álex.

»Al final nos quedamos todos dormidos y él no se movió del sofá en toda la noche. Me parecía cómodo, así que tampoco me preocupé por despertarle, quizás necesitaba sentirnos cerca de él.

—Por fin habías rescatado a tu amigo. Al principio pensaba que él te protegía a ti, pero empiezo a ver que el papel de «protector» os lo ibais alternando —dijo Kevin.

—Claro, todo dependía de las circunstancias. De todas formas, yo debo reconocerte que Álex era mucho más duro que yo. A aquellas alturas ya lo era porque había sufrido mucho más, aunque cuando todo aquello no había pasado todavía, ya lo era.

—Esa relación entre vosotros es como un regalo de vida. Es muy bonita y la verdad es que no creo que sea tan fácil ni tan habitual.

—No sé si es habitual. Para nosotros era fácil y sin duda tienes toda la razón cuando dices que es un regalo de la vida.

—Bueno, Thomas, nos vemos el lunes. Te voy a dejar descansar un par de días y cuando llegue por la mañana, no quiero verte discutiendo con Celia —bromeó.

—Haré lo que pueda.

Ambos salieron de la habitación y Kevin acompañó a Thomas al comedor, donde lo dejó sentado y listo para comer. Celia estaba ocupada y él le envió un mensaje por SMS:

«Si no has pensado dónde ir este fin de semana, tengo una propuesta: podríamos ir a Argelès y a Elna. Como ves, los fantasmas de tu familia no nos abandonan».

CAPÍTULO 16

La Côte Vermeille

No habían salido tan temprano como tenían planeado, pero el cansancio acumulado durante toda la semana y las pocas horas de sueño habían hecho que las sábanas se les pegaran. Hasta las once no consiguieron estar listos para emprender el viaje. Era un trayecto muy fácil hasta la Costa Vermella o la Costa Roja, como se llamaba en catalán y castellano respectivamente.

—No encontrarás lo que buscas —le había advertido Celia cuando le propuso el viaje—. Yo ya he estado y no queda ni rastro del campo de concentración. Igual que hicieron los alemanes con los suyos, los franceses borraron la vergüenza que representaba.

—Imagino que algún monumento o alguna cosa debe de haber.

—Justo un pequeño monolito con una mención, nada más. Lo que buscas lo encontrarás hoy en día en los campos de refugiados de Lesbos y en otros lugares de Grecia, no en Francia.

—Veremos si soy capaz de sentir alguna cosa pisando esos sitios y por lo menos pasaremos un fin de semana juntos en un lugar interesante.

—En eso sí que tienes razón. La zona está bien, aunque la tramontana pega fuerte en esta época y hace bastante frío. Bueno, al menos para mis parámetros.

Siendo sábado por la mañana no subían muchos coches hacia el norte. Celia le explicó que por estas fechas los que salían de fin de semana normalmente no iban a la playa, iban a las pistas de esquí y solían subir por otra carretera que iba de Barcelona a Puigcerdà.

Aunque solo fuese por el paisaje que dibujaban al fondo los Pirineos nevados en un día con tanta claridad, quedaba totalmente compensada la excursión.

Celia rio para sí misma.

—¡Eh! Cuéntamelo—dijo Kevin—. Yo también quiero reírme.

—Me río de mí misma, ¿recuerdas que te hablé de liberarnos de los fantasmas de mi familia?

—Sí, lo recuerdo —dijo él serio.

—Pues parece que estamos haciendo justo lo contrario. Vamos a uno de los lugares donde podremos investigar para encontrar lo poco que queda, es decir, nada.

En menos de dos horas recorrieron el camino hasta la frontera. Llegaron a La Jonquera y a Kevin le sorprendió que no hubiese ningún tipo de control ni de pasaportes ni de mercancías.

—Desde hace un montón de años las fronteras dentro de la Unión Europea son así, a no ser que haya habido algún problema que justifique la activación del cierre de fronteras.

—Es lo mismo que entre los estados en mi país.

—Supongo que esa es la intención —dijo Celia.

Se habían propuesto empezar la visita por Colliure, así que tenían que hacer unos cuantos kilómetros para acercarse a la costa. No era fácil. Por suerte, Celia recordaba vagamente que lo primero era ir hasta El Voló y desde allí hacia Argelès. Atravesaron unos veinticinco kilómetros de campos al pie de los Pirineos y finalmente consiguieron llegar al pueblo.

Colliure estaba encajado entre las montañas y el mar en un emplazamiento especialmente bonito. Pequeñas playas estrechas y alargadas se extendían desde el sur a la entrada del puerto que habían construido en la desembocadura del Ravin du Douy, que era una riera. Justo en la entrada del puerto se encontraba el Château Royal que por lo que contaba la guía que habían comprado el día anterior sobre la zona había sido residencia de los reyes de Mallorca en la Edad Media. Al otro lado del Ravin estaba la Eglise Notre Dame des Anges, que a los ojos de Kevin no era más que una pequeña capilla graciosamente colocada frente a un mar Mediterráneo que en un día como aquel parecía enfadado con el continente y combinado con el viento parecía amenazar al pueblo, aunque este, conocedor de que estaba a salvo, seguía su vida tranquila sin inmutarse.

—Yo había venido varias veces con mi familia. Algún año, cuando mi abuela aún no era tan mayor, solíamos acercarnos. En Argelès siempre tiraba al mar dos rosas rojas, una en nombre de Ada y otra en nombre de Álex. Y a mi hermana y a mí nos contaba que la tía y el tío habían pasado unos meses allí prisioneros por defender la libertad.

—Qué bonito.

—A mí me parecía muy romántico y siempre los tuve muy mitificados.

—¿Los llegaste a conocer?

—Claro que sí. Ellos vinieron más de una vez y yo he estado allí en más de una ocasión. Mantengo relación con los primos de mi madre y con sus hijos, sobre todo con los que son de mi edad.

—Y ¿cómo eran Álex y Ada?

—Uuumm, cuando yo los conocí eran mayores. No creo que tuviesen mucho

que ver con los personajes que te ha contado Tomás. Siempre me parecieron muy bien compenetrados entre ellos. Mi tío era bueno, quiero decir, que era una buena persona. Divertido y agradable. Mi tía era más seria, mucho más que mi abuela y que Tomás. Era la que menos se parecía a ellos. A pesar de todo, era muy elegante y cuando la tratabas, muy cariñosa. Como yo había vivido muchos años el ritual de venir aquí y tirar las flores al mar, no sé lo que me imaginaba, pero para mí eran como los personajes de una novela.

—¿Nunca viniste con ellos aquí?

—Claro que sí —rio Celia—, estaba esperando la pregunta. Vinimos un año. No era por estas fechas, era en verano y todo estaba lleno de gente. Los recuerdo a los dos frente al mar en Argelès. Mi tío con el brazo por encima del hombro de mi tía. El agua les llegaba casi a la rodilla. Mi tía iba con una falda y los zapatos en la mano, y mi tío se había arremangado los pantalones. Miraban en silencio, quizás un poco hipnotizados por el sonido del mar. No hubo drama ni lágrimas, aunque sí que me di cuenta de que aquello les afectaba.

—¿Tienes fotos de ellos de mayores?

—Sí, tengo fotos de todos, pero te las tiene que enseñar Tomás. Si no te las enseñase de aquí a que acabéis, te las dejaré ver. Tengo un álbum donde sale toda la familia, pero solo te lo enseñaré. Ni te lo daré ni te lo dejaré escanear.

—Me conformo con eso.

—Pero todo eso es en Argelès, no en Colliure. No creo que en 1.939 pasasen por aquí y si lo hicieron fue camino del campo. Hay otro ritual que quiero que veas, pero primero te daré una vuelta por el centro del pueblo.

Pasearon cogidos, muy juntos para protegerse del frío. Visitaron el centro del pueblo y callejeando llegaron al cementerio antiguo.

—Aquí siempre veníamos a rendir homenaje.

—¿A quién?

—Antonio Machado está enterrado aquí.

Entraron en un pequeño cementerio. Era un cementerio común. Celia le guio hasta la tumba de Machado.

—A mi abuela le encantaba su obra y siempre nos recordaba que se había exiliado en Colliure porque era el lugar más cercano a España en el que podía estar a salvo del fascismo. Murió aquí y aquí está enterrado.

—Recuerdo haberlo estudiado. Creo que principalmente escribió poesía.

—Muy bien, Kevin, seguro que muchos españoles no hubiesen sabido responder a la pregunta de si escribió más poesía o prosa. Hay que decir que también escribió teatro, pero creo que, en efecto, destacaba por la poesía. Murió

en febrero del 39, así que tampoco pasó mucho tiempo aquí.

Celia se agachó y cogió una piedra del suelo. La colocó encima de la lápida. Kevin la imitó.

—Eso es una manera de recordar al estilo judío si no me equivoco —dijo él.

—Quizás es porque por mis venas algo de sangre judía corre —bromeó—. En cualquier caso es lo que hacíamos con la abuela Sara y desde que el tío Tomás empezó a ser un escritor conocido, más se empeñaba en venir. Yo creo que le daba las gracias por ayudarle.

—Qué cosa más rara.

—Son cosas de gente de otro tiempo. Se me ocurre que voy a hacer una cosa —dijo mientras que se agachaba y ponía otra piedra sobre la lápida—. Esta la pongo por ti, para que te vaya muy bien en ese mundo tuyo.

A Kevin le pareció un gesto muy bonito y no pudo evitar darle un beso.

Recorrieron todo el centro y el paseo marítimo y aunque ya era tarde para comer, entraron en un restaurante donde les sirvieron músculos, pescado y todo ello regado con vino blanco. Estaban en una terraza frente al mar y el restaurante estaba casi vacío. Celia preguntó si les molestaban a aquellas horas, sufría porque sabía que los franceses comían más temprano. La mujer que les atendía contestó en catalán:

—Estamos acostumbrados a los horarios de España. Muchos de nuestros clientes vienen de allí, además de que no cerramos por la tarde, así que comed tranquilos y no os preocupéis.

Tras el postre, el café y la copa que tomaron después eran ya las cinco de la tarde cuando se levantaban de la mesa. Kevin guardó silencio.

—¿En qué piensas?— preguntó Celia.

—Estoy seguro de que tenéis una calidad de vida mucho más elevada que la nuestra. Ya lo he observado en Barcelona, en Girona cuando el reportaje y en Granollers, pero en este lado de la frontera veo que ocurre lo mismo.

—Más o menos es lo que verás en todos los países latinos de Europa. Vale para España, para Francia, Italia o Portugal. Es una combinación muy nuestra entre nuestro nivel de riqueza, más o menos elevado, nuestro clima y nuestro entorno. Aquí se producen alimentos de una calidad que no se da en otros sitios.

—Debe de ser eso. Tendríais que valorarlo.

—Quizás no hay nada como pasar una época lejos de todos estos lugares para darse cuenta de lo bien que vivimos.

—¿Hablas por experiencia?

—Pasé dos años en Londres trabajando y estudiando.

—No me lo habías contado.

—No había salido el tema. Lo que sí recuerdo es haberte explicado que hablo muy buen inglés, lo perfeccioné en aquella época.

Siguieron andando por el paseo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Celia.

—Deberíamos ir a Argelès-sur-Mer.

—Tengo otra propuesta. Como Argelès es más bien feote, yo te diría que fuésemos directamente a Elna. Buscamos un lugar para dormir, visitamos un poco el pueblo, cenamos y tomamos alguna copa. Por la mañana nos levantamos y visitamos la maternidad, y después vamos a Argelès, comemos y volvemos a casa.

—De acuerdo —dijo Kevin.

—¿Estás bien para conducir?— preguntó Celia.

—Perfectamente, hemos bebido, pero a lo largo de horas.

Salieron de aquel lugar que tanto le había gustado a él y que ella conocía bien, y se encaminaron hacia Elna.

Después de dar varias vueltas encontraron un pequeño restaurante con habitaciones en las proximidades del pueblo y decidieron reservar una habitación. Era un lugar francamente agradable y Kevin propuso quedarse y descansar un rato, pero Celia le hizo cambiar de opinión.

—Debemos ir al centro del pueblo, hay cosas para visitar. En Elna hay un claustro antiguo al lado de la catedral que debes ver. Estoy segura de que has visto pocos en tu vida.

—Hombre, recuerda que estuve un año en Salamanca.

—Lo había olvidado, pero es igual. No nos apalanquemos ahora porque si no, no tendremos tiempo de verlo todo.

Salieron de allí rumbo al pueblo y dejaron el coche en uno de los aparcamientos próximos al centro. Pasearon por las calles prácticamente vacías y tuvieron suerte de que aún no estaba cerrado y tenían tiempo de visitar el Claustro.

Fue una visita agradable. Parecía mentira que lugares tan pequeños tuviesen tanta historia. Celia le explicó que el Rosellón había sido parte de la corona de Mallorca antes de integrarse en el reino de Aragón y por eso algunos de esos pueblos tenían una historia bastante interesante. En particular, el Rosellón había estado siempre a caballo entre el reino de Aragón, Catalunya y el rey de Francia, aunque hasta que se perdió definitivamente su gente eran catalanes.

Después entraron en los «jardines de las profesiones del arte», según la

traducción de Celia, y tomaron una infusión para entrar en calor. La luz se había ido y la temperatura había bajado bruscamente. Vieron un lugar para cenar y entraron. Parecía que el calor del local les animó o quizás fuesen los platos que les sirvieron. Llegaron a la habitación casi a las once de la noche, tarde para los horarios franceses de invierno. La habitación tenía una bañera y Celia la llenó de agua caliente. Se metió dentro. Kevin la observaba y sin ningún preámbulo se desnudó y se metió también. Se sentó detrás de ella, de manera que la espalda de Celia se apoyaba en su pecho. Jugaron e hicieron el amor en el agua.

Pasado un rato, decidieron que debían salir. El agua se había ido enfriando y pronto estaría a temperatura ambiente. Se metieron en la cama. Kevin pensó que cuando Celia salía de su entorno laboral era otra persona. Mucho más relajada y cariñosa.

El día siguiente amaneció como el anterior, claro, sin una nube, con la tramontana soplando y aunque desde allí no lo veían, seguro que el mar continuaría enfadado con la tierra, intentando arrebatarse su espacio. Cuando estuvieron listos para salir ya eran las once de la mañana.

El primer lugar al que tenían previsto ir era a la Maternidad de Elna. Estaba a unos dos o tres kilómetros saliendo del pueblo. Encontraron el edificio saliendo de la carretera a la derecha, un poco apartado de la ruta principal. Aparcaron en un descampado que había y entraron en el recinto. Les recibieron unas mujeres que amablemente les explicaron cómo funcionaba el recorrido de la exposición y les entregaron un dossier en catalán donde podían leer una traducción de todos los letreros que acompañaban a la exposición fotográfica.

Primero vieron una grabación donde una Elizabeth Eidenbenz, ya anciana, explicaba la historia de aquel edificio y cómo había llegado ella a organizar todo aquello siendo aún una joven enfermera de menos de treinta años en aquellos momentos. Contaba cómo había tenido que engañar a las autoridades nazis y a las del gobierno de Vichy dando cobijo a mujeres embarazadas primero españolas, pero después fugitivas de todos los países de Europa, principalmente judías que huían de la persecución de la S.S. Comentaba los trucos y las estratagemas para poner a todos los recién nacidos nombres católicos y apellidos españoles evitando, así, que los deportasen a los campos de exterminio.

—Aquí nació el primer descendiente de la generación de Tomás. Bueno, en realidad no es así. La hija de Sally nació un poco antes, la prima Clara que, por casualidad, no te has encontrado todavía, pero que cualquier día conocerás. Para nosotros es una más de la familia.

—¿Cómo se llamó?

—Veo que no te lo ha contado Tomás, así que no puedo contártelo yo. Quédate de momento con que nació bien y por supuesto, con que nació aquí.

—Veo que no vas a soltar prenda —bromeó—, pero creo que me lo puedes contar porque nos quedamos justo en los días anteriores al nacimiento, así que el lunes seguro que me lo explica.

—No me presiones porque no vas a obtener nada.

Hicieron todo el recorrido visitando la exposición fotográfica que explicaba el éxodo de los republicanos españoles, el recibimiento de las autoridades francesas y las condiciones de vida en las que tuvieron que permanecer durante bastante tiempo los refugiados. Era bastante impresionante. En una lista aparecían los nombres de los casi 600 niños que fueron rescatados por Eidenbenz. Kevin se acercó para ver si encontraba en julio de 1.939 un niño apellidado Martí. Celia se acercó para convencerlo de que no lo hiciese, pero llegó tarde.

—Diez de julio de 1.939, Joan Martí Bosch. Creo que es él.

—¡Ostras!— dijo ella enfadada— Tenías que esperar a que mi tío te lo contase. Ahora se creerá que he sido yo y, en parte, sí que es verdad que es culpa mía que lo hayas descubierto, tenía que haber evitado que mirases.

Kevin la miraba sorprendido por aquella reacción y divertido por la situación que se había generado. Hizo una foto de la lista con su teléfono móvil.

—Lo he descubierto yo solo. Es posible que en internet también hubiese encontrado la lista. No te preocupes, de todas formas no le diré que lo sé. Además, esta foto prueba que lo he visto.

—Pobre de ti como esto me traiga problemas —dijo Celia empezando a bajar las escaleras hacia la entrada.

Cuando finalmente salieron a la calle, Kevin la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes, esto es parte de mi trabajo.

Había hecho bastantes fotos tanto de las instalaciones como del edificio y también de los paneles explicativos. Aportaban mucha información estadística que en algún momento podía intercalarse en la historia. Estaba satisfecho con aquella excursión. Decidieron ir a Argelès directamente, aunque ya casi era la hora de comer. En poco rato llegaron.

Argelès-sur-Mer en verano debía tener bastante ambiente según comentó Celia, pero por aquellas fechas era un pueblo apagado y con muy poco movimiento. Había muchos bares y pequeñas pensiones donde anunciaban que alquilaban habitaciones, pero estaba todo cerrado. Encontraron una fonda donde servían comidas y allí comieron. En aquella ocasión escogieron un lugar llamado

Bartavelle. Era un restaurante muy pequeño, pero para Kevin quizás fue la mejor comida en todo el tiempo que llevaba en Europa. Exquisito, eso sí, un poco caro, pero valía la pena.

Cuando acabaron, salieron a caminar por el pueblo sin un rumbo fijo.

—Imagino que debes de estar impaciente por ir a donde estaba el campo de concentración, ¿no? —preguntó Celia.

—Bueno, para eso hemos venido hasta aquí.

—Vamos en coche. Está en el norte del pueblo.

Llegaron en un momento. En aquel lugar no había nada más que una extensa playa en aquellos días vacía. Ni rastro del drama vivido por centenares de miles de españoles tan solo setenta y cinco años atrás. Un sencillo monolito lo nombraba. Los franceses habían borrado aquella vergüenza.

—Aunque mi abuela ya no esté, teniendo en cuenta que he venido hasta aquí, me gustaría lanzar al mar alguna flor, tal y como hacía ella.

—Pero es domingo por la tarde y está todo cerrado. No vamos a encontrar un lugar para comprarlas.

Celia miró alrededor y vio a unos metros, en un parterre del ayuntamiento en el paseo, que había al lado de la playa varias plantas. Ni corta ni perezosa se acercó allí y escogió unas cuantas flores.

—Nos van a multar —le advirtió Kevin preocupado.

—¿Ves a alguien?

—No, pero eso no está bien.

—No te preocupes, ya estoy.

Había hecho un pequeño ramo con unas cuantas flores variadas de otoño y las ató con una goma de pelo que llevaba en el bolso. Se quitó los zapatos, se arremangó el pantalón y empezó a andar por la arena en dirección a la orilla. Kevin la imitó y la siguió.

Entró en el agua helada hasta que le llegó casi hasta por la rodilla. El mar arremetía con fuerza y en cualquier momento podía caerse y acabar empapada. Entonces lanzó con todas sus fuerzas el pequeño ramo que había hecho. Calló unos cuantos metros más allá, pero el mar enseguida lo iba a devolver a la orilla. Salieron y se sentaron en la arena mirando hacia el horizonte y dejándose hipnotizar por el ruido del Mediterráneo.

El viento era fuerte y hacía frío. Kevin pensó que si no se movían podían acabar enfermos, así que se levantó y le ofreció su mano a Celia. Ella la cogió y volvieron caminando hacia el paseo paralelo a la playa.

—Ya está —dijo Celia—. Eso es más o menos lo que hacíamos con la abuela

cuando veníamos aquí. Luego volvíamos a casa.

—Bueno, pues eso es lo que deberíamos empezar a hacer.

Cuando llegaron al coche, acabaron de sacudirse toda la arena que se les había quedado pegada y emprendieron el regreso.

—Te veo seria, ¿quizás hubieses preferido hacer otra cosa?

—No. Por mí está bien. Esta zona me gusta y hacía mucho tiempo que no venía por aquí, además me gusta estar contigo. Lo único es que quizás tú no debes haber desconectado de tu trabajo. En definitiva, hemos estado visitando lugares que son escenarios de lo que escribes.

—Bueno, es cierto que es parte de mi trabajo, pero estando contigo es muy diferente.

Celia sonrió.

—Debo reconocer que venir aquí sin mi abuela y repetir lo de las flores y el mar me ha removido un poquito algún sentimiento del pasado. Yo estaba muy unida a Sara y pasábamos mucho tiempo juntas. Cuando murió mi abuelo y como vivía muy cerca de casa en Granollers, al volver del colegio yo me iba a hacerle compañía y muchos días me quedaba a dormir en su casa.

—De los tres hermanos es a la que menos conozco.

—Era muy buena mujer, muy cariñosa. Quería mucho a sus hermanos y yo creo que era correspondida. Cuando hablo de sus hermanos incluyo a Sally, que fue con la que más convivió. Compartieron toda su vida hasta que se deshicieron de Can Tomeu y las dos se trasladaron a vivir a Granollers. A pesar de todo, la relación entre ellas era muy estrecha y eso que se llevaban unos quince o veinte años. Clara y Marta, a pesar de ser primas, se criaron casi como hermanas.

—¿Y seguían hablando inglés entre ellas? Digo Sally y Sara.

—Siempre que estaban solas. Si había más gente, quizás por cortesía no lo hacían, pero cuando estaban solas o se enfadaban o se hablaban cariñosamente lo hacían en inglés, bueno en ese inglés que habláis vosotros. Entre los hermanos solían hacerlo. Quizás Tomás y Ada lo hacían menos porque siempre estuvieron cerca Álex y Agnès y por eso se acostumbraron más a comunicarse en catalán o castellano, pero yo creo que cuando estaban solos también utilizaban el inglés.

—¿Conociste a la tía Inés?

Celia lo miró entre divertida y enfadada.

—¿Tú te crees que soy tonta? Sabes que no te lo debo contar. Si te digo que sí pensarás que vivió muchos más años desde el punto en el que estás. Si te digo que no, podrás deducir que no vivió muchísimos años más. Cuando acabes tus entrevistas con Tomás ya te daré la respuesta a esa pregunta.

Kevin rio porque era verdad que cuando lanzó la pregunta no era inocente. Quería obtener información. De momento, quedaba claro que Sally y Sara vivieron bastantes años. Conocía a Manuel, el marido de Sally, pero no sabía nada del marido de Sara, aún no había aparecido en el relato.

El fin de semana en Cardedeu fue un poco diferente a lo que era habitual. El sábado por la mañana Tomás recibió una llamada.

—Tomás, acompáñeme al teléfono —le dijo una cuidadora que había ido a buscarlo a la sala de la televisión. Aprovechando que Celia no estaba, se había pasado el día fuera de la habitación.

—¿Quién me llama? —preguntó él extrañado.

—No he atendido yo —dijo la joven divertida y haciéndose la interesante—, yo solo vengo a buscarle.

Cuando llegaron, el teléfono estaba descolgado en el mostrador.

—Hola —dijo Tomás.

—¡Abuelo! Ben al habla— respondieron desde el otro lado en inglés.

—¡Ben! Qué alegría oírte. ¿Estáis todos bien?

—Nosotros sí, pero papá me explicó la aventura que ha vivido tu corazón recientemente. Estábamos todos un poco preocupados, así que como he venido a un congreso en Londres, aprovecharé y vuelo esta tarde a Barcelona. ¿Qué tal si mañana comemos juntos?

—Pues por mí más que bien. Estaré muy contento de verte.

—Ya sé que es un poco rollo porque no podremos hablar de nuestras cosas a nuestro aire, pero he hablado con Sonia —la otra hija de Marta— y ella insiste en que vayamos a su casa. Dado tu estado, yo creo que siempre será mejor que ir a algún restaurante. Estarás más cómodo. Cómo no, Marta y Clara también se han apuntado.

—Bueno, hijo, con tal de poder verte, no me importa que no estemos solos. La verdad es que tanto Clara como Marta no me han dejado ni a sol ni a sombra durante el infarto. Lástima que Celia no está.

—Eso me han dicho, ¿cuándo vuelve?

—Imagino que mañana por la tarde-noche. Ha ido de excursión con mi biógrafo.

—¿Hay algo entre ellos?

—No me lo han dicho, pero estoy seguro de que sí y casi desde el principio. Ben soltó una carcajada.

—Le irá bien que se despeje un poco. No es sano pasarse el día trabajando.

—Es curioso que eso lo digas tú, que no paras.

—La pena es que no la podré ver porque tengo que estar en el aeropuerto a las ocho y por lo que me han dicho, necesito un par de horas para llegar desde Granollers y más en un domingo, así que dudo que le dé tiempo a llegar.

—Nos verás a los demás.

—Hemos quedado a la una en casa de Sonia. Estate listo a las diez, iré a buscarte con un coche que ya tengo alquilado y que recogeré en el aeropuerto esta tarde y nos vamos los dos solos un rato. Después, ya iremos donde Sonia.

—A las diez te estaré esperando.

Ben era el hijo mayor de su hijo Albert. Albert se llamaba así en honor al padre de Agnès. Además, era un nombre que se escribía igual en los dos idiomas, catalán e inglés, así que les pareció perfecto. El joven trabajaba en un despacho de abogados en Nueva York y estaba muy bien considerado en su mundillo. Ganaba mucho dinero, pero trabajaba muchas horas. A sus cuarenta y dos años había pasado por un par de divorcios y otro par de relaciones. Ben tenía tres hijos, cada uno de una relación diferente. A pesar de todo era una de las personas más optimistas y alegres de la familia.

De pequeño había pasado gran parte de su infancia en torno a Tomás y habían sabido crear un vínculo especial. Le había extrañado que cuando estuvo enfermo no se escapara a visitarlo, Ben no tenía ningún problema en coger un billete de avión a cualquier lugar del mundo en cualquier momento, pero pensó que debía estar muy ocupado. El caso es que tan solo unos días después lo tenía allí. A las diez en punto del domingo Ben apareció por la residencia. Era suficientemente atractivo como para que entre las cuidadoras y algunas de las residentes se creara un cierto revuelo. A sus cuarenta y pocos años se podía decir que en sus rasgos recordaba parcialmente a Tomás. Vestía con ropa sport, aunque no había duda de que era ropa cara y su español era bastante bueno, tan solo tenía un ligero acento.

Cuando Tomás lo vio, se levantó de la silla y empezó a andar hacia él. Ben quedó un poco impresionado, aunque lo disimuló bastante bien. En los dos años que hacía que no se habían visto había envejecido bastante. Ellos hablaban mucho más por teléfono de lo que se veían, así que no había podido percibir aquel proceso de decadencia. A pesar de todo, controló muy bien su expresión.

Le abrazó tiernamente con la sensación de que si apretaba se podía romper y le besó en la mejilla.

—Me alegro de verte, abuelo.

—Yo también me alegro, hacía tiempo que no nos veíamos.

—Dos años más o menos según mis cálculos. Perdóname, no volveré a dejar

pasar tanto tiempo.

—Si Celia ve que me marchó, se enfadaría. Después del infarto me tiene sobreprotegido, pero yo estoy bien.

—Bueno, abuelo, no te hagas el interesante, sé que te hicieron un homenaje en Can Barça, me lo tienes que explicar —bromeó.

Salieron caminando por la puerta. Tomás iba cogido del brazo de su nieto.

Tomás solo tuvo que sugerir que hacía mucho tiempo que no veía el mar para que acabasen tomando un aperitivo en el puerto de Arenys de Mar. Estuvieron allí un buen rato. Le habló de Kevin, de lo que estaba haciendo con su autobiografía y quiso tener noticias de todos ellos, su familia americana. Ben le explicó con todo tipo de anécdotas la actualidad de sus padres, su tía, los primos y los descendientes de todo el clan. Tenía una manera divertida de explicar las cosas que te hacía reír incluso explicando pequeñas tragedias.

—Qué pena que seas un hombre tan ocupado —dijo Thomas—. Me lo paso tan bien cuando estoy contigo que me gustaría verte mucho más.

—En realidad, abuelo, si vivieses en los Estados Unidos tampoco nos veríamos mucho. No paro de viajar y es muy difícil seguirme el rastro. Por suerte, esta vez nos ha ido bien. He podido venir a Barcelona, pero porque estaba en Londres y estamos en fin de semana, pero es realmente difícil.

—Te veo bien. ¿Tienes alguna nueva novia?

—No en este momento. No me quiero comprometer, ya lo he probado en dos ocasiones y casi me vuelvo a meter en otras dos, así que ya es suficiente. Tengo tres hijos, así que también he contribuido a mi cuota de contribuyentes futuros del país. Ahora estos temas para mí tienen la única finalidad de divertirme y todo son relaciones cortas.

—Eso suena muy frío y yo sé que tú no eres indiferente a las personas que te rodean.

—Bueno, es la respuesta de hoy. A lo mejor de aquí a unos años lo veo diferente, pero me darás la razón de que es casi imposible mantener una relación de pareja si no sabes en qué momento vas a tener que salir hacia la otra parte del mundo y cuándo vas a volver.

—Pero tú no necesitas trabajar tanto. Nunca gastarás todo el dinero que tienes.

—No me pongas a prueba —rio—. A lo mejor sí que lo conseguiría, pero fuera de bromas, a mí me va bien estar ocupado.

—¿Cuándo ves a tus hijos?

—Poco. Procuero que al menos una vez al mes, pero no siempre lo consigo.

—Los dos sabemos que pronto yo no estaré, pero eso está bien. Es lo que debe

ser. Además, ya nos hemos dado todo el cariño y hemos tenido todas las conversaciones que tenemos que compartir. Lo malo es que crees que tus hijos estarán siempre y eso no es así. Cualquiera día te puedes encontrar con que han crecido y ya no son los niños que tú recordabas. Y lo peor de todo es que ya no los conocerás.

Ben lo observaba con expresión triste.

—Abuelo, no me digas que no estarás. Ya sé que tienes cien años y lo que significa, pero no quiero ni pensar en ese día. Pensaré en lo que me has dicho de los niños. Tienes razón. Te prometo que veré qué puedo hacer.

—¿Cómo está tu padre? No hablo muy a menudo con él.

—Yo lo encuentro un poco apalancado. No es tan mayor, aún no tiene setenta años y debería hacer más cosas. Parece que con mi madre discute menos, esa es la parte buena. La tía Carol —hija menor de Thomas y hermana de Albert— sí que vive bien. Si la abuela era una artista de la música, ella es una artista de la pintura. Si vieses los cuadros birria que vende y a qué precio lo haces, no te lo creerías. Ese es su verdadero arte —dijo dando un trago a la cerveza que tenía delante.

Los dos se pusieron a reír.

—Que conste que eso último no lo he dicho nunca. Ahora tiene un novio muy majo. Lo conocí en el último *Thanks Giving* y me cayó muy bien.

—No me puedo creer que fueses al último día de Acción de Gracias.

—Pues hace muy poco. Nos juntamos todos los de casa, incluidos mis hijos, y vinieron los primos Martí también. Éramos un montón de gente, no sabría decirte cuántos, pero lo pasamos bastante bien. Evidentemente reservamos una sala enorme en un restaurante y mamá encargó el catering. Faltabas tú, bueno, y la abuela y los tíos.

—Recuerdo cuando empezamos a celebrarlo nosotros. Más que nada era una excusa para encontrarnos y pasar unos días juntos.

Salieron con el tiempo justo para llegar a casa de Sonia.

Sonia y Carles, su marido, habían preparado un banquete, pero intentando que fuese digerible sobre todo por Tomás. Había mucho vegetal cocinado y, en definitiva, una gran variedad de alimentos. Era una comida de pica-pica. La verdad es que estaba todo delicioso.

Fueron los últimos en llegar, ya que Marta había ido a Barcelona a buscar a Clara y se habían presentado allí a las doce del mediodía. Que Ben y Tomás se retrasasen dio tiempo para que Sonia acabase de organizarlo todo y de esta forma, poder participar tranquilamente de la conversación de la comida.

—Bueno, familia —dijo Ben—, tendríamos que intentar vernos más a menudo. Aunque sea de manera virtual, si no, iremos perdiendo el contacto entre nosotros. En los Estados Unidos estamos intentando que al menos una vez al año coincidamos una buena parte de nosotros, también os podríais apuntar los de aquí.

—Tu abuelo no está para muchos viajes —dijo Clara—. En ese caso, intentamos que las reuniones sean aquí. A los que vivimos en California no nos implica mucho más llegar hasta aquí si vamos al este y a los que viven en la Costa Este tanto les da tirar hacia el oeste que hacia aquí.

En realidad, todos sabían que eso era muy difícil, aunque tenían claro que aunque fuese por razones económicas seguirían en contacto. Todo el patrimonio familiar estaba unificado en una empresa de la que todos tenían una parte del capital. Existía un convenio familiar en el que se establecían las condiciones y el funcionamiento de la entidad, y cuando cualquiera de ellos alcanzaba la edad de 18 años, firmaba el protocolo y pasaba a formar parte. Las participaciones se dividían por estirpes: un 25% para los descendientes de cada una de las familias: la de Tomás, la de Ada, la de Sara y la de Sally. Aquello les obligaba a estar en contacto, aunque ninguno de ellos podía formar parte del consejo de administración de la empresa.

Ben había pasado por Cardedeu además de para ver a su abuelo, para dejar el último informe que tenían y que era previo al cierre del ejercicio 2.015. Siempre se ocupaba de que lo tradujesen al español y entregaba la copia original y su traducción a cada uno de los familiares a los que afectaba. En esta ocasión había traído copia para Clara, sus dos hijos, Marta y sus dos hijas.

El tiempo voló y Ben llevó a su abuelo a la residencia. Se aseguró de que estaba bien y se despidió de él.

—Cuídate, abuelo, te prometo que te llamaré y si vuelvo por Europa, intentaré escaparme a verte.

—Estoy muy orgulloso de ti. Solo hay que verte para saber que estás haciendo las cosas bien. No olvides lo que te dije de tus hijos, procura dedicarles un poco de tiempo.

—Lo haré, abuelo, sabes que siempre te hago caso.

Ben lo abrazó intentando trasmitirle todo el cariño que sentía por él y se despidieron. Era muy probable que nunca más se volviesen a ver. Cuando estaba sentado en su coche rumbo al aeropuerto, no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

Kevin y Celia llegaron a la residencia alrededor de las ocho. Ella había

insistido en pasar para que le comentasen si había habido alguna novedad o alguna cosa que debiese saber antes de irse a su casa. Como el coche de Celia estaba en Granollers, Kevin se ofreció a llevarla y después regresar a su casa.

—¿Te importa que vaya un momento a ver a Thomas?

—No, ve. En seguida voy yo también.

Kevin fue a su habitación y tocó en la puerta antes de entrar. Se encontró a Thomas sentado en la cama con todo el contenido de la carpeta verde desparramado encima de la colcha. A su lado tenía una carpeta, en esta ocasión de color naranja.

—Hola, Kevin, me has pillado revisando todo esto.

—¿Cómo estás? ¿Quiere decir lo que veo que ya hemos acabado con la carpeta verde?

—Pues sí. Si quieres, te la puedes llevar.

—Mejor mañana, tranquilo.

—¿Sabes quién ha venido hoy? —preguntó en el momento justo en que Celia entraba en la habitación.

—Mi nieto, Ben. Estaba en Londres y se ha podido escapar y pasar el día con nosotros.

—Me han dicho que habéis estado en casa de Sonia —dijo Celia.

—Sí, espero que no te importe que haya salido.

—No. Además, si es alguien de la familia, seguro que estabas bien cuidado.

—Ha sido muy agradable, aunque faltabas tú y los hijos de Clara. Es complicado movilizar a la gente con tan poco tiempo. Ben me llamó el mismo sábado y menos mal que tu hermana tiene recursos para organizar estas cosas.

Celia acarició la mejilla de Tomás.

—Seguro que si por aquí estaba Ben has estado más que contento.

—No te lo puedes imaginar, hacía mucho que no lo veía y casi me he podido despedir de él. No sé si podré volver a verlo.

—Eso nunca se sabe —dijo Kevin.

—A mi edad es muy probable. Yo creo que a su manera él también ha venido a despedirse de mí. Estoy convencido.

—Tío, esto es muy triste —dijo Celia—. No deberíamos pensar así. Nadie sabe cuándo nos vamos a morir.

—Pero Celia, piensa una cosa: por un lado, a mí ya no me da miedo la muerte, he tenido mucho tiempo para mentalizarme, lo que sí que me daría mucho miedo es tener que enterrar a tan solo uno de vosotros. Por otro lado, pienso que es muy bonito y todo un regalo de la vida haber podido despedirme de mi nieto querido

pasando un día con él y viendo que todo el sufrimiento que tuvimos que pasar en nuestra juventud fue para conseguir que gente como él o como tú seáis el futuro de nuestra familia. Definitivamente, ganamos a las circunstancias que nos encontramos.

—Bueno, tío, voy a decir que te den algo para que puedas dormir bien. Has tenido muchas emociones en el día de hoy y mañana seguimos como siempre. Kevin, ¿me llevas? —dijo Celia besando la frente de su tío.

—Buenas noches, Thomas. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 17

La Blitzkrieg (guerra relámpago)

—Debió de ser duro para Ada salir de España embarazada yendo hacia un destino tan incierto.

—Seguro que lo fue, pero te olvidas de que en aquel momento todo lo que quería ella era estar junto a Álex, aunque fuese en el mismo infierno, así que fue una decisión coherente. Además, las perspectivas si se quedaba en Cardedeu tampoco eran buenas. ¿Sabes lo que hacía el ejército nacional cuando llegaba a un pueblo y atrapaban a mujeres supuestamente colaboradoras con la república o esposas e hijas de republicanos fugados?

—Pues no tengo ni idea, seguro que cualquier barbaridad.

—Si no eran asesinadas directamente, solían raparles el pelo al cero y las hacían desfilar por la plaza principal. Era una manera de avergonzarlas ante todo el mundo. Estoy seguro de que si Ada se hubiese quedado, tenía muchos números para desfilar de esa forma por Cardedeu.

—Debía de ser terriblemente humillante.

—Sin duda que lo era. Para ella y para todos los que la querían. Había muchas otras maneras de castigar y vejar a aquellas pobres mujeres, y aunque te cueste creerlo, había gente de entre los civiles normales que disfrutaban con aquello. Ya lo dijo Hobbes: «El hombre es un lobo para el hombre».

—Quizás lo mejor era salir corriendo y no volver la vista atrás.

—El problema es que lo que se nos venía encima era, no sabría decirte, peor todavía o como mínimo igual de malo. Pero no nos anticipemos, creo que te quedaste con Ada ingresada en la maternidad de Elna y a punto de dar a luz. Enciende tu grabadora.

»Estábamos todos contentos por habernos reencontrado. Ada seguía ingresada y todo iba según lo previsto. Agnès iba cada mañana a la maternidad para ayudar en lo que pudiese. Cualquier tipo de ayuda era bienvenida. Por las mañanas cogía la bicicleta que alquilamos en la pensión y se iba temprano. Pasaba el día allí con ella.

»Álex tenía la tarea de intentar comunicar con Cardedeu y cada día pasaba un rato en la centralita del pueblo insistiendo, aunque no tenía éxito. Cuando veía que aquello no funcionaba, se iba dando un paseo hasta la maternidad y allí se dedicaba a reparar una cosa u otra. Siempre había alguna cosa que hacer y para que él recuperase su autoestima era conveniente tenerlo ocupado el máximo de tiempo posible. Otras veces, las menos, me lo llevaba los campos de refugiados y hacía las fotos que nos permitían. Un día, hablando con Elizabeth, le explicó que había estudiado un bachiller con contenido administrativo y a partir de aquel día le ayudaba con la documentación de la maternidad. Registros de personas, control de las donaciones y en general una serie de cosas que liberaba a la joven de aquel trabajo y que así podía dedicarse a lo que hacía mejor, que era dar atención a las ingresadas.

»Yo iba cada día al campo de concentración. Pasaba el día intentando que me dejaran hacer entrevistas, fotografías y cualquier cosa que me permitiese enviar un artículo a París-Soir. Aquello me permitió entrar en contacto con gente de toda España y poder conocer algunas situaciones de extrema dureza: muerte de familiares, sobre todo de niños, hambre, miedo, desesperación en la huida y todo tipo de calamidades. Como ya debes imaginarte, muchas de esas historias inspiran parte de mis novelas de años posteriores. Algunos habían atravesado el país para al final encontrarse en aquella situación terrible y sin perspectivas de salida de aquel agujero. Por si fuese poco, los guardias senegaleses y marroquíes les amenazaban con la mentira de que se estaban organizando convoyes para devolverlos a España donde Franco les esperaba con los brazos abiertos.

»Cada día salía de allí sintiéndome un traidor. Mi situación era muy afortunada comparada con la de ellos y lo único que podía hacer era transmitir todo aquello a la ciudadanía francesa intentando provocar una queja de los civiles. Poco a poco, iba despertándose mi conciencia, que había estado dormida. Supe, posteriormente, que aquellos artículos que enviaba a la redacción provocaron alguna reacción en la opinión pública parisina, aunque no fue suficiente como para acabar con aquel horror. Los españoles salieron de allí en 1.940. Algunos se integraron en la población civil, otros se metieron en el ejército francés y de ellos los que atraparon los nazis fueron a parar a Mauthausen-Gusen

principalmente y otros sencillamente volvieron a España.

»Por la tarde, cuando acababa mi trabajo, iba con el coche de Philippe a recoger a Agnès y a Álex, y aprovechaba para visitar a Ada. Muchos días, cuando iba, intentaba cargar leche, arroz, legumbres y otros productos en la épicerie del pueblo para agradecer que permitiesen que Ada estuviese allí.

»Estábamos en los primeros días de julio y parecía que Ada estaba a punto para el gran momento. Elizabeth nos había dicho el día anterior que si queríamos estar durante el nacimiento no nos alejásemos mucho. Durante la noche recibimos una llamada en la pensión. El momento había llegado. No hacía falta salir corriendo, pero debíamos ir sin prisas, pero sin pausa. En diez minutos estábamos los tres en el coche camino de la residencia. Cuando llegamos allí, la enfermera que nos recibió nos dijo que teníamos que esperar en la sala que había al lado de la entrada. Agnès sí que podía acompañarla.

»—No se pongan nerviosos, aún tardará un buen rato —dijo la joven.

»—Tan pronto tengamos noticias se las haremos saber —y salieron rumbo a la sala habilitada para los partos.

»Yo estaba nervioso, pero tenía que controlarme para poder mantener lo más calmado posible a mi amigo.

»—¿Quién nos hubiese dicho cuando éramos unos críos que nos veríamos en esta situación? —bromeé observándole de reojo.

»—Ostras, sí —respondió Álex—. Han pasado tantas cosas desde aquel día que fui a ver a Joan y nos conocimos... ¿te acuerdas?

»—Claro que me acuerdo. No me olvidaré nunca. Yo oí la conversación entre Joan y tú, y disimulé. Creo que me caíste bien desde el primer momento. Eres una de las personas que más me ha influido.

»—Tú también.

»—Y ahora voy a ser el tío de tu hijo —le dije dándole un golpe suave con el hombro.

»—Esperemos que todo vaya bien —Álex había recibido varios golpes de la vida en la última época y había perdido parte de su optimismo natural.

»—Seguro que sí, que irá bien —respondí—. Las mujeres tienen hijos desde el principio de los tiempos y Ada es fuerte. Este es un buen sitio.

»Álex se levantó y sacó su bolsa donde llevaba el tabaco y se puso a liar uno.

»—¿Quieres? —me ofreció.

»No nos dijeron nada por estar fumando allí. Imagino que era normal, aunque hoy en día se me hubiese hecho muy extraño. No creo que me hubiese atrevido a encender un cigarrillo en una sala de espera de un hospital.

»Nos fue bien estar juntos aquellas tres horas. Yo me esforzaba en desviar la atención de Álex hacia otras cosas que no fuese el nacimiento y él me contó detenidamente cómo había sido su vida desde la última vez en la que nos vimos. El tiempo pasaba lentamente, pero por fin, cerca de la una del mediodía, vino la enfermera a buscarnos. Subimos a toda carrera mientras que ella nos decía que no corriésemos. Los escalones eran irregulares y en algún momento me vi a punto de caerme. No sabíamos dónde estaban, había varias habitaciones.

»Cuando ella llegó, después de regañarnos, nos abrió la puerta correcta. Al fondo estaba Ada, sentada en la cama. Tenía buena cara, parecía muy serena y satisfecha. Agnès se aproximó a nosotros, que nos habíamos quedado paralizados en la puerta. Llevaba un bulto envuelto en mantas y sonriendo dijo:

»—Este es tu papá —mientras se lo ofrecía a Álex.

»Álex lo cogió con mucho cuidado y le acercó la cara. Lo olió y lo observó con una expresión de amor que nunca antes le había visto. Se acercó a Ada.

»—¿Estás bien? —preguntó con la voz temblorosa por la emoción y por la preocupación por ella.

»—Estoy perfectamente —respondió con una sonrisa estirando los brazos para recuperar a su bebé—, os presento a nuestro hijo. Es un chico. Ahora tendremos que buscarle un nombre.

»Quizás fue porque habíamos estado hablando de él hacía un rato o porque a Álex le pareció bonito, pero miró a Ada y después a mí, y propuso:

»—Quiero que se llame Joan, si es que tú, Ada, estás de acuerdo.

»—Estoy de acuerdo. El nombre de nuestro primer hijo te lo dejo escoger a ti —sonrió.

»—Joan, ¿quieres que te coja tu tío?

»Por primera vez en mi vida cogí en brazos a una persona tan diminuta. Me daba miedo hacerle daño o que se me cayera, así que no tardé mucho en devolvérselo a su madre. No sabía hacerme a la idea de que aquella personita era mi sobrino, el hijo de Ada y de Álex. Yo creo que todos, y en especial ellos, estaban necesitados de vivir una experiencia como aquella. Los últimos años habían sido bastante malos.

»Una semana más tarde estaban completados los trámites de registro y Ada estaba muy recuperada, así que cargamos el coche y emprendimos el regreso a París. El viaje esta vez fue mucho más relajado y aprovechamos para visitar algún que otro lugar por el camino. Aquel viaje recordaba un poco a nuestras excursiones cuando éramos jóvenes, con la diferencia de que ahora llevábamos a un bebé. La criatura no daba muchos problemas, básicamente tomaba el pecho

de Ada, dormía y hacía sus necesidades. Estaba fuerte y sano, y se pasó la mayor parte del tiempo durmiendo.

»Agnès iba sentada atrás con Ada y en el espacio entre las dos habían creado una especie de cuna donde lo llevaban cómodamente instalado. Nosotros alternábamos la conducción. Álex seguía siendo mucho mejor conductor que yo. Pasamos por Lyon, donde hicimos noche el primer día, y por Orleans, el segundo. La habilidad con el idioma de Álex no había mejorado y tenía problemas para hacerse entender. A Ada no lo habían enseñado en el colegio a nivel muy básico, así que aún estaba más perdida. Con paciencia irían acostumbrándose. La entrada a París dejó a los dos sin palabras. La gran ciudad tenía ese efecto en sus visitantes cuando iban por primera vez. No había nada comparable en toda Europa.

»Nuestra llegada a Saint-Severin y el desembarco de todo el grupo en el apartamento provocó tanto ruido que Sophie nos oyó y vino a saludarnos. Todo eran arrumacos y carantoñas al pequeño Joan, que aguantaba estoicamente, divertido por todos aquellos ruidos nuevos. Philippe, por fin, pudo recuperar su vehículo en perfecto estado y nosotros acabamos de acomodar los pocos trastos que llevábamos.

»Agnès había telefonado hacía unos días a Sophie para comentarle las novedades y como el apartamento tenía dos habitaciones, había instalado una cama de matrimonio en la habitación que teníamos vacía. Estaríamos bien allí. Aparte de las dos habitaciones, tendríamos que compartir un baño, la cocina y el salón. Todas eran salas bastante amplias como para estar cómodos.

»—Mañana iremos a comprar ropa, una cuna para Joan y lo que nos haga falta —le dije a Álex—. De momento, todo lo que hay en el armario es de todos.

»—Pero no tenemos dinero —dijo Álex preocupado.

»—Bueno, para empezar todo lo mío es tuyo, tal y como ha sido siempre, ¿no? Pero, aparte, no sé si recuerdas que Ada tiene bastante dinero, así que eso no es ningún problema. Por otro lado, tenemos que intentar legalizar vuestra situación. Debéis decidir si queréis adoptar la nacionalidad americana o manteneros como españoles, y en el caso de que lo hayáis hablado, si os queréis casar o no.

»De sobra sabía que toda aquella situación le molestaba. Él no estaba acostumbrado a depender de nadie. Había sido un niño independiente que iba a la suya y una vez que acabó los estudios, ganaba dinero de sobra para no tener que pedirselo a sus padres. Por eso pensé que lo mejor era coger el toro por los cuernos. Lo miré y le dije francamente:

»—Álex, tú y yo nos conocemos perfectamente y sé que estás incómodo con

esta situación. Todos en algún momento de la vida podemos pasar por malas circunstancias y... ¿qué tipo de amistad es la nuestra si precisamente yo no puedo ayudarte? Acepta mi ayuda como algo temporal. Ya te he comentado que Ada tiene recursos económicos suficientes y que tan solo los tenemos que desbloquear. Por otro lado, eres una persona muy válida y en poco tiempo estarás trabajando.

»—Tom, es muy incómodo para mí... No puedo ni mantener a mi hijo. No había imaginado nunca verme así.

»—Por favor, déjate querer, ahora somos familia. Tu hijo es mi sobrino, aunque sigo pensando que el vínculo contigo es directo y más personal que un parentesco. Va, amigo, tómate las cosas con calma —una vez dicho esto, le abracé.

»Una cosa buena de mi amigo es que no era orgulloso y se dejó ayudar. Hablé con el diario y conseguí que lo contratasen como administrativo. Era cuestión de tiempo que se diesen cuenta de su capacidad para la administración. Cuando empezó a ganar un sueldo, su humor cambió a mejor. De momento, no podían alquilar un apartamento. Solo con su salario era difícil y además, Ada estaba más segura respecto al bebé si sabía que todos estábamos por allí.

»Le vendí la idea a Sophie de que Álex era un excelente gestor y ella también lo contrató para que le llevase las cuentas en los ratos que le quedaban libres.

»Un día Sophie bajó inesperadamente a nuestro apartamento. Abrí yo la puerta.

»—Tom, acabo de oír por la radio que las comunicaciones telefónicas con España están totalmente reestablecidas. Parece ser que ya han arreglado todos los destrozos de la guerra y se puede llamar. Te lo digo porque sé que estabais intentándolo...

»—¿Puedo llamar desde tu casa?

»—Sí, por supuesto, por eso te he venido a buscar.

»Estábamos solos Ada, el pequeño Joan y yo. Álex y Agnès aún no habían vuelto de trabajar y opté por no explicarle a Ada lo que iba a intentar. No quería que si no tenía éxito se llevase una desilusión. Si todo iba bien, ya llamaríamos después estando los cuatro. Hice un primer intento de marcar, pero no hubo suerte.

»—Prueba otra vez —dijo Sophie—. Si todo el mundo está intentando llamar, seguramente las líneas deben estar colapsadas.

»Lo volví a intentar y entonces se produjo el milagro. El teléfono daba señal de llamada. Sonó una vez, dos, tres y así hasta siete u ocho. No estaba dispuesto a colgar y de pronto oí la voz de Sara.

»—Hola, ¿quién es?

»—¿Sara?— pregunté excitado.

»—¡Tomás! —gritó ella—, ¿cómo estáis? Hemos estado incomunicados muchos días y hoy decían que íbamos a tener línea, pero yo no me lo he creído. Lo decían cada semana.

»—Nosotros estamos bien. Ada y Álex están con nosotros. Tenemos un sobrino, está sano y es perfecto. Le hemos puesto Joan. ¿Cómo estáis vosotras?

»Se cortaban uno al otro hablando por la emoción de haber recuperado la comunicación.

»—En casa estamos bien. La tía ahora se pone, está intentando arrancarme el teléfono de las manos. Sally y Manuel también están bien. Nos han visitado los fachas, pero al final nos han dejado tranquilos. No tenían nada contra nosotros. Por favor, que Álex y Ada no vuelvan, ellos pueden tener problemas.

»—No te preocupes. ¿Sabes algo de los padres de Agnès y de los de Álex?

»—Espera un momento ,que te paso a la tía. Te quiero un montón, hermano.

»—¿Tomás? No sabes cuánto he sufrido por no tener noticias vuestras.

»—¡Tía! Me alegro de oírte, casi me vuelvo loco intentando llamar una y mil veces. En algún momento pensé que me despedirían del diario, pero al final no ha pasado. Álex y Ada están con nosotros a salvo. Tienes un nieto. Se llama Joan.

»Pude oír cómo mi tía se emocionaba.

»—Sally ha tenido una niña. Nació a los pocos días de que tu hermana saliese hacia Francia. Se adelantó un poco, yo creo que por el disgusto, pero esta perfecta. Es una preciosidad. La llegada de Franco ha sido dura, pero nosotros no hemos tenido ninguna repercusión. Nos han dejado seguir a lo nuestro. No todo el mundo ha tenido la misma suerte, hay mucha gente que ha desaparecido. Te lo ha dicho Sara, pero te lo repito: que no se les ocurra volver a Ada ni a Álex. Están al corriente de sus actividades sindicales y políticas. Que dejen pasar un tiempo. Cuando podamos volver a viajar, iremos a veros a París. Te lo prometo.

»—Tía, ¿sabes algo de mis suegros y de la familia de Álex?

»—Hijo mío, me sabe mal tener que decírtelo. Tu suegro murió en el bombardeo de Granollers, en enero, cuando estaban a punto de entrar. Tuvo mala suerte. Ya sabes cómo era: había ido a trabajar, aunque no tenía nada que hacer y por desgracia una bomba cayó en su edificio y se derrumbó con él dentro. Tardamos varios días en recuperar el cadáver. Cuando me llegó la noticia, pensé en tu suegra y en cómo era ella, así que Manuel me bajó al pueblo y la convencí para cerrar la casa y que se viniese a vivir conmigo. La tengo aquí. Está mucho

mejor, pero no quiero que se vaya a vivir sola y menos con los soldados por aquí rondando. Vamos pasando de tanto en tanto por la casa para ver que todo está bien.

»—Lo siento muchísimo, era un buen hombre. Agnès se va a llevar un disgusto tremendo. Seguramente os llamará y querrá hablar con ella. ¿Sabes si hay algún problema para que ella y yo vayamos?

»—En principio, tú eres americano, así que si consigues una visa no tendrás problemas. Ella no tiene ningún antecedente que yo sepa, así que imagino que tampoco. ¿Ha acabado de tramitar la nacionalidad americana?

»—Lo tenemos en espera a ver qué pasa con Alemania.

»—Que no dude y lo haga. Tengo más malas noticias.

»—¿Qué más ha pasado? —pregunté preocupado.

»—Han confiscado Can Volart.

»—¿Qué? No es posible.

»—Aquí ahora todo es posible. La ha confiscado el ejército y hemos tenido suerte de que no han confiscado nuestra casa. A Ramon le dieron una semana para dejar la masía y le pagaron una indemnización que con bastante trabajo es la mitad de su valor. Como estaban los padres solos, ahora también los tengo aquí. La madre de Álex está fatal de la cabeza y entre todos la vamos cuidando. Lo que he hecho ha sido que Sally, Manuel y la pequeña se han venido a la casa y ellos están en la casa de los masoveros, de esa manera tienen un poco de privacidad. Ramon ayuda a Manuel y yo insisto en pagarle un sueldo, aunque de momento no quiere ni oír hablar del tema. Como ves, estamos todos juntos, ahora vivimos ocho personas otra vez en casa, aunque de aquí a cuatro días todos seremos viejos y parecerá un asilo —dijo en broma para destensionar la conversación—. Francamente, tener dos hombres aquí me da seguridad. Montserrat y los niños se han ido a casa de los padres de ella. No sufras por nosotros, estamos bien. Yo creo que poco a poco nos hemos ido reequilibrando y Can Tomeu vuelve a ser productivo.

»—Son muchas noticias y salvo por la pequeña Clara, todas son malas. Esta noche cuando hable con ellos va a haber drama.

»—Sé suave y diles a los dos que tanto la madre de Agnès como los padres de Álex están bien. La madre de Agnès empieza a levantar cabeza y ahora está más animada. Al principio lo pasó muy mal, pero ya empieza a recuperarse. A Ramon siempre que le des algo para hacer y estar ocupado está bien y a su mujer la cuidamos nosotras, ella se deja hacer.

»—Gracias, tía. No sé cómo lo vamos a preparar ni cuántos días tardaremos en

tenerlo organizado, pero Agnès y yo iremos tan pronto como sea posible.

»—Sobre todo a tu hermana que no se le pase por la cabeza regresar ni que deje venir a Álex.

»—No te preocupes. Cuídate y ahora que tenemos otra vez comunicación sigamos en contacto. Te iré llamando.

»—Un beso, hijo mío.

»Se cortó la comunicación.

»Sophie, que algo entendió de la conversación que mantuve con mi tía, entre otras cosas porque era en catalán y sabiendo francés se comprendía bastante, se había dado cuenta de que no tenía muy buenas noticias, así que mientras hablaba, fue a la cocina y trajo dos vasos pequeños con un poco de Pastís mezclado con agua.

»—¿Malas noticias?

»—Pues en parte muy malas. Una bomba mató al padre de Agnès el último día de guerra. Qué mala pata.

»—Lo siento mucho. Ahora tendrás que decírselo.

»—Sí. Se lo va a tomar muy mal. Estaban muy unidos. Por suerte, mi tía se ha hecho cargo de la situación y se ha llevado a mi suegra a su casa. Ellos no tienen familiares cercanos. Pero eso no es todo, el ejército ha expropiado la casa de los padres de Álex y les han pagado una miseria. Sus padres se han ido a vivir con mi tía, pero la madre está fatal de la cabeza.

»—Tomás, tendría que haber puesto un vaso grande de licor —dijo Sophie—, tienes que transmitir malas noticias a tus amigos.

»—Por suerte en Can Tomeu están todos bien: Sally ha tenido una niña y se ve que está perfectamente.

»Acabé el licor y me despedí de Sophie. No quería cobrarme la llamada, pero insistí hasta que conseguí que me cogiese el dinero. Seguramente aquella misma noche Agnès querría hablar con Can Tomeu y con su madre.

»Bajé a nuestro apartamento y vi que Ada aún estaba sola. Estaba en la cocina preparando la cena. Habíamos adoptado los horarios franceses; en París se solía cenar entre las siete y las ocho de la noche. Estábamos a punto de empezar agosto y Ada estaba preparando una ensaladilla rusa laboriosa de hacer, pero refrescante y ligera. Entré y me ofrecí a ayudarle a cortar verduras o preparar alguna cosa.

»—Ada, acabo de hablar con Can Tomeu.

»—¿Qué? ¿Cómo están? —preguntó emocionada por haber recuperado la comunicación con nuestra casa.

»—Sally ha tenido una niña. Está bien y nació a la semana de que os fuisteis. Están muy contentos por eso. La tía y Sara también están bien.

»—Entonces, ¿por qué esa mala cara?

»—Una bomba mató al padre de Agnès y el ejército ha expropiado Can Volart.

»Ada dejó de hacer lo que estaba haciendo y se giró hacia mí apoyando su cabeza en mi pecho. Yo la abracé.

»—Lamento mucho lo del padre de Agnès. Eso va a ser duro para ella. Imagino que se lo dirás esta noche.

»—Sí. Luego hablaré con ella. Tampoco Álex se va a tomar bien lo de Can Volart.

»—No, porque además va a creer que es por culpa suya.

»—Probablemente lo sea, es la manera que tiene esta gente de castigar a los que se resistieron y aún han tenido suerte de que no matasen a sus padres. Por lo visto, la represión ha sido bastante dura.

»—¿Dónde están los padres de Álex?

»—Pues la tía acogió a mi suegra y después a sus padres. Los ha instalado en la casa de los masoveros, y Sally con Manuel y la pequeña se han ido a vivir a la casa. El padre de Álex trabaja en Can Tomeu, pero no admite que la tía le pague el salario que le corresponde. Entre todos cuidan a la madre.

»—Cuando lleguen, cenamos y después se lo explicas a uno y al otro. Si lo haces en el orden inverso no van a comer ninguno de los dos y estar con el estómago vacío no va a solucionar nada en absoluto.

»Así lo hicimos y al acabar les comenté que había conseguido comunicar con Can Tomeu y que tenía noticias de cómo había ido el final de la guerra. Primero expliqué lo de Can Volart y después le expliqué a Agnès lo de su padre. Ada y yo intentamos tranquilizar a los dos, pero fue muy difícil. Álex llevaba el enfado por dentro y hacía su proceso silenciosamente, pero Agnès lloraba amargamente. Estaba inconsolable. Aquella noche la pasamos en buena parte despiertos. Solo de madrugada y teniéndola abrazada conseguí que se durmiese de puro agotamiento.

»Por la mañana subimos a casa de Sophie y volvimos a llamar. Agnès pudo hablar con su madre y Álex con su padre. Sinceramente, creo que poder comunicarse los tranquilizó a los dos. En el caso de Álex había poco que hacer. El tema estaba liquidado. Que Ramon estuviese en casa de Inés era una buena solución porque por un lado tenía un trabajo, y por otro le ayudaban a cuidar a su madre. Finalmente la relación entre las dos familias había sido excelente desde el principio.

»Agnès decidió que viajaba aquella misma tarde a Cardedeu, pero le hice ver que aquello no podía ser. Su pasaporte español era de la república, ya no valía, así que tenía que tramitar uno de los nuevos. O eso o acabar el trámite de nacionalización estadounidense y viajar con visado. Aquella parecía la mejor opción. Llamé a Paul London en la embajada y nos citó para aquella misma tarde. Cuando llegamos a las cuatro nos estaba esperando. Hice las presentaciones y nos dirigimos a su despacho. Expusimos nuestra urgencia.

»—Señora Levi, ¿por qué decidió detener los trámites en su momento? —preguntó London más por curiosidad que por cualquier otro motivo.

»—Francamente, me asusta el apellido judío de mi esposo con el peligro de Hitler tan cerca. No quisiera verme perjudicada. Es más, me gustaría que él recuperase su apellido español para evitar problemas.

»—Entiendo su posición, pero si lo hubiésemos comentado antes, le hubiese podido explicar que esto tiene solución. Como ciudadana americana usted puede mantener su propio apellido —y mirando los papeles dijo—: Forns no está obligada a cambiarlo. Por otro lado —y en esta ocasión me miró a mí— hay muchos ciudadanos americanos que viven en Francia y que tienen apellidos judíos. En los últimos tiempos la mayoría han pasado por la embajada solicitando ayuda ante este problema.

»—La verdad es que no me lo había planteado —dije.

»—El caso es que tenemos una operación en marcha a este respecto que consiste en modificar todos los registros y documentos cambiando el apellido por apellidos que no sean sospechosos. En su caso, podríamos aprovechar su apellido español, podríamos registrarle como Thomas Bosch.

»—Por favor, Tom —suplicó Agnès—. Ya he perdido a mi padre, que ahora no tenga que perderte a ti.

»—De acuerdo, por mí no hay problema, aunque sinceramente llevo unos cuantos años en París y todo el mundo sabe que me llamo Levi. No sé cómo puede serme útil.

»—Sencillamente, si algún día los alemanes invadiesen Francia y le detienen por la calle, usted podrá enseñar un documento de los Estados Unidos en el que figure como Thomas Bosch. Le aseguro que si figura como Thomas Levi será más difícil que no tenga problemas.

»—Por favor, hágalo —dijo Agnès— y tramiten también mis credenciales.

»—Lo voy a hacer por vía de urgencia. Mañana por la tarde podrán pasar a recoger su documentación con el visado incluido. Estos temas entre embajadas se mueven muy rápido. Por otro lado, hay una cuestión que no quisiera que

trascendiese, pero que es importante que conozcan en calidad de ciudadanos norteamericanos.

»—¿De qué se trata? —dije con curiosidad.

»—El F.B.I y el Office of Strategic Services, es decir, nuestros servicios de inteligencia alertan de la invasión de Polonia por Alemania en breve. No sabemos si eso será el mes que viene o en dos o tres meses, pero no creo que vaya más allá.

»—¿Cómo nos afecta eso?

»—Estoy seguro de que Francia, el Reino Unido y la Unión Soviética declararán la guerra a Alemania. Les aconsejo que si quieren estar en Francia cuando eso pase, vuelvan lo antes posible de España.

»—Lo tendremos en cuenta —dije mirando a Agnès y apretando su mano.

»Pasaron unos segundos.

»—Tengo otra cuestión —propuse.

»—Usted dirá —dijo London.

»—Se trata de mi hermana. Ella tiene la misma situación que yo tenía hace un tiempo. Es ciudadana española y de los Estados Unidos. Me gustaría que pudiese adoptar la nacionalidad norteamericana, pero aunque sea temporalmente con el apellido Bosch. Ella nunca ha sido Levi y está recién llegada a París.

»—¿Es una refugiada de guerra?

»—Lo es y ha llegado con su hijo y su pareja. Necesitaría ese cambio de nacionalidad para los tres.

»—En principio, para ella y su hijo no va a representar ningún problema, pero para su pareja, si no están casados, sí que lo va a ser. Estamos sometidos a una legislación que hace imposible nacionalizar alegremente a todo el mundo.

»—Si se casasen, podríamos arreglarlo —preguntó Agnès.

»—En ese caso sería equivalente a lo que ha pasado con usted —respondió London.

»—El problema es conseguir permiso para casarse, está complicado obtener los documentos del registro civil y demás —añadí.

»—Este hombre, ¿tiene pasaporte español vigente?

»—Sí, pero es de la república.

»—Bueno, déjenme ver qué puedo hacer y cuando vengán mañana a buscar sus pasaportes con la visa española, volvemos a hablar del tema. Me gustaría que viniesen ellos también y sobre todo recuerden que las cosas pueden cambiar en cualquier momento.

»—No se preocupe, London, mañana estaremos aquí —dije levantándome y

estrechándole la mano.

»—No sé cómo podremos agradecerle todo lo que está haciendo por nosotros —dijo Agnès.

»—Señora Bosch, estamos al corriente de que su marido es reportero del París-Soir y que usted es una brillante promesa del mundo de la música, una excelente concertista del piano. No dude de que en cualquier momento pueda ser que necesitemos su colaboración, así que no duden de que en ese momento sea cuando ustedes podrán corresponder a su nuevo país por los servicios prestados.

»Al oír aquellas palabras, noté un escalofrío que me subía por la espalda. Yo había estado en Madrid durante la guerra y conocí a muchos reporteros americanos, entre otros, y algo supe de las relaciones entre la prensa y los servicios secretos. Fui totalmente consciente de que nos tocaría pagar un precio por todo aquello tarde o temprano, aunque no lo quise comentar con Agnès.

»El tiempo se nos tiraba encima. Según se desprendía de la conversación con London, había que ir y volver a Cardedeu en relativamente poco tiempo y antes teníamos que aclarar el tema de Ada y de Álex.

»La hora de la cena se estaba convirtiendo en el momento del día para celebrar nuestras asambleas. Explicamos con todo lujo de detalles la conversación en la embajada. Comentamos los riesgos de entrar en guerra, y también la posibilidad de que Ada y Joan fuesen ciudadanos norteamericanos en veinticuatro horas. Era un trámite muy sencillo. Excepcional y temporalmente ellos podrían mantener el apellido Bosch, aunque al final como norteamericanos tendrían que volver a Levi, aunque eso carecía de toda importancia. Respecto a Álex, había que arreglar una boda relámpago para conseguir también su nacionalización.

»—Álex, ¿tú te quieres casar conmigo? —preguntó Ada inocentemente.

»—Claro que sí, no te lo he propuesto antes porque no hemos tenido ocasión, pero si no hubiese sido por la guerra, nos hubiésemos casado poco después que Tom y Agnès.

»—Bueno, chicos, pues mañana nos esperan en la embajada a las cuatro de la tarde. Tenéis que llevar vuestros pasaportes y veamos que nos piden.

»Agnès estaba preocupada por Álex, lo veía triste y no acababa de remontar ante tanto cambio. Me comentó en un aparte:

»—Tom, llévate a Álex a dar una vuelta. Tomaros algo por ahí como hacíamos con tus amigos cuando estaban por aquí. Creo que si consigues que hable eso le irá bien.

»Me pareció buena idea.

»—Álex, necesito que me acompañes. Tengo que hacer un par de cosas antes

de que sea más tarde. Ada, volvemos en un par de horas.

»Salimos a la calle y estuvimos andando un rato.

»—¿Qué tenemos que hacer?

»—Nada, solo quería que hablásemos un poco. De nada y de todo. Básicamente de lo que te preocupa, conozco esa expresión. Nos irá bien que nos dé un poco el aire.

»—Estoy bien. Me siento mal por lo de mis padres porque creo que debe ser por culpa mía lo que les ha pasado. Ostras, últimamente no doy pie con bola.

»—¿Y Joan y Ada? Creo que eso es bueno. Eres un buen padre y ya sabes cómo está mi hermana contigo.

»—Bueno, algo he hecho bien —y por fin Álex sonrió con aquella confianza, y tal y como lo había hecho toda la vida.

»—Espero que lo de tenerte que casar no te esté obligando a hacer algo que no quieres hacer.

»—Por supuesto que no, Tom, yo no soy así.

»Hablamos durante un par de horas, sentados en una terraza en el centro. El clima era muy agradable y se estaba bien. Le comenté mis inquietudes por el comentario final que nos había hecho London en el que nos estaba previniendo de que tarde o temprano necesitarían nuestros servicios y de lo claro que tenían en la embajada la proximidad de la guerra.

»—Ostras, otra vez la guerra —fue lo único que dijo Álex y su mirada se volvió a ensombrecer.

»A pesar de todo, cuando volvimos a casa, estaba claramente de mejor humor. Tenía una expresión mucho más relajada que cuando salimos e incluso empezó a bromear con Ada sobre cómo serían las cosas cuando se casasen.

»A menudo, Álex comentaba que Agnès era mucho más inteligente que nosotros dos. Yo estoy totalmente de acuerdo. Aquel día nos dio una prueba más. Por la mañana fue a comprar anillos de boda para los dos. Lo llevó en secreto y ni siquiera lo comentó conmigo. Los llevaba en su bolso cuando fuimos a la embajada por la tarde. Hice las presentaciones y pasamos todos al despacho de London. La verdad es que empezábamos a estar apretados allí.

»—Antes de que me olvide, aquí tienen sus pasaportes con los visados —dijo entregándome un sobre con los documentos.

»—Muchas gracias —respondí.

»—Por favor, recuerden lo que hablamos ayer de los tiempos, es decir, que por lo que pueda pasar no se alarguen en su visita. De hecho, los visados solo los he conseguido para quince días a partir de mañana. Es decir, que el día veinticinco

tienen que estar de vuelta.

»—Gracias —dijo Agnès.

»—Ahora pasemos al otro tema que nos ocupa, ¿han traído sus pasaportes? —preguntó London.

»—Aquí tiene —dijo Ada alargando los documentos— y también tengo el certificado de nacimiento de mi hijo.

»—Perfecto, señorita Levi. Usted realmente ya es norteamericana, así que lo único que había que hacer era extender un pasaporte a su nombre. Al ser ciudadana de los Estados Unidos su hijo tiene también derecho a la nacionalidad. Después de la conversación mantenida ayer con su hermano, me he tomado la libertad de tramitarlo, así que ahora le hago entrega de su nuevo documento. La expedición del mismo cuando ya es mayor de edad provoca automáticamente la pérdida de su nacionalidad española. ¿Está usted de acuerdo?

»—Sí —dijo Ada.

»—Entonces, por favor, firme el documento que le entrego y nosotros mismos lo tramitaremos con España. Por otro lado y tal y como le habrá comentado su hermano, tenemos un programa especial por el que estamos cambiando todos los apellidos judíos de los ciudadanos de los Estados Unidos en toda Europa. En su caso, al igual que en el de su hermano, hemos optado por que siga llamándose Bosch, pero tenga presente que una vez que el peligro pase automáticamente se llamará otra vez Levi, a no ser que se case y opte por el apellido de su marido.

»—De acuerdo —dijo Ada.

»La conversación había sido casi íntegramente en inglés, ya que Ada hablaba muy poco francés y London no hablaba español. Yo fui traduciendo lo que comentaban a Álex y Agnès para que no se perdiesen.

»—Bueno, de los cinco ya tenemos solucionados cuatro —dijo London esta vez en francés y dirigiéndose principalmente a Álex—. Ahora vamos a por su situación, señor Martí.

»Buscó entre la documentación que tenía por encima de la mesa y finalmente parece que encontró lo que buscaba.

»—Una vez visto su pasaporte español, aunque sea republicano y ya no valga, se entiende que existe un certificado de nacimiento en su localidad de origen. En un trámite oficial, en otros tiempos, hubiese tenido que conseguir una copia, pero como las circunstancias son muy particulares nuestro reglamento nos permite suponer que existen todos aquellos documentos que en su momento le fueron solicitados para la emisión de ese pasaporte, con lo que podemos proponerle que si está decidido a contraer matrimonio con la señorita Bosch, que

en este momento es ciudadana norteamericana, podrá obtener también esa nacionalidad. Por ahora es la única opción que tiene para obtenerla, ya que la alternativa sería que se desplazasen al país y tras un tiempo más o menos largo de permanencia podría solicitarla.

»—Quiero casarme con Ada y no por el tema de la nacionalidad, eso para mí es lo que menos me importa. Lo que busco es legalizar la situación de mi familia.

»—Perfecto, entonces ¿necesitan ustedes realizar algún preparativo especial o podrían casarse en este momento?

»—Yo no tengo ningún inconveniente en casarme en este momento —dijo Álex extrañado—. Ya tenemos un hijo, así que no creo que un matrimonio cambie nada.

»—Yo tampoco tengo ningún impedimento —dijo Ada también sorprendida por la premura.

»—En ese caso, tenemos un juez de paz en la embajada que en media hora podría casarles si así lo desean. Eso sí, necesitan dos testigos. De esta manera, podríamos tramitar su pasaporte y su nacionalidad a partir de mañana. En una semana podría pasar por aquí a buscar la documentación.

»Estábamos todos sorprendidos por aquella eficiencia funcional de Paul London. Yo sabía que era efectivo, pero tenía la sensación de que en todo aquello estaba saltándose un montón de protocolos. Cuando nos quedamos los cuatro solos, comentamos entre nosotros aquella extraña situación. Todos sospechaban menos yo. Yo sabía que a la larga acabaríamos pagando por todo aquello, pero tampoco teníamos otra opción, así que no quedaba más remedio que aguantarse.

»—¿Quieres ser mi testigo de boda? —me preguntó Álex.

»Los dos nos pusimos a reír.

»—¿Quién si no? —le dije.

»—No hemos tenido tiempo de comprar anillos —dijo Ada.

»Agnès buscó en su bolso y sacó la cajita que venía envuelta. Se la entregó a Ada.

»—Este es nuestro regalo de bodas.

»Ada abrió y comprobó que había dos sencillos aros de oro y que curiosamente les entraban a la perfección.

»—Agnès siempre va un paso por delante —dije.

»Entró el juez de paz de la Embajada de los Estados Unidos en París y tras las presentaciones, hizo una breve ceremonia que Ada y Agnès siguieron muy

emocionadas y que acabó con la declaración de marido y mujer. London, que debía tener su bis sentimental, nos hizo varias fotos que prometió que le entregaría a Álex la semana siguiente cuando fuese a buscar su pasaporte.

»Al salir de la embajada nos fuimos a la Gare de Austerlitz a comprar los billetes para el día siguiente y después nos fuimos a cenar a un buen restaurante de París. Ese era mi regalo particular de boda.

»—Tendría que invitar al padre de la novia, pero como hace años que lo perdimos, invita el hermano de la novia —le comenté a Álex procurando que Agnès no me oyese y recordase la muerte de su padre.

»Hacía mucho tiempo que no conseguíamos estar todos contentos.

»Al día siguiente salimos hacia Cardedeu. El viaje se hizo tan pesado como siempre y Agnès estaba cada vez más impaciente.

»El paso de la frontera en Cervera fue mucho más lento de lo habitual. Me acordé de aquel aduanero que encontré la primera vez y que me habló en catalán. Alguna otra vez lo había visto, pero aquel día no estaba. «¿Qué habrá sido de él?», me pregunté. En el control de pasaportes nos hicieron varias preguntas, pero en realidad era más por la curiosidad de nuestros nombres españoles y el pasaporte de los Estados Unidos que por otra cosa. El visado estaba en regla, así que no pudieron poner ninguna pega.

»Yo había avisado desde el teléfono de Sophie de la hora de llegada. Allí estaban Manuel y la tía Inés con el Hispano Suiza, que ya empezaba a estar un poco viejo. Volver a pisar Barcelona nos trasladó a los dos al pasado, a los tiempos felices de la infancia y de la juventud, a la protección que representaba pertenecer a un sitio. En definitiva, a todo aquello que en realidad había desaparecido durante los últimos años.

»Mi tía debía tener cincuenta y ocho años, y a pesar de que no había pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos, la vi envejecida. No era una mujer de baja estatura. Al contrario, tenía una buena talla y en los últimos tiempos le habían sobrado algunos kilos. Me pareció más pequeña de lo que recordaba, pero eso podía ser una percepción mía. Lo que no era así era lo delgada que estaba. Había perdido bastante peso.

»Nos abrazamos en silencio. Sin decir ni una palabra, pero diciéndonos todo a la vez. Estábamos los dos muy emocionados. Después abrazó a Agnès, que se deshizo en lágrimas. Le quería agradecer lo que había hecho por su madre, pero no le salían las palabras.

»Manuel y yo también nos abrazamos. Él tenía buena pinta. Se le veía fuerte, pero debía estarlo por su trabajo en el campo. Tenía una cicatriz que le

atravesaba la mejilla izquierda, pensé que era una señal de guerra, pero luego me explicó que no, que se la habían hecho los nacionales al arrestarlo cuando entraron en el pueblo.

»Durante todo el trayecto hasta Cardedeu estuvimos hablando de cómo nos había ido a todos. Sobre todo, nosotros preguntábamos por el final de la guerra y las condiciones en las que estaban actualmente mientras que ellos preguntaban por Ada y por Álex.

»—Que no se te ocurra hablar catalán delante de la gente —me advirtió la tía—, lo han prohibido.

»—Es ridículo —contesté.

»—¿Sabes lo que han conseguido? —dijo Manuel— Que alguien como yo, que es de la sierra de Cazorla en Jaén, le hable a mi hija en catalán.

»Aunque no era una situación para reírse, no pudimos evitarlo. Lo que pude ver de la ciudad desde el coche me desanimó bastante. Se veía muy gris, algunos restos de algún edificio caído por las bombas aún era visible, aunque intentaban cerrar el capítulo y reconstruir lo más rápido posible, pero lo peor era la expresión de la gente. Veías miedo en las miradas. Esa fue la Barcelona que nos recibió en agosto de 1.939.

»La llegada a Can Tomeu fue muy emotiva. Cuando oyeron que llegaba el coche, salieron todos a recibirnos. Agnès casi saltó en marcha y corrió a abrazarse a su madre. Estuvieron un rato abrazadas sin intercambiar palabras, tal y como nos había pasado a mi tía y a mí en la estación. Sara, Sally y yo nos fundimos en un abrazo.

»Cuando ya nos calmamos un poco, después del primer momento, fui a mi suegra y le dije:

»—Roser, lo siento mucho. Apreciaba mucho a su marido —y le di un beso.

»Con Ramon también fue un encuentro emotivo. Le juré que su hijo estaba bien, que se acababa de casar con Ada y que tenían un niño precioso. Agnès traía un montón de fotos del pequeño para dejarles a todos, a cambio le pidió a Sally que quería llevarse fotos de Clara para presentarla a sus tíos en París. Estuvimos allí hasta el día veinticinco de agosto. Los días volaron y fuimos tomando consciencia de los cambios que se habían producido.

»Igual que Ramon no aceptaba que la tía le pagase un salario por su trabajo, decía que a pesar de que le habían robado tenía mucho dinero de la expropiación. La tía se negaba a que Roser le pagase algo por estar viviendo en su casa.

»En estos asuntos Agnès y yo no intervinimos. No valía la pena, ya se

apañarían entre ellos. Lo que sí que decidieron conjuntamente Agnès y su madre fue intentar vender la casa del pueblo. No tenía sentido mantenerla vacía, ya que además era un riesgo que alguien la ocupase y por otro lado, se iba degenerando. Manuel y yo, dirigidos por Agnès y su madre, trasladamos en el coche todo lo que consideraron que querían conservar antes de venderla.

»Agnès no paró de darle las gracias a mi tía por acoger a su madre. Se puso tan pesada que un día mi tía tuvo una conversación con ella de esas que tenía en su despacho y que tradicionalmente eran para tratar temas serios o regañarnos. Le dijo que desde que ella se había casado conmigo se había convertido en una sobrina más y que cualquier problema que le afectase a ella afectaba a toda la familia. Por otro lado, Roser era una gran ayuda en la casa y acabó preguntándole:

»—¿No harías lo mismo tú por mí?

»Al menos eso es lo que me explicó y le pidió que transmitiese el mismo discurso a Álex si se ponía pesado. Él también era otro sobrino más, lo había sido siempre, pero desde que tenía un hijo con Ada y se había casado también lo era oficialmente.

»Como decía, los días volaron y cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos en un tren atravesando Francia con destino a París. Hicimos una parada de tres días en Clermont Ferran, más que nada para despejarnos un poco. Llegábamos a la ciudad el 1 de septiembre y cuando llegamos, no había nadie en casa. Eso nos extrañó porque era la hora de cenar y el pequeño Joan tenía que seguir unos horarios.

»—Voy a casa de Sophie —le dije a Agnès— a ver si ella sabe algo.

»Subí y al entrar, me encontré con que todos los residentes y Álex, Ada, Philippe y Sophie estaban sentados alrededor de la radio. Álex me miró serio y me dijo:

»—Hitler ha entrado en territorio polaco, la Unión Soviética, el Reino Unido y Francia van a declarar la guerra a Alemania.

—Aquello seguro que fue una pesadilla —dijo Kevin—, sobre todo para vosotros que veníais de otra guerra.

—En realidad, yo no había sufrido la Guerra Civil española, lo más cerca que estuve fue cuando me destinaron en Madrid, pero el resto del tiempo no la viví directamente. Sufrí por mi familia, eso sí, pero nunca me enviaron al frente. La sensación que daba un enfrentamiento a nivel europeo era que si en el caso español las consecuencias habían sido las que fuesen, a nivel europeo aquello se multiplicaría por tres o por cuatro o ve a saber.

—¿No había posibilidad de huida a los Estados Unidos?

—En aquel momento ya era tarde. Imagínate cientos de miles, por decir algo, de europeos buscando salir de Europa por cualquier vía, sobre todo judíos porque se sabía en todo el continente del trato que les daba el gobierno alemán, pero también a los civiles no perseguidos.

—Y ¿como americanos no podíais regresar a España?

—Sí podíamos Agnès y yo, pero tan solo temporalmente; los visados que daban a los americanos eran por poco tiempo. Respecto a Ada y Álex mejor que no porque por mucho visado que tuviesen y pasaporte de los Estados Unidos, allí serían ajusticiados por el gobierno de Franco.

—Una situación difícil.

—Los alemanes decían que la invasión de Polonia sería una *Blitzkrieg*, que quiere decir una guerra relámpago, pero eso casi se puede aplicar a toda Europa. Para que te hagas una idea te diré que si Polonia cayó entre el 1 de septiembre y principios de octubre, en 1.940 cayeron uno tras otro Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca y Noruega. En junio de ese mismo año, el día 22, el ejército alemán desfilaba por los Champs Elysees bajo el Arco del Triunfo de París al son de la *Marcha de San Lorenzo*. Todo eso en tan solo nueve meses.

—Fueron muy rápidos.

—Sí. Muchos de los países se rindieron, entre ellos Francia. Nosotros teóricamente tuvimos suerte, ya que mientras una parte del país era territorio ocupado, autorizaron a la creación de un gobierno francés en Vichy que no dejaba de ser una pantomima más. Decían que querían un gobierno amigo al estilo del italiano de Mussolini o incluso del de Franco, pero era todo mentira. Lo de Vichy no era más que una cosa figurativa. Era un gobierno marioneta de Hitler.

—¿Lo dejamos por hoy?

—Yo creo que sí. A partir de aquel día hubo muchos cambios en nuestra vida. Agnès y yo habíamos vivido una guerra civil que no nos afectaba, pero para Ada y su familia aquello era empezar de nuevo con todo. Ellos lo vivieron muy mal. Nosotros no éramos muy conscientes de la realidad.

—Pues mañana seguimos con la historia. Por cierto, me tienes que contar con un poco de detalle la visita de tu nieto. Me hubiese gustado mucho conocerle.

—Me llevé una gran sorpresa cuando llamó el sábado. Estoy muy contento de ver en lo que se ha convertido, aunque está totalmente volcado en el trabajo y eso hace que su vida sentimental no funcione tan bien, pero aún es joven y espero que encuentre una mujer que lo haga cambiar.

—Nos vemos mañana.

Kevin salía de la residencia y al pasar por delante del despacho de Celia, se decidió a entrar y decirle adiós.

La vio rodeada de expedientes. Parecía muy atareada.

—Tan solo es para avisarte de que ya hemos acabado por hoy.

Ella levantó la mirada y con una sonrisa le dijo:

—Hasta mañana. A ver si podemos comer juntos.

—Por cierto, ya me ha contado que el hijo de Ada se llamó Joan. No le he dicho que lo sabía.

—Pobre de ti —bromeó.

Salí rumbo a Granollers.

CAPÍTULO 18

La ocupación

Volvía a estar nublado y eso que había oído que en España no solía llover mucho. Aquel año debía de ser la excepción. Mientras desayunaba en la cafetería, el camarero con el que solía conversar a primera hora le había explicado que, al contrario de lo que pensaba, aquel era un año seco. De hecho, los últimos años estaban siendo todos relativamente secos.

Cuando cogió el coche y encaró el Turó de l'Home se dio cuenta de que había nieve en la cima. No faltaba mucho para Navidad y dedujo que era normal que hiciese aquel clima. La noche anterior, cuando salió del gimnasio, paseó sin rumbo por Granollers. La decoración navideña ya estaba por todas partes y se notaba claramente en el ambiente. Empezaba a ver gente con bolsas de los grandes almacenes, quizás comprando regalos.

Entró en una cafetería y se sentó cerca de la cristalera que daba a la calle; por un momento, sintió añoranza de su familia. Aunque por regla general entre ellos eran un poco distantes y cada uno vivía su vida sin meterse en la de los demás, por aquellas fechas solían reunirse todos en casa de sus padres, que tenían una segunda vivienda en New Jersey. Cuando llegó Acción de Gracias, ya tuvo por primera vez aquel sentimiento, pero ahora parecía que era un poco más intenso. Llamaría por la noche y seguro que bastaría media hora de conversación telefónica para ser consciente de lo bien que estaba en Granollers.

Parecía que la Navidad le perseguía aquella mañana. Cuando llegó a la residencia también estaba decorada para las fiestas. Había un abeto enorme cargado de adornos y un gran pesebre en un lado de la sala que utilizaban como comedor. Además, también estaban los adornos clásicos a base de campanas, cajas de regalos, y renos en cenefas coloridas de papel y que colgaban por todos los sitios. Le extrañaba sentirse así porque él siempre había sido una persona con poco espíritu navideño.

—¿Te gusta? —preguntó Celia a su espalda.

—Bueno... —respondió.

—Ya veo que no eres muy de estas fiestas.

—No mucho, pero queda bien.

—Lo hacemos por ellos, para que tengan un poco la sensación de fiesta y de

que es Navidad. Durante los días de celebración a muchos los vienen a buscar sus familias y se los llevan. Mi madre y Clara lo van a celebrar con Tomás, pero hay otros que se pasan aquí todas las fiestas y casi ni siquiera reciben una llamada. Es muy triste.

—Me imagino que sí debe serlo.

—Este es un sitio donde mucha gente ingresa a sus mayores para poder olvidarlos y tener la conciencia tranquila de que han estado bien cuidados, pero se olvidan de que el cariño de su gente es más terapéutico que la medicina.

—Te veo triste —dijo Kevin.

—Me enfada esta situación. Además, a muchos de estos parientes los voy viendo de vez en cuando o son los que llaman para quejarse de cualquier tontería, pero no se puede hacer nada, cada uno es como es y con eso no quiero decir que todos los ancianos sean unos ángeles, algunos son bastante fastidiados, pero ahora están indefensos y eso es lo que da pena.

—Es posible que mis padres acaben así y francamente, no sé si ninguno de nosotros sería tan generoso como para ir a buscarlos en una fecha como esta. Todos vamos muy a la nuestra en mi familia.

—Pues es un error. Luego se van para siempre y nos damos cuenta de que los echamos de menos, pero ya es tarde, así que hay que aprovechar los momentos que nos tocan vivir e intentar hacerlo con alegría.

—Tú tampoco estarás —dije con poco acierto y para disipar un poco la tristeza de las palabras de Celia.

—Estaré en la comida de Navidad y volveré a estar en Reyes. Sí que estaré y tú también, recuerda que estás invitado, además de que mi madre aún está muy bien y también tiene sus amistades. Ella tampoco querría tenernos todo el tiempo en casa.

—¿Comemos? —pregunté cambiando de tema.

—No. Con todo el festival, ayer por la tarde la pasé ayudando a adornar y tengo todo mi trabajo pendiente. Realmente no puedo, pero no pongas mala cara, en breve nos vamos a París y tendrás toda una semana para estar conmigo. Te cansarás de aguantarme.

Tras decir aquello, le dio un beso en la mejilla vigilando que nadie estuviese mirando y se alejó por el pasillo hacia su despacho.

Vio que Thomas estaba sentado en una mesa con un grupo de varias personas y conversaban alegremente. Lo observó en la distancia. Nadie diría que tenía tantos años, estaba contento y bromeaban entre ellos. Desde donde se encontraba oía el sonido de la conversación, pero no era capaz de distinguir las palabras.

Thomas se giró y le vio. Como si tuviésemos prisa, se despidió y se levantó dirigiéndose hacia donde él le aguardaba.

—Perdona, Kevin, no quería hacerte esperar. No me he dado cuenta de que ya estabas aquí.

—Solo llevaba unos instantes, no te preocupes. Veo que tienes tu grupo de amigos aquí también.

—Claro que lo tengo, siempre he sido bastante sociable. Hablamos de nuestras historias, competimos al dominó o las cartas y miramos la tele. Así vamos pasando el tiempo. Yo suelo leer bastante.

—¿Te aburres? —me atreví a preguntar.

—Casi nunca. La verdad es que no he solido ser una persona que se aburriese generalmente. Cuando estaba muy ocupado porque no tenía tiempo y ahora que si lo tengo lo paso oyendo música, leyendo, miro alguna película de vez en cuando y por supuesto que me meto en todas las competiciones de juegos de mesa que puedo. También hablamos de nuestras cosas... No, no me aburro.

—Dicen que la gente inteligente no se aburre nunca.

—Va, eso no es más que un dicho. ¿Qué tiene que ver la inteligencia con el aburrimiento? Posiblemente, la gente muy ignorante tampoco se aburre y en mi caso, desde que estamos trabajando en mi biografía, casi es lo contrario, hay días en los que pienso que estoy muy ocupado y la verdad es que es una sensación que hacía tiempo que no sentía y francamente me gusta. Me mantiene vivo.

Mientras hablaban, Thomas le encaminó hacia su habitación. Allí tenía preparado su sistema de carpetas y había pedido que le trajesen una segunda silla para poner en su escritorio y que pudiesen estar los dos cómodamente sentados. Cuando ya estaban situados, Kevin puso en marcha la grabadora y empezaron.

—Habíamos estado hablando de la invasión de Francia y de la entrada de los nazis en París. ¿Cómo fue aquello?

»La verdad es que durante los nueve meses que pasaron desde el inicio de la guerra hasta que entraron en la ciudad todos nos debatíamos entre la idea de que igual que en la primera guerra mundial conseguirían pararlos antes de la entrada; y los más realistas que pensaban que en esta ocasión la situación era muy diferente y el ejército alemán atravesaría el país sin demasiados problemas. Estos últimos ganaron. Yo no era francés, pero llevaba varios años allí y me gustaba mucho París. Francamente los vi con mis ojos desfilando por los Champs Elysees y te puedo decir que me costó mucho retener las lágrimas de rabia. Volvía a ser como en España: el fascismo ganaba a la democracia. Habíamos vuelto a perder.

»Por suerte para nosotros, en el primer momento los Estados Unidos no entraron en la guerra oficialmente, aunque desde el primer día ayudaron al Reino Unido. El gobierno de Washington y el de Berlín firmaron un acuerdo de reciprocidad por el que se respetaba la libertad y la actividad de los ciudadanos por ambos bandos y por eso a nosotros no nos afectó mucho, aunque en lo referente al trabajo desde el principio nos perjudicó. París-Soir bajó su actividad a mínimos y despidió a la mayoría de sus empleados. Por suerte, nosotros teníamos nuestros propios recursos económicos, pero yo me quedé sin nada que hacer y Álex perdió su fuente de ingresos principal.

»Los franceses, imagino que igual que en el resto de Europa, actuaron de diferentes formas. La mayoría era contraria a los nazis, pero había muchos que no lo eran e incluso colaboraban con ellos. También gente famosa. Por ejemplo, se comentaba que Coco Chanel era una de ellos, aunque posteriormente muchos intentaron desmentirlo.

»A pesar de todo y como te he dicho antes, nosotros pudimos seguir más o menos con nuestra vida. Recuerdo particularmente cuando empecé a ver gente que iba por la calle y que llevaban la insignia amarilla cosida a la ropa. Aquello me impresionó mucho. Gente con la que me había cruzado durante los años que llevaba allí y que conocía bien la habían tenido que coser a sus abrigos. Eso empezó a pasar casi desde el principio.

»Un día Sophie vino a avisarme.

»—Tomás, tienes una llamada al teléfono. Es un tal Paul London.

»Le acompañé extrañado.

»—Buenos días, Tomás al habla.

»—Buenos días, espero no haberle interrumpido en nada importante.

»—No se preocupe, he perdido mi trabajo en París-Soir, así que me sobra el tiempo.

»—Lo lamento. Yo le llamaba para invitarle a pasar por la embajada. Hay alguna cosa que me gustaría comentar con usted.

»—De acuerdo, ¿cuándo quiere que vaya?

»—¿Puede venir hoy a las cinco de la tarde?

»—Allí estaré.

»—Venga solo —y acto seguido colgó.

»Me sorprendió aquella llamada y aquella conversación. No tenía ni idea de qué querría aquel hombre, pero mucho me temía, no sé por qué, que me haría empezar a devolver los favores que nos había hecho.

»Puntualmente estaba a la hora convenida allí. London no me hizo esperar y

salió a recibirme al cabo de unos segundos. Tras un cordial saludo me hizo pasar a su despacho. Se mostraba distendido y me ofreció una bebida. Yo acepté y enseguida nos trajeron dos vasos con hielo y una botella de Four Roses por abrir. Vertió una buena cantidad en cada vaso y se apoyó cómodamente en el respaldo de su silla.

»—Imagino que debe estar volviéndose loco intentando adivinar por qué le he hecho venir y además, con esas prisas —dijo con una sonrisa.

»—Bueno, no sé exactamente si tanto como volverme loco, pero debo reconocer que me tiene intrigado.

»—Pero, señor Levi, usted no es ningún iluso. Seguro que se imagina, al menos un poco, cuál es el tema que vamos a tratar esta tarde.

»—No le voy a engañar, sí que tengo mis teorías, pero, ¿por qué estamos dando vueltas? Por favor, le invito a exponer clara y directamente qué es lo que quiere y veamos cómo podemos solucionar esta situación.

»—Tiene razón —admitió London—, no tiene sentido seguir perdiendo el tiempo.

»Dio un trago largo de su bebida y yo aproveché también para saborear aquel whisky que me pareció excelente a pesar de que mi paladar no estaba muy habituado a aquel tipo de licor.

»—Como usted sabe, y además me consta de que es muy consciente de ello, nuestra embajada hasta este momento le ha proporcionado todo tipo de servicios que usted nos ha demandado. Siempre, o casi siempre, andando sobre el delgado hilo que hay entre la legalidad y la ilegalidad, y de la manera más eficiente posible.

»—Es totalmente cierto y por eso les estoy muy agradecido.

»—Ahora es el momento en el que debe hacer algo por su país —dijo aquello mirándome fijamente a los ojos. Me llegó a intimidar, aunque intenté disimularlo lo mejor que supe. El joven galante y educado por fin se sacaba el disfraz y mostraba al lobo que realmente era.

»—Estaba seguro de que esa era la razón por la que me había citado y hace meses que sabía que llegaríamos a este momento.

»—Es usted un chico listo, señor Levi.

»—Gracias —respondí levantando el vaso en un gesto de saludo cargado de cinismo—. Y, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

»—En París tenemos una colonia de estadounidenses que se ha visto reducida desde la llegada de los alemanes. Muchos hombres de negocios se han marchado a otros lugares más tranquilos y seguros, o sencillamente han vuelto a casa.

También, muchos diplomáticos y artistas. El caso es que han quedado pocos de ustedes. Usted, Levi, conoce perfectamente cuál es nuestra posición actual en la guerra. Somos un país formalmente neutral, aunque de la manera más discreta posible intentamos ayudar al Reino Unido y queremos la liberación de Francia. Hay que detener a los nazis.

»—Estoy de acuerdo en que hay que echarlos de Francia y ya que nos ponemos, no se olvide de España, allí también mandan.

»—Bien, como le decía, necesitamos tener nuestros informadores. Estos informadores deben ser gente bien formada, discreta, que sepa escuchar y atar cabos, y que nos avisen de todo lo que consideren importante.

»—Pero en este momento, yo estoy en paro. No tengo acceso a la información que corre y más allá de lo que piensen mis vecinos, no sé qué le puedo proporcionar.

»—Su situación como desempleado se puede solucionar. Parte de mi oferta es contratarle como agregado o colaborador de la Embajada. Usted se dedicará a realizar reportajes sobre los temas que nosotros le solicitemos. Le daremos cobertura, un salario y todo lo que necesite. Concertaremos las entrevistas, y le enviaremos a los eventos y festejos donde pensemos que puede haber algún tema de nuestro interés. En realidad, sus artículos se emitirán por la WNYC.

»—No la conozco.

»—Es la emisora de radio pública de Nueva York.

»—Es una oferta tentadora.

»—Y le aseguro que el salario es bueno.

»—¿Qué pasa si no consigo lo que ustedes quieren saber?

»—Si es porque ha sido imposible, no pasa nada, pero estoy seguro de que eso será muy poco frecuente. Estoy al corriente de su currículum vitae y me consta que es un joven bastante brillante, al menos eso desprenden sus calificaciones y el informe que recibimos de París-Soir.

»—¿No correré ningún riesgo?

»—Riesgo siempre hay y más en un país invadido por los nazis, pero será mínimo porque gracias a su contrato va a pertenecer al cuerpo consular y eso le da bastante protección.

»—¿Qué pasa con mi familia?

»—Ese es el siguiente tema. De momento, no necesitamos ningún servicio de su hermana ni de su cuñado. No es conveniente que sepan mucho de esta conversación, basta con que sepan que se le ha ofrecido un puesto de trabajo y nada más.

»—¿Y de mi esposa?

»—Su esposa es un caso diferente. Mrs. Agnès Forns empieza a ser una pianista de fama considerable, cada vez la solicitan con más frecuencia en conciertos de todo tipo. Como ya sabe, los nazis son unos megalómanos de mucho cuidado y por lo que ha llegado a nuestros oídos, hay algunos que están encantados con su arte.

»—Es cierto y la verdad es que este es un tema que me preocupa bastante.

»—Entiendo la preocupación porque es una joven muy bella y sinceramente, corre un riesgo cuando acude a conciertos a los que asisten autoridades nazis que, en muchos casos, están lejos de casa y sin sus familias.

»—Ya lo sé, soy consciente y eso me quita el sueño.

»—No podemos hacer mucho al respecto. Tengo que admitir que además de ser una bella mujer, me pareció muy inteligente. Quizás deberíamos confiar en su habilidad para moverse entre toda esa gentuza y salir airosa. Parece ser que de momento lo ha conseguido y además, su nacionalidad americana le ayuda.

»—¿Y qué quieren de Agnès?

»—Ella debe colaborar con usted. Su trabajo sencillamente consistirá en seguir con la vida que lleva habitualmente, pero debe tener los oídos bien abiertos. Se va a mover mucho a nivel de grandes fiestas privadas a las que asisten los altos cargos militares y en muchos casos, sus esposas o sus amantes. Estos nazis son a veces bastante estúpidos y presumen ante ellas de sus planes y de lo que consiguen. Para Agnès mezclarse con ellas y obtener información debería ser relativamente fácil.

»—Yo no puedo tomar una decisión en su nombre. Solo puedo hablar por mí. Por mi parte estoy de acuerdo con aceptar su propuesta. Periodísticamente me interesa, económicamente también, detesto el fascismo y no me da miedo, pero Agnès debe hablar por sí misma.

»—Hagamos una cosa si le parece: discútanlo ustedes dos y si lo considera necesario, nos vemos aquí los tres y lo hablamos. Entiendo que por lo que respecta a usted, puedo ir preparando su contrato de trabajo.

»—Puede hacerlo.

»—En ese caso, el próximo lunes se incorpora a sus labores con nosotros. Le espero aquí y además de enseñarle un poco más detalladamente las instalaciones, programaremos las actividades que tenemos en cartera.

»Nos despedimos con el compromiso de que en breve le diría algo respecto a la decisión de Agnès. Por otro lado, quizás sería un buen momento para intentar convencer a Ada y Álex de que se fuesen a los Estados Unidos. Allí estarían

mucho más seguros. Caminaba con calma la distancia entre la Embajada y el Barrio Latino. No estaban cerca, así que anduve durante un rato. Intentaba aclarar mis ideas y no dejarme llevar por mi aversión a Hitler o a Franco que, para mí, en definitiva era más o menos lo mismo. También intentaba dirimir el enfrentamiento que se producía entre mi cabeza y mi mente, sobre todo respecto a Agnès. Mi cabeza decía que no tenía que haber ningún problema y que debía aceptar, pero mi corazón temblaba de miedo solo con imaginársela inmersa en el menor riesgo posible.

»Ya había entrado en el Quartier Latin y estaba a unos trescientos metros del apartamento cuando vi un pequeño tumulto de gente que rodeaban a dos soldados alemanes que estaban discutiendo con un hombre. No me quise acercar, pero no pude evitar mirar al pasar y la sangre se me quedó helada en mis venas. La víctima, en este caso, era Philippe. Me acerqué para intentar ver si podía sacarlo de aquel apuro.

»—Conozco a este hombre —dije sin pensar mucho en lo que estaba haciendo.

»—Y ¿quién eres tú? —me dijo uno de ellos que parecía el cabecilla y que mostraba cara de pocos amigos.

»—Thomas Bosch, periodista —dije sacando mi pasaporte. Aquello era un hábito al que nos habíamos acostumbrado todos. Identificarnos siempre incluso antes de que nos lo solicitaran.

»—Americano —le dijo al otro en alemán con un profundo desprecio y devolviéndome la documentación. El otro soldado asentía, pero en ningún momento abrió la boca ni intervino.

»Philippe no hablaba. Estaba aterrado en el suelo, le habían dado algún golpe. Imprudentemente intenté ayudarlo a levantarse, pero aquel impresentable me dio un empujón que me estrelló contra la pared. Noté que la nariz me empezaba a sangrar.

»—No te acerques —me gritó amenazándome.

»Volviéndose a Philippe le dijo:

»—No quiero que vuelvas a salir a la calle sin la estrella amarilla, maldito judío. La próxima vez te mataremos directamente.

»—Yo no soy judío —fue todo lo que dijo Philippe.

»Entonces el otro guardia, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, lo puso de pie contra la pared y le ordenó:

»—Bájate los pantalones.

»Philippe dudaba si había oído bien, si aquello era posible.

»—Por favor, no creo que sea necesario —dije casi sin pensar.

»El animal que me había estrellado contra la pared cogió su fusil y lo apoyó de lado, violentamente contra mi pecho encastándome contra la pared otra vez y apretando con fuerza. Me costaba respirar. Temí que me rompiese alguna costilla de la presión que ejercía. Yo boqueaba intentando que me entrase aire en los pulmones.

»—Te he dicho que no te metas, americano. A la próxima te atravieso la cabeza de un tiro.

»—Y tú, bájate los pantalones —insistió el otro.

»Philippe, resignado, aterrado y ahora además avergonzado, se bajó lentamente los pantalones. Estaba circuncidado.

»Se hizo un silencio terrible. El pedazo de bestia que me había encastado contra la pared hacia tan solo un momento sacó una pistola de su cinturón y la apoyó directamente en la frente de Philippe. Aquellos parecían los últimos segundos de su vida.

»—Si no quieres que te meta un tiro la próxima vez, quiero verte con la estrella de los judíos. ¿Me has entendido?

»—Sí —dijo en un susurro Philippe.

»—¿Qué hacéis mirando? —dijo el otro dirigiéndose a la gente que se había arremolinado alrededor nuestro—. Estos franceses son unos vagos. Vamos, cada uno a su trabajo, aquí no hay nada más que ver.

»Se alejaron, pero antes el animal se volvió y me miró fijamente. Mi cara había quedado registrada en su mente y posiblemente mi nombre también porque lo había podido leer en el pasaporte. Philippe volvía a estar sentado en el suelo. Estaba hecho un ovillo. Le habían pegado y lo habían humillado.

»—Vámonos a casa —le dije ayudándole a levantarse y a ponerse bien la ropa.

»Andábamos lentamente. El golpe contra la pared además de hacerme sangrar, por suerte, no me había roto la nariz, aunque eso no evitó que me saliese un morado que me ocupó el cuarto derecho superior de la cara durante unos cuantos días. Era más espectacular que doloroso. Le acompañé a casa y cuando Sophie abrió, casi se desmaya de la impresión.

»—¿Qué ha pasado? —me preguntó una vez que se recuperó del susto.

»Yo pude explicarle el mal rato que había pasado, pero no sabía cómo habían llegado a aquel punto.

»—Alguien me ha denunciado —dijo Philippe; era la primera cosa que decía desde que había acabado aquel episodio.

»—¿Pero quién? —dijo Sophie cada vez más histérica.

»—Cualquiera —le respondí yo—. Puede haber sido alguien que calculó mal y

que pensó que todo lo que tienes es de los dos, ya sabes que si denuncias a un judío te puedes quedar con sus propiedades o al menos eso dicen. O alguien que estuviese en un apuro y quisiese congraciarse con los boches. Ve a saber.

»—Es cierto lo que dice —respondió Philippe—, lo que no sé es cómo han sabido que era judío.

»—Puede haber sido una casualidad —le dije.

»Dimos unas cuantas vueltas al tema y al final, cuando vi que estaban más tranquilos, me fui a casa. Sophie me había puesto hielo en la cara durante todo aquel rato para intentar que se me bajase el morado y algo habíamos conseguido. Me dio las gracias cincuenta mil veces hasta que me cansé y le dije que no quería volver a oír su agradecimiento.

»En realidad pensé que aquello le podía pasar a cualquiera y sobre todo a mí. Yo también estaba circuncidado. Cuando lo pensé me di cuenta del riesgo que había corrido, aunque eso no me hubiese frenado. Empezaba a ser consciente de en donde estaba metido. Cuando abrí la puerta de casa y me vieron, quedaron todos muy impresionados. Además, estaba la familia al completo. Empezaron a preguntar todos a la vez qué había pasado y se lo expliqué.

»—Deberíamos ir al médico —dijo Agnès.

»—No hace falta. Es muy espectacular porque es en la cara, pero estoy bien, no te preocupes. Si me dais paños húmedos, me los iré poniendo, pero tranquilos, no me duele nada. Temía que me hubiesen roto el hueso de la nariz, pero parece que mi nariz judía aguanta bien los golpes —bromeé.

»—Esto es muy serio —dijo Álex—. Cada día se ven numeritos como este. Parece que cada vez están más envalentonados. Si a ti con el pasaporte americano te han dejado así, qué debe ser cuando paran a un francés.

»—Pues lo que le ha pasado a Philippe —respondí.

»Al principio, la preocupación era por mí, pero poco a poco fuimos pasando a la preocupación por la situación general.

»—No sé qué nos mantiene aquí —dijo Ada—. Estaríamos más tranquilos si nos fuésemos todos a América.

»—Imagino que nos mantiene la posibilidad de volver algún día a casa —dijo Álex pasándole su brazo por los hombros—. Es estar cerca de Cardedeu y quizás si ayudamos a vencer a los nazis, consigamos que Franco también caiga. Si nos vamos a América quizás nunca podamos volver.

»—Eso cada día es más difícil —le dije—. Ahora ya tiene buenas relaciones con un montón de países y con esto de la guerra tiene una posición estratégica que a todos interesa. Nadie intentará ponerse a malas con Franco en estos

momentos.

»—Es cierto —dijo Agnès—, parece que cada día estamos más lejos de poder volver, en el sentido de regresar a un país normal.

»Fue durante la cena cuando decidí poner en común con todos ellos la conversación con London, incluyendo lo referente a Agnès.

»—Es muy peligroso, Tomás, quizás no deberías aceptar —dijo Álex en su faceta más protectora.

»—Es que no estoy en condiciones de decir que no. Ellos nos han ayudado siempre que ha hecho falta, ya antes de que estallara la guerra me ayudaron, así que yo no puedo negarme. Y si quieres que te sea sincero, cada vez que pedía un favor sabía que lo tendría que pagar al final.

»—Ten mucho cuidado —insistió.

»—Además, después de lo que he visto en el día de hoy aún me reafirmo más en mi postura. No me voy a acobardar y voy a buscar la manera de luchar contra ellos. Si puede ser sin que sea por la fuerza, ya que tendría las de perder —intenté hacer una broma, pero nadie rio.

»—Puedes decirle a London que cuente conmigo —dijo Agnès—, yo también quiero acabar con todo esto. Que me indique qué es lo que quieren y haré todo lo que pueda sin ponerme en situaciones de riesgo para ayudarles.

»—¿No podemos hacer nada nosotros? —preguntó Álex.

»—Imagino que de momento no porque lo que les interesa es la coartada del periodismo en mi caso y que Agnès como pianista se introduzca en sus círculos. Yo creo que está bien que vosotros dos deis el contrapunto de normalidad a esta familia. Por nuestra salud mental y también por apariencias.

»—De acuerdo —dijo Álex—, pero no os puedo engañar. Todos me conocéis y sabéis que de una manera u otra yo emprenderé mi lucha contra los nazis.

»—Francamente, si yo pudiese me iría a Boston o a cualquier otro sitio —dijo Ada—, a mí esta gente me da mucho miedo, más que los de Franco. Estos son aún más crueles y más salvajes. Debe de ser la maternidad lo que me hace sentir así.

»Agnès puso su mano sobre la de Ada.

»—Es la maternidad y la verdad es que yo lo comprendo. Quizás deberíamos hablar con ese tal Scott y ver cómo está la posibilidad de que te vayas a los Estados Unidos.

»—Ya sabéis que no me iré sin vosotros, soy a la que más le ha costado formar parte del grupo, vosotros ibais juntos al colegio y tenéis todos, la misma edad —dijo medio en broma.

»—Esa posibilidad no deberíamos descartarla —dijo Álex—. Quizás en algún momento convenga que alguno de nosotros siga aquí y que los demás se marchen —yo conocía a Álex. En realidad, todos lo conocíamos y sabíamos que no hablaba por hablar.

»—¿En qué estás metido? —pregunté.

»Hizo cara de sorprendido por mi pregunta.

»—¿Yo? En nada.

»Pensé que volvería sobre el tema en algún momento en el que estuviésemos los dos solos y pudiésemos hablar con total libertad.

»El lunes siguiente empecé a trabajar para la embajada de los Estados Unidos de América en París. Me recibieron muy bien y London me enseñó el lugar donde tendría mi espacio para trabajar. Era un pequeño despacho con una máquina de escribir y pocos utensilios más. Tenía a mi disposición a Henriette, que era francesa, de origen americano y que escribía un inglés más o menos como el mío. No estaba muy seguro de que fuese la persona ideal para corregir mis textos, quizás necesitábamos a alguien que redactase un poco mejor. Por suerte para ella, la compartía con otros compañeros de otras secciones.

»Aquel mismo día recibí el primer encargo. Se trataba de estudiar la situación de aquellos artistas que permanecían en Francia tras la ocupación y ver cuál era su relación con la Wehrmacht, que eran las fuerzas de ocupación. Tenía que hablar con Picasso, Sartre y Camus. Los Estados Unidos querían saber hasta qué punto estaban comprometidos con los ocupantes. Me aconsejaron empezar por Picasso por tener un origen español igual que yo. Francamente, no entendí en absoluto aquel trabajo tan absurdo. Se suponía que debía descubrir secretos políticos o militares y no creía que ninguna de aquellas tres figuras del arte pudiesen ayudarme. Tampoco entendía el interés de la embajada en aquella gente.

»Tenía la visita concertada con Picasso para el día siguiente. El problema es que estaba en su estudio en la ciudad de Royan, en el estuario de la Gironda en el Atlántico. Tenía que volver a casa, preparar mi equipaje y partir hacia allí. Afortunadamente, el artista me esperaba por la tarde, así que tenía tiempo suficiente de llegar. La embajada puso una moto a mi disposición. Cuando pasé por casa para avisar solo estaba Ada con el pequeño. Era la que actuaba como el nexo de unión más sólido de todo el grupo, un papel parecido al que había hecho mi tía en su tiempo en Can Tomeu. Le expliqué lo que tenía que hacer y que no sabía cuándo volvería, pero que seguro que no serían más de dos o tres días.

»Salí hacia Royan. Eran unos quinientos kilómetros. Si no tenía muchos

problemas por el camino, a última hora de la tarde quizás podría estar allí. Tenía alquilada una habitación en un hotel céntrico de la ciudad. El camino se me hizo más pesado de lo que pensaba. Además, al principio, no me encontré seguro sobre la moto. Siempre había pensado que era parecido a ir en bicicleta, pero aquel aparato pesaba y no era tan fácil de controlar. Tardé diez horas en llegar y estaba rendido cuando finalmente me estiré sobre la cama de la habitación. Me dolían los brazos y las piernas de hacer fuerza, y solo pensar que tenía que volver de la misma manera me ponía de mal humor.

Descansé aquella mañana, y salí a pasear por la costa y el estuario. Aquel pueblo era parte de la Francia ocupada, igual que París, pero aparentemente todo era más tranquilo y había menos presión de la Wehrmacht. Podías llegar a olvidarte de que estábamos en guerra, al menos en aquel día.

»Pablo Picasso me atendió en su estudio. Me cautivó su personalidad desde el primer segundo. Era una persona de carácter fuerte y con convicciones muy claras. Durante la Guerra Civil había estado siempre del lado de la República y me explicó que incluso había aceptado la dirección del Museo del Prado durante una temporada, aunque aquello fue simbólico. Asqueado y desde hacía tiempo en París, pintó el *Guernica* en 1.937. Durante la ocupación se trasladó a Royan y pasó allí gran parte del tiempo de guerra tan lejos como pudo de los nazis.

»Dijesen lo que dijesen, Pablo Picasso me pareció un personaje antifascista más que cualquier otra apreciación política. También hablamos de mujeres, bueno en realidad habló él. Era un mujeriego incansable y había tenido relaciones con algunas de las mujeres más bellas de Europa. Cuando me preguntó por mi experiencia, un poco avergonzado, tuve que admitir que me enamoré de mi esposa cuando tenía ocho años y que con veinticinco seguía igual de enamorado.

»—Eso es fantástico —exclamó mientras llenó de un excelente vino tinto los dos vasos que teníamos delante—. No puede haber una mayor muestra de arte y pasión que un amor eterno. Te envidio, joven periodista. Llevo toda la vida buscándolo y no lo he encontrado.

»—Debe ser casualidad, si tiene que aparecer ya aparecerá —fue lo único que supe contestarle.

»Hablamos durante varias horas. Era una persona cautivadora. Me dejó fotografiarle junto a algunos de sus cuadros ya acabados que tenía en el estudio y también algún boceto, pero cuando finalmente salí de allí no entendía qué narices había ido a hacer tan lejos. Estaba muy bien la entrevista, personalmente aquel hombre me había aportado mucho, pero no había conseguido nada que

pudiese utilizar mi embajada contra los nazis.

»Cuando llegué a la habitación, preparé las cuatro cosas que llevaba y lo empecé a recoger todo para estar listo y salir temprano rumbo a París. Al entrar en el cuarto de baño para recoger mis útiles de aseo vi un sobre colocado en el espejo. Lo cogí, estaba cerrado y ponía las iniciales P.L. Después de pensar un poco deduje que debía ser Paul London. Debajo ponía «no abrir», pero si se suponía que todo aquello era para hacer de correo, tenía todo el derecho a abrir el sobre y así lo hice. No sirvió de nada. Había unas diez líneas escritas de letras y números sin ningún sentido en absoluto, al menos para mí. Entendí que el mensaje debía estar en clave.

»Me costaba creer que recorrer mil kilómetros entre ida y vuelta y entrevistar a Picasso debía ser algo más que para recoger un sobre. No tenía mucho sentido todo aquello. La cabeza me daba vueltas, así que decidí guardarme el sobre en el pantalón. No me atrevía a dejarlo en la habitación y salí a cenar algo. Hacía buen tiempo, aunque estaba oscureciendo, así que me senté en una terraza frente al mar. No era fácil ver el mar si vivías en París. Aquello me hizo sentir añoranza de mis años en Cardedeu; tenía aquellos tiempos un poco idolatrados.

»Cuando regresé a la habitación no había ninguna señal de que nadie hubiese entrado, así que me desvestí y me metí en la cama.

»Agotado llegué a la Embajada. Era tarde, pero aprovechando que había ido a devolver la moto, pregunté si Paul London aún estaba. Me dijeron que sí, así que fui a su despacho.

»—Hola, Thomas —me dijo sin sorprenderse de verme—. Parece que no ha habido problemas. ¿Qué tal la entrevista?

»—La entrevista con Picasso fantástica. Un gran personaje, tengo material para hacer un gran artículo. Mañana me pondré con ello.

»—Está bien. Ahora quizás deberías descansar.

»—Tengo algo para ti —dije sacando el sobre de uno de mis bolsillos y extendiéndoselo—, porque P.L. eres tú, ¿no?

»—Sí soy yo— dijo sin inmutarse—. Gracias.

»—¿Todo esto para traer un sobre?

»London me miró sorprendido por el comentario y debió considerar que era necesario hacerme alguna pequeña aclaración.

»—Siéntate, por favor.

»Mientras me sentaba, me ofreció tomar alguna cosa, pero estaba agotado y rechacé la invitación.

»—Aunque te parezca que has hecho el viaje tan solo por un sobre, eso no es

cierto. La verdad es que hay una gran variedad de pequeños mensajes que estamos dando con tu visita. Por ejemplo, el mismo hecho de que la Embajada envíe a alguien a Royan ya tiene un significado. Que hayas ido en moto y no en coche puede que también lo tenga. La entrevista con Picasso es la justificación para enviarte, pero que sea precisamente Picasso quien aparezca en nuestros medios de comunicación también puede estar lanzando un mensaje principal. Finalmente, por supuesto que el sobre también es importante y como ya has visto, porque lo has abierto, es ininteligible para alguien que no sea el destinatario. Quizás Picasso te ha dado algún mensaje en clave que desconoces en sus palabras o puede que no.

»—Soy un ignorante de todos estos asuntos. Espero que haya sido útil— dije finalmente resignado.

»—Mucho más de lo que crees y de tu artículo sacaremos aún más información. No te preocupes, has hecho un buen trabajo y aunque no seas muy consciente, has corrido riesgos, ya que si te enganchan los alemanes con el sobre, hubieses tenido serios problemas.

»—Lo pensé en algún momento— reconocí—, aunque consideré que la probabilidad de que eso pasase era muy baja.

»—Hubiese sido baja si tú fueses una persona normal de la calle, pero no olvides que eras un reportero enviado por la Embajada. Estoy seguro de que los servicios secretos alemanes han estado al corriente de tu visita a Royan.

»—Mañana a primera hora nos vemos —dije levantándome y sin ganas de seguir aquella conversación—. Estoy cansado y necesito dormir. Intentaré tener el artículo listo a última hora de la tarde.

»—Por cierto, Thomas, tu mujer tiene su primera misión. Ya está al corriente.

»—Espero que no corra ningún peligro —dije realmente preocupado.

»—Tranquilo, es fácil y estoy seguro de que ella lo hará bien. Ve a descansar y felicidades por tu buen trabajo.

»Salí de allí rumbo a casa. Aún no habían cenado y no estaban seguros de si yo llegaría aquella noche o al día siguiente. Expliqué mi viaje y hablé de la entrevista con Picasso. Decidí no contar nada acerca del sobre ni de la conversación con London de hacía un rato; no valía la pena porque al final no aportaba nada especial.

»Agnès nos comentó que al día siguiente participaba en un gran concierto que daban en la Mairie de París. Asistirían, aparte de lo mejor de la sociedad parisina que aún seguía en la ciudad, buena parte de los altos cargos de las fuerzas de ocupación con sus esposas. Más tarde, en privado, Agnès me confesó que había

estado hablando con London y que tenía el encargo de contemporizar con las esposas durante la recepción posterior y establecer lazos con ellas para que, en un futuro, tras unas cuantas reuniones, fuesen capaces de confesarle sus secretos. No era muy difícil para ella, sabía actuar en aquel entorno sin problemas. Además, su popularidad como pianista y su belleza le hacían una persona con la que apetecía conversar. La moralidad de los soldados nazis era muy laxa y hasta cierto punto estaba bien visto que los soldados «arios» se mezclasen con la población de los países ocupados, con independencia de que mantuviesen sus familias en Alemania.

»Misiones como aquellas fueron las que se nos encargaron a Agnès y a mí durante aquella parte de la guerra. Aquello duró hasta diciembre de 1.941, que fue cuando los Estados Unidos entraron en la guerra cambiando totalmente nuestra situación.

»Durante aquel tiempo las comunicaciones se habían ido normalizando y podíamos hablar con Cardedeu casi cada semana. La situación, a pesar de la represión, se había ido estabilizando y parte de los jóvenes que habían participado en la guerra habían sido indultados y empezaban a volver a casa. El verano de 1.941 Sara habló con Ada sobre un joven con el que quería empezar una relación especial. Era natural, ya tenía veintiún años.

»Sally y Manuel se habían convertido en la mejor ayuda para mi tía. Mi tía tenía sesenta años y aunque estaba perfectamente, apreciaba la energía de la pareja que estaban próximos a los cuarenta años. Manuel, con la ayuda de Ramon, empezaba a obtener un rendimiento de todo aquello que hasta el momento, en toda la historia de Can Tomeu, no habían sido capaces de conseguir. La dedicación al trabajo obtenía su fruto. Mi tía, aparte de su salario, había negociado con él la entrega de una parte del beneficio. La pobre madre de Álex había degenerado mucho y muy rápido. Todos preveían un final próximo. Era una enferma llevadera. No complicaba mucho la vida de los otros, pero cada vez estaba más desconectada de la realidad.

»Roser, la madre de Agnès, estaba recuperada y se había convertido en una especie de amiga para mi tía. De su mano, ambas habían empezado a aparecer por las incipientes reuniones sociales de la gente de la comarca, iban de tanto en tanto al teatro y en definitiva, empezaban a hacer un poco de vida social, algo a lo que Inés había tenido que renunciar al quedarse viuda muchos años atrás. Finalmente, la pequeña Clara parecía iluminar la vida de todos ellos. Era una niña cariñosa y divertida que no dejaba de sorprenderles.

»Aquella situación en Cardedeu nos ayudaba aportándonos la tranquilidad y la

confianza necesarias para no tener que preocuparnos por el resto de la familia. En el sentido contrario, la sensación era justo la opuesta. Mi tía principalmente y el resto de la familia vivían pendientes de las noticias que llegaban de Europa. Escuchaban los noticieros con preocupación y cada vez que oían algo sobre París se les paraba el corazón.

»En más de una ocasión mi tía insistió en que nos fuésemos a los Estados Unidos y cada vez tenía que explicarle que no era aún el momento y que allí estábamos bien; desde el año 39 no habíamos vuelto. Agnès no quería dejar sola a Ada ni tampoco a Álex. No le parecía bien que nos fuésemos a pasar allí unos días cuando ellos no podían acompañarnos. Además, le costaba separarse del pequeño Joan. A pesar de todo, yo estaba decidido que aquel próximo año, el 42, haría una escapada, aunque fuese por pocos días a Cardedeu.

»De aquellos dos primeros años de la guerra me falta hablar de una cosa. Tenía una conversación pendiente con Álex, pero con el nuevo trabajo en la embajada y las contabilidades que él hacía y que cada vez eran más numerosas y le tenían más ocupado tardé unos días en encontrar el momento ideal para preguntarle sobre su comentario del día en el que habíamos hablado del trabajo en la embajada. Habían pasado un par de semanas desde entonces y los dos sabíamos que tendríamos aquella conversación. Álex tenía muy claro que yo volvería sobre el tema y yo tenía también muy claro que si no me lo había contado era porque no quería hacerlo. Quizás así me quería proteger.

»Cuando llegué a casa aún temprano encontré que él también acababa de llegar, así que le invité a salir a tomar un poco el aire. Me di cuenta de que él no quería, pero sabía perfectamente que no sería fácil que lo dejase escapar así como así y en consecuencia, aceptó. No quise entrar en ningún establecimiento para evitar que cualquiera nos pudiese oír, así que le propuse andar hasta los Jardines de Luxemburgo, más o menos a un par de kilómetros de casa.

»—Tardaremos en regresar —me dijo—, no quisiera que se preocupasen por nosotros.

»—Tranquilo, saben de sobra de qué vamos a hablar y posiblemente adivinan que tardaremos en regresar.

»Esa fue la única referencia a nuestra conversación pendiente hasta que llegamos. Durante el trayecto hablamos de un montón de cosas de nuestro día a día. Desde que compartíamos el apartamento en Saint-Severin nuestra relación había vuelto a intensificarse; se parecía bastante a la que teníamos de niños y de jóvenes, pero adaptada a nuestra nueva situación de adultos.

»—Bueno, amigo —le dije cuando ya habíamos llegado—, ¿en qué estás

metido?

»—Quizás es mejor que no lo sepas. No vale la pena y saberlo os puede poner en riesgo tanto a ti como a nuestras mujeres.

»—¿Y tú crees que no saberlo nos salva? Piénsalo bien. Si es lo que imagino y algún día aparecen los nazis por casa preguntando, digamos lo que digamos los demás y sepamos lo que sepamos, ellos no se lo van a creer y van a estar seguros de que formamos parte de la historia.

»Álex reflexionó unos segundos y finalmente me confesó:

»—Tienes razón. Estoy en la resistencia.

»—Ostras, Álex, me lo temía —le dije alterado, aunque ya imaginaba su respuesta—. ¿Tú sabes lo peligroso que es eso? —Tras acabar la pregunta, me di cuenta de la estupidez que había dicho—. Claro que lo sabes.

»—Mira, Tomás, todos tenemos que aportar para poder echar a los alemanes. Francamente, no tengo nada en contra de ellos, pero sí que admito que «tengo todo» en contra del fascismo. He ido a la guerra, he matado gente y he visto morir a un montón de personas. A pesar de todo, me siento culpable de haber salido ileso.

»—¿Culpable?

»—Sí. Es muy extraño, pero cuando te rodea el horror y la muerte, y resulta que te salvas, no sé por qué te sientes culpable de sobrevivir. Por sentirme culpable también tengo ese sentimiento porque mi hermano murió y yo no. Es difícil de entender si no has estado en la guerra.

»—Tienes razón —tuve que admitir—, tu perspectiva seguro que es diferente de la mía. Hasta ahora yo he podido esquivar el frente.

»—Y no sabes cómo me alegro, querido amigo, porque si de mí dependiera, nadie de mis seres queridos iría.

»Nos quedamos unos minutos en silencio, pensativos. Fui finalmente yo el primero en hablar.

»—Prométeme que tendrás cuidado.

»Álex me miró y me sonrió con aquella sonrisa franca que había tenido toda la vida.

»—Te prometo que lo tendré y que me llevaré a tantos boches por delante como pueda.

»Ahora ya sabía lo que hacía. A pesar de todo, me sentía muy orgulloso de él. Era una de las personas más valientes que conocía.

»Como he dicho antes, esta situación es la que pudimos «disfrutar» hasta diciembre de 1.941. Cuando Japón bombardeó Pearl Harbour, los Estados

Unidos le declararon la guerra y pocos días más tarde Alemania se la declaró a los Estados Unidos. Por suerte, tuvimos cuatro días en los que pudimos reaccionar y en los que la embajada, antes de cerrar sus servicios, pudo tomar una serie de decisiones y realizar una serie de acciones.

—Es un buen punto para dejar la sesión de hoy, ¿no? —invitó Kevin.

—Sí que lo es. Además, aunque no te lo haya explicado, cada tarde me preparo la sesión del día siguiente. Intento recordar cosas, a veces incluso consulto en internet desde el despacho de Celia. Los vídeos de la época me ayudan mucho a revivir y a situarme en el ambiente que se vivía en aquellos días.

—Me lo estás poniendo muy fácil —admitió Kevin.

—De eso se trata, ¿no?

—Oye, ¿qué tal Picasso?— preguntó Kevin con curiosidad.

—Un tipo interesante, quizás una de las personas más interesantes que he conocido, aunque tenía un carácter muy fuerte. No debía de ser fácil convivir con él, pero hay que reconocer que era un genio.

—Y ¿crees que colaboró con los nazis?

—Estoy seguro de que no y además, ya te he contado que posiblemente entre sus palabras y las fotos había algún mensaje para la Embajada americana.

—¿Nunca lo averiguaste?

—Francamente no y te reconozco que tampoco me tomé la molestia. Era casi imposible que si no querían que me enterase lo hiciese.

Kevin se levantó y empezó a recoger lo que tenía por allí encima. La carpeta naranja también se la podía llevar porque estaba ya finiquitada. Prometió que al día siguiente la devolvería. Le quedaba por delante una tarde de bastante trabajo de documentación y redacción.

CAPÍTULO 19

Los Estados Unidos entran en guerra

Thomas no parecía muy animado, había pasado mala noche. Remover sus recuerdos sobre aquellos días no le sentaba muy bien. Era doloroso.

—Me preocupa que hablar de todo esto te haga daño —le comentó Kevin—. Hay momentos en los que pienso que todo este proyecto no es una buena idea. Hemos pasado de la alegría y el ánimo que mostrabas cuando hablábamos de tu infancia y tu juventud a la tristeza que te provocan estos tiempos.

—Es natural, piensa que fueron tiempos muy malos. Sufríamos mucho. La vida era muy diferente a lo que tu generación ha conocido. Durante esos años el riesgo de muerte era algo muy real. Una bomba, un soldado que hubiese pasado mala noche y tuviese un mal encuentro contigo... Cualquier cosa podía provocar el desastre.

—¿Qué te parece si me das las cuatro pistas necesarias y yo investigo el tema? De esa manera no tendrías que revivirlo.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no sería lo mismo. Creo que el relato cambiaría mucho y en definitiva, te estoy hablando de mi vida. Está bien que te la cuente, es el pacto y me ayuda. Recordando todo esto vuelvo a encontrar sentimientos e ideas que en algún momento perdí por el camino.

—Bueno, recuerda que hay otras formas de hacer esto y no es necesario que sufras.

—Parece que me has cogido cariño —dijo sonriendo.

—No lo dudes, aunque cuando alguien te abre su corazón y te cuenta su vida tal y como tú lo estás haciendo es muy difícil no encariñarse.

—Bueno, ya que me has devuelto la carpeta naranja, hoy te presento una carpeta marrón. Verás que hay recortes de diario, pasaportes nuestros que ya están más que caducados y algún documento más. Cuando quieras, empezamos.

Kevin miró preocupado a Thomas, que aquel día trabajaba desde su cama. Temía llevarse otro susto como el del día del infarto, pero la determinación de aquel hombre era tan fuerte que entendió que era inútil negarse a seguir con su historia.

—Vamos allá. Son los días posteriores al ataque de Pearl Harbour —Y encendió la grabadora.

»Era increíble para nosotros. Otra vez más parecía que se abría el cielo sobre nuestras cabezas. Hacía tiempo que los japoneses se estaban expandiendo por Asia. Ya, en 1.930, cuando en Alemania no había empezado todo aquel lío, los japoneses dominaban la península de Corea, Taiwán y Manchuria. En 1.937 conquistaron todo el este de China, incluyendo los puertos del Pacífico y Pekín. Finalmente, entre 1.941 y 1.942 invadieron toda Indochina, Filipinas e Indonesia.

»Por aquel entonces pensaba en Anne y en lo bien que había actuado yéndose a la Argentina con Hugo. Habían salido de Francia un par de meses antes de la declaración de guerra y habíamos recibido alguna carta desde Buenos Aires. Por lo que supe, la familia de Anne se trasladó en pleno a la Argentina. Hugo y yo mantuvimos durante muchos años, incluso después de la guerra, una correspondencia irregular, pero más o menos permanente. Con los años nos volvimos a ver, pero este no es el tema de hoy.

»El ataque se produjo cuando en Francia ya era de noche y nosotros nos enteramos la mañana del día siguiente. La noticia corrió como la pólvora y el pánico entre la colonia americana de París también. Cuando llegué a trabajar no me había enterado de nada. Solía despertarme con el tiempo justo y salía a toda pastilla hacia el trabajo, así que no tenía tiempo más que para tomar un desayuno ligero, pero no miraba ningún diario ni oía la radio. En la puerta de la embajada había mucha gente. Ellos sí que estaban informados de lo que había pasado y sabían las consecuencias que aquello iba a tener.

»—¿Qué pasa? —pregunté a Henriette, que también estaba preocupada.

»—¿No lo sabes?

»—No, por eso te pregunto —le dije un poco enfadado por no tener una respuesta inmediata. Me molestaba dar vueltas inútilmente sobre los temas.

»—Los japoneses han atacado Hawái y los Estados Unidos declararán la guerra a Japón.

»—Y eso imagino que hará que Alemania nos la declara a nosotros o viceversa.

»—Bingo.

»Avancé con grandes pasos hacia el despacho de London y llamé a la puerta. Al no obtener respuesta la abrí. Me encontré a Paul London nervioso y hablando por teléfono. Me miró y me hizo señales de que pasase, cerrara la puerta y me sentase. Discutía con alguien y por la parte de la conversación que oí, entendía que estaba buscando una manera de poder trasladar a los americanos de Francia al Reino Unido. Aquello era difícil a no ser que se contase con el consentimiento

de Alemania. El Canal de la Mancha era un polvorín y estaba lleno de submarinos de los dos países; el tráfico era muy peligroso.

»Aquella conversación me hizo pensar en mi familia y en mí mismo. ¿Qué íbamos a hacer ahora?

»—Imagino que ya te has enterado —dijo London cuando colgó el teléfono.

»—Sí, cuando he llegado esta mañana. Las puertas están llenas de gente que quiere entrar, no sé si para pedir refugio o información, o las dos cosas.

»—El miedo hace a la gente actuar así. De momento, tenemos un poco de margen. Tengo entendido que los Estados Unidos han declarado la guerra a Japón, pero no a Alemania. Parece ser que se está negociando y desde Berlín nos aseguran que no harán su declaración hasta dentro de dos o tres días. Por otro lado, desde Washington también nos informan de que van a dar un tiempo prudencial a los ciudadanos de los dos países atrapados en el otro territorio para que salgan del país.

»—No sé si nos podemos fiar de los nazis.

»—En este caso sí. Hay muchos alemanes en nuestro país, a Hitler también le interesa que no tengan problemas y poderlos proteger de alguna manera.

»—¿Qué haremos nosotros?

»—Si te refieres a la Embajada, la cerraremos y pasaremos todos nuestros asuntos consulares y parte del personal a Suiza, a la sede de la Sociedad de Naciones. Ya sé que no formamos parte, pero están dispuestos a colaborar. Si te refieres a vosotros, es decir, tú y tu familia, tengo un plan elaborado, pero no te lo contaré hasta esta tarde. Quiero que estéis todos, es importante.

»—¿No me puedes avanzar nada?

»—Prefiero no hacerlo. Hablamos a las cinco. Avisaré que tan pronto como lleguen les hagan pasar.

»No pude moverme de la embajada en todo el día, así que cuando vi que la hora se acercaba, llamé a Sophie y le pedí que me pasase con cualquiera de mi familia. Sophie vivía todo aquello con terror. En julio de aquel mismo año Göring, siguiendo instrucciones de Hitler, había puesto en marcha lo que llamó la «solución final», que consistía en enviar a los judíos a los campos de concentración. Poco a poco, los judíos de París fueron desapareciendo y entre ellos Philippe, que fue uno de los primeros. Todo el mundo sospechaba que pasaba algo terrible, pero nadie tenía pruebas o si sabía algo, no lo quería creer.

»Álex se puso al teléfono.

»—Hola, Álex, imagino que estás al corriente del ataque japonés.

»—Es imposible no haberlo oído, no se comenta otra cosa.

»—Te llamo porque a las cinco os esperamos en la embajada. London tiene planes para nosotros, pero no me ha querido contar nada hasta que no estemos todos.

»—No te preocupes, allí estaremos.

»—Saldré a buscaros porque hay un montón de gente en la puerta. Parece que cunde el pánico entre la población americana.

»—Parece que las cosas van a peor, aunque la entrada de los Estados Unidos en la guerra puede ser crucial para acabar con todo esto.

»—Hablamos luego.

»Puntualmente estaban los tres en la entrada con el pequeño Joan, que ya tenía más de dos años e iba cogido de la mano de Ada. Con expresión seria parecía que lo miraba todo. No entendía demasiado, pero se daba cuenta de que todo el mundo estaba preocupado a su alrededor. Yo salí del edificio y directamente lo cogí en brazos, lanzándolo al aire.

»—¿Cómo está mi campeón? —me lo cargué al hombro como si fuese un saco. A él le encantaba.

»El niño sonrió y pareció que se relajaba un poco la expresión de miedo e incomprensión que reflejaba su rostro. Henriette estaba pelando una manzana, no se había movido en todo el día de su puesto de trabajo y en consecuencia, no había comido. Alguien le trajo aquella fruta para que no desfalleciera. Le dio un trozo a Joan y él se entretuvo comiéndosela. Cuando todos estábamos en el despacho sentados, London entró directamente en el tema. El tiempo era escaso y no nos podíamos ir por las ramas.

»—Les he hecho venir a todos porque hay que tomar decisiones importantes y es fundamental que estén correctamente informados. En primer lugar, imagino que se han dado cuenta de que hay que salir de Francia. Nuestra condición de norteamericanos se ha vuelto en contra nuestra y no podemos seguir aquí.

»—¿Dónde nos envían? —preguntó Agnès.

»Entonces Álex quiso interrumpir la conversación y lo que dijo nos dejó sin palabras.

»—Perdone, señor London. Espero que no se hayan tomado muchas molestias conmigo porque yo he tomado una decisión. Hace tiempo que formo parte de la resistencia y no me voy a ir. Miraré de incorporarme al ejército francés como muchos de los refugiados españoles.

»—¿Sabe que no podremos protegerle en ese caso? —dijo London.

»—Lo sé. El único problema que tengo es que necesito que mi esposa y mi hijo estén a salvo. Llevamos muchos días discutiendo sobre el tema y me ha

costado mucho que Ada entendiese mi postura.

»—No me habías dicho nada —dije dolido.

»—Te lo hubiese contado si no se hubiese liado todo este follón.

»—En consecuencia, señor Martí, no debemos preocuparnos por usted. De momento se queda en Francia, aunque recuerde que es ciudadano de los Estados Unidos.

»—Así es —dijo mi amigo escuetamente. Yo no podía evitar estar enfadado. Con su decisión nos íbamos a pasar un montón de tiempo sufriendo por él y eso sin tener en cuenta las elevadas posibilidades de que muriese. En aquellos momentos pensaba que iba a la suya y no había pensado ni por un momento en el sufrimiento que nos podía causar a los demás. Hablaríamos sobre el tema.

»—La solución que proponemos para la Señora Martí y la Señora Bosch es que vuelvan a España.

»Nos quedamos los cuatro con la sensación de que aquel hombre se había bebido el entendimiento.

»—No me miren así. Por un lado, la Señora Bosch nunca ha tenido ninguna querrela ni problema con el estado español de Franco y por otro lado, hemos conseguido un salvoconducto para la señora Martí y su hijo. Como ciudadanos de los Estados Unidos, el régimen de Franco les permite volver, ya que no han podido demostrar su participación en ningún delito, quizás sí que en alguna falta, pero nada grave, así que le permiten regresar. Desgraciadamente a usted, señor Martí, no se lo permiten. Deben marchar mañana si quieren salir del país antes de que se acabe el periodo transitorio que el gobierno ha pactado con los alemanes, además de que la frontera española es una de las que van a intentar alcanzar nuestros conciudadanos y pueden colapsarse. Aquí tienen los billetes de tren —dijo alargando un sobre que recogió mi esposa.

»—¿Qué pasará con mi marido? —preguntó Agnès—. ¿Por qué no viene a España con nosotras?

»London me miró consultándome si podía hablar delante de ellos. Yo le indiqué que sí, aunque no sabía qué tenían planeado para mí.

»—Nos interesa mantenerlo en la Europa ocupada. Lo vamos a destinar a la Sociedad de Naciones, en Ginebra, como un agregado americano tan solo como observador, ya que no pertenecemos a la organización. Le encargaremos diversas misiones que posiblemente implicarán movimientos por toda Europa.

»Todos nos quedamos en silencio unos segundos y fue London el primero que reaccionó e intentó justificarse.

—Lo siento mucho. Esta es la mejor opción que he podido conseguir en tan

poco tiempo. Ya han visto cómo tenemos la entrada en la embajada. No podemos hacer mucho más.

»—Gracias, Paul —le dije levantándome y dando la entrevista por finalizada—. Me consta que nos estás proponiendo una solución. Vamos a empezar a movilizarnos, ya que no queda mucho tiempo.

»Nos despedimos y salimos todos de la embajada. Pesaba mucho el silencio entre nosotros. Nuestra unión estaba a punto de disolverse al menos temporalmente, aunque quién sabe si todos volveríamos a juntarnos en algún momento en el futuro.

»Ada estaba deshecha por la decisión de Álex y aquello justificaba su estado anímico de los últimos días. Agnès también estaba muy afectada por nuestra separación, a nosotros nos costaba asimilarlo, ya que hasta el momento no habíamos considerado la posibilidad.

»Nadie durmió mucho aquella noche y por la mañana ninguno hablaba demasiado. Acompañamos a Agnès, Ada y Joan a la estación. Fue un momento muy triste, quizás se parecía un poco al momento en el que se llevaron los republicanos a Álex, hacía ya una eternidad. Ellas lloraban y nosotros intentábamos aguantarnos. Nos quedamos en la estación mirando el tren cómo se alejaba hasta que desapareció de nuestra vista.

»Álex me pasó el brazo por el hombro y me dijo:

»—No tienes que volver a la embajada hasta mañana, ¿no?

»—Así es.

»—Vamos a casa a emborracharnos.

»Nos sentamos frente a frente en la mesa del comedor con una botella de licor que compró de camino a casa. No tenía mucha calidad, pero con la escasez que había no se podía ser muy selectivo. Bebimos hasta acabar con todo el contenido. Hablamos de nuestras vidas, de lo que habíamos compartido, de la suerte que habíamos tenido de encontrarnos y en definitiva de todo lo que hablan los amigos de verdad cuando se están despidiendo y no saben si van a volverse a ver nunca más. A pesar de todo, no pude evitar echarle la caballería por su decisión y explicarle que me parecía muy egoísta, aunque si me afectaba tanto era porque el auténtico egoísta era yo y no él.

»—Estoy dispuesto a sobrevivir cueste lo que cueste —dijo Álex cuando di por terminada mi queja.

»—Ojalá yo fuese tan valiente como tú y tuviese tu determinación —añadí dando un sorbo de aquello que estaba francamente malo.

»—Cuando acabe todo esto, te buscaré y entonces nos iremos todos a América.

»—¿Sabes que puede que muramos y no nos volvamos a ver? —le dije.

»—Eso no va a pasar.

»Estaba tan seguro, que era difícil llevarle la contraria.

»Cuando me desperté por la mañana, Álex ya se había ido. Tan solo me encontré una nota en la cocina con un mensaje corto y sencillo: «Hasta la vista, amigo. Cuídate».

»Recogí las cuatro cosas que me contó London que tenía que llevarme, subí a despedirme de Sophie, que no hacía más que llorar, y me fui a la embajada.

—Debió de ser un momento muy duro —comentó Kevin.

—Sin duda, aunque saber que Ada, Agnès y el pequeño iban a estar bien era quitarse un peso importante de encima.

»El tren avanzaba hacia la frontera española. Agnès y Ada iban nerviosas. Por un lado, tenían ganas de llegar a Cardedeu, pero por otro lado, temían que London no les hubiese contado la verdad y que pudiesen tener problemas en la aduana. No había razón para aquello. Cuando llegaron a Cerbere y pasaron el control de pasaportes en la frontera española no hubo absolutamente ningún impedimento.

»Ada, más relajada, le iba explicando a Joan en aquella versión dulce que se utiliza cuando se habla con niños pequeños lo que les esperaba en Can Tomeu. Cuando empezaron a recorrer desde el tren los lugares conocidos antes de llegar a la Estación de Francia, Ada no pudo evitar emocionarse. Había vuelto a casa. En aquel momento se acordó de Álex y pensó en que su ausencia le dolía en el cuerpo y en el alma. Si le pasaba algo, ella estaría muerta en vida, aunque había entendido que no podía quedarse con él porque el pequeño la necesitaba. En algún momento le había pasado por la cabeza enviar a Joan con Agnès a Cardedeu y ella quedarse con Álex, pero sabía que su marido no se lo hubiese permitido y ella se hubiese sentido una mala madre al separarse de su hijo.

»Yo había avisado a Can Tomeu de que ellas iban a casa y había explicado lo mínimo posible de toda la situación, ya que las líneas se podían intervenir y cuando llegasen nuestras mujeres ya explicarían toda la historia. No valía la pena arriesgarse.

»Manuel, la tía y Roser estaban esperando en el andén. Las mujeres nerviosas como un flan y muy preocupadas por si habían tenido algún problema en la aduana. Ellas no las esperaban y la primera que se dio cuenta fue Agnès, que avisó a Ada. A ambas se les iluminó la cara, mientras que la tía y Roser avanzaban rápido hacia ellas. El abrazo que se dieron fue muy sentido.

»—Ya estáis en casa —repetía una y otra vez la tía en el oído de Ada.

»—Os presento a Joan —dijo Agnès, que lo cogió en brazos—, nuestro príncipe.

»El niño miraba la escena extrañado por todo aquello. En aquel momento ellas no lo sabían, pero iban a pasar casi cuatro años allí y ese era el tiempo en el que íbamos a volver a estar juntos de nuevo.

»Cuando llegaron a Can Tomeu, se volvieron a repetir las imágenes de emoción y de alegría por el reencuentro. Ramon y su mujer pudieron conocer a su nieto. Durante aquel tiempo que estuvieron juntos el niño y Ramon se encariñaron tanto que después costó mucho que se separasen. Joan conoció a su prima Clara, que era más o menos de su edad y pasaban juntos todo el día. Para el niño fue una buena época.

»Debía ser más o menos simultáneo a mi llegada a Ginebra. Nunca había estado en Suiza anteriormente y la verdad es que entrar en un país que teóricamente había estado al margen de todos aquellos conflictos te daba una sensación de seguridad que hacía mucho tiempo que no sentía en otros lugares. La ciudad era relativamente pequeña y ya por entonces era un lugar ordenado y limpio, tal y como lo ha sido siempre. Estaba al lado de la frontera y mi primera visita fue a la sede de la Sociedad de Naciones. Mi contacto era Jean Vial, un belga de Valonia que actuaría como intermediario entre los intereses de la Embajada americana en Berna y los trabajos que yo iba a realizar.

»—Buenas tardes —le saludé cuando me recibió en el Palacio del organismo internacional.

»—Buenas tardes, Sr. Levi, espero que haya tenido un viaje tan cómodo como haya sido posible.

»Era una persona agradable, más o menos de mi edad, quizás un par de años mayor, conocedor de varios idiomas y bastante bien situado dentro de la organización. Pasamos a un gran despacho, bastante lujoso para los estándares de la época y la situación general que atravesaba el continente, y me ofreció si quería beber café o una infusión. Hacía tiempo que el café era difícil de conseguir en Francia, así que no dude en pedir un café. Si era posible, un cappuccino.

»—Bueno, Sr. Levi, tenemos el encargo de su gobierno de nombrarle observador internacional de la organización y en ese sentido, le vamos a entregar un pasaporte diplomático que le va a permitir moverse por todo el continente sin ningún problema o al menos eso es lo que teóricamente se pretende con este tipo de documento. Debo advertirle de que los nazis suelen respetarlo, aunque en algunas ocasiones hemos tenido conflictos. Cuando no esté en alguna misión,

estará instalado en Ginebra. Nuestra organización tiene una serie de apartamentos pequeños en la ciudad y ya le hemos asignado uno. También quiero comentarle que su embajada le estará pagando un sueldo, pero que lo recibirá en francos suizos, no en dólares y creo que esa es toda la información básica que tenía que darle.

»—¿Tiene alguna idea de a dónde me pueden enviar? —pregunté con curiosidad.

»—En su caso y según tengo especificado en el acuerdo con los Estados Unidos, se le puede enviar a cualquier rincón del continente. Entiendo que por el conocimiento que tiene del francés principalmente se le hará circular por territorios francófonos, aunque eso no evitará que si es necesario se le tenga que enviar a la misma Alemania.

»—A propósito de eso, mi siguiente pregunta es saber si la documentación que me han expedido es a nombre de Thomas Levi o Tomás Bosch.

»—No estamos locos —dijo Jean Vial con una sonrisa—, toda está a nombre de Tomás Bosch. Enviarle a Alemania con un documento que diga que usted se llama Levi sería como enviarle directamente a un campo de concentración.

»—Creo que es mucho mejor que sea Bosch en este momento —añadí irónicamente.

»—Sin duda. Veo que lleva poco equipaje. Si le parece, indicaré a un chofer de la organización que le acerque a su apartamento. Verá que está muy próximo al palacio y se puede venir paseando o en bicicleta.

»Nos despedimos y como era viernes, me aconsejó que tomase posesión de mi nueva situación, y que me instalase y conociese un poco la ciudad. El lunes a las ocho de la mañana me esperaban puntualmente en la sede.

»El apartamento era pequeño, pero para mí más que suficiente. Estaba amueblado y pude observar que en el salón había una radio que funcionaba perfectamente. Aparte tenía un cuarto de baño completo y un dormitorio. En el salón había una pequeña cocina en uno de los lados y una gran chimenea justo en frente. Faltaba menos de una semana para Navidad y hacía mucho más frío que en París, de hecho aquella misma noche nevó y la ciudad amaneció toda blanca.

»Suiza se había declarado neutral respecto a la guerra, pero eso no evitó que la economía y la situación del país se vieses afectadas. Había recogido a varias decenas de miles de personas como refugiados, aunque se habían registrado episodios de devolución en la frontera de algunos fugitivos con lo que representaba para ellos. A pesar de aquellos incidentes y sobre todo en la Suisse

Romande o Suiza latina, existía un fuerte sentimiento de colaboración con los aliados y albergaban los organismos internacionales más importantes. Entre ellos, la Cruz Roja. Toda esta situación hacía de Ginebra una ciudad llena de gente de todas las nacionalidades y en consecuencia, un nido de espías como no había muchos en el continente.

»Pasé el primer mes trabajando, sobre todo recibiendo y procesando información en la sede de la Sociedad de Naciones ante de que me enviasen a mi primera misión.

»Álex había abandonado aquel día París. Se había dirigido hacia Montpellier incorporándose al grupo de maquis de la zona. Los maquis eran gente de la resistencia que en muchas ocasiones vivían mezclados entre la población y en otras ocasiones vivían ocultos en los bosques de toda Europa. Una maquia era un campo mediterráneo cubierto de maleza y ese era el entorno en el que se desenvolvían. El grupo de Montpellier estaba compuesto en gran parte por españoles republicanos huidos de la guerra civil y posteriormente liberados de los campos de Argelès-sur-Mer y del resto de campos del Rosellón. Cada uno tenía el nombre de la zona en la que actuaban y ellos eran el maquis Montpellier.

»Estaban en territorio controlado por el gobierno de Vichy y su actividad consistía gran parte en boicotear el armamento de la Wehrmacht y del ejército colaboracionista francés. También contaminaban los alimentos que llegaban para los soldados alemanes desplazados en la zona. Finalmente y solo cuando podían organizaban atentados contra los ocupantes. En el campo de Argelès había encontrado a algunos compañeros suyos del frente del Ebro y había conseguido hacer valer su rango de sargento. Eso lo posicionó muy bien en su grupo. Los españoles habían luchado en la guerra real y esa experiencia les daba una serie de conocimientos que los maquis de origen francés, algunos judíos urbanos o jóvenes idealistas no tenían.

»Álex se había instalado en un refugio oculto bajo tierra en una granja cercana a la localidad de Montarnaud y desde allí dirigía a su equipo de cinco personas, una mujer y cuatro hombres, incluido él mismo, que a su vez recibía instrucciones de la autoridad superior. Los cinco estaban instalados en aquel sótano, aunque intentaban no coincidir por las noches, ya que eso hubiese facilitado en caso de redada la desaparición de la totalidad del grupo. Había campesinos que colaboraban y que les ofrecían cobijo por las noches en sus casas. Mucha gente de la zona salía cuando oscurecía a realizar una actividad que denominaban alimentar búhos. Consistía en dejar alimentos en lugares concretos del bosque para que los maquis los recogiesen durante la noche. Se

había convertido en una actividad corriente y en muchas ocasiones eran niños los que salían a llevar las provisiones en sus bicicletas.

»Álex dirigía su grupo con bastante eficiencia; era más partidario de operaciones concretas y efectivas, básicamente de desgaste y que facilitaran replegarse rápidamente. En su caso absolutamente todos eran españoles de diferentes lugares. Anabel era una joven de aproximadamente treinta años que lo había perdido todo durante la guerra. Venía de Valencia y era la especialista en recoger información. Era la más astuta del grupo, si no considerábamos a Álex y eso la había convertido en su mano derecha. Ella, que tenía una gran habilidad para cambiar de aspecto y jugar con su acento francés, se desplazaba por toda la zona procesando datos. También estaba José, que era un zapador de Cuenca, especialista en explosivos, Andreu, de Tarragona capaz de hablar alemán sin acento debido a que su madre era originaria de Múnich y finalmente Víctor que nadie sabía mucho de su vida, aunque era el que tenía más sangre fría y el que menos problemas mostraba a la hora de atacar. Su valentía solía rayar la inconsciencia y hacía falta que todos intentaran controlarlo.

»En las últimas semanas estaban preparando un atentado contra la Gestapo. Querían atacar contra Anton Koch, que había sido destinado en la zona. La operación tenía su riesgo. José instaló una mina en la carretera entre Clarmont d'Erau y Montpellier. La mina estuvo instalada durante toda una semana. Esperaban el paso del vehículo de Koch. En aquel coche viajaba el oficial de la Gestapo y tres personas más. Cuando Víctor avisó de que se acercaban, José tuvo un par de minutos para conectar la bomba y salir corriendo. Era una operación muy arriesgada y el tiempo era mínimo. Tanto Álex como Anabel habían defendido que aquello era prácticamente imposible, pero José lo consiguió y tuvo tiempo de esconderse.

»El vehículo de Koch pisó la mina y el coche saltó por los aires. En una operación relámpago, Víctor se acercó a toda velocidad y remató con un disparo en la cabeza a todos los ocupantes confirmando así que habían muerto.

»Aquella operación tuvo sus consecuencias, ya que les obligó a permanecer ocultos durante al menos diez días, además del riesgo de represalias que finalmente no tuvieron. Todos sabían que si los pillaban en el peor de los casos acabarían torturados y posteriormente asesinados, y en el mejor de los casos les esperaba el campo de exterminio de Mauthausen-Gusen en Austria, cerca de Linz, que era el lugar a donde enviaban a los españoles.

»En Can Tomeu las cosas iban mejorando poco a poco. La guerra civil empezaba a quedar atrás en el tiempo y la actividad ayudaba a entrar en una

rutina que apartaba los fantasmas del pasado.

»Al poco de llegar Agnès y Ada había muerto la madre de Álex. Nunca quedó claro qué órgano vital había fallado, pero un día, al volver de trabajar, Ramon se encontró con su cadáver. La enterraron en el nuevo cementerio del pueblo en las afueras, cerca de la carretera que iba a Granollers. La ausencia de Tom y de Álex hacía que la masía no fuese lo que había sido siempre. Ellos llenaban el espacio cotidiano. Ada, volcada en el pequeño Joan, intentaba superar su melancolía, pero Agnès necesitaba hacer algo, así que se puso en contacto con el Orfeo de Catalunya y empezó a colaborar con ellos.

»Aquella colaboración hizo que se descubriera a la joven pianista Agnès Forns en toda España y pasó una parte de aquellos años viajando por las grandes salas de concierto del país. Su historia personal, nacida en España, pero nacionalizada de los Estados Unidos, casada con un hombre que colaboraba con la Sociedad de Naciones y los años vividos en París le daban un aire de mujer interesante que la hizo muy popular entre los individuos de aquella sociedad castigada por la guerra y las condiciones económicas. Por supuesto que su belleza y su estilo personal la hacían resaltar. Tuvo muchas invitaciones para viajar tanto al norte como al sur de América, pero las rechazó todas. No quería alejarse mucho de la frontera. Tenía la sensación de que si se alejaba y yo la necesitaba, no podría ayudarme.

»El gobierno de Franco la dejaba tranquila, pero en algunas ocasiones había hecho alguna declaración pública que le costó alguna reprimenda de las autoridades. Una vez tuvo el valor de defender en una entrevista que le hicieron dentro de un programa especial de Radio Nacional de España la diversidad de lenguas que existía en el país y el injusto trato que se le daba al catalán. No se produjo la reacción esperada por parte del equipo técnico y no pudieron pararla, así que cuando el responsable del programa quiso actuar, ella ya había dicho lo que quería decir.

»Se discutió sobre la conveniencia de multarla o no por aquellas declaraciones y la embajada de los Estados Unidos en Madrid salió en su defensa, ya que se trataba de una ciudadana norteamericana. Agnès depositaba sus sentimientos en sus dedos, que lloraban cuando tocaban el piano. Era la manera en la que se desahogaba y arrojaba fuera la tristeza de su alma. Mi mujer se convirtió en una artista popular en la España de los años cuarenta.

»Mientras tanto, desde Can Tomeu, Ada ayudaba todo lo que podía. A través de sus contactos políticos de otros tiempos y que trabajaban clandestinamente se enteró de que en el país estaban entrando refugiados, principalmente judíos, que

habían conseguido huir del nazismo. Las autoridades españolas hacían la vista gorda y permitían que atravesasen la península ibérica en dirección a Portugal para desde allí embarcar hacia América.

»Habló con la tía y con el resto de los moradores de la casa, y estuvieron de acuerdo en acoger en Can Tomeu a grupos familiares. Ada se dedicó a coordinarlo todo y poco tiempo después llegaban cinco personas que pertenecían a dos familias. Venían de Budapest y hablaban cuatro palabras de francés y otro tanto de inglés. Ninguna otra manera de entenderse. Era un joven matrimonio con su hija de dos años y otro matrimonio que había vivido en el mismo edificio y que debían rondar la cincuentena. Llegaron exhaustos, deprimidos, derrotados y enfermos. Los instalaron en la buhardilla que previamente habían condicionado para que estuviesen cómodos.

»Ada y el resto de la familia se volcó en ayudarles, alimentarlos y prepararlos para su traslado al puerto de Lisboa o al de Oporto de donde saldrían con rumbo a Venezuela, que era el país que estaba acogiendo a buena parte de los judíos que huían. Estuvieron un mes con ellos hasta que los vinieron a buscar y el grupo no tenía nada que ver cuando partió con lo que eran cuando llegaron. Tan solo unas horas más tarde, después de su partida, llegó otro grupo compuesto en esta ocasión de diez personas. La mitad eran niños que viajaban con una monitora encargada de sacarlos del infierno nazi. Venían de Ámsterdam y habían viajado casi todo el tiempo andando y atravesando territorio enemigo. Les acompañaban dos hombres y dos mujeres jóvenes que se habían unido al grupo en Bélgica. Todos eran judíos.

»A Ada, y también a Sally y Sara, aquel grupo les recordó su propia historia y se volcaron en ayudarles. Daba pena observar a los niños. Estaban traumatizados y acostumbrados a no hacer ruido y actuar con cautela para no ser descubiertos. Durante el tiempo que estuvieron allí, los dos hombres, una vez que se recuperaron, se ofrecieron para trabajar y ayudar en la granja. Uno de ellos tenía una fea herida de bala que hizo falta curar.

»Sara había tenido un desengaño amoroso y dedicó todo su esfuerzo a curar a aquel hombre que era un poco mayor que ella y entre ellos surgió el amor. Fue dramático cuando los vinieron a buscar al cabo de un par de meses. El tiempo que compartieron en Can Tomeu Sara y Hans se arriesgaron a hacer pequeñas excursiones con los niños. Los llevaban de paseo por caminos de montaña que Sara conocía bien y por los que no pasaba gente. Organizaban meriendas que servían básicamente para animarles y procurar que recuperasen su infancia arrebatada por los nazis. Joan y Clara, los pequeños de casa, también se

apuntaban a aquellos paseos en los que poco a poco todos acabaron jugando y riendo.

»Hans quiso que ella se fuese con él y ella dudó mucho, pero finalmente se impuso el sentido común y acabó quedándose en Can Tomeu. Durante mucho tiempo intercambiaron correspondencia. Hans se instaló en Caracas y acabada la Segunda Guerra Mundial viajó varias veces a Cardedeu para ver a Sara. En 1.949 se casaron, Sara ya tenía veintinueve años y se instalaron en Can Tomeu. Es el abuelo de Celia, mi cuñado y se llamaba Hans Cohen.

»Los grupos iban llegando y partiendo según la disponibilidad de la gente para acogerlos. Algunos estaban periodos más largos, sobre todo al principio, y otros pasaban escasamente una semana, que era el tiempo que tardaban en recuperarse y poder seguir con su ruta hacia el Atlántico. Casi siempre eran recibidos en secreto y era muy raro que saliesen de las dependencias de la casa que los acogía, menos en el caso de los que iban a Can Tomeu donde quizás éramos más imprudentes. No todos partían hacia Suramérica. Muchos iban a Inglaterra, los Estados Unidos o Canadá. Ada, la responsable de aquella actividad en nuestra casa, mantenía una viva correspondencia con algunos de ellos cuando llegaban a su destino. Con el tiempo, todos aquellos contactos se fueron perdiendo porque imagino que la mayoría debió ir muriéndose poco a poco, pero durante muchos años había un gran intercambio de información entre Ada y la gente a la que ayudó.

»Hasta 1.944 aquella actividad colaboró en la salvación de cientos, quizás miles de personas de las cámaras de gas de los campos de concentración. Nosotros nunca tuvimos ningún problema con la autoridad ni con nadie por este tema.

»No tan lejos como ellas creían, Álex seguía su guerra personal contra el nazismo. Después de la invasión de la zona por tropas italoalemanas en 1.942 pudo atacar directamente a las fuerzas de ocupación. La Gestapo pasó a controlar a la policía y el ejército de la Francia de Vichy, que se había convertido definitivamente en una zona más del territorio invadido por los nazis unida ya al resto del país. La multiplicación de actividad y de atentados y que nunca les atrapasen hizo que la fama de Álex y de Anabel principalmente se disparara entre los grupos de la resistencia. Pasaron a formar un equipo letal y sus cabezas tenían puesto precio por los nazis.

»En 1.943 los estadounidenses y el resto de aliados desembarcaron en el sur de Italia y poco antes los soviéticos habían vencido a un alto precio en Stalingrado a la Wehrmacht que empezaba a retroceder. Por fin parecía atisbarse en el

horizonte el final de aquella locura.

»Hitler reaccionó con dureza ante aquellas derrotas y se podría decir que acentuó su crudeza en los territorios ocupados. En poco menos de un año envió a 400.000 judíos húngaros a Auschwitz cuyas cámaras de gas y hornos trabajaban con un gran rendimiento, al igual que el resto de campos de concentración. El horror se había desatado en su forma más salvaje por todo el continente y la gente sufría las consecuencias.

»Aquel «principio del fin» previsible hizo recapacitar a Álex, que decidió que era el momento de unirse a las fuerzas militares francesas que iban a liberar tarde o temprano al país. Decidió unirse al general De Gaulle, que en aquellos momentos estaba en Inglaterra. Los maquis tuvieron un gran papel en el desembarco de Normandía el 6 de junio de 1.944. Desde dentro de Francia hicieron todo lo que pudieron para facilitar a las tropas aliadas aquella operación.

»Aproximadamente 130.000 soldados cruzando el Canal de la Mancha y otros 25.000 por aire desembarcaron en las playas de Normandía empezando a conquistar a un alto coste en vidas humanas el territorio francés. Los nazis tenían un frente abierto en occidente, los soviéticos avanzaban también por el este y los americanos, con los ingleses y franceses, subían por la península itálica y ya habían liberado la ciudad de Roma.

»Álex, como muchos de los componentes de la resistencia, se había unido a la segunda división blindada francesa, que estaba encuadrada en el tercer ejército estadounidense, la División Leclerc. En agosto habían llegado hasta las puertas de París. Alejandro Martí fue uno de los primeros hombres que entraron por la Porte d'Italie en la ciudad de París liberándola de los nazis. Buena parte de ellos eran refugiados españoles que habían sido hacinados en 1.939 en los campos de concentración de la costa sur de Francia y que, de esta manera, devolvían con sus servicios cualquier deuda que pudiesen tener con la república francesa.

»A este hecho se le dio poca publicidad en la época y tuvieron que pasar muchos años antes de que Francia reconociese a aquellos valientes el mérito que tuvo su participación en aquella batalla. La gente saludaba en los Champs Elysees a los libertadores y Álex se fue directamente a Saint-Severin a ver cómo estaba Sophie y si tenía noticias de alguno de nosotros.

»Sophie había resistido a los nazis igual que en su juventud en la lejana Armenia había resistido a los otomanos. Estaba envejecida y ya no tenía el esplendor de unos años atrás. Álex llamó a la puerta. Cuando Sophie abrió, no reconoció a aquel hombre desaliñado con barba y armado que estaba en la puerta

de su casa.

»Álex, al ver su sorpresa, le dijo:

»—Sophie, soy Álex.

»Bromeaba mi amigo diciendo que él pensaba que le había reconocido por su acento terrible que no había mejorado en todos aquellos años. La mujer se llevó las manos a la boca y a la vez que empezaba a llorar, se abrazó al cuello de aquel libertador de París.

»Lo tuvo en su casa durante una semana, alimentándolo y dejando que se recuperase de todas las vicisitudes vividas durante los últimos tres años. Mi amigo había recuperado la seguridad en sí mismo. También su independencia personal. Estaba a punto de cumplir veintinueve años, pero había vivido más cosas de las que mucha gente vive en toda una vida.

»—¿Has tenido noticias de Ada, de Tom o de Agnès? —fue de las primeras cosas que preguntó.

»—Con Ada y con Agnès he ido hablando de vez en cuando. Insistieron mucho en que me fuese con ellas. En España sería bien recibida, pero no quería irme de aquí. Hubiese significado perderlo todo y no estaba dispuesta. De Tom sabemos muy poco. Le delegaron en la Sociedad de Naciones en Suiza y estaba bien.

»—¿Hay comunicación con España?

»—Casi todo el tiempo hemos podido comunicar, pero ahora hace un par de días que las líneas están cortadas. Si quieres podemos ir intentando a ver qué pasa.

»—Tengo un permiso de unos días. Es el agradecimiento del ejército por mi colaboración en la liberación. Me gustaría alquilarte una habitación.

»—Eres mi invitado. La habitación de Philippe está libre desde que se lo llevaron y me temo que no volverá. Me gustaría que te quedases y si quieres mirar entre la ropa de su armario, seguro encontrarás ropa en mucho mejor estado que la que llevas ahora.

»Aquella noche, cuando Sophie se fue a dormir, el hecho de saber que había un hombre en la otra habitación de la casa le dio la tranquilidad suficiente como para que durmiese como hacía tiempo que no dormía.

»Pasaron los días y un diez de septiembre Álex consiguió hablar con Cardedeu. Por aquellas casualidades de la vida, fue Ada, que casi nunca cogía el teléfono, quien descolgó.

»—Hola, ¿quién llama?

»—¿Ada? —dijo Álex.

»Ella se puso a llorar. Hablaron un buen rato entre llantos y palabras de cariño, se fueron poniendo al día de lo que habían vivido durante los últimos tiempos. No supieron guardar la discreción habitual que solía mantener la gente por si la línea estaba intervenida. Álex le hizo prometer que esperaría instrucciones suyas para reencontrarse. La guerra aún no se había terminado y seguía habiendo serios peligros. Prometió que buscaría a Tom y que cuando me encontrase, sería el momento del reencuentro.

»Yo no tuve tanta suerte como mis amigos.

»La Sociedad de Naciones me había enviado a Austria, a una ciudad pequeña cercana a Linz. Supuestamente debía obtener información sobre la aplicación de los tratados internacionales a los prisioneros de guerra, pero el objetivo real era conseguir datos sobre el campo de concentración de Mauthausen-Gusen. Se sabía de la existencia de los campos de exterminio y se intentaba demostrar. Aquella era una operación muy arriesgada. Yo había quedado con un soldado joven de la Wehrmacht que teníamos infiltrado, y que me iba a pasar fotos y documentos del campo para poder darles publicidad a cambio de su salvación y la nacionalidad suiza. Una redada de la Gestapo dio al traste con todo el operativo.

»A veces la vida tiene estas fatalidades. Aquel otro soldado de la Wehrmacht, que en París había tenido aquel encuentro con Philippe, aquel al que yo le había entregado mi pasaporte norteamericano y que además me había dado una paliza, aquel hombre había ingresado en la Gestapo y había progresado hasta el punto de dirigir el cuartel general de la organización en la ciudad de Linz. Cuando me arrestaron, me llevaron allí y él tuvo la gran satisfacción de reencontrarse conmigo y de ver el miedo reflejado en mis ojos.

»Aquel hombre en horas muertas de aburrimiento había apuntado mi nombre en una libreta que siempre llevaba encima, como el de otras muchas personas que se habían cruzado en su vida y además había tenido tiempo suficiente como para estudiar mi historial hasta que llegó, atando cabos, a un tal Thomas Levi que había estudiado en L'Ecole Supérieure de Journalisme de París.

»—Veo que me recuerdas, Levi —me dijo con una sonrisa de hiena que empieza a disfrutar del manjar que tiene delante antes de hincarle el diente—. Lo veo por el miedo que reflejan tus ojos.

»—Le recuerdo —dije escuetamente. No añadí nada más, no me atreví.

»—Explícame el origen de tu apellido Levi. Veo que eres judío, aunque pensaba que te llamabas Bosch.

»No dije nada.

»—Está bien, no importa. Por fin vamos a hacer justicia y en esta campaña de limpieza étnica que estamos realizando en el continente te vamos a enviar a que pases una temporadita en un lugar especial al que enviamos a la gente como tú.

»—¿Lo ingresamos en Mauthausen-Gusen? —preguntó el soldado que me sostenía con fuerza.

»—Eso estaría bien si fuese un republicano español. La mayoría han ido a parar allí, pero yo creo que al tratarse de un simple judío mejor lo enviamos a Auschwitz, allí estará mejor entre gente como él.

»Para mí aquello sonó como una terrible sentencia de muerte y no pude evitar que las piernas me flaquearan al oír mi lugar de destino. En la Sociedad de Naciones habíamos llegado a averiguar lo que pasaba en aquellos sitios y no me podía engañar. Sabía lo que me esperaba. Me tuvieron en un calabozo durante tres días hasta que estuvo listo un convoy que salía de Viena hacia el campo de concentración. Era principios de septiembre, casualmente el mismo día en el que cumplía veintinueve años, cuando me subían a un tren camino de una muerte segura.

Kevin observaba a Thomas preocupado. Había palidecido y se le habían enrojecido los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Perdona, sí estoy bien. Revivir el horror de aquellos momentos me ha trastocado totalmente. Durante los días que estuve arrestado antes de subir al tren creo que enloquecí. Recé al Dios de los judíos y al Dios de los católicos. Estaba aterrado. Pedí a mis padres que me protegiesen desde el más allá y juré que haría cualquier cosa que me pidiesen si me evitaban pasar por todo aquello, pero no ocurrió nada.

—Debió de ser como oír una sentencia de muerte.

—Tal cual, y eso que en aquel momento no sabía la realidad de la vida de los prisioneros. Tan solo teníamos indicios, suposiciones, pero ninguna información fehaciente que nos permitiese actuar. Cuando llegué, todo era mucho peor de lo que esperaba.

—¿Podemos decir que estamos ante la experiencia de tu vida que marcó todo tu futuro?

—Por supuesto. Yo dudo de que nadie que fuese enviado a uno de aquellos campos de concentración no se viese marcado para siempre por la experiencia. Aquello influyó en mi obra igual que lo hizo en la obra de todos aquellos escritores de todas las nacionalidades que también vivieron algo parecido.

—¿Has podido perdonar? Eso es algo que siempre me he preguntado sobre los

supervivientes.

—No me lo planteo. Yo estoy convencido de que muchos de los alemanes que andaban libres por las ciudades del país también eran víctimas, de alguna manera, de toda la locura. Lo que más me ha preocupado siempre es que aquello se olvidase, que con el paso de las generaciones todo aquello acabe reducido a una anécdota, una fantasía.

—De momento, no ha ocurrido, pero cada vez se ve como algo más lejano y puedes ver que en la misma Europa hay muchos partidos neonazis que empiezan a llegar a los parlamentos nacionales.

—Y ¿qué me dices del trato a los refugiados de Siria?

—Por ejemplo.

—De nada habrá servido todo el brutal sufrimiento y la muerte de más de seis millones de personas si en tan solo setenta años nos olvidamos.

Kevin puso una mano sobre el hombro de Thomas.

—Nosotros, con el relato de tu biografía, pondremos nuestro grano de arena para que eso no pase.

—Sí, pero hace falta mucho más.

Salí triste de vuelta a la Fonda Europa. Necesitaba divertirme y Celia no estaba disponible, así que llamé a Mark que, como siempre, estaba dispuesto a salir de cena y a tomar unas copas.

A las siete de la tarde, después de haber trabajado unas cuantas horas en mi habitación, salí con mi coche rumbo a Barcelona.

CAPÍTULO 20

Auschwitz—Birkenau

Kevin se despertó aquella mañana con una leve resaca después de la cena y las copas con Mark en Barcelona. Había sido una noche divertida y parecía que estaban recuperando la amistad que habían compartido en sus años de estudios en los Estados Unidos. Tenía la sensación de que estaba perfectamente, pero Mark no le dejó conducir y decidieron que se quedaría a dormir en el apartamento que tenía alquilado en el barrio de Gracia. Dejaron el coche en un parking de la zona y era poco más de la una de la mañana cuando se ponían a dormir. Se despertó en el sofá del pequeño salón con tan solo los calzoncillos y tapado por un par de mantas. No recordaba muy bien cómo había acabado allí.

Mark se había levantado y se había duchando. Preparó desayuno y café para los dos, y le despertó.

—¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

—Sí —dijo dubitativamente Kevin volviendo al mundo actual.

—Ya te dije que era muy cómodo el sofá. Tienes desayuno en la cocina. Son las siete, así que ve espabilándote. Me dijiste que a las nueve tenías que estar en l'Alfou. Tienes tiempo, pero deberías empezar a moverte.

—Huele a café.

—Sí, tienes recién hecho en la cocina. También hay tostadas de mantequilla y mermelada, ponte lo que quieras. Si te quieres duchar, ya sabes dónde está el baño. Yo me voy ya, tengo un poco de prisa. Cuando salgas, cierra la puerta y listo.

—Puedo marcharme ya —dijo Kevin— aún medio dormido. Solo dame unos minutos.

—No, hombre, tranquilo, estás en tu casa. Haz lo te he dicho y no te preocupes. Te llamo un día de estos.

—De acuerdo, Mark, gracias por todo.

—¡Qué va! Nos reímos mucho ayer. Cuando quieras, repetimos.

Mark se marchó con prisa y Kevin se obligó a incorporarse. Corría el riesgo de quedarse dormido otra vez y despertarse a las once de la mañana.

La casa era antigua, pero estaba totalmente acondicionada. Bien aislada del exterior y con la calefacción constantemente puesta a la temperatura de veinte

grados. Para Kevin aquello era una buena temperatura y se paseó por la casa con la poca vestimenta que llevaba. Lo primero que hizo fue darse una larga ducha. Estuvo bajo el chorro de agua unos cuantos minutos hasta que al final pensó que estaba totalmente despierto. Para acabar el proceso cerró el grifo de agua caliente y sobre su cuerpo calló solo agua fría. Los primeros segundos no pudo respirar, pero acto seguido empezó a notar cómo la sangre le corría a toda velocidad por las venas. Cerró el grifo y se secó enérgicamente. Se encontraba perfectamente después de aquella ducha.

Casi no tenía barba, pero le gustaba estar presentable, así que buscó entre los utensilios de su amigo y encontró una crema de afeitar y una cuchilla desechable por estrenar y se afeitó. También encontró un cepillo de dientes en un envoltorio por abrir y lo utilizó. Después, lo tiró todo a la basura y se comprometió a que el próximo día que viese a Mark le llevaría uno igual. En la cocina encontró el café aún caliente. Mark tenía una cafetera italiana con capacidad para dos tazas de desayuno. Se sirvió y buscó en la nevera las mermeladas y la mantequilla. Cuando acabó se vistió, recogió todo para ahorrarle trabajo, aunque le había avisado de que a las nueve llegaría la mujer que venía a limpiar una vez por semana, y se marchó cerrando la puerta como le había indicado.

Temió no encontrar el coche, pero al final se orientó correctamente y llegó al parking sin problemas. La autopista estaba colapsada. A pesar de todo, la circulación no se interrumpía una vez que salió de la ciudad por la Meridiana. No tardaría mucho en llegar a Granollers.

Decidió que pasaría un momento por la Fonda Europa, se cambiaría de ropa y cogería sus cosas. Quizás llegaría unos minutos tarde, pero era mejor que pasar todo el día con la vestimenta usada del día anterior y sin su grabadora. Así lo hizo y finalmente llegó a la residencia solo diez minutos después de las nueve. Entró andando con paso ligero porque le sabía mal hacer esperar a Thomas. Se encontró con Celia, que iba en su dirección.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Me tenías preocupada.

—¿Por qué?— respondió extrañado.

—Ayer pasé por la Fonda por si querías venir a cenar conmigo, necesitaba despejarme, pero no te encontré.

—Estuve en Barcelona y al final me quedé en casa de mi amigo Mark, aquel del que te he hablado. También necesitaba despejarme un poco. Estamos tratando temas duros con tu tío y parece que los dos nos hundimos en la depresión poco a poco.

—Me he dado cuenta de que él está deprimido. A menudo los problemas

cardiacos tienen este efecto. Es una cuestión en parte circulatoria. Francamente, él está al final de su camino y es plenamente consciente. Yo creo que generalmente no tiene miedo, pero eso no evita que de vez en cuando se deprima.

—Ya —dijo Kevin—. De todas formas, yo no debería dejarme arrastrar por ese estado anímico y en todo caso tendría que intentar animarle. Había pensado llevarlo un día a dar una vuelta por Cardedeu, ¿qué te parece?

—Pregúntale a él, por mi parte no hay ningún problema e incluso dependiendo de cuando lo quieras hacer, os puedo acompañar. De todas formas, no estoy segura de que sea muy buena idea...

—Recuerdos, ¿no?

—Sí, y nunca se sabe cómo le van a sentar a alguien. Bueno, es igual, pensémoslo un poco y se lo comentamos cuando hayamos decidido el qué.

—Está bien. Me voy porque debe estar impaciente.

—Te espera en su habitación, dice que allí estáis muy tranquilos y se trabaja muy bien.

—Nos vemos luego —dijo Kevin avanzando por el pasillo donde estaba el acceso a los cuartos de los internos.

No quiso quedar con ella para comer al mediodía porque a última hora siempre cambiaban los planes, así que si la veía al salir y se encontraban, sería perfecto, y si no, ya se llamarían. Seguía sintiéndose atraído por ella, pero ya se había dado cuenta de que la relación entre ellos dos no era fácil en parte porque Celia tenía muchos compromisos y un trabajo que le obligaba a estar siempre disponible. Estaba tomando consciencia de que aquello acabaría siendo parte del buen recuerdo que seguro que se llevaría de aquella experiencia, pero de momento no quería pensar demasiado en todo eso, ya que aún quedaban muchas cosas por vivir y quién sabe a dónde le llevaría el futuro. Reconoció para sí mismo que quizás se estaba precipitando con sus valoraciones.

—Buenos días, querido Thomas —dijo entrando con una gran sonrisa—. Hoy debo pedirte perdón por llegar tarde. Ayer estuve en Barcelona y al final me quedé a dormir allí y me he retrasado un poco.

—Disfruta de la vida ahora que eres joven —dijo Thomas sonriendo—. Espero que lo pases bien.

—La verdad es que sí. Estuve cenando y de copas con un amigo de la universidad que casualmente está aquí trabajando. Creo que ya te he hablado de él, Mark Anderson.

—Sí que me has hablado. A los amigos hay que cuidarlos, son nuestros

compañeros en el camino. Nos acompañan mucho o poco tiempo, pero andan a nuestro lado.

—Caray, qué pensamiento tan profundo.

—Sí, lo es. Una vez leí que los padres y los hijos siempre están o delante o detrás nuestro. Nuestros hermanos, aunque mucho más próximos, también están un paso delante o detrás. Nuestra pareja justo enfrente y solo nuestros amigos están a nuestro lado. Es al único de este grupo al que podemos llamar «nuestro igual», aunque todo esto es tan solo filosofía o sociología, no lo sé bien.

—Eso que dices es muy interesante y para mí tiene un valor especial viniendo de ti, que eres una de las personas que ha tenido el privilegio de tener un amigo, un gran amigo, durante toda la vida.

—Sin duda, y sin duda también te reconozco que es un gran privilegio. La mayoría de la gente no puede disfrutar de una relación así. También debo reconocerte que para tener algo como lo que teníamos Álex y yo hay que, en primer lugar quererse mucho, en segundo lugar trabajárselo, ser paciente con el otro porque no siempre se sintoniza en la misma onda y finalmente actuar de manera generosa y muy honesta con la otra persona. Como ves, es un trabajo duro.

—Se parece a una relación de pareja.

—Se parece a una buena relación de pareja, sin sexo y con una complicidad diferente. Hay cosas que compartes con tu esposa, pero no con tu amigo y viceversa. En mi caso, además de tener la suerte de encontrarme con dos personas extraordinarias, entre ellos también eran amigos y se tenían un cariño muy especial. Para Agnès, Álex seguía siendo en parte aquel niño que iba a su clase cuando eran pequeños y siempre le inspiró la gran ternura que le tuvo hasta que se acabaron sus días.

—¿Quién murió antes?

—Ya te enterarás a su tiempo.

—Perdón, no debía haberme avanzado.

—No te preocupes, tu curiosidad es normal y además, me dice que estás metido en mi historia, lo cual me halaga bastante.

—Estoy totalmente entregado y hoy además me preocupa tu relato. Te dejé en un muy mal momento y tengo la seguridad de que con todo lo que me vas a contar, vamos a sufrir mucho los dos. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, pero te invito a que nos esforcemos en vivirlo como algo pasado. Vamos a bajar al infierno, es cierto, pero con los pies puestos en el limbo en el que estamos hoy. Yo ya estuve allí y no quiero volver. Si hay algún

momento en el que queremos parar tanto tú como yo, tan solo lo hablamos y paramos. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

—Entonces enciende tu grabadora y cuando antes acabemos con este episodio, antes podremos volver al mundo fuera de Auschwitz.

Kevin encendió la grabadora.

»Casi todo lo que tengo que contarte ya lo conoces. Lo has visto en *La lista de Schindler* y en unas cuantas películas más, en libros y en series de televisión, pero esto que hoy parece normal que se conozca no fue fácil en un principio. Era tan horrible que la gente no se lo quería creer y pensaban que exagerábamos a pesar de que desde el primer momento en que se empezaron a liberar los campos, las fotos de la gente, de los cadáveres, de los hornos y de todo aquel horror circularon por los medios. Afortunadamente, alguien tuvo el sentido común de hacer ir a la población del pueblo vecino a ver lo que había allí y a fotografiar toda aquella barbarie para evitar que nos hiciesen creer que había sido todo una mentira.

»Volviendo a aquel septiembre de 1.944, te puedo explicar que me llevaron en un camión junto con otros prisioneros hechos en la zona a la ciudad de Viena, a una estación en las afueras para que no fuésemos muy vistos o no molestásemos a la población civil. Recuerdo que en el transporte muchos eran franceses hechos prisioneros tras luchar en la resistencia y austriacos que habían permanecido escondidos. En Viena nos esperaba una cantidad enorme de personas. Muchos húngaros y muchos eslovacos. Bratislava, la capital de Eslovaquia, está apenas a cincuenta kilómetros de allí. Posteriormente me enteré de que aquellos judíos húngaros eran de los últimos que quedaban en el país. Durante el mes de julio y el de agosto habían enviado a Auschwitz cerca de 400.000 personas.

»En todos nosotros la expresión de miedo era un factor común. Justo en aquel momento me di cuenta de lo afortunado que era. Te preguntarás: ¿por qué? Es fácil. La mayoría de la gente iba en grupos familiares, matrimonios jóvenes con hijos, padres ancianos, hermanos, etc. Yo iba solo, no tenía que sufrir por nadie más que por mí. Mi familia estaba a salvo a miles de kilómetros de aquel lugar.

»Al haber algunos franceses pudimos intercambiar palabras de ánimo y comentarios. Eso no sirvió de mucho, pero al menos evitaba que me sintiese absolutamente solo. Era de las pocas personas que no llevaba absolutamente nada. Me habían arrestado en la calle y no me permitieron ir a buscar mis cosas.

»El andén estaba lleno de gente, era cerca del mediodía y aunque ya estábamos en septiembre, hacía calor. No había donde refugiarse del sol, que caía encima de

nuestras cabezas sin compasión. La gente era de todas las edades, desde niños a ancianos. De diferentes países, diferentes idiomas e incluso distintas clases sociales. Había campesinos y gente urbana. Tan solo teníamos en común la religión.

»Recuerdo que sudaba copiosamente. Quizás era el miedo más que el sol, francamente no lo sé, pero tenía mucha sed. No nos dieron agua en un primer momento, tan solo unos minutos antes de hacernos subir al tren, cuando ya nos tenían distribuidos por toda la plataforma pasaron unas mujeres, seguramente civiles, dándonos agua de unos cubos que llevaban. Nos íbamos abalanzando sobre ellas con la intención de calmar aquella sed que nos reseca la boca. Tuve suerte porque conseguí dar un buen trago antes de que me diesen un empujón.

»Yo tenía otra ventaja sobre buena parte de ellos: además de ser joven, había disfrutado de una buena alimentación toda la vida y había hecho ejercicio de una forma más o menos activa, así que comparativamente tenía un buen estado físico. Mi complexión y mi altura, algo mayor que la media, me permitía una cierta ventaja al tener que competir por agua, por ejemplo, como en aquella ocasión. La mayoría llegaban allí después de tiempos duros y de gran desgaste físico y emocional. Tan solo eran pequeñas muestras de la lucha que todos tendríamos que hacer por sobrevivir a partir de aquel momento.

»Seguía teniendo mucho miedo, pero ya llevaba varios días con aquella sensación así que me había acostumbrado a ella. De pronto, los soldados abrieron las puertas de los vagones y empezaron a gritarnos y a ordenarnos que subiésemos. Nos empujaban para que avanzáramos y gritaban todo el tiempo en alemán. Después de tantos años de guerra, de la ocupación de París y de mi estancia en Suiza ,empezaba a comprenderlo, aunque era incapaz de hablarlo correctamente.

»Parecía increíble, pero con una gran eficiencia nos subieron a todos al tren en un tiempo récord. Yo creo que debían de ser unos treinta vagones y aproximadamente debíamos de ir entre ciento cincuenta y doscientas personas en cada vagón. Ya, por aquel entonces, se vivieron las primeras escenas dramáticas cuando no pudieron entrar familias enteras en el mismo vagón, pero eso no era nada comparado con lo que nos esperaba. Estábamos muy apretados, no nos podíamos sentar. Los más jóvenes nos juntábamos un poco más dejando así espacio para que los mayores y las mujeres con niños pudiesen estar un poco más cómodos. El calor era horrible y la luz entraba tan solo por las rendijas entre los tabloneros del tren y alguna pequeña ventana. Iba a ser difícil poder respirar, aunque lo peor de todo no era eso, lo peor eran los llantos silenciosos, discretos

y más o menos disimulados de muchas de las personas que estábamos allí. En nuestro vagón la mayoría éramos gente joven, habíamos entrado casi todos los que veníamos de Linz y tan solo había alguna familia con niños y ancianos. Los que venían con nosotros eran mayoritariamente eslovacos.

»Finalmente, el tren se puso en marcha. Eso hizo que circulara un poco de aire dentro del vagón y se refrescase un poco el ambiente, aunque hasta que no se hizo de noche la temperatura fue muy elevada.

»No sabría decir muy bien en qué momento fue, pero juraría que al final de aquella noche ya aparecieron las primeras víctimas. Había una anciana que había subido con toda su familia. Debía de tener unos ochenta años y la pobre mujer no resistió aquello. No sé lo que había tenido que pasar hasta llegar allí, pero seguramente había pasado por guetos, hambre y desesperación antes de aquel día.

»La realidad es que fue una suerte para ella. Se ahorró sufrir el resto del trayecto, que duró tres días y dos noches. La apartamos en un rincón del tren, que fue el lugar donde pensamos que los iríamos dejando, ya que había claros candidatos a abandonar aquella pesadilla ya durante el trayecto.

»¿Te das cuenta? Te hablo de un ser humano. Una mujer que posiblemente fue una niña dulce, una bella joven y que enamoró a un hombre con el que tuvo hijos y vivió una vida más o menos buena hasta que llegó a aquel lugar. Podía reír, llorar, amar... y acabó allí en un rincón del vagón. Muerta.

»Otro problema fue el de hacer nuestras necesidades. No nos dieron nada para comer ni para beber durante aquellos tres días, así que no teníamos mucho que defecar ni orinar, pero aun así alguna cosa debíamos llevar en el estómago cuando nos detuvieron. Teníamos un cubo y allí, uno a uno, tuvimos que perder parte de nuestra dignidad ante el resto de los viajeros. No nos podíamos deshacer de los restos, aunque intentamos en un primer momento vaciarlo por la pequeña ventanilla, pero fue peor el remedio que la enfermedad, ya que desgraciadamente el contenido del cubo entró dentro del vagón por culpa del aire y nos manchó a todos; parecía que hasta las leyes de la física se habían puesto en nuestra contra.

»También había pulgas. El suelo del vagón estaba lleno de paja y dentro de la paja vivía un ejército de pulgas que no dejaron de asaltarnos durante todo el tiempo que duró aquel viaje al infierno. Sufrimos varias bajas más. La mayor parte de gente mayor y alguna de niños. Esas fueron las más tristes y las que más nos afectaron a todos. Eran estremecedores los llantos de las madres que acababan de perder a un hijo.

»Cuando parecía que aquello iba a durar toda la vida y a última hora de la tarde

del tercer día el tren empezó a disminuir su velocidad. Estábamos llegando. El miedo corrió entre nosotros como la pólvora e incluso se pudieron oír algunos sollozos mal reprimidos entre los que íbamos en el vagón. Las puertas de Birkenau estaban abiertas y el tren avanzó dentro del campo de exterminio, aunque nosotros aún no podíamos ver nada. Era la imagen típica de las vías del tren entrando en el campo hasta los mismos crematorios. Normalmente se asocia a Auschwitz, pero en realidad es Birkenau, a unos tres kilómetros del campo principal. Este era una ampliación del Auschwitz antiguo que llamaban Auschwitz I; a este le llamaban Birkenau o Auschwitz II. Había más, pero estos dos eran los principales.

»De pronto se abrieron las puertas y con la eficiencia típica de los soldados alemanes nos hicieron bajar del tren. Nos insistían en todos los idiomas que dejásemos todas nuestras pertenencias allí y que después las podríamos recoger. Nos pusieron en filas de cinco y nos hicieron avanzar. Había otros prisioneros que ya estaban en el campo que insistían en tranquilizarnos y en decirnos que allí estaríamos bien. Los soldados también se mostraban amables en aquellos primeros momentos. Eran los Sonderkommando.

»Llegamos a una primera selección. Con un leve gesto de la mano te enviaban a la derecha o a la izquierda. Los que podíamos trabajar íbamos a la derecha y el resto, a la izquierda. En aquellos minutos la mayoría de familias fueron separadas para siempre. Los que iban a la izquierda eran los niños menores de dieciséis años, aunque dependiendo del convoy eran menores de dieciocho, todos los ancianos y las personas enfermas o con algún tipo de problema por leve que fuese. En definitiva, todo el que no podía trabajar. En aquellos momentos se produjeron las primeras situaciones dramáticas. Madres separadas de sus hijos principalmente y familias en las que unos iban a un lado y otros al otro. Los que quedaron en la izquierda fueron llevados directamente a las cámaras de gas y luego al crematorio, aunque en aquel momento nadie lo sabía. Teóricamente iban a las duchas.

»Por lo que supe después, les hicieron desnudarse y dejar todas sus pertenencias afuera. Les daban una pequeña toalla y un trozo de jabón. Luego, entraban en las supuestas duchas. Cuando los tuvieron listos los gasearon y después había personas encargadas de recoger toda la ropa y llevarla al almacén. Otros revisaban entre los cuerpos para sacar las joyas, dientes de oro y cualquier otra cosa de valor que pudiesen llevar. Finalmente, otros presos les rapaban. Aprovechaban hasta el pelo de los muertos. Los que acababan el proceso eran los que recogían los cadáveres para llevarlos al crematorio. En algún caso, pocos

tenían que rematar a alguien. Es triste ver cómo las paredes en las cámaras de gas que aún quedan en pie como muestra de todo aquello están arañadas por la gente en aquellos últimos segundos de sus vidas. Eso quiere decir que se daban cuenta de lo que estaba pasando.

»No te lo he contado, pero el ambiente era horrible. Había un humo espeso por todos los sitios y un olor extraño difícil de identificar. Luego supimos que era por la quema de los cadáveres. Oí a alguien preguntar a un Sonderkommando antes de la selección y le explicó que era el humo de las fábricas en las que íbamos a trabajar, pero eran los crematorios. Toda aquella operación fue rapidísima. No sabría decirte si duró media hora, aunque me parece que aún fue menos tiempo. Lo hacían de una manera muy eficiente, con mucha práctica y sobre todo para evitar una revuelta de la gente. En los primeros tiempos habían sufrido algún que otro momento comprometido en el que algún prisionero le había quitado el arma a algún soldado y había costado sofocarlo porque la gente, cuando se mueve por el pánico, es difícil de controlar, pero ahora ya lo tenían controlado. Habían acumulado mucha experiencia.

»A los que fuimos seleccionados nos llevaron a un barracón y ahí empezó el calvario. La relativa amabilidad del primer momento se convirtió en gritos, insultos, empujones y golpes. Nos gritaban que habíamos llegado allí para ser esclavos y que nos íbamos a enterar de lo que significaba ser judío en la Alemania nazi. Nos tuvieron que desnudar. Hoy en día estamos mucho más acostumbrados a ver cuerpos desnudos y es algo mucho más natural. En aquel momento era muy violento, ya que estábamos juntos hombres y mujeres. Por suerte no hacía frío. Vi hacer aquello a gente que llegaba en pleno mes de diciembre, poco antes de la liberación y con todo lleno de nieve. Luego nos hacían entrar y nos sentaban en unos bancos alineados de cara a la pared. Un individuo con una esquiladora te depilaba el cuerpo entero. Eso incluye el pubis. Además, los aparatos que utilizaban no estaban del todo bien afilados y se enganchaba en el pelo de tanto en tanto teniendo que darte estirones que dolían bastante. Después te llevaban a un lugar donde nos duchaban para despiojarnos. A continuación, te hacían pasar a una sala donde te registraban. Preguntaban tus datos y acto seguido te tatuaban burdamente un número y una letra en el pecho. Esa era tu identificación. Pasé de ser Thomas Levi o Tomás Bosch a ser C13135. Finalmente te hacían pasar a una sala donde te daban un traje de rayas y unas zapatillas. Podían darte o zapatillas o zuecos, el inconveniente era que estos últimos herían los pies y eso era un problema importante. Afortunadamente a mí me tocaron unas zapatillas. Evidentemente el traje que me dieron venía de un

muerto y por supuesto estaba tal cual lo había dejado el antiguo propietario.

»Tras vestirnos, salíamos a un patio. Estábamos todos irreconocibles. En aquel momento no identifiqué a nadie con quien hubiese hablado antes. Habíamos perdido totalmente nuestra identidad. Recuerdo una conversación entre una de las personas que había pasado por todo el proceso más o menos al lado mío y un prisionero del campo que llevaba un tiempo.

»—¿Sabes cuándo veremos a nuestras familias?—preguntó el joven de una edad parecida a la mía y que era austriaco.

»—Eres un estúpido —le respondió el otro, que también era más o menos de nuestra edad, y que por la manera de hablar y su aspecto debía de ser de origen eslavo—. Tu familia en este momento ya ha sido quemada. Posiblemente el humo que está saliendo ahora de la chimenea y nos envuelve es todo lo que te queda de ellos.

»Fue terrible y también lo fue la dureza con la que aquel hombre le explicó lo que más o menos todos a esas alturas temíamos. Eso daba una idea de lo fácil que era deshumanizarse en aquel entorno.

»Nos hicieron poner en fila otra vez. Ya era la hora de la cena. Consistió durante los cuatro meses que estuve allí en una especie de sopa con algún que otro pedazo de algo indefinido si al que te llenaba el plato le gustaba tu cara y hundía más el cucharón para coger algo del fondo, si no todo era líquido. Era asqueroso y al principio no pensé que fuese capaz de comer aquello, pero cuánto me equivocaba. Una de las peores cosas era la sensación permanente de hambre. Nos hacían trabajar y nos alimentaban mínimamente. El hambre nos acompañaba todo el tiempo. Al principio era insoportable, pero luego te habituabas. Aparte de la cena había un desayuno que era más o menos un cuarto de una ración de pan con un trozo de algo parecido a mantequilla. A veces, en vez de eso, era mermelada de algo desconocido.

»¿Sabes una cosa? A menudo he pensado que la sopa la hacían con caldo de huesos humanos. Nunca tuve ninguna evidencia de lo que digo, pero la maldad de aquella gente daba para eso y mucho más.

»Nos metieron en barracones de literas, seguro que los has visto en más de una foto. En cada apartado éramos unas cinco personas. Los nuevos íbamos a los de abajo, donde la humedad era peor. Además, había otra cosa y es que durante la noche muchos de los prisioneros si tenían que orinar no salían afuera. Sencillamente lo hacían allí mismo y el líquido bajaba. No era por maldad ni mucho menos, pero es que no se podía salir. No nos dejaban. Si durante la noche salías de tu cuadro, seguramente ya no podrías entrar. Los otros ocupaban tu

espacio. Cuando ibas ganando antigüedad, podías ir cogiendo plazas más arriba y créeme que la antigüedad se ganaba rápido. El promedio de supervivencia era de cuatro meses, la mayoría no resistía más tiempo.

»Por la mañana sonaba la música y todos debíamos formar. Nos asignaron diferentes tareas y yo tuve la buena suerte de que aquel primer día me llevaron a Auschwitz I. Hacía falta gente que fuese capaz de entender a los soldados y transmitir las órdenes en francés. Francamente no sé porqué me seleccionaron porque yo no los entendía demasiado. Me llevaron andando y fue al entrar allí donde vi por primera vez el letrero típico que decía: Arbeit macht frei o lo que es lo mismo: El trabajo te hace libre.

»En Auschwitz I tuve mi primera experiencia de marcha. Por la mañana, nos sacaban a todos fuera y nos contaban. Aquella operación podía durar hasta dos horas. Había que estar derecho y sin moverte hasta que acababan de contarnos. Después nos daban nuestro cuarto de pan con alguna grasa y entonces empezaba a sonar la música. Había que caminar en formación y a buen paso hacia la salida del campo. Nos llevaban a trabajar. Si mostrabas algún tipo de debilidad te apartaban de la fila y ya sabías a donde ibas a parar. La gente que tenía zuecos normalmente iba descalza, ya que si se te llagaban los pies se consideraba que ya no eras apto y te apartaban. En fin, cualquier excusa era buena para matarte.

»Lo peor es que si salían cien personas debían volver cien personas, así que si con la debilidad que teníamos alguien fallecía, el resto del grupo tenía que traerlo de regreso al volver al campo, ya que si faltaba alguien podían llegar a matarnos a unos cuantos como castigo porque entendían que los que faltaban se habían escapado. Los más fuertes los cargaban al hombro y los devolvían. Una vez que nos contaban en la puerta, los dejábamos en un árbol que hay en la entrada. Ese árbol aún existe. Alguna vez me tocó ayudar a traer a alguien. Cada día morían dos o tres personas. Cuando entrábamos teníamos que volver a desfilar a buen paso, ya que la música volvía a sonar. Después de pasar todo el día trabajando prácticamente sin comida, teníamos que andar a paso ligero. Al ritmo de la música. Era una tortura macabra.

»Estábamos al final de la guerra y como los nazis iban perdiendo territorio iban desalojando los campos de concentración. Desde Majdanek, Belzec o Sobidor cuando estuvieron a punto de caer en manos del ejército soviético traían muchas veces a unos pocos prisioneros que habían sobrevivido después de largas marchas. No querían que se supiese todo lo que estaba pasando. Ocultaban la información para evitar que las comunidades judías se resistiesen al traslado a los campos desde los guetos. Al menos en un primer momento. Imagino que

después ya era porque cuando vieron que iban a perder la guerra temían las repercusiones por aquel terrible crimen.

»Se dieron cuenta de que no tenía mucho sentido mantenerme en Auschwitz I, ya que no era bueno traduciendo del alemán al francés, así que me devolvieron a Birkenau. Aún estaba en buena forma y podía trabajar. Eso no evitó que me trataran de inútil y me diesen unos cuantos golpes y puñetazos antes de hacerme marchar. Los golpes eran algo que muchos sufríamos frecuentemente. Te acostumbrabas a que no te importasen siempre que te dejaran íntegro y no te rompiesen nada. En ese caso, hubieses sido clasificado como inútil y apartado para ir al crematorio.

»En Birkenau uno de mis trabajos era, una vez que habían vaciado los trenes y llevado a la gente a la cámara de gas o haberlos ingresado en el campo, recoger todas las maletas primero y después la ropa de la gente, y clasificarla en unos grandes almacenes. Después todo se enviaba a Alemania. Yo no era un Sonderkommando, tan solo recogía la ropa. Tampoco era de los que entraban en las salas donde los gaseaban y registraban a la gente. Esas tareas estaban encargadas a otros presos.

»Cada vez que llegaba un cargamento de Salami, tal y como los nazis llamaban a los judíos de manera despectiva, nosotros teníamos que estar pendientes de verlos alejarse del andén para empezar a cargar las maletas y después, mientras otros registraban los cuerpos, descolgábamos la ropa de la antesala de las cámaras de gas y la metíamos en los camiones.

»Los Kapos eran otros presos, también judíos, que tenían un estatus especial. Ellos nos dirigían y lo hacían de una manera aún más cruel que los propios nazis. Fácilmente recibías gritos y golpes de ellos. Muchas veces eran antiguos delincuentes comunes y por eso solían mostrar una dureza aterradora. Les teníamos más miedo que a los nazis. Imagino que para sobrevivir eran capaces de todas aquellas brutalidades.

»Mi trabajo me permitía, de vez en cuando, si teníamos suerte, descubrir comida dentro de las maletas. Había gente que llevaba alguna cosa escondida y nosotros la descubríamos. Era tan terrible el hambre que pasábamos que invariablemente la escondíamos y después la compartíamos. Yo creo que ese suplemento, que tampoco es que fuese tanto, nos permitió sobrevivir a los que nos dedicábamos a aquello. La mayoría del resto iba poco a poco quedándose en los huesos. No sé por qué, pero cuando te empezabas a descomponer físicamente en la jerga del campo se decía que te volvías un musulmán.

»Ese era mi día a día. Por la mañana nos contaban, ligero desayuno y luego al

ritmo de la música nos hacían salir a trabajar a no ser que estuviese prevista la llegada de un convoy. En ese caso, yo debía dirigirme al almacén. Al final del día volvíamos al campo, otra vez al ritmo de la música, ligera cena y vuelta a contarnos. Entre tanto gritos, patadas, golpes, insultos y desesperación. Por las noches acabábamos encajados en aquellos cajones que teníamos como camas. Por aquel tiempo ya estaba en el cajón del medio. Había tres niveles en mi barracón y ya no era tan frecuente que te despertaras mojado.

»Te preguntará: ¿orinabas tú también por las noches? Me da una vergüenza terrible tener que reconocer que sí, no había más remedio. Sí, lo hacíamos todos.

»También me dirás si alguna vez había intentado avisar a alguien de lo que estaban haciendo y de por qué los separaban. Si te pillaban hablando con alguno de los recién llegados, te apartaban fuera de la vista de aquella gente y te metían un tiro directamente, pero aún era peor si eras un Sonderkommando. En ese caso, podías acabar quemado vivo en el horno. No hablo por hablar, conozco un caso de uno de ellos que descubrió a su hermano en un tren y le intentó avisar. El hermano acabó en las cámaras de gas y él en vivo en el crematorio. No me atreví nunca a avisarlos. Lo único que hice en un par de ocasiones fue disimuladamente y sin abrir la boca pasar a alguna persona de la fila del horno a la fila de los que se iban a quedar.

»A veces se quejaban, pero una vez que habían cambiado, si les susurrabas: «Quédate aquí», generalmente te hacían caso. Eso lo hacíamos todos. Generalmente con hombres en los límites de edad, es decir, con dieciséis o diecisiete años que podían dar el pego de ser mayores o con otros que tanto podían haber ido a un lado como a otro. La línea divisoria era tan subjetiva que en muchos casos solo era una cuestión de suerte. De tanto en tanto se producía alguna fuga. Los nazis salían a la búsqueda de los fugitivos durante tres días. Normalmente si en ese tiempo no los encontraban, dejaban de buscarlos, aunque casi en la totalidad de los casos los pillaban, y entonces nos reunían a todos y los ahorcaban ante nuestros ojos.

»Como medida de protesta bajábamos la mirada y no mirábamos la ejecución. A veces eso provocaba que los Kapos se volviesen locos, y la emprendiesen a gritos y a patadas con nosotros. Recuerdo un caso más o menos por octubre en el que dos hombres lograron escapar y no los encontraron. Aquello era lo que les ponía histéricos, ya que podían dar la voz de alerta a las comunidades judías que aún quedaban fuera del campo y estas se podían rebelar y no dejarse atrapar.

»La llegada funcionaba como en una empresa. Aquel verano en el que yo llegué, habían arribado todos los judíos húngaros que quedaban. La mayor parte

fue directa a las cámaras. Luego llegaban los de Eslovaquia, no sé cuántos miles, posteriormente venían de Chequia.

»Esa fue mi vida entre septiembre de 1.944 y enero de 1.945. Aún no sé cómo resistí. Ya te he comentado que los extras de comida que encontrábamos en las maletas nos ayudaban a sobrevivir a los que nos dedicábamos a vaciarlas, aunque eso era muy peligroso porque si nos pillaban, nos enviaban directos a las cámaras de gas. Veo que me estoy repitiendo.

»En lo psíquico puedo decirte que me pasé la primera semana en un estado de shock constante. Prácticamente no creía lo que veían mis ojos. Mi mente se negaba en absoluto a creérselo y eso que yo estaba en el equipo de la Sociedad de Naciones que sospechaba todo esto y muchas cosas no me eran nuevas totalmente. Recuerdo, sobre todo, el humo con olor dulzón. Era cargante y todo el tiempo envolvía el campo tanto en Auschwitz como en Birkenau. Después, cuando ya empecé a ver que tenía que sobrevivir, me limité a rebelarme interiormente. Podían intentar acabar conmigo como persona, pero lo conseguirían o no dependiendo de mi resistencia.

»Mi estrategia de lucha fue recitar mentalmente cosas. Podía estar cavando o clasificando ropa, pero mi mente recitaba tablas de multiplicar, textos que había estudiado, me explicaba a mí mismo mi vida en Cardedeu o en París y sobre todo pensaba en Agnès. Mentalmente le contaba lo que hacía cada día. También intentaba aprender alemán, aunque solo fuese por subsistir. Los prisioneros hablábamos todas las lenguas y para entendernos entre nosotros utilizábamos generalmente el alemán. Sobre todo los del este que, además, en muchos casos, también hablaban ruso. Los occidentales sabíamos generalmente francés y algunos inglés.

»Me puse enfermo. Las letrinas estaban en un barracón y eran un montón de agujeros sobre una piedra lisa. Allí, a la vista de todos, hacíamos nuestras necesidades. Teníamos muy poco tiempo y los nazis nunca se atrevían a entrar allí. Decían que era un foco de enfermedades y en realidad tenían razón: no era difícil coger el tifus y otras enfermedades infecciosas. Todo iba a parar a una especie de zanja que de tanto en tanto vaciaban.

»Yo imagino que debió de ser por algo que encontramos en alguna maleta y que estaba en mal estado, pero el caso es que un día por la tarde me empecé a encontrar mal. Tenía retortijones y ganas de vomitar. Pedí permiso para ir a las letrinas y me lo concedieron. Pasé unos minutos con una gran descomposición y cuando me levanté, noté una gran debilidad. Me llevaron a lo que llamaban la enfermería; pensé que aquello era el fin.

»Si el supuesto médico decidía que tenía algo serio, se acababa mi estancia en el campo. Tendría la ocasión de salir por la chimenea. Tuve suerte porque encontré a un joven que pareció compadecerse de mí. Me ingresó aquella noche y me dejó durmiendo en una cama. Se preocupó en hidratarme correctamente y a la mañana siguiente la fiebre había desaparecido. Con aquello, aquel hombre me salvó la vida.

»Pude reintegrarme al trabajo al día siguiente. Entre mis compañeros la mayoría no dieron síntomas de indigestión, pero sí que hubo uno, griego sefardí, que no pudo resistir la infección y murió aquella misma noche. No dio tiempo a hacer nada debido a la debilidad que teníamos todos. La muerte se convertía en algo habitual. Cada mañana aparecía gente muerta, sobre todo una vez que empezó el frío a final de noviembre y la nieve poco más tarde. Durante la noche caían muchos. Generalmente, hipotermias e infecciones intestinales. Una diarrea era un problema muy serio y enseguida podía provocar la muerte. También había gente que no lo resistía psíquicamente y se lanzaba contra las vallas de alambre electrificado. Era una manera relativamente rápida de acabar con aquello. Te lanzabas contra el alambre y en unos segundos estabas frito, aunque debía de ser muy doloroso. A partir de diciembre empezó a nevar. Para nosotros el frío era un nuevo problema que debíamos afrontar con poca ropa y muy poco alimentados. Era muy duro, aunque permitía que tuviésemos agua alrededor todo el tiempo. Dejamos de pasar sed. Bastaba coger un puñado de nieve y metértelo en la boca.

»Aunque parezca increíble, hasta en un lugar como aquel había una rutina y esta se encargaba de que el tiempo avanzase rápido atontando la mente. Casi desde el primer día y a pesar del extra de comida empecé a perder peso. Estaba lejos de convertirme en un musulmán, pero cada vez estaba más delgado. La sensación de hambre en mi caso no era constante, pero sí habitual. De hecho, cada vez llegaban menos convoyes y empezó a correr la voz por el campo de que los soviéticos no estaban muy lejos y que pronto seríamos liberados. Sabíamos lo que eso significaba. Habíamos visto llegar a presos de otros campos en largas marchas de la muerte en las que solo los más fuertes resistían. Ellos nos explicaban que cuando estaban a punto de perder una zona donde había campos, solían desmontarlos a toda velocidad. A veces los dejaban, y a veces mataban a los enfermos y todos los que podían caminar empezaban a andar hacia el oeste huyendo. Si no podías seguir, te pegaban un tiro y te dejaban en la cuneta.

»Ya estábamos en los primeros días de enero cuando un grupo decidimos organizarnos para escondernos en el momento en el que empezasen a desmontar el campo. Teníamos que encontrar dónde meternos y que no nos encontrasen.

Hicimos diferentes hipótesis y le dimos cincuenta mil vueltas al tema, pero no lográbamos dar con una solución. Finalmente, a uno se le ocurrió el lugar: nos meteríamos los cinco que éramos en las letrinas. Dentro de la fosa. Allí nadie nos buscaría. Aquella idea nos pareció al resto tan horrible que la descartamos y seguimos pensando en posibles alternativas.

»Cada día que pasaba los nazis estaban más nerviosos. Se notaba que algo no iba bien. Evidentemente a nosotros nadie nos explicaba nada, pero cada día era más fácil que te metieran un tiro por cualquier tontería o que te llevaras un mamporro por algo estúpido. Yo me llevé más de un tortazo y más de un grito por cosas sin sentido.

»Seguía encontrándome mal, tenía una descomposición permanente. Intentaba resistir y para ello hacía todo lo posible por beber nieve siempre que podía y encontraba algún rincón limpio. Tenía las anginas arrasadas por el frío, pero era mejor eso que deshidratarme. No iba a rendirme cuando parecía que faltaba tan poco para que llegasen los soviéticos. Parecía que el tiempo no pasaba ante la expectativa de que liberasen el campo y se acabase la tortura, tanto si sobrevivía como si moría. Finalmente, el día 26 de enero llegó el momento.

»Los nazis empezaron a formar a toda la gente que estaba en buen estado. Nosotros seguíamos sin decidir dónde escondernos, aunque en nuestra mente estaba claro que íbamos de cabeza a la fosa séptica. Nos juntamos los cinco en mitad de todo el caos. Recuerdo perfectamente quienes éramos. Aparte de mí estaba Abraham Mizdro, sefardí de Salónica con el que nos entendíamos en español, Jacques Simon de París, con el que hablamos muchas veces de la ciudad, Ibrahim Friedman de Polonia que era el que había pensado en la solución de la fosa y finalmente estaba Yehuda Cohen, que recordaba haberme visto al bajar del tren y según me contó, era una de aquellas dos personas que había empujado a la otra fila, yo no lo recordaba.

»Menos Yehuda, que tenía diecisiete años, los demás estábamos en la treintena aproximadamente. Con disimulo y cada uno por su camino nos dirigimos hacia el barracón de las letrinas. No había nadie controlando la entrada y dentro tampoco había nadie. Por suerte solo hacía un día que habían vaciado la fosa y no había mucha materia fecal dentro. Cuando estuvimos los cinco, entre Yehuda y yo levantamos una de las placas en la que había unos seis agujeros. La letrina era alargada, medía unos quince metros más o menos y las piedras que la tapaban eran de un par de metros aproximadamente y tenían cada una unos seis agujeros.

»Abraham fue el primero. El agujero medía unos dos metros de hondo y había

unos treinta centímetros de desechos más o menos. Después saltó Jacques, Ibrahim y finalmente Yehuda y yo. Levantamos a Yehuda entre Jacques y yo y desde dentro encajó la tapa.

»Oíamos el caos afuera. Gritos, disparos y más gritos. Aquello duró un montón de horas; en aquel momento tuve la impresión de que duró buena parte de la noche.

»Nosotros seguíamos escondidos. Yo cada vez me encontraba más débil y notaba que la fiebre me iba subiendo. En algún momento de la noche la mayoría de nosotros no pudimos evitar vomitar de asco o de miedo, aunque solo fuese bilis, ya que poca cosa teníamos en el estómago. No hablábamos para evitar que nadie nos descubriese, aunque sabíamos que los alemanes no entrarían allí. Por suerte no se les ocurrió pegar fuego a aquel barracón, hubiese sido nuestro final.

»El caos fuera fue horrible, hubo presos que intentaron escapar. Otros se escondieron, tal y como habíamos hecho nosotros, aunque a nadie se le ocurrió la idea de meterse en la fosa como hicimos. Quizás por eso los acabaron encontrando a casi todos. En su huida, los nazis quemaron algunos barracones para dejar las menos señales posibles de lo que allí se había llevado a cabo durante los años 1.940-1.945. Finalmente se hizo el silencio absoluto. Aun así dejamos pasar un par de horas más.

»Fue Yehuda, el más joven, el que decidió que iba a mirar qué había pasado y si ya se habían ido todos. Nosotros intentamos convencerle de que esperase, que quizás era mejor que fuésemos uno de nosotros, pero él se negó. Cuando quisimos reaccionar, ya se había encaramado y con los pies apartó la tapa y salió fuera. Al salir se estiró en el suelo dando varias bocanadas de aire fresco e intentando que su nariz se deshiciese de la pestilencia en la que había estado metido durante tantas horas. Cuando consiguió reponerse, se alejó en dirección a la entrada. Abrió la puerta y salió fuera.

»Yo me encontraba muy débil y pensaba que de un momento a otro iba a caer al suelo. Hasta aquel momento todos habíamos estado de pie todo el tiempo, ya que estirarse en el suelo era literalmente revolcarse en la mierda.

»Ya había amanecido cuando Yehuda entró acompañado por un soldado del ejército rojo, que le ayudó a sacarnos de aquel agujero. Yehuda hablaba ruso igual que Ibrahim. De manera atropellada, hablando a la vez, intentaron explicar al soldado lo que habían sido los últimos tiempos de nuestras vidas y que los nazis habían huido con todos los presos que no habían podido escapar. Nos llevaron fuera y entonces perdí el conocimiento. Sé que me llevaron a la enfermería y me pusieron en una cama. Tenía fiebre y me estaba deshidratando.

Yehuda, que pensaba que estaba en deuda conmigo por haberle salvado la vida, se pasó el rato intentando darme agua poco a poco mientras que yo deliraba.

»Los soviéticos trajeron a los vecinos del pueblo de Oswiecim, que es como se dice Auschwitz en polaco, y también dejaron entrar a los reporteros fotográficos que les seguían en su avance hacia Alemania. Sabiamente quisieron dejar una constancia gráfica de todo lo que estaban encontrando para evitar que posteriormente los revisionistas dijese que todo aquello había sido una mentira. Fotografiaron las montañas de cadáveres que no pudieron hacer desaparecer antes de salir rumbo al oeste y los restos de todo lo que encontraron, los niños que Josef Mengele había utilizado para sus experimentos, los «musulmanes», que eran poco más que esqueletos que caminaban y a todo el que aún estaba con vida.

»Sé que llegó la Cruz Roja y trasladaron a todos los enfermos y entre ellos a mí, que estaba inconsciente, hacia Cracovia, a un hospital de campaña. Afortunadamente la ciudad no había sido tan castigada como lo fueron otras ciudades de Polonia; Varsovia quedó prácticamente destruida.

»Tenía el tifus y pasé días inconsciente entre la vida y la muerte. Me contaron que deliraba. Gritaba y lloraba entre sueños y llamaba a mi familia. Durante los primeros días estuvieron seguros de que no sobreviviría, pero se equivocaron y logré superar el tifus. Toda mi vida he sido muy tozudo y estaba decidido a sobrevivir. Cuando desperté mi mente había ejecutado el plan de autodefensa. Imagino que fue cuando me vi liberado, a salvo y por primera vez sin peligro de muerte cuando mi cabeza, que durante los últimos tiempos había estado constantemente evitando una muerte más que probable, desactivó los sistemas de defensa y me hundí en una profunda depresión. Apenas hablaba. No sabía explicar quién era, de dónde era y si podían avisar a alguien. Había entrado en una especie de catarsis.

»Una vez que me repuse físicamente y volví a estar mínimamente bien, me enviaron a una residencia de supervivientes que había en la ciudad esperando a que alguien pasase por allí y me reconociese o que yo despertase de aquel estado. Mi silencio persistió un tiempo. No lo recuerdo, pero te diría que en aquel momento ya no sufría. Me dejaba llevar por el día a día. Ahora me ponían al sol para que me calentase un poquito y ahora me llevaban a un comedor y me daban comida. Sencillamente no ofrecía ninguna resistencia.

—Creo que este es un buen punto para dejarlo por hoy. Como ves, no he querido entrar en muchos detalles mórbidos del campo de concentración. Francamente era muy parecido a lo que luego hemos visto todos en los

reportajes y en las películas. Evidentemente, en la realidad había muchos factores que son casi imposibles de reproducir como la sensación constante de hambre o el humo dulzón que nos envolvía todo el tiempo, pero te da una idea bastante buena de lo que fue realmente.

—De todas maneras tu explicación ha estado muy bien. Me has hablado de la rutina y de las condiciones en las que vivíais los presos, así que quien quiera imaginárselo lo puede hacer.

—No sé qué decirte, es realmente difícil de imaginar. Hasta yo mismo hay veces que pienso que fue una pesadilla y que realmente no pasó. Después me rebelo y defiendo que no se puede olvidar si no queremos que se repita.

—¿Tú crees que es posible?

—Durante un tiempo creí que era imposible, al menos en Europa, pero después vi lo que pasaba en la guerra de Yugoslavia con Srebrenica y lo que está pasando hoy en día con los refugiados sirios. Me recuerda mucho a otras cosas de las que hemos hablado ya durante el tiempo que hemos estado trabajando juntos.

—Es verdad —dijo Kevin—, lo de los campos de refugiados de sirios en Grecia se parece mucho a lo que me contaste de Argelès-sur-Mer y lo de los judíos recuerda a las matanzas entre Hutus y Tutsis en África.

—En efecto y hasta podríamos hablar del propio estado de Israel con los palestinos. Que los judíos hayamos sufrido por el holocausto no justifica lo que estamos haciendo con nuestros vecinos palestinos.

—Es verdad. Cuesta creer que un pueblo que ha sufrido tanto provoque tanto sufrimiento.

—La sociedad es muy compleja y difícil de entender...

Cuando Kevin salió de la habitación de Thomas tenía casi tantas preguntas en su cabeza como dudas existenciales. Por primera vez en su vida había recibido un relato directo de un superviviente del holocausto. El propio primer libro que leyó de Levi iba sobre eso, era una novela que pasaba dentro de un campo, pero en esta ocasión lo que le habían transmitido era real y eso lo hacía más impresionante.

Comió con Celia, pero mientras que ella tenía ganas de hablar y de explicarle el día que había llevado, él estaba bastante ensimismado. Su cabeza viajaba una y otra vez al relato que hacía poco acababa de oír. Estaba francamente impresionado.

Quedaron para pasar la tarde juntos. Ella iría a buscarlo para ir un rato al gimnasio y después prepararían el viaje a París mientras cenaban. Seguramente pasarían la noche juntos.

TERCERA PARTE:
UNA NUEVA VIDA (1945—2.015)

CAPÍTULO 21

Renacer

La noche transcurrió como imaginó Kevin. Celia pasó a buscarle a las seis de la tarde y fueron al gimnasio a hacer un poco de ejercicio, después estuvieron nadando un rato. A él le gustaba mucho la sensación de flotar que proporcionaba el agua, le liberaba. Siempre le había pasado. Acabaron en una agradable sauna donde, por casualidad, pudieron estar solos y nadie les molestó.

—Te noto distante últimamente —dijo Celia cuando estaban los dos a altas temperaturas en aquel cuarto pequeño.

—Quizás un poco, no sé. Los últimos temas que hemos estado tratando con tu tío han sido un poco duros y la verdad es que eso me afecta.

—¿Realmente es necesario revivir todo aquello?

—Bueno, si queremos escribir una biografía, por supuesto que sí. Además, fueron unos años muy importantes para él, diría que incluso fueron los más definitivos.

—No me he expresado bien —aclaró Celia—.Entiendo que tenéis que hablar de aquella época y del campo de concentración y todo eso, lo que no entiendo es si es necesario que él y principalmente tú lo viváis como algo tan real, como si estuviese pasando ahora.

—No creo que lo estemos viviendo como si pasase ahora. Sería mucho peor —sonrió—, pero sí creo que para dar calidad al relato y una credibilidad necesaria hay que sumergirse en aquellos momentos. A mí me hace falta. Posiblemente habrá escritores, auténticos y experimentados, que no lo necesiten y puedan relatarlo desde la distancia, pero no es mi caso. Además, hay otra cosa y es que aparte de la conversación con tu tío, en la Fonda yo investigo y paso horas en internet oyendo relatos de supervivientes de aquella época y viendo vídeos tomados en el momento de la liberación. Creo que por eso me afecta tanto.

—Entiendo lo que quieres decir, aunque cuando te he comentado que te veía distante me refería a nuestra relación.

Se hizo un silencio un poco incómodo entre los dos y Kevin decidió que tenía que ser franco con ella.

—Es cierto, pero no es un distanciamiento racional. Más bien es el poco tiempo que tenemos. Tu trabajo requiere mucho compromiso y a mí me

presionan desde Boston constantemente. Últimamente también he pensado en nuestro futuro conjunto y ciertamente no lo veo claro.

—Yo creo que no debes pensar tanto —dijo ella—. Ya desde el principio sabíamos que esto era una relación temporal. Llegará el momento en el que tengas que irte y yo no te seguiré, pero mientras tanto podemos disfrutar de nuestro vínculo. Me conformo con que cuando pasen los años y pienses, por ejemplo, en París, te acuerdes de mí con cariño y rememores que lo pasamos muy bien, suponiendo que sea el caso. Personalmente es lo que espero.

A Kevin le sorprendió aquella sinceridad por parte de Celia.

—La verdad es que me gusta que estemos de acuerdo respecto a esto. Le daba vueltas últimamente a toda la cuestión y no sabía ni siquiera si debíamos ir a París o no.

—¿Qué me estás diciendo?—bromeó—. Yo creo que tú tienes muchas ganas de ir, no hay razón para que no vayamos. A mí también me apetece mucho, hace tiempo que no voy. Respecto a la relación, ya te he dicho otras veces que me gustas, estoy muy bien contigo, pero no creo que seas el último hombre de mi vida y estoy segura de que tú también piensas que yo no seré la mujer de tus memorias —dijo mientras sonreía.

Le gustaba que hubiesen aclarado las cosas, y no pudieron evitar besarse y acariciarse a pesar del calor. Además de que estar en un lugar en el que en cualquier momento pudiese entrar alguien les daba mucho morbo.

Cuando salieron fueron a cenar a un restaurante mexicano, al que le llevó Celia, en la zona de los cines de Granollers y después entraron a ver la película *El puente de los espías* que protagonizaba Tom Hanks. A Kevin le pareció acertada. Además, le hizo mucha gracia oír al actor hablando español. Regresaron al centro de la ciudad, pero ya era tarde, así que tomaron una copa en el bar de la Fonda y luego subieron a la habitación. Durmieron relativamente poco aquella noche. Afortunadamente amanecía el viernes y podrían descansar el fin de semana.

En principio, sábado y domingo no se verían. Celia tenía guardia y Kevin aprovecharía para avanzar en su trabajo. Esperaba de un momento a otro la llamada de John pidiendo información y presionando. Desde la conversación en la que comentaron el artículo de *Game of Thrones* no le había llamado más. Le escribía de vez en cuando por temas estrictamente laborales, pero nada más. Estaba seguro de que se había molestado, pero intentaría revertir la situación la próxima vez. Era curiosa la relación entre ellos: había aprecio, pero cuando uno se posicionaba en la jerarquía que los encuadraba dentro de Dreams no era difícil

que surgiesen pequeños conflictos. Kevin normalmente era prudente e intentaba decir lo que pensaba de la mejor manera posible, mientras que John era muy sensible y enseguida se podía ofender. Había que reconocerle el espaldarazo que le había dado con la biografía de Levi y además, el tema del artículo de Girona. Si no le llamaba el fin de semana, le llamaría él el lunes próximo.

Celia salió temprano. Fue a su casa a cambiarse de ropa y a coger su coche para no tener que depender de que alguien la acercase por la tarde. Kevin se desperezó y se preparó con calma para ir a la residencia. Había sido una buena idea trasladarse a Granollers. Si se hubiese quedado en Barcelona, seguramente tendría que madrugar mucho más.

Aquella mañana Thomas estaba de buen humor, parecía que se había animado respecto a los últimos días; quizás haber liberado el tema del campo de exterminio le dio la sensación de haber acabado la peor parte del trabajo. Ahora quizás todo sería más fácil. Kevin le estuvo explicando la película que había ido a ver y enseguida Thomas empezó a contarle anécdotas y curiosidades sobre la guerra fría.

—Te parecerá increíble, pero realmente el mundo estaba dividido en dos. Unos vivíamos de espaldas a los otros. La propia Alemania pasó a ser dos países diferentes y la ciudad de Berlín también.

—Sí que es chocante —reconoció—, sobre todo si tenemos en cuenta que todo aquello acabó hace muy poco tiempo y hoy nos movemos por casi todo el mundo con total libertad.

—Es un mundo diferente, aunque debo reconocerte que para nosotros no sé si es mejor o peor.

—Ahora sí que no te entiendo. ¡Tú eres un amante, es más, un luchador de la libertad!

—Lo soy, pero había un matiz en mi afirmación: «para nosotros». Con eso quiero decir que si para el conjunto del mundo es mejor, para occidente no sé si lo es tanto. Me explico. Una vez que cayó el comunismo y Rusia se volvió capitalista no se dio un contrapoder en toda la tierra que pudiese suavizar el capitalismo radical que, en muchos aspectos, hoy tenemos. Yo no soy economista, pero casi te diría que de la contraposición entre el capitalismo radical y el comunismo surgió la socialdemocracia que, a mi manera de ver, es la mejor forma de gobernarse. Desarrollo capitalista, pero con un límite que implica que tenemos que dejar parte de los beneficios para tirar de los colectivos que no pueden salir adelante por sí mismos y necesitan ayuda.

—Me estás hablando del modelo europeo, no de los Estados Unidos.

—Por supuesto, en los Estados Unidos siempre ha sido igual, pero en Europa se desarrollaron una serie de políticas encaminadas a permitir el desarrollo de regiones y colectivos más desafortunados. Hoy en día, y sobre todo tras esta crisis, se ha ido relajando todo lo referente a las políticas sociales. Desahucios, restricción de recursos, etc. Todo esto nació después de la Guerra y es una pena que ahora se pierda. Precisamente ese tipo de políticas son las que se aplicaron siguiendo las teorías de Keynes en los años posteriores a la guerra y en toda la Europa capitalista.

—Los tiempos cambian.

—Es verdad, pero estoy convencido de que, desde 2007, hemos retrocedido en muchos aspectos. Fíjate en España: nos intervinieron desde Europa para salvar a los bancos, nadie pensó en salvar a las personas. Negocio privado con recursos públicos. Una locura.

Unos segundos de silencio bastaron para que Thomas regresase a su historia.

—¿Seguimos con lo nuestro?

—Claro que sí —respondió Kevin—, aunque ayer pensé que estaba muy perdido con el tema de tus carpetas. ¿Por dónde vamos?

—Ahora, por la carpeta blanca —dijo Thomas riendo—, pero no la he sacado, prefiero ir contándote y si quieres, te llevas todo lo que tengo pendiente de darte hasta hoy y ya me lo devolverás el lunes.

—Como tú quieras.

—Pues entonces enciende tu grabadora y abre tu libreta, que vamos a empezar.

»Los primeros días de mi liberación los pasé muy mal, aunque realmente no soy consciente de ello. Veía todo lo que me rodeaba y oía a la gente cuando me hablaba, pero parecía que nada de todo aquello me interesaba. Recuerdo que pensaba, pero no tenía ganas de hablar o mejor dicho, no podía o no tenía nada que decir. No lo sé bien.

»Como te conté, una vez que me recuperé físicamente, me enviaron a una residencia o casa de reposo como decían eufemísticamente en Cracovia, donde había más gente como yo. No todos, ni mucho menos, venían de los campos. Había mucha gente que lo había perdido todo, y se habían traumatizado y semi enloquecido. También había soldados que no habían podido superar el drama de la guerra. Éramos los restos del naufragio y esperábamos a que alguien nos reconociese y nos rescatase.

»Desde el día en el que me detuvieron en Linz y la Sociedad de Naciones dejó de tener noticias mías se activaron todos los protocolos que tenía la entidad para intentar recuperarme, pero desafortunadamente era una institución muy

desprestigiada y el gobierno alemán no solía atender sus peticiones en ningún aspecto. Me enteré que a través de contactos supieron de mi detención, pero no averiguaron mucho más. Imaginaron que me habían enviado a algún campo, aunque realmente no pensaron nunca que me enviaran al peor campo, si es que había mejores y peores. Hicieron la estupidez de llamar a casa y preguntar si tenían noticias mías. Te puedes imaginar el sufrimiento que aquello provocó en Agnès, en mi tía y en todos los demás. Por suerte, un día después de la llamada de la Sociedad de Naciones y cuando Agnès ya estaba planeando su viaje a Ginebra para intentar seguirme la pista, llamó Álex.

»—Quédate en Cardedeu —insistió—, yo lo buscaré. No hagas la tontería de ir tú también en su busca. Si lo haces es muy posible que te perdamos a ti también. La situación aún es delicada por todo el continente. Por favor, yo sé moverme por estos ambientes y estoy más acostumbrado a todo esto.

»—No estoy dispuesta a quedarme con los brazos cruzados. Es mi marido y hace mucho tiempo que no sé nada de él. Me voy a volver loca.

»—Créeme. No vayas a ningún sitio. Dame un tiempo y te podré informar. Te prometo que te llamaré en unos días desde Ginebra y te mantendré informada. Te juro que te traeré a Tom de vuelta.

»A Agnès le costó mucho contenerse y no salir en mi busca. Anuló todos sus compromisos para poder estar cerca del teléfono esperando que o Álex o yo llamásemos. Mi tía pasaba muchos ratos con ella también angustiada.

»En aquellos días era cuando poco a poco Europa se iba liberando y la información era cada vez mayor al aumentar las zonas libres. El tiempo que estuve en el campo fue menor a cinco meses, así que desde que avisaron en casa de mi desaparición hasta que se empezó a liberar Polonia no pasó tanto tiempo. Mi amigo Álex se había convertido en un tipo duro. No me extraña, le hizo falta para sobrevivir a dos guerras que quizás en realidad era solo una. Para él fueron casi diez años en aquella situación. Decidió abandonar París. No tenía demasiadas cosas, así que todo entró en una pequeña mochila. Se despidió de Sophie prometiéndole que daría noticias mías tan pronto como me encontrase y salió rumbo a Ginebra. Viajó en tren y después de bastantes horas de trayecto atravesando lo que había sido llamado la Francia libre o de Vichy llegó a Suiza.

»No había pensado en que quizás tenía que tramitar algún tipo de visado para poder entrar en el país, pero al llevar encima el pasaporte de los Estados Unidos el trámite le fue mucho más sencillo que si hubiese llevado el español. Le dieron una visa para quince días, al cabo de ese tiempo debía abandonar el país. Era tarde y decidió que no valía la pena acercarse al Palacio de la Sociedad de

Naciones, así que buscó una habitación en una pensión donde poderse alojar y al día siguiente iría a hablar con ellos.

»La ciudad no había pasado por ninguna guerra y eso se notaba. No había señales de destrucción en sus edificios y se percibía que habían mantenido un relativo buen nivel de vida durante aquellos años. Había comida y bebida sin restricciones. A Álex le sorprendió el orden y la limpieza de la ciudad, que contrastaba con el estado general del resto del continente por el que se había movido hasta aquel momento y que estaba hecho una ruina. Encontró lo que buscaba en el centro de la ciudad, cerca del lago. Era una habitación de unos treinta metros cuadrados, no estaba nada mal. La hubiese calificado de limpia, pero era un poco más que eso, estaba impecable. El cuarto de baño estaba fuera y lo compartían entre tres habitaciones que había en la misma planta. El resto de cuartos tenían baño dentro, pero el precio era mucho más alto y no podía permitírselo, no sabía cuánto tiempo iba a tardar en encontrarme, así que debía ser bastante racional con el gasto.

»A pesar del cansancio y de que había cenado bien, le costó dormir aquella primera noche porque estaba preocupado por lo difícil que se imaginaba que iba a ser la búsqueda. A las nueve de la mañana apareció por la puerta del Palacio de las Naciones. Se había afeitado y acicalado lo mejor que pudo. Quería dar una buena impresión.

»Por aquel entonces, Álex hablaba un francés más aceptable. Por eso no tuvo problemas en explicar al guardia de la entrada para qué estaba allí. A la mayoría de las personas que se acercaban al edificio con propósitos similares los despachaban en la misma entrada. La Sociedad no podía hacer nada, no tenía instrumentos para ello y posiblemente se hubiese colapsado más de lo que ya estaba, pero Álex era un tipo inteligente y supo llevar la situación de manera que tras nombrarme un par de veces, decir que era un colaborador de la institución y ofrecer un cigarro al guardia de la puerta consiguió que se interesase y fuesen a buscar a alguien que supiese dar alguna pista. Tuvo que pasar toda una hora hasta que por la puerta apareció el español Claudio Fuentes, que había sido mi contacto en la asociación en los últimos tiempos. El hombre se alegró en saludar a alguien que hablaba su propio idioma, y le invitó a entrar y acompañarle a su despacho.

»Durante el trayecto, Álex tuvo que explicarle su extraña afiliación. Era español y hablaba perfectamente el idioma, pero iba con un pasaporte de los Estados Unidos. Finalmente, cuando quedaron satisfechas todas las curiosidades del señor Fuentes, entraron en el despacho y tomaron asiento.

»—La verdad es que hace ya un tiempo que no sabemos nada del señor Levi—dijo directamente—. Desapareció a principios de septiembre. No tuvimos el contacto que debíamos tener semanalmente y a partir de ahí movilizamos a todos nuestros agentes en la zona a la que había viajado, pero no supimos nada más en aquel primer momento.

»—¿En qué zona estaba mi amigo? —Álex tuvo la sensación de que tampoco se habían esforzado mucho.

»—Bueno, se trataba de una investigación clasificada, pero imagino que hoy en día ya puedo informarle. Estaba en Linz.

»—¿Eso es Austria?

»—Exactamente. Había sido enviado al Reich. Su amigo era un valiente o un suicida, francamente no lo sé.

»—Tiene esos puntos de vez en cuando, aunque a veces sencillamente no sabe ver los riesgos reales—dijo Álex—, pero en ese caso la ciudad aún no ha sido liberada, así que no sé si podremos conseguir más información.

»—La tenemos—afirmó Fuentes—.Desde hace muy poco, creo que tan solo un par de días.

»—Y ¿puede compartirla conmigo?

»—Realmente por eso le he ido a buscar y estamos hablando. Una fuente, digámoslo así, en la Gestapo de Linz nos ha informado de que fue apresado y se le acusó de ser judío. Resulta que el apellido original de su amigo no es Bosch, tal y como nosotros pensábamos, sino Levi.

»—Es una larga historia. Su padre se llamaba Levi y su madre Bosch. Este último es el que ha utilizado la mayor parte de su vida, aunque el originario es el otro.

»—Tuvo la mala suerte de que el director de la Gestapo en la ciudad tenía un informe sobre él. No me pregunte por qué porque nosotros no tenemos ni idea de cómo llegó información que nosotros mismos desconocíamos a aquel individuo. Lógicamente con ese apellido es fácil imaginar que fue enviado a un campo de concentración, que es exactamente lo que él estaba investigando para nosotros.

»Álex palideció. Como todo el mundo, había oído hablar sobre lo que se decía de aquellos campos. Además, en los territorios recuperados por los soviéticos ya habían liberado alguno y empezaban a correr fotos de cómo trataban a los judíos en aquellos lugares.

»—¿Le apetece una copa?—ofreció Fuentes tras observar su reacción.

»—Creo que la necesito —respondió Álex.

»Fuentes se levantó y sacó de su armario dos copas; puso dos dedos de coñac

en cada una. Álex se la bebió de un trago y Fuentes volvió a ponerle otro tanto.

»—Bueno —dijo por fin mi amigo—, ¿qué me aconseja que haga?

»—No sabemos a qué campo le enviaron. Muy cerca de Linz hay uno que se llama Mauthausen-Gusen y en el que sabemos que hay muchos españoles, pero no puedo asegurarle que fuese enviado allí. Podían haberlo enviado también a Dachau cerca de Múnich, ambas zonas aún en poder del Reich.

»—¿Hay manera de que pueda entrar en Alemania?

»—Sería una locura. De todas formas, hay otra opción.

»—Dígame qué puedo hacer.

»—Si el responsable de la Gestapo que tenía información sobre su amigo tenía algún problema con él, lo cual no parece extraño cuando se había tomado tantas molestias como para saber sobre sus orígenes, lo más probable es que tras desenmascararlo como judío lo enviase a Auschwitz. Por la información que tenemos parece ser que es el peor de todos los campos.

»—¿Dónde está?

»—Está en el límite entre Silesia y Polonia, muy cerca de la ciudad de Cracovia, y por si le interesa saberlo, hace pocas semanas que los soldados soviéticos entraron en esa zona liberándola de los nazis. Por lo que he sabido, no hubo muchos destrozos en la ciudad, así que poco a poco todo empieza a funcionar con normalidad por allí. Auschwitz también ha sido liberado recientemente.

»—Está claro, me voy a Polonia.

»—Un momento, no tan rápido. Los soviéticos no le van a permitir pasearse libremente por allí cuando aún hay combates. Para poder acercarse a la ciudad seguro que necesitará un permiso especial, por ejemplo, de la Sociedad de Naciones.

»—¿Cómo lo puedo conseguir?

»—Se lo puedo tramitar yo, pero para eso necesito una semana como mínimo. También tramitaremos otro visado para Thomas Levi, en este caso, para que si lo encuentra, lo pueda sacar de donde esté.

»—Una semana... ¿no podría ser menos tiempo?

»—Créame que conviene preparar las cosas bien. Al final se acaba ganando tiempo de esta forma. Por ejemplo, ¿ha pensado en qué medio de transporte utilizar? Piense que las vías de los trenes han sufrido bombardeos y posiblemente no se podrán usar en un tiempo, al menos hasta que todo esté reconstruido. Las carreteras seguramente están en la misma situación.

»—¿Qué me aconseja?

»—Una moto y si puede ser, una moto de la Sociedad de Naciones con todos sus distintivos a la vista para evitar problemas. ¿Entiende ahora por qué vale la pena esperar? De todas formas no quisiera desanimarle, pero si el señor Levi estaba allí y ha sobrevivido, ¿cómo es que no ha contactado con ustedes?

»—No lo sé, quizás está enfermo o vaya a saber qué puede haber pasado.

»—O quizás está en otro campo. Piense que nos movemos con hipótesis y podemos estar muy equivocados en nuestras apreciaciones.

»—No importa. He venido a buscarlo y empezaré por Polonia.

La reunión había durado varias horas y cuando salió del Palacio ya era hora de comer, aunque no tenía gana. Se dedicó a pasear por los parques de la ciudad y a observar el lago.

»No podía mentirse a sí mismo. Ojalá que Tom no hubiese sido enviado a Auschwitz porque si el campo había sido liberado y no había dado señales de vida, era muy posible que hubiese muerto. Esos eran sus pensamientos mientras se preparaba para llamar a Can Tomeu. No explicaría la cruda realidad, intentaría dar una versión más ligera para no alarmar a la familia. Dejó pasar varias horas hasta que pensó que ya no podía alargarlo más. Se fue a una central de teléfonos y desde allí llamó a Cardedeu. Al segundo toque descolgó Agnès.

»—Hola, Agnès —dijo bastante lacónico.

»—¿Dónde estás, Álex? ¿Has averiguado alguna cosa? —preguntó impaciente.

»—Estoy en Ginebra, he estado en la Sociedad de Naciones y me han estado explicando lo que han descubierto. Parece ser que Tom fue a Linz, en Austria, para investigar sobre los campos de concentración y allí le arrestaron. Eso es lo que sabemos con certeza. A partir de aquí todo son suposiciones. La Sociedad de Naciones cree que le enviaron a un campo de concentración. Hay tres con más posibilidades: Dachau, Mauthausen-Gusen y Auschwitz. Los dos primeros aún no han sido liberados, pero el último sí. Los soviéticos lo liberaron hace unos días.

»—Entonces, ¿por qué no sabemos nada de Tom? —preguntó angustiada.

»—Puede que no estuviese allí y por eso no se ha puesto en contacto con nosotros, aunque también puede ser que no haya podido comunicarse. Recuerda los problemas que tuvimos nosotros para hablar con Can Tomeu después de la guerra. Es muy probable que las comunicaciones estén interrumpidas.

»—¿Dónde está ese lugar que dices?

»—En Polonia. Tengo planeado ir allí a buscar pistas. Los aliados están liberando poco a poco todo el territorio. Si no está allí, seguiré hacia los otros dos campos tras el ejército, aunque tendremos que tener un poco de paciencia, ya

que los nazis están dejando solo destrucción tras de sí.

»—Me voy contigo a Polonia, espérame en Ginebra.

»—Ni de broma, Agnès. La Sociedad me está preparando un visado y me facilitarán una moto para ir a buscarlo. No podrías venir, todo esto es muy peligroso.

»—Hace años que me muevo por el mundo sin problemas.

»—Oye, Agnès, tú y yo nos conocemos de siempre. ¿Crees que te impediría venir si no fuese peligroso? —Álex hizo ver que se había enfadado, ya que pensó que era la única manera de pararla.

Agnès dudó unos segundos:

»—No, Álex. Sé que tú quieres para mí lo mejor, pero estoy bastante desesperada por no tener noticias. —Parecía que reaccionaba a su estrategia.

»—Además de que Tom es mi amigo, mi hermano... No voy a dejar de buscarle hasta que le encuentre y una vez que lo haya hecho, te lo traeré.

»—Gracias, Álex—dijo Agnès mientras que Álex notó que lloraba.

»—Confía en mí. Te lo traeré aunque sea hasta la frontera, no quiero que Franco me pille y me lleve a la cárcel.

»—Iré a buscaros a donde me digáis y yo te traeré a tu mujer y a tu hijo.

»—Y ahora que ya hemos hablado y llegado a un acuerdo —dijo Álex semi en broma—, ¿puedo hablar con Ada?

»Llevábamos mucho tiempo separados. Por aquellos días Álex pensaba que si se encontrase con su hijo, posiblemente no se conocerían y eso le dolía bastante. Le habían arrancado los primeros años de la vida de aquella persona. Según Ada se parecía muchísimo a él tanto en el físico como en el carácter que ella podía recordar de cuando eran pequeños. Eso le llenaba de orgullo.

»Aquella semana se le hizo eterna. Fuentes le ocupó una parte del tiempo con los informes que estaban llegando desde Auschwitz que incluían fotos y películas filmadas durante la liberación. También estuvieron planeando la ruta que seguiría hasta llegar allí. Tendría que viajar por territorio ocupado o recién liberado, aunque evitarían totalmente pasar por territorio alemán. En principio, el plan consistía en viajar por el norte de Italia, Eslovenia, Hungría y Eslovaquia. Era una ruta larga, mucho más que la ruta directa inviable en aquel momento.

»El pasaporte de la Sociedad de Naciones le podía ayudar en la mayoría de los casos, pero en realidad la institución no se hacía responsable de los peligros que pudiese correr. De hecho era la misma política que se había aplicado en el caso de Thomas. Si tenía problemas, debía espabilarse solo. Fuentes le aconsejó evitar carreteras principales y grandes ciudades en la medida en que aquello fuese

posible. Convenía viajar discretamente. Le advirtieron de que en cualquier momento podían dispararle o apresarle. No sería fácil encontrar combustible. Si tenía que abandonar la moto, le dijeron que no se preocupase.

»Como era de esperar a Álex no le hizo cambiar de idea ninguna de aquellas advertencias. El día antes de salir rumbo a Cracovia llamó a Can Tomeu y les explicó la parte del plan que no tenía que alarmarles más de la cuenta. El día doce de febrero dejaba la ciudad de Ginebra rumbo a Milán para seguir hasta Venecia posteriormente.

»La parte del trayecto en territorio italiano fue relativamente fácil. Los italianos reconocían la autoridad de la Sociedad de Naciones y no tuvo ningún problema en ninguno de los controles a los que fue sometido en aquel tramo de viaje. El carácter italiano le pareció muy parecido al español y en todos los lugares donde pasó noche lo trataron bien. Tampoco tuvo demasiados problemas para encontrar combustible para la moto y en relativamente poco tiempo llegó a Eslovenia, que era parte de Yugoslavia.

»Cruzó aquella región bastante rápido y entró finalmente en Hungría, que acababa de ser liberada. Los soviéticos que controlaban el país eran más duros que los italianos y el carácter de la población no tenía nada que ver con el de los latinos. De allí había leído que salió mucha gente que fue a parar al campo de concentración al que se dirigía en aquellos momentos. Evitó la capital, aunque para ello tuvo que dar bastante vuelta, ya que la red de carreteras era totalmente radial. Todas aquellas regiones le eran muy extrañas. Le parecían bastante más primitivas que el occidente, aunque también podía tratarse de una sensación particular. No llegó a sacar una conclusión clara.

»Sabía que en Eslovaquia aún había enfrentamientos, así que decidió en el último momento atravesar toda Hungría y entrar en la Unión Soviética. Desde allí llegaría a Polonia. En la frontera tuvo muchos problemas, se encontró con la burocracia comunista. Lo tuvieron en un calabozo durante toda una semana hasta que finalmente concluyeron que no era ningún espía y lo dejaron marchar. Tuvo sus momentos de preocupación, pero estaba seguro de que no lo retendrían más que el tiempo necesario para comprobar la validez de su documentación. Era el sistema soviético. Por suerte, desde Ginebra Fuentes hizo toda la presión que pudo para que le dejaran en libertad.

»Se dirigió primero hacia la ciudad de Lvov entre Polonia y Ucrania, pero desde allí hasta la frontera todo eran ruinas, así que le aconsejaron que continuase hasta Bielorrusia. En la ciudad de Brest volvió a encontrarse con los funcionarios soviéticos, pero en aquella ocasión no le pusieron demasiadas

pegas. Por fin consiguió llegar a Polonia.

»Aunque había dado una vuelta considerable, consideró que fue la mejor manera de atravesar toda aquella zona que aún seguía en guerra y no estaba pacificada. Con el tiempo me reconocí que el carácter eslavo le intimidó y la necesidad de seguridad también le influyó a la hora de cambiar la ruta. Polonia estaba literalmente destrozada: las carreteras, los trenes, las comunicaciones y buena parte de las ciudades habían quedado hechas añicos. Tardarían bastante tiempo en reconstruir el país.

»Era primeros de marzo cuando llegó a la ciudad de Cracovia. Aquella ciudad le pareció un oasis en medio de toda la destrucción. No había sido castigada como otros lugares por los que había pasado. La gente era amable, aunque muy reservada con los desconocidos. Entenderse con ellos era muy difícil, ya que él no hablaba ni alemán ni ruso, que eran las otras lenguas que solían hablar sus habitantes. Encontró una habitación en una fonda fuera del Stare Miasto, que era como ellos llamaban a la parte antigua, cerca de una iglesia que ellos llamaban Kapucynska o algo así.

»Dentro de lo arduo que era conseguir comunicarse, la gente tenía buena disposición para ayudar. Se percibía una cierta alegría por haberse liberado de los nazis, aunque en el fondo temían que los soviéticos hubiesen llegado para quedarse. Del este llegaban suministros a la ciudad y eso mejoraba la predisposición del pueblo hacia los libertadores. Aún había letreros en los que figuraba la palabra Krakau, que era como llamaban los nazis a Krakow; pronto no quedaría ni rastro.

»Como pudo preguntó a la dueña de la fonda cómo llegar al pueblo de Oswiecim, que era el nombre en su lengua para el lugar en el que había estado el campo. La mujer había tenido noticias de lo ocurrido allí. En realidad, la gente de Cracovia supo sobre el trato a los judíos; en la ciudad había un barrio importante al pie de la colina del Wavel donde vivía aquella comunidad. Sabían que lo habían saqueado y llevado al otro lado del río. Muchos de ellos eran conocedores de que un tal Oskar Schindler había salvado a unos cientos de sus vecinos hebreos de una muerte segura dándoles trabajo en su fábrica situada frente a la ciudad, pero nadie, o quizás eso sería injusto, casi nadie había hecho nada por ayudarlos. Al contrario, delatar a un judío podía representar quedarse con sus bienes.

»Con buena intención y con mala cara le explicó cómo llegar hasta allí y a la mañana siguiente Álex fue al campo de concentración. Estaba a unos sesenta kilómetros más o menos, aunque con el estado de las carreteras tardó un buen

rato en llegar. Fue una decepción. Solo habían vigilantes de la Unión Soviética que controlaban la instalación, pero no quedaba mucho más de todo aquello.

»Como Álex se identificó como representante de la Sociedad de Naciones le estuvieron explicando en francés, había algún soldado que lo había estudiado, lo que quedaba de todas aquellas instalaciones. Buena parte de Birkenau había sido destruido en el momento de la evacuación. Auschwitz, al contrario, estaba bastante poco afectado. A mi amigo le costaba creer todo lo que le contaban, incluso en algún momento pensó que estaban exagerando. Llevaba una cámara de fotos, la misma de nuestra juventud y que había servido para retratar bonitos momentos en las playas del Maresme e hizo unas cuantas fotos de todo aquello. Los soldados le explicaron que de los pocos supervivientes que encontraron, los que estaban bien la Cruz Roja los había dejado ir y los que estaban enfermos fueron a parar a un hospital de campaña de la ciudad.

»Tras entregar algún que otro cigarrillo como agradecimiento por la información y beber algún trago de vodka —sabía que aquello abría puertas y la había comprado en Cracovia— se despidió y se fue a Oswiecim para tratar de obtener información. Daba gracias a Dios mentalmente por las pocas probabilidades que había de que Tom hubiese estado allí.

»Del hospital de campaña quedaba muy poco. Se había montado a toda velocidad para atender a los prisioneros liberados y una vez atendidos y enviados a otros lugares los que seguían enfermos, el hospital fue desmontado con la misma velocidad. Le remitieron al hospital general de Cracovia para los enfermos con problemas físicos y a un par de residencias de la misma ciudad a la que habían enviado a los prisioneros liberados con alguna alteración psíquica importante.

»De momento todo iba bien, no había rastro de Tom, así que seguro que no había estado allí. De todas formas tendría que esperar a que las zonas en donde se encontraban los otros campos fuesen liberadas, ya que en aquel momento aún no tenía acceso. Estaba seguro de que Alemania no tardaría mucho en rendirse, los aliados habían entrado en su territorio por todos los frentes.

»Como quería asegurarse de que sus suposiciones eran ciertas visitó el hospital y no había rastro de él. Una tarde se dirigió a las oficinas que habían ocupado los rusos en el centro de la ciudad y en las que recopilaban toda la información que habían ido encontrando. Otra vez utilizó su acreditación para abrirse puertas y le llevaron a una sala donde estaban todos los documentos que habían recuperado del campo de concentración. Le dejaron ojearlo a su aire. Hacía tanto frío en aquella sala que su aliento se convertía en vapor. Después de un rato mirando

papeles incomprensibles y cuando ya pensaba marcharse, encontró lo que entendió que era una serie de libros registro de entradas y lo estuvo ojeando distraídamente seguro de que no encontraría nada. Pensó en la fecha en la que supuestamente habían arrestado a Tom y miró en todos los días de la semana siguiente. Sufrió un inesperado golpe que le hizo subir el estómago a la altura de la garganta cuando vio un nombre: Thomas Levi, y una fecha: 13 de Septiembre de 1944. Nacionalidad: Estados Unidos, religión: judío, lugar de detención: Linz.

»No había duda, era Tom.

»Se mareó y pensó que iba a vomitar allí mismo. Salió de la sala buscando el aire fresco de la calle. Qué equivocado había estado, Tomás había pasado por aquel horror. ¿Qué posibilidades había de que sobreviviese? No quiso pensar en que hubiese muerto. Ingresó en el campo en septiembre de 1.944 y lo liberaron en enero de 1.945. «Va, Tomás, no era tanto tiempo. Espero que hayas resistido», dijo para sí mismo. En la Cruz Roja no sabían nada de él ni tampoco en el hospital. Le habían hablado de dos centros psiquiátricos y le dieron la dirección. «¿Podía ser?» ,se preguntó. Era la única posibilidad que se le ocurría de encontrarlo vivo. Tenía que agarrarse a aquello.

»Buscó en sus bolsillos y encontró el papel donde había apuntado las dos direcciones. Era tarde, pero seguro que si se daba prisa, llegaría al menos a uno de ellos. Llegó a las siete de la tarde. Con su mejor cara y con el carnet de la Sociedad de Naciones casi pegado en la frente se presentó en el mostrador. Volvió a tener suerte. Había una persona que hablaba francés y la fueron a buscar.

»—Lamento mucho la hora —se excusó—, he venido desde París buscando a un amigo desaparecido. Francamente, no pensaba encontrarlo aquí, pero pensé que lo mejor era descartar cualquier posibilidad.

»—¿Sabe que la gente que tenemos aquí, en su mayoría, no han sido identificados? Algunos han sufrido mucho y tras la liberación se han cerrado en sí mismos. Es un proceso natural en cierto modo.

»—¿No hablan?

»—Muchos de ellos no. Piense que en la mayoría de casos fue su nombre lo que les llevó de cabeza al campo y por eso no lo dicen. Tienen miedo. Otros muestran un desinterés total por la realidad.

»—¿Puedo mirar?

»—Sí, acompáñeme y si ve a su amigo, antes de hacer nada, indíquemelo. Debemos ir con mucho cuidado para que no se colapsen o sufran innecesariamente.

»—Está bien.

»A aquella hora había una sala grande en la que entraba el sol lateralmente cuando ya se estaba poniendo. Me gustaba especialmente la luz que lo abrazaba todo. Era rojiza y pintaba la estancia de colores calientes. Imagino que me recordaba a mi tierra. Allí estábamos más o menos una cuarentena de los enfermos del centro, los otros treinta estaban en una segunda sala. Vi pasar a Álex por delante de mí. Fue tan grande la impresión que no supe reaccionar. Estaba allí mi amigo, con una pequeña barba y bigote de color castaño que al principio me hizo dudar, pero por sus ojos supe que era él. No me reconoció, pasó por delante de mí sin reconocirme.

»Siguieron andando, mirándonos y entraron en la segunda sala. Tenía que hacer algo. Tenía que despertarme en aquel momento porque si no se marcharía y no sabría que yo estaba allí. Puse toda mi voluntad en intentar volver a hablar, empecé a susurrar: «Tomás, Tomás, Tomás...» en voz baja como si fuese un mantra. Era todo lo que podía hacer.

»Tenían que volver a pasar por allí, era la única manera de salir de aquel centro, no había más puertas. De pronto vi que regresaban y me levanté bruscamente de la silla. Del impulso la silla calló al suelo causando un cierto jaleo que hizo que todo el mundo se girase. Aquello ya era todo un avance y debido a aquella acción inesperada, la enfermera y la visita se giraron hacia mí. Entonces empecé a hablar otra vez susurrando mi nombre. Lo repetía. Álex y yo nos miramos a los ojos y nos reconocimos. Yo estaba mucho más delgado, con grandes ojeras y llevaba el pelo rapado por cuestiones sanitarias.

»—Tomás, Tomás, Tomás —repetía en voz baja incansablemente.

»—Es mi amigo —le dijo a aquella mujer y dando los tres pasos que nos distanciaban llegó al lugar donde estaba.

»Nos fundimos en un abrazo. Yo respondí a aquel gesto, por primera vez en muchos días reaccioné. Apoyé mi cabeza en su hombro y cerré los ojos. Por primera vez desde aquel día en Linz me sentí seguro. Debió ser curioso ver a dos hombres hechos y derechos abrazados y llorando en mitad de aquella sala.

»—Ya está, ya está —repetía en voz baja—. Se ha acabado la pesadilla, nos vamos a casa.

»Yo cogí su mano como si fuese un niño pequeño y juntos salimos de aquel lugar. Ahora sí que se había acabado el horror. Álex me llevó directamente a la pensión. La propietaria me miró con compasión, debía de tener muy mal aspecto.

»Aquella noche Álex durmió sentado en la cama, con mi cabeza puesta en su

regazo y su brazo alrededor de mi hombro, en aquella posición tan suya de protección. Por primera vez en los últimos seis meses pude dormir sin miedo. Por la mañana nos vestimos y fuimos a desayunar. Me obligó a comer. Yo hablaba lo justo y él no me preguntaba. Tenía mucha información sobre el horror que debía haber pasado y pensaba que ya hablaría cuando estuviese preparado. Durante aquellos días él fue mi padre. Me cuidó todo el tiempo y estuvo pendiente de cualquier cosa que pudiese necesitar. Recuerdo un día que me obligó a lavarme y su expresión cuando vio el número del campo marcado en mi pecho.

»No podíamos salir de Cracovia, no se veía capaz de arrastrarme por todo el centro de Europa en aquellas circunstancias y tampoco teníamos líneas telefónicas que funcionasen. Aún se estaban reinstalando. Nos contaron que se podían enviar telegramas internacionales y Álex pensó que aquella sería una buena opción para avisar de que me había encontrado. Así lo hicimos, digo lo hicimos porque no se atrevía a dejarme solo y me obligaba a acompañarle. Fuimos a la central de telégrafos y escribió a Agnès:

Tom encontrado vivo. Recuperándose. Stop

No podemos telefonar. No podemos salir de Cracovia. Stop

Llamaremos. Stop

Álex

»Aunque era muy escueto, al menos era dar noticias. Más adelante ya conseguiríamos hablar.

»Aquel tiempo nos fue bien, ya que a mí me dio un margen hasta poder encontrarme con Agnès. Yo no quería que me viese así y Álex me entendía. Me llevó a un barbero que arregló como pudo los trasquilones que tenía en la cabeza, me llevó a comprar algo de ropa un poco mejor que la especie de pijama que llevaba y me hizo comer hasta que empecé a recuperar peso y las ojeras empezaron a desaparecer.

»A pesar de todo, seguía estando pendiente sacar de dentro de mí toda la angustia que llevaba. Hablábamos, pero de otros temas. Además, no era una conversación como siempre había sido entre nosotros, una conversación entre iguales. Se parecía más a una conversación entre un padre y un hijo. Álex decidió que esperaríamos en la ciudad hasta que se abriesen las comunicaciones con Suiza y pudiésemos regresar. De hecho, esa comunicación sería posible una vez que se liberase Bohemia o Chequia, como se dice actualmente, y Austria. También había la posibilidad de Eslovaquia. A partir de ese momento podríamos regresar a Suiza a través de los Alpes.

»No poder comunicarse con Cardedeu telefónicamente nos favorecía. Lo contrario hubiese significado dar muchas explicaciones y provocar mucho sufrimiento por mi estado. Además, Álex quería que me recuperase un poco tanto en lo físico como en lo psíquico. Vigilaba por mi «dignidad masculina» y no quería que Agnès me viese así.

»Un buen día, de forma inesperada, empecé a hablar de todo lo que había pasado. Creo que el sentirme fortalecido tras alimentarme bien y haber empezado poco a poco a ser yo mismo me ayudó a tener la seguridad suficiente para lanzarme. Le conté el arresto y cómo había sido. Después le hablé de los tres días en la prisión de Linz y del traslado hasta Viena. Le conté con detalle el viaje en tren al campo de concentración y finalmente le hablé de aquellos cuatro meses en el infierno. Álex me escuchaba intentando no mostrar ninguna emoción en sus gestos para de esta manera provocarme a seguir hablando, pero yo veía en sus ojos el horror que sentía.

»Era casi increíble lo que estaba contando. Solo la gente que lo había vivido o los que conocieron de cerca a los nazis no se extrañaban de aquello. El resto permanecía entre incrédulo o sordo. Nadie quería oír aquellas barbaridades justo en el momento en el que empezaban a ser conscientes de que habían sobrevivido a la guerra, tenían ganas de reír, divertirse y hacer todo lo que no pudieron hacer durante años. No querían oír dramas.

»Álex había ido enviando telegramas a casa. No me daba demasiadas explicaciones, pero me contaba que iba escribiendo. Mientras tanto, una vez que había empezado a hablar, me iba recuperando en todos los aspectos, aunque estaba seguro de que aquella experiencia me había cambiado para siempre.

»En el mes de abril los aliados liberaron Austria y teníamos vía abierta a través de Eslovaquia, así que pudimos coger la moto y viajar rumbo a Suiza. En aquella ocasión el trayecto fue más corto, ya que era mucho más directo. Aunque atravesamos los Alpes de este a oeste, con la moto no tuvimos demasiados problemas. Llegamos a Ginebra en los últimos días de abril de 1.945.

»Álex había avisado a Claudio Fuentes de nuestro regreso y él confirmó que mi apartamento seguía a mi disposición con todas las cosas que había dejado allí, así que fuimos directos a instalarnos. A mí se me hizo muy extraño. Todo aquello parecía que pertenecía a otra vida a la que durante muchos días pensé que nunca más volvería.

»Aquella noche telefoneamos a casa.

»—Agnès —dije cuando oí su voz—, soy yo.

»Poco más pudimos decir. Nos pusimos a llorar los dos. Uno a cada lado del

teléfono. Nos fuimos calmando y pudimos hablar. Ella me contó que había estado a punto de volverse loca por no saber nada de mí, mientras que yo le conté que había estado prisionero, pero muy poca cosa más. No estaba preparado para explicarle con más detalle mi experiencia.

»—Me voy a Ginebra —afirmó—. Mañana, si hay tren, salgo para allí. No os mováis, dame la dirección donde puedo encontraros.

»Yo le dije donde estábamos.

»—Ada viene conmigo y a Joan lo dejamos aquí con la tía.

»Cuando Agnès consiguió los billetes de tren, envió un telegrama avisando del día de la llegada.

»—Nos tenemos que preparar —dijo Álex—, hay que dar una buena imagen, hace mucho tiempo que no nos vemos y no quiero que piensen que nos hemos vuelto unos salvajes.

»Fuimos al barbero los dos, nos cortaron el pelo y la barba. Mi amigo sin barba parecía mucho más joven y menos duro. Luego fuimos a comprar ropa. Antes habíamos pasado por la sede de la Sociedad de Naciones para dar señales de vida. Claudio Fuentes me hizo todo un interrogatorio que duró varias horas y una vez que tuvieron la información que necesitaban di por finalizada nuestra relación. A pesar de eso, me permitieron mantener el apartamento durante el tiempo que necesitase.

»Faltaban horas para que llegasen cuando salimos de allí, así que tras devolver la moto fuimos a prepararnos. Mientras nos vestíamos, Álex me miró y me preguntó:

»—¿Qué piensas hacer con eso? —dijo mirando hacia la numeración que llevaba grabada en el pecho.

»—De momento nada, pero buscaré una manera de borrarlo.

»—Hay una, pero es dolorosa.

»—Me imagino que te refieres a quemarlo, ¿no?

»—Sí. Te dejaría una cicatriz, pero siempre será mejor que esa muestra de bestialidad. Por suerte es pequeño el espacio que ocupa.

»—Lo había pensado, pero esperaré un poco, más que nada porque es una prueba de que todo lo que ha ocurrido es real.

»Media hora antes de la llegada del tren, estábamos en la estación. Estábamos muy impacientes, hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Cuando finalmente el tren llegó, aquel espacio reducido se llenó de gente que había ido a esperar a los que llegaban y un montón de personas que bajaban del tren. En medio de aquel tumulto era difícil encontrarse, y nosotros nos movíamos arriba y abajo del

andén. Fue Álex quien las vio.

»Sin mediar ni una palabra, Ada saltó a sus brazos y permanecieron así un tiempo indefinido. La gente los miraba y sonreía. Formaban una bonita postal. Agnès estaba al lado de ellos extrañada de no verme. Yo había ido a mirar en la otra parte del tren y al no encontrarlas, me estaba acercando a donde estaban. Álex me vio a lo lejos y miró a Agnès:

»—Ahí lo tienes, te dije que te lo traería.

»Ella empezó a andar hacia mí y yo aceleré el paso hacia ella. Agnès lloraba. Unos metros antes de llegar estiró los brazos y yo me cobijé en ellos. Nos fundimos también en un abrazo del que nos costó despegarnos. Por fin estábamos juntos otra vez. Olía su olor, su colonia, realmente era ella.

»Cuando todos nos calmamos y conseguimos reponernos de la impresión del reencuentro, decidimos acercarnos al apartamento a dejarlo todo y después nos iríamos a celebrar que por fin todo aquello se había acabado. Hasta aquel día, Álex y yo habíamos utilizado solo una habitación, pero yo trasladé mis cosas a la otra para instalarme con Agnès. Mi amigo se merecía que le dejase la mejor habitación después de todo lo que había hecho por mí.

»Francamente, debo reconocerte que todos éramos aún jóvenes y no pudimos evitar encerrarnos cada uno en su cuarto y dar rienda suelta a nuestras pasiones reprimidas durante tantísimo tiempo. A pesar de todo lo que había pasado durante nuestra separación, una vez que estuve a solas con Agnès, abrazados, en nuestra cama tuve la sensación de que nunca nos habíamos separado.

»Salimos todos juntos a cenar y empezamos a hablar de nuestras vivencias. Yo fui el que menos dijo y francamente expliqué lo justo. Los miraba y pensaba que momentos como aquel para mí durante muchos meses habían sido impensables de repetir. Los miraba atentamente, Agnès seguía tan espléndida como siempre. Los hombres se seguían girando al verla pasar. Se le veía más segura y por supuesto, más madura. Ada también se veía más mujer. Su cuerpo tras el parto se había convertido definitivamente en el de una adulta, ya no quedaban rastros de aquella niña, sus curvas se habían acentuado. Álex también se veía mucho más maduro, seguro de sí mismo. La guerra civil y Argelès habían quedado atrás. ¿Conseguiría yo también dejar atrás lo vivido?

»Pasamos una semana sin hacer nada más que estar juntos, amarnos y pasear por la ciudad. Por edad era lo que nos había correspondido hacía un tiempo y no habíamos podido hacer. Yo me encontraba cada vez mejor.

»La rendición de Alemania nos pilló en Ginebra. Fue el 8 de mayo de 1.945 y aunque Suiza no había participado en el conflicto la calle, como en toda Europa,

se llenó de gente que salía a celebrarlo. Por fin la guerra había acabado. Agnès me preguntó en un par de ocasiones por mi estancia en el campo de concentración, pero yo le contesté con evasivas. Ella no insistió, estaba claro que Álex le había advertido y le había contado todo lo que yo le expliqué más lo que él averiguó. Me costaba menos contárselo a él que a ella, quizás por no perder aquella dignidad masculina a la que se refería mi amigo.

»Llegó el momento de hablar del futuro. No podíamos volver a Cardedeu mientras que Álex no pudiese regresar y de momento parecía poco probable por mucho que tuviese pasaporte americano. Yo no quería regresar a París. A pesar de que había sido muy importante para mí y que la ciudad era mi segundo hogar, aquella fase había finalizado.

»—Vayámonos a América—propuso Ada.

»Eso era algo que todos teníamos en mente, pero ninguno acababa de proponer.

»—Es la mejor opción —siguió ella—. Veamos, allí tenemos una pequeña fortuna que nos permitirá vivir sin problemas. Además, tenemos la nacionalidad y sería lo más natural dar ese paso. Por otro lado —ahora hablando con Agnès directamente— tú podrás seguir con tu carrera allí y Tom podrá hacer valer su título de periodismo. Finalmente, Álex puede acabar sus estudios de economía y situarse bien. Por suerte para nosotros, las condiciones son mucho mejores que para la mayoría de los inmigrantes europeos. Además —y en ese momento me miró directamente a mí— eso sería un nuevo comienzo donde podríamos curarnos todas las heridas del pasado.

»El argumento era tan sólido que al final estuvimos de acuerdo. Teníamos que organizarlo todo y decidimos que el primer paso era intentar conectar con James Scott. Por aquel entonces debía tener casi sesenta años y hacía mucho tiempo que no me había comunicado con él. Le llamamos desde Ginebra y le explicamos nuestra intención de volver a los Estados Unidos, al menos Ada y yo, ya que para los otros sería la primera vez. Estaba en activo y había conseguido montar su pequeño imperio. Siempre había tenido buena mano para los negocios.

»Le expliqué a lo que nos dedicábamos y se ofreció a apadrinar a Álex en su carrera de economía, además de que le contrataría desde el momento en que llegase allí. Esperaba que nos instalásemos en Boston y la verdad es que no habíamos pensado en ningún sitio en concreto, así que parecía una buena idea. Había que preparar muchas cosas.

»Otra vez nos volvimos a separar. Agnès y Ada regresaron a Cardedeu a hacer

todo el equipaje que enviaríamos por barco, mientras que Álex y yo volvimos a París. Sophie, bastante envejecida, pero igual de vital que siempre, me dio un tremendo abrazo y lloró un buen rato sobre mi hombro. Nos ofreció quedarnos en su casa, pero nosotros nos negamos. Alquilamos el apartamento que habíamos tenido al menos por un mes, ya que no creíamos que aquello se alargase mucho más tiempo. Estaba libre en aquel momento, aunque era el único que tenía vacío; dijo que lo había estado reservando por si volvíamos.

»Conseguimos los billetes con PanAm, que volaba desde París a Nueva York haciendo innumerables escalas. Yo aproveché para llevar mi titulación a la embajada, finalmente reabierta y confirmar la validez de mi título en los Estados Unidos. Pregunté por Paul London y al principio nadie supo decirme nada. Quien sí que estaba por allí otra vez era Henriette, que me reconoció que seguía escribiendo un francés horrible a pesar de que su nombre era genuinamente francés. Ella sí que se había enterado de que London estaba destinado en Delhi. Los Estados Unidos estaban muy interesados en conseguir una buena representación en una India a punto de declararse independiente del Reino Unido y por eso lo habían enviado allí. Era un buen puesto y seguramente él sabría hacer bien su trabajo como ya nos había demostrado en París.

»Nunca supimos nada más de Philippe. Sophie había dejado de esperar que milagrosamente un día apareciese, posiblemente había acabado en algún campo de concentración, quizás Auschwitz. ¿Quién sabe?

»Todo estaba preparado para que llegasen nuestras mujeres. Faltaba una semana para la salida de nuestro avión cuando otra vez estábamos Álex y yo en la estación, en esta ocasión la de Austerlitz, esperando la llegada de su tren. Mi amigo estaba especialmente nervioso por reencontrarse con su hijo. Nos llevamos una gran sorpresa. Del tren bajaron Agnès, Joan y Ada, pero iban acompañados por la tía Inés, Sara, Sally y Ramon, el padre de Álex.

»El encuentro fue muy emotivo, te lo puedes imaginar. Todos hablábamos y llorábamos al mismo tiempo. Mi tía me abrazó, y lloró y lloró hasta que finalmente se calmó. Últimamente nos estábamos acostumbrando a dar aquellos espectáculos en las estaciones de tren de media Europa. Pasamos aquella semana juntos celebrando que estábamos vivos. Can Tomeu había quedado a manos de Manuel y Roser se hacía cargo de Clara. Solo era una semana y desgraciadamente la madre de Álex hacía poco tiempo que había muerto, así que Ramon ya no tenía aquella obligación y pudo viajar con ellos para despedirse de su hijo.

»Finalmente llegó el momento. Habíamos pasado juntos unos días que nunca

olvidaríamos. Nos despedimos y los acompañamos al tren que salía temprano, por la mañana. Nosotros nos dirigimos poco después al aeropuerto de Orly desde donde salía nuestro avión. Mientras despegábamos, deseé con todas mis fuerzas que todo lo malo de los últimos tiempos quedase atrás para siempre.

»Desde mi ventana pude ver la torre Eiffel, y la hermosa y enorme ciudad en la que yo me había formado como adulto y a la que estaría siempre agradecido por todo lo que me había dado. Era otro lugar como Cardedeu, los dos lugares más importantes de mi vida. Los escenarios en los que se había desarrollado mi existencia. Ahora me encaminaba a un mundo realmente desconocido para mí en busca de un tercer escenario en el que vivir, al menos, los próximos años de mi vida.

—Caramba—dijo Kevin—, era natural que después de toda tu experiencia quisieses olvidar el pasado.

—De hecho, no era cierto que quisiese olvidarlo. Mi intención era justo que nadie lo olvidase, pero lo que sí que pretendía era que quedase atrás. Dejar detrás la experiencia nazi y todas sus consecuencias. Los Estados Unidos me parecían una buena idea. Volvía la ciudad en la que nací, era renacer de alguna manera, volver al origen.

—¿Lo conseguiste?

—Eso lo iremos viendo a partir del lunes, lo mejor es que lo dejemos aquí por hoy y descansemos un poco de todo esto. Recordar el pasado en realidad me cuesta un esfuerzo tremendo y francamente tardo un rato en recuperarme, psíquicamente quiero decir.

—No te creas, Thomas, me espera un fin de semana con bastante trabajo, tengo mucho material y muchas cosas a estudiar antes de poder enviar el borrador de esta semana a Boston. Mi jefe debe de estar pensando que me ha tragado la tierra. En toda la semana no hemos hablado ni un solo día.

—Pues no le hagas esperar, aunque tampoco me parece bien que te pases todo el tiempo trabajando. Tu trabajo necesita inspiración y muchas veces para inspirarse hay que salir a la calle.

—Estoy de acuerdo y lo haré. Tengo vistos un par de restaurantes que visitaré y además, pasare algún rato en el gimnasio, eso me tranquiliza bastante y me ayuda a poner en el orden correcto las ideas.

—Nos vemos el lunes entonces.

—Sí, señor, esta semana es corta, ya que el sábado es Navidad, creo que comeremos juntos, ¿no?

—Eso parece y es verdad que la semana es corta, pero mi biografía se está

acabando, aunque queden muchos años no fueron tan intensos como los primeros. Yo creo que a finales de enero es muy posible que hayamos terminado el trabajo.

—Bueno, yo no tengo prisa, estoy muy bien aquí y además me dieron un poco más de tiempo, así que podemos ir al ritmo que queramos.

Kevin salió de la residencia. Se había cruzado con Celia, pero le explicó que tenía un par de visitas. Mucha gente aprovechaba las horas de las comidas para visitar el centro, sobre todo si querían hacer un ingreso. Se escapaban del trabajo y pasaban por allí. Celia tenía que atenderles, esa era la razón por la que muchos días no podía comer con todo el personal.

Tenía un largo fin de semana de trabajo, pero le apetecía tener aquel tiempo para sí mismo. «Primero pondré orden en mi agenda», pensó. «Cuando llegue, me haré una siesta de un par de horas y después me iré al gimnasio un rato. De vuelta comeré un bocadillo en algún lugar y me pondré a trabajar hasta las dos o las tres de la madrugada».

A Kevin le encantaba aquel desorden.

CAPÍTULO 22

Boston, la vuelta al origen

Tenía toda la mesa llena con los papeles que le había dado Thomas para que los escanease y los incorporara a su historia. Había conseguido más o menos entender el informe que la Sociedad de Naciones había entregado agradeciéndole sus servicios en 1.945 y que estaba en francés, idioma del que él tenía poco más que nociones, cuando sonó el teléfono móvil. Estaba enterrado por los papeles y sonó dos o tres veces hasta que finalmente lo encontró. Entonces vio que era John quien llamaba y descolgó.

—Buenas noches, John.

—Hola, Kevin, ¿estabas durmiendo?

—La verdad es que no. Estaba liado con documentos que me he traído de la residencia. Algunos de ellos están en francés y me ha costado bastante entender lo que decían, pero ahora ya está todo perfectamente bajo control.

—Me alegro porque eso quiere decir que vamos avanzando, aunque si necesitas que te traduzcamos algún documento, envíamelo, que yo lo paso al departamento de traducciones. ¿En qué época estáis?

—Lo último de lo que hemos hablado es del regreso a los Estados Unidos. Eso fue en 1.945.

—Ostras, pues si solo habéis avanzado treinta años, aún te queda mucho. Tendrás que acelerar un poco.

—Hoy hemos hablado sobre el tema y me ha dicho que no. Que lo principal ya está y que lo que nos queda va a ser mucho más rápido y fácil. En cierto modo es comprensible.

—Bueno. Además, desde que él llegó a Boston, tenemos mucha información, aunque preferiría que tuviésemos su punto de vista y no nos basásemos en unos documentos.

—Totalmente de acuerdo. ¿Cómo están las cosas por allí? —preguntó Kevin pasando a otro tema.

—De momento bien, pero se rumorea que habrá cambios en breve a nivel organizativo, aunque ya sabes que eso es un rumor constante, y que los cambios son lentos y casi imperceptibles.

—Veo que en realidad todo sigue igual. Me extrañaba que no me hubieses

llamado en estos días, pensé que estabas molesto conmigo por alguna razón.

—Ni mucho menos. He estado en otros asuntos y soportando presiones. Tengo una noticia que darte y francamente no sé si será buena o mala.

Kevin esperaba aquel momento, John nunca llamaba sin una razón y menos a esas horas. En Cardedeu era la una de la madrugada, así que en Boston eran las siete de la tarde. Siendo viernes ya tendría que haberse ido a su casa.

—Tú dirás.

—He conseguido convencer a la editorial para dejarte tranquilo durante los días de Navidad, para que pudieses ir a París. Yo te entiendo perfectamente porque seguramente haría exactamente lo mismo, pero a cambio me han pedido que salgas mañana a las ocho de la mañana rumbo a Sevilla a realizar el reportaje. Son solo tres días y creo que a Levi no le pasará nada si no vas el lunes.

—Caramba, eso es muy precipitado.

—Ya sé que lo es. Por eso te he recopilado una selección de documentos que te enviaré cuando acabemos de hablar. Tienes una parte del trabajo hecho, además allí te espera Rocío Martos, que es una especialista en la ciudad y en la serie. Estarías de vuelta el lunes por la tarde y el martes podrías reincorporarte a la biografía. Lo siento, chico, no he podido conseguir nada mejor.

—No está mal —dijo Kevin pensativo—, nos interesa el reportaje, no podemos dejarlo pasar. Es una buena propaganda para nuestro equipo y para la editorial. No sé si tendremos tiempo suficiente en tres días porque Sevilla es una ciudad grande, pero espero que podamos conseguir un artículo que mantenga el interés despertado con Girona.

—Rocío Martos es muy eficiente en lo suyo. En tres días, si vas con ella, conocerás Sevilla casi tanto como Boston, aunque vas a tener que trabajar veinticuatro horas cada día.

—Eso no me preocupa, estoy acostumbrado. ¿Cómo gestionamos el tema de las fotos?

—Ella es fotógrafa. Bueno, no exactamente, es una entendida en fotografía, así que se encargará de ese tema. Tú solo tienes que escribir sobre la ciudad. Ya sabes, un artículo más o menos como el de Girona.

—Pues me pongo manos a la obra. Dejaré este tema de Levi hasta el martes. Gracias por salvarme la excursión a París.

—De nada. Espero tu artículo y las fotos el lunes por la noche.

Y tal cual hacía siempre, transmitido su mensaje colgó. La verdad es que lo notó un poco frío, aunque no quiso negarle el gran favor que le había hecho

salvando el tema de las vacaciones de Navidad. Kevin preveía que tenía trabajo con Levi para más o menos un mes y que una vez que la parte a realizar *in situ* estuviese lista, le harían volver, así que como muy tarde a finales de enero estaba de regreso en Boston.

Llamó a recepción. Siempre había alguien allí y avisó para que le despertasen a las seis y que encargasen un taxi que le llevara al aeropuerto. Su avión salía a las ocho de la mañana, pero se negaba a pasarse dos horas esperando en la sala de embarque. También envió un mensaje a Celia alertándole de las novedades y pidiéndole que avisase a Thomas de que el lunes no iría a la residencia. Cuando estuvo todo listo se metió en la cama. No recogió nada del material que tenía encima de la mesa. La camarera de la habitación ya sabía que no tenía que tocar ningún papel, así que podía dejarlo todo allí tal cual con la confianza de que lo encontraría igual a su regreso.

No durmió mucho, aunque sí suficiente. En realidad le apetecía mucho más ir a Sevilla a hacer un trabajo de campo que quedarse encerrado trabajando todo el fin de semana en Granollers. No conocía la ciudad, pero había oído hablar bien de ella. Llegó con el tiempo justo al aeropuerto para recoger la tarjeta de embarque y subir al avión. No llevaba más que una bolsa de mano y el portátil como todo equipaje. El taxi había llegado tarde a recogerle y ya estaba a punto de salir a la calle a buscar otro cuando finalmente apareció. El hombre voló por las carreteras entre Granollers y El Prat, y Kevin estaba seguro de que en algún lugar le debía haber cazado algún radar. Viajaba con una compañía Low Cost y en poco más de una hora y media aterrizaron en el aeropuerto de la ciudad. Había dormido todo el trayecto. Enseguida estuvo en la terminal y vio a una mujer que se dirigió a él directamente.

—¿Eres Kevin?

—Sí—respondió—, imagino que tú eres Rocío Martos.

—Sí, señor. Te he reconocido por la foto de tu artículo de Girona en la revista.

—Ah, vaya —dijo él—, pues encantado de que me hayas encontrado. La verdad es que yo iba a improvisar.

Ambos rieron.

Rocío era una mujer de alrededor de cincuenta años. Morena, con una buena mata de cabello, de piel muy blanca y ojos marrones. Se mantenía bastante bien para tener una edad madura, visto desde los treinta años de Kevin.

—Si te parece, empezamos ya directamente entrando en faena —le propuso Rocío con su simpático acento—. No tenemos mucho tiempo, así que tengo más o menos un itinerario organizado para que puedas conocer todos los rincones

importantes. También he hecho una selección de las partes en las que salen los decorados que vamos a ver en la serie para que te sea cómodo.

—Muchas gracias—dijo Kevin francamente sorprendido de aquella eficiencia.

—No las merece, es una de las ventajas que tiene tener hijos mayores que conocen bien *Juego de Tronos* y que me han preparado esos pequeños vídeos.

Los tres días fueron agotadores. Cada una de las dos noches que pasó en el Hotel en la Plaza de Armas fue estirarse en la cama y caer rendido de tanto andar y atravesar la ciudad de norte a sur y de este a oeste. Sevilla le gustó mucho y Rocío le sorprendió con su gran vitalidad. La mujer le organizó una cena privada en casa la segunda noche, donde pudo conocer a toda su familia. Trabajó muy a gusto y obtuvo un material tan bueno como el de la vez anterior.

Lo tenía todo muy adelantado cuando subió al avión de regreso a Barcelona. Llegaba a la Fonda el lunes a las nueve de la noche y estaba cansado, pero pensó que si no acababa con aquello antes de meterse en la cama, la rutina diaria le aplastaría y no podría enviarlo con tiempo suficiente a Dreams.

Cuando lo tuvo todo listo era la una de la madrugada. Estaba muy satisfecho del resultado. Se desnudó, desconectó todos los teléfonos y se metió en la cama. Confiaba en que no hubiese ningún artículo más sobre *Game of Thrones* que le encargasen a él. Tenía que concentrarse en lo que tenía entre manos en aquel momento.

Cuando llegó a la residencia aquel martes, Celia no estaba. Llegaría un poco más tarde, había tenido que ir a hacer gestiones para el centro. Le explicaron que se trataba de algo relacionado con Barcelona y con subvenciones. Confió en verla después, le había traído un pequeño regalo. Thomas le esperaba impaciente y estuvieron hablando un rato sobre Sevilla. Él la conocía. La había visitado en alguno de sus viajes por España cuando volvía de vacaciones desde los Estados Unidos. Le parecía una de las ciudades con más personalidad del país y de toda Europa. Kevin estaba de acuerdo con aquella opinión en función a lo que él había visto.

En la residencia se respiraba un ambiente plenamente prenavideño. Muchos de los ancianos que pasaban las fiestas con su familia ya se habían ido a casa de sus hijos o de quien quiera que fuese. Para Kevin era la primera vez que iba a pasar todas las fiestas sin pasar ni una vez por casa. Pensaba que no se añoraría, pero sorprendentemente conforme se acercaba la fecha, sí que notaba cierta melancolía, aunque se consolaba pensando que realmente su plan tampoco era nada malo.

Hablaron un buen rato de cosas sin demasiada importancia. Daba la impresión

de que nadie tuviese ganas de ponerse a trabajar.

—Bueno, joven, yo creo que deberíamos hacer alguna cosa porque hasta ahora no hemos tocado ningún tema relacionado con la biografía.

—Tienes razón. Además, creo que no tardarán mucho en hacerme volver.

—¿Están contentos con lo que has ido enviando?

—Yo creo que hemos superado las expectativas que se habían hecho. Francamente nos está quedando bastante bien, aunque lo que yo envío no es más que un borrador porque ellos lo retocan todo, lo maquetan y le dan el formato definitivo. Lo están montando sobre la marcha, sin esperar a tenerlo completo.

—Bueno, eso es buena señal, espero que mantengamos el interés generado hasta este momento.

—Avancemos un poco más —propuso Kevin—. Cuéntame sobre tus primeros tiempos en los Estados Unidos.

—Ya estábamos en julio de 1.945 cuando llegamos al aeropuerto de La Guardia en Nueva York. Llevábamos muy poco equipaje, así que viajábamos bastante cómodos. Scott propuso enviar algún transporte a buscarnos, pero yo le dije que preferíamos pasar unos días en la ciudad y después nos trasladaríamos por nuestros medios hasta Boston. Nos alojamos en el centro, en un pequeño hotel en la Sexta Avenida con la calle treinta y dos. Aquello venía a ser uno de los extremos del barrio de Chelsea en Manhattan, casi en el centro de la isla. Llegamos allí por casualidad, ya que cogimos un metro que nos llevó directamente a la zona y paseando encontramos el hotel. Teníamos dos habitaciones en la misma planta y dinero más que suficiente que nos había depositado Scott en una cuenta a nuestro nombre en City Bank.

»A pesar de que siempre habíamos sabido que existía ese dinero, mis hermanas y yo habíamos vivido toda la vida austeramente. Aquella era una enseñanza que le debíamos a mi tía. Era un estilo de hacer las cosas muy catalán. La familia de Agnès también había estado siempre bien aposentada, pero curiosamente también eran bastante austeros. Todo aquel dinero nos pareció una fortuna, pero si teníamos en cuenta el precio de todo en la ciudad, la cosa cambiaba un poco. De todas formas no lo hubiésemos podido gastar ni siquiera esforzándonos en ello.

»Visitamos la isla de punta a punta. Andamos un montón. No sabíamos cuándo volveríamos y no queríamos perdernos nada importante. Por aquella época Nueva York ya empezaba a ser la capital del mundo desplazando a Londres y París.

»Ada y Álex se veían muy felices con el pequeño Joan. Álex no estaba

acostumbrado a vivir con un dinero que no hubiese ganado él mismo y eso le incomodaba un poco, pero la presencia de su hijo allí le compensaba de cualquier cosa que le molestase. Agnès y yo también estábamos muy bien, pero yo arrastraba mi trauma. Agnès lo sabía y era muy paciente conmigo. Yo no había llegado a sincerarme del todo y explicarle detalladamente el calvario por el que había pasado. A pesar de todo, ella lo sabía porque Álex se lo había contado. Era muy curioso, pero me daba vergüenza explicárselo cuando realmente yo era la víctima. Me esforzaba en aparentar normalidad y bienestar, pero tenía que trabajármelo tanto que no lograba engañar a nadie con mi actitud.

»Fuimos al teatro, a algún concierto y visitamos los estudios de radio de la RCA (Radio Corporation of America), que estaban en el impresionante complejo del Rockefeller Center frente a la catedral de Saint Patrick. Habíamos llegado a un nuevo mundo, quizás era el mejor lugar para empezar una nueva vida lejos de todas las desgracias que habíamos sufrido en el viejo continente.

»Después de pasar diez días en Nueva York decidimos ir a Boston. Era un trayecto de algo más de trescientos kilómetros en tren. Cuando yo me había ido de la ciudad tenía casi ocho años. Era el año 1.923 y pensaba que no recordaba nada en absoluto, pero no era verdad. Cuando llegamos a la South Station y empezamos a andar por aquellas avenidas buscando la dirección de Scott, me di cuenta de que recordaba mucho más de lo que había creído toda la vida a pesar de que la ciudad había cambiado en todos aquellos años. Ada no recordaba tanto como yo, aunque aquello era normal, ya que una diferencia de dos años cuando éramos tan pequeños era considerable.

»Me vino a la memoria el recuerdo del barco saliendo del puerto rumbo a Londres y me acordé de mi madre. Realmente estar allí me aproximaba a ellos dos, a mis padres. Ahora que había crecido en Can Tomeu podía entender cómo se debió sentir mi madre en aquella tierra extraña para ella. Los recuerdos habían estado agazapados en algún rincón de mi memoria, pero la ciudad de Boston los devolvía a la actualidad. Preguntaría a Scott por dónde estaban sus tumbas e iría a visitarlas.

»El despacho de John Scott estaba en Pearl Street, en el barrio financiero de la ciudad, en pleno centro de aquella zona urbana que desde mi partida había seguido acogiendo a miles de inmigrantes provenientes de todo el mundo. Llegamos al edificio donde estaba la sociedad financiera de inversión de Scott e identificándome pregunté por él.

»Enseguida nos guiaron hasta el ático y nos hicieron pasar a una sala confortable donde nos reuniríamos con él en unos segundos. John Scott entró en

menos de cinco minutos acompañado de Aaron Scott, su hijo, que por entonces debía tener unos veintidós años si no me equivoco. Scott tenía cincuenta y siete. Nos abrazamos afectuosamente y me presentó a Aaron. Yo le presenté a mi familia.

»—Así que esta es la pequeña Ada, la hija mediana de Tevye —exclamó mientras le estrechaba la mano respetuosamente. Se notaba que había tenido muy buena relación con mi padre, quizás era algo parecido a Álex y yo. Nunca lo averigüé.

»Pasados los primeros momentos de cortesía entramos a tratar los temas económicos y nuestros planes de futuro. John Scott nos demostró porqué había conseguido obtener tan buenos resultados con las inversiones de mi familia, ya que había recopilado un completo informe de cada uno de nosotros. Empezó haciéndonos un breve resumen de nuestra situación actual.

»—La verdad es que hemos tenido muy buena suerte con las inversiones realizadas con el patrimonio Levi-Bosch, ese es el nombre de vuestra cartera. Os explico un poco cómo ha ido la situación en estos pocos más de veinte años. Como sabéis, a la muerte de Clara todo el dinero que tenía Tevye y el de ella quedó invertido en un fondo. Ese fondo era variado y por un lado teníamos el bien inmueble que constituía la vivienda y que arrendamos tan pronto como conseguimos vender todos los muebles como una amplia cartera de acciones en productos muy estables y con poco rendimiento. En un primer momento decidí mantener el statu quo a la espera de ver cómo evolucionaban las cosas. Posteriormente cambié de opinión y tal y como veía venir el futuro, todo lo que obtenía lo invertía en oro, en las minas que por entonces estaban activas en Perú. Me parecía que el oro era un valor seguro.

»—Pero eso debía de ser muy arriesgado—pregunté.

»—Lo era en función de quién era tu corresponsal y si era de fiar, y en nuestro caso lo era. Posteriormente, en 1.929, quebró la bolsa de Nueva York y todo el sistema bancario se hundió y con él muchas sociedades. Afortunadamente, como nosotros teníamos nuestras inversiones en inmuebles y en oro, conseguimos no vernos muy afectados por todo aquello y decidí adquirir acciones de grandes empresas que en aquellos momentos cotizaban a la baja. No teníamos ninguna prisa, así que podíamos esperar. Cinco años más tarde el valor de nuestra cartera era unas cien veces mayor. A partir de aquel momento decidí invertir en inmuebles otra vez, y en petróleo y armas. La guerra en Europa era previsible una vez que Hitler subió al poder en Alemania. He olvidado comentaros que cuando murieron los abuelos Levi toda aquella fortuna se vio más que doblada.

En consecuencia, su capital en este momento les convierte en una sociedad familiar con bastantes fondos de alto rendimiento que según las instrucciones recibidas hace ya bastantes años además de a ustedes dos incluye a su hermana pequeña y a Sally Bloomberg.

»—Así es —dije.

»—Esto nos ha permitido alquilar con opción de compra dos casas en la ciudad de Cambridge, cerca de la Universidad de Harvard. Es una zona muy tranquila donde hoy en día vive buena parte de la clase burguesa de la ciudad. Son casas contiguas, aunque separadas y si en unos días nos dicen que les gustan, las podemos comprar. Además, cada uno de ustedes dos —se refería a Ada y a mí— recibirán una pensión mensual más que suficiente para vivir cómodamente.

»Hasta aquel momento la conversación se había mantenido totalmente en inglés. Ada y yo nos expresábamos correctamente, aunque con un acento extraño y palabras un poco anticuadas gracias a que Sally siempre nos había hablado en aquella lengua, pero Agnès y Álex tenían muchos problemas para seguir la conversación. Nosotros íbamos traduciendo, ya que Scott no hablaba ni español ni francés.

»—La verdad es que le estamos muy agradecidos por todo lo que ha hecho por nosotros ya desde que éramos pequeños. Gracias a usted podemos decir que tenemos una situación desahogada. Mi preocupación en este momento es organizar nuestro tiempo y mirar de obtener trabajo.

»—No les costará. La verdad es que podría haber movido mis contactos e intentar conseguir que mañana mismo empezasen a trabajar, pero creo que lo mejor es que ustedes, siendo jóvenes y preparados, intenten buscarse oportunidades por sí mismos. Por un lado, la señora Levi —dijo mirando a Agnès— es conocida en el país y no creo que tenga muchos problemas para encontrar la forma de abrirse camino en los circuitos de conciertos. El arte proveniente de Europa está muy valorado por estas tierras. Thomas, tú tienes tu título de periodismo que aquí ya está convalidado, así que tampoco deberías tener problemas.

»Miró a Álex.

»—El señor Martí tiene un hándicap, que es que no habla el idioma y lo necesita, pero si él está de acuerdo, yo tengo un puesto de trabajo en el área de dirección de la empresa una vez que consiga hablarlo con solvencia. En su caso, mi propuesta es que ingrese en una academia donde pueda aprender inglés intensivamente, en Harvard, y posteriormente que ingrese en nuestro despacho. Ada es otra cosa, no sé qué quiere hacer en este momento.

»—Quiero cuidar de mi familia —afirmó mi hermana—. Más adelante quizás quiera empezar a hacer alguna cosa, pero en este momento quiero cuidar de mi hijo, mi marido y mi casa.

»—Así sea—sentenció Scott.

»Nos instalamos en Cambridge en las dos casas que al poco tiempo optamos por comprar. Álex empezó a acudir a las clases de inglés y en un tiempo record era capaz de llevar una conversación de manera correcta. Él desde pequeño nos había oído hablar a Sally y a nosotros tres, así que el idioma tampoco le era totalmente extraño. A partir de enero de 1.946 se incorporó al despacho de Scott, pero como Álex no quería depender de los ingresos de Ada, decidió compaginar el trabajo con sus estudios de Economía en la Universidad consiguiendo licenciarse en unos años. Agnès encontró trabajo en el conservatorio de Boston. La verdad es que Scott no nos había engañado al decir que su fama en Europa había llegado hasta los Estados Unidos. Apareciaban su música y al poco tiempo de estar trabajando en el conservatorio le ofrecieron colaborar con la RCA de la ciudad. Por mi parte, yo empecé a escribir para *The Boston Globe*, quizás el diario más prestigioso del estado.

»Llevábamos cerca de tres años allí y yo seguía con mi experiencia en el campo de concentración enquistada. Aquello no me permitía recuperarme y volver a ser lo que había sido antes. Un día empecé a notar que me ahogaba. Cuando Agnès llegó a casa, me encontró estirado en el sofá y con serios problemas para conseguir que el aire llegase a mis pulmones. Subimos a mi coche y me llevó al hospital. Allí me revisaron y concluyeron que había sufrido un episodio de ansiedad. Me dieron unos calmantes que me permitieron recuperar la respiración normal.

»—Tom, debes solucionar lo que te está pasando.

»—No sé si podré —reconocí derrotado.

»—¿Por qué no vas a poder?

»—Fue muy duro, Agnès.

»—Lo sé, Álex me lo ha contado y también me ha contado en qué estado te encontré.

»Miré a mi mujer sin saber qué decir.

»—No te preocupes, entiendo que no quieras hablar del tema.

»—Es cierto, me cuesta mucho. Además, tengo la sensación de que no me van a creer, que pensarán que estoy exagerando. Por otro lado, veo que todo el mundo se ha olvidado de aquel horror.

»—Pues haz lo que puedas para cambiar eso.

»—¿Qué puedo hacer yo para cambiar la ceguera de la sociedad?

»—Lo que sabes hacer mejor cariño, escribe. ¿No eres periodista? Pues escribe. Explica todo lo que recuerdes de lo que pasaba en el campo de Auschwitz: cómo os trataban, cómo era la llegada de los prisioneros, cómo os mataban... Escríbelo todo y hazlo de manera que nadie pueda decir que te lo estás inventando. Seguro que lo harás bien.

»Tardé casi cinco años en tener lista mi primera novela. Era el año 1.953 cuando la envié a Dreams, que decidió incluirla en la serie dedicada a la historia del siglo XX. Fue una sorpresa para mí, pero sin duda también lo fue para la propia editorial y para el mercado de los Estados Unidos. Conseguimos convertirla en un Best Seller, se vendieron varios millones de ejemplares y se tradujo a varios idiomas. Con *Viaje al infierno* conseguí volver a una cierta normalidad.

»Hubo otro hecho importante y es que dos años antes, en 1.951, nació mi hijo Albert y en 1.952 nació Carol. Éramos unos padres mayores. La mayoría de la gente tenía sus hijos antes de los treinta años y sin embargo, nosotros no lo conseguimos hasta estar entrados en la década de los treinta, sencillamente no habían venido.

»Ada tuvo a su segunda hija en 1.949, se llamó Inés, como la tía, y a su tercer hijo en 1.951, que se llamó Álex, como su padre. Durante mucho tiempo creímos que entre Albert y Álex hijo nacería algo parecido a lo que tuvimos Álex y yo, pero eso era muy difícil. Los niños crecieron juntos durante un tiempo y se entendían bien, pero llegó el momento en el que tuvimos que separarlos. Agnès había ido creciendo cada vez más en popularidad. Ni siquiera los embarazos la apartaron de su gran pasión por la música. Un buen día apareció por la RCA un ««buscador de talentos»» de Hollywood. En California la industria cinematográfica cada vez era más potente y andaban escasos de talentos musicales que pudiesen componer e interpretar partes de las bandas sonoras de las películas que se producían. La 20th Century Fox estaba trabajando en una producción que había triunfado en Broadway. La historia relataba las aventuras de una institutriz inglesa que había viajado a Siam en la década de 1.860 para educar de forma occidental a los hijos del rey. Querían producir una película con el argumento de la obra de teatro. Aquello representaba la adaptación y reescritura de la banda sonora en un momento en el que las películas musicales vivían una época dorada que duró aproximadamente un par de décadas más. La Fox buscaba un éxito similar al que había obtenido la Metro con *Singing in the rain* poco tiempo antes.

»—¡Debes aceptar! —insistía yo.

»—Ni hablar —respondía machaconamente.

»—Pero, ¿por qué? Una ocasión como esta no se te va a presentar otra vez y debes aceptarla. No te entiendo.

»—¿Y qué haremos?, ¿cogeremos todas nuestras cosas y nos iremos a la otra punta del país?

»—Pues sí, exactamente eso. Ya has visto, la gente en este país no tiene demasiados problemas para cambiar de estado. Siempre se están moviendo, ¿por qué nosotros vamos a ser diferentes?

»—¿Y Ada, y Álex?, ¿separaremos a nuestros hijos de los suyos?

»—Pues sí, pero nos podemos ver varias veces al año. ¡No dramatices! —dije vehementemente.

»De pronto, me di cuenta de lo que estaba pasando.

»—Tienes miedo a fracasar.

»—Qué tontería, no tengo miedo.

»—Claro que sí que lo tienes y por eso buscas excusas que no tienen sentido. Tú eres una mujer muy inteligente y nunca utilizarías argumentos tan pobres.

»Agnès tuvo que reconocer que posiblemente tenía parte de razón.

»—Está bien. Acepto que me impresiona un poco todo esto. Vivimos muy cómodamente aquí y no sé si es un error arriesgarse a cambiarlo todo por una propuesta que no sé a dónde nos llevará.

»—Por supuesto que vale la pena. Yo puedo escribir desde cualquier lugar, tenemos recursos para no tenernos que preocupar. Los niños aún son pequeños, y por mi hermana y su familia no te preocupes, seguiremos en contacto.

»Costó bastante convencerla para que aceptase la propuesta y discutimos durante tantos días que cuando finalmente aceptó ya habían empezado a buscar a otra persona. Afortunadamente no había mucha gente con la calidad musical de Agnès.

»Hubo que prepararlo todo en un tiempo record. Decidimos que mantendríamos nuestra casa en Cambridge para poder volver cuando quisiésemos y en Hollywood alquilaríamos una casa cerca de los estudios. La Fox contrató una agencia que se ocupó de todo. En los meses en los que acabamos de preparar nuestro traslado, yo conseguí terminar mi segunda novela. En aquella ocasión se trataba de las aventuras de un periodista en el Madrid cercado por el ejército de Franco durante la guerra civil, *Bajo el fuego enemigo*.

»Aquella segunda obra tuvo aún mucho más éxito que la primera, aunque en realidad el argumento tenía mucho menos de original. Mezclaba lo que yo

mismo había vivido con tramas de espías nazis e ingleses mientras se preparaba la segunda guerra mundial. No llegaba a entender los gustos de la gente. Afortunadamente tenía un agente que lo hacía a la perfección.

»En aquella aventura californiana mi hermana y Álex no nos podían acompañar. Mi amigo estaba ligado a la ciudad de Boston por su trabajo y no podía dejarlo.

»—Otra vez te vas —me dijo una tarde que salimos los dos solos a tomar una cerveza.

»—Bueno, pero ahora las cosas son diferentes. Podemos visitarnos tantas veces como queramos. Ya te he explicado que no vamos a vender la casa, la mantendremos por si tenemos que volver.

»—Eso está bien. Ya le comentó Ada a Agnès que nosotros la vigilaríamos y la mantendríamos en perfecto estado para cuando decidáis regresar.

»—Álex, ¿sabes una cosa? Estoy convencido de que nadie me conoce tanto como tú. Sabes lo que pienso antes incluso de que lo piense, pero, además, cuando las cosas han ido realmente mal, tú has sido quien ha sabido transmitirme el valor para creer en mí mismo. Cerca de ti me siento seguro. No creo que vivir a cinco mil kilómetros de ti logre separarnos.

»—Bueno, estas cosas son mutuas. Nadie me conoce a mí tanto como tú y yo también tengo más confianza en mí mismo cuando tú estás cerca. Sé que aunque te vayas a Los Ángeles, seguiremos estando conectados. Lo estuvimos cuando te fuiste a París y entonces la comunicación era mucho más difícil.

»—Es cierto. A veces recuerdo cuando te vi entrar en aquella residencia de Cracovia. Hasta aquel momento me había dado por muerto yo mismo. Supe que me había salvado cuando te vi pasar, solo tenía que llamar tu atención. Me salvaste la vida.

»—Algo parecido me pasó a mí en Argeles-sur-Mer, aunque espero que todo eso ya se haya acabado para siempre. Dicen que Franco va a relajar las restricciones para viajar a España. No tengo intención de volver a vivir allí, pero sí que me gustaría poder regresar a visitar a mi padre, a tu tía, el lugar donde nací. Ya ves, con cuarenta años me estoy volviendo un sentimental.

»—Siempre lo has sido —reí.

»—Seguramente —reconoció dando un trago de su cerveza.

»—Tú y yo hemos pasado muchas cosas juntos. Es increíble que seamos tan mayores y hasta que tengamos hijos.

»—Estamos unidos para siempre a pesar de los kilómetros que nos separen en cada momento.

»Le prometí a Álex que el día que él regresase a Cardedeu yo le acompañaría. Él no lo sabía, pero teníamos un bufete de abogados de la ciudad trabajando en el tema de levantar la restricción que tenía para viajar a España. Se habían mantenido contactos con la embajada en Washington, que habían llegado al más alto nivel. No tardaría mucho en poder viajar a su ciudad.

»En enero de 1.955 abandonamos Boston después de casi diez años allí, en mi Studebaker, y en mitad de una nevada que hacía muy difícil conducir sin estrellarse. La despedida había sido muy triste y Ada no dejaba de llorar. Joan, que ya había cumplido quince años, se negaba a entender que teníamos que irnos por un trabajo de su adorada tía. En fin, todo un drama y mientras tanto Álex y yo en silencio. Nos dimos un abrazo y aquel fue el único momento en el que creo que los dos estuvimos a punto de flaquear.

»Cruzamos el país de costa a costa, desde Boston a Los Ángeles, y fue justo en ese momento cuando realmente nos dimos cuenta de la enormidad de aquel territorio. Recorrimos casi 5.000 km entre las dos ciudades. Agnès también había aprendido a conducir y entre los dos nos íbamos turnando, aunque la mayor parte del trayecto llevé yo el vehículo porque ella se iba al asiento de atrás con los niños que, por aquel entonces, eran muy pequeños. El frío nos acompañó buena parte del viaje. Todo el recorrido a través del estado de Nueva York y hasta la ciudad de Chicago fue bastante duro, ya que atravesábamos una borrasca detrás de otra. En algún momento tuvimos que detener el coche al lado de la carretera y dejar pasar la tempestad con el riesgo de quedar atrapados por la nieve. Íbamos tapados con mantas dentro del coche y yo llevaba en el maletero un bidón con combustible por si en algún momento nos quedábamos con el depósito vacío. Dormíamos en moteles y en realidad aprovechamos para hacer algo de turismo. En aquel tramo visitamos las cataratas del Niágara en Búfalo y la ciudad de Chicago.

»Después de Chicago, nos adentramos en la parte más interior del país. Es lo que ellos mismos llamaban la América profunda. Atravesamos Iowa, Nebraska y finalmente alcanzamos la ciudad de Denver en Colorado. Todo aquel tramo fue con cielos despejados, pero a temperaturas de bastantes grados bajo cero. En mi vida había pasado tanto frío, ni siquiera en el campo de concentración. Me preguntaba cómo hacía la gente del país para vivir a aquellas temperaturas.

»Después de Denver empezaban las Rocosas. Habíamos pasado de tierras de mucha vegetación a montañas altas y desde allí todo se volvió un desierto enorme, un secarral con poca vegetación que llegó a ser de arena en algunos tramos y que nos llevó justo a la ciudad de Las Vegas. El frío extremo y la nieve

habían quedado definitivamente atrás y parecía que todos los músculos se relajaban al no tener que contraerse para ofrecer la menor superficie posible al medio ambiente congelado. En Las Vegas pasamos un par de días calentándonos un poco. Hasta los niños parecían más contentos. La oscuridad de los paisajes que atravesamos con cielos llenos de nubes en las primeras etapas habían evolucionado a cielos totalmente claros y luminosos. La ciudad en sí no ofrecía gran cosa aparte de casinos y si no tenías intención de jugar, poco más se podía hacer. Nosotros descansamos esos dos días. Ya quedaba poco para entrar en California.

»Francamente, a mí no me urgía llegar. Estaba disfrutando al atravesar el país a pesar de las condiciones en las que habíamos recorrido muchas de las etapas. Estábamos conociendo el lugar en el que había venido al mundo y que era muy diferente del lugar en el que me había criado. Agnès también estaba disfrutando del viaje. Los únicos que no parecían muy contentos eran los niños. Albert, con tres años, lo llevaba peor. Se entretenía jugando con las cosas que llevaba mientras nosotros avanzábamos, pero de tanto en tanto se aburría y se ponía un poco pesado. Carol, con casi dos años, dormía la mayor parte del tiempo. Aquella niña tenía una gran capacidad para dormir horas y horas sin ningún problema.

»Debo reconocer que también me influía la inseguridad que me provocaba llegar a una ciudad nueva y volver a empezar. Lo había hecho en otras ocasiones, con París o con Boston, pero en aquella ocasión me preocupaba un poco. Dreams tenía una delegación en la ciudad y allí era donde se concentraba toda la publicación en español que se enviaba al resto del continente y a España. Yo llegaba con un contrato para traducir mis dos primeros libros del inglés al castellano. La editorial también me había encontrado la posibilidad de realizar colaboraciones con *L.A. Times*, el diario de más difusión en la ciudad en aquellos días. Estaría muy ocupado.

»Los estudios de cine, aparte de la casa, habían buscado todo tipo de servicios que pudiésemos necesitar. Tendríamos servicio doméstico por primera vez en mi vida adulta: una señora que se encargaría del mantenimiento de la casa y de la cocina, y otra señora que cuidaría a los niños hasta que pudiesen empezar en el parvulario y ayudaría a la primera.

»Agnès estaba mucho más impaciente por llegar que yo. Ella tenía ganas de llegar, comprobar que estaban todas sus cosas e intentar normalizar su día a día, además de que tendría poco tiempo para tomar posesión de su nuevo hogar. Estábamos a miércoles y el lunes siguiente tenía que incorporarse. La entrada en

la ciudad fue impresionante. Por aquel entonces superaba ya los dos millones de personas, pero tenía un montón de pueblos y ciudades alrededor que despistaban totalmente y nunca sabías si estabas en la ciudad o en Anaheim, Pomona o ve a saber. El área metropolitana era mucho mayor y con varios millones más de personas dispersas a lo largo de kilómetros y kilómetros de barrios de casas bajas con jardín. Era otro concepto de ciudad.

»Después de perdernos en la red de autopistas más de una vez y llegar a alejarnos una treintena de kilómetros de la ciudad logramos encontrar el camino correcto. Era una mansión preciosa de estilo mexicano en la zona de Hollywood Hills, un poco alejado del centro, pero cercano en coche. En aquella macro ciudad no se podía ir de un sitio a otro paseando, siempre se tenía que coger algún vehículo, ya que las distancias eran enormes y en transporte público se tardaba mucho. Allí nos encontramos con Lupe, que era la cocinera y la persona de mantenimiento de la casa, y con su hermana Lola. Por supuesto, las dos mexicanas. En el estudio habían pensado que como nosotros éramos españoles, nos habitaríamos mejor al servicio si este era hispano. Posiblemente tenían razón, aunque las distancias en muchos aspectos entre nuestro Cardedeu y Guadalajara en Jalisco eran más que considerables.

»Siempre que teníamos que hablar con alguien sobre nuestros orígenes teníamos que hacer la aclaración de que éramos españoles de Europa. A veces pensaban que Barcelona estaba en Francia. Los conocimientos de geografía eran muy pobres por aquellas tierras.

»Lola fue una gran cuidadora para Albert y Carol. Los niños la seguían a todas partes y ella siempre estaba inventando juegos. No era difícil oír gritos y carreras por la casa durante el día, cuando no iban al colegio. Por su parte, Lupe, aparte de sus cualidades humanas, nos introdujo en la deliciosa comida mexicana. De su mano descubrimos verdaderas delicias totalmente desconocidas anteriormente para nosotros.

»Para evitar perder la forma física, a mis cuarenta años empecé a hacer ejercicio. Imagino que tenía tiempo suficiente y debía compensar por las comidas de Lupe. De todas formas, cuando habíamos llegado a Boston, mi médico de cabecera había insistido mucho en que debía ejercitarme para subsanar el daño sufrido por los músculos durante el internamiento. Cuando falta ingesta de comida, el cuerpo empieza a consumir sus propias grasas y cuando estas se acaban es el turno de los músculos. Para evitar tener problemas en el futuro tenía que moverme. Solía alternar la natación y el atletismo. Las dos me permitían enajenarme e ir creando los argumentos de mis libros e incluso mis

colaboraciones con el *Times*.

»Agnès estaba muy ocupada, pero yo creo que se le veía muy feliz. Pasaba horas y horas haciendo lo que más le gustaba, tocar el piano. Improvisaba variaciones de algunas melodías, practicaba cosas nuevas... estaba muy entregada. Muchas veces me pedía mi opinión, lo que me ponía en un compromiso porque a menudo no distinguía las diferencias entre las opciones que me daba y si fallaba se enfadaba.

»La producción de una película en aquella época era un proceso muy lento y esto aún se complicaba mucho más cuando se trataba de un musical, ya que intervenían muchas más variables. Finalmente en 1.956 acudimos al estreno. Fue una gran experiencia. Siempre había valorado mucho el trabajo de mi esposa, pero a partir de aquel momento aún lo valoré más. En la recepción a la que nos invitaron después y a la que acudieron los actores y los cantantes que les doblaron en algunos casos pude oír cómo todo el mundo la felicitaba. Ella, que siempre había sido una mujer discreta, estaba totalmente desbordada por tantas atenciones. Yo la observaba con orgullo y pensaba en todo lo que habíamos vivido desde aquel primer día en el colegio en Can Serra. Seguramente que todo aquello, de alguna manera, había sido parte de lo que la había llevado hasta allí. Si no recuerdo mal, ganaron cinco premios Oscar aquel año, aunque optaron a alguno más que finalmente no consiguieron.

»Una vez finalizado el trabajo en la película, Agnès pasó a ser parte del staff de la compañía y colaboraba en diferentes producciones, no necesariamente musicales en sí mismas, pero que aun así tenían banda sonora. A veces también hacía colaboraciones con programas de televisión que por aquel entonces empezaba a ser un medio muy popular y que estaba en buena parte de las casas americanas y en la radio. Ya no participaba en conciertos en directo. Le había encontrado el gusto a producir y hacer pequeñas intervenciones.

»Por mi parte, yo seguí escribiendo y casi sin querer me convertí en un escritor de Best Seller. Alternaba el inglés y el español, y yo mismo era el traductor de mis libros al otro idioma. Sorprendentemente me empezaron a llegar reconocimientos y en Barcelona, que era donde estaban erradicadas las editoriales más importantes en lengua española de todo el mundo, insistían en invitarme para estudiar diferentes ofertas de colaboración.

»Con Álex y con Ada intentábamos mantener una relación lo más cercana posible. Como mínimo nos veíamos en un par de ocasiones al año. En verano ellos solían visitarnos en Los Ángeles y en Navidad solíamos ir nosotros a Boston. Estaban integrados en su ciudad, también les iban muy bien las cosas.

Francamente no nos podíamos quejar ninguno de nosotros. Cada vez éramos más americanos y la única que mantenía un vínculo corriente con Cardedeu era Ada.

—¡Vaya cambio de vida! —dijo Kevin.

—Es cierto. Como ves, los decorados que han acompañado a mis vivencias son muy variados. Le debo tanto a Los Ángeles casi como a París, aunque para mí, mi hogar, mi casa siempre ha sido Cardedeu. Si me preguntas de dónde soy, no dudaré en contestarte que de allí, aunque realmente viví pocos años en el Vallés.

—Te habituaste siempre bien a los diferentes lugares.

—Sí, nunca tuve demasiados problemas.

—Ostras, ahora mismo no recuerdo quién te dijo que eras como un camaleón. Thomas se puso a reír por el comentario.

—Veo que te acuerdas. Fue Ada cuando le expliqué que me iba a estudiar a París. Me dijo que me iría bien porque era como un camaleón.

—Es cierto, recordaba el comentario, pero no recordaba quién de ellos había sido.

—Ada me conocía muy bien. Siempre había sido muy buena observadora y en el fondo una persona muy respetuosa con la libertad de los demás. ¿Sabes que nunca me preguntó por mi experiencia en Polonia? Siempre esperó a que yo me decidiese a contársela. Por supuesto que la conocía por Álex, pero nunca consideró oportuno preguntar si no salía de mí explicárselo. Por el contrario, sobre todo en aquellos primeros tiempos de Boston, vivió pendiente de mi estado anímico y de mi evolución.

—Hoy en día no es muy habitual que se respete tanto la libertad ajena.

—No creas, entonces tampoco lo era. Tan solo era parte del carácter de Ada.

—¿Te comunicabas mucho con Álex durante tus años en Los Ángeles?

—Normalmente hablábamos cada fin de semana. Llamaba uno o el otro y nos poníamos al día de nuestras rutinas. A veces nos consultábamos la opinión respecto a diferentes temas. Yo creo que seguíamos muy unidos. Cuando nos veíamos, siempre buscábamos espacios para estar solos y poder hablar tranquilamente. Normalmente éramos nueve de familia cuando nos juntábamos y el jaleo de los niños era considerable.

—¿Cómo eran las Navidades?

—En Boston, generalmente con frío. Muy típicas. Nos instalábamos en nuestra casa y pasábamos juntos las fiestas. Cada año prometíamos que aquel sería el año en el que iríamos a visitar a nuestra familia, pero cada vez pasaba más el tiempo y no lo hacíamos. Yo creo que todos nos solidarizábamos con Álex, aunque se acercaba el momento en el que tendríamos que hacer alguna cosa. La

tía se acercaba a los ochenta años, igual que el padre de Álex, y sabíamos que no tardarían mucho tiempo en desaparecer.

—¿Ellos no viajaron nunca a los Estados Unidos?

—Mi tía y Ramon no, eran muy mayores. Sara sí que vino con Hans y con Marta, pero aún falta un poco, eso no fue hasta los años 60. Sally no volvió nunca a los Estados Unidos. Es curioso porque lo tenía muy fácil, pero siempre se negó.

Volvía a ser la hora de comer cuando Kevin dejó a Thomas en su habitación preparándose para ir al comedor, donde se reuniría con sus compañeros de residencia. Encontró a Celia en su despacho.

—Vaya, la mujer ocupada —bromeó.

—Hola, Kevin —dijo ella acercándose y besándole en los labios—. ¿Tienes algo que hacer?

—Por hoy hemos acabado e imagino que mañana haremos muy poca cosa, así que tengo ya la mente en París.

—Qué poquito que queda —dijo ella—, yo también tengo muchas ganas. Quería comentarte que me queda un día de fiesta y que si no lo hago, lo pierdo, así que mañana día veinticuatro estaré libre. ¿Por qué no le das fiesta a mi tío y pasamos el día juntos?

—Por mí encantado, ¿qué quieres que hagamos?

—Pues no lo he pensado —dijo dubitativa—, quizás podríamos escaparnos a Tarragona. Imagino que no debes haber visitado muchas ciudades con monumentos romanos, está cerca y es muy interesante.

—Bueno, monumentos romanos no he visto muchos. Me parece muy buena idea.

—Pues hecho. Esta noche lo hablamos con calma.

Comieron juntos, pero en aquella ocasión no se quedaron en la residencia. Fueron a un restaurante en el pueblo y después Kevin la devolvió al trabajo. Estaban muy distendidos los dos y él se pudo explayar explicándole su experiencia sevillana con todo tipo de detalles. Rieron bastante.

Una vez que la dejó se fue a la Fonda a esperarla. Tenía trabajo que hacer antes de la interrupción navideña de varios días, así que se concentró en todo lo que quería preparar. Cuando miró en su correo de Dreams vio la felicitación de John por el artículo de Sevilla. La había estado esperando, pero tenía por costumbre no consultar su e-mail en el teléfono cuando trabajaba con Thomas, así que lo había dejado para la tarde. Sonrió para sí. Desde que le había dicho que siempre que le daba una de cal seguía una de arena no lo había vuelto a hacer, ni en aquel

mensaje ni en la llamada de hacía unos días. Le respondió dándole las gracias por su felicitación y deseándole unas buenas fiestas.

Esperaba que ahora no le enviaran a Dubrovnick o a Toledo, por ejemplo, que también habían sido decorados de la serie. Pensó que el día que tuviese tiempo, en un futuro, intentaría descargarse de alguna manera los capítulos de la serie y verla. Finalmente había conseguido llamar su atención a pesar de que nunca había sido muy aficionado a seguir series.

Estaba contento, las cosas progresaban en un sentido que no hubiese ni soñado cuando voló a Barcelona a principios de otoño.

CAPÍTULO 23

París... mucho tiempo después

Habían salido temprano. Celia vino a buscarle a las ocho. Acordaron que cada uno pasaría la noche en su casa, ya que los dos tenían bastante trabajo pendiente. Kevin lo agradeció, ya que estaba seguro de que John lo observaba en la distancia y no quería tener problemas totalmente innecesarios.

Desayunaron en el bar de la Fonda y partieron rumbo a Tarragona. El cielo estaba claro y no hacía mucho frío con lo que pasear sin rumbo fijo fue muy agradable. A pesar de estar en diciembre, el sol les calentaba. Bajaron por la Rambla Nova hasta llegar al Balcó del Mediterrani, donde se apoyaron los dos en la barandilla con la mirada perdida en el mar que, a pesar del día sin nubes, estaba bastante agitado. Kevin pensó en los barcos que antiguamente se hacían a la mar en días como aquel para pescar y en los riesgos que debían correr. Curiosamente, desde la perspectiva en la que se encontraban ellos en aquel momento, la sensación era casi la contraria. El mar se volvía hipnótico y casi invitaba a seguir mirando.

Celia le tocó el hombro y decidieron abandonar aquel punto para encaminarse hacia el anfiteatro. Era el primero que Kevin veía en persona en su vida. Había visto otros en películas y en televisión, pero nunca lo había visto en directo. Observar aquellas piedras que llevaban miles de años allí puestas era algo para él excepcional y le gustó. Después lo guió por la zona antigua que debió ocupar la ciudad hasta llegar al Museo de Historia, donde le enseñó una maqueta de lo que debía haber sido la antigua Tarraco. La verdad es que Celia era muy aficionada a la historia y a reservar en su memoria miles de datos que no le eran demasiado útiles en su vida cotidiana. Para ella era un hobby o una vía de escape en los momentos en los que se sentía agotada por la presión de su trabajo. Visitaba lugares, leía libros, veía películas, etc. Sencillamente acumulaba información.

Para Kevin, la historia era algo mucho más lejano, ya que en los Estados Unidos no había ni la tradición ni los monumentos que tenían en Europa. Para él la historia de su país era la historia de los indios, en gran parte desconocida, y la que empezó a partir de la llegada de Colón al continente, poca cosa más. Eso no evitaba que su sensibilidad por la cultura, para algo era periodista y se dedicaba a escribir, hiciese que cada vez que tenía ocasión intentase empaparse de los

restos de la antigüedad de los lugares en los que estaba.

Conoció también la Tarragona medieval. Celia le explicó su teoría de que la historia había sido injusta con la ciudad. Durante el imperio romano fue una de las urbes más importantes y capital de Hispania que incluía a las actuales España y Portugal. Con el tiempo y principalmente durante la edad media fue perdiendo importancia, sobre todo en favor de Barcelona que, poco a poco, se convirtió en la capital más importante del territorio hasta llegar a ser la sede del gobierno del reino de Aragón. Lo que hoy se entendería como la capital dejando a Tarragona en un lugar mucho más discreto.

A Kevin le gustaban aquellas explicaciones y pensaba que le ayudaban a entender mejor aquella tierra que le había sorprendido por su gran personalidad, tan diferente a otros lugares del país que ya conocía.

Celia lo llevó a comer a un restaurante del Serrallo, el barrio de los pescadores de la ciudad. Comieron pescado de la mejor calidad, aunque no fue nada barato.

—Estos son precios de los Estados Unidos —bromeó Kevin.

—La calidad se paga en todos los sitios.

—Tienes razón, ha sido una comida excelente. ¿Qué vamos a hacer esta tarde?

—Pues ahora que ya hemos visitado la ciudad, yo tengo que hacer algunas compras para el *Tiío* de mañana —comentó Celia.

—¿Qué es eso del *Tiío*?

—Es una tradición navideña catalana. Aquí, antes de que Papá Noel hiciese su aparición, ya existía una costumbre que era la siguiente. Durante un tiempo antes de Navidad, las familias ponían un trozo de tronco, lo que en catalán se llama *Tiío*, en algún lugar de la casa, se le tapaba con una manta para que no tuviese frío, se le pintan ojos y boca, se le pone una barretina y los niños de la casa lo iban alimentando. Evidentemente la comida que le dejan durante las noches se va retirando y cuando se levantan por la mañana representa que el tronco se la ha comido. Luego, según las familias, la noche de Navidad o el día de Navidad se reúnen alrededor del *Tiío* y con palos le van pegando hasta que teóricamente caga regalos para la gente de la casa.

—Ostras, qué curioso y perdona que te diga, qué escatológico.

—No te lo puedo negar —rio Celia—. Los regalos normalmente son pequeños, no sé, algún detalle para cada uno de los presentes. Nosotros lo hacemos el día de Navidad antes de comer y quien quiere compra alguna tontería para los que estamos y lo deja disimuladamente debajo de la manta.

—Pues compremos alguna cosa para tu familia, ¿no?

—Es lo que quería ir a hacer ahora. Ya compro yo alguna cosa en nombre de

los dos y listo.

—¡Yo quiero participar! —dijo Kevin.

—Perfecto.

—¿Quiénes seremos para ese día? —preguntó Kevin.

—Pues aparte de nosotros dos y mi tío, estará mi madre, la tía Clara con su marido. Sus hijos no están con nosotros ese día, mi hermana y Carlos, su esposo. Mi hermana está esperando un bebé para finales de febrero o principios de marzo, así que estamos todos muy impacientes.

Pasaron la tarde comprando pequeñas cosas por Tarragona. Generalmente, un detalle para cada uno menos en el caso de la hermana de Celia, en el que compraron algunas cosas para el futuro bebé. Llegaron a Granollers algo más tarde de las nueve y Celia le propuso ir a su casa. Kevin aceptó encantado, ya que hasta aquel momento no había ido nunca más allá del portal y pensó que tenía curiosidad por ver cómo era su apartamento. Pasaron antes un momento por la Fonda. Dejaron el coche allí y subieron a la habitación. En cuestión de minutos él preparó la maleta para llevarse a París, ya que no volverían hasta después de aquella escapada y dejó todo ordenado. Al salir avisó de que iba a estar unos días afuera, más que nada por cortesía, ya que tras casi tres meses en la Fonda empezaba a relacionarse con el personal con bastante familiaridad.

El apartamento de Celia estaba cerca de la Porxada y del mercado municipal. El edificio era nuevo, tenía como mucho diez años y ella vivía en uno de los que estaban en la última planta. Se componía de un salón-comedor amplio, una habitación pequeña donde ella tenía su despacho y su biblioteca, y donde se veía que no hacía mucho que había estado estudiando, ya que le explicó que solía consultar los libros de medicina en ocasiones buscando pistas o confirmando diagnósticos; una habitación más grande y con cuarto de baño completo incorporado, que era el dormitorio, otro cuarto de baño más pequeño, pero también completo, una cocina pequeña y una fantástica terraza de unos 30 metros cuadrados que daban una luminosidad especial al salón. La tenía llena de plantas. Era un espacio chill-out.

Sin contar la terraza debía medir unos setenta metros cuadrados. La decoración era cálida. Las paredes estaban pintadas con tonos pasteles, los muebles eran de tipo rústico y en las paredes abundaban cuadros y figuras de corte étnico, seguramente la mayoría provenientes de viajes a países exóticos. Había una bonita foto de Can Tomeu sobre un bufet en la que salía la tía Inés, Joan, Carmeta, Sally y los niños. No la había visto antes y se quedó mirándola atentamente.

—Imagino que sabes quienes son.

—Por supuesto —contestó—, he visto otras fotos de ellos, pero esta en concreto no la había visto antes. Debe de ser de cuando hacía poco tiempo que estaban aquí.

—Creo que es de 1.925. Lo pone detrás, si quieres comprobarlo sácala del marco y míralo. Por esa época el tío debía tener diez años, Sally veintidós, Ada ocho y Sara cinco más o menos.

—Nada más y nada menos que hace noventa años de esta instantánea.

—Eso parece —dijo Celia mirándolo un poco extrañada por cómo le había afectado la foto, imaginaba que a estas alturas ya había visto muchas.

Se puso junto a él y le preguntó:

—¿Qué te llama tanto la atención?

—No sé qué decirte. No hay nada de especial en sí mismo en ella, sencillamente es una foto bonita donde se ve a un grupo de personas, una familia feliz. Lo que me llama la atención, o mejor dicho, me impresiona bastante es ver a Thomas tan joven.

—Sí, era un niño.

—No sé si sabré explicarme correctamente, pero lo que me afecta es que a ese niño yo lo he conocido como un anciano ya centenario y eso me hace recordar, o mejor dicho, me pone ante los ojos la realidad de que el tiempo pasa, de que estamos en esta vida por un tiempo y que de aquí a unos años yo también seré un anciano, si es que tengo suerte y no me muero antes.

—Ya... —dijo Celia pensativa—. No lo había visto así, pero es cierto, aunque no vale la pena darle muchas vueltas. Es así para todos.

—No sé si a ti te pasa lo mismo, pero a mis treinta años aún vivo con la sensación de que siempre seré joven. Quizás por eso, por esa percepción errónea, me afecta ver lo que le ha pasado a Thomas. Aparte de que de todos los personajes que hay en la foto es el único que sigue vivo.

—Y eso que pasó por un campo de concentración y todo. Para que veas que las cosas pasan porque sí y no siguiendo una lógica del tipo: si haces A y luego B después tendrás C.. Nunca se sabe en dónde está el riesgo.

—Recuerdo una vez, al principio, en la que hablándome de alguien que ahora no recuerdo, me dijo: «Tengo cien años, todos están muertos», se refería a personajes de su infancia. Es una lógica aplastante.

—Le afectó mucho la muerte de mi tía y de mi tío, quiero decir Agnès y Álex, pero cuando murió la tía Ada y al cabo de cuatro días mi abuela, lo vi muy mal. Todos sufrimos por él. Supongo que en aquel momento se sintió completamente

abandonado por los suyos. Estaban mis primos y nosotras, pero ya no quedaba nadie de su vida anterior.

—Debió de ser duro.

—Yo creo que a partir de aquel momento, empezó a no importarle morirse, incluso hay momentos en los que creo que está cansado de vivir, pero me encanta esa actitud abierta y optimista que adopta ante el día a día. Él tiene amigos en la residencia, participa en todo lo que se le propone, intenta pasarlo bien disfrutando de cada segundo en esta tierra, aunque si de él dependiese, ya se hubiese ido.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque lo veo por mí misma, pero además él me lo ha reconocido alguna vez, aunque no le gusta hablar del tema. Tiene un testamento vital y cuando lo preparábamos, hablamos mucho del asunto. Cuando estuvo ingresado la última vez, si hubiese visto que no había posibilidades de seguir, lo hubiésemos mantenido drogado hasta el fin. Bueno, realmente cuando volvió me regañó.

—¿Por no haberle dejado morir?

—Exactamente, y por mucho que le explicase que había que seguir un protocolo y descartar su mejoría, no había manera de que entrase en razón.

—Tu posición como médico es incómoda.

—No te creas, para mí Tomás es alguien muy especial. Siempre oí a mi abuela explicar que si Tomás esto, que si Tomás lo otro... Lo quería mucho y lo tenía en un pedestal, como si todo lo que hiciese fuese maravilloso. Por supuesto que con Agnès, Ada y Álex también pasaban igual, pero Tomás era diferente para ella. Ellos venían cada vez más a menudo de visita y siendo yo pequeña ya lo admiraba, imagino que de tanto oír a mi abuela. Creo que por carácter conectábamos muy bien porque él también me trataba como si fuese mayor de lo que realmente era. Yo creo que cuando se quedó solo, es decir, solo no porque tiene sus hijos y sus nietos, pero me refiero sin el resto del *cuarteto* y tan mayor, comprendió que no podía seguir viviendo en su casa sin cuidadores, que no iba a ser una carga para sus hijos y que se venía aquí.

—¿Tu abuela también había muerto?

—Preguntas mucho —dijo— y no sé si debo explicarte nada de nada, pero bueno imagino que no afecta... Cuando llegó mi abuela aún estaba viva. Estaba ya bastante enferma, pero aún duró unos meses antes de morir. Tomás estuvo con ella todo el tiempo que le dejé estar, ya que tampoco quería que se agotase más de la cuenta, aunque ¿cómo iba a impedirle pasar todos los ratos que pudiese con su hermana, que estaba a punto de morir?, Así que fui bastante permisiva. El tío

Albert, su hijo, me alertaba de que no le dejase estarse largas jornadas con ella, pero yo no le hice caso. Cuando él entraba en la habitación, ella mejoraba automáticamente. Era muy bonito verlos juntos.

—Pobre Thomas, debió de ser duro.

—Pues sí porque hacía muy poco que también había pasado por lo mismo con Ada. Ya te dije que murieron el mismo año. No sé si fue entonces cuando decidió que su función en la tierra se había acabado, por decirlo de alguna manera. A mí me llama mucho la atención cómo él revienta las estadísticas —
rio.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que la expectativa de vida no es de 100 años, que los hombres suelen vivir menos que las mujeres o que sobrevivió a Auschwitz. ¿Te parece poco?

—No, realmente es un superviviente nato.

—Sí, pero ahora está atrapado. En fin, me temo que no tardaremos mucho tiempo en despedirlo, su estado es delicado. Él hace como si nada, pero su corazón es una bomba y en cualquier momento se puede parar.

—¿Y él lo sabe?

—Perfectamente, es un hombre inteligente. No te olvides de que se ha pasado la vida estudiando o escribiendo, sabe perfectamente cómo son las cosas. Es muy astuto, aunque a veces no lo parezca.

Celia se fue a la cocina mientras que Kevin dejaba encima del bufet la foto con el marco. Al cabo de un momento regresó con dos vasos con hielo y un dedo de whisky.

—Si vamos a seguir hablando mejor que tomemos algo— propuso Celia.

—Podemos hablar o hacer otras cosas —insinuó Kevin.

—Tomemos esto y después preparo alguna cosa ligera para cenar. Prepárate para el banquete de mañana. Por aquí se suele comer cantidades enormes de comida en una fiesta como esta. Es totalmente irracional.

—En los Estados Unidos también suelen ser comidas muy pesadas y difíciles de digerir.

—¿A qué hora sale nuestro avión?

—A las nueve. He reservado un taxi que cuando lleguemos nos recogerá y nos llevará al hotel. Era un servicio que ofrecían.

—Espero que no sea muy caro porque realmente no sé si valía la pena.

—Bueno, siendo el día de Navidad y llegando casi a las once a París, yo creo que nos interesaba para evitarnos problemas de transporte.

—Tienes razón, no había pensado en eso. Por cierto, ya que hemos estado

hablando de mi familia, ¿y la tuya?, ¿ni siquiera vas a llamarles?

—Buf, no me apetece mucho porque sé que mi madre se quejará de que soy el único que no está allí, de que si me están explotando y de que ve a saber si las próximas Navidades estarán ella y mi padre vivos.

—¿Están enfermos?

—Que yo sepa están perfectamente. Además, todavía son jóvenes, no tienen ni sesenta años, así que no es más que parte de un chantaje emocional. Nada más, si estuviesen enfermos, lo sabría porque me lo recordaría cada dos por tres para que le llamase más a menudo.

—¿Lo ves? Por eso no quiero ser madre.

—No te entiendo —rio Kevin.

—Te pasas la vida anteponiendo los intereses de tus hijos a los tuyos, cuidándolos y preparándolos para la vida y un buen día se largan y pasas a convertirte en la pesada del teléfono.

—Bueno, bueno... No te creas que mi madre antepuso muchos de nuestros intereses a los propios. Digamos que ella ha sido una madre un poco especial, siempre hizo un poco lo que le dio la gana.

—Una madre es una madre —insistió Celia claramente dramatizando y bromeando sobre el tema.

Estaban los dos en el sofá y Kevin le quitó el vaso de la mano, dejándolo encima de la mesita que había enfrente y empezó a besarle dulcemente. Empezó por los lóbulos de las orejas para después ir dirigiéndose hacia la boca. En un primer momento Celia hizo un ademán de protesta, pero enseguida cerró los ojos dejándose llevar por aquellas sensaciones tan agradables que le producían las caricias de Kevin. Ella también empezó a acariciarle. Cuando ya estaban llegando al punto de no retorno, se levantó y lo llevó de la mano a la habitación donde siguieron jugando a la vez que se desvestían. Hicieron el amor calmadamente con tiempo suficiente como para llegar al éxtasis. Después, agotados, se quedaron dormidos. Había pasado más o menos una hora cuando Celia pensó que no habían cenado y se levantó. Fue a la cocina y preparó un par de sándwiches y los llevó a la cama en una bandeja. Despertó a Kevin y cenaron en la cama.

El día de Navidad se despertaron a las diez de la mañana. Kevin imitó lo que había hecho Celia una vez en la Fonda y salió de la cama un rato antes para ir a buscar churros y chocolate. Tuvo la precaución de cogerle las llaves del piso que había dejado en el recibidor y poder abrir cuando volvió. A pesar de la festividad, la churrería del centro estaba abierta, así que no tuvo ningún

problema. Hubiese pensado en un plan alternativo de no haber sido así, preparar un auténtico *american breakfast* con huevos, tortitas y beicon si encontraba los ingredientes necesarios en la nevera. Cuando regresó, Celia se estaba desmereciendo, no del todo consciente de dónde estaba él ni del día que era, así que logró sorprenderla. Desayunaron en la cama y después, mientras Celia ventilaba la habitación y lo ponía todo en orden, Kevin recogía los restos de la cena, del desayuno y los vasos de whisky que habían quedado en el comedor la noche anterior.

—¿A qué hora hay que estar en casa de tu hermana?

—A la una para echar una mano acabando de montar la mesa y nada más. Todo lo cocinan Clara y mi madre. Ellos se instalan en su casa el día anterior y las dos pasan todo el día en la cocina preparando la cena. El pobre Robert, el marido de Clara, se debe de agobiar un montón, ya que en los últimos años la envía a ella en tren por la mañana y él sube a la hora de cenar el día anterior. De esta manera, las dos se pasan el día entero hablando de sus cosas y sin que nadie las moleste. Luego, duermen en casa de mi madre y temprano ya están movilizando a mi pobre cuñado y a mi hermana.

—¿Cómo se llama tu hermana? Creo que nunca me lo has dicho.

—Mi hermana es Sonia y mi cuñado, Carlos.

—Sí, ayer lo nombraste y sabía que él se llama Carlos, pero francamente creo que nunca me habías dicho el nombre de ella.

—Te gustarán, son muy simpáticos.

—Antes de ir tendremos que pasar a recoger a mi tío a la residencia. Ayer ya dejé recado de que estuviese preparado a eso de las doce y media. En todo caso, vamos con mi coche y nos ahorramos tener que ir a la Fonda a por el tuyo. Para ir al aeropuerto vamos también con el mío. Por cierto, que de aquí tenemos que salir ya con las maletas porque no volveremos.

—Pues habrá que empezar a moverse —dijo Kevin—. ¿Me puedo duchar?

—Vaya una pregunta tonta —bromeó ella—. Claro que sí, nos ducharemos los dos juntos y así aprovechamos el tiempo.

A pesar de que ella lo dijo bromeando, es lo que hicieron y se entretuvieron bastante, así que si iban bien de tiempo, ahora ya se les empezaba a hacer tarde. Tuvieron que darse un poco de prisa para llegar a la residencia a buscar a Tomás a las 12.30 tal y como habían previsto.

La mañana era clara y al sol se estaba muy bien a pesar de que el día era frío. Thomas estaba sentado en una silla al sol esperando a que le viniesen a buscar. Vio acercarse el coche de Celia y se levantó dispuesto a marcharse. Kevin salió y

tras felicitarle las fiestas, le ayudó a entrar en el asiento del copiloto mientras que él se acomodaba en el asiento de atrás.

Sonia vivía en un lugar llamado Santa Agnès de Malanyanes. A Kevin le pareció curioso que se repitiese el nombre de Agnès. Era una urbanización cerca de Granollers y de un importante centro comercial. La casa estaba situada en un extremo de la urbanización, con lo que le daba una sensación más genuina de casa rural. De hecho, se trataba de una antigua casa adaptada y modernizada. Carlos era arquitecto, tenía su propio estudio profesional y él mismo se había ocupado de la rehabilitación. Había conseguido sobrevivir a la crisis económica que tanto había afectado a su sector gracias a disponer de un buen soporte económico familiar, y de su creatividad y adaptabilidad a las situaciones. Era muy grande, con unos trescientos metros cuadrados distribuidos entre dos plantas y con un montón de terreno alrededor. Tenía una gran piscina y un jardín muy cuidado incluso en aquella época del año.

Sonia era abogada y trabajaba para la administración pública. Tenía un buen puesto y en consecuencia, un buen sueldo. El problema principal era que cada día tenía que desplazarse a la Ciudad de la Justicia en la otra punta de Barcelona, pero no tenía otro remedio. Cuando naciese el hijo que estaba esperando, después de la baja maternal, se tomaría un año de excedencia y ya vería más adelante si el niño iría a la guardería o contrataría a alguien para que lo cuidase en casa. Aprovecharía también aquel periodo para acabar el máster que estaba estudiando y del que le faltaba solo presentarse a un par de asignaturas.

Carlos y Kevin congeniaron desde el primer momento y el cuñado de Celia estuvo encantado de tener a alguien a quien enseñar y explicar con todo tipo de detalle las características de aquella casa, que consideraba su obra maestra.

Pudo disfrutar del espectáculo del Tió y pidió permiso para hacer alguna foto al tronco. Cuando se repartieron los regalos, resultó que habían pensado en él y le dieron una corbata de color azul que hacía juego con sus ojos y una cartera de piel. Intimidado y sonrojado por el detalle, dio varias veces las gracias.

Cuando finalmente se sentaron para comer, Kevin empezó a entender a lo que se refería Celia cuando le hablaba de que la comida de Navidad era una exageración de comida. Empezaron los aperitivos. Una inmensa variedad de platos preparados como por ejemplo croquetas, embutidos, ensaladas, angulas, gambas y en una sucesión sin fin. Todo aquello acompañado de vino o cerveza, a gusto del consumidor. Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba lleno de tanto comer, pero aquello no había hecho más que empezar. Siguió un caldo consistente que se había pasado un montón de horas en el fuego y en

consecuencia, era muy graso. Por lo que supo, para hacer aquella delicia se habían utilizado verduras, carne de ternera, de cerdo y pollo, grasa de tocino y un montón de cosas más. Preparar el caldo era la excusa que daba Clara para ir a casa de Marta a primera hora de la mañana del día anterior. Una vez que el agua empezaba a hervir y todo estaba en marcha, tan solo tenían que vigilarlo de tanto en tanto, así que las dos se sentaban cómodamente en el sofá y con dos copas que iban llenando de un anís suave pasaban la mañana poniéndose al día de sus cosas. Para Marta, Clara era como una hermana mayor y viceversa, ya que las dos habían sido hijas únicas. Para finalizar había pollo rustido. Buenísimo, pero a aquellas alturas ya nadie tenía demasiada hambre como para comer una buena ración.

La fiesta acababa con turroneos, mantecados y otros productos específicamente navideños. Kevin tuvo que reconocerles que en su casa también se exageraba con la comida, aunque no llegaban a aquellos límites. No pudo evitar probar de todo lo que pusieron en la mesa. Tanto Clara como Marta observaban sus reacciones y comentaban cómo habían hecho cada plato. Todo aquello lo acompañó con vino y después con cava, así que al final estaba hasta un poco mareado.

Durante los postres y el café posterior hablaron de muchos temas, pero buena parte del tiempo fue sobre los recuerdos que conservaban de Can Tomeu. Thomas estaba bastante animado y aunque le racionaron la cantidad de comida para evitar que se pusiese enfermo, se notaba la adoración y el cariño que le tenían sus sobrinas. Kevin explicó que había visitado Can Tomeu hacía más o menos un mes y les describió cómo era actualmente. Lo estaba explicando cuando recordó que había metido su tablet en el equipaje para poder hacer fotos y tener alguna conexión por si Dreams se comunicaba con él, odiaba ver los e-mails en el móvil, así que fue a buscarla, ya que aún conservaba las fotos que había hecho. Las estuvo enseñando y mientras las iban pasando, comentaban las anécdotas que iban rememorando y que estaban relacionadas con cada estancia. Tanto Thomas como sus sobrinas Clara y Marta estaban emocionados recordando, bromeando y hablando sobre el espacio que habían considerado su hogar durante tantos años.

Carlos también prestó un interés especial, aunque en su caso era más por cuestiones técnicas que sentimentales, ya que él no recordaba haber pisado nunca aquella masía. Celia y Sonia tampoco tenían claros recuerdos de aquel lugar que sí habían visitado alguna vez; debían de ser muy pequeñas y no les había dejado ninguna huella.

El marido de Clara, Robert, se quedó dormido en el sofá y ella se le acercó amorosamente y le quitó los zapatos para después echarle una pequeña manta por encima para que no cogiese frío. Realmente aquella cantidad de comida y alcohol invitaban a pegarse una buena siesta, pero no creía, que al menos en mi caso, fuese correcto.

Clara, que había nacido en 1.939 y que ya tenía 76 años, era la que más cosas recordaba de Can Tomeu. Además de vivir bastantes años allí, ella convivió mucho tiempo con la Tía Inés, y con Roser, la madre de Agnès, o con Ramon, el padre de Álex. Kevin no pudo evitar preguntarle:

—¿Cómo eran las Navidades en Can Tomeu?

Clara puso expresión pensativa. Estaba intentando revivir mentalmente aquellos momentos y miró a Thomas con cariño pensando que aunque por aquella época sí compartieron alguna, fueron muy pocas. No debían ser muy diferentes de lo que habían sido las suyas. Finalmente contestó.

—Bueno, ya te puedes imaginar que las mejores Navidades siempre son las de cuando eres un niño. Están cargadas de magia y de fantasía. Desde luego, no eran unos días en los que se despilfarrara tanto como actualmente. Los niños teníamos un regalo, muchas veces sencillo y hasta en ocasiones hecho por alguien de la casa. Roser cada año me hacía una muñeca. Era una artista. La hacía con tela y la rellenaba con algodón. Hoy en día costarían una fortuna en la tienda. Eran días que se vivían con mucha ilusión: se preparaban las comidas, la casa se llenaba de olor a caldo o a los guisos que se cocinasen y después pues no sé, estábamos todos juntos celebrando. Mi padre era de Jaén y a él le gustaba cantar villancicos y poco a poco todos los fueron aprendiendo y al final acabábamos todos juntos cantando. La tía cuidaba especialmente de Ramon y de Roser. Quería que se sintiesen en su casa, bueno en realidad aquella se había convertido en su casa.

—Yo recuerdo a la tía como una viejecita —añadió Marta—, aunque aún siendo yo muy pequeña, me daba cuenta de que era la que mandaba, el alma de la casa.

Ambas se miraron y rieron. Thomas las observaba.

—La tía tenía carácter —dijo Clara—. Yo creo que aunque era una persona sensible y que nos quería a todos mucho, no le gustaba expresarlo, pero de tanto en tanto te dejaba ver alguna muestra de cariño especial. Podía ser que te dijese exactamente lo que querías oír o se interesase especialmente por algo tuyo o que sencillamente te acariciase o te abrazase.

—A mí a veces me daba un poco de miedo —dijo Marta.

Tomás intervino.

—Yo creo que la tía fue una de las personas que más me quiso en toda la vida. Es verdad que solía ser distante, pero yo creo que en realidad era una persona muy sensible y aquello era parte de su caparazón. Por mí se preocupó de mil maneras y por ejemplo yo fui a Barcelona con ella cuando se llevaron al tío Álex a la guerra y vi de lo que era capaz. Con él también se entendía muy bien. De todas formas, no nos podemos olvidar de que con veinte años se quedó viuda y huérfana, ya que sus padres habían muerto cuando ellas eran muy jóvenes. Mi madre debía de tener nueve años y luego, cuando ella se fue a Boston, se quedó absolutamente sola en el mundo. Suerte tuvo de Joan y Carmeta. Creo que por su carácter se entendía mejor con los hombres que con las mujeres.

—Quizás sí —corroboró Clara—, aunque con nosotras también se entendía. Yo creo que a ella le gustaban las costumbres y la manera de hacer antigua, y en consecuencia la posición de los hombres en un grupo familiar era mucho «mejor» que la de las mujeres. Yo recuerdo también a Roser y a Ramon. Roser era una mujer muy presumida, venía de una familia bien y había estado bastante consentida por su marido y por la vida. Cada día salía de su habitación perfectamente arreglada. Se dedicaba a aquellas tareas de la casa más femeninas por decirlo de alguna manera. Cosía ropa para todos, hacía y deshacía cortinas, manteles y servilletas, nos arreglaba la ropa y de vez en cuando nos cocinaba alguna cosa un poco especial.

—Mi suegra era como dice Clara —confirmó Tomás con una sonrisa.

—Ramon —siguió ella— físicamente se parecía mucho a mi tío. Recuerdo una de las veces que vino. Yo era ya joven y los vi juntos, y me pareció que eran igualitos. El tío la versión joven y Ramon la versión más antigua. Era muy buen hombre. No abría la boca para no molestar. Siempre dispuesto a ayudar a mi padre, al que tenía al final como a un hijo, y muy atento con todos los de casa. Se le veía muy solo. Había perdido a su primogénito, a su mujer, a una de sus hijas y su otro hijo estaba a miles de kilómetros. El resto de sus hijas le visitaban de tanto en tanto, pero hay que reconocer que estaban encantadas de que viviese con nosotros y no tener que ocuparse ellas. Eran muy diferentes del tío Álex.

—Yo recuerdo a un Ramon joven —dijo Tomás— cuando Álex y yo éramos niños, y ya entonces era un poco como dice Clara. Buena gente sería lo primero que me viene a la cabeza cuando pienso en él. Cuando iba con Álex a jugar a su casa a mí me trataba como a uno más y si era necesario regañarnos por algo, lo hacía como si fuese un hijo más. Sufrió mucho por su familia, sobre todo durante los años de las dos guerras y al final lo acabó perdiendo todo. No lo merecía.

—La verdad es que aunque siempre estuvimos más o menos en contacto, lo puedes comprobar por ejemplo en el día de hoy y en esta mesa, el hecho de que una parte de la familia estuviese en América y otra aquí nos pasó factura —dijo Marta—. Las antiguas generaciones con la tía, mi madre y sus hermanos, y Ramon y Roser sí que han tenido siempre un vínculo directo porque han compartido muchas cosas. Sin embargo, ya los hijos de todos ellos y hoy en día hasta los nietos nos hemos ido distanciando. Sabemos que existimos, de tanto en tanto nos escribimos un e-mail o nos llamamos, pero poco más. Los que se criaron en América no han querido nunca volver a vivir aquí, es normal porque han hecho su vida allí, y lo mismo pasa con nosotros. Yo con mis primos tengo relativamente poco contacto y tan solo si ellos viajan a Europa o nosotros a América intentamos reservar algún día para visitarnos, pero poco más.

—Quizás eso hubiese pasado igualmente —dijo Clara—. Las familias, con el paso de las generaciones, se van dividiendo y quizás en mi caso particular la diferencia es que yo sí que conviví bastante con Sara o con la tía y entonces pude crear un vínculo propio. En tu caso, Marta, casi no tuviste la ocasión.

—Entre nosotros —dijo Tomás—, en los Estados Unidos, tampoco tenemos una relación muy intensa. Allí no se acostumbra tanto como aquí. Para los americanos la familia suele limitarse a padres y hermanos, no a padres, hermanos, tíos y primos como aquí. Yo creo que en días como hoy ni siquiera mis hijos se deben juntar para celebrar esta fiesta. Albert debe pasarlo con su esposa y sus hijos en Los Ángeles y Carol en San Francisco o en cualquier lugar de vacaciones con su compañero y sus amigos. No me han llamado para desearme unas buenas fiestas, pero tampoco espero que lo hagan. El que sí que me ha llamado es mi nieto, Ben.

—Tu nieto es encantador —dijo Sonia.

—Es una pena que sea primo nuestro —bromeó Celia— porque está bastante bien y es un buen partido.

Todos rieron la broma.

La hora de salir hacia el aeropuerto se acercaba. Tomás estaba muy a gusto con su familia, así que Carlos se ofreció a llevarlos y cuando regresase llevaría a Tomás a la Residencia. Kevin y Celia se despidieron de todos y se emplazaron a verse en año nuevo.

Al final habían conseguido el billete de ida para aquella tarde y el de vuelta para el día 31 a las seis, así que tenían una semana para conocer la ciudad. Carlos les llevó al aeropuerto. Llegaron una hora antes de que saliese su avión. Por fin empezaba el viaje que llevaba tiempo esperando. Le hacía mucha ilusión

conocer la ciudad. Ya antes de ser destinado con el proyecto Levi a Barcelona y además en los últimos tiempos había oído hablar mucho a Thomas, así que aún tenía más curiosidad.

Nada más subir al avión, que iba con la mitad de las plazas vacías, los dos se quedaron dormidos, posiblemente por efecto del alcohol y la cantidad de comida que habían tomado aquel día. A la llegada les esperaba el taxi que había enviado el hotel y al cabo de un rato entraban en el Holiday Inn de Notre Dame, a un tiro de piedra de la catedral y cerca del Barrio Latino. Estaban en pleno centro de la ciudad y la casi totalidad de monumentos y rincones importantes estaban a un paseo del lugar en el que se hospedaban. Para el resto tenían el metro muy cerca.

Aquella noche estaban tan agotados que se metieron en la cama y durmieron hasta el día siguiente.

La verdad es que se plantearon la visita a la ciudad como un paseo placentero, sin estresarse por verlo todo ni ir con prisas a ningún sitio. Callejeaban cogidos de la mano y con calma, mirando escaparates y parándose a descansar donde les apeteciese. Como no podía ser de otra manera, además teniéndolo cerca aún era más fácil, fueron a visitar el barrio latino y en particular la calle Saint-Severin. Cuando llegaron frente al edificio donde habían vivido Thomas y sus amigos, tuvo una sensación extraña. Seguía en pie, pero imaginó que debería estar totalmente reformado y modernizado. Por supuesto que Sophie ya no estaba, hubiese tenido quizás 120 años y tampoco había hijos, así que ya se estaba haciendo a la idea de marcharse cuando Celia le miró con cara de tener una ocurrencia y llamó al timbre del piso que habían ocupado sus tíos.

Ella hablaba un francés aceptable.

—Buenos días, señora —respondió a la voz de mujer que le contestó—. Le molesto porque mi tío estuvo viviendo en la que hoy es su casa durante los años anteriores a la guerra y me pregunto si sería tan amable de dejarnos visitarla para podernos hacer una idea de cómo era aquel espacio. Mi tío es Thomas Levi, el escritor.

—*Bien sur* —respondió la parisina—. Sabía que había vivido aquí. Suba, por favor— y oímos cómo se abría la puerta.

Celia, con la cara del que ha hecho una travesura, cogió a Kevin de la mano y entraron en el edificio. Era una construcción antigua, arreglada y modernizada tal y como esperaban y decorada con motivos navideños. Subieron andando hasta el segundo piso para poder disfrutar de los detalles y en la puerta les esperaba una mujer de unos cincuenta años. Kevin siempre había oído hablar que los parisinos en especial eran bastante antipáticos, al menos eso se

comentaba en los Estados Unidos, pero ellos debieron encontrar a la parisina más simpática. Se presentaron y le estuvieron explicando quienes eran. Celia le contó que Kevin estaba escribiendo la biografía para una editorial americana y que por eso estaba allí. La pobre mujer, que les explicó que se llamaba Emma, les invitó a hacer fotos e incluso se ofreció a posar en alguna de ellas. Eso sí, le pidió que cuando estuviese escrita la biografía, le enviase un ejemplar dedicado.

Se comprometió a hacerlo. Les ofreció si querían tomar alguna cosa mientras les explicaba que ella llevaba desde los veintidós años viviendo allí, desde los primeros ochenta y que había oído hablar de Sophie a otros vecinos cuando era joven, pero que ella particularmente no había llegado a conocerla. Por lo visto, la mujer había vendido el edificio a una inmobiliaria que era la que actualmente alquilaba los apartamentos. No quisieron ser pesados y además, ella tenía que marcharse. Su marido la esperaba cerca de allí y no quería que se enfadase por llegar tarde. Se despidieron prometiendo que le enviaría un ejemplar del libro y salieron a la calle. Kevin estaba eufórico y agradecido a Celia por haber pensado en aquella posibilidad. No pudo evitar darle un abrazo y un beso como muestra de gratitud por aquel gesto.

—Qué simpática Emma —dijo Celia—. Me ha encantado conocerla y ver el apartamento.

—Un encanto de mujer, no sé si debe ser una excepción.

—Un poco raro sí que es. Esa fama de los parisinos no es gratuita, yo creo que se la han ido buscando a lo largo de los años, aunque me parece que hoy en día todo es un poco diferente y estamos todos muy mezclados.

Pasaron por la Tour Eiffel, pero decidieron que subirían otro día. Luego se fueron al Campo de Marte y estuvieron mirando por los mercadillos navideños que había en un lado. La verdad es que hacía bastante frío y aún se notaba un cierto malestar o miedo por los atentados que habían sufrido hacía poco más de un mes. Se veía policía por todos los rincones e iban armados. Compraron unos bocadillos y los comieron sentados en un banco acurrucados y sacando vapor por la boca cada vez que hablaban.

Después se fueron a los Inválidos con el objetivo principal de ver la tumba de Napoleón. Como norteamericano a Kevin le impresionaba aquel tipo de monumentos con historia y que habían visto pasar muchos momentos especiales, a veces buenos pero a veces malos como la entrada de los nazis en la ciudad.

Estaban cansados y tenían frío, así que decidieron ir al hotel a descansar un poco y a coger más ropa y abrigarse mejor. Durmieron una buena siesta después de pasar un rato disfrutando el uno del otro en la cama. Cuando se despertaron

ya no faltaba mucho para la hora de cenar, así que decidieron darse un baño con agua lo más caliente que pudiesen soportar, y se arreglaron y abrigaron para salir a buscar un sitio donde cenar. Anduvieron sin prisa buscando un lugar donde el menú les gustase y al final se conformaron con una pizzería. Todavía arrastraban el agotamiento alimentario provocado por la comida de Navidad, así que partieron una para los dos y la acompañaron con cerveza.

Luego siguieron paseando y entraron en un bar de copas otra vez en el barrio latino. Estuvieron en un par de ellos, tranquilamente sentados y hablando de cosas totalmente irrelevantes. Ya era más de medianoche cuando volvieron al hotel.

Al día siguiente se volvieron a levantar tarde, hasta había pasado la posibilidad de desayunar en el hotel. Lo primero que hicieron cuando salieron a la calle fue ir a una cafetería y tomar un gran café con leche y un par de croissants cada uno. La verdad es que fue tan bueno y en realidad tan barato que no volvieron a desayunar en el hotel. Seguramente aquella cafetería estaba situada estratégicamente para atraer a los clientes del establecimiento situado justo en frente.

No sabían qué hacer y vieron que hacia el mediodía desde la Tour Eiffel salían autocares hacia Versalles y se decidieron a visitarlo. Francamente fue bastante decepcionante. Los jardines de acceso que habían visto en todos los folletos publicitarios de la ciudad en el mes de diciembre estaban hibernando y eran bastante feos. Posiblemente en primavera y en verano era muy diferente. Las estatuas de las fuentes estaban cubiertas por toldos para evitar que se estropearan por el clima. No les gustó a ninguno de los dos.

Cuando llegaron al palacio les pusieron en un grupo y les hicieron un recorrido por todo el edificio. No pudieron separarse e ir a su aire, así que no les quedó más remedio que seguir a la gente. Acabaron bastante agotados y un poco decepcionados. Celia había visitado el palacio cuando era mucho más joven, en una excursión con el instituto y a finales de primavera, así que lo que ella recordaba y lo que se encontraron poco tenía a ver.

Regresaron a la ciudad por la tarde y decidieron volver al hotel a descansar para estar frescos por la noche. Aquella noche se fueron a Montmatre. Habían leído que había muchos bares y restaurantes, y si el día había sido un pequeño fracaso, la noche resultó bastante divertida ya que entraron en lugares de todo tipo. Estaban tranquilamente paseando por aquella zona cuando sonó el teléfono de Kevin. Se sobresaltó porque no esperaba ninguna llamada. Cuando vio la pantalla identificó el número del móvil de su madre. En aquel momento recordó

que no la había llamado por Navidad tal y como le había dicho a Celia que haría. No quedaba más remedio que descolgar y esperar la bronca que se cernía sobre su cabeza, o mejor dicho, sobre su oreja.

—Hola, mamá, ¿estáis todos bien?

—Sí, hijo, estamos todos bien... preocupados por ti.

—Lo siento, pensé que te iba a llamar, pero luego me di cuenta de la hora y lo aplacé y finalmente se me fue el santo al cielo. Tengo mucho trabajo y se me olvidó.

—Claro, ya lo entiendo. ¿Para qué ibas a pensar en tu familia? Mejor vivir tu vida de escritor importante perdido por Europa. Que sepas que llamé a tu hotel y me dijeron que te habías ido a pasar unos días afuera. Imagino que ese es el gran volumen de trabajo que tienes.

La mujer hablaba muy alto, como si él no le pudiese oír y Celia escuchaba la conversación sin querer e intentaba no reírse muy descaradamente. Ella le había dicho que llamase a casa...

—Bueno, mamá, también tengo que respirar de vez en cuando.

—No está bien, Kevin, no está bien que en la primera ocasión te olvides de nosotros en unos días tan señalados.

—Bueno, no exageres, tampoco somos tan religiosos...

—¿Y puede saberse dónde estás?

—Humm... estoy en París.

—¡París! —casi gritó su madre— ¿Dónde los atentados? No, hijo, tenías que haberte ido a Bagdad, que aún es más peligroso —dijo ya sollozando.

Kevin no pudo evitar ponerse a reír y Celia se contagié y no pudo evitar reír también ella.

—Ostras, mamá, eres muy exagerada. Después de los atentados hay mucha seguridad en la ciudad, quédate tranquila no creo que corra ningún peligro.

—Eso lo dices tú, que eres muy confiado. Estos atentados no eran los primeros, ya habían sufrido otros y aún así repitieron. Vuelve a Barcelona, parece más seguro en este momento.

—Es igual, mamá, entre los países no hay fronteras y la gente se mueve de un país a otro, así que todos son más o menos igual de peligrosos. Los terroristas hoy pueden estar en Alemania y mañana en Portugal. Yo he pasado ya dos veces de España a Francia y al revés, y nunca me han pedido ningún documento.

—Bueno, Kevin, imagino que o bien estás con una mujer o con un grupo de amigos —la madre de Kevin ya no le estaba oyendo, seguía con su perorata—. Todo mejor que tu familia. Disfruta de estos días y dime algo cuando vuelvas al

hotel para que me quede tranquila. Te voy a pasar a tu padre. Feliz Navidad y Feliz año nuevo de paso, ya que no espero que des señales de vida.

—Feliz... —La madre ya no estaba.

—Hola, hijo —dijo su padre.

—Hola, papá, lamento no haberme acordado de llamaros el día de Navidad —Kevin se quiso disculpar, su padre era un poco más comprensivo.

—Tienes a tu madre muy contenta —dijo con evidente ironía—. Francamente tampoco te hubiese costado tanto perder cinco minutos y que ella se quedase tranquila, pero bueno, ya has aguantado su bronca, así que yo no voy a seguir con eso.

—Es verdad, pero me olvidé.

—Bueno, ya ha pasado y no podemos hacer nada. ¿Estás bien? He oído que estás en París. Imagino que con una mujer —oyó una ligera risa—, espero que sea guapa.

—Sí, estoy perfectamente. Estoy en París con Celia, que es la directora del centro donde está ingresado Levi y también su sobrina —entonces miró a Celia como si necesitase confirmarlo y añadió—, y sí, es muy guapa.

—Pues hijo, dale saludos y pasadlo muy bien. París bien vale la pena y la juventud se acaba pronto. Luego ya todo es diferente, disfrútala ahora que puedes. Cuídate y sé prudente. Feliz año nuevo. Tus hermanos te envían recuerdos.

—Feliz año —respondió Kevin y colgaron.

A Celia toda aquella situación le hizo bastante gracia y una vez que Kevin superó la sensación de haber sido pillado en falta rieron los dos del incidente. De todas formas, ambos reconocieron que la madre tenía razón. Tenía que intentar ser más detallista. A veces, los padres son pesados, pero luego llega el momento en el que se marchan y te arrepientes de no haberlos cuidado más.

Dedicaron el resto de los días que duraron las vacaciones a pasear y visitar los monumentos de la ciudad. A pesar del clima, que era bastante gélido, no llovió ningún día y pudieron pasar horas y horas andando de un lugar a otro. Kevin se plantó al pie del Arco de Triunfo con les Champs Elysees delante e intentó imaginarse a los nazis por allí desfilando. Llevaba su tablet y vio un video del momento. Francamente pensó que debió ser muy impresionante para los habitantes de la ciudad. Recordaba que Thomas le había comentado que lo había visto en persona.

Los días iban pasando. Comieron, bebieron, se amaron y disfrutaron de los placeres de la vida sabiendo que aquel acabaría siendo un bonito recuerdo que

los dos guardarían en su memoria y que, ¿quién sabe si alimentaría tiempos peores en un futuro, que esperaban que fuese lejano y en el que hiciese mucho tiempo que ninguno sabía nada del otro?

El trabajo de Kevin se acababa, como mucho podría alargarlo el mes de enero. Él intentaba que durase tanto como fuese posible, pero al haberse visto obligado a enviar su trabajo semanalmente a Dreams, ellos conocían el punto exacto en el que se encontraba y no les podría engañar argumentando que necesitaría estar más días de los estrictamente necesarios. Por eso los dos sabían que pronto se separarían y que aquello se parecía un poco al típico amor de verano que tenía un principio y que nacía ya con una fecha de caducidad el último día de las vacaciones. Uno de aquellos amores tan intensos y bonitos que se guardan en el recuerdo, entre otras cosas porque es corto y se acaba cuando aún queda mucho sentimiento. Eso no quiere decir que pensasen en ello. Más bien debía ser lo contrario: los dos se esforzaban en vivir sencillamente el momento y eso precisamente hizo que la estancia en la ciudad fuese especial. Había quedado unida a ellos para siempre.

Casi a traición, porque llegaron a perder la noción del tiempo, amaneció el último día del año que coincidía con su último día de vacaciones. Los dos estaban tristes y si hubiesen podido, hubiesen alargado más días aquel viaje, pero sabían perfectamente que no podía ser. Celia tenía que incorporarse el día 2 al trabajo y respecto a Kevin, la editorial no hubiese visto con muy buenos ojos que a partir de ese día él siguiese de vacaciones cuando en los Estados Unidos todo el mundo se habría reincorporado al trabajo.

No hablaron demasiado en el trayecto al aeropuerto, ni en el vuelo. Cuando llegaron a Granollers, Kevin le propuso:

—¿Vienes a la Fonda?

—Mejor que no, tengo cosas que preparar y ropa para lavar... igualmente mañana nos veremos otra vez. Iremos a casa de mi hermana a celebrar Año Nuevo, ¿recuerdas?

—Sí —respondió—, no lo he olvidado. También espero llamar a mis padres para evitar que me vuelvan a llamar para tirarme encima la caballería.

Ambos rieron recordando el momento.

—Ya sé que es nochevieja y que hay todo el tema del cambio de año y eso, pero me parece que ninguno de los dos somos mucho de ese tipo de historia —dijo Celia— y estoy francamente agotada.

—Yo también estoy cansado. Sí quieres, mañana paso a buscarte para ir a casa de Sonia.

—Perfecto, calculamos encontrarnos alrededor de las doce, pero antes nos llamamos para evitar que tengas que esperarme.

—Ok —respondió y tras besarse, se separaron.

Todo estaba igual que lo había dejado en su habitación de la Fonda. Habían limpiado y ordenado el resto, pero su mesa de trabajo estaba intacta. Por primera vez desde hacía bastantes días se sintió solo.

Pensó en Mark. Hacía días que no hablaban y le llamó para felicitarle el año nuevo. Hablaron un rato sobre París.

—Kevin, estás enamorado. La has fastidiado.

—Creo que sí —asumió—, pero ahora ya no puedo hacer nada.

—Era bastante inevitable, pero bueno, al menos has tenido esta experiencia. Eso siempre es positivo, aunque luego toque superarlo.

Siguieron un rato bromeando y quedaron en verse durante la semana siguiente. Esta vez Mark dijo que quería ir a Granollers, así que Kevin sería el anfitrión.

Esperó a que fuese medianoche con un vaso de whisky en la mano y brindó imaginariamente por el nuevo año 2.016. Confió en que su soledad no fuese un presagio de cómo iba a ser el año.

CAPÍTULO 24

1.960

Kevin le estaba mostrando otra vez las fotos de Can Tomeu en la actualidad. Normalmente no llevaba su tablet cuando iba a visitar a Thomas, pero aquel día la había llevado. Thomas había dejado un mensaje telefónico que le entregaron en la recepción del hotel.

—Me extrañó no haberlas visto.

—Francamente, no pensé enseñártelas —se excusó Kevin—. He llevado el archivo con las fotos a una casa que se dedica a revelar carretes y mañana te las traeré en el formato tradicional para que puedas tenerlas. Lo lamento.

—No te preocupes, tan solo me llamó la curiosidad. Realmente está todo muy cambiado a pesar de que han conservado las estructuras y los usos de la mayor parte de las zonas. Está bien para hacerse una idea, pero en realidad mi casa no era así.

—Me imagino que básicamente lo han modernizado y lo han orientado hacia su utilidad actual, más turística que centro de explotación agrícola.

Después del regreso de París, Kevin acompañó a Celia a casa de su hermana para celebrar el año nuevo tal y como se había comprometido. Fue una reunión tan agradable como la del día de Navidad, aunque todos estaban mucho más cansados porque la noche anterior habían celebrado el cambio de año. En el caso de Celia y de Kevin el cansancio era principalmente por el viaje, ya que habían podido descansar cada uno en su cama aquella noche.

Por la mañana, Kevin se dio cuenta de que aún quedaba mucho trabajo por procesar correctamente y bastante poco por hacer con Thomas, así que para poder alargar un poco más su estancia en Granollers decidió dedicar la semana íntegramente a ponerse al día en la documentación y redacción de los materiales que aún tenía encima de la mesa. Esa era tan solo una manera de expresarse, ya que no estaban físicamente sobre la mesa, muchos de ellos estaban colgados en internet.

Durante aquellos días John le había llamado para felicitarle el año. Kevin estaba muy extrañado por cómo había cambiado el trato entre ellos. Parecía que John se mostraba mucho más condescendiente y amable de lo que había sido habitual hasta aquel momento. Quizás Kevin se había ganado la mayoría de edad

y había pasado de ser un escritor de segunda o tercera fila a ser un escritor encargado de uno de los grandes proyectos de Dreams, más bien dicho de un gran proyecto relacionado con uno de sus mejores escritores.

Aquella semana se había visto en un par de ocasiones con Mark. El lunes, el día 4, Mark había ido a Granollers y estuvieron de cena por el centro. En algún momento pensó que quizás se encontraría con Celia, pero no fue así. Ella estaba bastante ocupada poniéndose al día en su trabajo y cubriendo guardias de compañeros en otros centros de la cadena de residencias.

La compañía de Mark fue agradable y además sirvió para que Kevin le pudiese explicar sus sentimientos hacia Celia y como le estaba afectando aquello. Se había enamorado, pero sabía que aquello era imposible, así que su mente oponía una férrea resistencia a dejarse llevar por los sentimientos. Quizás esa imposibilidad era lo que le había atraído al principio, pero ahora se encontraba atrapado. Tenía muy claro que no quería sufrir.

—Ostras, Kevin, pues desde el principio sabías cómo iba a ser la historia. Había un día, más o menos lejano, en el que tenías que volver a los Estados Unidos y ella no iba a dejarlo todo para seguirte.

—Tienes razón, lo sabía, pero no he podido evitar que se me fuese de las manos.

—¿Y ella?

—No lo sé. Desde el día de año nuevo no hemos vuelto a hablar. Sé que está muy ocupada, pero estoy seguro de que es parte de su estrategia para enfriar la relación.

—Entonces no tienes nada que hacer. Posiblemente ella ha llegado a un punto parecido al tuyo, pero ya está poniendo en marcha las defensas necesarias para sufrir lo menos posible. Tú deberías hacer lo mismo.

—Tienes razón.

Estaban sentados en una terraza. Había estufas exteriores y no hacía demasiado frío. Kevin miró a su alrededor y confesó:

—Voy a echar de menos todo esto. En los Estados Unidos nos creemos que vivimos mejor que nadie, pero la verdad es que lo que he visto de Europa desmiente totalmente eso. No solo aquí, en París, también en otros lugares.

—Te entiendo, yo cada año temo que no me renueven el contrato o que se acabe el intercambio y me hagan volver. Me he habituado a este clima y a esta gente.

—Por Europa y los europeos —dijo Kevin levantando la jarra de cerveza e invitándolo a brindar con él.

—Por Europa y los europeos.

La segunda vez que se vieron fue el día siete en casa de Mark. Organizaba su fiesta de cumpleaños y había invitado a una quincena de personas de su grupo de amistades. A Kevin le pareció que aquello era como una delegación de la ONU. Había gente de muchos países y de diferentes orígenes.

Se habían organizado y Mark había pedido a cada uno que trajese alguna cosa de comer típica de su país. Él se decidió por llevar un pastel de manzana. Fue mucho más complicado de lo que parecía porque no vivía en un apartamento sino en una habitación de hotel.

Habló con recepción y pidió permiso para entrar en la cocina y cocinarlo. No tuvo ningún problema para ello, incluso se ofrecieron a ayudarlo, pero tuvieron que esperar a que la cocina estuviese cerrada.

Al final resultó divertido y gracias a la impagable ayuda del chef el pastel quedó estupendamente.

Fue una celebración muy agradable y poco alocada. Aunque bebieron, estaban todos muy serenos. Hablaron de sus países y de sus costumbres. Hacía mucho tiempo que no pasaba una velada como aquella.

Al final se quedó a dormir en el apartamento de Mark y regresó a Granollers la mañana siguiente.

Conducía cuando recibió una llamada de Celia que salió por el «manos libres» del vehículo.

—Hola Kevin —saludó—. Pensarás que estoy huyendo de ti, pero no es verdad. He estado muy liada y me han tenido cubriendo una plaza en la residencia de Sitges. La verdad es que no he tenido tiempo ni de volver a casa y la mayoría de días me he quedado a dormir allí.

—Me alegro mucho de que des señales de vida —bromeó—. Ya me he imaginado que tenías mucho trabajo. La verdad es que yo también he estado un poco liado, de otra forma, desde luego, pero ahora ya casi estoy al día.

—A mí me queda aún otra semana complicada. Yo creo que hacia el 18 todo empezará a ser normal otra vez. Espero que por entonces aún estés por aquí.

Ambos rieron.

—Imagino que sí. Tendría que pasar alguna cosa inesperada para que tenga que volver a Boston antes de final de mes.

—Tengo ganas de verte —reconoció ella—, pero no sé si casi ya me tendría que ir despidiendo de ti. La separación me va a costar.

—Te entiendo, a mí me pasa lo mismo.

—Tengo que dejarte —dijo Celia—. Te llamaré cuando regrese a Granollers.

Cuídate.

—Tú también.

El día 11 de enero había vuelto a sus entrevistas con Thomas y ese día, por indicación suya y acordándose de que se lo pidió cuando comieron juntos el día de Año Nuevo, llevó su tablet al centro.

—Te veo un poco ensimismado.

—¿Perdón?, ah sí. Tienes razón —dijo Kevin—. He estado muy bien de vacaciones en París y ahora toca volver al trabajo.

—Si quieres podemos dejarlo para otro día. Si te presionan desde Dreams, les explicamos que me encontraba mal y listo.

Kevin sonrió mientras miraba con cariño a aquel anciano. Ese era otro problema, se había encariñado con él y lo echaría de menos. Empezaba a ser consciente de todo lo que estaba aprendiendo en su compañía.

—No, por mí está todo perfecto. ¿De qué me vas a hablar hoy?

—Hoy te hablaré de los años 60. Aquella fue una década muy importante para casi todo el mundo. Nos encontramos en un momento de crecimiento económico que provocó una mejora en los niveles de vida de la mayoría de los occidentales.

»La gente explica que ahora estamos en un momento histórico en el que nos mantenemos todos en contacto gracias a internet, pero todo eso comenzó ya por entonces. La televisión hacía que todos pudiésemos estar informados, al igual que con la radio, pero añadiendo imágenes. El teléfono hacía fácil las comunicaciones a distancia, aunque por entonces aún eran caras y las distancias se acortaron mucho en el momento en que todos teníamos coches para movernos y había infinidad de vuelos con pasajeros que cruzaban tanto los Estados Unidos como el Atlántico.

»Nuestra vida en Los Ángeles era bastante plácida. Yo me dedicaba a mis artículos en los diarios y a escribir. Desde Dreams me pedían que trabajase en exclusiva para ellos, pero aunque a mí me gustaba mucho dedicarle horas no podía olvidar que en realidad era periodista y que esa era mi profesión, que por ende me proporcionaba argumentos posibles para mis escritos futuros.

»Las ventas de mis novelas iban en aumento y ahora ya se traducían a no sé cuántos idiomas. Me hacía mucha gracia ver como los americanos hablaban de mí como el escritor estadounidense, mientras que los españoles hablaban del escritor español. Alguna vez me llevé alguna sorpresa leyendo comentarios de mi vida escritos en Francia que hablaban de que yo había vivido toda la vida allí. No podía evitar sentirme alagado por ello, aunque tampoco quería darle demasiada importancia porque en realidad nadie tenía mucha razón en cuando a

que porcentaje de mí era de cada sitio.

»¿Cómo me sentía yo? En realidad, un ciudadano del mundo. «Camaleónico», como me dijo una vez Ada, aunque si pensaba en mi hogar siempre pensaba en Can Tomeu. Aquella había sido mi casa y Cardedeu, mi pueblo, aunque yo pensaba en mi pueblo pero sin ningún sentimiento patriótico ni nacional de ningún tipo. Era de Cardedeu, pero me daba lo mismo que hubiese estado en Australia o en el Senegal. Eso no quiere decir que no me gustase la ciudad de Los Ángeles o California. Estaba muy a gusto allí y vivíamos cómodamente instalados. Los niños ya empezaban a ser mayores y eran buenos estudiantes así que tampoco nos daban demasiados problemas. Lupe y Lola —como les llamábamos— se ocupaban de la casa y Agnès y yo éramos bastante libres.

»Pensándolo bien, debo reconocer que sí que había una cosa de la ciudad que no me gustaba: los terremotos. Aunque en realidad no viví ninguno importante, sí que me costaba mucho habituarme a que de vez en cuando el suelo se moviese. Me daba mucho miedo. Recuerdo la primera vez que tuvimos un movimiento de tierra un poco fuerte. Era una tarde de Mayo de 1.959. Agnès estaba en Nueva York por trabajo y los niños ya habían regresado del colegio y estaban con Lola. Lupe preparaba la cena. Yo estaba en mi despacho escribiendo y de repente noté como un salto. Daba la impresión de que la casa había hipado. Muy curioso. Intranquilo, salí del despacho y atravesaba el salón hacia la cocina, iba a preguntar a Lupe si ella había notado algo, cuando de pronto empezó a moverse el suelo de un lado a otro. La casa se balanceaba. Los niños corrieron escaleras abajo y se metieron bajo la gran mesa de madera del comedor, se entiende que aquello se lo habían enseñado en el colegio, mientras que Lupe y Lola se pusieron bajo el marco de la puerta. El único que se quedó pasmado en mitad del salón y expuesto a que cualquier viga del techo se desplomase sobre mi cabeza fui yo. Los niños habían reaccionado serenamente y observaron el fenómeno con curiosidad, y Lupe y Lola se pusieron a rezar mientras duró aquello. La verdad es que fueron segundos, pasó todo muy rápido. Durante la noche hubo varias réplicas pero todas mucho más flojas. Afortunadamente en todos los años que pasé en California no me tocó vivir ninguno fuerte, aunque sé que después hubo algún otro importante. Ellos se pasaban la vida esperando lo que llamaban el «*Big one*» que lo iba a destruir todo. Por suerte nunca llegó.

»—Señor, tiene que ponerse bajo algo que le proteja cuando tiembla la tierra. Una mesa, como han hecho los niños, o en el marco de una puerta para evitar que le caiga nada en la cabeza —me explicaba Lupe.

»—La verdad es que no he sabido cómo reaccionar. Creo que mi problema

principal era no caerme al suelo.

»Lupe sonrió.

»—En México, como este, tenemos cada dos por tres y desde pequeños nos enseñan cómo tenemos que actuar. Aquí, fíjese, que sus hijos han sabido que hacer.

»—En Barcelona no tenemos terremotos, al menos como este —le dije.

»Me acabé habituando a que de vez en cuando tuviésemos episodios como aquel y lo que no logré nunca fue no pasar un miedo horrible cada vez, aunque intentaba disimularlo lo mejor que podía. Agnès, que se había librado del primero, no siempre tuvo tanta suerte e igual que a mí le daba bastante miedo.

»Agnès estaba absorbida por su trabajo. Por aquel entonces en Broadway triunfaba un drama musical basado en *Romeo y Julieta* y que iba sobre el enfrentamiento entre dos bandas, una de puertorriqueños y otra de irlandeses de clase baja. Era *West Side Story*. Habían contactado con mi mujer hacía unos meses y le contaron que Bernstein se había fijado en ella y en su calidad interpretativa. La estructura musical de la banda sonora era tan compleja que a menudo necesitaban casi toda una orquesta para algunos de los números.

»Agnès había ido a entrevistarse con Bernstein y a ver el espectáculo. Como yo no le pude acompañar, Ada se ofreció a viajar desde Boston a Nueva York y pasar unos días las dos juntas paseando y comprando por la ciudad. Cuando la citaron, se dio cuenta de que su nacionalidad española había influido en que se fijasen en ella. Una parte de los personajes eran de Puerto Rico. Una vez más, Agnès tuvo que insistir en que ella era europea y que francamente no tenía mucho conocimiento de la música de Suramérica. Tenía los conocimientos básicos, pero era algo tan variado y tan amplio que consideraba que en su caso empezaba a ser tarde para especializarse en aquellos ritmos que por otro lado empezaban a triunfar en los Estados Unidos.

»A pesar de todo Bernstein quedó encantado con ella y la contrató para el trabajo. La producción se hacía en Nueva York principalmente y aquello provocó que durante un tiempo Agnès tuviese que atravesar el país en más de una ocasión y pasar alguna temporada lejos de casa. Siempre que podía buscaba una excusa para ir a verla, aunque fuesen viajes relámpago. No era muy difícil, la central de la editorial estaba en Boston y no era extraño tener que hacer algún acto allí o en Nueva York.

»Sé que Agnès, durante aquellos años, se hizo muy amiga de Rita Moreno —la recordarás por la canción *América* si has visto la película—. Se conocían de *The King and I* y Agnès trabajó mucho con ella en aquel número musical que te

comento. Por lo visto, Rita hablaba muy bien el inglés, como la mayoría de los bailarines, pero tenía que exagerar el acento para hacer la historia creíble. El problema era que les hacían pronunciar unas erres casi francesas de lo sonoras que resultaban y que no eran demasiado hispánicas. En cambio, aspiraban perfectamente la hache en lugar de hacer de ella una jota como hacemos los españoles cuando aprendemos a hablar inglés.

—He visto la película hace muy poco, a raíz de que me hablastes de la relación de Agnès con Hollywood. Francamente antes no la había visto.

—La parte bostoniana de la familia también había evolucionado durante aquellos años. Una vez que Álex acabó sus estudios su progresión fue fulgurante. Por aquellos años John Scott ya estaba jubilado y fue él quien tomó la gestión de nuestra cartera, diversificando la inversión y obteniendo beneficios. Por su parte, Ada seguía siendo una perfecta ama de casa americana. Se dedicaba a cuidar de su marido y de sus hijos. Bueno, menos de Joan. Mi sobrino, que se había unido al mundo de la psicodelia de aquella época, pasaba pocas horas con ellos. Estudiaba Filosofía en Harvard y estaba prácticamente el día entero fuera de casa. Intentó quedarse en un colegio mayor de la zona, pero era bastante absurdo ya que vivían muy cerca de la universidad.

»Era un tipo peculiar. No tenía ningún parecido con sus padres, en realidad conmigo tampoco, y profesaba una adoración por Agnès que le venía desde que era pequeño. Siempre me había parecido curioso aquel vínculo especial que tenían. Ella podía pasar horas y horas hablando con él de asuntos muchas veces sin sentido para el resto de la humanidad y cuando había conflictos con sus padres cogía el avión y se plantaba en Los Ángeles sin previo aviso. En realidad nunca sabía si estaba en casa o no. A veces él estaba y Agnès estaba en la otra punta del país. Su padre no conectaba con él y a mí también me costaba mucho, aunque nuestra relación era muy cordial. Se sentaba en el salón cuando los niños se habían ido a dormir y nos bebíamos una botella de whisky a medias. Invariablemente se quejaba de su padre. Imagino que era con quien se comparaba, y yo intentaba explicarle que Álex era mi amigo de toda la vida antes que mi cuñado y que tenía un punto de vista diametralmente opuesto. Agnès siempre intentaba también defender a Álex. Con Ada era mucho más fácil ya que su única queja consistía en que dedicaba mucha más atención a sus hermanos menores y a su padre que a él, lo cual era completamente natural. Cuando se cansaba de estar en casa, igual que llegaba se marchaba. Francamente no sé cómo conseguía sacar las notas que sacaba, ya que Harvard era una universidad muy dura. Al chico también le gustaba conocer a famosos y en

nuestro barrio vivían varios de ellos. No se cortaba y si se cruzaba con ellos sencillamente entablaba conversación en mitad de la calle, algo que nosotros no solíamos hacer nunca, ya que por allí se valoraba mucho la privacidad de cada uno. Albert y Carol eran mucho más jóvenes y no tenían mucha relación con su primo mayor. Ellos se entendían mucho mejor con sus hermanos menores, que eran de edades parecidas y con los que compartían normalmente las vacaciones. Sin embargo, Joan sí que se interesaba por ellos. Recuerdo una vez que llegó a casa enfadado porque quería cambiarse el nombre de Joan a John. Su argumento era razonable: Joan, en los Estados Unidos, suele ser un nombre de mujer y estaba cansado de las bromas y las confusiones. Álex, imagino que harto de las exigencias de su hijo le había dicho que ellos le habían puesto aquel nombre en homenaje al hombre que les había dedicado a él y a su tío alguno de los mejores momentos de su infancia y no tenía ninguna intención de dejarle cambiarlo. Joan llegó a casa pidiendo mi ayuda. En aquella ocasión pensé que tenía que dársela, así que llamé a Álex.

»—Hola Álex. ¿Cómo estáis?

»—¡Tom! Perfectamente. Imagino que me llamas porque tienes ahí a mi hijo. Ayer se largó dejando una nota de a dónde iba.

»—Sí está aquí —respondí con una cierta predisposición a la risa por la situación.

»—Me tiene harto, no sabe lo que es la vida y se cree que sabe más que nadie. Con veintiún años. ¿Dónde estábamos nosotros?

»—Tienes razón pero ahora los tiempos son diferentes, por suerte. Tardan mucho más en hacerse mayores. A nosotros nos tocó correr, tú estabas en la guerra y yo en París o en Madrid trabajando para el diario.

»—Yo creo que piensa que el dinero crece en los árboles.

»—¿Por qué estás tan enfadado con él?, no es normal. Tú eres más bien paciente.

»—Buf, Tom, pues porque el tío no pega golpe. Tiene la suerte de que su cabezota es privilegiada y aprueba sin abrir el libro, pero con lo que cuesta su carrera podría esforzarse un poco más e intentar obtener mucho mejores resultados. Estudia Filosofía, no hay una cola de *head-hunters* esperando en la puerta de su facultad y no le será fácil encontrar trabajo de lo que ha estudiado.

»—¿Se lo has dicho?

»—¿Tu qué crees?

»—¿Y qué te responde?

»—Cuando lo hace, que lo deje tranquilo y que quiere vivir su vida. Con un

par de....

»—No puedo evitar pensar en el día en que nació en Elna cada vez que lo miro detenidamente. Que diferencia entre entonces y ahora.

»—A mí también me pasa. No te creas que no le quiero, pero me tiene hartado.

»—Te conozco, amigo, y se perfectamente que tú eres incapaz de no querer a uno de tus hijos.

»—¿Te ha contado lo del nombre?

»—Por eso te llamo.

»—Ahórrate los comentarios. Ya sé que tiene razón, solo le he dicho que no para molestarle y para ver si lo hace por iniciativa propia a pesar de mi negativa. Es mayor de edad, no necesita mi permiso.

»—Imagino que le sabe mal hacerlo sin tu permiso. ¿Qué dice Ada?

»—Que lo que yo diga está bien.

»—¿Y vas a cambiar de opinión?

—Claro que sí. Tengo los formularios ya rellenos aquí, solo falta su firma, pero hasta que no vuelva no quiero que le digas nada.

»—No te preocupes. Intentaré hablar con él para que dialogue contigo. Me parece que no puede estar aquí muchos días porque pronto tiene exámenes. Eres un padrazo.

»—Por cierto, que no es el único que cambia de nombre. Inés también quiere traducir el suyo y su argumento es que Inés en inglés es Agnes, justo igual que su tía aunque sin acento, así que cuando me puse a preparar los papeles para uno ya lo hice para el otro.

»Ambos reímos un rato. En conversaciones como aquella me daba cuenta de cuanto añoraba hablar más a menudo con Álex, sobre todo ahora que teníamos nuestros traumas bélicos ya superados los dos y volvíamos a ser nosotros mismos. Las pocas veces que nos veíamos a lo largo del año eran insuficientes.

»Era una mañana de principios de Junio de 1.960 cuando recibí una llamada de Sara. Afortunadamente estaba en casa y pude hablar con ella. Sara me contaba que Ramon estaba bastante mal. El médico lo había visitado y no le daba más que un par de meses de vida. No se había atrevido a llamar a Álex directamente y prefería contármelo a mí. Por la relación que teníamos estaba segura de que yo sabría qué hacer. Le dije que de momento aquella conversación quedase estrictamente entre nosotros hasta que pensase que podía hacer y que cuando lo tuviese todo ligado le llamaría.

»En primer lugar hablé con Agnès. Ella, por aquel entonces, estaba totalmente entregada a *West Side Story*, ya que durante el año siguiente estaba previsto el

estreno. Los niños estaban acabando el curso, al igual que los de Álex, así que ellos no podían desplazarse. Pensé que yo le acompañaría, pero aún nos quedaba un importante problema por solucionar. Álex aún no podía viajar a España sin riesgo a ser detenido. No sabía muy bien cómo conseguir solucionar aquel asunto rápidamente, así que dando palos de ciego me decidí por comentarlo en Dreams. Ellos me facilitaron el contacto de la Editorial que publicaba mis libros en España. Era una editorial que tenía buenas relaciones con el régimen de Franco, en realidad como todas las que querían permanecer abiertas, así que no dude y les llamé. Fueron muy atentos y enseguida se pusieron manos a la obra. En tan solo 24 horas tenía un telegrama en el que me informaban de que en la embajada española de Washington tenían un documento firmado por el «generalísimo» por el que autorizaba a Álex a viajar a España sin ningún riesgo para él. Había llegado el momento de llamar a Álex. Antes llamé a Ada y le puse en antecedentes. Le ofrecí que yo le acompañaría y que ella se podía quedar con los niños. Estuvo de acuerdo y decidimos esperar hasta aquella noche, en que yo le telefonaría para explicarle la situación. Así lo hice. Aquella noche hablé con él. Le expliqué la llamada de Sara de la manera más suave que pude aunque sin ocultarle nada. También le puse al día de los trámites que había realizado para conseguirle el permiso para viajar a España y que si no le importaba, le acompañaría yo. Francamente también quería despedirme de Ramon. Ambos acordamos que no diríamos nada en Can Tomeu por si surgía algún problema de última hora, aunque yo debía informar a Sara y confiar en que nos guardaría el secreto. Quedamos en Washington una semana más tarde para poder recoger el documento de Álex y tramitar los visados y el quince de junio volábamos los dos con un vuelo de IBERIA rumbo a Madrid y de allí iríamos a Barcelona.

»Ramon había sido diagnosticado de cáncer en el mes de enero de aquel mismo año. El cáncer estaba situado en el estómago, según detectaron en el primer momento. No era un hombre que se quejase mucho, así que cuando se empezó a quejar la tía Inés lo llevo a su médico en Barcelona. Lo trataban en el Hospital de Sant Pau. El diagnóstico fue confirmado por las pruebas que hicieron a continuación. El problema era que lo que había parecido un tumor perfectamente ubicado en un lugar concreto había pasado al hígado, con lo que la posibilidad de cura con los medios de aquel momento era nula. La única opción que tenían era enviarlo a casa para que hiciese una vida lo más normal posible e ir calmando los dolores con tanta morfina como hiciese falta. Ramon lo tomó bastante bien. Argumentaba que tenía 83 años y que ya había vivido bastante. Ahora, diagnosticado de cáncer, todo le dolía y se cansaba enseguida...

Aquella vida parecía que ya no le gustaba. Era el momento de abandonar. Eso fue lo que nos confesó a Álex y a mí unos días más tarde. En aquel momento no lo comprendí y hasta me enfadé con él, aunque no se lo dije. Hoy en día lo entiendo perfectamente.

»El vuelo era largo y llegamos agotados al aeropuerto de Barajas. Pasamos el control de pasaportes. Los dos estábamos tensos. Aunque teníamos el documento que nos habían entregado en la embajada, ninguno de los dos se fiaba demasiado de los cambios de humor del generalísimo, así que hasta que no entramos en el país y llegamos a la sala de espera desde donde se embarcaba en el avión que nos iba a llevar al aeropuerto del Prat no nos relajamos.

»—Parece ser que me han perdonado.

»—Llevo un buen rato con el estómago encogido —le reconocí—. Me fio de la editorial y por supuesto del documento de la embajada, pero no me fio para nada de Franco.

»—Yo tampoco.

»Al llegar al Aeropuerto del Prat, nos encontramos con Hans y Sara, que nos estaban esperando. Habían inventado una excusa para no estar durante la mañana y nadie sabía que acabábamos de aterrizar. Mi hermana pequeña se había convertido en una mujer atractiva de cuarenta años. ¿Dónde había quedado aquella niña a la que Ada y yo no prestábamos mucha atención porque era tan pequeña? Así que nos vio pasar la puerta de llegadas, se abalanzó sobre nosotros y nos abrazó a los dos a la vez. Hacía quince años de la última vez que nos habíamos visto, justo cuando vinieron a despedirse de nosotros en París.

»Hans se acercó y Sara nos lo presentó. Era un poco mayor que ella. Sus rasgos eran totalmente holandeses y hablaba castellano con acento suramericano. Imagino que eso era por los años que había pasado en Venezuela cuando huyó de Europa y de los nazis que le pisaban los talones.

»—Estos son tus cuñados —le dijo—: mi hermano Tomás y el marido de mi hermana, Álex. Chicos, este es Hans, mi marido.

»No supe cómo reaccionar y entonces él me abrazó y repitió el gesto con Álex.

»—Bueno, no podemos perder mucho tiempo —dijo Hans—. A estas alturas se deben estar preguntando donde estamos, así que mejor vámonos a casa.

»Subimos en un SEAT 1500 negro y emprendimos el camino a casa. Yo iba sentado delante al lado de Hans mientras que Sara y Álex iban sentados detrás. El trayecto era lento y más que largo, ya que eran unos ochenta kilómetros pero había que atravesar Barcelona por dentro de la ciudad y la calidad de las carreteras no era muy buena en aquella época, sobre todo si la comparamos con

la actualidad. Nos preguntaron sobre la vida en los Estados Unidos. Tenían mucha curiosidad. Habían visto películas en el cine y sobre todo Sara quería confirmar si las cosas eran como se mostraban. Nosotros respondíamos como podíamos.

»—¿Cómo está mi padre? —le preguntó Álex a Sara.

»—Bastante mal —dijo ella tomándole la mano—. Ahora cuando lo veas lo encontrarás bien porque con la medicación y los calmantes va haciendo una vida más o menos normal, con precauciones, pero está entre nosotros. El médico nos ha dicho que tiene para muy poco tiempo. No le he dicho a nadie que veníais, así que la sorpresa será monumental.

»Álex ya no escuchaba; miraba por la ventana con la mente perdida seguramente en su interior.

»—¿Y la tía?—pregunté.

»—La tía está bien. Ya tiene 80 años, pero lo sigue controlando todo. Esta clarísima de mente y tiene mucha más memoria que ninguno de nosotros. Con lo de Ramon está muy triste. No me gusta dejarla sola mucho rato; aunque ella cree que no me doy cuenta, de vez en cuando, la oigo llorar silenciosamente. Imagino que tiene miedo y le da mucha pena lo de Ramon. La que está muy bien es Roser. Claro que es bastante más joven que ellos. Este año ha cumplido 75 y es la que siempre está con las niñas.

»—¿Y Sally?

»—Manuel y Sally están perfectamente. Viven en la casa de los masoveros con Clara que ya tiene veintiún años, como Joan, ¿no Álex?

»Álex me miró y con un punto de ironía le contestó:

»—Ahora se llama John. No le gustaba Joan porque allí es un nombre de niña.

»—¿No me digas? —dijo Sara preocupada—. Y si hablo con él, ¿cómo debo llamarlo?

»—Como tú quieras, a ti no te diré nada. Por cierto, Inés también ha traducido su nombre y ahora se llama Agnes, como nuestra Agnès, pero sin acento. Ya ves, estos niños están como una cabra.

»Sara se quedó pensativa y acabó respondiendo.

»—Hombre yo entiendo que si Joan es un nombre de mujer el niño se lo haya querido cambiar.

»—Bueno, el niño ya tiene 21 años —dije yo—. Es más alto que nosotros y tiene una buena espalda.

»—Que no le sirve para trabajar —añadió Álex otra vez irónicamente.

»—A parte de eso —añadí—, está a punto de acabar Filosofía en Harvard. No

está nada mal.

»—Y Agnès y Ada, ¿están bien?

»—Sí —respondí yo—. Las dos os envían recuerdos. Agnès liada con una película que está prevista para el año que viene y Ada de ama de casa americana. Los niños todos están bien, en el colegio y mirando de acabar el semestre lo mejor posible.

»—¿Cómo están Clara y Marta? —preguntó Álex imagino que para distraerse del encuentro que le esperaba en un rato.

»—Clara está preciosa. Es una jovencita encantadora aunque un poco rebelde con sus padres. Sally no la deja ni a sol ni a sombra y Manuel creo que hay momentos en los que no sabe cómo tratarla. Trabaja en Granollers, está de dependienta en una tienda de ropa muy importante. Ahora tiene un novio, Robert, que es más o menos como ella, de una familia bien de Barcelona que veraneaba aquí y por eso se conocieron.

»Álex y yo nos miramos divertidos.

»—Ostras, vamos a emparentar con uno de la colonia —dijo Álex sonriendo.

»—Tendremos que reeducarlo antes de que sea demasiado tarde —dije yo mientras reíamos.

—Va, eso son historias antiguas, ahora todo es diferente —dijo Sara quitando importancia al origen de Robert—. Marta, solo tiene diez años. Pronto cumplirá once todavía es pequeña. Ella está solo por el colegio y sus amigas. Por cierto, la estamos llevando a Can Serra. Ella sabe que tanto Agnès como vosotros fuisteis al mismo colegio y tiene mucha curiosidad por saber cómo era antiguamente.

»—¿Has dicho antiguamente? Ni que fuésemos tan mayores.

»—Bueno ya me entiendes —me respondió.

»Cuando entramos en Granollers por la carretera de Barcelona, noté que me empezaban a temblar las piernas y ya no te digo nada cuando a la entrada de Cardedeu tomamos la carretera de Cánovas. Enseguida Can Tomeu apareció ante nosotros. Las emociones de aquel momento se agolparon todas en nuestros corazones. Bajamos del coche y tomé, esta vez yo, a Álex por los hombros y le dije:

»—Vamos, amigo, te prometí que volveríamos juntos.

»Sally fue la primera que se dio cuenta. No dijo nada. Se puso la mano en la boca y avanzó hacia nosotros. Se paró a un par de metros y nos observó detenidamente mientras no podía contener las lágrimas y acto seguido se abrazó a los dos. Manuel apareció en seguida y con una sonrisa de oreja a oreja llegó hasta nosotros uniéndose al abrazo. Pensé que estaban mayores e imaginé que

ellos debían pensar lo mismo de nosotros. Por aquel entonces tanto Sally como Manuel debían estar próximos a los sesenta años. Sara, que nos había dejado en la entrada, fue hacia el interior de la casa y salió con la tía cogida de su brazo. Se había convertido en una anciana de 80 años. Su pelo, aún abundante, estaba recogido en un moño apretado. Ella vestía más o menos como siempre y llevaba gafas y un bastón que utilizaba más que nada para poder mantener un equilibrio precario. Sufría de las rodillas.

»—Mira quien ha venido —le dijo Sara mirando hacia nosotros.

»—¡Los chicos! —exclamó con un tono de sorpresa difícil de explicar—. Han venido los chicos —repitió como si tuviese ante ella el mejor regalo que la vida le podía dar.

»Avancé mientras ella se dirigía a nosotros del brazo de Sara y nos fundimos en un abrazo.

»—Mi niño, mi niño... —repetía ella.

»Cuando la tuve en mis brazos me pareció mucho más pequeña y más frágil de lo que yo recordaba. Los años pasaban para todos nosotros. Pasados los primeros segundos se apartó un poco para poder verme bien, se retocó las gafas para afinar la vista y con la ternura con la que siempre me había tratado y que normalmente tenía reservada para momentos especiales me acarició suavemente la mejilla.

»—¡Que guapo que estás!

»Yo creo que no me veía realmente, si no que veía al niño o al joven que yo fui en otra época.

»—Mira, tía, también ha venido Álex.

»Volvió a repetir más o menos todo el proceso. Abrazos, lágrimas...

»—¿Sabes lo de tu padre? —preguntó cuándo ya se habían calmado.

»—Si tía, por eso estamos aquí —dijo él.

»—Estoy destrozada, hijo —le respondió—, no sé qué voy a hacer cuando ya no esté. Y tú lo miras y parece que esté perfectamente, menos cuando le da el dolor, parece que hasta esté animado. Ahora ha ido a buscar a Marta al colegio, debe estar a punto de llegar.

»—¿Conduce? —preguntó Álex extrañado.

»—No, hijo, con lo viejos que somos es lo que nos faltaba —respondió—. Esta mañana él y Roser han ido al pueblo con Manuel. Tenía que ir al dispensario y mientras tanto Roser ha ido a saludar a su prima. Luego yo sé que él va al bar y pasa un rato con sus amigos. No debería beber nada, pero ¿para qué voy a prohibírselo si hará lo que quiera? Y además le queda poquito... Luego iban a

recoger a la niña. Hoy como es viernes no tienen clase por la tarde y después vienen todos para aquí. Les sube el Montaner con su coche. ¿Te acuerdas? Era un poco mayor que vosotros...

»Y en eso aparecieron los tres tan tranquilos por la puerta. Ramon se quedó inmóvil mientras Marta le preguntaba.

»—¿Qué te pasa abuelo? —La niña iba cogida de su mano.

»Ninguno de los dos abrió la boca. Álex fue hacia él y se fundieron en un abrazo. Intentaban controlar sus emociones, pero no pudieron evitar alguna que otra lágrima. Ramon le pasaba la mano por la nuca a Álex, acariciándolo tiernamente.

»—¡Mira que sorpresa! —le dijo la tía—. Yo tampoco sabía nada.

»Ramon también había envejecido, como todos, y si no hubiese sabido que estaba tan enfermo quizás no lo hubiese dicho nunca. Cuando me llegó el turno también le abracé. Él y yo habíamos compartido la tristeza del momento en que se habían llevado a Álex los del ejército. Aquello nos unió bastante.

»Roser estaba muy bien. No me atrevería a decir que mejor que cuando la vi por última vez porque ya tenía 76 años, pero debo reconocer que se le veía hasta psíquicamente bien, dentro de la simplicidad de carácter que había tenido siempre. Físicamente ella y Agnès se parecían cada vez más. Ella era una mujer muy guapa. Afortunadamente Agnès había salido en lo psíquico a su padre. Se manejaba perfectamente dentro del grupo y estaba totalmente integrada en la familia. Con mi tía eran como íntimas amigas o hermanas, no sabría decirlo, y en la actualidad se le veía mucho más segura de sí misma de lo que yo recordaba.

»Solo faltaba por llegar Clara. Cuando entró en la casa no pudimos negar que era hija de Sally. Era como ella a la misma edad sólo que hablando castellano y catalán en lugar de inglés. Durante aquellos días, sobre todo Clara y Marta, nos acribillaron a preguntas acerca de cómo era la vida allí, sobre sus primos y sus tías y si conocíamos a algún artista de cine y demás cosas por el estilo. El viaje solo era por una semana así que el tiempo voló.

»Álex pasó horas y horas hablando con su padre. Paseaban por el campo y daban caminatas en función de las posibilidades de Ramon. Yo creo que pasaron juntos todo el tiempo que no habían podido pasar durante el resto de sus vidas.

»—Me muero, hijo —le había dicho en uno de aquellos primeros paseos.

»—Ya lo sé papá y no quería que te fueses sin poder despedirme de ti como se merece un buen padre.

»—Gracias, hijo, por venir a verme. Has cruzado medio mundo y te has arriesgado con Franco para poder despedirme de mí. Tus hermanas están en

Barcelona y no vienen nunca a visitarme.

»—No pienses en eso, papá. Disfrutemos de estos momentos en los que tenemos la posibilidad de pasar juntos. Lo demás no importa.

»Arreglaron aquello en una de las primeras conversaciones que tuvieron y pudieron dedicarse a todo lo demás durante el resto del tiempo. Por lo que me contó mi amigo se explicaron sus vidas desde la última vez en que se habían visto. Creo que los dos se pusieron al corriente en sus cuentas con la vida.

»Mi tía había conservado intactas las habitaciones de Ada y mía durante todos estos años. La casa era tan grande que no hacía falta utilizarlas. Cada semana se ventilaban y se limpiaban como todas las demás así que estaba tal y como habían estado siempre. Álex y yo compartimos la habitación igual que cuando éramos pequeños. Cuando todos nos íbamos a dormir hablábamos y hablábamos como hacíamos hacía nada más y nada menos que 35 años. Era muy curioso. Durante aquella semana fue como si hubiésemos hecho un viaje en el tiempo. Parecía que hacía solo unos días de la última vez que habíamos estado así y sin embargo habían pasado más de tres décadas, dos guerras y vete a saber cuántas cosas más.

»Estaba muy preocupado por la tía. La veía muy deprimida. Pregunté a Sally y a Sara, pero ambas me dijeron lo mismo. Desde que la enfermedad de Ramon se había descontrolado, la tía estaba muy triste. Pensé que lo mínimo que podía hacer era estar un poco por ella y ahondar en su estado anímico.

»—Estoy tan contenta de veros y sobre todo de veros tan bien... Si me lo llegan a contar hace unos años no me lo hubiese creído. Sufrí mucho cuando nos separamos en París. Estabas muy mal.

»—Era normal, tía, había pasado por la mala experiencia del campo de concentración. Me costó mucho salir adelante y al final solo lo conseguí, relativamente, escribiendo. Creo que del todo es imposible superarlo.

»—Tanto cuidado que tuvo tu madre con lo de los nombres y los apellidos y al final todo salió del revés.

»—Es verdad, pero no quiero hablar de mí, quiero hablar de ti. Te veo muy desanimada y Sara y Sally me cuentan que es por lo de Ramon. ¿Quieres hablar del tema?

»Mi tía bajo la cabeza y siguió un rato sin decir nada. Yo pensé que tenía que dejarla tranquila y no merecía la pena presionarla. Yo conducía el SEAT. Íbamos a Granollers con la excusa de comprar alguna tontería y con la intención de merendar los dos solos. Me estaba preocupando porque veía que estaba pensativa y no me decía nada. En algún momento tendríamos que comentar alguna cosa, aunque fuese hablar del tiempo. Me sorprendía esa actitud porque

mi tía y yo siempre habíamos tenido una relación muy especial. Solo cuando estuvimos los dos sentados en una cafetería y ella pensó que nadie nos podía oír se decidió a hablar.

»—Mira Tomás, me gustaría que no me juzgases por lo que te voy a contar.

»—No lo haré, no soy quien para hacerlo —respondí sin saber qué iba a seguir a aquellas palabras.

—Verás, yo me casé muy joven con Guillem, tenía 17 años y solo tenía 19 cuando me quedé viuda. En seguida me cayeron encima un montón de obligaciones. Mis padres acababan de morir, tu madre era una niña de ocho años y yo estaba sola para enfrentarme a todo. Bueno, sola no, Carmeta y Joan estaban conmigo y pasaron a ser la familia que yo había perdido.

»Hizo una pequeña pausa y bebió delicadamente un sorbo del café con leche que le habían puesto. Continuó.

»—Trabajé muy duro y sufrí mucho, hasta el punto en que pensé que no valía la pena sufrir tanto y que tan solo debía hacer lo que pudiese hacer. Fue en aquel momento cuando decidí que tu madre se formara y después la animé a ir a trabajar a la Colonia Güell cuando fue mayor. Pero a pesar de todo yo seguía siendo una joven con todo lo que aquello representaba. En Can Volart vivía la familia de Ramon, sus padres y sus dos hermanas. Habíamos ido juntos al colegio y éramos amigos. El pobre venía a ayudarme siempre que podía. Yo quería a Guillem y aún lo recordaba, pero mi cuerpo no era indiferente a Ramon. Además, era tan buena persona que solo por eso aún era más atractivo. Se parecía mucho a Álex... Quizás eso influyó en que yo le tenga tanto cariño.

»—Tía no es necesario que sigas —le dije—. No tienes ninguna obligación de contarme nada.

»—Quiero contártelo, siempre hemos podido hablar de las cosas, así que ahora que ya eres mayor seguro que me entenderás mejor.

»—Como tú quieras —dije sorprendido porque me considerara mayor ahora que iba a cumplir 45 años.

»—Ramon venía a ayudarnos y yo no le podía sacar los ojos de encima, incluso cuando ya se había casado con la madre de Álex. Un día, yo debía tener unos veintidós años y él veinticinco, casi por casualidad y espontáneamente, nos besamos. Fue un beso apasionado, algo que yo ya no recordaba de cuando estaba casada. Estábamos en el campo, nadie nos veía y de los besos pasamos a las caricias y de las caricias al amor. Aquella vez fue la primera en que nos amamos, la primera de muchas más. Aquello duró varios años hasta que decidimos que no podíamos seguir así. No existía la posibilidad de estar juntos. Él estaba casado y

ya habían nacido algunos de sus hijos, así que con mucho esfuerzo conseguimos distanciarnos y mantener una buena relación de vecinos, nada más.

»—¿Joan y Carmeta lo sabían? —pregunté, aunque era irrelevante.

»—Lo sabían, los dos se habían dado cuenta. Un buen día aparecisteis vosotros y Joan se percató de que en el fondo tú estabas muy solo entre tantas mujeres y siendo el mayor de los hijos de Clara, debías ser el que más había sufrido por la muerte de tus padres. Álex venía a visitar a Joan a menudo durante sus vacaciones en el colegio, así que pensó que podríais ser amigos. A partir de aquel momento volvió a haber una relación cotidiana y fuerte entre Can Tomeu y Can Volart. Era normal que gente de una fuese a la otra casa y Ramon y yo nos vimos en alguna ocasión. Tuvimos algún encuentro durante aquella época, pero fue algo muy esporádico. Él quería a su esposa y yo no tenía ninguna intención de destrozar su hogar. Así nos fuimos manteniendo durante bastantes años hasta que al final de la guerra les quitaron Can Volart. A mí me faltó tiempo para tenerlos en casa. Yo ya tenía 60 años y el un poco más. Luego llegó la enfermedad de su mujer. Un día hablamos y vimos que la vida se nos escapaba de las manos a los dos así que decidimos volver a estar juntos. Ramon se instaló en la habitación contigua a la mía y con mayor o menor disimulo empezamos a pasar todas las noches juntos. Ya no era aquel amor apasionado de la juventud, pero era algo tranquilo, sereno, exquisito que nos hacía saborear la última parte de nuestras vidas. Contra todo pronóstico hemos estado así los últimos veinte años y ahora se muere.

»Mi tía lloraba serenamente. Le caían lágrimas que ella intentaba secar discretamente con su pañuelo. Yo tomaba su mano en un insuficiente gesto de consuelo.

»—Es una bonita historia tía. Siento muchísimo que Ramon esté así y ahora entiendo que tu estado de ánimo es el que es. Imagino que los demás de casa de alguna manera se deben haber dado cuenta en estos últimos tiempos.

»—Todos lo saben, o lo imaginan porque la verdad es que en los últimos tiempos no hemos disimulado demasiado pero nunca se lo he confesado a ninguno de ellos como ahora te lo estoy confesando a ti.

»—Gracias por confiar en mí —le dije—. Esto quedará entre tú y yo.

»—No es necesario —dijo—. Se lo puedes contar a quien quieras, pero eso sí, espera a que yo me haya muerto. Aunque creo que no hay nada de qué avergonzarse, a mí me daría un poco de apuro que la gente lo sepa, pero una vez muerta me dará lo mismo.

»Ahora ya entendía el estado anímico de mi tía y también sabía la razón por la

que mi tía había querido tanto a Álex siempre. Era una réplica en pequeño de su padre tanto físicamente como en el carácter.

»El tiempo corrió y la semana transcurrió muy rápido. Llegaba el momento de despedirse. Cada uno vivía aquel momento como buenamente podía. Clara y Marta querían ir a visitarnos y nos comprometimos a enviarles billetes de avión para las dos y para Robert, si quería acompañarlas, cuando ellas lo pidiesen. Estarían unos días con Ada y Álex en la costa este y unos días con nosotros en California. Sally no tenía ningún interés en volver a los Estados Unidos. Era muy curioso aquel rechazo a regresar, pero quería que volviésemos lo antes posible, pero la próxima vez, todos, incluidos los niños. Quería reunir a toda la familia antes de que fuese demasiado tarde. Ahora que sabíamos que Álex podía viajar a España quizás el verano siguiente iríamos todos si conseguíamos organizarnos. Yo me despedí de Ramon con un abrazo y sin valor suficiente como para decirle un «hasta la vista» o un «estamos en contacto», sabía que eso no pasaría. Álex se abrazó con fuerza a su padre y le dijo al oído:

»—Adiós, papá. Gracias por todo. Te quiero.

»Creo que fue la vez en que lo he visto más afectado, pero aguantó bien el tipo. Se dio la vuelta sin más espacio para los sentimientos, aunque yo me imaginaba lo que pasaba por su cabeza y como se sentía. La cara de Ramon mostraba su orgullo por aquel hijo al que tan poco tiempo había podido dedicar en tiempos pasados y con el que había intentado solucionar aquella falta en la última semana.

»A la tía, la matriarca de Can Tomeu la abrazamos los dos.

»—Estate tranquilo por él —le dijo a Álex—, yo lo cuidaré hasta el último momento, no lo dejaré sufrir.

»Álex no respondió nada, tan sólo le dio un beso en la mejilla. Mi tía entendió que de aquella manera le daba las gracias y le expresaba su cariño.

»—Te quiero, tía —le dije yo mientras le abrazaba—. No puedo decirte que recuerde muy bien a mi madre, pero no sé si hubiese sido tan buena madre para mí como lo has sido tú.

»Y nos fuimos de Can Tomeu con la intención de volver en poco tiempo.

—Caramba —dijo Kevin—, hoy ha sido muy emocionante, sobre todo el final.

—Sí que lo fue. He dudado mucho entre explicarte o no la historia de amor entre Ramon y mi tía, pero al final he pensado que es una historia muy bonita y no hay ninguna razón para avergonzarse de nada.

—Además, ella te dio permiso.

—Es cierto —tuve que reconocer—, pero no sé si era necesario.

—Te propongo una cosa Thomas: la redactaré, pero no la incluiré entre la documentación que envío cada día a Dreams hasta que no te acabes de decidir.

—Quizás no es el único caso de infidelidad o de relación adúltera...

—No me has hablado de ninguna más hasta ahora —dijo Kevin.

—Es cierto. Te estoy explicando mi vida, aunque a ratos parece que te explico la de mi familia.

—No entiendo que me quieres decir —dijo Kevin.

—Si alguna vez yo tuve una relación esporádica y fuera del matrimonio, o del noviazgo con Agnès, fue algo sin importancia. Para mí es algo claro y ni siquiera, en el caso de que pasase algo así, lo he mencionado.

—¿Hablas de Marie?

—Quién sabe. El caso es que si hubo algo no fue importante.

—Entendido, Thomas. Soy perfectamente capaz de comprender que una persona puede tener un «encuentro», por decirlo de alguna manera, con otra persona y no tiene por qué ser importante, pero no sé porque me dices esto y tampoco a dónde quieres ir a parar.

—Está bien, pero lo que te voy a contar ahora no puede aparecer en ninguna biografía porque no es sobre mí directamente. La mínima mención sería suficiente como para descalificar la publicación.

—Entendido, pero creo que de sobras sabes que hoy en día puedes confiar plenamente en mí.

—Está bien.

Se hizo el silencio mientras Kevin esperaba una confesión que hasta aquel momento no había imaginado.

—Agnès estuvo a punto de dejarme.

Pasaron unos segundos.

—¿Qué pasó? —dijo Kevin—. Si es que te apetece explicarlo.

—Habíamos estado juntos prácticamente toda la vida y la historia de nuestros tiempos puso a prueba, en más de una ocasión, nuestra relación. Sufrimos mucho durante nuestras separaciones y pasamos momentos muy difíciles, pero siempre acabamos superándolos. Durante aquellos primeros años en Estados Unidos, yo era mucho más gris de lo que había sido nunca, a pesar de que literariamente se me daba bien. Me había convertido en una persona triste, a menudo deprimida y bastante menos romántico que durante mi juventud.

—Es bastante comprensible.

—Agnès empezó a viajar a Nueva York con mucha frecuencia durante el rodaje de *West Side Story*, mientras que los niños y yo nos quedábamos en Los

Ángeles. No sé en qué momento fue, pero estando allí empezó una relación con William Robinson. Pertenecía al equipo de músicos de la película. Por lo visto, era todo lo contrario a lo que yo me había convertido: alegre, romántico, muy rico y algo mayor que nosotros. Yo creo que al principio ella debió ponérselo difícil, pero al final cayó en sus brazos. El glamour del mundo del cine también debió pesar bastante.

Kevin no sabía qué decir. Estaba callado y muy sorprendido. No estaba muy seguro que aquello encajase con la imagen que tenía de Agnès. Finalmente se decidió por un sencillo:

—Me sabe mal.

—En realidad yo no lo supe en aquel momento y tardé mucho tiempo en que me lo explicasen, aunque siempre temí que podía pasar. Durante aquellos años lo temía o si quieres lo intuí. Veía sus cambios bruscos de humor y a veces notaba las mentiras que me explicaba en las excusas que me ponía cuando tenía que salir corriendo hacia el rodaje, pero nunca quise saberlo. Yo creo que a pesar de todo me quería igual que siempre.

—Debió ser difícil.

—Si lo fue, pero la verdad es que mi experiencia con Marie en mi juventud me había enseñado que puedes tener un enamoramiento de una persona y a la vez seguir queriendo a tu pareja, aunque en aquel momento nosotros éramos solteros y estábamos separados durante largas temporadas. En el caso que te estoy contando no era así.

—¿Se lo pudiste perdonar?

—La verdad es que los hechos los conocí mucho más tarde y francamente nunca pensé que aquello debiese manchar nuestra gran historia de amor. Tan solo mostrar la imperfección de las cosas y buscar dentro de esa imperfección la grandeza. Te recuerdo que el primero que pasó por algo del estilo fui yo cuando era joven. No hay nada que perdonar, las cosas son como son...

—¿Supo Álex lo de Marie?

Thomas se quedó unos momentos en silencio valorando si debía responder a aquella pregunta o no. Él realmente no había reconocido nada, tan sólo había insinuado aquella relación. Finalmente se inclinó por responder

—Álex siempre lo supo todo.

Aquella respuesta era un poco ambigua.

—¿Cómo acabó lo de Agnès y Robinson?

—Si no te importa te lo acabo de explicar otro día.

Thomas ya no quería hablar más y no había que presionarle. Kevin decidió

recoger sus cosas y despedirse con total naturalidad. Iba a respetar plenamente el pacto al que habían llegado y no pensaba explicar nada de todo aquello absolutamente a nadie. El sentimiento que en aquel momento tenía era de sorpresa por aquel giro totalmente inesperado para él. De todas formas, había que reconocer que todo lo que le había contado Thomas aquel día hacía mucho más humanos y naturales a sus personajes. Salió de la residencia. Volvería al día siguiente. Se proponía comer alguna cosa en cualquier sitio y después divertirse un rato en el gimnasio. Dedicaría el resto de la tarde y la noche a preparar la documentación para Dreams, respetando su compromiso con Thomas respecto al tema del romance de Inés y Ramon y por supuesto la historia de Agnès y cualquier mención a Marie.

CAPÍTULO 25

Madurez

Estábamos en la habitación, ya que en días como aquel se trabajaba mejor allí. Además hacía frío y el ambiente dentro de un espacio menor parecía un poco más agradable. El centro intentaba mantener una temperatura más o menos constante durante el invierno procurando que nunca se superasen los veinte grados de manera que los ancianos tenían que ir con alguna prenda fina de abrigo que les permitiese moverse libremente y sin entrar en el relativo abatimiento y sopor de cuando hace mucho calor.

Teníamos nuestras dos cómodas sillas en el escritorio, pero encima de la cama había un montón de documentos, fotos y cartas desparramadas. Los Levi se escribían, aunque con el teléfono muchas veces había suficiente para mantenerse en contacto y se llamaban con cierta frecuencia, entre los tres hermanos había una correspondencia fluida. Aquello permitía conversaciones mucho más personales y más espacio para las confesiones.

Kevin pensó que Thomas había vuelto a dar protagonismo a su sistema de carpetas que tanto le gustó al principio. En esta ocasión había vaciado una carpeta de un color más o menos lila. Estaba un poco maltrecha, se notaba que había estado bastante cargada de papeles y hasta se había roto un poco por la punta.

—¿Color lila? —preguntó Kevin.

—O morado, como tú quieras —respondió con una sonrisa mientras buscaba entre los papeles que tenía por allí encima.

Finalmente pareció que encontraba lo que quería y me lo entregó.

Era un sobre con una dirección de Boston escrita a mano y con el remite en Can Tomeu.

—¿Qué es? —preguntó Kevin.

Thomas lo miró extrañado, como si la pregunta le pareciese bastante absurda.

—Pues una carta —respondió—. La escribió mi tía a Álex, años más tarde Ada me la dio para que la guardase. Me había convertido en el archivero mayor de los Levi americanos. El equivalente en Cardedeu era Sara. Gracias a eso hoy tenemos tanta documentación, no solo de fotos y correspondencia, también de recortes de diarios, documentos y demás. A la muerte de Sara me lo entregaron

todo y cuando yo me muera no sé qué pasará con toda esa información. Me daría pena que se perdiese todo esto, esa es una de las razones por las que accedí a autorizar y colaborar en mi biografía facilitando que añadas documentos y fotos escaneados, como tú dices. Lee la carta.

El sobre era de enero de 1.961 y a pesar de su antigüedad estaba bastante bien conservado. Salieron dos hojas manuscritas con una letra que claramente indicaba que la carta la había escrito una persona mayor. La letra se entendía perfectamente, aunque el trazo no era absolutamente nítido.

También salió un recordatorio de esos típicos que se usan en España cuando se muere alguien. Era una pequeña cartulina que decía: «Rogad por el alma de nuestro querido Ramon Martí Roig que nos dejó confortado en los santos sacramentos el pasado día 4 de enero de 1.961».

—Vivió mucho más de lo previsto —

—Sí, cuando nosotros fuimos a verlo nos hablaron de un par de meses, pero en realidad vivió más o menos seis meses más. La gente del campo, por aquella época, era muy fuerte. Toda la vida al aire libre y haciendo ejercicio los hacía muy resistentes.

Abrí la carta y la desplegué con mucho cuidado de no dañarla. La escribía la tía Inés e iba dirigida a Álex.

Querido Álex

Como ya has sabido, tu padre Ramon murió el día 4 de enero. La verdad es que va a ser bastante difícil llenar el vacío que deja en esta casa. Siendo un hombre tan discreto como era, su presencia se notaba. Cuando algo se estropeaba enseguida acudía a arreglarlo. Siempre sabía decir la palabra necesaria para hacer que un problema no lo fuese tanto y siempre estaba dispuesto a ayudar.

Todos estamos destrozados, saber que el final estaba tan cerca no nos ha consolado en ningún momento. Manuel, que en estos últimos tiempos lo tenía como a un padre, deambula por la casa sin saber qué hacer. Sin tu padre se le ve perdido.

Desde que le diagnosticaron la enfermedad recé, sin ser muy religiosa, cada uno de los días que aún estuvo con nosotros. Rezaba a ese Dios lejano para que pudiese vivir un día más y para que no sufriese por su enfermedad. Creo que Dios me escuchó porque realmente vivió varios meses más de lo previsto y se encontró relativamente bien, más o menos como tú lo viste. Cuando ya no se pudo hacer nada más lo sedamos y lo mantuvimos en un estado de semiinconsciencia en el que no sufría dolores.

Álex, yo conocía muy bien a tu padre. Éramos amigos desde la infancia y habíamos ido juntos al colegio. Pasamos épocas de mayor y de menor contacto, pero siempre hubo un hilo entre nosotros que nos mantenía cercanos.

Te comento esto porque quiero que sepas que hablamos muchas veces de muchos temas y aunque quizás a última hora te lo diría él mismo, yo te lo repito: tu padre te quería con locura. Se veía reflejado en ti. Estaba muy orgulloso del adulto en el que te habías convertido y en la forma en la que enfocabas las cosas.

Es cierto que tuvo muchos hijos, pero tras la muerte de tu hermano y el distanciamiento con tus hermanas pasaste a ser casi su única familia. Cada vez que recibía una carta tuya o una llamada tuya pasaba una semana entera de buen humor.

Cuando hablaba conmigo se refería a ti como el chico, ¿te das cuenta? Al decir «el chico» te estaba dando exclusividad, ya que no existían los chicos sino solo uno, tú. Ya sé que durante tu infancia no tuvisteis mucha relación. Me reconoció que te descubrió como persona el día que con ¿catorce años? le pediste permiso para ir a estudiar a Granollers. No supo negarse al verte tan serio y tan convencido. En aquel momento se dio cuenta de que valía la pena dedicarte una atención especial. Hasta entonces los dos habíais pertenecido a un grupo numeroso de personas al que había que mantener trabajando tantas horas como fuese posible. Siempre procuró que no os faltase de nada.

Realmente no había tenido tiempo.

Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de cómo os parecíais. A veces los humanos somos un poco ciegos. Por entonces todos nos dábamos cuenta de que físicamente erais idénticos y yo que lo había conocido de pequeño veía que mentalmente también erais bastante parecidos.

Sufrió mucho cuando te llevaron a la guerra. Tomás te lo puede decir, ya que pasaron una temporada en que se buscaban para hablar y consolarse mutuamente. También sufrió cuando te tiraste al monte en Francia con los nazis rondando, pero en aquella ocasión estaba convencido de que sobrevivirías.

Celebró con alegría tu boda y el nacimiento de todos tus hijos y el día que acabaste tus estudios universitarios parecía que estaba en una nube. «Mi hijo Álex es licenciado en Harvard», repetía a todo el que quisiera oírle.

Es posible que todo lo que te cuento ya lo supieses, pero tenía muchas ganas de decírtelo yo misma, porque lo vi y lo oí, así que soy testigo de todo eso.

Me siento afortunada y también triste porque estoy convencida de que me quedé con lo mejor de Can Volart, tu padre y tú. Él formó parte de esta familia

los últimos años de su vida y tú casi desde que empezaste a andar. Eso me da mucha alegría, mientras que ese mismo hecho me hace sentir como si hubiese robado a la familia Martí los dos mejores tesoros que retenía.

Parece que finalmente la vida que tanto me quitó al principio, me compensó posteriormente.

Cuídate niño querido, porque para mí, aunque ya tengas cuarenta y cinco años, sigues siendo un niño encantador.

Un beso

Inés.

—¿Sabía Álex la relación entre su padre y la tía Inés?

—La verdad es que no lo sé. Nunca hablamos del tema, eran asuntos de ellos dos. Imagino que, si mi tía me lo contó a mí, era posible que durante aquel tiempo su padre se lo contase a él. A lo mejor el mismo se dio cuenta, para todos estos asuntos mi amigo tenía muchísima más vista que yo.

—Sabiéndolo, al leer la carta, parece casi que de manera implícita lo esté explicando —dijo Kevin— aunque eso quizás lo pienso porque se la relación que tenían.

—A mí me pasa igual. Cuando llegó la carta Álex me lo comentó de pasada. No me dijo mucho más. Yo no le presté mucha atención a la misiva en concreto, ya que entendí que mi tía le había escrito para darle el pésame a su manera. Tampoco creo que hubiese sido correcto preguntar más. Cuando Ada me dio la carta a la muerte de Álex y la leí me sorprendió que no hubiésemos hablado más del tema.

—Quizás eso confirma que Álex sabía lo de la relación entre ellos y al igual que tú nunca hablaste del tema con él, él intentó no hablar contigo. A lo mejor si hubiese tenido sospechas hubiese intentado averiguar lo que tu sabías, pero si no las tuvo posiblemente es que sabía lo que había pasado.

—Es posible, aunque no es más que respetar la intimidad de dos personas y él era muy respetuoso con eso.

—¿Cómo siguieron las cosas en Can Tomeu?

—Se complicaron...

»Al principio, al igual que había pasado siempre, todos intentaron retomar una vida más o menos normal. Era una casa grande en la que vivían muchas personas, de hecho, siempre había sido así, y en consecuencia siempre pasaban cosas.

»El más afectado a nivel trabajo era Manuel, que se encontraba solo con las tierras. Hans intentaba echar una mano en sus ratos libres, pero no era suficiente,

así que tuvieron que contratar un trabajador para temporadas concretas. Los productos de la tierra eran poco rentables y casi obtenían más beneficios de los animales. Fuese como fuese Can Tomeu empezaba a ser deficitario económicamente o al menos a no tener tantos beneficios como antes y la contratación de trabajadores temporales incrementaba las pérdidas. A pesar de todo Hans aportaba el rendimiento de su negocio y Sally y Sara tenían los intereses de las operaciones financieras que controlaba Álex desde Boston, así que ellos no tenían carencias económicas, pero empezaba a ser necesario estudiar qué hacer con Can Tomeu para que diese beneficios. Al final de los años 60, Manuel llegaría a la edad de jubilación y entonces tendrían que replantearse qué relación laboral mantendría con Can Tomeu. De todas formas, no quisiera irme por las ramas. Antes que eso, mi tía empezó una degeneración lenta pero constante. Era una mujer muy mayor, pasaba de los ochenta años, que era algo bastante extraordinario en aquella época, aunque a pesar de la edad y de que los huesos le empezaban a fallar no tenía ninguna otra enfermedad que pudiésemos calificar como grave.

»Un día, hablando por teléfono con Sara, ella me dio una explicación de lo que le estaba pasando:

»—La verdad es que no quiero darle mucha importancia —decía—, pero la tía cada vez está más despistada. Da la impresión de que desde el momento en que murió Ramon se fue desconectando del mundo poco a poco. Cada día se olvida de más cosas, ya no se arregla como antes y podría pasarse el día con el camisón si no se lo hago cambiar.

»—Ostras, eso sí que es difícil de creer, tal como era ella.

»—Pues sí. Se desorienta y me busca. Cuando me ve se me coge del brazo y entonces volvemos a la habitación y le ayudo a lavarse y a vestirse. Como si fuese una niña pequeña y mientras tanto ella me va hablando de sus cosas. Generalmente cosas sin ton ni son, pero yo la escucho y le sigo la corriente.

»—¿Tú crees que tiene una demencia?

»—No, Tom, no es que lo crea, es que esta como una cabra y perdona si te parezco irreverente, pero esta que no toca ni cuartos ni horas. Sufro mucho si no la tengo cerca y la controlo. Por suerte me paso el día en casa y la puedo vigilar y de momento no se le ha ocurrido ninguna barbaridad... Bueno, según que, tampoco lo podría hacer porque ahora le cuesta mucho andar.

»—¿Y si buscamos a alguien que la cuide?

»—No estará tan bien como con nosotros. No te preocupes por eso, a mí no me importa. Es más, me gusta poderme dedicar a estar con la tía. Ahora que Marta

ya es mayorcita y no tengo que ocuparme de ella, la tía me acapara buena parte del tiempo, mientras que la pobre Sally esta con la casa todo el día.

»—Imagino que son los años y las desgracias vividas —dije.

»—No te lo vas a creer, pero el otro día me llegó a asustar. No sé si debo contártelo o mejor lo dejo estar porque me dirás que yo también me estoy volviendo loca.

»—¿Qué te pasó?

»—Pues que tuvimos una conversación la mar de entretenida las tres. Es decir, la tía, Clara y yo.

»—¿Y qué tiene de extraordinario?

»—Pues que Clara no era la hija de Sally, no, Clara era mamá. Ellas dos hablaban muy animadas, o al menos eso parecía porque evidentemente yo no veía ni oía las respuestas de mamá y tan solo cuando la tía me decía «cuéntale eso o aquello a tu madre» yo hacía ver que se lo contaba. Fue muy chocante y cuando la acabé de arreglar y salimos de la habitación, imagino que mamá se quedó allí porque entonces me hizo la confidencia de que estaba muy contenta porque habían hecho las paces. La última vez que había ido a visitarla ella, la tía, estaba muy mal y la echó con cajas destempladas porque venía con su novio, es decir papá, pero que ahora, al cabo de tantos años, habían hecho las paces definitivamente.

»—Estoy alucinando.

»—Pues imagínate como me quedé yo. Me dio hasta miedo.

»En efecto, quizás fue algo hasta cierto punto voluntario o quizás fue tan solo casualidad, pero tras la muerte de Ramon la tía emprendió un camino de no retorno. Dejó de vivir entre nosotros y empezó a vivir en un mundo interior que ella misma creó para sentirse a gusto y protegida. No era una enferma peligrosa y no mostraba ningún tipo de agresividad con lo que fue fácil para Sara, o al menos así nos lo dijo, tenerla en casa y cuidarla. Poco a poco fue dejando de hacer las funciones básicas y un buen día dejo de hablar. Si quería algo se lo intentaba decir a Sara con la mirada y sorprendentemente mi hermana adivinaba casi siempre a la primera lo que ella quería. Sara siempre fue muy cariñosa, pero con la tía aún lo fue más.

»Un día ya no se levantó de la cama. Estaba en una especie de estado catatónico. El médico les dijo que no había nada a hacer y que estuviesen tranquilas porque ella no sufría. Al cabo de un par de días ya no se despertó. La tía murió con 87 años en 1.967 y nosotros justo llegamos al entierro. Entre que no pensábamos que todo aquello fuese tan rápido y lo que nos costó encontrar

billetes de avión, llegamos tarde para verla con vida. Tampoco nos hubiese reconocido, aseguró mi hermana.

»Para mí fue duro. Habíamos tenido siempre una relación muy especial y era como una segunda madre, tal y como le había dicho en alguna ocasión. Creo que por primera vez en mi vida adulta lloré desconsoladamente por la muerte de alguien. La iba a encontrar a faltar. Tenía la sensación de estar recogiendo agua con las manos y que esta se me escapaba por entre los dedos. Ya no estaba.

»Tuvimos que gestionar el testamento y arreglar el tema de la propiedad. La tía había dispuesto que todo quedara para nosotros tres y Sally a partes iguales. Teníamos que permitirle a Manuel explotar Can Tomeu mientras él quisiese hacerlo y mantenerla siempre que alguno de nosotros viviese allí. No hubo ningún conflicto entre nosotros. Todos estuvimos de acuerdo. Manuel explotaría Can Tomeu y Sally, Sara y Hans con sus hijas tendrían derecho a vivir allí tanto tiempo como quisieran. Una vez que Sara y Sally dejaran la casa quedábamos todos libres de las restricciones y podríamos venderla, aunque en aquel entonces ninguno tenía aquella intención. La pequeña fortuna de la tía también pasaba a ser para los cuatro en partes iguales. Decidimos cederla íntegramente a Manuel para que tuviese un fondo que le permitiese sanear las cuentas de la explotación, además, Álex daría soporte financiero desde Boston, tanto a nivel de asesoramiento como de aportar recursos. Fue a él a quien se le ocurrió que lo mejor era constituir una sociedad que aglutinara todos los recursos que teníamos entre los cuatro a partes iguales. La sede estaría en Boston y se explotaría desde allí y desde Can Tomeu.

»Hubo bastante papeleo que nos retuvo en Barcelona unos cuantos días. Quedaba el tema de Roser. Ella seguía estando tan bien y tan fresca como siempre, aunque ya había superado en poco los 80 años. Sara y Sally defendieron que aquella era su casa y que no tenía que marcharse a ningún sitio. Allí había vivido desde 1.939, casi treinta años, y ellas ya se encargarían de cuidarla. Agnès y yo habíamos hablado del tema y no estábamos de acuerdo. Decidimos que Roser se venía con nosotros a Los Ángeles. No era descabellado, allí podría seguir hablando español con nosotros y con Lupe y Lola y estaría bajo nuestra tutela. De hecho, yo pasaría más tiempo con ella que Agnès siempre que su volumen de trabajo no descendiese. De ninguna de las maneras podíamos consentir que fuese una carga para mi hermana y Sally. Roser entendió que era la mejor opción y no puso ningún tipo de impedimento en seguir las instrucciones de su hija. Le aseguramos que se sentiría a gusto entre nosotros y si quería regresar siempre podría hacerlo. La ausencia de Inés le afectó, ya que hasta

aquel momento ella se había apoyado en mi tía para que le guiase y le diese las instrucciones precisas tal y como había hecho antes Albert. A partir de ahora haría exactamente lo mismo con Agnès.

»Empaquetamos todas las pertenencias de mi suegra y las enviamos en un transporte a nuestra casa en California. Cuando llegásemos se encontraría con todas sus cosas. Yo había llamado a Lupe para pedirle que le preparase la habitación que utilizábamos como trastero y que utilizase parte del fondo que siempre tenía disponible por si había alguna urgencia para hacer pintar, comprar muebles y poner cortinas en aquel cuarto. Tenía muchas posibilidades y tanto Agnès como yo confiábamos plenamente en su buen gusto ya que nos lo había demostrado en infinitas ocasiones.

»Llegó el momento de regresar a casa. Acompañamos a Álex y Ada hasta Nueva York y allí nos separamos, ellos siguieron a Boston y nosotros cogimos otro avión que nos llevó hasta Los Ángeles.

»La verdad es que el sitio donde vivíamos era muy agradable, estaba en alto y eran casas bastante grandes con jardines muy bien cuidados y con todo tipo de comodidades. Aquello seguro que le gustaría a Roser. Los niños al principio guardaban un poco las distancias con aquella abuela a la que apenas reconocían, pero poco a poco supo ganárselos. Con Lola conectó muy bien, pero con Lupe le costó un poco más, ya que no le dejaba entrar en la cocina y hacía caso omiso a sus recomendaciones sobre los platos que preparaba. Al final Lupe entendió que tenía que aprender a darle la razón y a seguir haciendo las cosas como siempre, ya que lo más seguro era que la anciana no se diese mucha cuenta de las diferencias.

»Agnès no tenía ningún proyecto cinematográfico especial que le presionase en aquellos días y pasaba más tiempo en casa. La verdad es que no nos habíamos dado mucha cuenta, pero la cantidad de trabajo, los niños y en general los compromisos y obligaciones de los últimos tiempos habían provocado que nos distanciáramos. Cada uno estaba encerrado en sus asuntos y, aunque compartíamos algunos ratos, el entorno nos absorbía.

»Al final de los años sesenta las obligaciones se fueron reduciendo y poco a poco volvimos a recuperar nuestra complicidad. Por aquellos días trabajaba en la televisión colaborando con la música de algunos programas de una importante cadena estatal. Eso le permitía tener un horario estable y una cierta flexibilidad, ya que cuando tenía que componer podía hacerlo desde casa. Yo por mi parte seguía con el diario y con mis libros.

»Por aquella época empezó mi despegue definitivo como escritor. Era final de

verano de 1.971 cuando Dreams me llamó para explicarme que habían presentado mi última obra, *El lugar donde se acaban las vías*, a un concurso literario que se celebraba en Barcelona y que quizás era el premio más importante de literatura en habla hispana que se otorgaba. Había quedado seleccionado entre los tres finalistas y me invitaban a ir para la entrega del premio que era a principios de otoño.

»Aquella obra era la segunda vez que trataba el tema del holocausto y coincidió en el tiempo con la reapertura de la cuestión y su difusión principalmente entre los europeos que siempre habían sido un poco más reaccionarios al tema. Fue una casualidad que coincidiese en el tiempo, yo había sentido la necesidad de retomar el tema que seguía guardado en mi mente. Al jurado de la editorial que concedía el premio le había impresionado el relato de una familia que había sido arrancada de su Praga natal y trasladada a un gueto, el de Terezin, primero y a un campo de exterminio después. No había importado que fuese una antigua familia destacada entre la nobleza del Imperio Austrohúngaro ni que hubiesen aportado al desarrollo de la medicina algunos de los descubrimientos más importantes de los últimos tiempos para que una parte de ellos acabasen borrados del mundo por la furia nazi. Se basaba en la historia real de una persona que había conocido en Auschwitz, aunque había un componente importante de ficción.

»A través de las asociaciones de supervivientes había conseguido hablar con aquel hombre del que curiosamente recordaba perfectamente el nombre. Se llamaba David Weiss y vivía en Tel Aviv. Tenía una empresa que se dedicaba a la importación y exportación de todo tipo de manufacturas y a menudo viajaba a los Estados Unidos. Nos encontramos en un viaje suyo a Chicago y allí conversamos durante bastantes días sobre la historia de su familia, tal y como le había sido transmitida por sus antepasados.

»Fue muy extraño encontrarme en persona con alguien que había conocido en aquel infierno y poder compartir los horrores que habíamos vivido y que ninguno de nosotros había olvidado. Conseguí mucha información y su autorización oficial para plasmar en mi libro parte de su historia.

»Cuando Dreams me avisó del premio y sabiendo que la edición en inglés también estaba lista para ser lanzada, estudiamos conjuntamente la posibilidad de ir a Israel a presentar el libro. Tras varios movimientos estratégicos del departamento comercial y la dirección de la editorial, se coordinó todo para viajar a Barcelona y desde allí a Tel Aviv. Agnès me acompañaría y para nosotros aquello iba a ser una especie de viaje de novios bastantes años después

de nuestra boda.

»Llevábamos una agenda bastante apretada, así que llegamos a Barcelona justo el día anterior a la entrega del premio. Nos alojamos en el Hotel Diplomatic, Dreams no miraba en gastos cuando se trataba de enviar a sus autores a participar en concursos de aquella relevancia. Aquel día cenamos con mi familia con la que nos encontramos en la ciudad. Pasamos un rato desenfadado y alegre en un restaurante de cierto prestigio de la Barceloneta. La cena fue a base de pescado y paella.

»En los últimos tiempos nos habíamos encontrado siempre en momentos de tensión y desgracia, para despedir a Ramon o enterrar a la tía Inés, y nos hacía falta vernos ante una mesa contando anécdotas divertidas y riéndonos de nosotros mismos.

»Debo reconocer que aunque en un principio creí que de ninguna de las maneras iba a conseguir ningún premio porque lo más seguro era que mi novela no tuviese la calidad suficiente, a medida que fueron pasando los días y me iban comentando que cada vez tenía más posibilidades me fui poniendo nervioso. Cuando llegué a Barcelona ya estaba un poco histérico y la reunión con mi familia me fue muy bien para desestresarme.

»Agnès se divertía viendo lo mal que llevaba aquella situación. Sin duda ella había estado mucho más sometida a aquel tipo de cosas durante los últimos tiempos y sabía administrar mucho mejor todo aquello. Fue una suerte tenerla a mi lado en aquellos días.

»En la entrega de premios, que se celebraba en el Palacio Nacional de Montjuïc, nos acompañaban los representantes de Dreams en Barcelona. Todo el mundo iba con sus mejores galas y el ambiente era el típico de la entrega de un gran premio. Estaba la televisión y la radio y me entrevistaron al entrar. En los momentos en los que lograba olvidarme de la razón por la que estaba allí resultaba agradable, pero cuando algo me hacía pensar en el premio se me encogía el estómago.

»Finalmente llegó el momento. Por suerte se iba a acabar aquella tensión que era absurda porque en mi interior sabía que no tenía nada que hacer y cuando la persona encargada de anunciar al ganador abrió el sobre y dijo mi nombre, fue Agnès la que reaccionó primero. Yo no llegué a oír bien lo que decían y me quedé mirando a ver si alguien se levantaba. Me llevé una gran sorpresa cuando, precisamente, fueron todos los otros los que se levantaron y empezaron a aplaudirme. Me sonrojé como hacía tiempo que no lo hacía, casi me daba vergüenza todo aquello y mi primera reacción intuitiva hubiese sido disculparme

por haber ganado. Esperaban que subiese al estrado desde el que habían dicho mi nombre y dijese unas palabras. Llevaba una pequeña cartulina con cuatro ideas, pero estaba tan nervioso que la dejé encima de la mesa.

»Ruborizado, llegué y me puse las gafas. Mientras palpaba mis bolsillos en busca de aquella dichosa nota, mi querida Agnès se había dado cuenta y se acercaba hacia mí estupenda, con su belleza madura y la serenidad que siempre transmitía con una gran sonrisa y me alargó la nota. La gente se dio cuenta y le aplaudieron divertidos. Agnès había aprendido a dominar aquellos momentos ligados al show. Hollywood había sido una buena escuela para ella.

»Di las gracias muy torpemente, o al menos eso me pareció a mí porque mi mujer dijo que estuve tierno, encantador, un poco despistado y totalmente adorable... En fin, era mi mujer, así que seguro que no era imparcial.

»Tuve ocasión de conocer a muchos autores españoles y suramericanos. Por aquel entonces había gente muy importante de algunos países suramericanos viviendo en Barcelona. Aún no me explicaba cómo había podido ganar aquel premio.

»Al día siguiente lo celebramos en Can Tomeu con una gran fiesta a la que acudió gente del pueblo. Muchos de ellos habían sido estudiantes con los que Agnès y yo habíamos compartido clases en Can Serra hacía una eternidad. En mi discurso yo había hablado de mi infancia en Cardedeu y eso hizo que la gente del pueblo se volcara conmigo en aquella ocasión. Una Ada emocionadísima me llamó en plena fiesta desde Boston, le hubiese gustado poder estar allí con nosotros celebrando todo aquello. Álex estaba también eufórico por el reconocimiento que yo acababa de recibir. En fin, aquel fue mi primer premio importante y quizás por eso se merece ser especialmente mencionado en mis memorias, ya que aquella editorial fue la primera que reconoció en mí algún tipo de talento por el que valía la pena apostar. A raíz de aquello siempre tuve una deferencia especial con ellos.

»Un día más tarde salimos rumbo a Tel Aviv. En aquella época era bastante arriesgado viajar a Israel. El país estaba inmerso en diferentes guerras con sus vecinos árabes y eso provocaba que la tensión se viviese en las calles, aunque la modernísima ciudad costera parecía que estaba a salvo de muchos de los incidentes que sí que sufrían en Jerusalén, a no demasiados kilómetros hacia el interior de Palestina.

»En Israel sabían del premio que me habían dado. Ellos me consideraban un escritor de origen hebreo, aunque yo no era judío oficialmente, tan solo la mitad de mis ascendentes lo eran, así que aquello me hacía sentir un poco raro.

»—¿No sufriste las consecuencias por ser judío cuando la guerra sin serlo realmente? —me preguntó Agnès cuando le expliqué que me sentía incómodo por aquel recibimiento.

»—Es cierto.

»—Pues, entonces, déjate querer igual ahora que te favorece. Quizás al final no sea más que una pequeña compensación.

»Recuerdo como uno de los momentos más emocionantes una reunión de supervivientes de los campos que organizaron en mi honor. Era una recepción en la que se servía una cena y estábamos todos sentados en mesas en un gran salón. La gente vestía con elegancia y la mayor parte hablaba en inglés, aunque casi todos conocían el hebreo. Estaba previsto que diese un pequeño discurso en el que hablase de mi experiencia particular en Auschwitz, sobre mi libro, mi vida en los Estados Unidos y mis orígenes. Mi discurso concluía con una frase del Talmud que después se ha hecho un poco popular gracias al cine: «Quien salva una vida salva a toda la humanidad». Cuando acabé, y entre una gran ovación, yo creo que el triunfo de uno de nosotros se consideraba como una victoria de todos sobre el nazismo, la persona que me había presentado anunció que tenía una sorpresa para mí. Entre el público avanzó una persona de algo más de cuarenta años. Me era familiar, pero no sabía reconocerlo hasta que, de repente, me di cuenta de quién era. No dije una palabra, me bajé de la especie de escenario donde había dado mi discurso y avancé hasta él para fundirnos en un abrazo.

»Era un maduro Yehuda Cohen, aquel joven que yo había sacado empujando de la fila del crematorio y que después había estado escondido conmigo y tres personas más en las letrinas del campo de concentración. Había sido él quien me había dejado moribundo en la enfermería y después había desaparecido.

»En su discurso a la audiencia explicó como yo lo había salvado de una muerte segura en la que perdió a casi toda su familia.

»—Gracias a Thomas Levi —dijo— he podido formar una nueva familia, tener mis propios hijos e intentar olvidar todo aquello.

»Era fácil ver a las mujeres llorando en silencio y a los hombres de aquella sala haciendo esfuerzos por controlarse. Los israelíes no se habían olvidado de aquel horror y no estaban dispuestos a hacerlo, no importaba lo duro que tuviesen que luchar por aquella tierra. No tenían nada más.

»Para Agnès aquella visita a Israel fue muy reveladora, conoció de primera mano todo lo que yo ya le había explicado, pudo visitar el museo del Holocausto o *Yad Vashem* como se llamaba en hebreo. Imagino que, como todo el mundo,

debía tener sus lagunas en lo que respecta a mi relato. Ella había visto en mí las consecuencias y pudo ir conociendo, a través de todo lo que poco a poco iba trascendiendo, otras historias relacionadas con aquella barbaridad. Ahora, en Israel, se le presentaba como una totalidad.

»Regresamos a Los Ángeles justo a tiempo de despedirnos de Carol. Albert hacía un par de años había salido a estudiar a la Universidad de Chicago se decantó por el derecho. Sus notas le hubiesen permitido ir a Harvard o a la universidad que él hubiese escogido, pero decía que quería hacer como todos los jóvenes y partir a una universidad de prestigio lejos de casa. Estar cerca de Álex y de Ada era un poco como seguir bajo el control paterno, así que hábilmente se inscribió en una más o menos equidistante de las dos ciudades.

»Le iba muy bien y venía a vernos un par de veces al año. Tenía una buena beca y el resto de sus necesidades salía de los fondos familiares. Por aquellos días, tanto mi hermana como yo teníamos a nuestros hijos repartidos por todo el país estudiando. El único que ya había superado aquella fase era el renombrado John, que ahora vivía en nuestra casa en Boston, por la que su padre le exigía un alquiler. Vivía con una mujer más o menos de su edad y de momento no tenían hijos, aunque a sus treinta y pocos años, en aquel entonces, no era lo más normal. Había estudiado un grado de electrónica, una vez acabada Filosofía, y trabajaba en una empresa de investigación en ordenadores que era algo que estaba por aquel entonces en una fase muy incipiente.

»Carol se iba a Filadelfia, a la facultad de Psicología de la Universidad de Pensilvania. Ella seguía la misma idea de su hermano de alejarse de casa para poder ganar su independencia, pero en su caso también influía que era una de las mejores facultades en esta materia de todo el país.

»Mantener un hijo en la universidad en los Estados Unidos es muy caro, y más mantener a dos. Por suerte ellos tenían muy buenas notas y habían conseguido becas privadas que después les vincularía a las empresas que los becaban. Por aquella época entendí perfectamente el esfuerzo que había hecho mi familia en su momento enviándome a estudiar a París. Es en situaciones como aquella cuando te das cuenta de las cosas.

»En el año 1.973 Roser cogió una infección pulmonar que ya no superó. Fue relativamente rápido y no creo que sufriese demasiado. Agnès y yo nos habíamos quedado solos. Bueno, solos del todo no. Aún teníamos a Lupe y Lola. No hacía falta que Lola siguiese en la casa, pero pensamos que la queríamos mantener igualmente; ya no había nadie que cuidar, pero podía ser un refuerzo para su hermana. Ellas también se estaban haciendo mayores.

»Tras aquella independencia recuperada de padres e hijos, nos tuvimos que volver a acostumbrar a estar solos y juntos. No fue tan difícil, al menos para mí. Teníamos más tiempo del que habíamos tenido en las últimas décadas, así que nos dedicábamos a nuestros trabajos y a estar juntos. Solíamos hacer varios viajes cortos a lo largo del año. A veces íbamos a visitar a Ada y a Álex, que estaban pasando por una fase parecida a la nuestra. Otras veces, muy pocas, nos íbamos a ver a nuestros hijos, aunque a ellos les parecía un esfuerzo terrible venir a cenar con nosotros un par de veces en una semana cuando los íbamos a visitar. No importaba que cruzásemos el país o que les dejásemos un dinero extra para cualquier urgencia que pudiese surgir.

»Al final nos decidimos a hacer escapadas cortas totalmente a nuestro aire. Visitamos muchos sitios de los Estados Unidos que no habíamos visto antes. Incluso un invierno fuimos a pasar unos días a Hawaii. Carol pidió permiso para acompañarnos con su novio, evidentemente pagando nosotros, y creo que esa vez fue la primera en la que le dije a mi querida hija que no. Aquel viaje era en exclusiva para su madre y para mí. No le gustó en un primer momento, pero aquel año se esforzó para venir a pasar el día de Acción de Gracias con nosotros y, lo que era aún más difícil, convenció a su hermano para que también viajase a Los Ángeles.

»Nosotros estábamos estudiando hacer una escapada al Caribe para aquellos días, pero nos vimos sorprendidos por los planes de Carol. Nunca habíamos sido de celebrar muchas fiestas, quizás la Navidad, pero sobre todo por tradición. Después de mi nefasta experiencia en Polonia por ser judío pensé que lo más sensato era no mostrarse de ninguna religión.

»Ya nos ves a los cuatro sentados ante una mesa típica de aquel día con su pavo relleno y todo lo demás sin saber muy bien como teníamos que actuar. Agnès había pasado días buscando información acerca de la celebración y yo tenía miedo a meter la pata como habíamos hecho en Can Tomeu de pequeños, celebrando el Sabbath comiendo pan tostado con tomate, aceite y embutidos de cerdo.

»—Me sorprendió mucho que este año cuando dije de venir a veros y acompañaros a Hawaii para pasar unos días juntos me dijisteis que no —dijo Carol casi al principio de la cena.

»Agnès y yo cruzamos una mirada porque esperábamos que aquello surgiese en algún momento de la cena.

»—Ya te expliqué cariño que tu madre y yo queríamos estar solos.

»—No esperaba que mi presencia os molestase.

»—Ni mucho menos —dijo Agnès—. Te lo ha dicho tu padre, tan sólo queríamos estar solos.

»—Pues si no molestaba...

»—Mira, cariño —dije—, te voy a hacer una pregunta trampa. Si en vez de Hawaii te hubiésemos dicho que íbamos a Sausalito, por ejemplo, o a San Francisco, ¿hubieses querido venir?

»Carol dudó antes de responder y como parecía tardar respondí yo mismo.

»—Está claro que no. El atractivo era Hawaii, no nosotros, así que como las islas no se van a mover de donde están te sugiero que sigas estudiando, que encuentres un buen trabajo y que cuando hayas ahorrado suficiente hagas una escapada con la persona que elijas. Te aseguro que las islas son un paraíso.

»Agnès se aguantaba la risa y remató mi discurso levantando la copa para brindar y diciendo

»—Por Hawaii.

»Yo creo que a partir de aquel día mi hija dejó de tratarnos como si fuésemos estúpidos y no sabría decirte si nos tomó más en serio o elaboró mucho más en profundidad sus planes para conseguir de nosotros lo que quisiese.

»Otro caso era Albert. Aquel año acababa los estudios. Había sido muy meticuloso escogiendo una universidad alejada de California o de Boston, pero no había tenido reparos en utilizar tanto dinero de sus padres como le hizo falta, ni para pedirnos tanto a su tío Álex como a mí que moviésemos nuestros contactos para ayudarle a encontrar un buen trabajo. En realidad no hacía falta porque llevaba un currículum espectacular y se lo iban a rifar al salir de la Universidad, pero él había pensado que si conseguíamos hablar con el hijo de Scott a lo mejor le era más fácil.

»—Por cierto, ya que estamos todos juntos comiendo un fantástico menú que nos ha preparado Lupe, he estado pensando en lo que me pediste, Albert, respecto al despacho de Scott y lo he hablado con tu tío. Hemos decidido que no vamos a mover nuestros contactos para conseguirte un buen trabajo. Tus notas son muy buenas y seguro que enseguida vas a tener un montón de ofertas, así que lo mejor es que hagas como hicimos nosotros en su momento: buscarte un buen trabajo con tu esfuerzo. Quizás podrías seguir en Chicago.

—No sé, papá... Había pensado volver a California si no encontraba nada en la Costa Este...

—Ah, pues fantástico. Además, encontrar alojamiento en según qué zona de la ciudad sale bastante económico.

»Mi hijo entendió perfectamente y no quiso seguir con aquella conversación.

Yo no tenía ninguna intención de ser cruel. Tenía dos buenos hijos y los habíamos educado con todo el cariño que habíamos sabido transmitir, pero eso no evitaba que estuviesen un poco mal acostumbrados. Querían su independencia, pero no estaban dispuestos a pagar el precio de la misma y eso no podía ser. Su forma de ver el mundo no tenía nada que ver con la que habíamos tenido nosotros en su momento. Personalmente, debo reconocer que había crecido en una familia a la que nunca le faltó nada. Recibimos la herencia de mis padres y más tarde la de mis abuelos, pero siempre vivimos gastando lo necesario y nunca derrochando. Cuando yo me fui a París no lo hice para alejarme de mi familia y mis amigos, sino que lo hice para ir a una buena escuela. Ellos habían hecho lo mismo pero buscando exactamente lo contrario, alejarse de nosotros. Está bien, cada uno toma sus decisiones pero después se debe ser consecuente.

»Tal y como había anunciado, Albert acabó derecho en 1.974 y volvió a Los Ángeles. Se instaló en un apartamento bastante moderno en la zona del Valle, no muy lejos de donde vivíamos nosotros. Agnès me convenció para que le ayudásemos a instalarse y estuvimos colaborando en el traslado de lo que aún tenía por casa. Yo le ayudé a pintar y eso facilitó que pasásemos varias horas juntos hablando de nuestras cosas. Hacía muchos años que no lo hacíamos. Fue divertido.

»Albert había vuelto de Chicago con una compañera de piso. Habían sido compañeros en la Universidad y también tenía un buen currículum. Albert era especialista en derecho penal, quizás era una herencia genética de mi padre o una coincidencia curiosa del destino. Susan era especialista en derecho civil.

»Susan era una joven muy bella, rubia y con unos bonitos ojos verdes. Tenía muy buen tipo y era de origen italo-irlandés, así que no hacía falta esforzarse mucho para adivinar que era católica. Su familia vivía en Montpellier, capital del estado de Vermont en Nueva Inglaterra, justo la otra punta del país. Hacían una buena pareja, ya que Albert también era un joven atractivo, aunque yo no sabía mirarlo de otra manera que como a un niño. Quizás eso pasa siempre con los hijos.

»Agnès pasó muchas horas con Susan buscando muebles y complementos para la casa, en la que vivían desde el primer día, ya que mi hijo, muy digno, había decidido que no quería molestarnos. A pesar de eso muchos días venían a casa a cenar. Cuando ya estuvo todo listo, Susan y Albert nos explicaron que estaban esperando un hijo que nacería aquel mismo año, hacia finales. Por lo visto, ella se había quedado embarazada casi al final de la carrera. Esa había sido la razón

por la que en un primer momento mi hijo había pedido ayuda y también la razón por la que había regresado a Los Ángeles y no había optado por Nueva York, por ejemplo. No nos quedó más remedio que volcarnos en ayudarles. Los padres de ella estaban muy lejos, en un lugar donde a él le hubiese sido muy difícil encontrar un buen trabajo, y por eso estaban allí. Ella debería esperar un poco después del nacimiento del bebé para empezar a buscar un buen lugar donde desarrollar sus conocimientos, pero hacía falta que él lo encontrase relativamente rápido.

»Por suerte fue así y no hizo falta hacer ninguna llamada. Entró a trabajar en un gran bufete de la ciudad, en el centro, y en seguida empezó a progresar. En diciembre nació mi nieto Ben y cuando tenía un par de años Susan empezó a dejarlo en casa al cuidado de Lola mientras ella se iba a trabajar. En seguida consiguieron tener suficientes ingresos como para comprar una casa más cerca nuestro, con lo que era aún más fácil encargarse del niño entre todos.

»De aquella época viene el vínculo especial entre Ben y yo. Muchos días yo trabajaba desde casa y me organizaba de manera que podía pasar ratos con él. Mi vida con 60 años era diferente de cuando nacieron mis hijos y, francamente, hice por Ben lo que no había hecho por ellos.

»Por aquella época John también tuvo su único hijo, así que Ada y Álex fueron abuelos más o menos a la vez que nosotros. Ellos habían tenido una niña a la que llamaron Elizabeth como a su abuela materna.

»Ninguna de las dos parejas se había casado, pero pronto Albert y Susan empezaron a recibir las presiones de la familia de Vermont para solucionar aquel pequeño descuido. En realidad, nosotros tampoco veíamos necesario aquel trámite, pero quizás fuese una buena excusa para juntar a toda la familia. Susan estaba decidida a convencer a quien hiciese falta para que la boda se celebrase en su ciudad. A nosotros nos daba lo mismo y una vez que decidimos que preferíamos ir allí para evitarnos tener que organizarlo todo y que tanto a Ada como a Sara y Sally les caía más cerca, empezamos a ayudar a la joven a convencer a mi hijo.

»Se casaron en 1.975. Los padres de Susan tenían una casa bastante grande en las afueras de la ciudad. Yo creo que imaginaban que mi familia era la típica gente urbana y snob, ¡veníamos de California!, y se llevaron una grata sorpresa al conocernos. Yo les hablé de Can Tomeu, de cómo se parecía aquel lugar al sitio donde yo crecido y en seguida confraternizamos.

»Álex se unió al grupo cuando llegó con Ada, sus tres hijos, su nuera y su nieta. Más tarde llegaron Sara con Hans, Marta, que traía a su marido, Lluís, y

Clara, Robert y sus hijos en representación de Sally. Manuel estaba delicado del corazón. Lo habían descubierto recientemente y no se atrevían a hacer un viaje tan largo. Fue una gran fiesta y lo pasamos muy bien. Hay que aprovechar los buenos momentos cuando llegan porque un buen día se acaba todo y solo nos queda lo vivido.

—¿Estas bien? —preguntó Kevin.

—Perdona, sí, estoy bien. Tan solo he pensado que fue la última vez que estuvimos todos juntos. Bueno, todos en realidad no porque ya había bajas muy importantes como por ejemplo mi tía, pero bueno, fue la última vez en que a falta de Sally nos pudimos reunir como mínimo a nivel de mi generación.

—¿Qué pasó?

—Preferiría que lo hablásemos mañana. Hoy ya te he hablado de la muerte de tres personas, no quisiera que esto acabase pareciéndose a las necrológicas de un diario. Ya te dije que tengo cien años y que lógicamente están todos muertos.

—Lo recuerdo, me impresionó el comentario.

—Pues entonces ya puedes imaginarte que alguien estaba a punto de partir.

Se quedaron unos segundos en silencio. Kevin no tenía ninguna intención de preguntar. No quería presionar a Thomas preguntándole de quien se trataba. Tenía razón, ya empezaban a tener todos una edad y estaba claro que empezarían a desfilar uno tras otro. Hizo un cálculo rápido: en 1.975 Thomas, Álex y Agnès tenían 60 años, Ada 58 y Sara 55. Sally ya tenía 72 años y Manuel debía estar más o menos en una edad parecida. No sabía cuántos años tenía Hans, sabía que era algo mayor que Sara, pero pongamos que como mucho debería estar en los 60.

Ninguna de aquellas edades era muy avanzada, ni siquiera para la época, aunque estaba claro que habían dejado de ser jovencitos. De la lista quedaban descartadas Sara y Ada que habían muerto hacía poco así que todo se reducía a Hans, Manuel, Sally, Agnès o Álex.

Thomas no había comentado nada de lo que le había hablado de Agnès, pero le había explicado que la relación entre ellos había evolucionado en positivo. Kevin dedujo que Agnès debía haber roto con William Robinson. No sabía qué hacer. ¿Debía preguntar? Quizás Thomas no quería hablar del tema, pero no comentar nada tampoco le pareció correcto. Se debatió unos segundos hasta que finalmente se decidió por preguntar.

—Thomas, ayer me hablaste de William Robinson y hoy me has dicho que Agnès y tú estabais bien como pareja a finales de los sesenta. ¿Debo entender que aquella relación acabó un buen día?

—La verdad es que la relación acabó. Te contaré lo que pasó, pero con las mismas condiciones que ayer. Esto nunca puede salir a la luz.

—Puedes confiar en mí.

—Agnès siguió durante un tiempo viéndose con aquel hombre. Imagino que se enamoró de sus cualidades y seguro que influyó el glamour que rodeaba todo aquel mundo. No lo sé, y la verdad es que cuando supe de esta historia él ya estaba muerto y no pude conocerlo.

»El caso es que ella se debatía entre su amor de toda la vida, y aquella aventura que estaba viviendo. Él le presionaba para que me dejase y se quedase con él, pero ella me seguía queriendo y no era capaz de planteárselo. Además, estaban los niños. No podía acabar con una familia de aquella manera. Estaba atrapada y no sabía qué hacer.

»Agnès no tenía verdaderos amigos en los Estados Unidos a parte de Ada y Álex. Todo lo demás eran relaciones laborales. No se atrevía a confesarse ante Ada. Ella era mi hermana y hubiese sido muy difícil. La hubiese puesto en un compromiso. Tras dar muchas vueltas decidió llamar a Álex. Quedaron para comer juntos en un lugar de Manhattan, la verdad es que no se cual. Ella estaba ultimando algunos temas de la película y Álex se desplazó con cualquier excusa. Estaba muy preocupado. No sabía de qué se trataba, pero debía ser importante cuando le había citado a él y le había rogado que no contase nada a nadie, lo que quería decir que no me lo explicase a mí ni a Ada.

»Cuando Agnès entró en el restaurante, Álex ya estaba. Se puso de pie y la saludó con la mano para que le viese. Ella llegó hasta él y tras darle dos besos se sentó y no pudo evitar las lágrimas.

»Álex estaba muy preocupado. No sabía que pasaba, pero debía ser grave. Poco a poco Agnès le fue explicando todo lo que había pasado con William Robinson y cuáles eran sus sentimientos hacia mí. Le contó el dilema que estaba viviendo. Aquello no podía mantenerse por más tiempo a no ser que quisiese volverse loca. Álex la escuchó sin abrir la boca y cuando ella acabó pasaron unos segundos en silencio. Finalmente Álex habló:

»—No sé qué pensar... Estas cosas pasan y te mentiría si te dijese que no soy capaz de entenderte, ya que conozco todo lo que ha pasado durante estos años. Han sido años muy duros y comprendo que cuando se pasa por todo esto es normal que si nos ofrecen un mundo supuestamente mejor queramos aprovecharlo. Imagino que es natural.

»—Yo sigo queriendo a Tom.

»—No lo dudo. Tom tampoco es una persona fácil. Puede llegar a ser muy

rebuscado e incluso a veces cuesta entenderlo. Tiene su carácter y su genio, aunque a pesar de todo Tom es Tom. Quiero decir que es un gran tipo. Yo nunca he conocido a nadie igual. Es mi amigo, quiero a ese cabezota y no quiero ni pensar cómo puede sobrellevar que le abandones.

»—Yo también le quiero —dijo Agnès.

»—Pues entonces, si le quieres, y teniendo en cuenta que puedes haberte visto deslumbrada por lo que te ofrece Robinson, deberías actuar en consecuencia. Mira, Agnès, todos podemos tener una crisis y más en matrimonios que duran tantos años, pero solo de ti dependerá que sea una crisis o que acabe siendo la ruptura de la relación. Debes valorar lo que tienes, lo que te ofrecen y lo que quieres. Lo siento mucho, no puedo decirte nada más.

»Estuvieron en silencio un rato.

»—Gracias por escucharme —dijo Agnès— y por comprenderme.

»—Caramba, creo que somos amigos desde toda la vida. Siempre te he apreciado muchísimo y te reconozco que se me adelantó Tom, si no hubiese sido yo quien te hubiese buscado —dijo medio en broma y medio en serio.

»Ambos rieron a pesar de que las circunstancias no invitaban a eso.

»—Tomaré una decisión —dijo Agnès.

»Cuando acabaron de comer cada uno volvió a su mundo. Agnès se quedó conmigo y debo decirte que se quedó con todas las consecuencias. Se entregó a recuperar nuestra relación y con paciencia y trabajo nuestra vida en pareja volvió a ser tan excelente como lo había sido siempre.

»Álex nunca me contó nada. Agnès tampoco. Imagino que los dos pensaron que no tenía sentido. Solo me hubiese causado dolor. Ada me lo contó cuando Agnès ya no estaba. Ella lo había intuido y finalmente había conseguido que Álex se lo contase. Como ves, a pesar de todo, éramos personas con los mismos defectos y virtudes que el resto de los humanos.

—Gracias por confiarme esta historia.

—Está bien que la conozcas para que no te dejes deslumbrar por lo que te he contado. En algún momento he pensado que no dibujaba a personas de carne y huesos si no a seres casi míticos. —Thomas rio de lo que acababa de decir.

Era la hora de comer así que Kevin acompañó a Thomas al comedor y le dejó allí rodeado de sus amistades y discutiendo sobre las próximas elecciones al parlamento español que se iban a celebrar en breve.

Salió rumbo a la Fonda a seguir trabajando.

CAPÍTULO 26

El paso del tiempo

Estaba tan concentrado en lo que hacía que cuando sonó el teléfono dio un salto. Ya era tarde, así que la llamada tenía que venir por fuerza de Boston. Miró la pantalla y en efecto, era John. Descolgó.

—Hola, John. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Kevin, espero no pillarte durmiendo. Te llamo ahora porque acabo de salir de un consejo de dirección donde se ha hablado de tu proyecto y hay novedades que quisiera comentarte.

—Estaba trabajando. Me gusta la tranquilidad de la noche.

—Como te contaba, vengo de un consejo —dijo John a la suya, como siempre—. Está todo el mundo muy contento con tu trabajo y se te está empezando a asignar proyectos aquí para cuando vuelvas, aunque hay un pequeño problema.

—Que es...

—Que en más o menos quince días deberías regresar. Alrededor de final de mes. Ellos querrían tenerte aquí antes, pero yo creo que podré hacerlos esperar hasta entonces. Ya veremos que me invento, pero no podré alargar mucho más.

—¿A qué vienen esas prisas ahora? De todas formas ya no tardaré mucho en acabar mi trabajo aquí. Tenemos todo bastante embastado.

—Te aconsejo que acabes las entrevistas lo antes posible. Del montaje ya nos encargaremos desde aquí. ¿Te queda mucho?

—La última referencia que tengo es de 1.975 así que no queda demasiado. Tal y como predijo, ahora ya vamos muy rápidos. Quizás diez días...

—Está bien. Haré lo que pueda, pero no alargues más.

—Pero insisto en preguntarte el porqué de tanta prisa cuando ya casi estamos...

—Hay otro proyecto importante. El partido demócrata ha pedido que te pegues a Hillary Clinton en su campaña electoral. Sabes que en noviembre tenemos elecciones presidenciales y necesitan que un periodista joven con el prestigio que te dará la publicación de las memorias de Levi sea el que acompañe su campaña electoral. Esa es la razón por la que no quieren esperar mucho y me están presionando. Ya sabes que parte de nuestro consejo director es demócrata. Te quieren a ti.

—Ostras, no sé si me apetece mucho meterme en este tema. Es política y representa ganarte a unos pero perder a otros, hablo de lectores.

—¿Eres simpatizante de los republicanos? No lo había pensado...

—Ni mucho menos. No me identifico demasiado con ninguno de ellos, pero, en todo caso, Hillary me parece una buena opción para la presidencia. Lo que no me gusta es la política. Me interesaba mucho más ella cuando era la primera dama y tuvo que afrontar el tema Lewinsky. Esa era la Hillary Clinton que a mí me podría provocar un buen artículo. El personaje.

—Te entiendo, pero tienes que pensar que es trabajo y que al igual, que esto te va a aportar un prestigio, lo mismo que los reportajes de Girona o Sevilla, la campaña demócrata también lo hará. Por un momento imagina hasta donde te puede catapultar si gana las elecciones.

—Tienes razón —tuvo que reconocer Kevin— e imagino que al mismo tiempo que me catapultaría también lo haría con la editorial.

—Y conmigo, recuerda que somos un equipo... aunque por la editorial ¿Qué quieres que te diga? Dreams ya tiene un elevado prestigio por sí misma, no nos necesita ni a ti ni a mí. Tiene infinidad de proyectos en marcha, algunos de mucha volada, así que podría prescindir de nosotros, pero eso no funciona igual a la inversa. Estamos en un «momento dulce» y créeme que esos momentos igual que llegan se van, así que debemos aprovecharlo.

—De acuerdo, por supuesto que seguiré tus instrucciones. Intentaré terminar en diez días. Igualmente todo el material lo trabajaré desde aquí mientras me queden horas suficientes como para dedicarme a ello. Cuando regrese tan solo nos faltará montar las últimas conversaciones y cerrar nuestra parte del tema.

—Perfecto —dijo John—. Yo me comprometo a conseguirte esos diez días. Desde aquí te haremos la reserva de avión para el viaje de vuelta. Te sorprenderá el recibimiento que vas a tener, nada que ver con cuando te fuiste.

—¿No exageras? —dijo Kevin riendo.

—En absoluto. Ya te he dicho que cuando te enviamos dudaban de que fueses la persona idónea. Demasiado joven y sin ningún gran proyecto anterior. En cambio, ahora que tenemos la mayoría del material están todos sorprendidos por el gran trabajo que has hecho.

—Imagino que no es mío todo el mérito. Levi lo ha puesto muy fácil. Es un gran personaje y su vida, al menos durante los primeros años, fue muy interesante. Imagino que eso ayuda a que el resultado sea el que me comentas.

—Quizás. Tengo que dejarte. Buenas noches.

Y tal y como hacía siempre, John colgó el teléfono sin esperar la respuesta de

despedida. Kevin se quedó pensativo durante unos minutos. Quería aprovechar aquel momento profesional en el que parecía que estaba entrando. No había esperado aquello cuando empezó aquel proyecto. Nunca dejaría de sorprenderse.

No quería dejar inacabado lo que estaba haciendo y quedaba muy poco para finalizar así que miró el reloj y se puso manos a la obra, al día siguiente le costaría levantarse si alargaba mucho más la velada.

No volvió a pensar en aquella conversación hasta que se metió en la cama. Cuando su cabeza se apoyó en la almohada empezó a resonar en su cerebro todo lo hablado. Quedaban diez días para que tuviese que despedirse de Thomas Levi, diez días para acabar con su relación con Celia, al menos en su estado actual, diez días para volver a la rutina en Boston donde tendría que someterse a un horario fijo, al frío de aquella época del año y a la relativa soledad de su vida en los Estados Unidos.

Suspiró, no le quedaba otro remedio. Comprobó que el teléfono móvil estaba desconectado y el fijo descolgado, se tapó y hundió su cara en los cojines que le rodeaban buscando la postura más cómoda para poder dormir.

Por la mañana, con la mente bien fresca y mientras se duchaba, empezó a formarse en su cabeza una idea... ¿Qué pasaría si le proponía a John que le encargasen aquellos trabajos itinerantes que surgiesen en la editorial? No surgían cada día, pero de tanto en tanto era necesario desplazar a alguien unos días, unas semanas o unos meses a algún lugar lejano para poder cubrir un artículo o un reportaje. Lo propondría a su regreso, aunque sabía que durante el año 2.016, al menos hasta noviembre, mes en el que se celebrarían las elecciones presidenciales, tenía asignado el trabajo de seguimiento de la señora Clinton, así que no podía hacer mucho, pero seguro que daba tiempo a que en esos meses se estructurase un área como la que se le había ocurrido.

No se precipitaría, iría con paciencia e intentaría convencer a su jefe y hacerle ver las posibilidades de lo que pretendía.

Hoy comentaría con Celia y con Thomas la conversación con John para que no les cogiese por sorpresa su partida. Habían establecido un vínculo muy personal y aunque la relación entre Celia y él se acabase tal y como era actualmente, estaba absolutamente convencido de que podrían mantener una futura relación de amistad. También tenía que avisar a Mark. Iría un día a Barcelona a cenar con él y despedirse.

Pensó en cómo había cambiado su apreciación de las cosas y, entre ellas, su punto de vista sobre la vida y las relaciones en aquel viaje. Estaba convencido de que quería dedicar una parte importante de su vida a viajar. Salir de su «zona de

confort» le había proporcionado una riqueza interior que no esperaba obtener. Solo tenía treinta años, bueno, no le faltaba mucho para cumplir treinta y uno, y decidió que era el momento de dar un golpe de timón a su existencia.

Thomas y todos los personajes de su historia, al menos los más próximos, se habían movido por el mundo ya a principios del siglo XX y aquello les había abierto la mente en una sociedad mucho más cerrada. ¿Qué no podría obtener él ahora con todo de su parte cien años más tarde?

Poco a poco la tristeza de la próxima despedida fue siendo reemplazada por el optimismo por las nuevas aventuras.

Estaba animado cuando llegó a la residencia y al entrar le avisaron de que la doctora había venido aquella mañana y había pedido que le dijese que pasase un momento por su despacho cuando le viesen llegar.

Kevin no se esperaba encontrarla aquel día, así que, sorprendido, se dirigió hacia allí.

—Buenos días —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—, me alegro de verte.

Celia, que estaba de espaldas buscando algo dentro de su bolso, se giró al oír su voz.

—¡Hola, Kevin!, ¿Cómo estás?, te he echado de menos —le respondió rodeándole los hombros con sus brazos y estirándose para besarle mientras el ajustaba la puerta.

—Me alegro mucho de verte. Es toda una sorpresa.

—¿Tienes diez minutos?, siéntate y hablamos un poquito. Tenía que pasar por aquí para buscar unos documentos y he pensado dejar un recado en recepción para que no nos cruzásemos sin vernos. En un poco me tengo que ir pitando.

—Claro que tengo tiempo —dijo Kevin sonriendo— y más después de tantos días sin vernos. Empezaba a pensar que no te gustó acompañarme a París.

—No digas tonterías —rio ella.

—¿Estas muy liada?

—Sí, pero ya se acaba. La semana que viene todo el mundo se habrá incorporado y podremos volver a la vida normal. Ya tengo ganas, tengo mis asuntos aquí bastante abandonados y no me gusta nada. Ya sabes que en estas cosas soy muy cuadrículada y prefiero tenerlo todo controlado.

—Pues, hablando de trabajo, tengo noticias para comentarte.

—No me digas.

—Sí. Ayer me llamó John Brown y en diez días quieren que este de vuelta en Boston. Hay un proyecto que tengo que seguir y debo incorporarme.

—Ostras, pensaba que contaríamos con algo más de tiempo...

—Yo también, pero ya ves que no nos lo van a dar. Por Thomas no me preocupa porque creo que en esos días nos da tiempo a acabar. Quizás nos quedará una parte del montaje del libro y de la incorporación de material, pero prácticamente estará todo listo. Me fastidia mucho más no tener más tiempo para que nos podamos despedir con una escapada o de alguna manera un poco especial.

—No te preocupes. Desde el principio sabíamos que esto pasaría. Ha sido muy bonito y yo guardaré muy buen recuerdo de estos meses que hemos compartido. Además, podemos seguir en contacto ¿no?

—Por supuesto —dijo Kevin sonriendo—. Yo pretendo seguir en contacto contigo y quién sabe si visitarte o invitarte a venir a verme. —Se puso serio y le cogió la mano—. Para mí también ha sido muy bonito. No esperaba encontrar a alguien como tú en esta aventura y te aseguro que por muchas cosas que me pasen de ahora en adelante me costará mucho olvidarte, a ti, a tu familia, a esta tierra... Me voy totalmente renovado.

—Me alegro —resolvió ella—, aunque aún nos queda un poco de tiempo, así que aprovechémoslo. La semana que viene estarás aquí y yo ya habré regresado así que podemos organizarnos. De momento esta semana nos tocará resistir como hemos hecho durante la pasada.

—Esperaré impaciente al lunes de la semana próxima.

—Por cierto, ¿le has dicho algo a mi tío?

—De momento no, ahora pensaba comentárselo.

—Buf, se suave porque te ha cogido cariño y te va a echar de menos. Este tiempo que habéis compartido para él ha sido una razón para vivir. Tener que pensar en su pasado, ordenarlo, documentarlo y después explicártelo ha sido muy importante para él.

—Francamente, para mí también lo ha sido. En muchos aspectos se ha convertido en un maestro. Su gran experiencia, su manera de trabajar las vivencias y de relatármelas me ha aportado mucho más conocimiento que algunas de las clases de la facultad de Periodismo.

—Sí, mi tío es así.

—Ya sé que es imposible y casi cruel pensarlo, pero me hubiese gustado conocerlo de joven y haber sido su amigo.

—¿Por qué dices que es cruel?

—Porque para eso yo tendría que haber vivido una época tan dura como la que vivió él y hacer esa afirmación cuando he nacido en un mundo en el que no me ha faltado de nada me parece muy cruel.

—Bueno, tan sólo es un deseo. Mi tío siempre fue alguien capaz de darlo todo por la gente que quería. Su familia, mi tía Agnès, sus hijos, sus nietos, los de Can Tomeu, Ada y sobre todo Álex, su amigo del alma.

—Hoy me va a hablar de la muerte de alguno de ellos.

—Humm..., bueno, tengo que acabar alguna cosa y marcharme —dijo Celia esquivando más preguntas sobre el tema—. Nos llamamos y el lunes nos vemos. El fin de semana volveré a estar liada con las guardias y por eso no te propongo nada, pero te juro que te dedicaré toda la semana que viene.

Kevin la abrazó dulcemente, con cariño. Ella apoyó su cabeza en su hombro respondiendo a aquel gesto. Él tomó su barbilla y levantó su cabeza y cuando la tenía ante sus ojos le dio un beso. Fue un gesto muy tierno, espontáneo, y acto seguido salió del despacho rumbo a la habitación de Thomas.

Tocó a la puerta y no esperó a que le respondiesen. Entró sonriendo a Thomas, que le esperaba sentado en el escritorio.

—Buenos días. Perdona estos minutos de retraso, pero me ha retenido en la entrada una doctora muy acaparadora —bromeó Kevin.

—La he visto esta mañana —respondió Thomas—. Hacía días que no la veía y la encontraba a faltar. Está muy agotada, menos mal que es joven y la gente joven aguantáis todo lo que os echen, pero acaba de volver de vacaciones y ya está cansada y estresada. Se le nota.

—Su trabajo es muy exigente y Celia es una persona muy comprometida con su profesión. Imagino que eso influye mucho en su estado.

—Sin duda, pero yo no puedo evitar sufrir por ella.

—Es natural. Todos sufrimos por las personas que queremos. Por cierto, tengo que hablar contigo sobre nuestro trabajo.

Thomas dejó de ordenar documentos y lo miró atentamente.

—Dreams me insta a volver en diez días. Me quieren encargar el seguimiento de Hillary Clinton durante su carrera electoral y debo incorporarme a más tardar en febrero a su campaña y ya voy tarde. Por eso me piden que acabemos con las entrevistas en estos días que me dan y que si nos falta alguna cosa ya la terminaríamos allí. Por supuesto siempre hará falta tu visto bueno antes de publicar.

Thomas se quedó pensativo durante unos segundos y finalmente concluyó:

—No hay problema, yo creo que con los días que te han dado tenemos tiempo de sobra para acabar con mi relato. Ya has visto que una vez finalizada la guerra el tiempo en nuestras conversaciones corre mucho más rápido. Ya no hay tantos altibajos, aunque alguno tenemos, pero acabaremos y seguramente nos sobrará

algún día para que tú puedas dedicarlo a trabajar desde la Fonda si quieres o dedicarte a pasear por aquí y despedirte de todo esto.

—Tengo que reconocerte que me va a costar volver a Boston. Tú conoces la ciudad, sabes que tiene muchos atractivos, pero también sabes cómo es el clima, las condiciones de vida, la exigencia de la sociedad norteamericana y, en fin, como vivimos allí. Yo creo que aquí se vive mucho mejor. Me he convertido en un europeo mediterráneo totalmente convencido durante estos días.

—Eso es fácil —rio Thomas—, aquí se vive muy bien y aunque te sorprenda y te cueste reconocerlo aquí poco a poco se van abandonando costumbres muy sanas y actitudes positivas en pos de imitar a los norteamericanos.

—Eso sí que es una locura.

—Pero es cierto. Cada vez se están convirtiendo más en norteamericanos que en europeos mediterráneos como tú nos llamas.

—Espero que se den cuenta de su error a tiempo.

—No lo harán. La presión del cine, las series de televisión, las modas y todo lo que llega del otro lado del Atlántico lo hace con mucha fuerza y poco a poco se parecen más a los yanquis.

Callaron unos segundos mientras que ambos se preparaban para empezar el relato del día. Kevin miró su grabadora y la conectó. Abrió su libreta y se preparó para empezar a apuntar. Thomas dio un suspiro y tras unos segundos en silencio habló.

—Nos quedamos en 1.975, en la boda de mi hijo Albert. Aquel fue un gran momento de celebración. El estado de Vermont es muy bonito, boscoso y poco poblado. Las ciudades son pequeñas y la vida muy tranquila. No sé si has pasado por allí alguna vez, pero es un lugar ideal para perderse y desconectar del mundo.

»La llegada del clan Levi alteró la tranquilidad de la vida de la familia de Susan, pero como te contaba ayer celebramos una gran ceremonia.

»Después, todos volvimos a casa, cada uno a su ciudad. Ben se quedó con Agnès y conmigo, mientras que los recién casados hacían su viaje de novios a Acapulco y otros lugares de México.

»Los años siguientes fueron una continuación de los anteriores. Yo seguía escribiendo y de tanto en tanto recibía algún premio. La mayoría eran premios de un cierto prestigio en los Estados Unidos, pero en otras ocasiones me los otorgaban en Europa o en Suramérica y Agnès y yo intentábamos combinarnos de la mejor manera posible para ir juntos a recogerlo.

»Ella seguía con su trabajo en la televisión, pero en 1.980 cuando cumplió los

65 años se jubiló. Decía que merecía un descanso y que había trabajado mucho tiempo. Había decidido que era el momento de disfrutar de los años que le quedasen.

»En aquella misma época yo dejé el diario, pero seguía escribiendo. Me había acostumbrado a ello y para mí se había convertido en una terapia estupenda. Aún había ocasiones en las que necesitaba coger un papel y un bolígrafo y dejar salir los demonios que en ocasiones se manifestaban en mi interior y que provenían del campo de concentración. Generalmente estaban dormidos pero muy de vez en cuando se despertaban y me torturaban llegando a provocarme estados de desánimo y ansiedad.

»Álex seguía trabajando, aunque ahora ya con una jornada mucho más reducida. Su hija Agnès y su hijo Álex habían tomado las riendas de su negocio y en aquel momento lo dirigían con el mismo acierto que su padre. Él era incapaz de quedarse en casa y dejarlos solos, por mucho que ellos cada vez se lo pedían de manera más insistente. Agnès me llamaba de vez en cuando para que hablara con su padre y lo convenciese de que les dejase trabajar.

»A nuestros encuentros familiares en verano y en Navidades habíamos añadido una escapada anual que solíamos hacer en abril o en mayo. Por aquellas fechas nos íbamos los dos solos a algún lugar del país a pasar una semana pescando. En ocasiones íbamos al interior y hacíamos pesca de río, pero otras veces nos habíamos ido a Florida o a otros lugares de la costa para hacer pesca marina.

»Durante esos días no pescábamos demasiado, pero hablábamos de nuestras cosas. Relajados, sin prisas ni presiones. Conversábamos y conversábamos sin parar. Nos explicábamos lo que pensábamos, recordábamos los tiempos pasados y muchas veces yo le explicaba el argumento del libro de turno y lo discutíamos. ¿Quieres creer que era como cincuenta años atrás?

»Aquellos días Agnès visitaba a Ada generalmente, pero otras veces lo dedicaba a salir con sus amistades en Los Ángeles o sencillamente a descansar.

»Aquel año de 1.980 fue el año de Florida e hicimos la inconsciencia de apuntarnos a una excursión con inmersión a pulmón libre. Nosotros empezábamos a tener una edad y nos advirtieron de los riesgos de aquello. No hicimos caso, nos sentíamos como cuando teníamos quince años. Recuerdo que aquella mañana un barco de pesca adaptado para aquella actividad turística nos vino a buscar al puerto. En total éramos seis personas. Una pareja de Atlanta, dos chicos de Miami y nosotros dos. El resto debían ser todos de entre treinta y cuarenta años. Nos pusieron nuestros trajes y nos estuvieron explicando cómo debíamos actuar. El día era muy claro y las aguas cristalinas dejaban ver a

distancia. Nos zambullimos uno tras otro y cuando ya estábamos dentro del agua nadábamos más o menos cerca del monitor. Nos habíamos alejado de la costa y había que prestar atención a que no apareciesen tiburones ni ningún otro animal peligroso. No era una temporada en la que se viesen mucho por allí, aunque siempre existía aquel riesgo.

»El fondo marino era precioso. Estaba lleno de miles de plantas y de todo tipo de peces. La variedad cromática era enorme. La sensación de flotación, tan parecida a lo que debía ser volar, era liberadora. Los dos nos manteníamos en una forma física bastante aceptable para nuestra edad y no tuvimos ningún problema en resistir correctamente aquel ejercicio. Cuando finalmente regresamos al barco el monitor nos felicitó a todos por lo bien que había ido la excursión. Él había temido por nosotros principalmente, pero tuvo que reconocer que habíamos superado la prueba mejor de lo que esperaba.

»Aquellos días volaban. Hacía ya unos años que los organizábamos, pero siempre el tiempo pasaba a toda velocidad y cuando nos queríamos dar cuenta la semana se había esfumado.

»En invierno de 1.981, a mediados de febrero, me otorgaron un premio honorífico en la República Federal Alemana. El secretario de cultura del gobierno alemán me otorgaba aquel reconocimiento por mis relatos relacionados con la segunda guerra mundial. Ellos reconocían que era parte de su historia y consideraban imprescindible recordar aquellos horrores para evitar que se repitiesen.

»Tenía que viajar a la ciudad de *Frankfurt* en el estado de *Hesse*. Yo nunca había estado allí y la verdad es que a pesar de que habían pasado treinta y seis años desde el final de la guerra, para mí, en mi subconsciente, seguía siendo como viajar al infierno, al país del diablo.

»Tuvimos varias charlas en *Dreams* y al final me convencieron para ir. En aquella ocasión, para mayor disgusto personal, Agnès no me podía acompañar. Estaba invitada como jurado en un concurso musical para jóvenes valores que organizaba una importante institución en San Francisco y debía pasar allí más o menos un mes que casualmente coincidía con el tiempo en que yo debía desplazarme.

»Mi viaje duraba solo una semana e incluía un circuito por la República Federal donde debía realizar varias charlas sobre mi obra. Me tenía que desplazar a Múnich, a Hamburgo y a Berlín occidental. Intenté convencer a Carol para que me acompañase, pero no podía, además ahora vivía en San Francisco y Agnès estaría instalada en su casa. Álex tampoco podía venir y

Albert tenía muchos compromisos como para dejarlo todo y seguirme en aquel viaje, así que ni siquiera se lo propuse.

»A pesar de que me había jurado que nunca pondría un pie en territorio alemán, allí estaba un doce de febrero en la ciudad de Frankfurt dispuesto a recoger mi premio. Debo reconocer que la Alemania que yo encontré no tenía absolutamente nada que ver con lo que yo había imaginado. Las ciudades estaban totalmente reconstruidas. Habían recuperado la arquitectura original y habían aprovechado para mejorar todo aquello mejorable. Francamente se había convertido en un país muy bonito.

»La gente también era de trato excelente y nada tenían que ver con los nazis que yo recordaba. Francamente me sorprendió.

»Todo el mundo era muy educado y en mis charlas ante auditorios más o menos numerosos nadie abría la boca. Todo el mundo seguía mis relatos con total atención. En alguna ocasión me invitaron a contar mi experiencia en Auschwitz y vi muchos ojos con lágrimas a punto de caer.

»La parte más interesante de todas fue la de la visita a la ciudad de Berlín. No faltaban muchos años para la caída del muro, pero en aquel momento nadie era capaz de imaginarlo. Viajé desde Hamburgo al aeropuerto de Tempelhof, enclavado en la ciudad.

»Evidentemente me acerqué tanto como pude al muro y a lo lejos pude divisar la puerta de Brandemburgo. Me paseé cerca del Check point Charlie mientras mi mente volaba imaginando un montón de ideas y posibles escenas para escribir un libro cargado de espías, traiciones políticas y demás historias.

»A lo mejor, mi próximo libro debía servir para congraciarme con aquel gran país que aún estaba pagando las consecuencias del horror y la muerte que había provocado un tiempo atrás.

»Por aquellos tiempos no existían los teléfonos móviles y cuando emprendías un viaje como el que yo estaba haciendo intentabas conseguir los números de teléfono de los hoteles donde te ibas a alojar por si tuvieran que localizarte desde casa o desde la oficina.

»En aquella ocasión no lo había hecho. Había pedido a Dreams que me los diese, pero la verdad es que después olvidé dárselos a mi familia y quedaron encima de mi mesa del estudio de casa.

»La madrugada del día en que ya partía de regreso a casa el teléfono de mi habitación sonó. Yo tenía el sueño pesado y costó que aquel sonido me devolviese a la realidad, pero cuando lo hizo empecé a sentir palpitaciones. Aquello no podía significar nada bueno.

»—¿Papá? —era Albert

»—Hola, hijo, ¿Qué pasa?

»—Hostia, papá, llevo horas buscándote. Tendrías que haberme dejado tus teléfonos.

»Noté por su voz que estaba muy alterado.

»—Perdona, hijo. ¿Qué pasa?

»—Por favor, no te pongas nervioso —aquello tuvo justo el efecto contrario al que pretendía—, te llamo porque mamá y Carol han tenido un accidente de coche. Por lo visto el accidente ha sido bastante grave, pero el compañero de Carol me ha dicho que la policía le había dicho que las dos estaban vivas y las llevaban al hospital.

»Yo me quedé en silencio. En aquel momento intentaba seguir respirando sin que me diese un infarto.

»—¿Papá? —insistió Albert.

»—Sí, hijo, estoy aquí.

»—No sé nada más. Aquí son las seis de la tarde. Me voy al aeropuerto a coger el primer avión que salga hacia San Francisco. ¿Cuándo vuelves tú?

»—Mi avión sale de Berlín en unas seis horas más o menos. Hacemos dos escalas, una en París y otra en Nueva York. Llamaré a Dreams para que me cambien el vuelo de Nueva York a Los Ángeles y me lo den a San Francisco.

»—Me parece bien. De todas formas, yo espero llegar a San Francisco antes de que tú salgas de Berlín, así que tan pronto como tenga noticias intento llamarte al hotel y si no te encuentro dejaré un mensaje a Susan en casa.

»—Gracias, hijo, nos vemos en unas horas.

»—Hasta luego, papá.

»Cuando colgué me quedé sentado en la cama y empecé a llorar. Tenía un miedo terrible por lo que pudiese pasar. No estaba preparado para vivir sin Agnès ni para tener que superar la muerte de uno de mis hijos. Prefería morir yo cien veces y de la peor manera posible antes de tener que pasar por eso.

»Por la diferencia horaria entre Los Ángeles y Boston a aquella hora no debía haber nadie en Dreams, pero en la delegación de mi ciudad seguro que quedaba gente. Busqué en mi agenda y encontré el teléfono y llamé. Sonó una vez, otra... Yo pensaba: «Por favor descuelga, descuelga...». Y descolgaron.

»—Dígame.

»Conocía a la propietaria de aquella voz.

»—¿Betty?

»—Sí. ¿Thomas Levi?

»—Hola, Betty, sí. Soy Thomas.

»—¡Thomas! ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

»—No. Necesito tu ayuda.

»—Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

»—Me acaban de avisar de que mi mujer y mi hija han tenido un accidente en San Francisco. Yo regreso en unas horas, pero mi avión vuela de Nueva York a Los Ángeles. Quisiera saber si puedes encargarte a alguien que me cambie el vuelo a San Francisco.

»—Déjalo en mis manos, no te preocupes por nada. Cuando llegues a Nueva York, ve al mostrador de tu compañía y tendrás el cambio hecho. Buena suerte, Thomas.

»—Gracias.

»A menudo pensamos que el tiempo pasa volando, pero esto es muy relativo. El viaje desde Berlín a San Francisco se me hizo eterno. Ahora mismo no sabría decirte cuántas horas duró, pero la sensación que tuve era que aquello había durado una eternidad. Mi hijo me había llamado aquella mañana para explicarme que estaba en San Francisco y que había hablado con el médico. Le habían dicho que Carol estaba bien aparentemente y que la tenían en observación y que Agnès estaba inconsciente y que tendrían que esperar a que despertase y ver como evolucionaba. De momento no podían decir nada más.

»Conducía Carol, llovía con intensidad y un coche en sentido contrario les había golpeado y las había sacado de la carretera. Habían tenido mucha suerte porque las dos estaban intactas fuera de algún que otro golpe, pero el coche había quedado destrozado. Carol, en el momento del accidente, conducía a muy poca velocidad y eso les había evitado morir en el acto. A pesar de todo, Albert le explicó que ella se sentía culpable y que no paraba de llorar.

»Durante el vuelo por encima del Atlántico intenté concentrarme en la película que nos pusieron, pero todo fue inútil. Tampoco probé bocado y ni siquiera conseguí dormirme, así que pasé cada uno de aquellos minutos esperando el momento del aterrizaje.

»Tal y como me había dicho Betty que hiciese, tenía el cambio de billete hecho y mi avión salía en unos minutos rumbo a San Francisco. No tuve mucho tiempo para hacer el trasbordo. Afortunadamente llevaba poco equipaje y todo lo había subido a la cabina para poder ir más rápido en los cambios de vuelo. Dreams me había enviado a Europa en primera clase y aquello tenía alguna que otra ventaja.

»Cuando llegué al Aeropuerto de San Francisco corrí a coger el primer taxi y fui directo al hospital. Albert me había indicado la planta donde estaba su madre.

Cuando me vio desde el fondo del pasillo me sonrió. Imagino que lo hizo para calmarme desde lejos, no porque tuviese muchas ganas de sonreír. Estaba solo tomando un café de la máquina que había en aquella planta.

»—Papá —me dijo desde lejos—, mamá ha despertado.

»Yo avancé hacia él que me acogió entre sus brazos.

»—Va, tranquilo. Todo ha sido un gran susto, pero parece que no va a haber ningún tipo de secuela. Mamá despertó esta noche y preguntó por ti. Le hemos dicho que estás de camino. Carol y ella comparten la habitación, pero a tu hija le darán hoy mismo el alta. Mamá tendrá que quedarse un par de días hasta que comprueben que no hay ningún coágulo ni nada que nos pueda dar más tarde un susto.

»—No sabes hijo mío lo que he sufrido.

»—Me lo puedo imaginar, pero ahora relájate, no quiero que te de un infarto a ti o un síncope y tengamos que correr. Aunque bien mirado estamos en el hospital, así que si quieres... —bromeó para aflojar la tensión del momento.

»Entré en la habitación y enseguida mi hija se levantó y vino hacia mí. Nos abrazamos.

»—Lo siento, papá. No fue culpa mía. Se nos echó encima un coche y no pudimos hacer nada. Menos mal que íbamos muy lentas y por eso no ha sido más grave...

»—No te preocupes, ya está. Estas cosas pasan —le dije mientras que le acariciaba suavemente la cabeza.

»Agnès dormía. Le habían dado un calmante y estaba conectada a varias máquinas que controlaban sus constantes vitales. Se la veía relajada.

»Pasaron varias horas y mis hijos fueron a comer. Yo no quise moverme de allí, esperaba que ella se despertase. La habitación estaba en silencio y en penumbras para que ella estuviese relajada.

»—¿Tom? —susurró.

»—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

»—Bien, no te preocupes. Te has llevado un buen susto, ¿no?

»No pude evitar que se me cortase la voz en el momento de contestarle.

»—No te imaginas el viaje de vuelta que he tenido.

»—Lo siento vida mía, no ha sido culpa de la niña. Se nos tiró un coche encima, pero es que no te puedes imaginar cómo llovía. Pasó todo muy rápido y casi no pudimos reaccionar.

»—Ya me lo han explicado. ¿Cómo te encuentras?

»—Atontada, pero es por los calmantes que me dan para que duerma. De

verdad que estoy perfectamente. Parece que me quieren tener aquí un par de días y después podremos volver a casa.

»—Vamos a ver que dice el médico... Ostras, Agnès, pensé que me quedaba sin ti. No estoy preparado para eso.

»Ella sonrió.

»—No tengo intención de morirme, al menos de momento. No voy a dejarte, no te preocupes.

»El médico nos aseguró que no había peligro, así que convencimos a Albert para que volviese a Los Ángeles. No habíamos dicho nada a Ada ni a nadie de la familia. Cuando llegásemos a casa todos ya les llamaríamos y le explicaríamos. Albert regresó a Los Ángeles al día siguiente y yo pasé las dos noches siguientes en casa de mi hija a la espera de que le diesen el alta a Agnès. Cuando finalmente salió del hospital pasamos algún día más y después alquilé un coche y decidimos regresar bordeando la costa californiana en dirección al sur.

»La vida me había dado un primer aviso. Me recordó que no éramos eternos y que en cualquier momento podía apagarse la luz que iluminaba el escenario de nuestra existencia en aquel mundo. Había que disfrutar de los pequeños momentos que nos ofrecía la vida. Aquella consciencia especial me hacía prestar atención a pequeños detalles y a valorar momentos especiales de una forma que hasta aquella época no había hecho. Me estaba volviendo cada vez más cuidadoso de mis relaciones y valoraba mucho más los buenos momentos pasados con los míos. Intentaba dedicar todo el tiempo que podía a mi nieto Ben, que era por el que tenía una especial predilección, pero sin dejar de lado a los otros dos hijos que había tenido Albert. Por primera vez en mi familia desde que tenía conocimiento habíamos tenido mellizas. Eran dos niñas: Susan y Agnès. Bonito detalle de ponerle el nombre de mi mujer y por supuesto el de su madre que también era el de la abuela.

»Como Susan estaba colapsada por las dos pequeñas, Ben pasaba días en casa. Recuerdo especialmente la escapada con Álex. Aquel año de 1.985 habíamos decidido ir a Colorado a pescar y hacer un poco de turismo. Los dos estábamos a punto de cumplir 70 años y dudábamos de cuánto tiempo podríamos realizar aquellas excursiones. Planeábamos una gran fiesta ya que Agnès y nosotros dos llegábamos a aquella edad. Hacía solo un par de años que Manuel había muerto con casi ochenta años y Sally le había seguido poco tiempo después.

»Especialmente para mí había sido muy triste porque siempre habíamos tenido una relación un poco especial. Para mí, ella, a pesar de los años, seguía siendo la joven que nos había llevado hasta Can Tomeu. Era como mi hermana.

»—Empiezan a marcharse los de nuestra generación —me comentó casi sin dar importancia al tema, sentado en una de aquellas sillas especiales para pescar.

»—Sí. Estaba pensando en Sally y en todo lo que hizo por nosotros cuando éramos pequeños.

»—Es ley de vida, no tenemos ninguna alternativa.

»—El tiempo ha pasado muy rápido...

»—Bah, eso lo dices ahora, pero sabes que no ha sido así. Piensa en todos los momentos difíciles vividos y verás que no pasaba tan rápido.

»Nos quedamos en silencio unos segundos. Álex tenía razón.

»—¿Puedo pedirte un favor? —dijo Álex mirándome muy serio.

»—Sabes que puedes pedirme lo que quieras —le respondí.

»Mi amigo se quedó unos segundos en silencio y con la mirada perdida, pensando en la mejor manera de decirme lo que pretendía. Finalmente lo dijo directamente.

»—No me dejes sufrir.

»—¿Qué tontería es esa?

»—Tom, tengo una enfermedad coronaria. Mi médico le llama cardiopatía. Tengo las arterias obstruidas y eso eleva el riesgo de que en un momento o en otro sufra un infarto. De momento está más o menos controlado con pastillas, pero ya sabes cómo son las cosas. El riesgo está ahí. Por lo visto además hay una malformación coronaria aunque no se explicarte bien en que consiste pero hace que sea una bomba de relojería. ¿Quién lo hubiese dicho con la vida que he llevado?

»—No me habías dicho nada... ¿Hace mucho que lo sabes?

»—Sí. La verdad es que hace unos cinco años que lo sé y desde entonces me he ido tratando con bastante éxito, pero últimamente ya no respondo muy bien a las medicinas. Imagino que mi cuerpo se ha acostumbrado.

»—Ostras, y yo llevándote a alturas como estas en las Rocosas o haciendo submarinismo. Me lo podrías haber dicho.

»—¿Para qué? Soy yo quien decide y me conoces perfectamente. Prefiero que me dé un infarto y quedarme frito a estar un montón de años sentado en una silla tras una urna de cristal para que no me pase nada.

»—No, por favor —dije—, no podré soportar que te mueras. Hemos estado toda la vida juntos. No me da la gana.

»Álex me miró sorprendido por la reacción y empezó a reír. Primero suavemente y poco a poco cada vez más. Yo estaba muy enfadado. Me cogió por el hombro, con su gesto de protección, y me soltó un beso en la sien.

»—Tomás, Tomasito... Ni que importase un pimiento lo que queramos.

»—Ada no me ha dicho nada —le dije pensando en que cuando tuviese ocasión de hablar con ella le preguntaría porque no me lo había comentado.

»—Ada no te puede decir nada porque no sabe nada.

»—Pero, Álex, ¿cómo puedes decirme eso y quedarte tan tranquilo?

»—Tom cálmate. Te lo estoy diciendo a ti en este momento. Cuando vuelva se lo diré a Ada y ya está, pero no quiero que sufráis por mí ni que me miréis como a un enfermo. Tan solo quiero que cuando llegue el momento tengas el valor de ayudarme a morir. Nada más.

»—¿Me estás pidiendo que te mate?

»—No, hombre, no. Te estoy pidiendo que, en el caso en que llegue el momento, hables con el médico y me ayudéis.

»—No creo que sea fácil eso que pides.

»—Lo es y además mi médico está al corriente. Por favor, vívelo como algo natural. Estamos a punto de cumplir setenta años. Somos mayores, hemos superado guerras y campos de concentración. La vida nos ha dejado disfrutar de nuestras mujeres, tener hijos, verlos crecer y hasta hemos vivido en una abundancia económica que no nos esperábamos, al menos yo, así que démonos por satisfechos y cuando llegue el final aceptemos que es así.

»—No podré vivir sin ti. Nuestro caso es como eso que cuentan de los gemelos que se pasan la vida juntos y si a uno le pasa algo el otro lo sabe.

»—Exageras. Claro que podrás vivir sin mí. Además, no sé si me voy a morir antes que tú o será al revés. De momento sólo sé que tengo una enfermedad seria y que es probable que tenga problemas. Nada más.

»—Te ayudaré —dije y hasta me sorprendí cuando me oí decirlo.

»—Gracias. Eso es lo que quería oír.

»Nos quedamos los dos en silencio mirando al río que teníamos delante. Mi cabeza iba a toda velocidad y a mis sesenta y nueve años y habiendo pasado por todo lo que había pasado no pude evitar ponerme la mano derecha en los ojos para intentar ocultar las lágrimas que me caían.

»—Caramba, Tom —dijo Álex—, cálmate.

»—Perdona, no quería...

»—Va, amigo. —Volvió a pasarme el brazo por el hombro—. Uno de los dos se tiene que ir antes que el otro. Me alegro si soy yo el que se larga primero. Por cierto, que ya que estamos, aquí y ahora, ¿no te parece que lo mejor sería que disfrutásemos de estas pequeñas vacaciones?

»—Tienes razón...

»Me costó y Álex puso mucho empeño, pero al final pasamos una gran semana juntos. Nos divertimos, reímos y como siempre no conseguimos pescar casi absolutamente nada, pero la finalidad que en realidad era pasar unos días juntos hablando de nuestras cosas, o sin hablar de nada si que la conseguimos.

»Cuando regresé a Los Ángeles no pude evitar explicarle a Agnès lo que me había dicho Álex. Ella se preocupó y quería llamar a Boston para hablar con ellos.

»—No lo hagas Agnès, Ada no lo sabía todavía y debe ser él quien se lo diga.

»Pero todos estábamos equivocados. Hacía un tiempo que Ada había encontrado una carta del médico con un informe sobre el estado de salud de su marido. No lo había buscado, pero, un día en que tenía a los hijos de John en casa, recibió una llamada que decidió atender desde el despacho de Álex. Casi sin querer fue a dar con aquel documento.

»No dijo nada. Apuntó los datos del médico y al día siguiente se presentó en la consulta. Al principio el médico se negó a explicarle nada, pero ella supo convencerle. No tengo ni idea de que argumentos utilizó, pero finalmente consiguió que le explicase todo lo que le estaba pasando a su marido. Acordaron no avisarle de que ella estaba al corriente.

»Cuando Álex le rebeló la situación a la vuelta de nuestra escapada anual ella siguió el guion acordado con el médico preocupándose y pidiendo más información para evitar descubrir al cardiólogo.

»Aquel verano, cuando nos encontramos los cuatro en Los Ángeles, me di cuenta de que mi hermana había adelgazado mucho y francamente hacía mala cara, pero a pesar de que yo intenté hablar con ella para compartir nuestra preocupación, ella prefirió desahogarse con Agnès.

»Aparentemente Álex estaba bien, hasta de muy buen humor diría yo.

»Como solían hacer, regresaron a Boston tras mi fiesta de cumpleaños a principios de septiembre. Aquel año queríamos estar allí para la de Álex a finales de octubre. Todos cumplíamos setenta y se tenía que celebrar a lo grande.

»Era el diez de octubre cuando recibí una llamada de Ada.

»—Hola, Tomás, tendrías que venir a Boston. Álex está ingresado.

»No hizo falta decir mucho más. Agnès y yo preparamos la maleta en una hora y al cabo de ocho horas entrábamos por la puerta del hospital. Ada estaba en el pasillo. »Era una habitación especial de Cuidados Intensivos y solo se podía entrar ratos muy cortos. Nos abrazamos.

»—¿Cómo está?

»—No hay nada que hacer —dijo Ada—. Yo creo que te está esperando para

despedirse de ti.

»En aquel momento tenía a mi hermana abrazada y a Agnès también. Ellas lloraban y yo intentaba contenerme.

»—Voy a entrar —dije.

»—Espera, creo que es mejor que primero entre Agnès y después entra tú.

»Agnès consiguió calmarse un poco y dominarse. Se puso la bata y el gorro verde, y entró. Desde el cristal que teníamos delante veíamos como le acariciaba la cara y le pasaba la mano por el pelo. Estaba serena, sentada a su lado, y él la miraba. No sabíamos si estaban hablando y que se decían.

»—Álex me pidió que no le dejase sufrir —dije.

»—A mí también me lo dijo —comentó Ada.

»—¿Ha llegado el momento? —pregunté casi sin conseguir que el aire saliese de mis pulmones y notando un pinchazo fuerte en mí estómago.

»—Sí, Tomás —dijo mi hermana cogiendo mis manos entre las suyas—. El médico ya está avisado. Ahora cuando salga Agnès debes entrar tú y cuando ya os hayáis despedido entraré yo con el médico y lo dejaremos marchar.

»Me sorprendía aquella entereza, aunque no pude evitar abrazarla. Sabía que estaba tomando una de las decisiones más difíciles de su vida. Además, ya lo tenía todo listo cuando yo llegué. Imagino que me estaba protegiendo. Mis sobrinos no sabían nada, Ada no quiso avisarles para evitar pasar por aquello.

»Al cabo de un rato salió Agnès. Era un mar de lágrimas. Tenía que entrar yo.

»Me esforcé en calmarme, aunque aquello fue una de las cosas más difíciles que hice en toda mi vida. Me puse aquella bata y entré.

»Me senté en la silla sin decir nada. Álex me miraba. Extendió su mano hacia mí y yo se la cogí entre las mías. Estaba caliente. Estábamos los dos en silencio, yo creo que nos lo decíamos todo con la mirada.

»—Gracias —dijo.

»—Gracias a ti —le dije.

»En aquel momento éramos los dos niños de ocho años de Can Tomeu. Yo creo que siempre nos habíamos visto así. No sabíamos qué decir y al final fui yo quien habló.

»—Te quiero un montón, amigo.

»—Yo a ti también —respondió con esfuerzo.

»—¿Nos volveremos a ver?

»—Seguro que sí. Esto no puede ser el final.

»Yo dije que sí con la cabeza, me sentía incapaz de hablar sin derrumbarme.

»—Hasta la vista —me dijo—. No estaré muy lejos.

»Me levanté y le besé en la frente, le acaricié la cara y solo supe decirle lo que siempre había pensado:

»—Te admiro, te he admirado siempre. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida.

»Álex sonrió. Le costaba respirar y yo tenía un compromiso con él que debíamos hacer cumplir, así que no quise alargar más aquel momento, aunque en mi interior sabía perfectamente que aquellos minutos eran los últimos que íbamos a compartir en la Tierra.

»Para mí habría un antes y un después. Mi compañero durante casi setenta años me dejaba. Nunca más volveríamos a hablar, no podría explicarle mis ideas, lo que me preocupaba, mis proyectos... nada.

»Cuando salí, el médico estaba con Ada y con Agnès. Me lo presentaron.

»—¿Ya está? —me preguntó Ada.

»—Sí —respondí.

»Ella me pasó la mano por el hombro y entraron el médico y ella.

»No quería llorar. Había un cristal e igual que nosotros lo podíamos ver, él me podía ver a mí, así que tanto Agnès como yo intentamos controlarnos. Curiosamente mi mente iba al Álex niño, el de los primeros años. Imagino que en la infancia encontraba toda la pureza de nuestra relación, aunque eso aún hacía todo más difícil.

»El médico le puso una sobredosis de calmante en la bolsa del suero mientras que Ada, sentada donde yo había estado hacía unos minutos, sostenía su mano. Álex se quedó dormido y media hora más tarde falleció, dulcemente y, según sus instrucciones, sin sufrimiento.

»No me acuerdo muy bien de cómo fueron los días que siguieron. Los viví como en una pesadilla. En aquel momento redescubrí un mecanismo de mi mente para pasar por aquellas situaciones. Mi cabeza y mi corazón se hacían impermeables a todo tipo de emociones. Posteriormente me iría abriendo poco a poco a todo el dolor. Con eso paraba el golpe, aunque alargaba el proceso del duelo.

»Ada estaba muy preocupada por mí y yo muy preocupado por ella. Mis hijos, sus hijos, Sara, Clara y Marta... Todos estuvimos en el funeral. Las mujeres de Can Tomeu llegaron poco después de su muerte. Ada les había avisado.

»Lo enterramos según la costumbre americana. Compramos una tumba en el suelo. Me invitaron a dar un pequeño discurso y no pude negarme. Me costó un enorme esfuerzo, pero era lo menos que podía hacer por él. Creo que escribí en aquel discurso lo mejor que he escrito en toda mi vida.

Thomas tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento mucho —dijo Kevin.

—Han pasado treinta años desde que se fue Álex y aún me emociono cuando pienso en aquellos momentos.

—Es natural, estabais muy unidos. Vosotros erais amigos, pero en realidad era como si fueseis hermanos.

—Es cierto —dijo Thomas—. La verdad es que durante muchos días buscaba ratos en los que estar solo y lloraba y lloraba sin control. Agnès estaba muy preocupada por mí y pronto mis hijos y Ada también empezaron a inquietarse. Me hicieron ir al médico y me diagnosticaron una depresión.

—Era natural.

—Me querían dar medicamentos para que pudiese superar la situación, pero yo me negué, a pesar de que todos insistían. Un día Albert me llevó a dar una vuelta los dos solos para convencerme.

—¿Y qué hiciste?

—Escribí mi mejor libro. Un libro dedicado a él. Volqué todos mis sentimientos en aquellas páginas. De esa manera superé la depresión, en la medida en que pude hacerlo.

—Imagino que estás hablándome de *Cartas a mi amigo del alma*.

—Exactamente. En aquel libro deposité toda mi pena. Escribirlo fue como tenerlo a mi lado otra vez.

Hablaron un poco más, pero en realidad Thomas se había alterado mucho con aquel relato y Kevin no quería cansarlo más. Le había propuesto acompañarlo al comedor, pero le pidió que le dejase un rato solo y lo dejó en la habitación. Estaba un poco alterado y quería calmarse antes de ir a encontrarse con los otros residentes. Le vendrían a buscar, no hacía falta preocuparse.

Kevin salió de la residencia triste. No tenía hambre, pero se obligó a tomar algo, aunque fuese un bocadillo acompañado de una cerveza.

En la Fonda le esperaba bastante trabajo.

CAPÍTULO 27

La vida sigue

Estaban los dos sentados, frente a frente, y aún con la resaca de la tristeza que les provocaba el relato del día anterior. Afortunadamente, era viernes y los dos días de descanso les iría bien para reponerse un poco del shock emocional.

Kevin no se entendía a sí mismo. ¿Cómo era posible que le afectase tanto? Comprendía que a Thomas, el relato le llevase a aquellos días, pero él nunca había conocido a Álex. Tan sólo había visto fotos, aunque después de tres meses de inmersión en aquella familia casi se habían convertido en la suya propia.

—La verdad es que nos podemos poner como queramos. La vida es un gran viaje, una gran aventura. Tiene momentos buenos y momentos malos. A veces ganamos y a veces perdemos, pero siempre, siempre, acaba igual.

—¿Te refieres a la muerte? —preguntó Kevin.

—Sí. Eso nos iguala a todos. Vivimos pensando que somos inmortales y que las desgracias solo les pasan a otros, pero no es así. En un momento u otro todos estaremos enfrentados a nuestro propio fin. Si lo miramos teatralmente, a la caída del telón que indica el final de la función.

—No estamos educados para eso.

—No nos han educado nunca en ese sentido, pero es cierto que cada vez nos hemos ido alejando más de la muerte. Nos hemos creído más la ficción de que estamos aquí para siempre. Al menos antiguamente todo el mundo vivía más cercano al final. Las familias eran muy numerosas y en consecuencia igual que nacía mucha gente también morían muchos. Hoy en día todo eso es diferente.

—Además vivimos más años.

—Pero no solo eso, antes los abuelos vivían en casa con sus familiares, ahora nos envían a sitios como este, o venimos nosotros solos para no molestar. No somos parte de la vida cotidiana de los nuestros. Cuando dejamos de poder vivir solos nos aparcamos en residencias, eso sí, con todos los cuidados y comodidades adaptadas a nuestra edad.

—Es verdad, nuestro ritmo y estilo de vida nos impulsa a eso.

—Sí, pero no tendría que ser así. En mi caso yo me aislé del resto de mi familia cuando ya no podía seguir viviendo solo. Acompañé a Ada hasta el final y después decidí volver a la tierra en la que me había criado. Pero antes pasaron

muchas cosas, aún quedan hechos por explicarte para poder cerrar definitivamente el círculo.

—¿Empezamos?

—Empezamos. Como ya comentamos ayer, después de la muerte de Álex yo entré en una profunda depresión. Ni Agnès ni nadie conseguía sacarme de allí. Por suerte tenía la escritura que me sirvió de terapia y me ayudó a superarlo.

»Pero hubo algo más: mi hijo Albert.

»Debo reconocer que Álex y yo fuimos muy buenos amigos. Me atrevería a decir que también fuimos buenos esposos, pero no creo que ninguno de los dos llegase a ser un buen padre, al menos en el sentido de estar pendientes por el crecimiento de nuestros hijos.

»Hablando por mí te diré que mis hijos me importaban mucho, sufría por ellos cuando estaban enfermos, sabía que curso hacían y cómo les iba y los quería como se quiere a un hijo, pero no les dediqué demasiado tiempo. Tanto Agnès como yo llegamos a los Estados Unidos ya un poco mayores y nos tuvimos que ocupar en nuestras carreras poniendo todos los sentidos. Sobre todo en los primeros años, la exigencia a la que estuvo sometida mi esposa era muy elevada.

»Por suerte nuestro nivel de vida nos permitía poder pagar las mejores escuelas y a Lola que pasaba el día con ellos y les ayudaba a hacer los deberes, discutían sobre los conflictos con los amigos y les consolaba cuando las cosas no les iban como ellos esperaban. Ella nos reemplazó en muchos aspectos.

»Álex me reconoció que él había hecho algo parecido. En su caso tuvieron la suerte de que Ada sí que pudo dedicarse a los niños mientras que él estudiaba y trabajaba para poder mantener el nivel de vida de la familia sin tener que recurrir a los ingresos que mi hermana cobraba mensualmente y que iban a parar a una cuenta de ahorro a nombre de los dos. Él hizo como su padre, se volcó en el trabajo para sostener a la familia.

»Mi amigo no congeniaba demasiado con su hijo mayor. El joven había sido un hippie de su época. No se esforzó mucho en conseguir una buena situación social e incluso en aquel momento, cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta años, seguía viviendo de alquiler en casa de sus tíos, es decir nosotros. Francamente, ninguno de nosotros encontraba gran parecido con nadie.

»Tuvo una época en la que tonteó con las drogas, pero finalmente se liberó de ellas. Estaba muy protegido por mi hermana y cuando se enfadaba con sus padres corría a las faldas de Agnès. Su padre y yo no lo acabábamos de entender. Afortunadamente cuando se casó todo aquello cambió un poco.

»Los pequeños crecieron casi solos, como mis hijos. Yo no había descubierto

lo que significaba querer a un descendiente hasta que me tuve que encargar de Ben. Sabía que no podía anteponerme a sus padres y que no debía consentirlo así que me decidí a educarle. Siempre le hablé como a un adulto y le explicaba el porqué de las cosas. A veces lo entendía y a veces no, pero estoy seguro de que siempre lo agradeció.

»Respecto a John, antiguamente Joan, yo intenté aproximarme sobre todo en la época del cambio de nombre, pero la comunicación no era fácil entre nosotros. Sabía de la complicidad entre su padre y yo e imagino que me miraba como si fuese una especie de espía de su progenitor. Además estoy seguro de que no me perdonaba que durmiese con su adorada tía de la que seguro que estaba enamorado platónicamente. Al final me cansé, aunque guardé un poco las formas porque Ada sufría por su hijo y yo quería dejar los puentes con él abiertos.

»Diferente fue la relación entre Albert y Álex. No se habían visto más que en las ocasiones en las que nos encontrábamos, pero entre ellos había una buena corriente de simpatía. Albert tenía muchas cosas de su abuelo, del que llevaba el nombre. Era serio y muy trabajador. Un hombre formal y comprometido ya desde pequeño, pero también tenía cosas mías sobre todo en su forma de actuar, además de que se me parecía bastante a su edad. Quizás eso influyó en que a Álex le cayese bien, y el niño era receptivo y correspondía. Cuando se fue a estudiar a Chicago hizo prácticas en la empresa que había montado su tío. Allí conectaron intelectualmente y cuando finalmente regresó a casa, acompañado de Susan, llamaba a menudo a mi amigo para consultarle cosas sobre todo a nivel de trabajo. A mí me gustaba aquel vínculo y lejos de sentirme excluido de la relación entre ellos, estaba contento ya que no se me ocurría un referente mejor.

»Cuando Álex murió fue bastante repentino y a todos nos costó mucho asumir su pérdida. Sus propios hijos no sabían nada de su estado de salud y uno de los primeros conflictos que tuvo que asumir mi hermana fue el de explicarles por qué había decidido respetar la voluntad de su marido. Nos desplazamos unos días a Boston y la estuve acompañando hasta que finalmente la convencimos para que se trasladase a Los Ángeles con nosotros al menos una temporada; más adelante si quería ya volvería. John no la necesitaba, Álex Junior ahora vivía en Nueva York y Agnès también estaba muy ocupada y casi no iba a verla. Mi hermana se instaló en casa donde la distancia y nuestra compañía le ayudaron a ir afrontando su nueva situación.

»Al principio, sobre todo en los momentos en los que yo estaba con la moral más baja, pasábamos horas hablando y recordando nuestra infancia y nuestra

juventud. Nos consolábamos mutuamente y Agnès a menudo se unía a nosotros. Como ya he dicho en otras ocasiones, mi mujer le tenía un cariño muy especial. Siempre había visto en él al niño que había sido, incluso a última hora cuando ya estaba a punto de cumplir setenta años. Fue durante ese tiempo cuando Ada me contó más detalladamente todo lo que te he ido explicando sobre ellos dos, sobre todo en la época de la Guerra Civil y del campo de Argelès-sur-Mer.

»Agnès se la llevaba a Rodeo Drive a comprar a las mejores tiendas y a pasar la tarde en las cafeterías de Beverly Hills. Yo no les acompañaba, me aburría soberanamente y me quedaba solo en casa hundiéndome en mi depresión. Fue durante aquellos días, cuando empezó a hacer mejor tiempo, aunque en Los Ángeles el clima casi siempre era bueno, cuando aprovechando que me quedaba solo Albert me venía a buscar a eso de las cinco de la tarde más o menos; normalmente tres veces en semana, aunque podía variar. Al principio le costó un poco de esfuerzo convencerme, pero no dudó en recurrir al niño y hacer que le acompañase para que de esa manera yo estuviese más dispuesto a salir a la calle. Salíamos los tres sin rumbo fijo y caminábamos un rato, más o menos una hora o una hora y media. Los primeros días casi no hablábamos, imagino que Albert dejaba que yo encontrase el camino para desahogarme y utilizábamos a Ben para no estar callados. Cuando ya llevábamos un par de semanas saliendo un día se presentó solo sin el niño. En un primer momento me negué a salir. Le propuse que nos quedásemos en casa, pero él no quiso.

»—No me irás a decir que hace falta que siga trayendo a Ben...

»—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté distraído y en realidad sin ningún interés en sentir su respuesta.

»—Papá, soy Albert, tu hijo. Te veo mal, estoy muy preocupado por ti y quiero ayudarte a pasar por esto.

»—¿Por qué crees que me puedes ayudar? —le pregunté con el mismo desinterés.

»—Porque yo también echo en falta al tío Álex. Lo tenemos a él en común, por supuesto que nuestra relación con él era diferente, pero eso no quiere decir que yo no lo admirase y no lo encuentre a faltar. Necesito a mi padre conmigo y yo creo que mi padre me necesita a su lado. ¿Me equivoco?

»Creo que siempre he sabido reconocer el esfuerzo y el valor en los demás, así que sin decir nada a mi hijo me levanté y fui a buscar mi chaqueta, ponerme los zapatos y salimos los dos de casa sin un rumbo fijo. Las primeras veces hablábamos poco. Un buen día Albert me empezó a explicar su experiencia en Boston, en el despacho de su tío. Hablaba con admiración de cómo trabajaba, de

lo analítico e incansable que era.

»—Ostras, papá, es que el tío tenía una vista increíble —me dijo con admiración.

Yo siempre había pensado aquello de mi amigo y no pude evitar una sonrisa al ver que mi hijo también creía lo mismo. Al ver que sonreía Albert en un gesto cariñoso me pasó el brazo por encima del hombro, quería protegerme. Era el gesto de Álex. Mi reacción fue extraña, no pude evitar apretar ligeramente mis lagrimales con los dedos pulgar e índice de mi mano derecha para evitar montar un número de llanto en mitad de la calle. Tuve la certeza de que mi amigo estaba allí, con nosotros. Albert se dio cuenta y me abrazó. Mi hijo nunca me había tratado con aquel cariño y realmente yo tampoco lo había hecho con él. Apoyé mi cabeza en su hombro, era unos quince centímetros más alto que yo e intenté calmarme.

»Poco a poco y con tal que empezaba mi libro dedicado a él le iba contando las anécdotas que recordaba de otros tiempos. Discutíamos los capítulos. Cuando acababa uno se lo enviaba y él me daba su opinión. A veces nos enfadábamos e incluso había estado a punto de no enviarle más en alguna de aquellas ocasiones. Aunque no tuviese ganas o me hubiese enfadado con él, le esperaba las tardes que sabía que solía venir.

»Mi hijo se empeñó en hacerme una revisión médica detallada y una vez que tuvo los resultados se presentó en casa con un equipo completo para hacer ejercicio. Nuestro barrio estaba lleno de grandes parques y de gente que corría por la zona, así que nos convertimos en dos corredores más. Era mi entrenador y me exigía esfuerzo. Al principio me costaba mucho seguirle a pesar de que durante muchos años yo había hecho ejercicio. Me ahogaba, pero insistía una y otra vez en enseñarme a respirar correctamente. Según su teoría había hormonas que con el ejercicio generaban componentes químicos que mejoraban mi humor y mi optimismo. Juraba y perjuraba que era totalmente cierto y que eran descubrimientos científicos. No se lo estaba inventando.

»Los hijos de Ada iban viniendo de vez en cuando, sobre todo Álex que solía venir solo. Se instalaba en casa unos días, y se apuntaba con Albert y conmigo en nuestras actividades. Descubrí mucho de mi amigo en él, en sus opiniones, en sus gestos y en su manera de razonar. Su madre tenía especial predilección por él. Yo lo notaba, conocía muy bien a mi hermana y no me lo podía negar.

»Tardé tiempo, más o menos un año, en empezar a superar la depresión aunque tardé muy poco en escribir mi mejor libro. Las palabras me salían automáticamente y no podía dejar de escribir. Dedicué el prólogo a mi hijo y

quise dejar por escrito mi agradecimiento y el reconocimiento de que sin su ayuda me hubiese sido mucho más difícil superar aquella situación. Cuando tuve listo mi libro me fui a Boston a presentarlo. No quise dejarlo en la delegación de Dreams de Los Ángeles porque eso representaba varios días de demora y además quería vivir en primera persona la reacción de mi editor. Mi editor era Ed Norton, estoy seguro de que has oído hablar de él. Nadie hacía su trabajo mejor. Por aquel entonces yo ya tenía un cierto prestigio y habiendo avisado de que iba a visitarle y de cual era mi objetivo, Ed me esperaba en su despacho. Me pareció bastante demacrado y francamente no sabía nada, pero un tiempo más tarde me enteré de su enfermedad y de que no le quedaba mucho tiempo de vida. En aquella visita no me comentó nada, no tenía por qué hacerlo, ya que teníamos una fuerte corriente de simpatía entre nosotros, pero no éramos amigos. Me preguntó si tenía donde alojarme durante dos o tres días y yo le dije que sí. Habíamos viajado a la ciudad Agnès, Ada y yo, y estábamos en casa de Ada. No teníamos ninguna prisa.

»Al cabo del segundo día me llamó.

»—Thomas, Ed al habla. Acabo de leer *Cartas a mi amigo del alma*.

»Los dos permanecemos en silencio unos segundos.

»—¿No me vas a preguntar que me ha parecido? —bromeó.

»—Claro, para eso te lo dejé. ¿Qué te ha parecido?

»—Es lo mejor que has escrito con diferencia. He tardado un poco más en leerlo porque en español me cuesta —Norton era hijo de una sevillana y un bostoniano, y leía perfectamente en español—, pero no quiero cambiar ni una coma.

»—No te dejaría hacerlo —bromeé.

»—Pásate por aquí mañana y firmaremos el contrato. Lo pasaremos a los traductores y lo lanzaremos simultáneamente en los dos idiomas.

»—Me gustaría traducirlo yo mismo.

»—Ningún problema, pero tienes que tenerlo en un tiempo record. ¿Cómo estás de trabajo?

»—Te recuerdo que estoy jubilado.

»—Pues encárgate tú de traducirlo. ¿Te quedas en Boston o regresas a Los Ángeles?

»—No lo he hablado con mi familia. Posiblemente vamos a estar a caballo entre las dos ciudades, pero eso no creo que sea un problema.

»—Ni mucho menos, solo te lo preguntaba porque quiero que comamos juntos y estar encima de la traducción. No tengo mucho tiempo.

»—Si quieres, mañana, cuando vaya a firmar y acabemos de definir todos los detalles, comemos y hablamos de todo el proyecto.

»—Tengo un compromiso, pero lo cambiaré. Te espero a las diez. Tendremos aquí al equipo jurídico para la firma y después quiero que le expliques a mi equipo tu obra para empezar a trabajar en la portada y en la campaña publicitaria. Ya sabes que es fundamental esta última, una buena campaña nos puede ayudar a vender una mierda, con perdón, pero sin campaña ni siquiera conseguiremos colocar una obra de arte.

»—A las diez estaré allí.

Hicimos todos los trámites sin ningún problema y nos fuimos a comer. Durante la comida Ed me explicó su situación personal y me habló de su estado de salud. Fue duro para mí. Lo conocía desde mis primeros tiempos en Dreams y le había visto progresar hasta su situación actual.

»—Comprenderás por qué me ha gustado especialmente tu libro —me dijo.

»—No sé qué decir —tuve que reconocer.

»—No hay nada que decir, Tom. Las cosas son así. Tengo setenta y cinco años, he vivido una vida buena y estoy satisfecho con lo que he hecho. De entrada cuando te enteras de que el final está cerca te llevas un disgusto monumental, pero al final acabas asumiéndolo como parte de la vida.

»—Mi amigo tenía una postura parecida.

»—Bueno, aún falta tiempo así que no le demos más vueltas. Volcarme en el trabajo me ayuda. El arte es una de las pocas cosas que nos hace inmortales y a mi manera de ver colaborar con el arte también. Lo tuyo es arte así que somos inmortales.

»Brindamos por aquello. Los seres humanos cuando tenemos una buena noticia normalmente necesitamos compartirla. Hasta hacía un año no hubiese parado hasta compartirla con Álex, pero cuando llegué a casa de Ada me sorprendí llamando a Albert con la misma actitud con la que lo hubiese hecho con mi amigo. Le expliqué con total detalle la conversación con Ed. Me hizo leerle alguna parte del contrato que acababa de firmar y me riñó por no haberle consultado antes de darlo por bueno. Yo me intentaba excusar diciéndole que Ed era de total confianza, pero para él eso no era suficiente.

»Dejé pasar un par de días intentando que mi estado anímico recuperase la estabilidad relativa previa a mi viaje a Boston. Empezaba a echar de menos hacer ejercicio y un buen día Álex hijo se presentó en casa para que saliésemos a correr. Por lo visto Albert le había pedido el favor de que me acompañase. Álex también era un gran chico. Era una buena compañía y además las mujeres con

las que nos cruzábamos lo miraban de una manera un poco especial. Imaginaba que tenía bastante éxito con el sexo contrario.

»Allí mismo, en la casa que había sido de mi amigo, empecé a traducir mi libro que hablaba de él. Ada me había dado permiso para ocupar el despacho y en aquella silla en la que él había pasado horas sentado estudiando primero asignaturas y después balances y contabilidades pude trabajar con total tranquilidad durante los dos meses que pasamos allí antes de regresar a Los Ángeles. Antes de enviar los textos a Ed los enviaba primero a mi hijo, que me los revisaba y me los devolvía corregidos. Escribía con un ordenador. Era la primera vez que lo hacía así, y corregir textos y errores era infinitamente más fácil que con la máquina de escribir.

»Por aquella época Can Tomeu dejó de ser nuestro. Sara se había quedado sola. Clara estaba casada con Robert y tenía sus hijos. Vivía en Barcelona y aunque a menudo visitaba a mi hermana, estaba en un momento de su vida en la que necesitaba todas sus energías para sacar adelante su trabajo y su familia. Marta vivía con su marido Lluís en Granollers, pero tenía a su hija Celia de cinco años y ya había nacido Sonia que por entonces debía tener un par de años. Sara había cumplido sesenta y seis, y de ninguna manera podía seguir allí sola. Marta se la quería llevar a su casa, sufría por su madre abandonada en aquel caserón lleno de fantasmas. Nos localizó en Boston y me estuvo explicando la situación. La comprendía perfectamente y me ofrecí a viajar a Barcelona para hablar con ella. Marta me lo agradeció y una semana más tarde Ada, Agnès y yo volábamos de regreso a casa para hablar con Sara. Ella seguía en la masía que ya nadie explotaba. Había contratado una joven de Guatemala que también vivía allí con ella y se encargaba del mantenimiento de la vivienda. Periódicamente venía un jardinero del pueblo que arreglaba el jardín y la casa de los masoveros, las cuadras y las tierras de cultivo estaban totalmente abandonadas a su suerte.

»Lluís y Marta habían venido a recogernos al aeropuerto y Sara ya nos tenía preparadas nuestras habitaciones en la casa cuando llegamos. Sara estaba plenamente convencida de que no quería moverse de allí. Había vivido en aquella casa toda la vida y no veía ninguna razón para tener que marcharse en aquel momento. La tía había trabajado mucho para que ahora tuviesen que venderla. El tema no lo tratamos hasta después de la cena. Estábamos en junio y el tiempo era muy agradable. Cenamos en el jardín alumbrados con velas. Sara había preparado una cena típica a base de escalibada, tortilla de patatas, embutidos y pan con tomate. Acompañamos aquellos alimentos con cava bien frío y al final de la cena quien más y quien menos tenía algún grado de alcohol

en la sangre.

»Era curioso ver a mis hermanas viudas las dos. Hans había muerto poco después que Álex de manera repentina, era un poco mayor que yo y aunque siempre nos entendimos bien, no llegamos nunca a tener mucho contacto así que a su muerte, y con todos nosotros intentando superar el golpe que nos dio la muerte de Álex, ninguno de nosotros estuvo mucho por mi hermana y por mi sobrina. Agnès se disculpó en nombre de los tres, pero me di cuenta que ni Sara ni Marta nos reprochaban nada. Comprendían perfectamente y casi habían preferido vivir aquello en su círculo más privado, es decir, ella, su hija, su yerno y las niñas. Por supuesto que Clara les había acompañado en todo el proceso.

»—Sara, ya sabes para lo que hemos venido —le dije sin rodeos cuando estábamos con los postres.

»Sara suspiró y dio un sorbo de su copa.

»—No puedes estar aquí sola, esto es demasiado grande y representa mucho más trabajo del que ni de broma puedes realizar. Acuérdate de que Manuel estando acostumbrado a trabajar la tierra siempre necesitaba ayuda y que la casa nunca la llevó una sola persona, siempre éramos más gente.

»—Sí, lo sé —reconoció—, pero esta es mi casa. He vivido aquí continuamente desde que tengo uso de razón. ¿Cómo queréis que ahora me vaya sin más?

»—Mamá, yo quiero que te vengas a vivir conmigo. Tenemos espacio de sobra y a mí me irá muy bien que me ayudes con las niñas. Tengo un trabajo que me ocupa bastante tiempo y no quiero gastarme una fortuna en guarderías y extraescolares si sé que tengo a una madre joven que puede ayudarme.

»Nos quedamos en silencio después del discurso de Marta.

»—Te necesito, mamá, y no quiero estar sufriendo porque estás aquí sola —añadió para concluir con sus breves y claras palabras.

»—Vendamos la casa —dijo Ada—, no hace falta que tengamos prisa, vaciémosla poco a poco, saquemos todo lo que queramos conservar y el resto o bien lo vendemos a quien le pueda interesar o bien lo dejamos con la casa. No hace falta que la vaciemos ya mismo, de momento si quieres la cerramos y tú te vas a vivir con Marta mientras que encontramos comprador. Seguro que no será tan rápido, así que dará tiempo a todo.

»—Imagino que Clara estará de acuerdo —añadí—, ella tiene el 25% de la propiedad, aunque nosotros tres ya somos mayoría.

»—Por Clara no te preocupes, tío —me dijo Marta—, estamos las dos de acuerdo con lo que yo le comentaba a mi madre. Ella también sufre por ella.

Aunque no es tan mayor, no puede estar aquí sola.

»A Sara se le veía más o menos resignada, aunque todavía se mostraba un poco reticente. La vehemencia de su hija conjuntamente con nuestra presencia allí parecía que era algo a lo que no podría enfrentarse. A pesar de todo parecía asumir que teníamos razón, aunque estaba contenta de tenernos allí con ella. Aquella noche oí cómo lloraba en su habitación, me rompió el corazón e hice el intento de ir a verla, pero Agnès me lo prohibió.

»—Déjala que se desahogue. Para ella son muchos recuerdos y muchas vivencias, imagino que necesita llorar un poco.

»Por la mañana mi hermana menor estaba tan fresca como siempre, como si no hubiese pasado nada. Salimos a pasear los dos por los campos abandonados que habían sido las tierras de cultivo de la casa. Agnès se había llevado a Ada de compras a Barcelona.

»—¿Cómo estás? —le pregunté—. Ayer por la noche te oí llorar.

Sara se sorprendió de que la hubiese oído, estaba acostumbrada a estar sola en la casa y no vigilaba demasiado si la podían oír o no. Noté que se avergonzaba un poco.

»—Perdona, Tomás, es que me cuesta mucho irme de aquí. Me da la impresión de que los estoy traicionando a todos... Can Tomeu me acogió cuando era muy pequeña y le debo mucho a todo esto. Además, aquí he pasado toda mi vida...

»—Entiendo lo que quieres decir, pero debes reconocerme que es imposible que tú puedas gestionar sola todo esto. Es demasiado trabajo, de hecho ya lo era cuando estábamos todos, así que ahora aún más.

»—Es verdad, aunque eso no me salva de pensar que aquí escondimos a Hans cuando los nazis los perseguían, que viví en esta casa los mejores años de mi vida... en fin, tantas cosas...

»No le dije nada, iba cogida de mi brazo y Sara puso su otra mano también en el brazo a modo de caricia.

»—Nos hemos hecho muy mayores —le dije.

»—Tienes razón. Imagino que el que nos hayamos pasado los últimos años despidiendo a tanta gente debe ser ley de vida. En este momento tengo la sensación de que marchándome los abandono. A Joan, a Carmeta, a Roser, a Ramon, a la madre e Álex, a la Tía, a Sally, a Manuel a Hans y a Álex... Cuántos han partido ya que habían vivido aquí.

»—Sí, son unos cuantos —dije—. Cuando pienso que hace ya más o menos sesenta años que Joan nos enseñaba a nadar y a ir en bicicleta tengo la sensación de que me han estafado. No me creo que haya pasado tanto tiempo.

»—Echas de menos a Álex, se te nota.

»—Buf, terriblemente. Toda una vida siendo íntimos amigos, compartiéndolo todo y ahora ya hace un año que estoy solo.

»—No es justo que digas eso. Tienes a Agnès y a tus hijos, y además Ada ahora está contigo la mayor parte del tiempo. No estás solo.

»—Tienes razón. ¿Sabes una cosa? La muerte de Álex nos ha unido a Albert y a mí tanto como no lo habíamos estado nunca. Creo que nos hemos descubierto mutuamente, a su manera mi hijo estaba unido a su tío.

»—A la que no veo muy bien es a Ada. Yo creo que se le ha agriado el carácter. Ella siempre ha sido muy reservada y los dos estaban aún muy enamorados a su manera. Estoy segura de que sigue sufriendo mucho por su ausencia.

»—Sí. Tienes razón. Yo también lo he observado y menos mal que Agnès no la deja ni a sol ni a sombra, ellas están muy acostumbradas a estar juntas y se la lleva a donde vaya cuando está en Los Ángeles, pero a pesar de todo me parece que lo sigue pasando muy mal.

»—¿Y los niños?

»—La verdad es que estoy un poco decepcionado. El único que está un poco por ella es el pequeño Álex. Bueno, ya tiene más de treinta años, pero quiero decir que es el único que la llama a menudo, y que viene a verla y pasa breves temporadas con nosotros. Francamente los otros dos no da la impresión de que se preocupen demasiado.

»—Bueno, al menos tiene la suerte de que está con vosotros.

»—Sabes que ahora que te vas a quitar de encima las obligaciones que comporta Can Tomeu también serías muy bien recibida en casa. Has estado en Boston, pero que yo recuerde nunca has estado en Los Ángeles.

»—Es verdad, quizás sea el momento de haceros una visita y ver a mis sobrinos que hace tanto tiempo que no veo.

»—Ya sabes que allí está tu casa.

»Regresamos tranquilamente a la masía. En el corto camino de regreso había un lugar desde el que antiguamente se veía Can Volart. Miré hacia allí intuitivamente con la intención de confirmar que la masía seguía donde siempre había estado. Sara me dijo:

»—Ya no está. Hace tiempo que tiraron Can Volart. Ahora ese nombre es el de una urbanización que está planificada y creo que algo han empezado a construir ya. Ojalá que con Can Tomeu no pase lo mismo y quien la compre la mantenga.

»Agnès y Ada iban a pasar todo el día en la ciudad y habían quedado para

comer con Clara y Robert en un restaurante del centro, así que Sara y yo estábamos solos en la casa. Habíamos empezado a comer sentados en la amplia cocina cuando de repente me acordé de una anécdota. Una sonrisa iluminó mi rostro.

»—¿En qué piensas? —me preguntó Sara con curiosidad.

»—Precisamente pienso en una conversación telefónica que tuvimos tú y yo hace mucho tiempo. Me decías que la tía hablaba con mamá y que intentaba que tú intervinieses en la conversación.

»—Uf, no me hables. La verdad es que daba mucho miedo, aunque esta casa se presta a este tipo de cosas. Muchas veces tengo la sensación de que alguien me está vigilando. Parece que tenga que ser aterrador, pero todo lo contrario, tengo la sensación de que me cuidan.

»—Caramba, Sara, sí que da un poco de miedo —le dije mientras que notaba que se me erizaban los pelos de la nuca.

»—Bueno, solo son sensaciones —dijo Sara—. A lo mejor son una pura invención mía para no tener miedo o para sentirme más segura.

»—¿Quién sabe? —dije pensativo.

»En invierno, igual que cuando yo vivía allí, cuando no teníamos nada que hacer nos quedábamos a ver la televisión o a oír la radio en la cocina, dependía de los medios de cada época. Muchas veces de niños habíamos hecho allí los deberes del colegio. Se estaba más caliente. Cuando hacía buen tiempo, como ahora, solíamos hacer lo mismo pero en el salón, que era más fresco. Sara y yo nos sentamos en el gran sofá delante de la televisión y pusimos las noticias para enterarnos un poco de lo que pasaba en el mundo. Teníamos unas mantas pequeñas y ligeras que nos poníamos sobre las piernas para no tener frío. Me quedé totalmente transpuesto y Sara también.

»Me desperté con una sensación extraña. Noté claramente que alguien me besaba en la frente. En un primer momento pensé que Agnès había vuelto, pero no era así. Abrí los ojos y no había nadie. Pude observar que Sara seguía durmiendo. Quizás, en otro momento de mi vida, hubiese creído que aquella experiencia era aterrador, pero a aquellas alturas lo único que sentí fue una gran paz. Nunca lo comenté con mi hermana ni con nadie. Creo que es la primera vez que lo cuento, pero ya en aquel momento tuve la sensación de que era mi tía la que me había besado en la frente. No sé por qué, ya que aquel convencimiento no fue acompañado por ningún olor que me recordase la colonia de mi tía ni tampoco por ninguna imagen. Nada de todo eso. Tan solo era una sensación. Quizás era sugestión por lo que habíamos estado hablando.

»Volví a cerrar los ojos sin sentir ningún tipo de miedo y esperé deseando que se repitiese aquel beso, pero no pasó nada más. Al principio intentaba buscar un significado a aquella experiencia, pero al final llegué a la conclusión de que no había ningún significado. Si el beso había sido real, tan solo había sido una muestra de cariño desde el más allá y si el beso había sido una experiencia mía en el proceso de despertarme tan solo era un síntoma de cómo añoraba a mi familia y en ese caso, en concreto a mi tía. Quizás un poco impresionado todavía, cuando por las tardes me encerraba en el antiguo despacho de la entrada en el que mi tía había pasado tantas horas con la contabilidad y lo mismo Álex, me sentía acompañado. No sabía hasta qué punto no era más que mi imaginación. De todas formas a mi amigo siempre lo había sentido cerca, nunca se había marchado del todo. Al menos, eso era lo que yo fantaseaba. Empecé a entender perfectamente a Sara cuando decía que le costaba marcharse de allí y que era como dejar a todas las personas con las que había vivido en la casa. Nosotros nos quedamos hasta finales de julio. No teníamos ninguna prisa y yo pasé horas y horas recuperando documentos, fotos, recuerdos y clasificándolos minuciosamente para poder enviarlos a Los Ángeles o a casa de Marta, si es que había alguna cosa que Sara quisiese conservar para ella.

»Ada no mostraba demasiado interés por nada en particular. Encontré la carta de mi madre que habíamos llevado en mano cuando llegamos a la casa y también fotos de ella cuando era joven. A la muerte de mis abuelos de Providence, Scott había enviado un par de cajas de madera con recuerdos. Aquellas cajas habían ido a parar directamente a la buhardilla y nadie las había abierto. Pesaban bastante y no pude bajarlas, así que pensé que las abriría allí mismo y miraría su contenido. Fue una gran sorpresa. Aparecieron ante mis ojos fotos de mi familia americana, cartas, algunas escritas en caracteres cirílicos —mis abuelos tenían ascendencia rusa—, un Talmud muy antiguo, postales de ciudades de muchos sitios y los cuadernos de calificaciones de mi padre cuando era pequeño. También había un álbum de fotos en las que casi solo salía él. Lo abrí y lo ojeé con detenimiento a pesar de la poca luz que había. Me sorprendió mucho. Mi padre nunca había tenido setenta años como yo tenía, pero me pareció que en algunos retratos de cuando tenía treinta años aproximadamente era igual que yo.

»Como tenía a mi alcance todas las fotos que había ido clasificando busqué una foto mía de esa edad y la comparé con una suya. Realmente el parecido era asombroso. Nunca había tenido aquella sensación e incluso siempre había creído que tenía más rasgos de la familia de mi madre que de la de mi padre. Por supuesto que la ropa era diferente y la calidad de la foto también, pero el

parecido era innegable. Reservé las dos fotografías y a la hora de cenar las estuvimos comparando entre todos. Estuvimos de acuerdo. Si comparaba a mi padre con mi abuelo, no se parecían demasiado. Mi abuelo era eslavo y tenía rasgos eslavos. Si su estirpe era hebrea, se había mezclado mucho con los habitantes de las regiones en las que habían vivido, sin embargo sí que teníamos una retirada a mi abuela. El pelo castaño, los ojos entre marrón y verde, el aspecto físico, más altos y estilizados los dos... todo eso se veía mucho más en mi abuela. Mi abuelo era un hombre bastante gordo y menos refinado. Siempre habíamos pensado que la que era Levi auténticamente era Ada y que Sara y yo éramos más Bosch, pero estaba claro que con los años esto había ido cambiando.

»Pasé tardes enteras en la buhardilla. Como la luz duraba hasta muy tarde me entretenía horas y horas. Además, cuando el sol empezaba a caer, los juegos de luz en aquel espacio eran impresionantes; se creaban combinaciones de sombras y luces tan variados que hacían que el decorado cambiase constantemente.

»Cada uno de nosotros buscó entre los muebles, el menaje de la casa, los adornos y recuerdos aquello que quería conservar. Sara cedía todo lo que se nos antojaba, así que decidimos que escogiese primero ella lo que quería conservar y después nosotros miraríamos qué nos quedábamos. A mi hermana le costaba mucho escoger y teníamos que animarla. No fue fácil, la casa estaba llena de muebles, de recuerdos y de cincuenta mil cosas que hacían que desmontarla fuese realmente difícil. Ada no mostraba mucho interés por nada y yo básicamente estaba interesado en los documentos que había en la buhardilla, así que un día Agnès a la hora de comer nos dijo que debíamos actuar de forma diferente. Si no nos interesaba nada en concreto, al menos debíamos coger las cosas que para nosotros tuviesen algún valor y también todo aquello que pudiese ser caro de comprar. Para el resto, si estábamos todos de acuerdo, llamaría a una empresa que conocía para que tasasen todo lo que pudiese ser interesante y negociar su venta. A los tres nos pareció bien, así que ella se encargó de todo.

»Hacia finales de julio vinieron a buscar todo lo que habíamos conseguido vender y cada uno de nosotros había escogido todo aquello que quería conservar. Lo de Ada conjuntamente con todo lo que yo había escogido y alguna cosa que Agnès había pedido fue enviado a Los Ángeles con un Courier. Ayudamos a empaquetar todas las cosas de Sara y aquel día 31 de julio de 1.986 abandonábamos la casa a la que habíamos llegado sesenta y tres años antes. No negaré que el momento fue difícil para todos aunque sorprendentemente Sara estaba completamente serena. Habíamos sufrido por ella, pero llegado el momento salió por la puerta de Can Tomeu sin mirar atrás ni una sola vez.

»La acompañamos a casa de Marta, que la estaba esperando. Le habían montado la mejor habitación de la casa para ella. Tanto Marta como Lluís estuvieron pendientes de que todo le pareciese bien y ella francamente parecía contenta. Pasamos el día todos juntos y por la noche nos fuimos a la misma Fonda Europa en donde te alojas tú. Teníamos dos habitaciones reservadas y pasamos allí toda una semana.

»Can Tomeu estaba a la venta y la agencia que la tenía en su cartera nos daba buenas perspectivas, de hecho en la primera semana ya la habían visitado dos personas interesadas. El precio era bastante correcto, así que no costaría venderla. El día que volvíamos a los Estados Unidos firmábamos la venta. Habíamos estado tratando el tema de la sociedad de bienes que teníamos constituida desde hacía tantos años. Una vez que ya no estaba Álex para gestionarla, que Sally ya había muerto y era difícil que Clara estuviese implicada en el tema y tras deshacernos de Can Tomeu, decidimos abandonar la sociedad. Nos distribuimos en cuatro partes iguales la totalidad de los bienes comunes. La parte de Sally se la entregamos directamente a Clara y liquidamos todos los impuestos necesarios. Una vez hecho todo esto nos quedó un patrimonio algo más que interesante a cada uno de nosotros, suficiente como para vivir lo que nos quedaba de vida sin ningún tipo de restricción.

»Sé que Sara puso todo aquello a nombre suyo y de su hija. Ada hizo todo lo contrario, conservó ella la titularidad de todo lo que le había correspondido. Nosotros lo pusimos a nombre de los dos y aunque Carol nunca quiso saber nada de nuestro dinero, imagino que aún se acordaba del viaje a Hawái: yo invertí una pequeña cantidad en el despacho de Albert para ayudarle a despegar definitivamente.

»Ada se vino a vivir con nosotros de manera fija. Yo me alegré porque me quedaba mucho más tranquilo sabiendo que no estaba sola. Nunca me atreví a decirles nada a mis sobrinos, pero realmente estaba muy enfadado con ellos, sobre todo con John y Agnès. Generalmente estábamos en Los Ángeles, el clima era mucho más bueno y las instalaciones de la casa en la que vivíamos eran excelentes. De vez en cuando íbamos a la costa este, a Boston, aunque siempre que estábamos por allí hacíamos pequeños viajes a Nueva York principalmente y también a otras ciudades de la zona. Una vez fuimos hasta Providence para ver si quedaba rastro de mis abuelos, pero no había nada de nada. La casa se había quemado cuando ellos murieron y toda la zona estaba muy cambiada. El joven Álex nos visitaba de vez en cuando. Siempre venía acompañado de una joven diferente, y a sus treinta y cinco años parecía que no acababa de sentar la cabeza

en el aspecto sentimental, pero se le veía bien. Mis otros sobrinos se limitaban a llamar de vez en cuando y tener pequeñas conversaciones con su madre. Poco a poco y sobre todo gracias a que Agnès se dedicó a ella todo lo que pudo, mi hermana empezó a animarse y volvió a ser un poco como había sido toda la vida, al menos cuando estaba con nosotros.

»Yo acabé mi traducción a principios de 1.987. Ed seguía con vida y aún estaba activo. Cuando nos vimos pude apreciar cómo su enfermedad había malogrado aquella vitalidad que siempre le había caracterizado. A pesar de todo, los dos actuamos con total normalidad, como si nada más que la traducción fuese importante. Los especialistas de Dreams acabaron de revisarla en tan solo una semana y la editorial me había reservado el tiempo y el momento para su lanzamiento en pocos meses. Tal y como se había acordado ese lanzamiento fue en español y en inglés simultáneamente, y al cabo de poco tiempo también se tradujo al catalán, al francés, al alemán y al italiano. No sabría decir cuántos ejemplares se vendieron en total, fueron varios millones. Enseguida llegaron los premios, algunos de otras editoriales y muchos de bastante reconocimiento internacional. Lamentablemente el contrato que firmé con Dreams para la biografía me prohíbe mencionar a ninguna otra editorial, así que no podemos citar la relación de los premios obtenidos.

»El año 1.988 fue el primero en el que mi nombre sonó para el premio Nobel de literatura, aunque yo sabía perfectamente que mi obra no estaba a la altura de un premio de ese prestigio y más habiendo muchos autores mayores que no lo habían recibido nunca y que sin duda lo merecían mucho más que yo. Durante unos meses fue fácil verme en entrevistas en diferentes canales de televisión. Me invitaban desde cada esquina de los Estados Unidos y también desde México y España. Por aquellos días crucé el Atlántico en más de una ocasión. Solía pasar por Barcelona, que era donde estaban la mayoría de editoriales en español, pero de vez en cuando iba a Madrid o a París, donde también se hacían eco de mi obra ya que para ellos yo era un autor «emparentado» con Francia y francamente no tenía ninguna intención de desengañoslos.

»En 1.989, cuando Ed ya hacía un tiempo que había desaparecido, hubo un acto en el que me emocioné especialmente. Me habían invitado de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid para dar una conferencia explicando mi experiencia de ayudante de corresponsal en la guerra civil. Se trataba de revivir mis relaciones y lo que había podido conocer de la ciudad y de su situación en aquellos momentos tan importantes. Durante aquellos días Jorge Semprún, al que había conocido en París durante mis últimos

años en L'Ecole du Journalisme y con el que alguna relación había tenido dentro de la comunidad española de la ciudad, hizo mi presentación. Jorge Semprún era durante aquellos días el Ministro de Cultura del gobierno de Felipe González. La acogida por parte de los alumnos fue emocionante, me recibieron en medio de una gran ovación todos en pie y aplaudiendo. La gran sala donde hablé estaba llena, no cabía ni una sola persona más y el silencio era absoluto. Tan solo se oía mi voz. Les hablé de mis orígenes y de las razones por las que me tocó ir a París a estudiar. Eso me llevó al cuerpo principal de la conferencia, que fue hablar de la ciudad de Madrid en los años de guerra civil, y de las personalidades del periodismo y la literatura con las que tuve ocasión de coincidir durante aquellos años. Después Semprún me invitó a hablar de mi libro. Explicué quién era Álex y como en un mundo en el que las relaciones amorosas llenan casi la totalidad de las estanterías de las librerías y las salas de los cines una historia sobre la amistad, un sentimiento tan noble se merecía aquel reconocimiento. Debí hablar con mucho sentimiento porque observaba lágrimas en los ojos de muchas jóvenes cuando hablaba de mi amigo. Tuve otras conferencias similares, pero ninguna me llegó a impactar tanto.

—¿Te sorprendió el éxito de *Cartas a mi amigo del alma*? —preguntó Kevin.

—Francamente no sé qué decirte. Aquel fue un libro escrito con el corazón. Tenía tanto dolor dentro que lo escribí muy rápido. No sé si te lo he comentado antes durante estas conversaciones, pero si es así perdóname, pero para escribir a mí los estados de depresión o tristeza me inspiran mucho más que los estados de alegría. Eso no quiere decir que mis relatos tengan que ser forzosamente tristes y desgraciados, pero debo reconocer que quizás esa es mi manera de evadirme y alejarme de una realidad incómoda.

—No sé si me lo habías dicho, pero yo lo he ido deduciendo. Recuerdo que me contaste que escribiste tu primer libro para superar el shock emocional que te había causado tu experiencia en el campo de concentración.

—Exacto. En aquella ocasión fue Agnès quien me lo sugirió como terapia.

—De todas maneras, si es necesario llegar a una situación tan desesperada para escribir es curioso que no hayas hecho algún tipo de relación subconsciente entre la escritura y los estados anímicos negativos.

—Imagino que eso es porque soy capaz de racionalizar el tema y además yo creo que la secuencia es justo la contraria. Primero estoy mal y después escribo para mejorar.

—Entiendo.

—Entonces si tengo que relacionar la escritura con algo es más bien con la

superación de momentos negativos.

—No te he preguntado porque hasta ahora no se me ha ocurrido, pero ¿sigues escribiendo alguna cosa?

—Hace tiempo que no —dijo Thomas—, mucho tiempo, al menos nada que se pueda dar a conocer o publicar. Sí que me he acostumbrado a escribir pequeños relatos, pero lo hago solo para mí. Son muy personales.

—No sé si atreverme a pedírtelo, pero ¿podría leer alguno?

Thomas sonrió y a continuación respondió.

—Ni hablar —fue una respuesta rotunda.

—Perdona... no debía...

—No te preocupes —rio—, esos relatos solo los ha leído Ben. Son una veintena de historias cortas, muy eclécticas, cada una habla de algo diferente. Las hay clásicas y también totalmente de ciencia ficción. Una mezcla bastante curiosa. Se las he ido enviando para que una vez que yo muera las lleve a la editorial y si lo consigue, que lo publiquen. Es un regalo, si obtiene algún beneficio es en exclusiva para él.

—Es un bonito detalle con tu nieto.

—Ya sabes el tipo de relación que hemos mantenido. No se lo dejo a Albert ni a Carol porque ellos ya tendrán mi herencia, pero a él no le llegaría, así que es un regalo personal.

Se despidieron hasta el lunes, estaban ante otro fin de semana que Kevin pensaba dedicar a trabajar, aunque el sábado por la tarde iría a pasar la noche en casa de su amigo Mark. Se acababa su tiempo en aquellas tierras.

CAPÍTULO 28

El último fin de semana

Empezaba el que iba a ser su penúltimo fin de semana en Barcelona o al menos eso pensaba Kevin. Había pasado toda la tarde encerrado y trabajando frenéticamente. Tenía mucho material para clasificar y quería seleccionar aquellos documentos que se iban a incluir en la biografía. Si la biografía se publicaba mientras Thomas Levi seguía vivo y en plenas facultades intelectuales, él daría su visto bueno final, aunque la última palabra siempre la tendría la editorial. Si Thomas no estaba de acuerdo en aspectos relevantes, se haría constar expresamente en cada volumen y en toda la publicidad. Por el

contrario, si Thomas ya había fallecido, la biografía se publicaría como quisiese la editorial y con el subtítulo de «Biografía Autorizada». En el mundo literario había bastante interés en aquel trabajo que sin duda iba a catapultar a la fama a Kevin Conor, que se convertiría por un tiempo más o menos efímero en el nuevo autor estrella de Dreams.

Era casi la hora de cenar cuando recibió la llamada de John.

—Hola, Kevin, ¿cómo lo llevas?

—John, ¿qué tal? Si te refieres a la biografía, avanzando. Estoy seguro de que lo tendré a tiempo y casi listo cuando regrese a Boston.

—Por eso te llamaba.

—Tú dirás.

—Vuelas de regreso el viernes que viene. Tu avión sale a las 8 de la noche y tienes una escala en la ciudad de Nueva York.

—Oh no... ¿no podría salir el lunes? Para mí es importante pasar aquí el próximo fin de semana.

—Pues no puede ser. Lo siento mucho, lo he intentado. Puedes creerme. El consejo de dirección se reúne el sábado por la tarde para que les presentemos nuestro trabajo. Es imprescindible que estemos los dos. Propuse celebrar la reunión otro día, incluso el fin de semana siguiente, pero todo ha sido en vano. Ellos tienen sus agendas y no las van a modificar por nosotros. Lo siento.

—Qué jugada, John. Casi no me voy a poder despedir de nadie.

—Ya. Lo siento, he hecho lo que he podido, pero tanto tú como yo sabemos dónde están nuestros intereses y qué es lo que debemos hacer. Nosotros nos encargaremos de preparar la presentación, por eso no debes preocuparte, y tú tan solo tienes que explicarnos cómo ha sido tu experiencia con Levi.

—Está bien. Entiendo que no tengo opción.

—No.

—Por favor, cuando tengáis la presentación, envíamela para que la pueda visualizar en el vuelo. La estudiaré. Me encargaré de preparar mi pequeño reportaje sobre mi relación con Thomas Levi. Sencillamente ha sido fantástico, no me ha puesto ninguna dificultad, pero igualmente me lo quiero preparar un poco.

—Como quieras. La presentación la tendrás el jueves como muy tarde. Yo te recogeré en el aeropuerto de Boston. No tendrás ni siquiera tiempo de pasar por tu casa, así que directamente iremos a la reunión y después ya te acercaré a tu apartamento.

—No te preocupes, también puedo coger un taxi mientras tú te manejas entre

los jefes. Quizás sea bueno que yo no esté todo el tiempo delante ya que de esa manera serán más sinceros contigo en sus opiniones.

—Francamente no los conoces. No tendrán ningún inconveniente en ponerte verde a la cara si lo consideran oportuno.

—Gracias, me alegra saberlo —dijo irónicamente.

—Recibirás por e-mail la reserva y la tarjeta de embarque. Estamos en contacto —y una vez más colgó.

Kevin estiró las piernas y se apoyó en el respaldo de la silla. Durante unos minutos dejó la mente en blanco. Luego se levantó y fue a la pequeña nevera; se sirvió un vaso de Whisky. No podría pasar el fin de semana con Celia. Era una jugada. Ni siquiera podrían despedirse como merecían. Confiaba en que pudiesen encontrar alguna alternativa durante la semana laboral ya que si no poco podrían compartir durante aquella semana escasa que tenían por delante. Cogió el teléfono y buscó el número de Celia. Le apetecía hablar con ella y de paso le explicaría la llamada que acababa de recibir. Iba a hacerlo cuando pensó que no. No afectaría en nada que lo supiese hoy o el lunes, así que prefería decírselo el lunes cuando se viesen en la residencia.

Miró hacia la mesa. Estaba la última carpeta que le había entregado aquella mañana Levi. Era negra y todos los documentos estaban esparcidos por toda la zona de trabajo. ¿Sería premonitorio aquel color? No tenía por qué. Además, no había sido un capítulo especialmente duro. ¿O quizás sí?

Mientras bebía lentamente pensó en que habían pasado casi de puntillas por la muerte de Sally, de Manuel y de Hans. Sabía que con Hans no tuvo una gran relación porque coincidieron en muy pocas ocasiones. Otra cosa era Manuel, con el que había compartido una vivienda durante un tiempo. De todas formas, tras tantos años viviendo lejos quizás no sintió tanto aquellas muertes ya que por otro lado se trataba de gente mayor, pero lo que sí que le chocó bastante era que hubiesen hablado tan poco de Sally. Seguro que le afectó mucho más de lo que se desprende de sus palabras. Sally había sido como una hermana para él. Siempre habían estado juntos. ¿Por qué no habían hablado con más detalle de los sentimientos que tuvo en aquel momento? Acercó la silla a la mesa y empezó a remover los papeles que tenía por allí. Encontró una foto de Sally con más o menos treinta años y el recordatorio de su funeral. También encontró la carta que había enviado Sara con el recorte de la esquila funeraria. Finalmente llegó a la conclusión de que Levi no quería convertir el final de sus memorias en una sucesión de muertes de personas queridas. No tenía más remedio que mencionar cada uno de los óbitos para que el relato tuviese la coherencia necesaria, pero

por otro lado no pretendía recrearse. Posiblemente, tras la muerte de Álex, su carácter se debió de endurecer, aunque aquello no tenía mucho sentido ya que lo estaban revisando todo a posteriori. En fin, no sabía si era importante o no, pero lo pensaría y si se lo parecía, le preguntaría por la muerte de Sally. Concluyó que Thomas le había explicado su vida, pero que había cosas que se había reservado para sí mismo. La historia de Marie, la muerte de Sally o la relación extramatrimonial de Agnès, aunque esta última se la había explicado someramente y con prohibición expresa de aparecer en el texto.

Acabó de un trago lo que quedaba en el vaso y volvió a lo que estaba haciendo antes de la llamada de John. Transcribía la grabación a papel y añadía impresiones y comentarios. Posteriormente, para cada tramo argumental, seleccionaba documentos gráficos que escaneaba y que referenciaba para que en el momento de la maquetación del texto quedasen correctamente añadidos e intercalados. Era un trabajo laborioso ya que a menudo cambiaba de opinión y decidía adjuntar un nuevo documento en lugar del insertado anteriormente. A veces dudaba de la mayor o menor oportunidad y sobre todo quería ser muy respetuoso y fiel al relato de Thomas.

Sabía que todo lo que él enviaba a Boston era revisado y reorganizado y que posteriormente era enviado a la sede de la editorial en Barcelona donde se preparaba simultáneamente la edición en español. Le habían comentado que dada la edad avanzada de Levi también se estaba trabajando en la versión francesa, catalana, alemana e italiana, aunque el lanzamiento iba a ser en inglés y español, y después seguirían las demás. Eran las cinco de la mañana cuando dio a la tecla de enviar de su correo electrónico. Era un mensaje breve avisando de que había colgado en su «oficina virtual» de la página web de Dreams toda la información y documentación elaborada.

Trabajar le disparaba la adrenalina, aunque no estaba seguro de que fuese esa hormona y después tenía que relajarse para poder dormir, pero aquella noche estaba realmente cansado. Había sido un día muy largo, así que tan pronto como se metió en la cama se quedó dormido. Se despertó pasado el mediodía. No tenía nada que hacer hasta la tarde así que cogió su tablet y estuvo ojeando las noticias del día. Después vio algún capítulo de *The walking dead* online. Antes de su viaje había estado muy enganchado a la serie, pero desde que había llegado a Barcelona tan solo había visto un par de episodios. Si estaba tan próximo al regreso, más le valía ir recuperando sus antiguas aficiones.

Pensó en sus padres y aunque eran las siete de la mañana en Boston de un sábado sabía que su madre estaría despierta así que marcó el número.

—Buenos días, mamá.

—¿Kevin? —preguntó irónicamente su madre—. Perdona que no esté segura, casi había olvidado tu voz.

—Bah, ¿vamos a discutir?

—No. Perdona, hijo. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Tengo casi mi trabajo terminado y el viernes vuelo de regreso a Boston.

—Qué alegría —dijo aunque sin mucho convencimiento—. ¿Vas directo a Boston o pasas por Nueva York?

—El vuelo hace escala en Nueva York, pero me esperan el mismo sábado en la editorial. Tenemos que presentar parte del trabajo hecho.

—Así que no te veré, pues para eso me es igual que estés en Europa o en los Estados Unidos. Bueno, no —recapitó—, estoy más tranquila si sé que estás en los Estados Unidos.

—Intentaré ir a visitaros la semana siguiente, hace mucho que no os veo y ya va siendo hora de haceros una visita.

—Ya sabes que me alegraré mucho de verte —dijo su madre rebajando su ironía y su malestar con el primogénito.

—¿Papá está bien?

—Sí. Aún duerme, pero está perfectamente. Hoy vienen tus hermanos. Celebraremos mi cumpleaños, que fue ayer.

«Qué desastre», pensó Kevin, se había olvidado totalmente, no le hubiese costado nada llamar.

—Lo siento, se me olvidó.

—Ya me di cuenta. Tu padre y yo hicimos una apuesta y la gané.

—Con el cambio de horas...

—No digas tonterías, en Barcelona es seis horas más tarde así que si me hubieses llamado el día antes, lo hubiese comprendido porque tú ya hubieses estado en el día del cumpleaños, pero un día más tarde... Hijo, no soy tonta.

—Bueno, mamá, felicidades igualmente. Lo siento y ¿sabes una cosa? No me apetece continuar aguantando esa ironía. Retiro lo de visitarte la otra semana. No me esperes.

—Pero hijo...

—Recuerdos, mamá, un beso.

No dio tiempo a la réplica. No sabía que le había pasado, quizás es que estaba más que harto de aquello. Nunca había hablado así a su madre, ni él ni ninguno de sus hermanos que recordase, pero no lo aguantaba más. Su madre vivía para

ella misma, siempre había sido igual y era totalmente incapaz de pensar en que los demás tenían sus propias preocupaciones y sus propias presiones como para estar pendientes de ella constantemente. ¿Hasta qué punto había influido aquella relación enfermiza en que él se hubiese desplazado a Boston? Era neoyorkino, en su ciudad estaban casi las mejores opciones de trabajo para su profesión, pero igualmente había decidido no volver a casa tras la Universidad.

Al cabo de media hora recibió una llamada en el móvil. El nombre del que llamaba estaba oculto. Conocía aquel juego. Ya lo había utilizado alguna vez. Era su madre y no tenía ninguna intención de descolgar así que dejó sonar el aparato. Luego recibió un SMS en el que se disculpaba, pero explicaba que no entendía por qué había reaccionado así. Contestó aceptando las disculpas y nada más.

Aquello le había dejado un mal sabor de boca, pero no tenía absolutamente ninguna intención de dejar que una discusión sin cabeza ni pies le amargase el último fin de semana en Europa. Pensó que la mejor manera de olvidarse era hacer ejercicio. Cogió su bolsa de deporte y se fue al gimnasio. Paso allí un par de horas; la mayor parte del tiempo en la sala de máquinas corriendo y después estuvo un rato en la piscina y en la sauna. Cuando salió avisó de que le diesen de baja a partir del próximo jueves.

—¿Ha tenido algún problema con nuestras instalaciones o nuestros monitores?
—le preguntó la joven de oficinas que trabajaba el sábado.

—No, sus instalaciones son perfectas y no he contratado los servicios de ningún monitor. Sencillamente es que soy extranjero y vuelvo a casa.

—Ah —dijo ella—, pues entonces que tenga un buen viaje de vuelta. Tomo nota y el jueves tramitamos la baja y el último recibo. Por lo que pudiese pasar le comento que a veces se cometen errores. Esté pendiente durante el mes siguiente por si le cargan algún recibo más. A veces pasa. No dude en devolverlo.

—Gracias, estaré pendiente.

Se le había hecho tarde así que comió un bocadillo de camino a la Fonda y preparó una pequeña bolsa con sus cosas, recogió la habitación más que nada por no dejar todos los documentos a la vista y a las seis salía rumbo a Barcelona.

Mark le estaba esperando en el apartamento. Le había preparado una cena de despedida. Había visto que se integró bien en su grupo de amigos el día que se quedó a dormir en el apartamento y los volvió a invitar. En aquella ocasión tomaron más alcohol que la vez anterior y todos estaban mucho más desinhibidos. Beatrice, que era una joven de color originaria de Martinica, empezó a tontear con él. Al principio aquello le extrañó, pero siguió el juego.

Poco a poco la gente se fue marchando y Mark entró en su habitación acompañado de Katy, modelo rusa que llevaba un tiempo trabajando en Barcelona; al cabo de un rato empezaron a oír los gemidos de la rusa. Beatrice y él se quedaron solos en el salón riendo y bromeando por aquella situación, y casi sin querer acabaron haciendo el amor. Por la mañana, cuando Mark les despertó, Kevin no sabía qué pensar. Le había gustado aquella experiencia, pero de alguna manera él tenía un compromiso con Celia o quizás no era así. Dudaba de si aquello había sido correcto o no. Ella estaba muy ocupada, pero sin duda llevaba desde que regresaron de París poniendo distancia entre ellos. Había empezado su proceso de desconexión por lo tanto quizás él también era libre. No lo sabía y se sentía mal, aunque lo que había pasado aquella noche no había sido más que una sesión de sexo sin demasiada importancia. Había estado bien, pero ninguno de ellos dos estaba enamorado del otro.

Cuando se quedaron solos Mark le comentó:

—Me ha sorprendido descubrir que te habías acostado con Beatrice. Pensaba que estabas con Celia y además, Beatrice es muy exigente. Yo lo he intentado, pero aún no lo he conseguido.

—Respecto a Celia, no sé qué decirte. Hemos estado enamorados, pero desde que volvimos del viaje ella me ha esquivado, así que imagino que lo nuestro está terminado o casi terminado. En referencia a Beatrice, ya sabes, cada uno tiene su atractivo, debo admitirte que yo no la busqué... tan solo me dejé llevar.

Bromearon mientras acababan de recoger los restos de la fiesta y ponían en orden el apartamento. No tardaron mucho. A la una estaban comiendo en el mismo lugar donde comieron la primera vez. Kevin quería despedirse de Barcelona con vino blanco y una Fideuá, igual que cuando llegó. Mark ya le había hablado entonces de su adicción a aquel plato así que no puso ninguna pega en reservar mesa en el restaurante.

Se prometieron que seguirían en contacto. No dejarían que se distanciasen como había pasado anteriormente. Cuando habían estado juntos siempre se habían entendido bien. En realidad Kevin no tenía amigos de verdad. Tenía muchos conocidos, pero ningún amigo. Había conocido el poder de la amistad a través de la relación entre Thomas y Álex. Sabía que no era lo mismo ni muchísimo menos, pero se había dado cuenta de lo importante que era tener a alguien en quien confiar. Mark era un buen candidato. Habían compartido estudios y apartamento en la universidad, y después le había ayudado en su experiencia barcelonesa, así que aquello era una buena base para consolidar la relación.

Caminaron sin un rumbo fijo por Ciutat Vella parando a tomar algún que otro café. El domingo había amanecido triste. El día estaba nublado y hacía frío. Parecía que la ciudad se despedía de él ocultándole su mejor cara. Volvieron al apartamento y Kevin recogió sus cosas. Se despidieron y a las siete emprendía el regreso hacia Granollers. Se acababa su último fin de semana europeo, al menos de momento.

Al llegar a la Fonda no tenía ningún mensaje de Celia. Tampoco habían hablado en todo el fin de semana. Le extrañaba un poco, aunque confirmaba su teoría del distanciamiento. Avisó en recepción de que dejaría la habitación el próximo viernes y le confirmaron que habían recibido un e-mail informándoles y una transferencia liquidando la factura que les habían solicitado. Dreams siempre trabajaba con aquella efectividad. Estuvo mirando su correspondencia en el ordenador y poniendo en orden cuestiones menores. Cuando acabó, se preparó para meterse en la cama. Tenía sueño, hacía dos noches que dormía poco. Intentó esforzarse en retener en su mente aquel espacio en el que había pasado varios meses, sabía que cuando volviese a casa y reprendiese su rutina le parecería que todo aquello no había pasado, así que se esforzó en recordarlo. Se debió quedar dormido sin darse cuenta.

Cuando llegó por la mañana a la residencia, se encontró con Celia que salía de su despacho.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa y acercándose para besarle.

—Hola, Kevin, ¿cómo estás? Por fin me he podido liberar de mis obligaciones en los otros centros y ya estoy por aquí otra vez.

—Me alegro, tengo que hablar contigo.

—Ostras, pues ahora no puedo. ¿Comemos juntos?

—De acuerdo —dijo Kevin un poco contrariado, pero comprendiendo que debía tener mucho trabajo atrasado—, paso por tu despacho después.

—Perfecto —dijo ella alejándose por el pasillo.

Posiblemente en aquel momento Kevin empezó a considerar definitivamente que aquel amor que se habían tenido estaba finiquitado. Cuando todo era tan complicado, incluso hablar cinco minutos para avisar de que estaba a punto de marcharse, quizás era el momento de dar por terminada una relación. Le fastidiaba porque por un lado aquello se acababa por las circunstancias, que era un factor externo a los dos, y por otro lado no era como él había planeado, incluida aquella infidelidad si es que se podía considerar como tal, ya que ella de alguna manera ya le había dejado.

Avanzó hasta la habitación de Thomas. El hombre le esperaba tan contento

como siempre, totalmente dispuesto a confiarle el relato de sus últimos años de vida. Se saludaron con la simpatía mutua que se mostraban casi desde el principio y Kevin le devolvió la carpeta negra.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondió Kevin dudando si empezar la sesión explicándole que se iba el próximo viernes. Finalmente así lo hizo—. Thomas, el viernes por la tarde vuelo de regreso a Boston.

—Caramba, no te han dejado mucho tiempo para poderte despedir de todo esto.

—Francamente no. Yo contaba como mínimo con tener el próximo fin de semana, pero no me dejan. El mismo sábado por la tarde tengo una reunión en Boston, no podré ni pasar por el apartamento. Tú que los conoces de antes, ¿siempre han sido así?

Thomas recapacitó unos segundos y añadió:

—No sé si siempre han sido así. La verdad es que las cosas antes eran diferentes en general. Es posible que se hayan mercantilizado, como toda la sociedad, y estén demasiado centrados en el resultado económico.

—¿Crees que nos dará tiempo a acabar?

—Seguro que sí, ya nos queda muy poco que añadir.

—Pensé que llegaría al momento de la partida contento de regresar a casa, a mi vida en los Estados Unidos, pero debo reconocerte que no va a ser así. Nadie me espera aparte de la gente de la editorial, hasta con mi madre he discutido y añoraré todo esto.

—Eres muy joven, Kevin. Ni te imaginas la cantidad de cosas buenas que aún tienen que pasarte. Esto es un pequeño contratiempo, estás bien aquí, pero tienes que irte... Bueno, ya vendrán tiempos mejores. Estás en un punto importante de tu carrera. Por lo que me has explicado, esta biografía puede significar para ti tu lanzamiento. Disfruta del momento. No te preocupes por nada más.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos. Thomas miraba a Kevin y a su vez, este miraba a algún lugar indefinido.

—Te haré caso, gracias por el consejo. Deberíamos ponernos manos a la obra, ¿empezamos?

—Durante aquellos años empezamos el camino definitivo a la senectud. Era parecido a cuando un avión se aproxima a su destino y empieza el descenso lentamente. Habíamos vendido Can Tomeu, nuestro referente común como grupo familiar. La mayoría de nuestros seres queridos del pasado habían partido y solo estábamos Agnès, mis hermanas y yo. Todos los demás eran gente

posterior a nuestra época dorada.

»La comunicación telefónica con Sara era muy frecuente. Habíamos abandonado el hábito de escribirnos ya que todos empezábamos a tener problemas de visión, nada que no se pudiese solucionar con unas gafas, pero ya sabes que con el tiempo te vas volviendo perezoso y cada vez te cuesta más iniciar una actividad.

»En casa vivíamos Agnès, Ada y yo. Era un caserón enorme para nosotros tres así que le propusimos a Albert y Susan si querían venir a vivir con nosotros. En realidad no los necesitábamos allí, aún nos valíamos por nosotros mismos y además teníamos al servicio que si era necesario nos ayudaban, pero creo que los tres por todo lo que te he dicho antes del descenso del avión nos empezábamos a sentir solos por dentro. Es una sensación extraña. Sabes que no estás realmente solo, ya que estábamos juntos, pero por dentro notas la frialdad de la añoranza de todos los que ya no están. Me da la impresión de que cuando tienes a más seres queridos en el otro lado que en este es cuando realmente te vuelves un anciano y de alguna manera eso nos empezaba a pasar.

»No sé si Albert y Susan tuvieron que discutir mucho sobre el tema, pero el caso es que dijeron que sí. Sus condiciones de vida mejoraban claramente y al mismo tiempo que nosotros estaríamos más acompañados, sobre todo por los niños, ellos tendrían más libertad de movimientos. Así fue casi desde el principio.

»Mi hijo y su esposa salían muchas noches y hacían pequeños viajes los dos solos. Los niños estaban perfectamente con nosotros y nosotros contentos de tenerlos allí. A quien no le pareció muy bien fue a Carol, ya que tenía miedo de quedarse sin su parte de herencia ya que Albert, de alguna manera, estaba tomando posesión de la casa. Con una estúpida excusa Agnès y yo fuimos a San Francisco a visitarla y le entregamos una copia de nuestro testamento en el que dejábamos bien asentado que tanto ella como su hermano heredarían en partes iguales. Albert se quedaría con la casa que sería tasada por un agente nombrado por mí en aquel documento y respecto al resto de la herencia Carol recibiría en dinero el valor de la tasación y el resto se repartiría en partes iguales. Pareció que aquello la tranquilizaba.

»Como ya sabes en 1.989 había caído el muro de Berlín y eso significó el principio del fin del comunismo. Poco a poco países como Hungría o Polonia se alinearon con occidente. Por otro lado, en 1.991 se produjo el golpe de estado en la Unión Soviética que llevó a su disolución y que encumbró a Boris Yeltsin a mando de la nueva república de Rusia.

»Todo esto tiene su influencia en los siguientes factores de mi vida. Con el fin del comunismo en Europa y con la caída de la Unión Soviética en las repúblicas de la antigua Yugoslavia se produjeron presiones que acabaron disolviendo el país mediante una cadena de guerras que hasta aquel momento no se habían producido en el continente tras 1.945. Eslovenia y Macedonia se independizaron con relativa facilidad en 1.991 y Croacia también hizo lo propio, pero en aquella ocasión ya no fue tan fácil. Había territorios de población Serbia en la nueva república y hubo enfrentamientos entre los serbios y los croatas que, por otro lado, eran los dos grupos más importantes de la antigua Yugoslavia. Todavía estaban enfrascados en sus enfrentamientos cuando en 1.992 Bosnia-Herzegovina declaró su independencia. El problema principal fue que la nueva república era mucho más débil que sus dos vecinos y además había porcentajes importantes de croatas y serbios entre la población de la república. Inevitablemente aquello derivó en un enfrentamiento a tres bandas con los bosnios recibiendo de unos y otros.

»El mundo entero pudo ver por televisión cómo bombardeaban la ciudad de Sarajevo que en 1.984 había sido sede de los juegos olímpicos de invierno. Se hablaba de limpieza étnica de los musulmanes de Bosnia y los fantasmas de la segunda guerra mundial parecían revivir. Bombardeaban mercados y barrios habitados por población civil sin importar las consecuencias más allá de la conquista de unas calles. La opinión pública internacional parecía escandalizada y dispuesta a movilizarse, pero a la hora de la verdad eran pocos los que se movían. Para gran sorpresa recibí una llamada desde el edificio de las Naciones Unidas de Nueva York. Resultaba que Boutros-Ghali, que por entonces dirigía el organismo, me invitaba a visitarle en una semana en Manhattan. Nada tenía que perder, así que acepté la invitación y al cabo de siete días entraba en su despacho. El hombre era una persona muy correcta, algo más joven que yo.

»—Imagino que debe de estar muy sorprendido por la llamada desde mi oficina —me dijo mientras entrábamos en su despacho acompañando sus palabras con una gran sonrisa.

»—Francamente debo reconocerle que no sé cuál es el propósito de mi visita, pero en cualquier caso estoy convencido de que deben responderse a este tipo de invitaciones, una persona tan ocupada como debe de ser usted no tiene tiempo que perder.

»Ghali sonreía y lo hacía de una manera cálida. Transmitía sensaciones positivas a las personas que estaban a su alrededor, al menos así fue conmigo.

»—Voy a ir directo al tema por el que le hemos invitado —comentó—. Como

usted bien sabe estamos en una situación nefasta en Bosnia. Seguro que se ha enterado del bombardeo del mercado de Markale. En definitiva, que esto no puede continuar así.

»—Estoy totalmente de acuerdo, pero no sé qué puedo hacer yo...

»—Usted es un escritor con prestigio entre americanos e hispanos. Además, estudió en Francia y es medio judío. Como ve, tiene muchas cartas de diferentes barajas. Por no decir que se le reconoce un compromiso con la libertad y que además es un superviviente de Auschwitz. Ah, y me olvidaba que había trabajado para la Sociedad de Naciones.

»—Es cierto.

»—Eso le convierte en nuestro hombre. Hemos organizado una conferencia en la ciudad de Viena en Austria con personajes relevantes de la cultura de Croacia, Bosnia Herzegovina y Serbia con la finalidad de ayudar a que presionen en sus sociedades para que sus gobiernos adopten posturas de entendimiento.

»—No sé si eso puede serles útil, pero en todo caso si están seguros de que va a serlo yo no tengo impedimento en ir a Viena.

»—La cuestión es que no solo es Viena, también visitará Zagreb, Sarajevo y Belgrado. Eso debe ser previamente a la conferencia. No iré solo, en todos los casos les acompañarán las figuras que posteriormente asistirán a las conversaciones de paz en cada ciudad y además irán una selección de diez personajes famosos de los Estados Unidos, de Rusia y de Europa. Ya sabe, cantantes, actores de cine, algún escritor más y algún artista de otro campo.

»—Caramba, y este viaje ¿será seguro?

»—No nos arriesgaríamos si no lo fuese, aunque como se puede imaginar la seguridad no es al 100%.

»—¿Cuándo debería viajar?

»—En marzo, el mes que viene.

»La verdad es que no sabía qué decir. Yo ya estaba mayor, aquel año iba a cumplir 79, pero no quería que todo el sufrimiento que había vivido y visto en Europa volviese. Sabía perfectamente que no podía hacer nada para evitarlo, pero como mínimo debía intentarlo. Acepté con muchas dudas e inseguridades, pero no tenía otra opción. Cuando llegué a casa y se lo conté a la familia Ada y Albert, sobre todo, me trataron de loco. Para ambos yo ya había hecho suficiente, no era necesario que ahora me pusiese en peligro y mucho menos a mi edad. Agnès fue la única que entendió que debía hacerlo. Sabía perfectamente cuál era mi compromiso con la libertad y en contra del nacionalismo étnico de Yugoslavia.

»Salimos desde Nueva York con destino a Viena el quince de marzo de 1.994. La editorial no me permite nombrar al resto de las personas que viajaban conmigo, por lo visto habría que pagar derechos así que no lo haré, aunque la lista se puede encontrar fácilmente en internet. Sí que diré que había una cantante pop que triunfaba en todo el mundo y que tenía una fama de excéntrica y rebelde que la precedía en todos sus actos. Puedo asegurar que durante aquellos días aquella mujer se encargó todo el tiempo de que no me faltase de nada y de ayudarme todo lo que pudo dada mi edad. A menudo la imagen que se da en los medios no coincide en absoluto con las personas que se esconden detrás.

»A pesar de los temores de mi familia yo creo que los riesgos fueron muy pequeños y estuvimos todo el tiempo perfectamente controlados. En Zagreb los enfrentamientos hacía tiempo que se habían acabado, en Belgrado el riesgo era principalmente por la actitud de las autoridades, aunque debo reconocer que nos trataron bien. Otra cosa era Sarajevo. Se sentían explosiones lejos de donde estábamos nosotros e igualmente se podían oír por la noche ráfagas de tiros. Todo ello en la más absoluta oscuridad ya que el alumbrado público estaba destruido. Había toque de queda y francotiradores en muchas azoteas. Lo más impresionante, como siempre, la cara de la gente. Principalmente la de los niños que habían visto cómo su vida degeneraba a lo largo de los años. Hay una niña de Sarajevo que escribió un libro, *El diario de Zlata*, en el que explica sus vivencias. Te lo recomiendo fervientemente si te interesa el tema y quieres saber lo que sentían. De todas formas, nosotros sabíamos que al cabo de unos días regresábamos a nuestras vidas confortables y distantes de todo aquello, así que nuestros sentimientos no merecían mucha atención.

»La conferencia en Viena no sirvió para mucho. Sobre todo croatas y serbios discutieron acaloradamente mientras en la mayoría de ocasiones nosotros y los bosnios asistíamos sin saber muy bien qué decir. A nuestro regreso a los Estados Unidos pudimos ver la repercusión que había tenido todo aquello en los medios de comunicación. Nos entrevistaron a todos y nos hicieron cincuenta mil preguntas buscando la proposición de una solución mágica que evidentemente no existía y que por supuesto no estaba en nuestras manos. La utilidad principal de la excursión fue la de conseguir que yo vendiese más libros durante un periodo de tiempo y que por ejemplo la cantante pop también aumentase sus ventas de manera escandalosa. Aún pasó más de un año hasta que se firmaron los Acuerdos de Dayton que acabaron con la guerra.

»Nuestra vida transcurría lentamente, sin grandes cambios al menos en

apariencia. Todos íbamos envejeciendo y perdiendo facultades aunque dentro de todo no estábamos mal, al menos físicamente.

»Agnès estaba bastante despistada. Tenía buen humor, pero a menudo olvidaba cosas. Cuando llegaron los niños ya le empezó a pasar. Siempre le comentaba que admiraba cómo era capaz de recordar piezas enteras de música, pero después olvidaba nombres y lugares. En realidad ninguno le dio mucha importancia hasta que le empezó a pasar con mucha mayor frecuencia. Además no solo olvidaba nombres y lugares, sino que empezaba a olvidar también el nombre de utensilios comunes o cuando había ido a algún sitio no recordaba para qué. Susan fue la que se lo tomó más en serio y la convenció para ir a un especialista que ella conocía a hacerse una serie de pruebas. Le estuvieron revisando y le realizaron todo tipo de chequeos. Finalmente un día fuimos a recoger los resultados. No había duda, Agnès estaba diagnosticada de la enfermedad de Alzheimer.

»Ella lo llevó bastante bien, aún estaba en un estado mental en el que podía llevar una vida más o menos normal, además nos tenía a todos nosotros a su alrededor. Yo lo llevé muy mal, me hundí. Me había quedado sin Álex y no quería quedarme sin Agnès, prefería morirme yo, no podría superar su ausencia en un futuro que no parecía ser tan lejano. Ada se volcó en los cuidados de mi mujer. Sentirse útil, transmitir todo el cariño que podía dar y dedicar su vida a ayudar a sus seres queridos era lo que hacía mejor, así que pareció que en el cuidado de Agnès encontró una razón de vivir.

»A pesar de los tratamientos experimentales y de la medicación y ejercicios mentales a los que la sometíamos con una regularidad absoluta degeneraba día tras día. Agnès estaba pasando de la fase leve de la enfermedad a la fase moderada. Aún tenía una autonomía considerable, aunque poco a poco su mente se iba desconectando. Empezaba a hablar mucho del pasado. Ada y ella hablaban y hablaban de los tiempos de Can Tomeu, de las excursiones a la playa, de las personas queridas de aquella época, ahora bien, no recordaba el día en que vivía. Todo el tiempo Ada le enseñaba fotos y le explicaba quién era quién y qué estaban haciendo. Tenía infinita paciencia.

»Me dio mucha pena cuando un día pasó por delante del gran piano de cola que teníamos en el salón y no recordó cómo se llamaba aquel instrumento. La música había sido su vida. Albert y yo decidimos que había llegado el momento de venderlo. Al principio temíamos por su posible reacción al notar su falta, pero pudimos comprobar que no se dio cuenta de su ausencia. Eran como interruptores que se apagaban poco a poco. Por aquel entonces reconocía a los que vivíamos en casa, aunque a la mayoría les cambiaba el nombre.

»Álex nos visitó por aquellos días. Mi sobrino se había implicado al saber lo que le pasaba a Agnès y nos visitaba con mayor frecuencia. Siempre que podía. Ella lo confundía con su padre y le hablaba del pasado. Por suerte mi sobrino le seguía la corriente. John, que había estado tan enamorado de su tía, no se molestó en venir a visitarla ni tampoco Agnès, que llevaba su nombre. Ada los llamó en alguna ocasión y la vi discutir con ellos acaloradamente, pero no consiguió que le hicieran mucho caso. Una jovencísima Celia de tan solo 16 años vino a pasar el verano con nosotros. Yo creo que puede ser que a raíz de aquella visita naciese su interés por la medicina. Se pasaba horas hablando con ella, aunque mi mujer no tenía ni idea de quién era, le resultaba familiar pero no la recordaba. Celia, con una paciencia poco propia de las personas de su edad, le hablaba y le hacía reír. Pasaba ratos cepillándole el pelo y Agnès estaba encantada con ella. Carol también venía a visitarnos siempre que podía y cada vez volvía a San Francisco con una depresión. Imagino que los demás nos fuimos haciendo a la idea poco a poco y también nos fuimos despidiendo de ella lentamente, pero mi hija no tuvo ocasión de hacerlo de forma tan gradual.

»Ada y Albert me decían que estaba equivocado, pero yo creo que a mí me reconoció hasta el final. Siempre que estaba cerca de ella me daba la mano para que se la cogiese como si fuese una niña. Yo creo que se sentía segura. A pesar de la degeneración Ada se esforzó en mantenerla siempre arreglada, perfumada y peinada. Sabía de la importancia que para ella tenía su aspecto y mantenerla lo mejor que podía fue su tributo de agradecimiento a aquella cuñada con la que tantas cosas había compartido a lo largo de la vida. Agnès siempre había sido guapa y lo siguió siendo hasta el último día de su existencia.

»Dicen que las personas que tienen su enfermedad no mueren de aquel mal, sino que lo hacen de las complicaciones que se van provocando. Agnès pasó por una neumonía. Los médicos intentaron curarla, pero ya no tenía mucha fuerza para luchar contra la enfermedad. Nos propusieron ingresarla para tratarla, pero nos reunimos en cónclave mis hijos, Susan, Ada y yo, y decidimos que no tenía sentido. La atenderíamos en casa lo mejor que pudiésemos y estaría con nosotros hasta el final. Instalamos en la habitación todos los aparatos que alquilamos al hospital y una enfermera venía varias veces al día a visitarla y a hacerle un seguimiento.

»Parecía que iba a mejorar, pero una noche tuvo un empeoramiento rápido y tuvo que venir el médico de urgencia para reconocerla. Estábamos ante los últimos momentos de la vida de Agnès. Aunque estaba informado de todo y nadie me ocultaba la gravedad de su estado, para protegerme no era consciente

en absoluto de lo que se me venía encima. No quería pensar en ello. Agnès esperó a que llegase la luz del día, imagino que no quería morirse durante la noche y cuando el sol empezó a entrar por la ventana de la habitación ella se giró para mirar hacia la luz. Estuvo un rato mirándola y después se volvió a girar y me miró. Apretó mi mano y cerró los ojos. Yo creo que Agnès murió dulcemente y en el último momento recuperó la cordura, pero eso solo es mi opinión.

»Quise quedarme un rato solo con ella para poderme despedir como se merecía. Le estuve hablando de aquel día que habíamos ido los dos solos a la playa y también de aquel restaurante tan caro en las Ramblas en el que estuvimos. En mi mente o en mi alma, no lo sé exactamente, Agnès siempre había sido aquella jovencita, no había podido verla nunca de otra manera. Sé que mi hijo sufría por mí y quería entrar, pero mi hermana le convenció para que me dejase tranquilo un rato con ella. También le hablé de aquella primera vez en que habíamos hecho el amor poco antes de irme a París y le hablé de tantas otras cosas que muchas de ellas casi las había olvidado. No sé qué pretendía, posiblemente tan solo quería que abandonase la tierra con aquellos recuerdos que en los últimos tiempos había ido perdiendo. Cuando pensé que ya le había dicho todo lo que quería que recordase, me despedí de ella.

»—Ahora sí, cariño. Ve donde tengas que ir y no te preocupes por nada más. No creo que tarde mucho tiempo en ir a tu lado.

»Me agaché y le besé en los labios. La miré una vez más, estaba dormida. Tan bella como cuando tenía quince años, con la expresión relajada. No había sufrido o al menos eso creí.

»—Hasta pronto, Agnès.

»Abrí la puerta y salí de la habitación.

»En aquel momento me sentí muy solo. Quizás los dos referentes más importantes de toda mi vida me habían abandonado definitivamente. Me fui al estudio, en el que ya hacía tiempo que no escribía y me senté en mi silla. Crucé los brazos encima de la mesa y apoyé en ellos mi cabeza. Entonces acudieron las lágrimas a mis ojos. Francamente no sé cuánto tiempo pasó, pero imagino que Albert debió de dejar pasar el tiempo prudencial antes de entrar.

»—Papá —me dijo—, ¿quieres que salgamos a que nos dé un poco el aire?

»Lo miré y vi que estaba bastante desmejorado. Tenía ya cuarenta y cinco años y ya no era el joven de unos años atrás. Él afrontaba por primera vez la muerte de un progenitor, algo que yo había afrontado cuando tenía ocho años. Qué diferente la vida de los dos y a pesar de todo ahí estaba sufriendo su propio dolor y preocupado por mí. Me levanté, cogí mi chaqueta y salimos los dos de la casa.

Kevin le miró, tenía los ojos enrojecidos, pero francamente se le veía más sereno que con la muerte de Álex, imaginaba que hasta a eso uno se va acostumbrando.

—¿Estas bien?

—Sí —respondió Thomas—, eso pasó en 1.996 y ya han pasado casi veinte años. Realmente pensaba que no tardaría mucho tiempo en seguirle al otro lado, pero si me estuvo esperando, ya se debe haber aburrido.

Thomas pensó antes de añadir.

—El entierro fue sencillo, aunque recibimos muchos ramos y recordatorios del mundo del cine y la televisión con el que ella se había relacionado durante bastantes años.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí —dijo Kevin—, ya es tarde y te vendrán a buscar de un momento a otro.

—Es un buen momento para parar, mañana seguimos.

Kevin se levantó, recogió lo que tenía por allí y se despidió de Thomas.

Dudó si debía hacer el gesto de intentar una vez más pedirle un poco de tiempo a Celia, pero decidió que no. Por suerte, al pasar por delante de su despacho, fue ella la que lo vio y le llamó.

—Kevin, ¿te vas sin despedirte?

—Perdona, Celia, pensaba que estabas ocupada —dijo un poco molesto.

—Y lo estoy —respondió ella—, pero al menos podemos ver si quedamos esta tarde o por la noche.

En aquel momento Kevin se arrepintió de haberse enfadado. Ahora le estaba dando una ocasión de hablar.

—Tengo que decirte algo.

—¿Qué es? —preguntó ella con curiosidad.

—Vuelvo a Boston el viernes, no me dejan seguir aquí más tiempo. Hay una reunión ya programada para el sábado.

Celia lo miró seria y a continuación le acarició la cara.

—Pensaba que podríamos pasar el fin de semana juntos.

—Yo también lo creía, pero al final no ha podido ser.

—Tendremos que aprovechar el tiempo que nos queda. ¿Cenamos juntos esta noche? —propuso.

—De acuerdo —dijo Kevin—, podremos hablar con más calma.

Celia se acercó, se puso un poco de puntillas y le dio un beso en los labios. Después regresó al interior de su despacho cerrando la puerta tras de sí. No quería que la viese llorar.

CAPÍTULO 29

Haciendo las maletas

Tocaron suavemente a la puerta de la habitación. Eran unos toques casi tímidos, mostraban indecisión como si no quisiesen ser realmente oídos. Al principio pensó que eran golpes en alguna otra habitación o en el pasillo, pero al insistir se dio cuenta de que era en su puerta donde estaban llamando. Dejó lo que estaba haciendo y fue a abrir. Celia estaba allí. Le sonrió y casi por sorpresa le dio un beso en los labios.

—¿Estas muy liado? —preguntó.

—Pasa —invitó Kevin respondiendo a su sonrisa—. La verdad es que creo que no me va a dar tiempo a acabar antes de irme, así que es un poco indiferente que no acabe por un poco más o un poco menos. Tendré que liquidar el trabajo cuando ya esté en Boston.

—He venido a invitarte a cenar alguna cosa si te va bien.

—¿Estás segura? —preguntó Kevin.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, quizás me esté equivocando, pero he tenido la sensación durante el último tiempo de que me estabas esquivando. Lo entiendo como una estrategia para no sufrir ante la inminente separación, pero como tampoco lo hemos podido hablar no sé hasta qué punto es una teoría o una realidad.

—Debo reconocerte que tienes razón, al menos, en gran parte. El exceso de trabajo que he tenido recientemente es verdadero. No es ninguna excusa, pero también te reconozco que el estar tan ocupada y poner distancia me ha ido bien para prepararme para la próxima separación.

—¿Cómo es que ahora has decidido volverte a acercar? —preguntó Kevin sin ninguna malicia, tan solo porque quería saber el motivo.

Celia dejó pasar unos segundos antes de responderle.

—¿Qué significado tiene pasarlo mal por poner distancia cuando aún puedo disfrutar durante unos pocos días de tu presencia? Me he dado cuenta de que no tiene ningún sentido sufrir porque no estás cuando aún te tengo cerca. He anticipado el duelo de tu ausencia y ha sido un error, aunque insisto en que de todas formas es cierto que he estado muy ocupada y no me he podido dedicar correctamente a esta relación entre nosotros.

Kevin la abrazó y le besó con ternura.

—Me alegro de que hayas rectificado y estoy de acuerdo contigo, no tiene sentido empezar a sufrir antes de tiempo cuando aún podemos pasar juntos unas cuantas horas.

Estuvieron así unos segundos hasta que Celia habló.

—¿Eso quiere decir que iremos a cenar juntos?

Kevin sonrió antes de responder.

—Dame media hora para acabar lo que estaba haciendo y recoger todo esto un poco. ¿Sabes dónde ir?

—Da lo mismo, en realidad tampoco tengo mucha hambre así que cualquier sitio está bien. Un sitio donde podamos hablar tranquilamente.

Mientras que Kevin acababa lo que estaba haciendo, acordaron que Celia pasaría la noche en la Fonda así que fue a su casa en un momento a buscar algo de ropa y los utensilios de aseo. Como calcularon que al final iban a necesitar casi una hora a Kevin le dio tiempo a darse una ducha rápida.

En la ducha y mientras pensaba decidió que no le diría nada a Celia sobre Beatrice, ¿qué sentido tenía? Había sido una aventura sin ninguna importancia cuando él ya daba por cerrada su relación con Celia. Se trataba de aprovechar las últimas horas de estar juntos y no discutir sobre los fundamentos de una relación que ya no iba a durar más que cuatro días y una noche.

Cuando Celia llegó ya estaba preparado. Dejaron las cosas de ella y salieron a dar una vuelta por el centro de Granollers antes de decidir dónde iban a entrar. Hacía bastante frío, quizás todo el frío que no había hecho en diciembre lo estaba haciendo en enero, aunque comparado con lo que estaba acostumbrado, aquella temperatura a Kevin no le parecía nada extraordinario.

Se decidieron por un Kebab que no hacía mucho tiempo que había inaugurado. Ninguno de los dos era especialista en aquel tipo de comida, aunque en Boston eran relativamente fáciles de encontrar y para Kevin no era la primera vez. Celia también los conocía, pero no había entrado nunca en ninguno de ellos. El camarero les aconsejó una variedad de platos de varios tipos y ellos aceptaron. Celia preguntó si podían servir bebidas alcohólicas y acompañaron toda aquella comida con cervezas. Todo estaba delicioso, pero era tal la cantidad de platos y variedades que al final una parte importante quedó sobre la mesa.

—¿Cómo es que te hacen volver tan pronto? —preguntó Celia.

—La verdad es que es más o menos el tiempo que me dieron al principio, semana más o semana menos. Me hacen volver con una cierta urgencia. Imagino que están contentos con el trabajo y ya piensan en los beneficios que van a

obtener con la publicación y eso combinado con la impaciencia hace que me exijan regresar ya mismo. Piensa que llego a Boston a primera hora de la tarde y me esperan para una reunión un rato más tarde. En sábado.

—¿Estás seguro de que están satisfechos con tu trabajo? Casi suena a castigo ese regreso.

—Estoy seguro. John Brown no miente, nunca lo hace. Por ninguna causa. Si le ordenan que te pegue un tiro en la sien, te pedirá perdón, pero lo hará sin dudar, es una manera de hablar. Son los mecanismos que funcionan allí.

—Imagino que aunque tenemos cada vez más cosas en común, entre Europa y los Estados Unidos aún hay muchas diferencias.

—Es cierto y también dentro de cada uno. No es lo mismo cómo funcionan las cosas en unas zonas que en otras de mi país y tampoco lo es en Europa. Son demasiado grandes y con demasiadas diferencias entre regiones.

—Mi tío siempre me lo explicó y era verdad. Cuando estuve en Los Ángeles parecía extraño que fuese el mismo país que Nueva York o Boston.

Kevin sonrió.

—Es cierto que estuviste en Los Ángeles. Hoy tu tío me ha explicado tu visita a su casa y cómo cuidabas de tu tía.

Celia viajó a aquellos días mentalmente.

—Todos teníamos un cariño especial por Agnès. Tendrías que haberla conocido, era muy elegante, guapa y refinada. El paso de los años no la empeoró, todo lo contrario lo que fue perdiendo en frescura lo ganó en elegancia, pero a pesar de todo eso y aún pareciendo que aquello lógicamente la haría distante del resto del mundo mi tía era una persona muy cariñosa con todos los de casa. Siempre estaba al corriente de lo que nos preocupaba y de en qué estábamos metidos cada uno e imagino que eso hacía que todos tuviésemos una cierta predilección por ella.

—Es interesante este punto de vista, aunque con otras palabras y matices me estás diciendo un poco lo que se desprende de los comentarios de tu tío que, en definitiva, era su esposo.

—Hacían buena pareja. Cada uno tenía sus historias y su trabajo, pero se notaba entre ellos una complicidad que imagino que se gana con los años. Ellos pasaron muchas cosas juntos entre guerras, emigración y un montón de desgracias que ya debes conocer, quizás hasta mejor que yo.

—No sé porque tengo la sensación de que la historia de Thomas es una historia de todos vosotros, los Levi, ya sea de primer o de segundo apellido.

—Es curioso —admitió Celia—, pero aunque estuvieron separados la mayor

parte del tiempo, por un lado Thomas y Ada con sus parejas y a su vez entre ellos también a una distancia considerable, y por otro lado Sally y Sara con las suyas, te puedo asegurar que aquí se habló de todos ellos con una especie de devoción y cariño que nos fueron transmitiendo de unos a otros. Para mí Thomas o Álex eran un poco los héroes de aventuras que otros niños leían en los tebeos. Mi abuela nos contaba las aventuras y desventuras en París y durante la guerra. Lo mismo hacía con Ada, la eterna enamorada de Álex y con Agnès, que había triunfado en su campo en el Hollywood más glamoroso.

Kevin rio por la manera en la que lo expresaba Celia.

—No te rías, hablo en serio.

—Perdona, pero me hace gracia cómo lo explicas.

—Puede ser que sea por todo eso por lo que me siento muy honorada de tener a mi tío aquí en sus últimos días a pesar de que el primo Albert me somete a cuestionario cada semana sobre el estado de salud de su padre.

—¿No lo visita?

—De vez en cuando, aún está en activo y francamente no tiene muchas ocasiones de venir, pero siempre que puede se escapa igual que Ben. La tía Carol o las niñas de Albert, bueno niñas de mi edad, solo llaman alguna vez, pero no vienen. Yo creo que no tomaron muy bien que su padre se marchase a pasar sus últimos días lejos de ellos. Quizás se sintieron rechazados.

—No sabría qué decirte porque si bien, hasta donde yo sé, la relación con Albert y con Ben era más o menos sólida, con el resto me parece que no lo era tanto, al menos no habla tanto, por ejemplo de Carol.

—Pero eso es natural, Carol se fue de Los Ángeles al cumplir los dieciocho años y lo más cerca que ha vivido de ellos es en San Francisco. No sé si has visto fotos de ella, pero Carol recuerda mucho a Agnès, aunque no tiene tanto encanto como tenía ella. Siempre ha sido un poco rebelde y ha ido a su interés aunque, francamente, tampoco se lo critico. Cada uno es como es.

—¿Es buena la relación entre Albert y Carol?

—Por lo que yo sé sí lo es. Aunque son muy diferentes, suelen ponerse de acuerdo. Imagino que en eso se basa el respeto mutuo. Es fácil respetarse cuando dos personas se parecen o se entienden bien, pero es más difícil cuando son diferentes. Creo que entre ellos dos sí que a su manera están unidos.

Kevin observaba cómo Celia hablaba de su familia, se le iluminaba la cara fuese el tema que fuese siempre que aparecía uno de ellos en el relato. Él nunca se había sentido así hablando de los suyos. Seguía enfadado con su madre y no quería volver a hablar con ella hasta que se le pasase. Tenía treinta años y no

podía dejarse manipular como si tuviese quince. El sistema a ella le había ido muy bien, pero en parte eso era también porque tanto su padre como él y sus hermanos se lo habían permitido. La culpa era de todos. Confiaba en que su madre era una mujer inteligente y sabría reaccionar, aunque tampoco esperaba milagros. Se conformaba con que le dejase de intentar chantajear emocionalmente. No pedía nada más.

De regreso a la Fonda hicieron una parada en un bar de copas y tomaron un cocktail, aunque no quisieron llegar muy tarde ya que al día siguiente los dos tenían trabajo. Hicieron el amor sin prisas, con dulzura y cuando acabaron Celia se acurrucó entre sus brazos y pasaron casi toda la noche sin moverse de la postura en la que estaban. La alarma del móvil les sorprendió a los dos con la sensación de que hacía muy poco rato que se habían quedado dormidos cuando en realidad hacía más de seis horas. Se levantaron, se arreglaron y se vistieron. Bajaron al bar del hotel y allí desayunaron y se encaminaron hacia la residencia.

Visto desde afuera, nadie diría que a aquella pareja le quedaban tan solo cuatro días de relación. Que llegasen juntos a primera hora de la mañana pareció no sorprender a nadie y en todo caso si alguien se extrañó decidió que lo mejor era no decir nada. Como era muy temprano tomaron un café en el despacho de Celia mientras hacían un poco de tiempo para que Kevin fuese a la habitación de Thomas.

En aquel momento estaba desayunando, pero aproximadamente en media hora ya estaría esperándole en su habitación, sentado en su mesa de despacho y con una silla para él. Al final parecía que habían encontrado el lugar idóneo para aquellas conversaciones. Era curioso, pero en eso Kevin siempre había sido muy tradicional. Cuando era joven recordaba a compañeros de la Universidad que eran capaces de concentrarse y estudiar en cualquier sitio, en el transporte público, sentados en un parque o rodeados de gente hablando de otros temas. Kevin no podía, siempre necesitaba un entorno conocido, sin muchas distracciones que le despistasen y de la forma más rutinaria posible. Al final Thomas había conseguido que se centrara en aquel espacio que preparaba cada mañana para ambos. Dejó pasar el rato hasta la hora acordada y puntualmente se presentó en la habitación de Tom. Estaba animado, parecía que no se afectaba mucho por el hecho de que estaban llegando al final del trayecto que iban a recorrer los dos juntos. A Kevin, sin embargo, sí que le entristecía y se le notaba.

Casi distraídamente le preguntó:

—¿No te da pena que esto se acabe?

Thomas lo miró extrañado por la pregunta. Pensó unos segundos y le sonrió

antes de contestarle.

—Imagino que lo que se acaba no es mi vida porque sobre eso habría mucho que hablar. Prefiero creer que te refieres a estas entrevistas.

—Ostras, Thomas, perdona —dijo Kevin bastante azorado por su estupidez—. Por supuesto que me refiero a nuestras entrevistas. Lo siento.

Thomas rio por la confusión.

—Por supuesto que me da pena. Durante estos meses hemos seguido una rutina que me ha ayudado a poner en orden mis recuerdos y poderlos comentar contigo. Me gustaste desde el principio, eres un joven con una cierta ambición, pero con un gran interés en aprender y en saber. Te metes en las historias y además escribes bien. Yo creo que tienes absolutamente todos los instrumentos como para ser un buen escritor. Estoy seguro de que triunfarás.

—La verdad es que tú me lo has puesto muy fácil.

—Te aseguro que si no hubiésemos congeniado, hubiese sido mucho más complicado. Aunque a mi edad no te lo parezca, tengo bastante carácter. Creo que en realidad lo he tenido siempre e incluso en algún momento de mis relatos me he referido a ello.

—Bueno, a mí no me pareces tan terrible.

Thomas lo miró con una expresión hasta cierto punto cariñosa. A Kevin aquella manera de mirar le sorprendía, cuando le mantenía la mirada le parecía que la persona que estaba al otro lado no era el anciano que veía, sino alguien mucho más joven, con más sueños y más energía.

—Yo creo que eres tú quien lo ha puesto fácil. A veces me has hablado de ese tal John Brown de Boston, ¿te imaginas a alguien como él haciendo este trabajo?

Kevin pensó unos segundos antes de ponerse a reír y decir que no con la cabeza. Thomas también reía.

—Con eso no quiero decir que John no haga bien su trabajo —aclaró—, todos somos capaces de hacer bien nuestro trabajo siempre que hagamos lo que mejor sabemos hacer y tú sabes escuchar, interesarte, sacar información y en definitiva, hacer bien a lo que te dedicas. No creo que te hubiesen permitido venir si no hubiesen estado seguros.

—Puede ser.

—Deberías valorarte más, valorar tu talento, pero siempre sin pasarte.

En aquel momento Kevin tuvo la seguridad de que aquellas palabras las recordaría durante muchos años y que aplicaría aquel consejo siempre que lo necesitase.

—Creo que nos hemos cogido aprecio mutuamente.

—No lo dudes, de otra forma no te hubiese contado mi vida y mis sentimientos. Te he contado hasta cosas que no debía explicarte.

Siguió un breve silencio hasta que Thomas lo rompió.

—Bueno, aún nos quedan más o menos veinte años para llegar al día de hoy. Tendríamos que ponernos a trabajar.

—Por supuesto —dijo Kevin mientras encendía por una de las últimas veces su grabadora y se disponía a tomar las notas que fuesen necesarias.

—La verdad es que los años que han seguido a la muerte de Agnès no tienen demasiado interés. No pasaron grandes cosas que pueda contarte, aunque me esforzaré un poco para que te hagas una idea de cómo he llegado hasta aquí.

»Lógicamente entré en un estado de duelo tras la muerte de mi compañera desde que tenía ocho años, eso da un total de setenta y tres. Habíamos sido compañeros, amigos, novios y pareja. Pasamos por todos los niveles de la relación hasta que finalmente me abandonó. Su abandono no fue drástico, su enfermedad implicaba un olvido progresivo y poco a poco mi Agnès se fue diluyendo en el tiempo. A pesar de todo sé sin ningún lugar a dudas que ella me reconoció hasta el momento en que dio su último suspiro. No puedo explicarte por qué aseguro eso, pero después de toda una vida con ella sé perfectamente que así era. Posiblemente no sabía mi nombre ni tampoco qué parentesco tenía con ella, pero sabía que era alguien que la quería y en quien ella confiaba. Por eso aquella última noche permanecimos cogidos de la mano. No sé si me explico bien, te hablo de sensaciones y no de certezas.

»Su muerte fue muy diferente a la de Álex, mucho menos repentina y además, él era mucho más joven. Las dos fueron las muertes más tristes de mi vida, mis dos compañeros me abandonaron y yo me quedé aquí. Afortunadamente estaba Ada a mi lado y entre los dos nos rehicimos. Hablar de la muerte sentida de tus seres queridos nunca es fácil. Cuando uno va cumpliendo años va asumiendo que hay una serie de personas de tu vida, trascendentales muchas de ellas, que inevitablemente morirán antes que tú. Eso te da un margen muy amplio de tiempo para irte preparando. Todos imaginamos que nos tocará enterrar a nuestros abuelos, a nuestros padres y a nuestros tíos, y lo vamos asumiendo desde pequeños, así que cuando llega el momento en el fondo acaba siendo natural. Son procesos que todos vamos pasando.

»Cuando llegas a una cierta edad empieza a pasar que también va muriendo aquella gente que es más o menos de tu edad. Puede pasar que te quedes viudo, que se mueran tus hermanos o tus amigos. Para eso ya no estamos tan preparados. Además, estas últimas muertes te van preparando para que empieces

a asumir la propia.

»Yo entiendo perfectamente que alguien como tú, con tan solo treinta años, no ha hecho el camino, ni siquiera lo ha empezado, que le llevará a estar preparado en el mejor de los casos para el último momento, pero con tal que vas cumpliendo años vas viendo que poco a poco vas perdiendo cualidades primero físicas, después intelectuales y eso te ayuda a tomar consciencia de que estamos aquí por un tiempo. Si creemos en el alma podemos pensar que esta es eterna, pero aun así nuestro cuerpo no lo es y se va degenerando poco a poco. Muchas veces por el uso es conocido que los fumadores tienden a sufrir más enfermedades del corazón o cáncer, pero otras veces es por causas que no tienen nada que ver con el tipo de vida que una persona ha llevado. Ya me dirás que hizo Agnès para sufrir un Alzheimer...

»En realidad yo creo que en los primeros años de la vida aprendes a vivir; en los treinta y cuarenta vives plenamente, tienes tus hijos, los preparas y a partir de ahí empieza una lenta degeneración primero física y al final intelectual, y la vida ya no es tan bella ni tan interesante como lo era al principio. Aun así puede seguir siendo bonita. Te puedes imaginar cómo me siento cuando uno de mis hijos me llama o viene a verme o uno de mis nietos. En esos momentos pienso que ha valido la pena llegar hasta ese día, pero normalmente las cosas no son así. En consecuencia, vivir para muchos de nosotros se hace pesado. Vives casi más en el pasado que en el presente. Añoras a los que han sido tan importantes para ti y ya no están, y empiezas a creer que el día en que te mueras los volverás a encontrar y en ese momento no te parece tan malo morir.

»Kevin, ¿tú crees en el alma y en que hay algo después de la muerte?

—No lo sé, Thomas, no he hecho el ejercicio de pensar en profundidad en el tema. Lo lamento.

—Aunque hubieses pensado, imagino que no has tenido suficientes experiencias como para planteártelo en serio.

»Recuerdo la primera vez que vi a una persona próxima muerta. Bueno, en realidad era la segunda, ya que el primer muerto al que vi fue a mi padre, pero entonces yo aún era muy pequeño y estaba muy triste porque no volvería a verle. La primera persona a la que vi muerta, en un momento en que tuve más consciencia, fue a Joan. No sé si recuerdas bien cómo fue aquel momento, pero creo que te comenté que cuando lo vi supe que no había nada que hacer. Esa certeza la tuve porque lo que tenía ante mis ojos era algo sin vida. Le faltaba una parte de él. Era como mirar a un mueble, a una cosa... la persona ya no estaba. Algo había cambiado.

»El caso es que en aquel momento pensé mucho en el tema. No lo comenté con Álex porque él estaba literalmente destrozado y no me pareció oportuno. Tardé un poco en hablar con él de todo esto. Fue en una de aquellas noches que pasaba en casa y que nos quedábamos hablando hasta las tantas de la madrugada. Aquella vez no me entendió o no quiso entenderme, pero muchos años más tarde y cuando murió alguien, ahora no recuerdo quién, me reconoció que nunca había olvidado lo que le había contado aquella noche hacía un montón de años y que había comprendido lo que le decía y en aquel momento pensaba igual que yo. Fue él quien dijo que lo que les faltaba era el alma. Hasta entonces yo lo había pensado, pero no lo había verbalizado por no parecer ridículo ante mi amigo.

»Años más tarde y durante la experiencia del campo de concentración pude vivir durante unos meses rodeado de muerte. Todos vivíamos así. En cualquier momento y sin necesidad de haber hecho nada especial podías recibir un tiro en la sien que acabase con todo. Conocías a gente que al cabo de poco tiempo veías a punto de morir y poco después te encontrabas ante su cadáver. Tenías que adaptar tu mente a aquello. Nadie es educado, al menos en occidente, en el convencimiento de que la muerte es parte de la vida. No podemos vivir eternamente, eso no sería vida. Nuestra existencia tiene valor en tanto que es finita, y hay que aprovecharla y administrarla para que dure tanto como sea posible.

»Retomando el hilo de la conversación y admitiendo que todos tenemos que morir y que es muy posible que exista el alma, ¿por qué no hemos de esperar encontrarnos con nuestros seres queridos una vez que partamos? Parece bastante lógico que sea así. Lamentablemente estoy convencido de que la comunicación entre los dos lados es imposible o casi imposible.

»Todos hemos tenido la sensación de que nos estaban mirando y luego no había nadie o hemos soñado con conversaciones con gente que ya no está. Hay pequeñas, casi insignificantes, historias que parecen que están ahí como diciéndonos: «No desesperes, te estamos esperando en el otro lado» y cuando finalmente ves que tus piernas no te guían igual que antes y que tu cuerpo ya es incapaz de proporcionarte ningún tipo de placer, poco a poco te vas conformando con que estás próximo al fin y llegas incluso a esperarlo con curiosidad. «¿Cómo será ese momento?», te preguntas.

»Creo que llegado este momento de mi relato era necesario explicarte mi punto de vista sobre la vida y la muerte. Te reconozco que me sorprende muy a menudo hablando mentalmente con Álex, con Agnès o con la tía. Ya sé que son montajes de mi cabeza, pero los conocía tan bien que creo que imagino sus

respuestas sin demasiado trabajo. Hablar contigo, Kevin, ha sido como recuperarlos. Durante unos meses todos ellos han vuelto a estar vivos, hemos hablado de cómo eran, hemos visto sus fotos, contado sus vidas a la vez que contaba la mía, y hemos reído y sufrido con sus historias. Ponerlo todo en orden ha sido un gran trabajo. Se lo aconsejaría a cualquiera ya que cuando lo haces acabas entendiendo muchas cosas que de otra forma quizás entiendes igual, pero sin saber o sin racionalizarlas. Este trabajo que hemos hecho juntos ha sido muy importante para mí, para entender mi vida y ser consciente de todo lo que he superado.

»Si retrocedemos hasta 1.996, como te decía, pasé unos meses bastante malos. Ada no me dejaba ni a sol ni a sombra y yo egoístamente me centré en mi dolor sin tener en consideración que ellas dos habían compartido sus vidas como lo hicimos Álex y yo, y que también estaba sufriendo. De todas formas, Ada era una persona que siempre se había entregado a los demás. Era su carácter y se reservaba para ella misma sus penas y su dolor. Por ejemplo, ella nunca se quejaba de sus hijos. Tú veías que cuando hablaba con ellos, a excepción de Álex, se mantenía distante y dolida, pero no se lamentaba. Podía discutir a gritos por el teléfono o cara a cara, pero después no venía a ninguno de nosotros con la menor crítica.

»Albert y Susan fueron siempre muy cariñosos con ella y los niños también. Para Ben era la abuela Ada y ella se divertía enseñándole a hablar en catalán. Decía que era el heredero de la familia ya que era el hijo mayor del hijo mayor, es decir Albert, del hijo mayor, es decir yo y en consecuencia era algo así como el «futuro rey» de los Levi y como tal tenía que saber hablar los tres idiomas de los Levi: inglés, español y catalán: los dos primeros los había aprendido en el colegio y en casa, y solo le faltaba mejorar con el catalán. A un Ben con más o menos veinte años y en plena ebullición hormonal le interesaba poco el tema, pero se dejaba aleccionar por la abuela Ada con tal de que después le diese alguna propina para poder salir por la noche con sus amigos o con la novia de turno. Todos lo sabíamos y Albert le llamaba la atención, pero yo le convencía de que en las breves estancias con nosotros en sus vacaciones universitarias dejase que Ada lo consintiese un poco y así lo hacíamos todos.

»Las niñas, hasta que se fueron a estudiar, hacían igual que Ben. Un día Susan le preguntó, bromeando, que si Ben era el futuro rey, ellas como mínimo deberían ser las princesas. Ada no supo qué decir y estuvo consultando en internet. En sus últimos años ella aprendió a navegar perfectamente hasta que descubrió que según la normativa española las hijas del rey, cuando no eran las

herederas, eran las infantas, así que tanto Susan como Agnès eran las infantas. Las dos jóvenes bromearon durante un tiempo con aquel tema.

»Yo hacía vida de anciano. A mis ochenta y pico años ya no corría, pero seguía caminando. Daba largos paseos casi todas las mañanas. Albert me obligaba a llevarme al perro. El pobre Bruno era un Golden Retriever muy pacífico y que me acompañaba encantado en mis caminatas. Imagino que me obligaba a llevarlo porque si tenía algún problema, él podía regresar a casa a avisar al resto de la familia. Yo creo que Albert había visto muchas películas porque el pobre Bruno hubiese sido incapaz de dejarme en algún sitio en apuros y marcharse a buscar ayuda. De todas formas mi amigo Bruno y yo nos teníamos mucho cariño. Dormía en mi habitación en una cama de perro que le habíamos puesto en una esquina. Por las tardes pasaba horas escribiendo, pero tal y como te comenté todos mis escritos posteriores son para Ben, que gestionará su publicación y que donará parte de los beneficios a sus hermanas. Hay un documento notarial para este tema.

»A pesar de que éramos octogenarios, Ada y yo viajábamos de vez en cuando. Nos acostumbramos a los cruceros e hicimos alguno por el Mediterráneo al que nos acompañó Sara. Visitamos Grecia, Turquía, Egipto e Israel. En este último ya te conté que había estado, pero mis hermanas no y ambas quedaron totalmente impresionadas, aunque ninguna de las dos era capaz de entender por qué había tan mala relación entre judíos y árabes cuando podían compartir aquel territorio, pero esto ya es otro tema. Otro año visitamos la costa Italiana, Dubrovnick cuando se pudo volver a visitar acabada la guerra de los Balcanes, Italia y Túnez.

»Algún año hicimos ruta por el Caribe. Visitamos Cuba donde había muerto Guillem, el marido de mi tía Inés. Ella siempre dijo que la habían matado en Santiago de Cuba y fuimos hasta allí para visitar la ciudad. Dejamos un gran ramo de flores ante la tumba del soldado desconocido de Santiago. Era romántico pensar que los sobrinos de su esposa, cien años después, se presentasen en aquel lugar con un ramo para él. Conocimos muchas islas del Caribe en aquellos cruceros y también viajamos a Hawái y a la costa mexicana.

»Aquella actividad nos mantenía con vida. Pasábamos todo el año con nuestros achaques, pero en el momento en que preparábamos las maletas y salíamos de casa todos los dolores quedaban atrás. Nos escapábamos con la tremenda curiosidad por los sitios nuevos y por tostarnos al sol. Debía ser nuestra sangre mediterránea la que nos hacía apreciar tanto el buen tiempo.

»Al cabo de un mes volvíamos como nuevos, quizás con la glucosa o el

colesterol por las nubes, pero teníamos meses por delante para recuperar los niveles normales. A veces actuábamos como cuando éramos jóvenes y nos escapábamos con la bicicleta. Éramos un poco como niños. El que sufría por nosotros era Albert que se sentía responsable de nuestras locuras. Por suerte, tanto Carol como Susan intentaban que no se preocupase tanto por nosotros, ya que teníamos derecho a disfrutar tantos días de vida como nos quedasen por vivir. Mi hijo, al final, acababa relajándose. Era de agradecer ya que siempre me trató como a una persona inteligente. No ha sido nunca uno de aquellos hijos que tratan a sus padres ancianos como si fuesen dementes.

»Ese fue nuestro *modus vivendi* hasta que Ada se puso enferma. No me apetece mucho contarte con detalle cómo fue todo el proceso. El final de mi biografía se podría convertir en una matanza de personajes y esa no es mi intención. Más bien al contrario, preferiría que esta obra tuya acabase siendo un canto a la vida más que a la muerte. Ada supo que se moría y lo vivió con serenidad. Su enfermedad duró un tiempo y al final sus hijos le acompañaron en aquel trance conjuntamente con todos nosotros.

»Durante aquellos días tuvimos muchas conversaciones sabiendo que eran las últimas. Hablamos de la vida y la muerte, y le di recados para todos nuestros seres queridos en el otro lado. Le prometí que si sabía que alguno de sus hijos necesitaba ayuda, intentaría ayudarle como si fuese uno de los míos y en el caso de que yo no estuviese ya en esta tierra, habría dejado instrucciones a mi hijo para que intentara ayudarlos. Aquello último se lo prometí, pero no me gustó ya que Albert tenía su vínculo con Álex, pero no con los otros aunque si nunca antes nos habían necesitado, tampoco era de prever que lo hiciesen más adelante.

»Cuando todo el proceso acabó, tomé la decisión de abandonarlo todo y volver a casa. Para mí volver a casa significaba regresar aquí. Ya sé que no había nacido en Cardedeu, pero es el lugar en el que me crié y donde viví los mejores años de mi vida. Quería regresar. Aquella decisión me costó infinitas conversaciones con Albert, que se negaba a entender mi deseo. Él me quería cerca suyo para intentar protegerme tanto como pudiese, pero yo no consideraba necesaria esa protección. Finalmente acordamos que me instalaría en la residencia en la que trabajaba Celia. La pobre Celia aguantó las instrucciones y los comentarios de Albert. Finalmente le invitó a venir y comprobar el mismo cómo funcionaba todo para que se quedase tranquilo. Así lo hizo. Antes de que yo me trasladase viajó a l'Alfou e inspeccionó por sí mismo la instalación. Celia lo acabó convenciendo y él acabó disculpándose por ser tan desconfiado y tan protector.

»Unos días más tarde Ben viajaba conmigo desde Los Ángeles a Barcelona.

Celia y Albert nos recogieron en el aeropuerto y se marcharon cuando quedaron tranquilos de que estaba bien instalado. Mi hijo intentaba no llorar cuando se despidió de mí. Imagino que se despedía sin saber si me volvería a ver. Me insistió infinidad de veces en que si tenía cualquier tipo de problema, le avisase que él estaría aquí en unas horas. A mí también me daba pena verlo marchar ya que tampoco sabía si lo volvería a ver, pero era mi decisión y estaba dispuesto a mantenerme en ella. Tuvimos suerte de que Ben estaba con nosotros. Mi nieto tenía una actitud mucho más positiva y creo que entendía perfectamente mi postura. La podía compartir o no, pero se limitaba a aceptarla. Imagino que siendo joven le cuesta mucho menos coger un avión y plantarse en la residencia con cualquier excusa por un periodo corto de tiempo.

»No llevaba ni seis meses aquí cuando Sara se puso enferma. Al principio era como repetir una pesadilla reciente. Acababa de despedir a Ada y ahora me tenía que preparar para despedir a Sara. Mis dos hermanas me abandonaban una tras otra. Este último comentario debería mostrarte que en el fondo soy un egoísta. No pienso en cómo se sienten ellas antes de pensar en mí mismo. Imagino que es parte de la condición humana. Afortunadamente tal y como sale de mi mente ese pensamiento, mi educación aprendida a lo largo de años lo transforma y razona que lo correcto es ponerme en un segundo plano y centrarme en el auténtico protagonista. En este caso, Sara. Hablé con Marta y con Celia y me permitieron pasar muchas horas con ellas.

»Albert desde Los Ángeles intentaba monitorizar mis constantes vitales y estaba todo el tiempo preocupado por mi estado de salud. Llegó a enviar a la infantería y un buen día mi nieto Ben apareció por el hospital. El pobre había viajado a una reunión en Estocolmo y retrasó su regreso un par de días para poder venir a controlar que yo me encontraba bien.

»—Lo siento, abuelo, me envía mi padre. Ya sabes como es. Se preocupa demasiado.

»—No quiere que me pase nada. Lo entiendo, aunque yo quiero pasar con mi hermana todo el tiempo que pueda. Hemos vivido muchos años separados y ella ya es lo único que me une al pasado. Una vez que marche, tan solo quedaré yo.

»—Eres un campeón —dijo Ben cogiéndome por el hombro—. A pesar de todo, has resistido más que nadie.

»—Pues para ser un campeón, como dices, en los últimos tiempos no he hecho más que perder —dije pensativo.

»No tengo ganas de entrar en detalle de la enfermedad de Sara, al igual que tampoco lo hice con Ada. A pesar de todo debo decir que fue un proceso

bastante lento que requería internamientos hospitalarios más o menos largos. Cuando estaba en el hospital pasaba todas las mañanas con ella. Un taxi me venía a buscar y me llevaba al hospital. Allí me sentaba a su lado y hablábamos de un montón de cosas. Curiosamente y a pesar de las circunstancias recuerdo que reíamos mucho. Sara era muy alegre, siempre lo había sido.

»También pasaba temporadas en casa de Marta, con quien vivía y en esos días el taxi en lugar de llevarme al hospital me llevaba a Granollers y la cuidaba todo el tiempo». Bueno, no sé si realmente la cuidaba porque tan solo me sentaba a su lado y la distraía. Recuerdo que durante aquellos días le leí el que siempre he considerado mi mejor trabajo: *Cartas a mi amigo del alma*. Con aquel guion, el de mi novela, viajamos por nuestra juventud y por los años tan duros que nos había tocado vivir en el periodo de guerras.

»Sara me hablaba a menudo de Hans. Yo no lo había conocido mucho, tan solo nos habíamos visto unas cuantas veces. Me explicó su huida desde Rotterdam hasta Barcelona para después seguir hasta Lisboa y finalmente embarcar a América, donde pudo hacer una fortuna en Venezuela que le permitió volver para casarse con ella tal y como le había prometido. La vida de mi cuñado me pareció interesante. Fue una pena no haberlo conocido mejor. Había sufrido el nazismo, aunque él se salvó de los campos de concentración. Su familia tuvo mucha peor suerte y que Sara supiese había sido el único superviviente. Hablamos de todo lo que la historia, los años que nos habían tocado vivir nos había robado, pero finalmente concluimos que nuestra infancia en Can Tomeu fue mucho mejor de la que ninguno de nuestros descendientes ha conocido. Hablamos de religión y ella estaba de acuerdo conmigo en que no encontrábamos tantas diferencias entre ser católico o judío. Nosotros teníamos las dos vertientes. Cuando llegamos a América y después de Auschwitz, quizás por rebeldía o ve a saber por qué, yo definitivamente adopté mi apellido Levi y la religión judía. Ada, imagino que por coherencia conmigo, hizo otro tanto.

»Por aquellos días en Barcelona, donde era mucho más difícil, Sara también hizo todos los trámites para cambiar el apellido. Sara me preguntaba muy a menudo por los primeros años en Boston. Ella era muy pequeña y no recordaba absolutamente nada. Yo no recordaba mucho, pero le explicaba lo que sabía y lo que no lo inventaba, aunque intentaba no engañarla. De todas formas, nosotros teníamos una visión muy particular del tema y reíamos a carcajadas cuando recordábamos la época en la que nos había dado por celebrar el Sabbath cenando embutidos de cerdo con pan con tomate.

»Un buen día ya no se despertó. La llevaron al hospital y estuvo inconsciente

hasta que decidieron no mantenerla con vida artificialmente. La desconectaron cuando todos comprendimos que no había vuelta atrás. Aquel breve espacio de tiempo hizo posible que mi hijo Albert y mi sobrino Álex viniesen al entierro de su tía a la que habían conocido muy poco. Yo estaba bien porque si había perdido a mi hermana, la había podido disfrutar como nunca antes lo había hecho durante los últimos meses. Por supuesto que estaba triste, pero conseguí no deprimirme.

»Ahora ya sí que me había quedado absolutamente solo. No había nadie de mi pasado. Nadie de todos aquellos con los que había pasado mis años de Can Tomeu y no entendía qué me pasaba para no poder irme con todos ellos. Empecé a llevar la rutina de la residencia y entonces, un buen día me llamaron de Dreams con la propuesta de la biografía. En un primer momento no quise aceptar si no hablaba con Albert y con Celia. Quería saber qué pensaban ellos. Albert no lo vio muy bien porque entendió que aquello era remover el pasado y no estaba seguro de que fuese bueno para mi estado anímico. Por el contrario, Celia vio que era una manera de tenerme ocupado en un proyecto y finalmente, con mucho esfuerzo, consiguió convencer a Albert de que era una buena idea. Mi hijo es muy tozudo, pero sabe reconocer la opinión de los que saben más que él en una materia, así que siendo Celia médico y estando bajo su supervisión me dio su consentimiento.

»Lo primero que hice fue hablar con él, con Carol y con Álex para que consiguiesen toda la información documental que fuese posible. Sé que John y Agnès también colaboraron, aunque ellos no tenían mucha información; John seguía viviendo en la casa de Boston donde habíamos vivido nosotros los primeros años de nuestro regreso y consiguió encontrar material que habíamos llevado desde Europa y que había quedado guardado en cajas del desván que nunca se habían atrevido a tirar sin nuestro permiso. Marta y Clara también revisaron todas las cajas que guardaban de Sara, de cuando abandonamos Can Tomeu, y de los documentos y cartas que tenía Sally de su juventud. Aparecieron de todos los lados un montón de fotos y tuve mucho trabajo clasificándolo todo para que fuese apareciendo en el orden correcto.

»Por esos días empecé a viajar al pasado. Quien diga que no se puede viajar en el tiempo se equivoca. Sí se puede. Por supuesto que no se puede físicamente, pero emocionalmente sí. Tuve muchas dudas y Celia, con toda la paciencia del mundo, pasó algunos fines de semana conmigo aquí y también en su casa clasificando materiales. Ella podía consultar cosas en internet para tener clara la cronología. Recuerdo que cuando empezó a buscar aparecieron un montón de

artículos sobre mí, mis libros y también dedicó un tiempo a imprimirlos y aportarlos a toda la documentación que tú has ido recibiendo, clasificando e incorporando a tu trabajo. Acabamos con todo el proceso una semana escasa antes de tu llegada.

—Con esto creo que hemos recorrido todo el círculo —dijo Kevin.

—Eso parece, mi joven amigo, ahora ya lo sabes todo.

—Ya te lo he dicho, pero no me cansaré de repetirlo: me lo has puesto muy fácil. Tu relato ha sido muy literario basado en documentación y perfectamente estructurado. Era casi imposible que el resultado no fuese bueno.

—No te quites valor, Kevin. Antes de que te enviaran, pedí los currículos vitae de los candidatos a realizar mi biografía. Dreams me los envió, aunque puso muchos reparos. Eras tres candidatos, no sé si lo sabías.

—No tenía ni idea.

—Debo decir que ellos te señalaban como la primera opción. Una vez que vi tu historial en la editorial y tu manera de escribir me gustó tanto que no tuve ninguna duda en autorizarles a enviarte.

—No sabía nada de todo esto.

—Piénsalo bien, tal como ellos piensan este libro cuando yo muera puede tener una cierta tirada y es importante que tras esta obra esté el escritor que la ha escrito y ese eres tú. Se te pone ante una gran posibilidad de desarrollo profesional y a Dreams ante un beneficio económico interesante. No se podía dejar en manos de cualquiera.

—No sé qué decir. Muchas gracias. No se me ocurre nada más.

Dejaron pasar unos segundos en silencio.

—Perdona, se me ocurre una cuestión.

—Tú dirás.

—Hasta ahora nunca has querido explicar tu vida de esta manera. Esta biografía la podrías haber hecho tú mismo hace un tiempo. ¿Por qué te negaste entonces? Y ¿por qué ahora sí que la has permitido?

—En principio debo decirte que a mi manera de ver las cosas una biografía nunca la debe explicar su protagonista, le hace perder objetividad y acabas contando lo que tú quieres que se sepa y de la forma en la que tú prefieres. Tener que contártela a ti me obliga a hacerlo lo más objetivamente posible ya que de lo contrario haría que lo que yo te relato y tu percepción fuesen divergiendo cada vez más y en consecuencia, perdiendo su calidad.

Thomas se tomó unos segundos antes de seguir respondiendo.

—Por otro lado, creo que en algún momento te comenté que finalmente me

había decidido a contar todo esto porque quería que quedase para la posteridad. Al hacerme mayor me he ido dando cuenta de que hay muchas cosas de mi vida y de la de mi gente querida que nunca les he contado. Cuando te haces viejo poca gente te mira y piensa que en algún momento también fuiste joven y tuviste todas tus capacidades disponibles. Suelen mirarte como si siempre hubieses sido viejo.

—Eso es verdad.

—¿Tú has mirado a las mujeres de esta residencia? Mirando a alguna de estas ancianas, ¿te las has imaginado de jóvenes? Te puedo asegurar que más de una debió ser una belleza, a muchas de ellas aún les quedan rasgos que lo revelan.

Kevin pensaba en el razonamiento que le estaba haciendo Thomas cuando él siguió hablando.

—Seguro que entre ellos hay gente que fue brillante haciendo sus trabajos, gente interesante en muchos aspectos. Auténticos protagonistas de sus vidas. Evidentemente seguro que algunos no lo fueron, pero en algún momento seguro que todos destacaron por algo. Cuando nos miran, a nuestras edades, nadie piensa en eso. Yo tan solo quería que mis hijos, mis nietos, mis sobrinos y sus hijos supiesen que sus padres y sus tíos fueron personas que vivieron, que amaron, que sufrieron y que hicieron su trabajo en esta vida antes de marcharse definitivamente. Se lo debía principalmente a Ada, que fue bastante ignorada por sus hijos, aunque en general lo he hecho por todos.

—Debo reconocer que he aprendido mucho de ti y de la vida en general durante este tiempo. Estoy seguro de que volveré a los Estados Unidos siendo alguien diferente. En realidad y desgraciadamente para mí tú y yo tenemos poco en común. Mi vida es otra, yo creo que estoy mucho más solo de lo que tú has estado nunca, al menos hasta ahora.

—La vida actual es diferente, eso está claro, y todos estáis mucho más solos, aunque tenéis todo tipo de modos para comunicaros. No sé si es falta de tiempo o falta de habilidad. No tengo ni idea. Por otro lado, debo reconocerte que la compañía de personas como Agnès o de Álex tampoco es algo que ocurriese a la mayor parte de la gente. Yo creo que tuve muy buena suerte.

—Es posible o quizás es tu carácter. Quién sabe.

Habían agotado el tiempo, pero pudieron dar por finalizado su trabajo conjunto. Ahora a Kevin le faltaba centrarse en acabar de estructurar lo que quedaba de la biografía y enviarlo a Boston. Thomas le ofreció que se quedara con la caja que había preparado para él con todas las fotos y las cartas, pero Kevin se negó. Había escaneado la práctica totalidad de los documentos. No se

podía quedar con algo tan importante y que no le pertenecía. Se llevó la última carpeta, esta era de color blanco, y se comprometió a devolverla al día siguiente. Acordaron que quizás se lo podían enviar todo a Albert para que lo guardase. Si en alguna ocasión Kevin necesitaba alguno de aquellos documentos, siempre podía contactar con él y pedirle una copia. Aquello sería lo que harían.

A partir de aquel martes Kevin ya no tenía una excusa para pasar la mañana con Thomas, pero a pesar de ello lo visitó igualmente cada una de las tres que les quedaron para pasar juntos. Ese martes cuando salió y se encontró con Celia le abrazó emocionado. No se entendía a sí mismo. Tenía la sensación de que acababa una fase muy importante de su vida y que a partir de entonces todo sería diferente. Cuando intentó explicarle cómo se sentía, no encontró las palabras, pero hizo el paralelismo con el que está viendo la mejor película de su vida y aparecen los créditos finales o con el que está pasando el verano mejor de toda su vida y está a punto de subir a un avión de regreso a casa. Así se sentía él.

Celia lo llevó a comer a Cardedeu. Fueron a una pizzería que había abierto hacía un tiempo en una vieja casa de muebles antiguos. Era un lugar con mucho encanto y entre la comida, la bebida y la compañía consiguió olvidarse parcialmente de la tristeza que sentía. Cuando se despidieron y cada uno volvió a su trabajo se concentró en acabar su relato y el escaneo de los últimos documentos que le había dado Levi. Al día siguiente se los devolvería.

CAPÍTULO 30

La despedida

Aquella noche, y las dos siguientes Celia las pasó en la habitación de Kevin. El martes se presentó con una pequeña maleta donde llevaba lo necesario para los días que iban a pasar juntos.

No lo hablaron, pero tácitamente habían acordado no mencionar la separación próxima y vivir cada momento sin pensar demasiado en un futuro que por otro lado ya era inexistente. Se instalaron en lo que hubiese podido ser una rutina agradable de haber durado suficiente tiempo como para poderse considerar rutina.

Por la mañana, Celia partía temprano a la residencia y se enfrascaba en su quehacer diario. Por su parte Kevin salía un poco más tarde y pasaba un rato con Thomas Levi hablando de cualquier tema. Ya habían acabado la biografía, así que ahora solían dedicar horas a hablar de política o de otros asuntos. Kevin se esperaba a la hora de comer y comía con Celia y regresaba a la habitación donde seguía trabajando para dejar todo lo referente a la biografía lo más avanzado posible. Por la noche aparecía Celia y se iban a cenar, tomaban alguna copa de regreso al hotel y después pasaban la noche juntos.

—Si no me equivoco, creo que me dijiste que ibas a hacer el seguimiento de Hillary Clinton en su carrera presidencial —comentó un día Thomas.

—Ese es el plan, parece ser que Dreams apuesta por ella.

—No lo tiene fácil. Su oponente demócrata, Sanders, tiene muy buena prensa y ella no. Para los americanos es parte del *establishment* y la gente ya ha sufrido mucho con los ajustes posteriores a la crisis.

—¿Tú lo crees?, no lo había pensado. Tenía la idea que ser demócrata y mujer le daba suficientes posibilidades para conseguir la presidencia.

—No lo sé. Nuestros puntos de vista no son del todo igual. Te has educado en la costa este y yo he vivido casi todo el tiempo en la costa oeste. Sin duda California y Nueva Inglaterra suelen tender a ser demócratas, sobre todo Massachusetts, pero el resto del país es muy variable. Yo creo que todo puede pasar y ya no hablemos si escogen a Donald Trump como candidato republicano. En ese caso todo quedaría abierto.

Kevin rio con ganas, no se imaginaba que Trump pudiese ser el candidato final

de los republicanos y menos todavía que llegase a ganar.

—No te rías —le advirtió serio Thomas—. Tú eres muy joven y quizás no lo recuerdes demasiado, pero personajes como este yo ya he visto unos cuantos. Te recuerdo tan solo a dos de ellos Reagan o George Bush Jr....

Kevin se puso serio.

—Ostras, no me asustes, Thomas, sería una hecatombe. De momento habla de expulsar a los ilegales del país sin contemplaciones y no creo que la economía americana se lo pueda permitir sin entrar en una nueva crisis. Además, ¿qué relación tendríamos con México a partir de ese momento?

—Vete a saber, pero los americanos son imprevisibles en este tipo de cosas.

—¿Quieres decir que en Europa todo es más fácil de predecir?

—No, tampoco, aunque hay menos variedad. Son países mucho más pequeños y las variables a tener en cuenta son mucho menores. Para empezar en los Estados Unidos apenas vota el 50% del censo y si no sabemos cuanta gente va a votar es mucho más difícil saber que pasará.

—Aquí también hay problemas con el gobierno.

—Es verdad, Rajoy ganó las elecciones pero no obtuvo suficientes escaños. Cuando ha dedicado cuatro años a ponerse a todo el mundo en contra ahora es muy difícil que nadie le apoye para gobernar. Ya veremos qué pasa, pero empiezan a hablar de repetir las elecciones, aunque no parece que el resultado tenga que ser muy diferente sí lo hacen.

Aquellas conversaciones las solían mantener en el solárium de la residencia. Ya no necesitaban la privacidad de la habitación o del despacho de Celia para hablar de temas mucho más personales. Como hablaban en inglés, el resto de ancianos no solían acercarse, aunque si alguien se aproximaba y quería intervenir en la conversación automáticamente pasaban al español.

Kevin tuvo ocasión de conocer a mucha gente a la que había ido viendo durante aquellos meses y a los que francamente no había prestado mucha atención.

Las palabras de Thomas del día anterior resonaban en su cabeza y se esforzaba en observarlos no como ancianos, sino sencillamente como personas, sin juzgarlos por su estado actual. A partir de ese momento y con la confianza que les daba el hecho de que Thomas estaba allí se empezaron a dejar ir y comenzaron a relatarles partes de sus historias.

De esta manera, Kevin pudo hablar con un director de oficina bancaria que había llevado una vida bastante acomodada, con una empleada municipal que había trabajado arduamente para la recuperación del catalán en las actividades

culturales de los años setenta, habló también con gente que se había enfrentado al franquismo desde la clandestinidad jugándose su integridad y en definitiva tuvo la ocasión de conocer a los verdaderos habitantes de Cardedeu que habían quedado reflejados en la biografía de Levi.

La mayoría eran mucho más jóvenes, rondaban los ochenta años, pero eran una parte de historia viva de la comarca. Algunos de ellos se conocían desde que eran niños y comentaban pasajes del pasado que habían compartido. Inevitablemente y sin darse cuenta pasaban al catalán y en ese caso Thomas tenía que ayudar a Kevin hasta que se daban cuenta y volvían al castellano.

Todos recordaban Can Tomeu. Principalmente en la época en la que Thomas ya no vivía allí y también habían oído siempre explicar cómo los nacionales habían castigado a la familia Martí de Can Volart, por ejemplo. Una hermana de Álex había estado en la residencia hacía unos años.

Era una sensación muy agradable verlos enfrascados en conversaciones sobre el pasado que ellos revivían como si acabasen de ocurrir pocos días antes. El segundo día, el jueves, cuando Kevin apareció por allí le estaban esperando con fotos de cuando eran jóvenes y con un montón de historias más que habían ido pensando durante toda la tarde del día anterior. Aquella gente necesitaba que les oyesen y Kevin era un «oidor» excelente.

Tomás no intervenía mucho. Les dejaba hablar y como mucho intentaba moderar cuando entre varios se pisaban las conversaciones. De reojo observaba la expresión de Kevin que casi inconscientemente había sacado la grabadora y su libreta. Cuando le vieron hacer aquello y se dieron cuenta de que realmente le interesaba lo que comentaban se animaron a contar aún más cosas. Kevin había entendido lo que le había explicado Tomás sobre la gente de la tercera edad.

Celia pidió permiso para hacer unas cuantas fotos. Se le ocurrió que colgar alguna de su tío con Kevin y rodeados de ancianos que hablaban y reían animadamente podía ser un bonito recuerdo y un mensaje de esperanza, ya que cuando entre diferentes generaciones se establece un canal de transmisión de ideas y experiencias se da una oportunidad a que las cosas mejoren.

Celia estaba especialmente sensible, aunque lo disimulaba lo mejor que podía. Se acercaba el momento de la despedida, quedaban horas de estar juntos y era plenamente consciente. Quizás, Kevin, ocupado y descubriendo a los abuelos era menos consciente de que se acababa el tiempo. A su tío se le veía bien. Albert había llamado el día anterior por la tarde para ver cómo iba todo y si ya se había acabado el tema de la biografía. Ella le contó que sí, que Kevin seguía viniendo a visitarle, pero que ahora ya solo hablaban de cosas más generales.

Mientras recordaba aquella conversación revisaba las fotos que acababa de hacer. Vio una que le gustó especialmente. La imagen estaba hecha desde la entrada a lo que ellos llamaban el solárium y se veía a su tío Tomás junto a la ventana con Kevin situado a su derecha, un poco más alejado del cristal, y alrededor de los dos cuatro personas en sus sillas hablando y comentando. La luz que entraba en la sala en el momento de la foto estaba reducida por las nubes que había en el cielo pero por detrás asomaba el sol.

Aquella sería la foto que reservaría para colgar en la residencia y también se la enviaría a su primo Albert para que pudiese ver a su padre y a Kevin para que la tuviese de recuerdo.

Cuando Kevin regresó a la Fonda Europa se puso a trabajar en los últimos detalles que podría acabar desde Granollers. Lo que quedase ya se acabaría desde Boston. Había recibido el e-mail prometido por John en el que estaba la presentación que él repasaría durante el trayecto de vuelta. También estaban las tarjetas de embarque y las instrucciones necesarias. John estaría en el aeropuerto esperándole. Ya había hablado con Mark para despedirse. Le ofreció llevarlo a la terminal, pero no le hacía falta. Quedaron en verse en Boston cuando regresase y en seguir en contacto vía e-mail y Skype.

Quiso empezar a recoger cosas antes de que llegase Celia. Aquella era la última noche que iban a pasar juntos. Su avión no salía hasta las seis de la tarde del día siguiente y había previsto estar en El Prat a las cuatro aproximadamente. Quería tener tiempo suficiente para dejar sin problemas el coche de alquiler y poder facturar sus maletas.

Cuando Celia llegó pareció que no se percataba de que parte del caos habitual de papeles y documentos que había sobre su mesa de trabajo ya no estaba. Aparecía todo más o menos ordenado. Había empezado a meter ropa en la maleta, pero un poco antes de que ella apareciese por allí la había cerrado y la había guardado. Le dio un beso y le dijo:

—¿Aún estás así? Yo estoy muerta de hambre, así que arréglate que nos vamos.

Mientras Kevin acababa de arreglarse ella le comentó que había reservado en un restaurante en el Paseo de Gracia y que conduciría ella.

—¿No estás cansada para ir a Barcelona?

—Ya descansaré el fin de semana. Nos vamos al Nacional. No es un restaurante normal y corriente, es un espacio donde hay varios sitios diferentes. Te encantará y no me parecía bien que te fueses de Barcelona sin conocerlo.

Llegaron a Paseo de Gracia con Gran Vía cuando faltaban cinco minutos para

la hora a la que tenían la reserva. Celia callejeó un poco y tuvo la fortuna de encontrar un aparcamiento unas pocas calles en dirección al norte de Paseo de Gracia. Le reconoció que normalmente tenía mucha suerte en la búsqueda de lugares para aparcar.

A pesar de ser un jueves, o quizás precisamente porque ya era jueves y el fin de semana estaba cerca, el Nacional estaba atiborrado de gente. Había mucho ruido y no pudieron hablar mucho de cosas que no fuesen intrascendentes. Celia había escogido el lugar entre otras razones justo por el ruido. No quería pasar las últimas horas de estar juntos recreándose en su pena. A Kevin le gustó mucho tanto el lugar como el ambiente y la comida. Después, Celia le propuso andar hasta el barrio de Gracia, allí había algún bar en el que podían tomar algún cocktail antes de volver a Granollers. Fueron a la Sonora de Gracia. Había música ambiente, pero se estaba muy bien.

—¿Puedo ir al aeropuerto a despedirte mañana? —comentó sin previo aviso Celia.

—Sí, quieres sí. Por mí no hay problema, aunque yo debo ir en mi coche para poderlo devolver.

—Nos podemos encontrar allí. Imagino que mañana no pasaras por el centro.

—Tenía pensado pasarme un ratito. No tanto como estos días, pero sí que quería ir a despedirme de tu tío y de sus amigos.

—He observado que por fin los has descubierto.

—¿A quién? —preguntó Kevin extrañado.

—A mis ancianos. Yo los llamo así. Me encanta cuando me explican historias de su juventud o de otros tiempos. Siempre me ha gustado mucho escucharlos, imagino que por eso se me da bien la geriatría.

—Pues tienes razón, para mí ha sido un descubrimiento. Allí, quiero decir en Boston, casi no tengo ocasión para cruzarme con gente mayor. En mi barrio no hay y en mi trabajo tampoco así que para mí es casi como si no existiesen. Ha sido un gran descubrimiento.

—¿Qué hace la gente mayor en Boston?

—De entrada intentar engañar la edad que realmente tienen. Se esfuerzan en parecer más jóvenes y cuando ya no pueden más imagino que se ingresan en centros como los tuyos, aunque no sé si con la misma calidad. Lo dudo bastante.

—Es triste pero aquí también pasa eso. Centros como la Residencia l'Alfou no son muy habituales, además son muy caros si los tienen que pagar ellos mismos así que o bien recurren a la administración o a los hijos. Es complicado.

Se quedaron unos minutos en silencio.

—¿Qué te ha parecido Barcelona? —preguntó Celia.

—¿Es necesario que te lo explique? —bromeó—. No me imaginaba que me iba a sentir tan bien. La ciudad me ha gustado mucho, pero estar a unos kilómetros y poder venir de vez en cuando y disfrutar de la montaña y el mar a tan poca distancia ha sido bastante gratificante.

Kevin miró fijamente a Celia.

—Celia, puedes venir a Boston cuando tú quieras. No hace falta que rompamos nuestra relación para siempre ni que mantengamos un amor a distancia. Te ofrezco que cuando quieras verme y tengas tiempo me visites y pasemos unos días juntos. Yo puedo hacer igual.

—Los compromisos tan lejos nunca han funcionado.

—Es que yo no te planteo ningún compromiso. Los dos somos libres y seguiríamos siéndolo, pero eso no quita que nos visitemos y pasemos unos días juntos de tanto en tanto.

—Lo pensaré. Imagino que por e-mail o Skype seguiremos en contacto.

—Al menos esa es mi intención.

Regresaron caminando hasta el coche. Había un trozo y el frío era soportable comparado con los días anteriores. Al principio Celia no estaba muy segura de la calle en la que lo había dejado así que tuvieron que dar unas cuantas vueltas hasta que finalmente lo encontraron.

Bromearon durante el viaje de regreso sobre aquel despiste.

Aquella noche no durmieron mucho ya que se despidieron de todas las formas en que les fue posible y cuando descansaban, la mente, previendo el momento en que se viesen desaparecer, les entristecía.

Por la mañana desayunaron juntos y Celia salió hacia la residencia. Se llevó todo lo que tenía en la habitación. Kevin recogió todas sus cosas y dejó las maletas preparadas. Salió rumbo a l'Alfou.

Cuando llegó se llevó una grata sorpresa. Los amigos de Thomas le habían preparado una pequeña fiesta de despedida. Había algún canapé y un poco de bebida. Todo había sido supervisado por Celia que también se unió a la celebración.

Cada uno aprovechaba aquellos últimos momentos para transmitir al joven algún mensaje que consideraba importante tales como detalles que habían quedado sin aclarar lo suficiente durante las conversaciones de los dos últimos días. Le regalaron una copia enmarcada de la foto que había hecho Celia y ella le mostró la que iba a colgar en el centro. La de Kevin era de sobremesa, la de Celia era bastante más grande. Aquel fue uno de los momentos en los que le

costó más controlar sus emociones. El otro fue cuando, tras despedirse de sus nuevos amigos, llegó el momento de decir adiós a Thomas.

Los dos estaban emocionados y reprimían las lágrimas. Habían compartido mucho durante aquellos cuatro meses de trabajo. Kevin tenía la sensación de que se llevaba mucho más que una biografía.

—Vete, tu vida te espera —fue lo último que le dijo Thomas.

Le costó porque imaginaba que nunca más volvería a ver a Thomas y posiblemente a ninguno de sus nuevos amigos. Habían coincidido en el espacio y en el tiempo y esa coincidencia se terminaba en aquel momento.

Volvió a la Fonda Europa y subió a la habitación. Guardó la foto en la mochila que llevaba a mano y cerró las dos maletas que tenía preparadas. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que ahora pesaban mucho más que cuando las bajó del coche el día que llegó desde Barcelona. Se despidió del personal del hotel que habían sido un poco como su familia durante aquel otoño y primeros días de invierno a caballo entre 2.015 y 2.016 y salió de allí. Sabía el camino hacia el aeropuerto, pero por si acaso conectó el GPS que no había sabido llevarlo hasta l'Alfou el día de su llegada.

Era viernes a primera hora de la tarde y había bastante tráfico. La gente partía de fin de semana. Por suerte el tráfico iba en sentido contrario a él y no tuvo ningún problema en atravesar la ciudad. Temía liarse con la llegada al aeropuerto, pero en aquella ocasión el GPS sí que supo guiarle directamente a donde iba.

Dejó el vehículo en la empresa donde lo había recogido. El trámite fue un poco lento porque lo quisieron revisar bien, aunque ya desde Boston habían contratado un seguro a todo riesgo y cualquier cosa que tuviese estaba cubierta. Finalmente le indicaron que todo estaba en perfecto estado y que se podía marchar.

Buscó a que terminal tenía que ir y cuando finalmente encontró donde embarcar las maletas lo hizo. No le sobraba mucho tiempo. Con todos los trámites de la agencia de vehículos al final ya era más tarde de las cinco y no tardarían mucho en llamar para el embarque.

Celia le había avisado que vendría, pero no había ni rastro de ella. Quizás a última hora se lo había pensado. Lo comprendía, aunque de todas maneras esperó para entrar en la zona de control de pasaportes. De pronto la vio a lo lejos. Empujaba una silla de ruedas en la que iba Thomas y a su lado andaban con paso acelerado Marta y Clara, que le saludaban con la mano. No pudo reprimir una sonrisa. Cuando llegaron a su altura todos empezaron a hablar a la

vez intentando explicar el lío de tráfico y que se habían equivocado en la salida de la autopista.

Kevin tenía una sonrisa en sus labios. Aquellas personas era lo más parecido que podía considerar como «su familia española». Celia y Thomas lo miraban satisfechos, le habían sorprendido al final apareciendo los cuatro por allí. Para Celia habían sido también como un salvavidas. La presencia de su madre y de su tía dulcificaba el drama de la despedida.

Oyeron el primer aviso para embarcar. Kevin tenía que marcharse. Primero besó a Marta y a Clara dándoles mil veces las gracias por lo amables y lo cariñosas que habían sido con él. Le habían tenido en las Navidades como a uno más y estaba muy agradecido.

Tomás se puso de pie para poderle abrazar. No cruzaron palabras. Thomas le palmeó la espalda.

Celia le besó en la boca sin importarle que estuviesen delante sus familiares. Kevin se sonrojó.

No hubo más palabras.

Entregó su pasaporte en el control aduanero y tras girarse para saludarles y verlos agitar sus manos con expresión triste, entró en la zona internacional.

...///...

NOTA EXPLICATIVA DE DREAMS CORPORATION

El proyecto de biografía de Thomas Levi fue afrontado por Dreams Corporation al final del verano del año 2015. Este proyecto había sido estudiado en más de una ocasión, pero, invariablemente, siempre fue rechazado por el señor Levi.

Las razones eran variadas, pero el deseo de mantener la privacidad sobre su vida siempre acababa predominando, así que, una tras otra, todas las veces que se intentó fracasó. Esto cambió una vez que contactaron con nosotros con el propósito de llevar adelante aquel proyecto si aún estábamos interesados.

Realmente no fue muy difícil delimitar las condiciones de la relación contractual que iban a enmarcar todo el asunto. Nos solicitaron conocer a los autores que teníamos disponibles y enviamos una terna. Había dos norteamericanos y un español. Finalmente, el Señor Levi se inclinó por la que era nuestra primera opción, el señor Kevin Conor.

La editorial envió al Sr. Conor a Barcelona para poder entrevistarse durante un periodo de tiempo que en principio se estimó de cuatro meses y ese fue el tiempo en que nuestro joven talento estuvo allí.

Cuando nos empezaron a llegar los relatos del Sr. Conor pudimos apreciar que no solo se trataba de una biografía más, sino que al texto biográfico se añadían documentos que soportaban todo el relato. Desde el principio, el Sr. Conor nos enviaba también un relato de su experiencia en Barcelona. Ambas historias estaban perfectamente entrelazadas y decidimos, tras consultar con el Sr. Levi, mantenerlo tal y como lo íbamos recibiendo. Solo hacía falta pulir algunos aspectos, los menos posibles.

Si finalmente no gustaba el proyecto tal y como estaba siempre era posible extraer las partes que no eran estrictamente biográficas.

Entre la escritura de un original y su publicación pasa necesariamente un tiempo que debe utilizarse en estudiar el texto, adaptarlo y posteriormente ponerlo en la agenda de impresión y lanzamiento. El único inconveniente que teníamos era que el Sr. Levi ya había cumplido cien años y estaba enfermo. No teníamos todo el tiempo del mundo para organizar su lanzamiento.

No debemos perder de vista que Dreams es un negocio y como tal debe ver las posibilidades de cada proyecto y el mejor momento para su lanzamiento.

Económicamente estaba claro que no se debía dejar pasar la posible muerte de Thomas Levi sin lanzar nuestro producto. Esto puede parecer inhumano, pero si pensamos correctamente en el orden de los sucesos en ningún momento la editorial desea la muerte del autor, tan solo quiere aprovechar el fenómeno que suele producirse con autores como Levi cuando fallecen.

En este caso había dos factores que aún lo complicaban un poco más.

El primero era que Thomas Levi quería, en la medida de lo posible ver el resultado final. Él fue el primer defensor de dejar el texto del Sr. Conor tal y como lo íbamos recibiendo, aunque nunca se le comunicó que el Sr. Levi estaba al corriente.

El segundo es que se acordó que la primera edición debía ser simultáneamente en inglés y en español. Estos eran los dos idiomas en los que había escrito su obra Levi. Esto obligó a la delegación en Barcelona de nuestra editorial a contratar traductores que trabajaban el texto al mismo tiempo que lo íbamos validando en inglés.

La colaboración de Levi en el proyecto de Conor y todo el montaje posterior para simultanear las dos publicaciones fue comunicada a Conor a su regreso a la ciudad de Boston, ya que hasta aquel momento había ignorado el detalle del trato que se le estaba dando a sus escritos.

Ya que se estaban mezclando la vida de Levi con la experiencia en Barcelona de Conor, el autor nos pidió poner un epílogo de ficción a la biografía de Levi, pero mientras que se estaba estudiando la posibilidad de hacerlo recibimos la comunicación de que Thomas Levi había ingresado en el Hospital de Granollers con una neumonía que se complicó y en menos de veinticuatro horas acabó falleciendo. Eso ocurrió el pasado 7 de Mayo de 2016.

Conor decidió dejar en *stand by* el final propuesto y partió para el sepelio de Levi.

Fue un viaje relámpago de tan solo tres días, pero el tiempo era crucial y Dreams decidió no esperar y lanzó la biografía de Thomas Levi tal y como estaba hasta ese momento. El texto tenía coherencia y prácticamente estaba acabado.

Cuando Conor regresó se estudiaron diferentes formas de añadir el epílogo que había creado el autor y se consideró que a partir de la segunda edición todos los ejemplares llevarían la presente nota editorial más el epílogo, y para todos aquellos que habían adquirido el texto en su primera edición se imprimiría una separata que se entregaría gratuitamente tras demostrar la compra.

El epílogo que encontraran a continuación es una fantasía con la Kevin Conor

reta homenaje a Thomas Levi.

John Brown
Editor
Dreams Corporation, Junio de 2016

Epílogo

Thomas llevaba dos días con fiebre y no se encontraba bien. La última noche había sido interminable. Le habían tapado y sudaba, pero parecía que nadie se daba cuenta de que el frío no era por el ambiente en que se encontraba, el frío salía desde dentro.

Celia estaba muy preocupada por él.

Lo notaba en cómo le miraba. El diagnóstico estaba claro, llevaba ya un día en el hospital y no mejoraba. Parecía que por fin aquel iba a ser el final.

No podía hablar porque no tenía fuerzas para hacerlo y además la mascarilla que le habían puesto para que respirase aire puro se lo dificultaba. En realidad, no tenía nada importante que decir, creía que ya lo había dicho todo.

Deseó que Celia, tal y como le había prometido en más de una ocasión, mantuviese su palabra y aplicara el protocolo del testamento vital que habían firmado hacía ya un tiempo, poco después de la muerte de Sara.

Imaginaba, bueno, más que imaginar estaba seguro de que Albert estaba al corriente y con Ben y posiblemente Carol debían estar cruzando el mundo rumbo a aquella habitación. ¿Qué sentido tenía? No iban a poder hacer nada por él, tan solo pasar un mal rato.

Por mucho que nos empeñemos, en el momento de la muerte estamos absolutamente solos, aunque esté la humanidad entera a nuestro alrededor. Te mueres tú y tan sólo tú. Los demás miran, lloran, sufren, pero al cabo de un rato necesitan comer y beber, luego vuelven a sus casas y poco a poco regresan a sus vidas normales. Es natural.

Reflexionó que si la muerte en realidad era un acto solitario, la vida también debía serlo, al menos en muchos momentos, aunque no le gustaba pensar así. Él había tenido la gran suerte de estar rodeado de sus seres queridos.

Estaba muy tranquilo, no sentía ningún tipo de miedo. Hacía un tiempo había leído que, en contra de lo que normalmente se piensa, cuando las personas aceptan su muerte y la tienen cerca sienten una gran tranquilidad. No recordaba muy bien de donde había sacado aquella idea, pero sabía que cuando lo leyó había relatos de gente que había pasado por momentos muy próximos al fin.

Debía ser verdad porque él se sentía así.

A pesar de todo estaba preocupado porque sabía del mal rato que iba a pasar en

primer lugar aquella sobrina que le había estado cuidando tan bien durante casi tres años. No había tenido mucha suerte en la vida Celia, pero aún era muy joven y seguro que tendría posibilidades de encontrar lo que se merecía.

También le sabía mal tener que darle semejante disgusto a su hijo. Ya era un hombre mayor y no le gustaba verlo sufrir. Era curioso cómo se habían unido tras la muerte de su amigo Álex.

Le molestaba la luz de fluorescente, que le llegaba desde la cabecera de la cama, y cerró los ojos.

¿Cómo sería ese instante final y que pasaría después?

En aquellos momentos era la curiosidad por lo que pasaría lo que le tenía más intrigado. De todas formas pensó que tampoco le faltaba mucho tiempo para saberlo. Lo tomó con calma.

Estaba cansado, solo de pensar ya se cansaba, así que decidió que intentaría dormir un poco para coger algo de fuerzas.

Cuando abrió los ojos no sabía cuánto tiempo había pasado, en realidad no sabía si aún estaba vivo o si ya se había muerto, pero al seguir oyendo el leve zumbido de las máquinas a las que estaba conectado pensó que debía seguir vivo.

Miró hacia la silla y vio que Albert estaba allí y se levantaba.

—Hola, papá, hemos venido a verte.

Detrás de él estaba Ben y también Carol. Los tres estaban cansados, tenían ojeras. Imaginó que habían hecho el viaje a toda velocidad y en aquellos momentos sus cuerpos estaban en el momento opuesto del día por el cambio de horario.

Bueno, ahora ya los tenía allí, los había visto. Ya podía cerrar los ojos definitivamente.

Lo intentó, pero aquello no funcionaba así.

Había que esperar a que llegase el momento, así que intentó relajarse y dejar que las cosas pasaran por sí mismas.

No sabía qué hora era, pero aparentemente se sentía bien.

¿Podría ver a sus seres queridos ya muertos? Eso le tenía preocupado, ya que, si era posible, en ese caso, tenía prisa por marchar. Los había echado tanto de menos y durante tanto, tanto tiempo...

Volvió a quedarse dormido.

Se despertó con un pinchazo en el lado izquierdo del pecho.

Caramba, dolía mucho, pensó.

Las máquinas empezaron a pitar todas a la vez y él no podía respirar ni con el

oxígeno que tenía puesto ni de ninguna manera.

Todos corrían, pero él ya no iba a ninguna parte.

Tuvo la sensación de que despertaba. No sabía que había pasado, pero ya no se oía el ruido de las máquinas. Curiosamente, se encontraba ligero, tan ligero como hacía muchos años que no se sentía.

Debía ser aquel oxígeno o alguna droga que le habían dado. Si sobrevivía a todo esto pediría que se la suministrasen, aunque tuviese que pagarla él de su bolsillo.

Intentó abrir los ojos, pero entonces se dio cuenta de que los tenía abiertos.

La oscuridad más intensa que había concebido en toda su vida le rodeaba.

Se dio cuenta de que estaba de pie y de que podía andar sin problemas.

No tenía miedo, al contrario, estaba tan contento de encontrarse tan bien que no quería que aquel momento se acabase nunca, aunque no tenía mucho sentido seguir allí parado como un pasmarote.

Estaba seguro de que se había muerto. Ahora sí.

Realmente no le pareció tan terrible.

Tenía ganas de correr y saltar así que lo hizo como hacía mucho que no conseguía hacerlo.

No existía el tiempo, era difícil de entender, pero parecía que todo estaba pasando a la vez aunque su alma necesitaba utilizar todavía los parámetros terrestres para poder entender lo que estaba ocurriendo así que todo se le presentaba en una línea recta temporal.

Nada importaba y él seguía andando tranquilamente.

A lo lejos, como si fuese la línea del horizonte, creyó ver una luz.

Al principio parecía muy lejana aunque muy potente, pero poco a poco se acercaba, no solo porque él anduviese hacia ella sino también porque la luz se aproximaba a él.

Tenía curiosidad y no tenía miedo. Ya estaba muerto, así que nada malo le podía pasar, o al menos eso creía.

Lo que sí que le había decepcionado era no encontrarse al pasar al otro lado con ninguno de sus seres queridos. Aquello había sido el mayor aliciente para dar el paso, pero no había tenido suerte.

De todas formas, se consoló, ya no había marcha atrás y él no había decidido el momento del final así que no servía de nada lamentarse.

«¿Iba a ser siempre así?», se preguntó.

Seguía caminando. Según los parámetros de la tierra quizás habían transcurrido un par de horas o algo parecido, pero estaba tan contento de encontrarse bien que

no le importaba seguir caminando.

Ya no estaba muy lejos la luz, ahora se daba cuenta de que era como un semicírculo de más o menos diez centímetros de alto.

Había como una luz más pequeña que se había separado del resto y que caminaba hacia él. Parecía como si los demás se hubiesen parado.

No le daba miedo, al contrario, tenía mucha curiosidad, así que siguió andando.

Se fueron aproximando.

Él cada vez se sentía mejor.

A lo lejos pudo distinguir que se trataba de alguien. No se atrevió a pensar que era una persona porque si estaba allí seguro que también estaba muerto como él, pero era alguien. No había duda. El problema es que no se distinguía quien era.

Aceleró el paso. Le venían a buscar.

De pronto sintió una gran felicidad.

Pudo distinguir quien era, además aquella manera de andar...

Álex, su fiel amigo, su compañero se acercaba hacia él con una sonrisa increíblemente bella dibujada en su rostro.

Relucía como si él mismo fuese luz.

De pronto, se dio cuenta de que Álex era el niño de ocho años, el que había venido a conocerlo en las cuadras de Can Tomeu.

El corazón le iba a explotar de alegría, lástima que ya le había explotado y ya no lo tenía. Estaba muy emocionado.

Finalmente Álex llegó a su altura.

—Hola Tom —dijo con una sonrisa.

—Hola, Álex —respondió Tomás. Hubiese llorado a lágrima viva si hubiese tenido ojos. Como había deseado volverlo a ver...

—He venido a buscarte.

—Te estaba esperando. De hecho hace mucho tiempo que os espero, pero no sabía cómo venir hasta aquí.

—No importa —rio alegre—, ahora ya volvemos a estar juntos. No te imaginas lo que me ha costado que me dejasen venir, tus padres, tu tía y por supuesto Agnès querían ser los que viniesen, pero al final me han dejado venir a mí. — Una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro.

Álex era el mismo niño simpático y resuelto que había sido cuando lo conoció. Tenía hasta la misma voz de aquel entonces.

—¡Mírate! —dijo fascinado—. Tú también te has vuelto un niño como cuando te conocí.

Sorprendido, me miré las manos y las piernas. Era verdad ahora éramos dos niños, como antes...

—No sufras, Tom, nos están esperando. ¿Ves aquella luz?

—Sí —dije yo maravillado.

—Son todos ellos. Quieren verte, ellos también te han echado de menos durante todo este tiempo.

—Vamos.

Álex me pasó la mano por el hombro, con ese gesto tan suyo y que parecía no haber perdido, y empezamos a andar en dirección a la luz.

Álex iba hablando y hablando de cómo era aquello y de lo bien que íbamos a estar ahora que ya había llegado y no nos íbamos a separar más.

Aquel era un nuevo inicio...

FIN